Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

DORIS LESSING

La buena terrorista

DEBOLSILLO

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Doris Lessing

La buena terrorista

Traducción de
Mireia Bofill

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

La casa se levantaba algo apartada de la ruidosa calle principal sobre lo que parecía un montón de desechos. Una casa grande. Sólida. Negras tejas caídas flanqueaban el canalón y un pájaro se introdujo volando por un agujero junto a la base de una gruesa chimenea, arrastrando una hoja de hierba varias veces más larga que él.

—Yo diría mil novecientos diez —declaró Alice—, fíjate qué gruesas son las paredes. —Esto podía apreciarse a través de los cristales rotos de la ventana del segundo piso, justo encima de sus cabezas.

Aunque no obtuvo respuesta, se desembarazó de la mochila y la dejó caer sobre una alfombra viviente de tiernas ortigas empeñadas en digerir latas oxidadas y vasos de plástico. Alice dio un paso atrás para examinar mejor el tejado y con ello incluyó a Jasper en su campo visual. Su rostro, tal como ella esperaba, lucía una expresión crítica que pretendía hacerse notar. Por su parte, Alice sabía sin necesidad de que nadie se lo dijera que había adoptado su expresión, la que él describía como tonta.

—Basta ya —le ordenó. Alargó bruscamente la mano y la muñeca de Alice se encontró aprisionada en un círculo de duro hueso.

Le dolió. Se volvió hacia él sin desafío pero confiada, y dijo:

—¿Crees que nos aceptarán?

Y él respondió, como ella sabía que lo haría:

—Lo que importa es que nosotros los aceptemos a ellos.

Alice había soportado bien la prueba, ese dolor en los huesos, y él le soltó la muñeca y se acercó a la puerta. Era una puerta de entrada, sólida y segura de sí misma, en una callecita lateral llena de jardines suburbanos y de casas confortables parecidas

a esta. A las demás no les faltaban tejas ni tenían cristales rotos.

—¿Por qué, por qué, por qué? —exclamó indignada Alice, en una pregunta dirigida, probablemente, al propio universo, con el corazón acongojado por esa amplia y hermosa casa que nadie quería. Arrastró la mochila por la correa y se unió a Jasper.

—La especulación, naturalmente —respondió él, y pulsó el timbre, que no sonó. Abrió la puerta con un brusco empujón y entraron en un amplio y sombrío vestíbulo con una empinada escalera que daba la vuelta en un ancho descansillo, para luego perderse de vista en las alturas. Una lámpara de camping depositada en el suelo, en un rincón, iluminaba la escena. Desde una habitación contigua llegaba el tenue sonido de una batería. Jasper abrió esa puerta de otro empujón. Las ventanas estaban tapadas con mantas que no dejaban ni una rendija de luz. Un muchacho negro levantó la vista de su batería de tambores, con las mejillas y los dientes relucientes a la luz de una vela.

—Hola —dijo, mientras continuaba afanándose con todos los dedos y ambos pies, de tal modo que parecía estar bailando, sentado o atado a algún aparato de gimnasia.

Ese sonriente y jovial muchachito negro que parecía sacado del anuncio de unas atractivas vacaciones en el Caribe hizo sonar una nota falsa en el órgano de la credibilidad de Alice, la cual tomó registro mental de ello a fin de no olvidar esa primera impresión de ansiedad o incluso de pesar, que fue el verdadero mensaje que captaron sus nervios. De hecho, estuvo a punto de decir: Está bien, no pasa nada, ¡no te preocupes! Pero mientras tanto Jasper ya le había preguntado:

—¿Dónde está Bert?

El muchacho se encogió despreocupadamente de hombros, todavía sonriente, sin interrumpir ni por un instante su

enérgica embestida contra sus instrumentos. La mano de Jasper se cerró con fuerza sobre el brazo de Alice y la hizo salir otra vez al vestíbulo, donde ella anunció:

—Este sitio huele mal.

—Bueno —dijo Jasper en el tono torpemente apaciguador en el que ella reconocía una expresión de cariño—, supongo que tú ya acabarás con eso.

Consciente de su ventaja, ella replicó de inmediato:

—No te olvides que llevas cuatro años de vida cómoda. No te resultará fácil después de eso.

—No me llames comodón —exclamó él, y le dio un puntapié en la espinilla. No muy fuerte, pero lo suficiente.

Esta vez ella se le adelantó y abrió una puerta que le pareció debía de ser la de la cocina. La luz descubrió un panorama de desolación. Peor aún, de peligro: su mirada se fijó en los cables eléctricos arrancados de la pared y cuyos extremos pelados colgaban en el aire. Habían arrancado también la cocina que yacía en el suelo. Los cristales rotos habían dejado entrar el agua de lluvia y había charcos por todas partes. En el suelo había un pájaro muerto. El lugar apestaba. Alice se echó a llorar. De pura rabia.

—¡Los hijos de perra! —despotricó—. Los sucios, asquerosos bastardos fascistas.

Ya sabían que el Ayuntamiento, para impedir que se instalaran los *squatters,* había enviado a sus obreros con órdenes de dejar la casa inhabitable.

—Ni siquiera han dejado seguros esos cables. Ni siquiera...

Animada por una repentina energía, se precipitó de un lado a otro, abriendo puertas. Dos lavabos en la planta baja, con las tazas del váter bloqueadas con cemento.

Alice profirió una sarta de maldiciones, el rostro bañado en lágrimas.

—¡Cerdos asquerosos! ¡Malditos cerdos fascistas...!

El odio la llenaba de energía. Incrédula ante lo que veían sus ojos, pues en el fondo nunca había podido llegar a creer que ninguna persona, y sobre todo no una persona de la clase obrera, pudiera ser capaz de obedecer una orden de destruir una casa. En ese rincón permanentemente incrédulo de su cerebro se inició el monólogo que Jasper nunca podía escuchar, pues no lo habría permitido: Pero son personas, esto lo hicieron personas. Para impedir que otras personas pudieran vivir. No puedo creerlo. ¿Quiénes pueden ser? ¿Cómo serán? Jamás he conocido a nadie capaz de esto. Aunque debe de ser gente como Len y Bob y Bill, amigos. Esos hombres lo hicieron. Entraron aquí y bloquearon las tazas de los váteres con cemento y arrancaron todos los cables y obturaron la entrada del gas.

Jasper la observaba sin moverse. Estaba satisfecho. Ese torbellino de energía había borrado esa expresión de Alice que él detestaba, ahora toda ella parecía hincharse y refulgir, como si tuviera no solo la cara sino todo el cuerpo repleto de lágrimas que le manasen por todos los poros.

Sin prestarle atención, Alice corrió escaleras arriba y él la siguió, despacio, oyéndola aporrear las puertas, para abrirlas luego de golpe, al no recibir respuesta. En el distribuidor del segundo piso se encontraron ante un panorama de orden, no de caos. En cada habitación había sacos de dormir, uno o dos, o tres. Y velas o lámparas de camping. Incluso alguna silla junto a una mesita. Libros. Diarios. Pero no había nadie en la casa.

En ese piso el olor era penetrante. Procedía de la planta superior. Ya más despacio, subieron una escalera muy amplia y se toparon con un hedor que le provocó bascas a Jasper. Alice mantuvo una expresión firme y orgullosa. Abrió bruscamente una puerta, tras la cual se reveló un panorama de cubos de plástico rebosantes de mierda. Pero, considerando que ese cuarto ya estaba suficientemente lleno, habían proseguido con

el siguiente. Unos diez cubos rojos, amarillos y anaranjados aguardaban allí.

En ese piso había otros cuartos, pero ninguno en uso. Habría sido imposible utilizarlos, tan intenso era el hedor.

Bajaron la escalera en silencio, pisando con cuidado, pues había desperdicios por todas partes y por las sucias ventanas entraba muy poca luz.

—No hemos venido aquí para estar cómodos —declaró él, anticipándosele—. No es para eso para lo que estamos aquí.

—No entiendo que alguien pueda querer vivir de este modo —dijo ella—. No cuando es tan fácil.

Habló con apatía, sin entusiasmo, desaparecida ya toda la incandescencia del furor.

Él se disponía a iniciar un discurso sobre sus tendencias burguesas, Alice lo notó; pero entonces se abrió la puerta de entrada y una silueta de aspecto militar se recortó contra la luz del sol.

—¡Bert! —exclamó Jasper, y bajó saltando las escaleras de tres en tres—. Bert. Soy Jasper...

Es por culpa de su padre, pensó maternalmente Alice al escuchar la alegría con que resonó su voz; pero eso formaba parte de sus reflexiones privadas, ya que, evidentemente, Jasper no le concedía el derecho a abrigar tales ideas.

—Jasper. —Bert lo reconoció y luego levantó la mirada hasta ella a través de la oscuridad.

—Alice... ya te lo conté —dijo Jasper.

—Camarada Alice —la saludó Bert. Lo dijo en tono seco, puro y severo, insistiendo en mantener las formas, y la voz de Jasper se plegó a él.

—Acabamos de llegar —anunció—. No hemos encontrado a nadie ante quien presentarnos.

—Hemos hablado con él, ahí dentro —comentó Alice, ya junto a ellos, al tiempo que señalaba la habitación de donde

salía el quedo tamborileo.

—Oh, Tim —dijo desdeñoso Bert. Se dirigió a zancadas hacia una puerta que ellos no habían abierto, le dio una patada, pues faltaba el tirador, y entró sin mirar si los otros le seguían.

Era el cuarto más normal de cuantos habían visto. Con la puerta cerrada, uno podía creerse en la sala de estar de una casa corriente, aunque todo —las sillas, un sofá, la alfombra— estaba cochambroso. El olor había quedado casi totalmente fuera, pero Alice tenía la sensación de una invisible película de hediondez adherida a todo, cuya viscosidad podría notar sobre los dedos si tocaba algo.

Bert permanecía de pie muy erguido, con la cabeza ligeramente inclinada y los brazos relajados, la mirada fija en ella. Pero no la veía, Alice lo sabía. Era un hombre joven, moreno y delgado, de unos veintiocho o treinta años. Tenía la cara cubierta de negro pelo brillante, en medio del cual centelleaban sus ojos oscuros y una boca roja con una blanca dentadura. Vestía unos tiesos tejanos azul oscuro nuevos y una chaqueta muy ajustada, también azul oscuro, abotonada hasta arriba y muy pulcra. Jasper llevaba pantalones de hilo azul claro y una camiseta marinera listada; pero Alice sabía que no tardaría en lucir ropas como las de Bert, que de hecho constituían su atuendo normal. Solo había hecho una breve incursión en la frivolidad debido a una u otra influencia.

Alice sabía que ahora los dos hombres hablarían, sin prestarle atención, y se dispuso a velar por sus propios intereses, mientras contemplaba el jardín por la ventana del mirador. Las basuras de todo tipo alcanzaban ya la altura del antepecho. Unos gorriones hurgaban y escarbaban afanosamente entre las pilas de desechos. Detrás de los pájaros, divisó un gato flaco agazapado debajo de una hortensia cubierta de tiernas hojas verdes y de pequeñas coronas rosadas y azules, que con el tiempo serían flores. El gato también la

miraba, con sus brillantes ojos hambrientos.

Bert sacó un termo del tamaño de un cubo y tres tazones de un aparador.

—Oh, ¿entonces tenéis electricidad? —preguntó ella.

—No. Un camarada de la calle de al lado me lo llena cada mañana —respondió él.

Alice, que solo dedicaba la mitad de su atención a la escena, vio la mirada de Jasper fija en el termo y en el café que iba llenando los tazones. Sabía que tenía hambre. A raíz de la pelea con su madre y de su salida violenta de la casa con un portazo, no había desayunado. Y no había tenido tiempo de tomarse el café que ella le había subido. Pero estas son las reservas de Bert para todo el día, se dijo, e indicó que solo quería media taza. Y así se la sirvieron, exactamente según sus instrucciones.

Jasper se bebió la suya de golpe y se quedó mirando el termo, deseoso de tomar más. Bert no lo advirtió.

—La situación ha cambiado —comenzó Bert, como si fuera la continuación de alguna reunión—. Mi análisis resultó incorrecto. Me equivoqué respecto de la madurez política de los cuadros. Cuando puse el asunto a votación, la mitad decidieron en contra y se marcharon en el acto.

—Entonces tampoco habrían sido de confianza. Mejor librarse de ellos —dijo Jasper.

—Exactamente.

—¿Cuál era el tema? —inquirió Alice. Habló con su «voz de reunión», pues había descubierto que era necesaria para hacerse respetar. A ella le sonaba falsa y fría, y siempre la hacía sentirse incómoda; debido al esfuerzo que le exigía, la hacía parecer diferente, distraída incluso. Pero mientras tanto sus ojos observaban con firmeza, y hasta con severidad, la escena que se desarrollaba ante ella: Bert, con la atención puesta en ella o, más bien, en lo que acababa de decir, mientras Jasper contemplaba el termo. De pronto no pudo contenerse

más y alargó la mano para cogerlo.

—Perdona —dijo Bert, y se lo acercó.

—Ya sabes cuál era el tema —replicó Jasper picado—. Ya te lo expliqué. Vamos a unirnos al IRA.

—¿Quieres decir que votasteis si debíais uniros al IRA? —dijo Alice con un jadeo en la voz.

Bert lo interpretó como temor y respondió con manifiesto frío desdén:

—Se acojonaron. Salieron huyendo como conejos.

—¿Cómo se planteó la votación? —insistió Alice.

—Votamos si este grupo debía intentar ponerse en contacto con la dirección del IRA para ofrecer nuestros servicios como una unidad con base en Inglaterra —respondió Bert tras una pausa.

Alice digirió esta respuesta con expresión tensa debido al esfuerzo que le exigió tomársela en serio. Luego protestó:

—Pero Jasper me había dicho que esta casa era de la Unión del Centro Comunista...

—Así es. Esta es una casa ocupada por la UCC.

—¿Y la dirección de la UCC ha decidido ofrecer al IRA los servicios de toda la UCC en bloque? No lo comprendo —dijo Alice con furia, para nada ya en su tono «político», y Bert respondió que no, con voz indiferente y cortante, porque, como pudo advertir ella, se sentía incómodo.

—Entonces, ¿cómo puede ofrecer sus servicios una sección de la UCC?

Observó entonces que Jasper intentaba captar la atención de Bert con miradas de «no le hagas caso» y se le adelantó.

—No tiene ningún sentido.

—En cierto modo tienes razón —reconoció Bert—. Discutimos esa cuestión. Y llegamos al acuerdo de que, si bien no era posible establecer contactos en tanto grupo de la UCC, en cambio sería admisible que un grupo de personas

pertenecientes a la UCC intentaran el contacto, para ofrecer una colaboración a título individual.

—Pero...

Alice se desinteresó del asunto. Ya empiezan otra vez, pensó. Intentando salirse por la tangente. Volvió a concentrar la atención en el montón de basuras que se levantaban a un metro de los cristales sucios. El mirlo había volado. El pobre gato olfateaba los bordes del montículo, donde pululaban las moscas.

—¿Cómo os arregláis con la comida? —preguntó.

—Platos preparados.

—Esa basura es un peligro para la salud. Debe de haber ratas.

—Eso dijo la policía.

—¿Han estado aquí?

—Anoche vinieron.

—Oh, comprendo, por eso se marcharon los demás, ¿no?

—No —replicó Bert—. Se fueron porque estaban cagados. Por lo del IRA.

—¿Y qué dijo la policía?

—Nos dieron cuatro días de plazo para largarnos.

—¿Por qué no vamos al Ayuntamiento? —sugirió Alice en un irritado lamento; y cuando Jasper dijo: «Oh, ya empieza otra vez», se abrió la puerta y entró una mujer joven. El pelo negro lustroso cortado por manos expertas, negros ojos de mirada rápida, labios rojos, la tez blanca y lisa. Reluciente y dura como una cereza. Observó atentamente a Bert, a Jasper y a Alice, y esta advirtió que la otra la miraba.

—Soy Pat —anunció la muchacha—. Bert me ha hablado de vosotros dos. —Y luego añadió—: ¿Sois hermanos?

—¡No! —resopló en el acto Jasper.

A Alice, en cambio, le gustaba que los confundieran por tales y comentó:

—A menudo nos toman por hermanos.

Pat volvió a examinarlos. Jasper se agitó bajo su mirada y le volvió la espalda, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, como si intentara fingir indiferencia ante un ataque.

Ambos eran rubios, con reflejos rojos en un pelo deseoso de formar pequeños ricitos y ondas. Jasper lo llevaba muy corto; Alice en una práctica melena, corta y recta. Ella misma se lo cortaba. Ambos tenían la piel sonrosada y pecosa. En medio de órbitas pálidas, los ojitos azules de Jasper le conferían un aire cándido y angelical. Estaba muy delgado y llevaba ropas muy ajustadas, pegadas a la piel. Alice era gruesa y bajita, con un aspecto abultado y algo informe. A veces una chiquilla de doce, o incluso trece años, antes de ser iluminada por la pubertad, ofrece la misma apariencia que tendrá en la edad madura. Un grupo de mujeres en la plataforma del metro. De mediana edad, con bolsas de la compra, intercambiando chismes. ¿Mujeres muy bajitas sin duda? No, son niñas, de doce años, más o menos. Cuarenta años de existencia de mujeres pasarán por ellas y las dejarán tal como aparecen ahora, inertes y prudentes, y ansiosas de complacer a los demás. Alice podía presentar el aspecto de una torpe chiquilla regordeta o, a veces, de una mujer de unos cincuenta, pero nunca aparentaba su edad: treinta y seis años. Una chiquilla respondió ahora a la mirada de Pat con una expresión de amistosa curiosidad en los ojos gris azulado bajo las pestañas color arena.

—Bueno —dijo Pat, y se fue acercando a Alice junto a la ventana—, ¿te has enterado de que esta simpática y alegre comunidad está condenada a desaparecer?

Parecía mucho mayor que Alice, aunque tenía diez años menos. Le ofreció un cigarrillo, que la otra declinó, y se fumó el suyo con menesterosa avidez.

—Sí, y yo he dicho que por qué no negociar con el Ayuntamiento.

—Lo he oído. Pero ellos prefieren su romántica cochambre.

—Romántica —dijo Alice con repulsión.

—La verdad es que da cierto repelús negociar con las instituciones —dijo Bert.

—¿Estás diciendo que esta comuna se va a dispersar? —inquirió de pronto Jasper en un tono que recordaba tanto el de un niño pequeño que Alice levantó brevemente la mirada para comprobar si alguien lo había notado. Sí, Pat lo había notado, mientras llevaba a sus labios el cigarrillo que sostenía entre dos dedos, para luego apartarlos y a continuación volver a acercarlos, dándose tiempo para aspirar y exhalar, aspirar y exhalar. Mientras contemplaba a Jasper. Elaborando su diagnóstico.

—A mí no me da repelús. Lo he hecho muchas veces —se apresuró a replicar Alice, el corazón inundado por un dolor difuso y familiar, esta vez por cuenta de Jasper.

—Oh, ¿lo has hecho, eh? —dijo Pat—. Yo también. ¿Dónde?

—En Birmingham. Un grupo de siete personas acudimos al Ayuntamiento a propósito de una casa programada para demolición. Pagamos el gas, la electricidad y el agua, y nos quedamos trece meses.

—Bien hecho.

—Y en Halifax viví seis meses en una casa gracias a un pacto de ocupación. Y cuando vivía en Manchester, eso fue cuando estaba en la universidad, estuve en una casa llena de estudiantes, casi veinte en total. Empezó siendo una casa ocupada, el Ayuntamiento accedió a negociar y acabó convertida en una residencia de estudiantes.

Mientras tanto, los dos hombres escuchaban, momentáneamente interrumpida la sesión. Jasper volvió a llenarse la taza. Bert le hizo señal a Pat de que el termo estaba vacío y ella hizo que no con la cabeza, sin dejar de escuchar a Alice.

—¿Por qué no hablamos con el Ayuntamiento? —le preguntó Alice directamente a Pat.

—Yo lo haría. Pero me marcho de todos modos. —Alice observó que el cuerpo de Bert se ponía rígido, y este se quedó molesto y taciturno.

—Ya te dije anoche que me marchaba —le dijo Pat a Bert.

Alice había captado que se trataba de algo más que una cuestión política. Advirtió que una relación personal se estaba rompiendo a causa de un asunto político. Todos sus instintos se rebelaron contra ello. ¡Qué absurdo!, pensó involuntariamente, ¡dejar que una relación personal se estropee por cuestiones políticas! En realidad, ese pensamiento no era acorde con sus convicciones, no lo habría defendido si alguien se lo hubiera discutido. Pero a menudo le pasaban por la cabeza ideas de ese tipo.

—¿Qué carajo esperabas? —dijo Pat en dirección al rostro medio ladeado de Bert—. En una reunión ordinaria como esa... con dos personas de fuera de quienes no sabíamos nada. No sabemos nada sobre la pareja que llegó la semana pasada. Jim estaba en el cuarto y ni siquiera es de la UCC. Y de pronto planteas esa resolución.

—No fue una cosa repentina.

—Habíamos decidido tantear individualmente el asunto. Hablarlo con cada persona, con cuidado.

Habló con voz llena de desdén, mirando al que era, presumiblemente, su amante como si fuera un desecho.

—En cualquier caso, tú has cambiado de opinión —dijo Bert con un airado destello de los rojos labios bajo la espesura de su barba—. Antes habías dicho estar de acuerdo en que apoyar al IRA era la posición lógica en esta fase.

—Es la única actitud correcta —intervino Jasper—, Irlanda es el centro del ataque imperialista.

—No he cambiado de opinión —dijo Pat—. Pero antes de

trabajar con el IRA o con quien sea, quiero saber primero con quién estoy trabajando.

—A nosotros no nos conoces —dijo Alice, dolorosamente consciente, de pronto, de la situación: ella y Jasper eran parte de la causa de la ruptura de esa pareja.

—No te lo tomes a pecho —dijo Pat—. No es nada personal. Pero sí, es verdad. La primera vez que oí hablar de vosotros fue cuando Bert me contó que había visto a Jasper en la concentración antinuclear del sábado pasado. Y supongo que a ti ni siquiera te conocía.

—No —dijo Alice.

—Pues, lo siento, pero esa no es forma de hacer las cosas.

—Comprendo tu punto de vista —dijo Alice.

Silencio. Las dos mujeres de pie junto a la ventana, envueltas en la aromática nube del cigarrillo de Pat. Los dos hombres sentados, en el centro de la habitación. Se oía el suave repiqueteo de la batería de Jim, al otro lado del vestíbulo.

—¿Cuántas personas quedan ahora en la casa? —preguntó Alice.

Pat no respondió y Bert dijo por fin:

—Siete, contándoos a vosotros dos. —Y añadió—: En cuanto a ti, no lo sé, Pat.

—Sí que lo sabes —le espetó fría y tajante ella. Pero esta vez se miraron y Alice pensó: No, no les resultará fácil separarse.

—Bueno —dijo—, si son siete, entonces ahora estamos aquí cuatro. Cinco si Pat... ¿Dónde están los otros dos? Quiero que decidamos si puedo ir a hablar con el Ayuntamiento.

—Los váteres están llenos de cemento. Los cables de la electricidad arrancados. Las tuberías probablemente podridas —dijo Bert en un tono de sutil y creciente ironía.

—No será difícil arreglarlo —respondió Alice—. En Birmingham lo hicimos. El Ayuntamiento destrozó el lugar. Allí arrancaron de cuajo los váteres. Y todas las tuberías. Llenaron

la bañera de cemento. Dejaron montones de escombros en todas las habitaciones. Y lo dejamos todo perfecto.

—¿Quién pagará el gasto? —La pregunta era de Bert.

—Nosotros.

—¿Con qué?

—¡Vamos! —dijo Pat—, gastamos más en comidas preparadas y correteando de un lado a otro mendigando baños y duchas que si tuviésemos que pagar la electricidad y el gas.

—Es un detalle que tener en cuenta —dijo Bert.

—Y nos quitaríamos de encima a la bofia —dijo Alice.

Silencio. Alice sabía que eso no agradaría a algunas personas —y sospechaba de Bert, aunque no de Pat, en ese sentido—, que disfrutaban con los enfrentamientos con la policía.

—Claro que si queremos consolidar nuestra organización no necesitaremos para nada la atención de la bofia —dijo inesperadamente Bert.

—Exactamente —dijo Pat—. Es lo que he estado diciendo.

Otro silencio. Alice advirtió que el asunto estaba en sus manos.

—Hay un problema —dijo—. En este distrito piden un avalista para el gas y la electricidad. ¿Quién tiene un empleo?

—Tres de los camaradas que se marcharon anoche.

—¡Camaradas! —exclamó Bert—. Oportunistas de mierda.

—Son muy buenos y sinceros comunistas —replicó Pat—. Simplemente no quieren trabajar con el IRA.

Bert empezó a retorcerse con mudas carcajadas teatrales y Jasper lo imitó.

—De modo que todos estamos en el paro —dijo Alice.

—Con lo cual de nada servirá ir a hablar con el Ayuntamiento —terció Bert.

Tras una vacilación, Alice dijo tristemente:

—Podría pedírselo a mi madre...

Al oír eso, Jasper estalló en ruidosas carcajadas y bufidos con

el rostro congestionado.

—Su madre, cerdos burgueses...

—Cállate —dijo Alice—. Hemos estado viviendo con mi madre durante cuatro años —explicó jadeante, con una voz aguda y contenida que a ella le pareció desconsideradamente fría y hostil—. Cuatro años. Burguesa o no.

—Uno le saca lo que puede a la clase media —dijo Jasper—. Hay que sacarles cuanto se pueda. Esa es mi postura.

—Sí, sí —asintió Alice—. Estoy de acuerdo. Pero ella nos ha mantenido durante cuatro años. —Luego se dio por vencida—: Bueno, ¿y por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, es mi madre. —Dijo estas últimas palabras con un triste y tembloroso hilo de voz.

—Así es —confirmó Pat, que la examinaba con curiosidad—. En fin, de nada serviría pedírselo a la mía. Hace años que no la veo.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —dijo Bert, que se había levantado bruscamente de la silla para plantarse frente a Pat en un desafío, los ojos negros clavados en ella—. Entonces, ¿al final no te marchas?

—Tenemos que hablar de eso, Bert —dijo precipitadamente ella y se le acercó, mirándolo a la cara. Él la rodeó con el brazo y salieron los dos.

Alice examinó la habitación. Con mirada experta. Una sala de estar para toda la familia, eso había sido. Cómoda. La pintura no estaba demasiado estropeada y los sillones y un sofá probablemente ocupaban los mismos lugares que antes. Había una chimenea, que ni siquiera estaba tapiada.

—¿Se lo pedirás a tu madre? Me refiero al aval. —Jasper parecía desolado—. ¿Y quién pagará todas las reparaciones?

—Les preguntaré a los demás si quieren aportar algo.

—¿Y si no lo hacen? —dijo él con voz de persona enterada, compartiendo su experiencia con ella, un momento de amistosa

compenetración.

—Algunos no lo harán, ya lo sabemos —dijo ella—, pero saldremos adelante. Siempre lo hacemos, ¿verdad?

Pero esa era una invitación demasiado directa a la intimidad y él se replegó de inmediato en la crítica.

—¿Y quién se encargará de todo el trabajo?

Como le había venido diciendo desde hacía ya catorce, no, quince años.

En la casa de Manchester, que compartía con otros cuatro estudiantes, Alice hacía el papel de ama de casa, se ocupaba de la cocina y de las compras, llevaba la casa. Le encantaba hacerlo. Se licenció con una puntuación correcta, pero ni siquiera intentó conseguir un empleo. Cuando llegó la siguiente hornada de estudiantes, seguía en la casa y se quedó para cuidarlos. Así la conoció Jasper, una noche que fue a cenar allí. No era estudiante, se había licenciado con notas bajas y no había conseguido encontrar empleo, tras unas cuantas tentativas poco entusiastas. Se quedó en la casa, sin vivir formalmente en ella, sino como «invitado» de Alice. Después de todo, solo gracias a los esfuerzos de Alice tenían ahora esa residencia de estudiantes; antes esa era una casa ocupada. Y Jasper no se marchó. Alice sabía que había desarrollado una dependencia respecto a ella. Pero ya entonces, y en adelante siempre lo haría, se quejaba de que ella era solo una criada, que malgastaba su vida ocupándose de los demás. Y la situación se mantuvo a lo largo de sus traslados de una casa ocupada a otra, de una comuna a otra: ella lo cuidaba y atendía, y él se quejaba de que los demás se aprovechaban de ella.

En casa de su madre decía lo mismo. «Solo se aprovecha de ti —afirmaba—. Cocinas y haces la compra. ¿Por qué lo haces?»

—Tenemos cuatro días —dijo Alice—. Voy a empezar ahora mismo.

Pasó frente a él muy decidida, sin mirarlo, y salió al vestíbulo. Trasladó su mochila al cuarto donde Jim seguía tocando la batería y le dijo:

—Cuídame esto, camarada. —Él asintió y Alice añadió—: Si consigo permiso del Ayuntamiento para que vivamos aquí, ¿querrás compartir los gastos?

Las manos de Jim abandonaron los tambores. Su simpática cara de luna se descompuso en una expresión de congoja y dijo:

—Ellos dicen que no puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no?

—Oh, a mí no me va la política, tía. Solo quiero vivir. —Y añadió con voz incrédula—: Yo llegué primero. Antes que ninguno de vosotros. Este sitio era mío. Yo lo encontré. Y le dije a todo el mundo: Sí, puedes venir, pasa tío, este es el local de la libertad.

—Eso no es justo —dijo en el acto Alice.

—Llevo ocho meses aquí, ocho meses, y la bofia nunca se enteró, nadie se enteró. He procurado no meterme en líos e ir a lo mío, y de pronto... —Empezó a llorar. Brillantes lágrimas rebotaban sobre sus negras mejillas e iban a caer sobre el gran tambor. Las secó con el dorso de la mano.

—Bueno —dijo Alice—, no te alteres, tú tranquilo, ten paciencia y yo lo pondré en el orden del día.

Todos esos cubos de mierda ahí arriba, iba pensando mientras se alejaba de la casa, supongo que los habrá llenado Jim, casi todos. Y pensó: Si no hago pis re... Pero habría sido incapaz de subir ahí arriba y usar uno de esos cubos. Caminó hasta el metro, tomó un tren hasta una estación con lavabos decentes, los usó, se lavó la cara y se peinó, luego continuó hasta la parada de su madre y allí hizo cola frente a una cabina telefónica.

Tres horas después de abandonar su casa cubriendo de insultos a su madre, marcó su número.

La voz de su madre. Sin entonación. Una oleada de afecto inundó a Alice al oírla y pensó: Le preguntaré si quiere que de camino le compre alguna cosa.

—Hola, mamá, soy Alice.

Silencio.

—Soy Alice.

Una pausa.

—¿Qué quieres? —La voz inexpresiva, sin entonación.

Alice, llena de una cálida necesidad de superar los obstáculos en nombre de todo el mundo, dijo:

—Mamá, quiero hablar contigo. Verás, se trata de una casa. Podría conseguir que el Ayuntamiento nos dejara quedar allí en términos de ocupación concertada, como en Manchester, ¿sabes? Pero necesitamos que alguien nos firme un aval para el gas y la electricidad.

Escuchó un murmullo inaudible, y luego:

—¡No puedo creerlo!

—Mamá. Mira, solo necesitamos tu firma. Nosotros pagaremos los gastos.

Un silencio, un suspiro, o una boqueada de asombro, y la comunicación se cortó. Alice, encendida ahora de nítida, ardiente indignación, volvió a marcar. Se quedó escuchando el tenaz zumbido, mientras imaginaba la cocina donde estaría sonando el teléfono, la gran cocina cálida y acogedora, las altas ventanas, relucientes (las había limpiado la semana anterior, con tanta satisfacción) y la larga mesa junto a la cual estaba sentada su madre en aquel momento, lo sabía con certeza, escuchando el zumbido del teléfono. Pasados unos tres minutos, su madre descolgó y dijo:

—Alice, sé que lo que voy a decirte no servirá de nada. Pero te lo diré de todos modos. Una vez más. Tengo que dejar esta casa. ¿Lo entiendes? Tu padre se niega a seguir pagando las facturas. Y yo no puedo permitirme vivir aquí. Tendré

dificultades para pagar mis propios gastos. ¿Lo entiendes, Alice?

—Pero tienes muchos amigos ricos. —Otro silencio. Luego Alice, con sonora, amable, sermoneante voz maternal, empezó a decir—: ¿Por qué no sois como nosotros, mamá? Nosotros compartimos lo que tenemos. Nos ayudamos cuando tenemos dificultades. ¿No comprendes que tu mundo está acabado? Los tiempos de la rica burguesía egoísta han llegado a su fin. Estáis condenados a desaparecer...

—No lo dudo —replicó la madre de Alice, y esta sintió encenderse otra vez el más puro afecto, porque la voz de su madre había recuperado el reconfortante y familiar tono irónico, perdiendo esa terrible indiferencia e inexpresividad—. Pero un momento u otro tienes que comprender que tu padre no está dispuesto a seguir compartiendo sus inmerecidas ganancias con Jasper y todos sus amigos.

—Bueno, si al menos está dispuesto a reconocer que son inmerecidas... —dijo Alice con toda seriedad.

Un suspiro.

—Déjame en paz, Alice —dijo la madre—. Simplemente desaparece. No quiero verte. No quiero saber nada de ti. Procura comprender que no puedes decirle a la gente las cosas que me has dicho esta mañana y luego presentarte tan tranquila, como si no hubiera pasado nada, con una alegre sonrisa, alargando otra vez la mano.

Se cortó la comunicación.

Alice se quedó anonadada. Un torbellino de luces y sombras revoloteaba en su cabeza.

—Si has terminado... —dijo alguien en la cola a sus espaldas, y se deslizó frente a ella con un codazo y empezó a marcar.

Alice se dejó arrastrar hasta la acera y estuvo vagando sin rumbo por los alrededores de la zona, ahora rodeada de una alta valla de chapa ondulada, donde hasta hacía muy poco

había habido un mercado, lleno de gente que compraba y vendía. Ella misma había tenido un puesto allí el verano anterior, al principio vendiendo pasteles y galletas y dulces, y luego bocadillos y sopa caliente. Comida de verdad, todo a base de harina integral y azúcar moreno, y verduras cultivadas sin insecticidas. Lo cocinaba todo en la cocina de su madre. Después el Ayuntamiento clausuró el lugar. Para construir otro de sus enormes monstruos de mierda, esos asquerosos elefantes blancos muertos que nadie quería salvo aquellos que sacaban beneficios de su construcción. Corrupción. Corrupción por todas partes. Farfullando y llorando a moco tendido, Alice avanzó dando tumbos a lo largo de la enorme valla metálica, como la valla de un campo de concentración, mientras recordaba que el verano anterior...

Sonó un estridente silbato. Alguna fábrica... era la una. Y todavía no había hecho nada... Inmóvil en la ancha escalinata de la Biblioteca Municipal, Alice se secó la cara y obligó a sus ojos a mirar hacia fuera y no hacia dentro. Hacía un bonito día. Brillaba el sol. El cielo estaba lleno de veloces nubes blancas y su azul parecía reverberar lleno de promesas.

Volvió a las cabinas telefónicas del metro y marcó el número privado del despacho de su padre.

Él cogió enseguida el aparato.

—Soy Alice.

—La respuesta es «no».

—No sabes lo que iba a decirte.

—Dilo.

—Quiero que nos avales los gastos de electricidad y de gas para ocupar una casa.

—No.

Alice colgó el teléfono, sintiendo otra vez la quemazón de la ira. Su energía la impulsó hasta la acera y a lo largo del paseo hasta un gran edificio un poco retirado, con una escalinata. La

subió corriendo y pulsó un timbre, sin dejar de apretarlo hasta que una voz de mujer, no la que ella esperaba, dijo:

—¿*Sí*?[1]

—Oh, me cago en Dios, la sirvienta —exclamó Alice. Y luego —: ¿Dónde está Theresa?

—Está trabajando.

—Ábrame. Déjeme entrar.

Alice empujó la puerta al oír el zumbido, y casi cayó al interior del vestíbulo; subió al trote cuatro tramos de escalera gruesamente alfombrados hasta una puerta, donde la esperaba una mujer morena, baja y gruesa.

—Déjeme entrar —dijo Alice, y la apartó con fuerza. La española no dijo nada y se limitó a mirarla, mientras buscaba las palabras adecuadas.

Alice se dirigió a la sala de estar donde se había sentado tantas veces en compañía de su amiga Theresa, su amiga de toda la vida, desde que Alice naciera, la cariñosa y adorable Theresa. Una amplia habitación, serena y ordenada, con grandes ventanales y, detrás de los cristales, jardines... Se detuvo jadeante. Cogeré esos cuadros, pensó, los venderé, me llevaré esos lindos *netsukes,* ¿cuánto valdrán? Haré pedazos este lugar...

Se precipitó sobre el teléfono y llamó al despacho. Pero Theresa estaba reunida.

—Avísela —ordenó Alice—. Avísela enseguida. Es urgente. Dígale que es Alice.

No tenía la menor duda de que Theresa se pondría, y así lo hizo.

—¿Qué quieres, Alice? ¿Ocurre algo? ¿Qué ha pasado?

—Quiero que me avales los gastos. Para ocupar una casa. No, no, no tendrás que pagar nada, nunca, solo necesito tu firma.

—Alice, estoy en plena reunión.

—Me importa un bledo tu reunión de mierda. Quiero que nos

avales el gas y la electricidad.

—¿A Jasper y a ti?

—Sí. Y a otros más.

—Lo siento, cariño, pero no.

—¿Qué tienes contra Jasper? ¿Por qué te portas así? ¿Por qué? Vale tanto como tú.

—No, Alice —replicó Theresa, calmada e irónica, como de costumbre—, no vale tanto como yo. Ni mucho menos. En cualquier caso, ya sabes la respuesta. No; pero te daré cincuenta libras si pasas por mi casa.

—Ya he pasado. Estoy en tu piso. Pero no quiero tus cincuenta libras de mierda.

—Entonces, lo siento, bonita.

—Os gastáis cincuenta libras en un vestido. En una comida, incluso.

—Tú compartiste esa comida, ¿no? Esto es ridículo. Lo siento, pero estoy ocupada. Tengo aquí a todos los vendedores de todas partes.

—No es ridículo. ¿Cuándo me has visto gastarme cincuenta libras en una comida? Que mi madre quiera gastarse cincuenta libras en comida para todas sus ricas amistades de mierda y que yo la prepare no significa...

—Mira, Alice, si quieres pasar a verme y charlar un rato esta noche, estaré encantada. Pero tendrá que ser tarde, porque estaré trabajando hasta las once, por lo menos.

—Sois... sois... un hatajo de ricos de mierda —dijo Alice, que de pronto había perdido todo interés por el asunto.

Colgó el auricular y se disponía a marcharse, cuando se acordó y se fue al lavabo, donde volvió a vaciar la vejiga, se lavó con cuidado la cara una vez más y se peinó. Tenía hambre. Se dirigió a la cocina y se preparó un generoso bocadillo. Lisa la siguió y se quedó observándola desde la puerta, con las manos cruzadas sobre el mango de un plumero, como si rezase.

Una cara morena, paciente y cansada. Mantenía a su familia en Valencia, según decía Theresa. Observaba a Alice, que escudriñó todos los rincones de la nevera y sacó unos restos de arroz guisado con especias, que se comió de pie, con una cuchara. Después dijo:

—*Ciao* —y cuando ya salía escuchó un *Buenos días, señorita*. [2] En esa voz había algo, una crítica, que volvió a encender la indignación de Alice; bajó las escaleras, corriendo otra vez, y salió a la calle.

Eran las dos pasadas.

Sus pensamientos seguían agitándose en su cabeza. Jasper, ¿por qué lo odiaban tanto? Porque le tenían miedo. Temían su verdad... Advirtió que había caminado hasta una parada de autobús, y que el autobús la llevaría hasta el Ayuntamiento. Subió, repentinamente serena, concentrada y atenta.

Iba repasando mentalmente sus anteriores negociaciones coronadas por el éxito. Sabía que el resultado dependería en buena parte de quién la recibiera... era cuestión de suerte... Bueno, había tenido suerte en otras ocasiones. Y, además, lo que iba a sugerirles era razonable, y favorable para los intereses de todos, de los contribuyentes, de la comunidad.

En la gran sala llena de mesas de trabajo y de gente y de teléfonos, Alice tomó asiento frente a una muchacha, más joven que ella, y en el acto comprendió que estaba de suerte. Mary Williams lucía sobre el pecho izquierdo una chapa con la frase: «¡Salvemos las ballenas!», y Alice se sintió protectora y llena de ternura al ver la alegre silueta del animal. Mary Williams era una buena persona, como ella, como Jasper, como todos sus amigos. Se preocupaba por los demás.

Alice le dio la dirección de su casa con confianza, expuso su caso y esperó que la funcionaria pulsara unas teclas; luego llegó la información, que quedó expuesta sobre la mesa, entre ambas.

—Está en la lista de demolición —dijo Mary Williams, y permaneció sentada con una sonrisa en la cara, sin nada más que decir.

Alice no esperaba eso. Se quedó sin habla, inundada de un dolor que se fue transformando, lentamente, en rabia. El rostro que contemplaba Mary Williams se abotargó, se encendió, impulsándola a preguntar incómoda, tartamudeante incluso:

—Pero... pero... ¿qué pasa?

—No pueden derribarla, no pueden —declaró Alice con voz átona y sin inflexiones. Luego estalló su rabia—: ¡Es una casa magnífica, perfecta! ¿Cómo pueden derribarla? Es un escándalo.

—Sí, ya sé que a veces... —se apresuró a decir Mary Williams. Suspiró. La mirada que le dirigió a Alice contenía una súplica de que no hiciera una escena. Alice lo advirtió, comprendió que las escenas no eran infrecuentes frente a esa mesa.

—Debe de haber un error —dijo—. Seguro que no tienen derecho a destruir una casa como esa... ¿Usted la ha visto? Es una buena casa. Una buena vivienda...

—Creo que quieren construir pisos.

—¡Naturalmente! ¿Qué otra cosa podía ser?

Las dos mujeres se rieron, sus miradas se encontraron.

—Espere —dijo Mary Williams, y se fue a consultar, con la hoja de datos sobre la casa en una mano. Se inclinó sobre la mesa de un hombre, al fondo de la sala, y volvió para anunciar:

—Ha habido muchísimas quejas por el estado de las casas. De la policía, en primer lugar.

—Sí, está en un estado deplorable —reconoció Alice—. Pero la arreglaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Al oír esto, Mary hizo un gesto de asentimiento, ¡Adelante!, y empezó a garabatear un papel, mientras Alice hablaba.

Y hablaba. De la casa. De su tamaño, su solidez, su situación.

Dijo que aparte de unas cuantas tejas, la estructura estaba intacta. Dijo que se precisaba muy poca cosa para dejarla habitable. Habló de la casa de Birmingham y de la ocupación concertada establecida allí; de Manchester, donde habían recuperado un tugurio que iba a ser derribado, convirtiéndolo en una residencia oficial de estudiantes.

—No digo que no sea posible —dijo Mary.

Se quedó pensando, mientras su bolígrafo iba construyendo una estructura de celdillas, como un panal de abejas. Sí, Alice lo sabía, Mary era una persona como es debido, estaba de su parte. Aunque Mary no era de su estilo, con su faldita oscura y su blusita bien planchada, y el sostén que modelaba el modesto pecho sobre el que retozaba la ballena, con la cola levantada, negra sobre un mar azul. Aun así, los suaves volúmenes del pelo negro de Mary, con los rizos sobre su frente y sus blancas manos regordetas, le daban a Alice una sensación de seguridad y calidez. Sabía que si Mary podía intervenir en algún sentido en el asunto, las cosas saldrían bien.

—Espere un segundo —dijo Mary, y se fue a consultar de nuevo con su colega. El hombre esta vez inspeccionó prolongadamente a Alice, la cual se dejó mirar sin temor. Sabía qué aspecto tenía; la hija más bien mona de mamá, la corta melena rubia y rizada bien peinada, la cara blanca y sonrosada un poquito pecosa, una franca mirada gris azulada. Una muchacha de clase media con su prestancia, su dominio de los entresijos, permanecía correctamente sentada en su sitio y, por debajo de la pesada chaqueta militar de color azul, asomaba una blusita floreada rosa y blanca.

Mary Williams volvió junto a ella y anunció:

—El miércoles se decidirá el tema de las casas.

—La policía nos dio cuatro días para desalojar.

—Entonces no sé qué podemos hacer nosotros.

—Solo necesitamos un certificado escrito de que se está

estudiando el caso para poder mostrárselo a la policía, eso es todo.

Mary Williams no respondió. Su actitud y su mirada —que rehuía a Alice— de pronto revelaron claramente que, después de todo, era muy joven y probablemente temía perder su empleo.

Alice advirtió que algún tipo de conflicto se estaba desarrollando allí; esa no era simplemente una funcionaria cuyo trabajo a veces la obligaba a hacer cosas que no le gustaban. Algo personal bullía en el interior de Mary Williams y le confería esa tímida expresión obstinada y airada. Y esto la impulsó a levantarse y a acercarse por tercera vez al funcionario que tenía la misión de decir sí o no.

—Debe comprender —dijo Mary Williams, hablando en nombre de su colega—, que la carta solo diría que el miércoles se tomará una decisión sobre la casa.

—¿Por qué no vienen a verla? —sugirió Alice, en un arranque de inspiración—. Usted y...

—Bob Hood. Es una persona íntegra. Pero fue él quien...

—Sí, claro —dijo Alice—. Pero ¿por qué no vienen los dos y visitan la casa?

—Las casas, claro... Creo que Bob ya las visitó, pero hace algún tiempo... sí, tal vez deberíamos ir.

Mary estaba escribiendo las palabras que —de eso estaba segura Alice— salvarían la casa. Durante tanto tiempo como la necesitaran ella y los demás. Que la salvarían permanentemente, ¿por qué no? Un sobre con el membrete del Ayuntamiento cobijó la hoja de papel y Alice lo cogió.

—¿Tienen teléfono en la casa?

—Está arrancado.

Alice estuvo a punto de describir el estado en que se hallaba la casa: cemento en los váteres, cables eléctricos colgando, todo el panorama; pero su instinto se lo desaconsejó. Aunque sabía

que esa joven, Mary, se enfurecería y se sentiría tan asqueada como el que más al escuchar que había personas capaces de destrozar de ese modo un lugar, los destrozos habían sido obra de funcionarios y Mary era una funcionaria. Era preciso no hacer nada que pudiese despertar a esa bestia implacable: el burócrata.

—¿Cuándo puedo llamarla? —preguntó.

—El jueves.

Ese era el día en que la policía había dicho que los desalojaría.

—¿Usted estará aquí el jueves?

—Si no estoy yo, Bob responderá a su llamada.

Pero Alice sabía que las cosas no irían igual de bien con Bob.

—Es una gestión de rutina —dijo Mary Williams—. Si no deciden derribar de inmediato las casas, aplazarán el caso. Ya lo han aplazado varias veces. —Al decir esto, le ofreció a Alice la sonrisa de su complicidad y añadió—: Buena suerte.

—Gracias. Hasta la vista.

Alice salió. Solo eran las cinco. En un día lo había conseguido. En ocho horas.

Todo se agitaba en la suave tarde primaveral, las nubes color pastel, las tiernas hojas nuevas, el cabrilleo de la luz en los céspedes; y cuando Alice llegó a su calle, la encontró llena de niños, gatos y gente cuidando sus jardines. Esa escena de suburbana tranquilidad y bienestar le provocó un acceso de violenta burla, como una secreta amenaza contra todo cuanto veía. Al mismo tiempo, paralelamente a esta emoción y sin interferirse en modo alguno con ella, discurría otra corriente de sentimiento, de ausencia, de añoranza.

Se detuvo en la acera. Desde lo alto de su casa, un solitario chorro amarillo salpicó las basuras que llenaban el jardín. Al

otro lado del seto, en la casa de al lado, una mujer sostenía un hocino lleno de retoños, las raíces envueltas en floja tierra negra, y contemplaba el vergonzoso edificio.

—¡Es repugnante! —dijo—. Ya he avisado al Ayuntamiento.

—Oh, no —suspiró Alice—, no, por favor... —Pero, al ver que la cara y la mirada de la mujer se endurecían, dijo—: Mire, vengo del Ayuntamiento. Todo se arreglará, estamos negociando.

—Y toda esa basura... —observó más que preguntó la mujer. Le volvió la espalda a Alice y se inclinó sobre la tierra fragante de su macizo de flores.

Alice llegó a la puerta envuelta en un torbellino de apasionada identificación con la criticada casa, de indignación contra quienquiera que fuese el responsable del chorro vagabundo, Jasper probablemente, y de una necesidad de iniciar las tareas de reconstrucción.

La puerta no se movió al empujarla. El rojo furor de la ira inundó a Alice, que comenzó a aporrear la puerta gritando:

—¿Cómo os atrevéis, cómo os atrevéis a cerrarme la puerta? —Mientras por el rabillo del ojo observaba a la jardinera que se había incorporado y estaba contemplando la escena por encima de su bien cuidado seto.

Su indignación desapareció mientras se decía: Tienes que hacer algo con ella, pronto, tenemos que tenerla de nuestra parte.

Le ofreció una rápida sonrisita conciliadora y la saludó con la mano, en un gesto que recordaba el movimiento de la cola de un perro compungido, pero la vecina se limitó a mirarla fijamente y le volvió la espalda.

De pronto se abrió la puerta y los dedos de Jasper se cerraron con fuerza sobre su muñeca. Su rostro exhibía una fría mueca, que ella sabía que era de miedo. ¿De quién?

—Suéltame —dijo Alice, en una voz que parecía un grito

contenido, mientras él la arrastraba hacia el interior—. No seas imbécil.

—¿Dónde has estado?

—¿Tú qué crees?

—¿Qué has estado haciendo durante todo el día?

—Oh, corta ya —dijo ella, y sacudió la muñeca para aflojarla cuando él la soltó, al ver que se habían abierto las puertas y Jim, Pat, Bert, y dos mujeres jóvenes, vestidas idénticamente con holgados monos azules y peludos jerséis blancos, estaban todos juntos en el vestíbulo y los miraban con expresión crítica.

—Siempre procuramos mantener la puerta cerrada y asegurada a causa de la policía —se apresuró a decir Bert en tono conciliador.

Alice pensó: Bueno, no tendré que preocuparme demasiado por él, mientras respondía:

—Cuando hemos venido esta mañana no estaba cerrada. Y la policía no viene a estas horas, ¿no crees? —Lo dijo porque tenía que decir algo; sabía que su estallido de rabia ahí fuera había sido poco afortunado.

Los cinco la miraban fijamente, los rostros ensombrecidos por la luz mortecina de la lámpara de camping, y Alice anunció, en su habitual tono suave:

—He estado hoy en el Ayuntamiento y todo está en orden.

—¿Qué quieres decir con que todo está en orden? —preguntó Bert, reafirmando su autoridad.

—Ahora que todos están aquí, quiero que lo discutamos —dijo Alice—. ¿Por qué no lo hacemos enseguida?

—¿Algún voto en contra? —bromeó Jasper, pero intentaba proteger a Alice, como observó esta con gratitud. Los siete entraron en fila india en la sala de estar, todavía iluminada por la luz del día.

La mirada de Alice examinaba afanosamente a las dos mujeres desconocidas. Como si no pudieran, o no quisieran,

dedicar demasiado tiempo al asunto, ambas se instalaron sobre los brazos de un viejo sillón desvencijado. Compartían un cigarrillo entre las dos. Una era una muchacha rubia de facciones suaves, con el pelo recogido en una cola de caballo, y la cara enmarcada por ricitos y mechones ondulados. La otra era una chica gruesa, no, una mujer, con una corta melena negra rizada con algunos destellos plateados. Tenía las facciones firmes, la mirada directa, y se quedó observando fijamente a Alice, reservando su juicio.

—Esta es Faye, yo soy Roberta —anunció.

Con lo cual también estaba diciendo que formaban una pareja, pero Alice ya lo había notado.

—Alice. Alice Mellings.

—Bueno, camarada Alice, eres de las que no dejan crecer la hierba bajo sus pies. Yo, al menos, habría preferido discutirlo todo antes.

—Bien dicho —dijo Faye—, yo opino lo mismo. Me gusta saber qué se dice en mi nombre. —Habló en un acento cockney, muy vivaracho y coquetón, y Alice adivinó en el acto que era fingido, que lo había adoptado, como hacían tantos otros. Una graciosa muchachita cockney se exhibía sonriente a las miradas de todo el mundo y Alice la observó fijamente, mientras intentaba descubrir qué había realmente detrás.

Esa penetrante, inquisidora inspección, hizo agitarse y poner una carita de disgusto a Faye, y Roberta intervino rápidamente con una pregunta:

—¿A qué nos estamos comprometiendo, camarada Alice?

—Oh, ya veo —dijo Alice—. No queréis llamar la atención.

Roberta soltó un bufido burlón, en reconocimiento de la perspicacia de Alice, y dijo:

—Exactamente. Quiero pasar desapercibida una temporada.

—Yo también —dijo Faye—. Estamos cobrando el paro en Clapham, pero más vale que no preguntes cómo. Por la boca

muere el pez —concluyó, sacudiendo graciosamente la cabeza.

—Y en boca cerrada no entran moscas —dijo Roberta.

—No hagas preguntas y no escucharás mentiras —ironizó Faye.

—Pero la realidad supera cualquier fantasía —añadió Roberta.

—Y que lo digas —acabó Faye.

Esa simpática comedia provocó la risa apreciativa de todos.

Como en un buen diálogo de music-hall: Faye, la chavalina de los bajos fondos, y su comparsa. Roberta no hablaba cockney, pero tenía una voz llana, cómoda y acomodaticia, con acento del norte. ¿Su propia voz? No, una voz impostada, probablemente sacada de la serie *Coronation Street*.

—Esa es otra razón para no desear continuas irrupciones de la policía —dijo Bert—. Me alegra que la camarada Alice esté intentando regularizar la situación. Puedes continuar con tu informe, camarada.

Bert también impostaba la voz. Alice detectaba a intervalos en ella los rebuscados tonos de algún colegio privado, aunque recubiertos de un matiz de vulgaridad, con la intención de sonar a clase obrera. Mala suerte, se le veía el plumero.

Alice tomó la palabra. (Su propia voz se remontaba a sus tiempos de alumna en un colegio de chicas del norte de Londres, inglés básico de la BBC, correcto, sin florituras. Había estado tentada de reivindicar el acento norteño de su padre, pero lo había juzgado deshonesto.) No contó que había llamado a su madre y a su padre, aunque sí dijo que podía conseguir cincuenta libras en poco tiempo. A continuación, resumió su visita al Ayuntamiento, mientras pasaba mentalmente revista a lo que había visto: las expresiones de la cara de Mary Williams, que le decían que la casa sería para ellos, y eso gracias a algún problema o actitud personal de Mary. Pero todo cuanto dijo al respecto, resumiendo la esencia de su entrevista con Mary, fue:

—Es una persona íntegra. Está de nuestra parte. Es una buena persona.

—Entonces, ¿tienes algo que podamos mostrarle a la policía? —preguntó Jim, y cuando le alcanzó el sobre amarillo, extrajo su contenido y lo examinó detenidamente, Alice comprendió que era una persona cuya suerte había dependido siempre de papeles, informes, cartas oficiales. El acento de Jim era auténtico cockney, nada de imitaciones.

—¿Estás en libertad condicional? —preguntó repentinamente Alice.

Jim la miró con ojos asombrados, luego a la defensiva, después con resentimiento. Su tierna, franca cara aniñada se replegó sobre sí misma y replicó:

—¿Y qué si lo estoy?

—Nada —dijo Alice. Mientras tanto, una breve mirada a Faye y a Roberta le indicó que ambas estaban en el mismo caso. O algo peor. Sí, probablemente algo peor. Sin duda, algo peor. ¿Prófugas?

—No lo sabía —dijo Bert—. Yo lo estuve hasta hace poco.

—Yo también —declaró en el acto Jasper, para no quedarse atrás. Jasper hablaba casi en su acento original. Era hijo de un abogado de una pequeña ciudad de los Midlands que se había quedado arruinado cuando Jasper se encontraba a mitad del bachillerato. Había terminado sus estudios con una beca. Era muy inteligente; pero había recibido la beca como una limosna. Estaba lleno de odio contra su padre, por haber cometido la tontería de meterse en inversiones dudosas. Al igual que Bert, había vulgarizado su acento de clase media. En compañía de camaradas de clase obrera podía hablar como ellos y, en los momentos emotivos, así lo hacía.

—Está oscureciendo —comentó Pat, y se levantó, encendió una cerilla y la acercó a las velas de dos candelabros de latón bastante bonitos sobre la repisa de la chimenea. Pero la

grasienta suciedad había matado su brillo. La luz del día se replegó detrás de los cristales y los siete quedaron sentados en un círculo de pálida luz amarilla, en las profundidades de una alta sala a oscuras.

Pat apoyó un codo en la repisa y tomó el control de la escena. Bajo la luz romántica, con sus oscuras ropas militares, sus negras y recias botas, parecía —y sin duda debía de saberlo — una guerrillera o una mujer soldado de algún ejército. Sin embargo, la luz acentuaba el delicado moldeado de sus facciones, de sus manos, y de hecho recordaba más la figura idealizada de un soldado en un cartel de reclutamiento. Una muchacha soldado israelita, tal vez, con un libro en una mano y un fusil en la otra.

—El dinero —dijo Pat—. Tenemos que hablar del dinero. — Su acento era típicamente de clase media, pero Alice advertía que Pat no había hablado siempre así. Se le notaba demasiado el esfuerzo.

—Es verdad —dijo Jim—. Estoy de acuerdo.

La única persona en esa sala, aparte de Alice, que conservaba inalterado su propio acento era Jim, el auténtico cockney.

—Nos costará más —dijo Bert—, pero a cambio obtendremos paz y tranquilidad.

—No tiene por qué costar más —dijo Alice—. Para empezar, gastaremos la mitad, o incluso menos, en comida. Lo sé por experiencia.

—Tienes razón —dijo Pat—. Yo también tengo experiencia. Las comidas preparadas y fuera de casa cuestan un ojo de la cara.

—Alice tiene buena mano para alimentar con poco dinero a la gente —dijo Jasper.

Mientras los cinco iban manifestando sus posiciones, todos, tal vez sin saberlo, tenían puestos perceptiblemente los ojos en Roberta y Faye. O, más exactamente, en Faye, que permanecía

sentada mirando a todas partes menos a ellos: al techo, a sus pies, a los pies de Roberta, al suelo, mientras aspiraba el humo del cigarrillo que sostenía entre los labios. La mano le temblaba, apoyada en la rodilla. Daba la impresión de temblar ligeramente toda ella. Sin embargo, sonreía. No con la mejor de sus sonrisas.

—Un segundo, camaradas —dijo—. ¿Y si a mí me gustan las comidas preparadas? Me gustan las comidas preparadas, ¿comprendéis? ¿Y si me gusta comer fuera cuando me da la gana? —Se rió y sacudió la cabeza, exhibiendo, como si su vida dependiera de ello, la imagen de la cockney descarada conocida a través de mil películas.

—Hay algo de verdad en lo que dicen, Faye —dijo Roberta en tono neutral, para no provocar a su amiga. Mantenía un ojo vigilante sobre Faye y no podía evitar lanzarle breves y nerviosas miradas.

—¡No te jode! —dijo Faye, empleándose a fondo en su número cockney, porque, como podían notar todos, temía su propio furor—. Hasta ayer todo iba de perlas, para mí al menos, y hoy, ya lo veis. No me gusta que me organicen, ya me entendéis.

—Y ella sigue en sus trece —dijo Bert, con una fría sonrisa de clase alta, como si bromease. No le gustaba Faye y aparentemente tampoco le importaba que se le notase.

Pat intentó enmendarlo rápidamente con buen humor.

—Si no os gusta la idea, nadie os obligará a participar, ¡tenéis nuestra palabra! —Lo dijo sin rencor. Incluso se rió, con la esperanza de que Faye también lo hiciera; pero Faye echó la cabeza hacia atrás, sus graciosas facciones parecieron desmoronarse y sus labios se pusieron blancos de tanto apretarlos. El cigarrillo le temblaba violentamente en la mano, esparciendo las cenizas por todas partes.

—Un momento. Mantengamos la calma —dijo Roberta,

dirigiéndose aparentemente a los cinco, que se habían quedado mirando todos a Faye. Pero Faye comprendió que iba por ella y se esforzó en sonreír—. ¿Se ha mencionado la forma en que tendríamos que pagar? —preguntó Roberta.

—No, pero conozco distintas formas de hacerlo —respondió Alice—. En Birmingham, por ejemplo, fijaron una cantidad global para toda la casa, en concepto de alquiler. Y pagábamos la electricidad y el gas aparte.

—¿La electricidad? —dijo Faye—. ¿Quién quiere pagar por la electricidad?

—No hay que pagarla; o solo se paga el primer recibo —dijo Jasper—. Alice sabe cómo hacerlo.

—Todos hemos notado ya lo que sabe hacer Alice —replicó Faye.

—Bueno —dijo Pat—, ¿por qué no aplazamos esta discusión hasta que tengamos la información? Si hacen una valoración global del alquiler y otros gastos y nos lo descuentan de la Seguridad Social a partes proporcionales, a algunos les convendrá y a otros no. Para mí, por ejemplo, sería perfecto.

—En cambio, para mí no, ¿te das cuenta? —dijo Faye, amable pero violenta.

—Y para mí tampoco —dijo Roberta—. No quiero convertirme en residente oficial de esta casa. Y Faye tampoco.

—No, Faye tampoco, desde luego —dijo Faye—. Hasta ayer era libre como un pájaro, entraba y salía cuando quería, no vivía formalmente aquí, solo entraba y salía, y ahora, de pronto...

—Está bien —dijo exasperado Bert—. No queréis formar parte del grupo, de acuerdo.

—¿Me estás diciendo que me vaya? —inquirió Faye, con una risita estridente, y su cara pareció desmoronarse y transmutarse otra vez, insinuando la presencia de otra Faye, una Faye pálida, horrible, violenta, prisionera involuntaria de la graciosa

cockney.

Jim se rió tristemente y dijo:

—A mí me dijeron que me largara. Por qué no a Faye y a Roberta, si es necesario.

Faye se volvió hacia Jim con toda la fuerza de su horrible palidez y Roberta se apresuró a intervenir diciendo:

—Nadie tendrá que marcharse. Nadie. —Miró directamente a Jim—. Pero todos tenemos que tener claro qué estamos dispuestos y qué no estamos dispuestos a hacer. Y tiene que quedar claro ahora mismo. Si fijan una cantidad global por esta casa, podemos discutir quién contribuirá a pagarla y con cuánto. Si se hace una valoración individual y nos ajustan individualmente el cheque de la Seguridad Social, entonces no. No y no. —Lo dijo manteniendo un tono amable, aunque a duras penas.

—Yo no pienso colaborar —dijo Faye—. ¿Por qué habría de hacerlo? Me gustaba cómo vivíamos hasta ahora.

—¿Cómo podía gustarte? —dijo Bert—. Tolerarlo es otra cosa.

Y, de pronto, todos comprendieron por qué era a Faye a quien habían estado observando tan nerviosamente de soslayo, por qué era ella quien había dominado toda la situación.

Faye se puso muy rígida, a horcajadas sobre el brazo del sillón, y los fulminó con la mirada, y se echó a temblar y, en una voz que no guardaba ninguna relación con el gracioso acento cockney, barbotó:

—¡Asquerosos mamones, Hitlers de mierda, escoria fascista! ¿A quién pretendéis decirle qué tiene que hacer? ¿A quién intentáis darle órdenes? —Esa voz surgía de las más recónditas profundidades de Faye, de una terrible carencia. Era una voz ronca, rasposa, trabajosa, como si las palabras mismas fuesen fruto de un duro esfuerzo y ahora solo pudiera arrojarlas, con dificultad, por encima de Dios sabía qué obstáculos mentales y

de articulación. ¿Qué acento era ese? ¿De qué parte? Se la quedaron mirando, reducidos todos al silencio por su reacción. Y Roberta se apresuró a abrazar los hombros temblorosos de su amiga.

—Faye, Faye, cariño, Faye, Faye —dijo dulcemente, hasta que la chica de pronto se estremeció y pareció desmoronarse y se desplomó entre sus brazos.

Silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bert, que se resistía a reconocer que él era el causante de ese exabrupto del otro yo de Faye. ¿O de sus otros yoes?—. Si Faye no quiere colaborar, no pasa nada. Siempre fijan una cantidad muy baja,, al menos para las casas ocupadas. Y, naturalmente, vendrán otras personas a ocupar el lugar de los camaradas que se marcharon ayer. Tendremos que procurar dejarles bien claro el acuerdo al que lleguemos con el Ayuntamiento.

Faye, semioculta entre los brazos de Roberta, pareció suspirar y agitarse, pero luego se calmó.

—Si no limpiamos este lugar, tendremos que marcharnos de todos modos —dijo Alice—. No será demasiado difícil hacerlo, pero para mantenerlo limpio necesitamos al Ayuntamiento. Con todas las quejas que ha habido. La vecina de al lado me ha dicho que se ha quejado...

—Joan Robbins —dijo Faye—. Esa cerda fascista. La voy a matar. —Pero lo dijo en su acento cockney, no en su otra voz verdadera. Se incorporó, se deshizo del solícito abrazo de Roberta y encendió otro cigarrillo. Sin mirar a los demás.

—No, no harás eso —dijo suavemente Roberta, mientras reafirmaba sus derechos sobre Faye rodeándola con el brazo. Faye se sometió, con su vivaracho gesto de echar atrás la cabeza y una sonrisa.

—Bueno, la verdad es que es repugnante —dijo Alice.

—Todo iba bien hasta vuestra llegada —dijo Jim. No fue una

queja ni una acusación, más bien una pregunta. En realidad estaba diciendo: ¿Por qué a ti te resulta tan fácil y es tan imposible para mí?

—No te preocupes —dijo Alice, y le sonrió—. Cuando todo esté limpio, seremos como cualquier otra persona de esta calle y al cabo de un tiempo nadie se fijará en nosotros. Ya lo verás.

—Si quieres tirar el dinero... —dijo Faye.

—Tendremos que pagar al menos la primera factura del gas y la electricidad. Si conseguimos que nos lo conecten —dijo Bert.

—Claro que lo conseguiremos —dijo Alice.

Y Pat señaló:

—Los contadores siguen aquí.

—Sí, olvidaron llevárselos —dijo Jim.

—¿Y con qué lo pagaremos? —preguntó Faye—. Todos estamos en el paro, ¿o no?

Siguió un silencio. Alice sabía que con un alquiler muy bajo tendrían dinero de sobra. Si la gente sabía usarlo con un poco de sentido común, claro. Ella y Jasper, cuando vivían con su madre sin pagar nada, disponían de unas ochenta libras semanales entre los dos. Pero no ahorraban nada, porque Jasper se gastaba toda su parte y también casi toda la de ella, de la que continuamente le estaba pidiendo algo «para el partido», decía, o para cualquier otra causa que en ese momento estuvieran defendiendo. Pero Alice sabía que gran parte iba destinada a lo que ella describía, pudorosamente, para sus adentros como «su vida emocional».

También sabía que en las comunas de ese tipo había personas que pagaban y otras que no y que nada podía hacerse para cambiarlo. Sabía que Pat pagaría; y que haría pagar a Bert... mientras continuara allí. Las dos chicas no se desprenderían de un centavo. En cuanto a Jim... en fin, sería cuestión de esperar a ver cómo reaccionaba.

—Hay una cosa que podemos hacer enseguida —dijo—,

destapar los váteres.

Roberta se rió. Una risa orquestada; con la intención de hacerse notar.

—Están llenos de cemento —dijo Faye.

—También lo estaban en una de las otras casas donde estuve. No es difícil. Pero necesitaremos herramientas.

—¿Quieres decir esta noche? —preguntó Pat. Parecía interesada, llena de reticente admiración.

—¿Por qué no? Un momento u otro tenemos que empezar —respondió impetuosamente Alice. Toda la intensidad de su anhelo resonó en su voz. Los demás la captaron, la reconocieron, cedieron—. Será mucho menos difícil de lo que pensáis. He echado una mirada a los váteres. Si hubieran llenado las cisternas de cemento sería otra cosa, pero no es difícil sacarlo de las tazas.

—Los obreros taparon la llave de paso con cemento —dijo Bert.

—Es ilegal —replicó Alice con rencor—. Si se enteran los de la compañía de aguas... ¿Hay alguna herramienta en la casa?

—No —dijo Bert.

—¿Has dicho que tenías amigos aquí cerca? ¿Tendrán herramientas?

—Una amiga. Felicity. Su novio tiene. Herramientas eléctricas. De todo. Trabaja en eso.

—Entonces podríamos pagarle. Y también podría arreglar la instalación eléctrica.

—¿Y con qué le pagarás? —canturreó Faye—. ¿Con qué le pagaremos, querida Alice, con qué?

—Iré a buscar las cincuenta libras —dijo Alice—. Tú vete a ver a tu amigo. —Ya estaba junto a la puerta—. Dile que se ocupe de la fontanería y la electricidad. La fontanería primero. Si tiene un cincel grande y un martillo fuerte podríamos empezar por el váter de la entrada. En realidad necesitaríamos

un martillo pilón. Volveré pronto —anunció, y oyó la voz de Jasper:

—Trae algo de comer, estoy hambriento.

Alice voló hacia el metro, transportada sobre las alas del trabajo realizado, y en el tren iba pensando en la casa, que imaginaba limpia y ordenada. Corrió por el paseo hasta la casa de Theresa. Solo cuando escuchó la voz de Anthony recordó que ella llegaría tarde.

—Alice —anunció en el aparato—. Soy Alice.

—Pasa, Alice.

La voz sonora, controlada, sensual de Anthony le recordó con qué enemigos tendría que enfrentarse y cuando llegó a su puerta lucía «su expresión», ya lo sabía, no podía evitarla.

—Vaya, Alice, pasa —la invitó, cordial pero forzadamente, Anthony, pues la que era amiga suya era Theresa.

Alice entró, a sabiendas de que no era oportuna. Anthony llevaba una bata y tenía un libro en la mano. Deseoso de gozar de una velada de descanso, se dijo Alice. Pero bien puede dedicarme diez minutos.

—Siéntate, por favor. ¿Tomas algo?

—No, Anthony, nunca bebo —dijo Alice, y fue directamente al grano—. Theresa me dijo esta mañana que me daría cincuenta libras.

—No está en casa. Tiene una de sus reuniones.

—Había pensado que tú podrías dármelas. Las necesito de verdad. —Lo dijo con amenazadora seriedad, como una acusación, y el hombre examinó cuidadosamente a la joven mujer, de pie en el centro de su sala de estar, vestida con ropas que él consideraba militares, henchida de lágrimas y de hostilidad.

—No tengo cincuenta libras —respondió.

Una mentira. Alice lo notó y lo miró con tanto odio que él murmuró:

—Alice, cariño, siéntate, por favor. Tomaré una copa, si a ti no te apetece.

Intentaba tomárselo a la ligera, pero a Alice no la engañaba. Inmóvil, observaba al hombretón alto y moreno, que le había vuelto la espalda para servirse un whisky. Le parecía que toda su vida ella había tenido momentos en que recordaba con náuseas que él y su amiguita, Theresa, se acostaban juntos, desnudos, y retozaban todas las noches.

Sabía por su madre que la vida sexual de ese par era animada, variada y tempestuosa, a pesar de las densas amabilidades burlonas de Anthony, de los cariñosos murmullos y sonrisas de Theresa. Alice, cariño, Alice, bonita, pero por las noches... Le entraron náuseas.

Y pensó, como ya hacía de pequeña: ¡Y son tan mayores! Mientras contemplaba la ancha espalda, la gruesa seda gris, la cabeza lisa, de un moreno aceitoso, pequeña para ese cuerpo, pensó: Han estado retozando toda la noche y cada noche durante todos estos años.

Él se volvió a mirarla con un movimiento rápido, el vaso en la mano, decidido ya lo que debía hacer, y anunció:

—Llamaré a Theresa. Si no está todavía en la sala de reuniones... —Y salió veloz y muy serio en busca del teléfono.

Alice paseó la mirada por el amplio y caro salón. Cogeré uno de esos *netsuke* y saldré corriendo, pensó, creerán que ha sido la española. Pero justo entonces volvió Anthony y anunció:

—Dicen que ya han terminado por hoy. Viene hacia aquí. En fin, prepararé algo para cenar. Theresa está demasiado cansada para cocinar cuando tiene reuniones. Perdóname.

Contento de poder volverle la espalda, pensó Alice, y nada más desaparecer Anthony en la cocina, se abrió la puerta. Era Theresa. Por un instante, Alice no la reconoció, la tomó por una cansada mujer de mediana edad y luego pensó: Pero se la ve tan gastada...

Theresa se movía pesadamente, con el rostro surcado de arrugas, y llevaba gafas oscuras, que la dejaron con una mirada parpadeante y angustiada cuando se las quitó.

—Oh, Alice —dijo, y se dirigió presurosa al sillón más próximo a las bebidas y se dejó caer en él. Se sirvió un vaso con dedos torpes y lo apretó contra su pecho, mientras respiraba lentamente. Con los ojos cerrados—. Un momento, Alice, solo un momento, cariño. —Y cuando entró Anthony y se acercó a besarla con un rápido andar de su grueso corpachón, levantó una mejilla hacia sus labios, sin abrir los ojos, y dijo—: Gracias a Dios terminamos temprano. Gracias a Dios, otra noche hasta las once y no lo cuento.

Él le puso una mano en el hombro y se lo apretó. Ella sonrió, con leves fruncimientos de labios, como si lo besara, y él volvió a la cocina mientras anunciaba:

—He preparado un poco de sopa y una ensalada.

—Oh, Anthony, eres un sol —dijo Theresa—, gracias... sopa... es justo lo que necesito.

Alice sintió entonces un dolor cortante y frío: celos; pero no sabía que fuera eso y, para librarse de esa escena, para librarse de ellos, dijo:

—Me dijiste que podías darme cincuenta libras. ¿Puedes dármelas ahora, Theresa?

—Supongo que sí, cariño —respondió distraída Theresa. Y segundos después ya se había sentado, había abierto su elegante bolso y empezaba a hurgar en su interior.

—Cincuenta —dijo—, cincuenta, a ver si las tengo. Sí, justas... —Y extrajo cinco billetes de diez libras que entregó a Alice.

—Gracias. —Alice deseaba salir corriendo con el dinero, pero le pareció poco cortés; se sentía llena de afecto hacia Theresa, que parecía tan cansada y rendida, que siempre había sido tan buena con ella—. Eres mi preferida y la mejor, absolutamente

la mejor de mis tías —dijo con una torpe sonrisa, como hacía de niña, cuando jugaban a ese juego.

Theresa la miró fijamente a los ojos, con los suyos muy abiertos.

—Alice —dijo—, mi querida Alice... —Suspiró. Se incorporó en el sillón. Se alisó la falda rojo oscuro. Levantó una pequeña mano blanca para arreglarse el suave pelo negro. Teñido, naturalmente—. Tu pobre madre —dijo Theresa—. Me llamó esta mañana. Estaba tan dolida, Alice.

—Estaba dolida —replicó en el acto Alice—. ¡Así que ella estaba dolida!

Theresa suspiró.

—Alice, por qué sigues con él, con Jasper, por qué... no, espera, no salgas corriendo. Eres tan bonita y tan buena, preciosa... —Y pareció ofrecerle su cariñosa cara a Alice, como en un beso—. Eres una buena chica, Alice, ¿por qué no te buscas a alguien...? Deberías tener una relación de verdad con alguien —concluyó incómoda, a causa de la fría expresión desdeñosa de Alice.

—Quiero a Jasper —dijo esta—. Lo quiero. Por qué no lo entendéis. No me interesan... las cosas que os interesan a vosotros. El amor no es solo sexo. Estabas pensando en eso, lo sé...

Pero los años de afecto, de cariño, le trabaron la lengua y sintió correr las lágrimas por su cara.

—Oh, Theresa —sollozó—, gracias. Muchas gracias. Vendré a verte pronto. Lo haré. Ahora tengo que irme, me esperan...

Y corrió hacia la puerta, sollozando violentamente, y salió dando un portazo. Bajó al trote las escaleras, las lágrimas saltándole de la cara, y salió a la calle, y una vez allí se acordó de los billetes que tenía en la mano, con peligro de que se los llevara el viento o alguien se los arrebatara. Los guardó con cuidado en el bolsillo de su chaqueta y echó a andar, rápida y

segura, en dirección al metro.

Mientras tanto, a sus espaldas en el bonito piso, comentaban el caso de Alice. Anthony mantuvo una expresión de irónico desconcierto, hasta que Theresa reaccionó con un:

—¿Qué estás pensando, mi amor?

—Vaya con la niña —dijo él, dejando entrever en su tono cuán poco le gustaba Alice.

—Sí, sí, ya lo sé... —respondió irritada ella; su fatiga empezaba a traslucirse.

—Niña... ¿cuántos años tiene ya?

Ella se encogió de hombros, sin ganas de pensar en ello, pero interesada, a pesar de todo.

—Tienes razón —dijo—. Una tiende a olvidarlo.

—¿Casi cuarenta? —insistió Anthony.

—¡Oh, no, no es posible!

Una pausa, mientras entre ellos se elevaba el vapor del plato de sopa que él le había servido sobre la mesita que tenía a su lado. Se miraron a través del vapor.

—Treinta y cinco, no, treinta y seis —dijo por fin Theresa con voz apagada.

—Desarrollo retardado —sentenció con firmeza Anthony, reivindicando su derecho a que no le gustara Alice.

—Oh, sí, supongo que debe de ser eso, pero Alice, no sé, es una chica tan dulce... una chica encantadora, en el fondo.

En la callejuela de Alice las casas estaban llenas de luces y de gente, los bordes de las aceras atestados de coches de las personas que habían regresado del trabajo; y su casa se alzaba al fondo, oscura, fuerte, callada, misteriosa, dibujada por las farolas y las luces de los faros de la calle principal que discurría más allá. Al llegar junto a la puerta, divisó tres figuras que se disponían a entrar en el oscuro vestíbulo. Jasper, Bert. ¿Y la

tercera? Alice corrió hacia ellos y Jasper y Bert se volvieron bruscamente para hacer frente al posible peligro, y al verla le dijeron al chico que los acompañaba:

—No es nada, Philip; ella es Alice. La camarada Alice, ya sabes.

Habían entrado en la casa y Alice observó que no se trataba de un muchacho, sino de un hombre joven, pálido y delgado, con grandes ojos azules entre masas de reluciente pelo claro, que parecían reflejar todo el apagado fulgor de la lámpara de camping. Su primera reacción fue pensar: ¡Pero está enfermo, no tendrá fuerzas! Pues había comprendido que ese era su salvador, el hombre que restauraría la casa.

Philip se volvió a mirarla y dijo, con una obstinación en la que Alice vio el resultado de un esfuerzo, un intento de forzar la suerte:

—Pero tendré que cobraros. No puedo hacerlo por nada.

—Cincuenta libras —dijo Alice, y advirtió un ligero avance involuntario de Jasper hacia ella, que le hizo comprender que, si no se andaba con cuidado, se las quitaría.

—Primero quiero ver el trabajo —dijo Philip en el mismo tono, obstinado—. Tengo que hacer el presupuesto.

Alice comprendió que se encontraba ante una persona a quien a menudo le habían escamoteado lo que le debían. Con su aspecto de valiente huerfanito, ¡constituía toda una tentación!

—No queremos favores —le dijo maternal y digna—. Queremos contratarte para un trabajo.

—Por cincuenta libras —comentó Bert, con jocosa brutalidad —, apenas conseguirías que te tapasen una cueva de ratones. Tal como están las cosas. —Y Alice observó el fulgor de sus labios rojos entre la negra espesura de su cara. Jasper se rió entre dientes.

Ese frente común de los dos hombres contra ella —pues de

eso se trataba de momento— la complació. Mientras regresaba presurosa a casa había estado pensando que si Bert resultaba ser uno de esos hombres a los que Jasper, como había ocurrido ya otras veces, se asociaba como un hermano pequeño, con un apremiante anhelo que llenaba de dolorosa ternura el corazón de Alice, entonces no desaparecería en busca de sus aventuras, que siempre la desazonaban. No por celos —como se repetía fieramente y a veces también les decía a los demás—, sino porque temía que algún día la cosa pudiera acabar mal. Un par de veces, un hombre a quien Jasper había conocido durante esas excursiones a un mundo del que en algunas ocasiones le hablaba, apretándole con fuerza la muñeca mientras se inclinaba a escudriñar su cara en busca de señales de debilidad, se había presentado en una u otra de las casas ocupadas y ella lo había recibido con servicial gentileza de hermana.

«¿Jasper? Volverá por la noche. ¿Quieres esperarlo?» Pero enseguida se marchaban.

En cambio, cuando tenía cerca un hombre, como Bert, con quien pudiera asociarse, no salía a «ligar». Una palabra que ella misma empleaba despreocupadamente. «¿Saliste de ligue anoche, Jasper? Ten cuidado, sabes que ya tenemos suficientes problemas con la bofia persiguiéndonos por motivos políticos.» Ese era el poder que tenía sobre él; el control que podía ejercer. «Tienes razón, Alice —le respondía él en un digno tono de militante camaradería—. Pero sé lo que hago.» Y a veces le ofrecía una de sus inesperadas, y bastante raras, sonrisas de verdad, reconociendo su condición de aliados en una guerra desesperada.

Ahora Alice les dirigió una breve sonrisa a Jasper y a Bert y centró enseguida su atención en Philip.

—Lo más importante —dijo— son los váteres. Te los mostraré.

Lo condujo al lavabo de la planta baja y desde el umbral de

la puerta levantó la lámpara. Nadie había entrado en el cuartucho desde el día en que los empleados del Ayuntamiento llenaron de cemento la taza del váter. Había polvo, pero su estado era normal.

—Cabrones —barbotó Alice con voz llorosa.

Philip permanecía indeciso y Alice comprendió que todo dependía de ella.

—Necesitaremos un martillo pilón —dijo—. ¿Tienes uno? —Comprendió que el otro apenas sabía a qué se refería—. Ya sabes, como los que usan los peones para romper el asfalto de las calles, pero más pequeño.

—Conozco a alguien que seguramente tendrá uno.

—Esta noche —dijo Alice—. ¿Podrás conseguirlo esta misma noche?

Sabía que ese era el momento en que él podía volverle simplemente la espalda, abandonándola, abrumado —como ella—bajo el peso de la casa devastada; pero también sabía que en cuanto empezara a trabajar...

—Lo he hecho otras veces —se apresuró a decir—. Sé de qué va. No es tan difícil como parece. —Y viéndolo allí, con su actitud resentida, reticente, que indicaba que se sentía estafado una vez más, insistió—: Yo me encargaré de que no salgas perdiendo. Sé que eso es lo que te preocupa. Te lo prometo.

Los dos estaban muy cerca bajo el dintel de la puerta del diminuto cuartucho. Él la miró a través de los escasos centímetros de su repentina intimidad, vio un rostro insistente pero tranquilizador, como el de una hermana mayor, mandona pero cariñosa, y de pronto sonrió, con una tierna, cándida sonrisa, y dijo:

—Tengo que ir a casa, para llamar a mi amigo, a ver si está en casa y si tiene un... martillo pilón; tendré que pedirle el coche a Felicity... —Intentaba provocarla con la enormidad de la tarea que le esperaba.

—Sí —respondió ella—. Sí. Por favor.

Él asintió y en un instante había desaparecido por la puerta de entrada. Alice entró en la sala de estar, donde se encontraban Jasper y Bert, a la espera —como indicaba su actitud pasiva y confiada, sentados en los sillones— de que ella hiciera milagros, y anunció con confianza:

—Ha ido a buscar algunas herramientas. Volverá.

Sabía que lo haría; y al cabo de una hora estaba de vuelta, con una bolsa de herramientas, el martillo pilón, una batería, lámparas, de todo.

El cemento del váter, con varios años de antigüedad, había empezado a desprenderse de las paredes y pronto lo soltaron. Poco después, el váter, rayado y descolorido, estuvo en condiciones de ser utilizado. Esto es, si todavía corría el agua. Pero un puñado de cemento recubría la llave de paso. Despacio, con suavidad, Philip resquebrajó esa costra con el ruidoso taladro temblequeante y saltarín, y apareció el grifo, nuevo y reluciente. Philip y Alice, risueños y triunfantes, se inclinaron sobre el grifo recién nacido.

—Comprobaré que todos los grifos estén cerrados, pero dejaré uno abierto —anunció ella en voz baja, pues quería asegurarse de que todo funcionara antes de cantar victoria ante los demás, que esperaban, charlando de política, en el salón. Recorrió toda la casa, comprobando los grifos, y volvió a bajar presurosa—. Después de cuatro años, si hay una bolsa de aire... —Miró suplicante a Philip, que hizo girar la llave de paso. De inmediato se inició un gorgoteo y golpeteo en las tuberías y Alice exclamó—: Buena señal. Se mueven. —Y él se fue a comprobar los depósitos, mientras ella lo esperaba en el vestíbulo, con lágrimas de gratitud bañándole las mejillas.

En un par de horas quedó restablecida el agua, los tres váteres estaban despejados y en el vestíbulo se habían reunido un grupo de incrédulos y jubilosos habitantes de comuna que,

procedentes de diversas partes de Londres, habían recibido la noticia de lo que estaba pasando, acogiéndola, en general, con incredulidad. Por vergüenza, confiaba Alice.

—Pero podríamos haberlo hecho antes —dijo Jim—, nosotros también podríamos haberlo hecho. —Apesadumbrado, incrédulo, encantado—. Bajaré los cubos, podremos deshacernos de...

—Espera —gritó Alice—. No, despacio, de uno en uno, no todos a la vez, bloquearíamos todo el sistema, después de tantos años, quién sabe cuántos. En Birmingham lo hicimos una vez, tiramos demasiado de golpe... por ahí abajo, en algún lugar, había una tubería rajada y tuvimos que dejar la casa al día siguiente. Y acabábamos de llegar.

Alice se encontraba en el primer escalón de la escalera, al mando de la situación, segura de sí misma, agotada, sucia, cubierta de mugre y de polvo gris del cemento desintegrado, hasta su pelo estaba cubierto de gris. La vitorearon, con convicción, aunque también con un dejo de burla. Y con una advertencia, que ella no notó, o no quiso notar.

—Philip —estaba diciendo—, Philip, ya tenemos agua, ahora vamos a por la electricidad. —Mientras, Philip, en silencio, la miraba amable, obstinadamente, un frágil muchacho, no, un hombre, pues tenía veinticinco años, según había averiguado Alice junto con todas las demás cosas que necesitaba saber de él, y de pronto se hizo un silencio general, pues mientras ella y Philip trabajaban, los demás habían estado discutiendo cuánto costaría todo eso y cuánto estaban dispuestos a aportar.

—¿Sabéis cuánto habríais tenido que pagar si hubieseis llamado a un fontanero? —preguntó Philip.

—Unas doscientas —aventuró Pat, quien, sin interferir en la delicada operación, Alice, Philip y la casa, sin embargo se había involucrado más que los demás, siguiendo los progresos de las distintas fases del trabajo y comentándolos, señalando

cómo también ella había hecho lo mismo en tal o cual sitio.

Alice se sacó las cincuenta libras del bolsillo y se las dio a Philip.

—Me pagarán el paro pasado mañana —dijo. Él contó los billetes, cinco en total, mientras pensaba, Alice lo sabía, que esa era una situación conocida para él. Después levantó la vista, le sonrió y dijo brevemente:

—Volveré mañana por la mañana. Para la instalación eléctrica tengo que trabajar de día.

Y salió, acompañado no por su amigo Bert, que lo había llevado hasta allí, sino por Alice, que fue con él hasta la puerta del jardín, a través de las malolientes basuras que los rodeaban.

—Bueno —dijo él, con su dulce, dolorosa sonrisa, que ya le desgarraba el corazón a Alice—, al menos es para camaradas. —Y se alejó por la calle donde las casas estaban más oscuras ahora que la gente ya se había acostado. Era más de la una.

Alice entró en el vestíbulo vacío y oyó la cadena del váter. Se detuvo, conteniendo el aliento, mientras pensaba: Los desagües... pero parecían estar en buen estado. Jasper salió del lavabo y le anunció:

—Voy a acostarme.

—¿Dónde?

Era un momento delicado. En casa de su madre, Jasper tenía su propio espacio, se había apropiado del cuarto de su hermano y allí se arrebujaba, arisco, protegiendo su derecho a pasar a solas las noches. Ella, la hija de la casa, dormía en el cuarto que había ocupado toda su vida. No le importaba, decía; estaba segura de sus sentimientos; pero lo que sí le importaba, y mucho, era qué pensarían los demás, no de ella, sino de Jasper. Pero estaban a solas en la entrada, podrían afrontar juntos esa decisión. Él se la quedó mirando con la fulminante expresión en la que ella reconocía la señal de que se sentía amenazado.

Apareció Pat, que se acercó a decirles:

—El cuarto contiguo al nuestro está desocupado. Seguramente habrá que limpiarlo un poco, los dos que dormían allí no eran...

Los tres en el centro del gran vestíbulo a oscuras, donde la lámpara de camping proyectaba su indefinido círculo de luz; las mujeres miraron a Jasper, Alice con un motivo claro, pero Pat todavía no. Alice sabía que Pat, rápida y perspicaz, lo captaría todo en un abrir y cerrar de ojos... y de pronto Pat comentó:

—Desde luego, esa es la mejor de las habitaciones que quedan desocupadas...

Alice comprendió que lo había entendido todo, al instante, pero Jasper no pareció darse cuenta, pues dijo alegremente:

—Muy bien, vamos Alice.

—¡Alice, no creas que no pensamos que eres una tía fantástica! —dijo Pat a sus espaldas, mientras subían la escalera en silencio. Y se rió. Alice, sin importarle un comino, siguió a Jasper hasta el gran cuarto vacío. Él ya había deshecho la mochila, su saco de dormir estaba cuidadosamente extendido junto a la pared de la derecha, al fondo, lo más apartado posible.

—Voy a buscar mis cosas —dijo Alice, y esperó que él la repudiara, pero Jasper permaneció de espaldas a ella, sin decir nada. Bajó corriendo al vestíbulo, deseosa de no encontrarse con Pat, pero allí estaba, sola y muy callada, como si ya esperase ver bajar a Alice, deseosa de hacer lo que entonces hizo, esto es, adelantarse, abrazar a Alice y apoyar su lisa mejilla de cereza contra la de ella. Un gesto de consuelo. De tranquilizadora camaradería. Y también de compasión, Alice lo advirtió y deseó poder proclamar: Pero a mí eso no me importa, tú no lo entiendes.

—Gracias —dijo seca y desmañada, y Pat soltó una risa ahogada y le hizo adiós con la mano antes de entrar en la sala

de estar donde los camaradas, evidentemente, estaban hablando de Alice, y de Jasper, y de esa explosión de orden en sus vidas.

Arriba, su cuarto estaba a oscuras. Pero se filtraba un poco de luz, del cielo y del tráfico. Alice extendió su saco de dormir sobre el delgado soporte de gomaespuma y poco después ya estaba tumbada de espaldas en su jergón, pegada a la pared contraria al lugar donde yacía Jasper hecho un ovillo, como de costumbre, en altiva soledad. Estaba despierto, pero pronto se durmió; Alice lo advirtió por una distensión de su cuerpo, como si yaciese abandonado en una playa, arrastrado por la marea.

Demasiado cansada para dormir, Alice escuchó los rumores de los demás al acostarse. «Buenas noches, buenas noches», en el rellano de la escalera, en el pasillo que salía de allí. Roberta y Faye en un cuarto, naturalmente. Jim en otro. Y en la habitación contigua a la suya, Pat y Bert. Oh, no, no quería oír eso, no quería oír lo que sabía que ocurriría. Y así fue, los gruñidos y murmullos y agitación y gemidos... justo al otro lado de la pared, muy cerca de su oído. Era demasiado. Hacían el amor; eso de lo que todos consideraban una estupidez que prescindiera, compadeciéndose de ella. Theresa y Anthony, toda la noche y cada noche dedicados a ello, según decía su madre, tras años de matrimonio, gruñendo y jadeando, gimiendo, anhelantes. Alice yacía tiesa como un palo, con la mirada fija en las sombras del techo surcado por las luces de los faros que corrían y se perseguían por la calle, sus oídos asaltados, su cerebro pasmado. Se obligó a pensar: Mañana, mañana arreglaremos la instalación eléctrica... Dinero. Necesitaba conseguir dinero. Pero ¿de dónde? Lo obtendría. No tenía intención de estafar a Philip...

Philip, despedido seis meses antes de la empresa constructora —el primero en recibir la patada y Alice sabía por qué: por su cuerpo, cualquier patrón pensaría, naturalmente, el enclenque

este—, se había establecido por su cuenta. Ahora era decorador, eso quisiera, maestro de obras. Tenía: dos escaleras largas, una corta, un andamio (pero necesitaba, urgentemente, otro), brochas de pintor, algunas herramientas; y podía pedir prestadas otras a su amigo de Chalk Farm. Le habían encargado la decoración de una casa, a pesar de su frágil aspecto; a causa de él, tal vez; le habían pagado solo la mitad, diciéndole que no estaba a la altura del trabajo. Sabía que no le pagarían el resto; habría tenido que recurrir a los tribunales y no podía hacerlo. Estaba en el paro. Creía que conseguiría otro encargo para remozar un pub en Neasden. Decía que creía que le darían ese trabajo, pero Alice comprendió que no estaba demasiado convencido. Vivía con Felicity (¿su amiga?) en el piso de ella, a un par de manzanas de allí. Tenían que pagarle.

Los ruidos, que ya se habían acallado al otro lado de la pared, empezaron de nuevo. Alice arrastró su colchoneta y su saco de dormir hasta la otra pared con el mayor cuidado posible, temerosa de despertar a Jasper, el cual interpretaría su proximidad como una invasión. Y no podía fallar, cuando Alice se disponía a echarse, él se incorporó sobresaltado y la fulminó con la mirada, rechinando los dientes.

—Te has metido en mi espacio —dijo—. Ya sabes que nunca invadimos el espacio del otro.

—No me gusta esa pared —dijo ella.

La situación se había dado otras veces, repetidamente, y no precisaba dar explicaciones. Reclinado sobre el codo, con el rostro contraído de furia y repulsión, Jasper escuchó los rumores que se captaban perfectamente, también desde esa pared; luego se tumbó, tenso, con la respiración acelerada.

—Mañana me levantaré temprano, a ver si consigo algún dinero —dijo Alice.

Él no respondió. Pronto la casa quedó en silencio. Jasper dormía.

Alice dormitó un poco. Mentalmente ya estaba viviendo la siguiente jornada. Aguardó que se hiciera la luz, que entró triste y mortecina a través de los sucios cristales y sacó a relucir la inmundicia de la habitación. Se moría de ganas de tomar un té, de comer algo. Bajó sigilosamente al vestíbulo, todavía bajo el dominio de la oscuridad y de la lámpara de camping; luego entró en la sala de estar, con la esperanza de encontrar allí el termo. Pero bebió agua fría de un jarro; luego, satisfecha pero cautelosa, usó el lavabo, pensando en las tuberías descuidadas durante un número indeterminado de inviernos. Después se dirigió al metro y se detuvo a desayunar en el Café de Fred. Tenía cabida para ocho o diez mesas, bien juntas. Un cuadro cálido, por no decir íntimo. Hombres en su mayor parte. Dos mujeres se habían sentado juntas. A primera vista, parecían de mediana edad, por su impasible serenidad; después uno descubría que eran más bien jóvenes, pero estaban cansadas. Probablemente eran mujeres de la limpieza que salían de su trabajo de madrugada en las oficinas del barrio. Alice pidió un té en la barra y también —como disculpándose — tostadas de pan moreno y le respondieron —la mujer de Fred, muy probablemente, pues tenía cierto aire de propietaria — que no servían tostadas integrales. Alice buscó un asiento con su té, un plato de tostadas de pan blanco chorreantes de mantequilla y un bizcocho. Como una concesión a la salud, volvió atrás a pedir un zumo de naranja. Comprendió claramente que, en ese local, lo mejor sería sentarse junto a las dos mujeres, y así lo hizo.

Las dos estaban comiendo tostadas y bebían un café fangoso. Permanecían sentadas en la postura floja, vacía, de las mujeres que intentan relajarse conscientemente y en sus rostros lucían vagas sonrisas amables que volvieron hacia Alice, como escudos protectores. No querían hablar, solo estar sentadas un rato.

¡La sal de la tierra!, se dijo aplicadamente Alice mientras contemplaba el cuadro de los trabajadores que acumulaban energías para una jornada de duro trabajo comiendo platos de huevos, patatas fritas, salchichas, pan frito, tocino... una barbaridad. Llenos de colesterol, pensó acongojada Alice, ¡y todos tienen un aspecto tan poco saludable! Tenían el pálido tinte grasiento del tocino o de unas patatas fritas mal cocidas. En el bolsillo de cada uno, o encima de las mesas, mientras lo leían, se veían ejemplares del *Sun* o del *Mirror*. Solo son lumpen, pensó Alice, aliviada por no verse obligada a admirarlos. Peones camineros o de la construcción, tal vez incluso trabajadores autónomos; ¡no serían esos hombres quienes salvarían a Gran Bretaña de ella misma! Alice se instaló, disfrutando con su deliciosa tostada cargada de mantequilla, y pronto empezó a sentirse mejor. Aunque en realidad no le apetecía el frío y ácido zumo de naranja, se sobrepuso y se lo bebió entre una y otra taza de té amargo. Las dos mujeres la observaban, con el distante interés que dedicarían a las curiosas costumbres de un extranjero, tomando nota de todos los detalles de su persona sin aparentarlo. Tenía un pelo rizado bastante bonito, resonaban sus pensamientos; ¿por qué no se lo arreglaba un poco? ¡Estaba lleno de polvo! ¡Y qué lástima que llevara esa pesada chaqueta militar, más como de hombre, en realidad! ¡Y también cubierta de polvo! ¡Y sus manos, no se molestaba demasiado en limpiarse las uñas! Emitida su condena, y agotado su interés, se levantaron pesadamente y salieron, gritando unas palabras de despedida a la mujer de la barra: «Gracias, Liz», «Hasta mañana, Betty».

Acudían allí todas las mañanas después de tres o cuatro horas en los despachos. Los hombres entraban camino del trabajo. Alice observó que todos se conocían; era como un club. Terminó rápidamente de comer y se marchó. Frente al quiosco de diarios de la esquina, las dos mujeres que habían estado

sentadas a su lado se habían juntado con una tercera. Todas llevaban pantalones deformes, blusas, chaquetas y pesadas bolsas en la mano. Su uniforme de trabajo. Se habían detenido a chismorrear, procurando ocupar el mínimo espacio posible, pues la marea de gente que se dirigía a su trabajo llenaba la acera.

Todavía era demasiado temprano. Acababan de dar las ocho. Su madre se estaría bañando. Si Alice iba hacia allí enseguida, podría entrar calladamente y preparar el café, para darle una sorpresa cuando bajara en bata. Entonces podrían sentarse junto a la gran mesa de la cocina y comer su muesli y tomar café. Dorothy leería su *Times* y ella, el *Guardian.* En esa casa recibían cada mañana el *Times,* el *Guardian,* el *Morning Star* y, los sábados, el *Socialist Worker,* los dos últimos para ella y para Jasper. Jasper decía que leía el *Worker* porque había que estar informado de qué hacía la oposición; pero Alice conocía sus secretas tendencias trotskistas. Aunque eso no le importaba; en su opinión, los socialistas de todas las tendencias deberían unirse en bien de la causa común. En casa de su madre, ella leía el *Guardian.* Durante años ese había sido el único periódico que entraba en esa casa. Entonces, un día su madre fue a visitar a su gran amiga Zoë Devlin y la encontró vestida con un delantal del *Guardian;* con la palabra «Guardian» estampada en letras de imprenta negras de diversos tamaños sobre el fondo blanco. Dorothy Mellings se quedó estupefacta; esa visión fue una revelación para ella, diría luego. ¡Que nada menos que Zoë Devlin fuera capaz de vestirse de uniforme, de proclamar su conformismo!

Ése fue el inicio del período de extravagantes declaraciones de su madre; un período que aún no había acabado ni mucho menos. El inicio, también, de una larga serie de reuniones entre las dos mujeres, organizadas con el fin de pasar revista a sus ideas.

«Nos hemos pasado años y años —le oyó decir Alice por teléfono a su madre, en lo que sería el inicio de la primera discusión— dando por sentado que estábamos de acuerdo respecto a muchas cosas, cuando no es así. ¡Ni por asomo! Tendremos que determinar si tú y yo tenemos algo en común, Zoë, ¿qué me dices?»

«Típica mierda intelectual», había comentado Jasper, con el propósito de que Dorothy lo oyera.

Al recordar a Jasper, Alice comprendió que no podía presentarse tranquilamente allí ahora, hacer café y recibir a su madre con una sonrisa.

Subió al tren y buscó otro café, donde no llamaría la atención a nadie. Estaba casi vacío; todavía tardaría un par de horas en empezar a tener movimiento, cuando entrasen las personas, hombres y mujeres, que iban a la compra. Allí Alice comió bollitos integrales con miel y recuperó la gracia, mientras hacía tiempo con un ojo puesto en el reloj de la pared. Su madre probablemente saldría a comprar sobre las nueve y media o las diez. Le gustaba liquidar pronto la compra, que detestaba.

Alice se había encargado de la compra, durante cuatro años. Le encantaba. Cuando regresaba a la gran cocina con las cajas llenas de comida que había transportado en el coche, lo ordenaba cuidadosamente todo. Su madre probablemente estaba presente (si Jasper no se encontraba allí) y charlaban, ¡y se entendían de maravilla! ¡Siempre se habían entendido! En casa, Alice era una buena chica, una buena hija, lo que siempre le había gustado ser. Ella se ocupaba de la cocina... evidentemente, a su madre le gustaba que lo hiciera. (Un pensamiento incómodo la aguijoneó al recordarlo, pero prefirió ignorarlo.) Durante los cuatro años que Alice y Jasper habían vivido en la casa, ella había hecho la compra y la cocina. También cocinaba las cosas que vendía en el mercado,

requisando a veces la cocina durante dos o tres días seguidos. Jasper solía entrar a toda prisa, aprovechando los momentos en que Dorothy no estaba presente, para darse un atracón de lo que fuese que ella estuviera preparando aquel día; «su» sopa, por ejemplo, o pasteles y saludable pan de verdad. O, si ella no estaba en la cocina, porque estaba vendiendo en el mercado, por ejemplo, abría sigilosamente la nevera y cogía cuanto le apetecía. Alice la mantenía bien surtida de jamón y salchichón y encurtidos para él. Se preparaba grandes bocadillos y se los llevaba a su cuarto, y allí se quedaba, sin bajar durante horas. Al principio, Dorothy le preguntaba incómoda: «¿Qué hace Jasper todo el día ahí arriba?». «Está estudiando», respondía siempre Alice, altiva y cortante. Sabía que, a veces, no hacía absolutamente nada durante todo el día. A ratos leía el *Socialist Worker* o el *Morning Star*. Y el resto del tiempo escuchaba música pop, con los auriculares puestos, y a veces bailaba calladamente a solas por toda la habitación. Sus movimientos eran muy gráciles, Alice lo sabía; detestaba que los demás lo vieran, y era una lástima. Debería haber sido bailarín; ¿de ballet tal vez?

Después volvía a bajar, silencioso, en busca de más comida. Nunca entraba por propia voluntad en la cocina cuando Dorothy se encontraba allí. Nunca se sentaba a comer con ellas. Cuando Alice se quejaba y le decía que eso no le gustaba a su madre, le replicaba que quien no le gustaba era él (cosa que resultó ser cierta, aunque Dorothy desde luego no lo dijo así al principio). Por su parte, él la consideraba una vulgar mujerzuela. Este epíteto, tan poco apropiado, solo servía para embotar la capacidad de reacción de Alice, que replicaba débilmente: «Pero, Jasper, ¿cómo puedes decir eso?». A lo cual él respondía emitiendo sonoros y groseros ruidos con los labios.

Obviamente, cuando Dorothy tenía invitados, Jasper no estaba presente. De hecho, habríase dicho que no vivía en la

casa, de no ser por ese continuo pillaje de comida de la cocina. ¡Cualquiera habría dicho que Dorothy le escatimaba la comida!, le había gritado más de una vez Alice, y luego, cuando su actitud se volvió simplemente abusiva, se lo decía para sus adentros.

Ahora, sentada en ese agradable, simpático café, donde había muchas probabilidades de que las personas que entraban la saludasen, mientras seguía comiendo bollitos con miel (ahora no por hambre, sino para pasar el rato), Alice pensó: Bueno, pero es verdad que detesta a Jasper, siempre lo ha detestado, mucha gente lo detesta. Y, probablemente, le molestaba alimentarlo, si lo detestaba. Y Alice pensó, por fin, presa casi de un pequeño arrebato de pánico: ¿Cómo debía de sentirse al no poder disponer de su propia cocina, al no poder entrar siquiera en ella, por temor a toparse con Jasper? Y luego: Yo me encargaba simplemente de todo, siempre cocinaba. Y a ella le encanta cocinar...

A las nueve y media, Alice salió del café, con un saludo de despedida para Sarah, que llevaba años sirviendo allí. Una antigua refugiada austríaca, ahora era una mujer ya mayor con fotografías de sus nietos ya crecidos clavadas en la pared de la barra. Alice se dirigió, no demasiado deprisa, a casa de su madre. Se entretuvo bastante rato fuera, hasta que pensó que cualquier vecino que la estuviera observando lo encontraría raro. Entró con la llave que no le había devuelto a su madre el día anterior, antes de marcharse para siempre de la casa. Dentro no se oía ni un ruido. Alice se detuvo en el vestíbulo, inhalando el aire de la casa, el olor de hogar; la amplia, cómoda, acogedora casa que olía a amistad. Entró en la cocina y el corazón le dio un vuelco. Cajas de madera llenas de platos y fuentes ocupaban el suelo y encima de la mesa se acumulaban las tazas, platillos y vasos, ya envueltos en papel de periódico. Oh, claro, ahora que ella y Jasper se habían ido,

su madre se vendería la porcelana y otras cosas innecesarias. Sí, eso debía de ser. Como una niña que se siente amenazada, Alice se quedó mirando las cajas con ojos muy abiertos y desesperados, luego subió corriendo a su propia habitación. La encontró tal como la había dejado el día anterior. Se sintió mejor. Subió al cuarto que había ocupado Jasper. En el suelo había una alfombra, de Bokhara. Antes estaba en la sala de estar, pero empezó a gastarse y encontró un rincón seguro bajo una mesa de ese cuarto que, hasta que Jasper se apropió de él, se usaba muy poco. Era preciosa. Alice la enrolló con ternura y bajó corriendo con ella a la cocina. Ahora deseaba no encontrarse con su madre. Buscó papel y lápiz y escribió: «Me he llevado la alfombra, Alice», y colocó la nota entre los vasos empaquetados. Volvió a sentirse amenazada por la visión de las cajas de embalar. Pero se esforzó por borrarlas de su memoria y salió de la casa. En el extremo de la calle, su madre avanzaba en su dirección bajo la marquesina de luminoso follaje. Caminaba despacio, con la cabeza gacha. Se la veía vieja y cansada. Alice echó a correr en sentido contrario, agarrando con fuerza la pesada alfombra, hasta desaparecer del campo visual de su madre, y luego continuó andando, cada vez más despacio, hasta Chalk Farm. La tienda de las alfombras acababa de abrir. Una mujer de mediana edad, sentada junto a un escritorio, con una taza de café delante, se bajó las gafas oscuras para examinar a Alice por encima de la montura.

—¿Quieres vender algo? —preguntó—. ¡Es bonita! —añadió cuando Alice extendió la alfombra en el suelo, respirando fuerte. Las dos se quedaron contemplándola, cautivadas y sumidas en el silencio por el dibujo de suaves colores tendido sobre el suelo. La mujer se agachó, cogió la alfombra y la puso a contraluz. Alice dio la vuelta para situarse a su lado y vio asomar los puntitos de luz y un gran agujero en un sitio. Su garganta se contrajo. Me la llevaré a la casa, es tan bonita...

pensó frenéticamente, pero siguió esperando mientras la alfombra era devuelta al suelo, de cualquier manera, arrugada, y la mujer decía—: Está muy gastada. Habría que remendarla. No puedo darte más de treinta libras.

—¿Treinta? —sollozó Alice. No sabía cuánto había esperado conseguir. Sabía que la alfombra era, o había sido, valiosa—. Treinta —tartamudeó, pensando que no había merecido la pena llevársela.

—Yo te aconsejaría que te la quedes y la disfrutes —dijo la mujer, y volvió a su escritorio, se acomodó las gafas oscuras y empezó a beberse el café.

—No, necesito el dinero —dijo Alice.

Cogió los tres billetes y, tras una breve pausa para mirar la alfombra allí abandonada por ella, salió de la tienda.

Compró comida para Jasper y volvió a la casa ocupada. La calle tenía un aire matutino, no había nadie en el exterior de las casas, la gente se había ido al trabajo y al colegio; las mujeres estarían dentro limpiando o con los críos. Pero Alice no esperaba encontrar a nadie levantado aún en su casa; en las casas ocupadas nadie se levantaba temprano.

Sin embargo, encontró a Pat a solas en la sala de estar, bebiendo café del termo. Con un gesto, esta la invitó a servirse, pero Alice, todavía ahíta de sus dos buenos desayunos, hizo que no con la cabeza.

—He conseguido algo de dinero —dijo—, pero no suficiente.

Pat no dijo nada. Bajo la intensa luz de la mañana, se la veía mayor, floja y gastada, no luminosa como una cereza. Todavía no se había peinado, y olía a sexo y sudor. Hoy nos ocuparemos de los baños, pensó Alice. Había dos.

Pat todavía no había dicho nada, pero encendió un cigarrillo y se lo fumó como si quisiera ahogarse en humo. Alice había comprendido que era una de esas personas que necesitan tiempo para despertarse por las mañanas y que no le diría

nada. Permaneció sentada en silencio y empezó a pasar revista al estado de la habitación: las cortinas estaban hechas jirones y no cabía esperar que resistiesen una visita a la tintorería. Bueno, quizá su madre... La alfombra serviría. ¿Una aspiradora?

Sabía que Pat la estaba mirando, pero no le devolvió la mirada. Sentía que la otra era una aliada y no quería poner a prueba esa sensación.

—Veinticuatro horas —dijo Pat con una tosecita provocada por el humo—. ¡Llevas veinticuatro horas aquí! —Y se rió. Sin hostilidad. Pero reservando su juicio. Es justo, pensó Alice. En política uno debe...

Un sonido se acercó bruscamente por la calle y el camión de la basura se detuvo frente a la casa. Alice salió con una exclamación y se fue directamente hacia los dos hombres que estaban llevando a hombros los cubos de basura del jardín contiguo.

—Por favor, por favor, por favor...

Los dos se detuvieron, uno junto al otro, y la miraron, grandes hombretones, fuertes para ese trabajo, ante esa chica, terca y obstinada y frenéticamente angustiada.

—¿Cuánto me pedirían por limpiar este jardín...? Sí, ya sé que...

Sus caras adquirieron idénticas expresiones de asqueada mofa, mientras paseaban alternativamente la mirada del repugnante amasijo a Alice, otra vez al amasijo de basura, nuevamente a Alice, hasta fijarla finalmente en la basura, calibrándola.

—Debería llamar al Ayuntamiento —dijo al fin uno de ellos.

—Ustedes son el Ayuntamiento —respondió Alice—. No, por favor, por favor... verán, hemos llegado a un acuerdo. Un acuerdo pactado. Nosotros pagaremos los gastos. Una ocupación pactada, ya saben.

—¡Alan, ven aquí! —gritó uno de ellos en dirección al gran camión tambaleante y palpitante que aguardaba dispuesto a devorar cualquier cantidad de envases de plástico, latas, papeles... todos los desperdicios que abarrotaban el jardín de su casa hasta la altura de las ventanas.

Del camión salió otro hombretón en mono azul y con gruesos guantes de cuero. Alan, árbitro de su destino, otro más, como Philip, como Mary Williams.

—¿Cuánto me pediría por limpiarlo? —dijo Alice con tranquila seguridad, como correspondía a la hija de su madre, y a la vez con desesperación; y los hombres, tomándose su tiempo, escudriñaron la redonda cara desdibujada e infantil, los redondos, ansiosos ojos azules, los tejanos desteñidos por los muchos lavados pero pulcros, la gruesa chaqueta, y la bonita blusita con cuello redondo y flores estampadas. Y todo, absolutamente todo, impregnado de un polvo grisáceo, cepillado y sacudido y golpeado, pero que continuaba obstinadamente adherido, empañando los colores.

Se encogieron de hombros al unísono. Tres pares de ojos conferenciaron.

—Veinte libras —dijo Alan, el conductor.

—¿Veinte libras? —gimió Alice—. ¡Veinte!

Una pausa. En los tres, la misma expresión incómoda. Otra pausa.

—Mételo todo en bolsas de plástico, guapa, y mañana nos lo llevaremos. Por quince.

Alice sonrió. Luego se rió. Después lloriqueó.

—Oh, gracias, gracias —farfulló llorosa.

—Volveremos mañana, guapa —dijo Alan, muy paternal, y los tres se dirigieron como un solo hombre a la casa de enfrente y sus cubos de basura.

Alice comprobó que sus treinta libras continuaran a salvo en su bolsillo y volvió a entrar en la casa. Pat estaba donde la

había dejado, sumida en un trance de humo. Jim había bajado y se estaba comiendo las cosas que ella había comprado para Jasper.

—Si lo metemos todo en bolsas, se lo llevarán mañana —anunció Alice.

—Dinero —dijo Pat.

—*Money money money money* —canturreó Jim mientras se atiborraba de plátanos.

—Ya lo tengo. Si encuentro las bolsas... —Se los quedó mirando, toda ella una súplica.

—Cuenta conmigo —dijo Jim.

—De acuerdo —dijo Pat—, pero ¿y la casa de al lado? Podemos limpiar esto tanto como quieras, pero la otra casa está peor que esta. —Y al ver que Alice la miraba y la miraba, con la boca sonrosada cansina y pesarosa, añadió—: ¡No me digas que no te habías fijado en la casa de al lado!

Alice se precipitó al exterior y primero miró en dirección al jardín desde donde le había hablado la vecina. Orden suburbano. Pero al otro lado de la casa crecía un alto seto, y detrás... Salió corriendo a la calle y avanzó un corto trecho, y descubrió lo que no había visto hasta entonces, porque había realizado sus pequeñas excursiones siguiendo otra ruta: una casa idéntica a la que estaba intentando recuperar, con los cristales rotos, las tejas caídas, un aire de abandono, y un jardín lleno de basura. Apestaba.

Pensativa y amargada, volvió a la sala de estar y preguntó:

—¿Está desocupada?

—La policía la desalojó hace tres meses —dijo Pat—, pero vuelve a estar llena.

—No es problema nuestro —declaró Alice, pensando que tal vez acabaría siéndolo—. Voy a buscar las bolsas.

Una cantidad suficiente le costó diez libras. Pat contempló la gran pila negra y brillante y dijo:

—Habrán costado un buen pellizco. —Pero no le ofreció nada—. ¿Lo haremos con las manos? —preguntó.

Sin vacilar ni un segundo, Alice corrió hasta el jardín vecino, tocó el timbre, consultó con Joan Robbins y volvió con dos palas y una horca de jardinero.

—¡Cómo lo consigues! —exclamó Pat con fatigada ironía, pero cogió la horca y una bolsa y se puso manos a la obra.

Trabajaron duro. Resultó mucho peor de lo que parecía, pues las capas inferiores estaban apretadas y putrefactas y asquerosas. Una tras otra, las relucientes bolsas fueron recibiendo su horrible carga y quedaron alineadas unas junto a otras, hasta que el jardín quedó lleno de bolsas negras, con la basura en descomposición asomando por las bocas. El gato flaco los observaba desde el seto, sin apartar los ojos de Alice. Incapaz de soportarlo, esta no tardó en entrar en la casa, llenó un plato de leche y otro con restos de queso, pan y patatas fritas y se los ofreció al gato, que se arrastró hasta la comida sobre sus apolilladas patas y empezó a comer.

Pat se incorporó para descansar mientras contemplaba a Alice, que a su vez contemplaba al gato. Jim se apoyó en la pala y dijo:

—Yo tenía un gatito. Lo atropellaron.

Pat se quedó aguardando que siguiera, pero eso fue todo.

—Así es la vida de los gatos —dijo encogiéndose de hombros y continuó con su trabajo.

Pero en los ojos de Jim había lágrimas, y Alice dijo:

—Lo siento, Jim.

—No pienso volver a tener nunca otro gatito —dijo él—. No después de ese. —Y volvió frenéticamente a su tarea.

Pronto estuvieron limpios los dos jardines, el de detrás y el de delante. Una pálida hierba asomaba dispuesta a aprovechar la nueva prórroga de vida. Un rosal, largo tiempo sepultado, exhibía finos brotes blancuzcos.

—Era un bonito jardín —declaró Jim muy complacido.

—Apesto —dijo amargamente Alice—. ¿Qué podemos hacer? Y ni siquiera he pensado todavía en el agua caliente. Si llega Philip, decidle que no tardaré nada.

Desapareció en el interior de la casa y llenó la bañera con cubos de agua fría; con ella hizo lo que pudo, inadecuadamente. Agua caliente, iba pensando, agua caliente, es la próxima cosa. Dinero.

Philip no apareció.

Bert y Jasper bajaron juntos enfrascados en una responsable conversación sobre alguna perspectiva política. Les dijeron a Alice y a Pat que iban a desayunar algo; observaron el jardín despejado y las hileras de bolsas, y dijeron:

—Buen trabajo. —Y partieron rumbo al Café de Fred.

Pat estaba dispuesta a compartir una carcajada con Alice, pero esta se negó a mirarla a los ojos. ¡Jamás traicionaría a Jasper, con nadie!

Pero Pat insistió:

—Dejé una casa ocupada porque yo lo hacía todo. Y tampoco eran solo los hombres... seis personas en total, entre ellas tres mujeres, y yo lo hacía todo.

Al escuchar estas palabras, Alice dejó el cristal que estaba limpiando y se volvió a mirar muy seria a Pat.

—Siempre ocurre igual —dijo—. Siempre hay una o dos personas que se encargan de todo el trabajo. —Esperó que la otra hiciera algún comentario, manifestara su desacuerdo, planteara una cuestión de principios.

—A ti no te importa —corroboró Pat.

Había recuperado su apariencia pulcra y compacta y perfecta, después de un lavado y un peinado. Alice pensó: Sí, toda peripuesta y bien arreglada con los ojos maquillados, los labios pintados, y luego él puede simplemente... Sintió rencor.

—Así son siempre las cosas —sentenció.

—Vaya revolucionaria —dijo Pat en su tono normal, amistoso, pero siempre con ese toque puntilloso, relacionado, al parecer, con una permanente y profunda postura crítica, una forma interiorizada de contemplar la vida.

—Pero yo soy revolucionaria —afirmó muy seria Alice.

Pat no dijo nada, se limitó a inhalar el humo hasta las profundidades de sus castigados pulmones y frunció los labios en un rojo círculo para dejar salir una gris humareda que salió en volutas hacia el techo mugriento. Siguió las espirales de humo con la mirada.

—Sí —dijo por fin—, yo creo que lo eres. Pero los demás no están tan seguros.

—¿Te refieres a Roberta y a Faye? Bueno, pero ellas solo son... ¡unas desesperadas! —dijo Alice.

—¿Qué? —Y Pat se rió.

—Tú ya me entiendes. —Alice se plantó frente a Pat y la desafió a manifestarse como lo que ella, Alice, sabía que era, no una desesperada, sino una persona seria, como ella. Pat no esquivó la confrontación. Era un momento importante, ambas lo sabían.

Un silencio, y una nueva bocanada de humo bañó los pulmones y fue expulsada, lenta, sibaríticamente, mientras ambas mujeres contemplaban las voluptuosas volutas.

—De todos modos —dijo Pat—, están dispuestas a cualquier cosa. Lo aguantan todo... ya sabes. Hasta lo peor, si es necesario.

—¿Y qué? —dijo Alice serena y confiada—. Lo mismo haría yo. Yo también estoy dispuesta.

—Sí, creo que lo estás —dijo Pat.

Jim entró y anunció:

—Philip está aquí.

Alice salió volando, y lo vio por primera vez a la luz del día. Un muchacho menudo —solo que era un hombre—, un poco

encorvado, con sus pálidas mejillas hundidas, sus grandes y luminosos ojos azules, sus largas, elegantes manos blancas, sus gruesos mechones de reluciente pelo claro. Traía consigo sus herramientas.

—¿La electricidad? —dijo Alice, y abrió la marcha hacia la devastada cocina, consciente de que se encontraba ante otro asunto que tendría que tomar en sus manos y resolver.

Él la siguió, cerró la puerta tras de sí y dijo:

—Alice, si termino este trabajo, ¿podré venirme a vivir aquí?

En ese momento ella comprendió que ya se lo esperaba. Sí, cada vez que había salido a relucir el arreglo entre él y su amiga, había quedado algo en el aire.

—Ya tenía ganas de ser independiente. De vivir por mi cuenta —dijo él. Y consciente de que ella estaba pensando en los demás, en sus proyectos, añadió—: Soy de la UCC. No veo que pueda haber ningún problema.

Pero no del IRA, pensó Alice, aunque comprendió que ese era un asunto que tendría que resolver más tarde.

—Si depende de mí, sí —dijo. ¿Bastaría con eso? ¿La había tomado él por la jefa...? ¿Y quién no lo haría?

Philip concentró ahora toda su atención en los cables desgajados, arrancados de cuajo del enlucido; la cocina, tirada en el suelo sobre un costado.

En su rostro había un amargo resentimiento; la misma rabia incrédula que sentía ella. Se quedaron inmóviles los dos, con la sensación de ser capaces de destrozar con sus propias manos a los hombres que habían hecho eso.

Hombres como los basureros, pensó serenamente Alice con un esfuerzo de voluntad. Buenas personas. E hicieron eso. Pero cuando hayamos eliminado el imperialismo fascista, ya no habrá personas así.

Ante esta idea se le apareció una imagen mental de su madre, quien, cuando Alice decía cosas de ese tipo, suspiraba,

se reía, ponía cara de agotamiento. Solo la semana anterior le había dicho, en su nuevo tono, amargado y seco y sin inflexiones: «Contra la estupidez hasta los mismos dioses».

«¿Cómo dices?», le preguntó Alice.

«Contra - la estupidez - hasta los mismos - dioses -luchan - en vano», recitó su madre, separando las palabras, presentándoselas a Alice, no porque esperase nada de ella, sino para recordarse a sí misma cuán inútil era todo.

El resentimiento de Alice contra el Ayuntamiento, los obreros, las instituciones, englobó ahora también a su madre y, presa de una negra furia que le dio vértigo, apretó las manos. Cuando volvió en sí, vio a Philip, que la miraba curioso. ¿Debido a ese estado en que se había sumido, que él juzgaba más violento de lo que merecían los obreros vandálicos?

—Podría matarlos —dijo Alice. Escuchó el tono implacable de su voz y se sorprendió. Sintió dolor en las manos y las aflojó.

—Yo también —la secundó Philip, pero en otro tono. Había dejado en el suelo una sucia bolsa de herramientas y ahora aguardaba tranquilamente, a la expectativa. La mirada puesta en ella con su ya familiar y conmovedora obstinación.

La asesina que había en Alice se replegó, y ella le dijo, ofreciéndole la promesa que él exigía antes de continuar trabajando:

—Me parece justo, si haces el trabajo.

Él asintió, creyendo en su palabra, y luego transfirió su obstinación a la pared maltrecha que examinó con interés.

—No es demasiado grave —declaró por fin—. Parecen haber destruido el lugar en un arranque de mal genio, no hicieron un buen trabajo.

—¿Qué? —exclamó ella incrédula, pues le parecía ver la cocina, o al menos dos paredes de la misma, plagadas de cables sueltos; y el revestimiento color crema formaba montículos

como de masa de pan a lo largo de las paredes descoloridas y mugrientas.

—He visto casos peores. —Y luego—: Tendré que levantar las tablas del suelo; no puedo trabajar con eso ahí abajo.

El yeso desprendido se había endurecido y Alice tuvo que romperlo para retirarlo. La cocina se llenó de un fino polvillo blanco. Ella se puso a trabajar a ras del suelo, mientras Philip lo hacía encaramado sobre la mesa grande, que había arrastrado hasta la pared. Después, con el yeso y los escombros metidos ya en bolsas, Alice barrió el suelo con un cepillo y una sartén de mango corto, que era cuanto tenía. Se sentía irritable y llorosa, pues sabía que sería preciso lavar y pintar hasta el último centímetro del techo, de las paredes. Y después la casa, toda la casa, estaba igual, y el tejado... ¿qué descubrirían allí cuando por fin dejasen ese horrible piso de arriba libre de los malolientes cubos? ¿Quién colocaría las tejas que faltaban, quién pagaría todo el gasto? Siguió barriendo y barriendo, y con cada movimiento levantaba más porquería, mientras iba pensando: Tengo que ir a la compañía eléctrica y cómo puedo hacerlo, con esta facha.

Se levantó como un fantasma en medio del aire impregnado de polvo blanco, y preguntó:

—Tu amiga, si está en casa, ¿me dejaría darme un baño? —Philip no le contestó; estaba examinando un cable con una potente linterna—. Hasta el año pasado había baños públicos —exclamó ella furiosa—, bien instalados, no lejos de aquí, en Auction Street. Algunos amigos míos los usaban; viven en una casa ocupada en Belsize Road. Luego el Ayuntamiento los cerró. Los cerraron. —Sintió el ardor de las lágrimas sobre las mejillas manchadas de yeso y, agotada, se quedó mirando implorante la delgada espalda, casi de muchacha, de Philip.

—Hemos tenido una de esas peleas antológicas antes de marcharme —dijo él.

Ella lo ha echado, pensó Alice.

—No te preocupes —dijo—. Ya me las arreglaré. Voy a lavarme y después me iré a la compañía eléctrica. Conque ten cuidado, por si dan la luz.

—¿Crees que podrás conseguirlo?

—Lo he conseguido otras veces, ¿no? —Ante el recuerdo de esa y otras de sus victorias, se desvaneció su depresión y volvió a sentirse rebosante de energía.

En el vestíbulo, las dos desesperadas se disponían a hacer su salida al mundo de las calles, los jardines, los vecinos, los gatos, los coches y los gorriones.

Parecían personas perfectamente corrientes, pensó Alice cuando se volvieron, la bonita y rubia Faye, delicada al amparo del casi tangible ambiente protector de la morena y recia Roberta, fuerte como un tanque; tan fuerte como yo, pensó Alice, allí de pie con el aspecto, lo sabía, de un payaso recién espolvoreado con harina.

«Vaya», dijo con sorna Faye, y Roberta comentó: «Vaya», y las dos se rieron y cruzaron la puerta como si todo ese duro trabajo nada tuviera que ver con ellas.

No vale la pena esperar nada, se dijo estoicamente Alice, con su abundante experiencia sobre quiénes hacían las cosas y quiénes no querían hacer nada. Subió una vez más al cuarto de baño y esperó desolada, desnuda, que el baño se llenara de agua fría hasta la altura de la línea de mugre que indicaba dónde había efectuado ya la misma operación horas antes, ese mismo día. Y una vez más se metió en el agua fría e intentó quitarse la suciedad, como buena hija de su madre, mientras recordaba con rencor los cuatro años vividos en la casa materna, donde el agua caliente fluía obedientemente con solo tocar el grifo. No saben cuánto cuesta, masculló furiosa entre dientes. Todo es obra de los trabajadores, obra nuestra...

Hizo lo que pudo; se puso una bonita y bien cuidada falda,

que le había cogido a su madre, bromeando que a ella le sentaba mejor; a veces necesitaba una falda para aparentar respetabilidad, eso tranquilizaba a cierto tipo de personas. Se puso otra de las blusas de pulcro cuellecito, de algodón azul esta vez, con la que se sentía cómoda. Se arregló lo mejor que pudo el pelo, que notaba grasiento y rasposo, a pesar de haberlo sumergido en un cubo de implacable agua fría. Después bajó a la sala de estar. Pat, arrellanada en un gran sillón, se había dormido. Alice se acercó quedamente y contempló a esa mujer desconocida, que era su aliada. No se marchará todavía, pensó. No quiere irse. No tiene en gran consideración a Bert, se queda por todo ese hacer el amor.

Pat estaba repantigada en el sillón, como si hubiera caído del techo. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con la cara levantada y expuesta. Los ojos, los labios temblaron como si quisieran abrirse. Alice esperaba verla despertarse y sonreír. Pero Pat continuó dormida, vulnerable bajo la meticulosa inspección de Alice, que permaneció inmóvil, mirándola. Tuvo la sensación de poseer a Pat con esa mirada; su vida, lo que era y lo que sería. Ella jamás habría podido dormir así, expuesta a que cualquiera pudiera entrar y mirarla. Era una imprudencia, una locura, como pasearse por la calle con unos billetes sueltos en la mano. Alice se acercó más y se inclinó profundamente sobre Pat, contemplando esa cara inocente con sus ojos ligeramente entornados, tras los cuales había desaparecido un habitante para perderse en ese país desconocido. Alice sintió curiosidad. ¿En qué estaría soñando, con ese aire de bebé que acaba de dormirse después del biberón? Comenzó a sentirse protectora, a desear que Pat se despertarse, no fueran a entrar los demás y la vieran así, indefensa. Entonces pensó: Bueno, probablemente será Bert, ¿no? ¡La Bella Durmiente! Ahora sentía desprecio, a causa del anhelo de Pat. Si lo necesita, lo necesita, se dijo juiciosamente Alice, haciendo concesiones. Y

salió de puntillas de la sala al mundo exterior, atravesando el vestíbulo. Eran alrededor de las tres de una fresca y animada tarde de primavera. Confiada, cogió el autobús hasta la compañía eléctrica.

La compañía estaba en un gran edificio moderno, algo retirado de la calle donde bullía, en coches y a pie, la animada, políglota, menesterosa humanidad cuyas vidas se mantenían a base de luz, teteras eléctricas, potentes aspiradoras... energía. El edificio se erigía consciente de su importancia: casi un millón de personas dependían de él. Se levantaba sólido y fiable, con las ventanas centelleantes. Los coches de sus funcionarios esperaban aparcados en obedientes hileras, relucientes.

Alice subió las escaleras y, orientándose gracias a sus visitas a tantos edificios parecidos, se fue directamente al primer piso, donde enseguida supo que había acertado cuando encontró una sala con unas diez personas esperando. Facturas pendientes, nuevos contratos, amenazas de corte del suministro: un paciente grupito de solicitantes. Dos puertas daban a ese cuarto y Alice se sentó de manera que pudiera ver el interior de las dos habitaciones. Cuando se abrían las puertas para dejar salir a un cliente y hacer entrar a otro, Alice escudriñaba las caras de esos nuevos árbitros, sentados detrás de sus respectivas mesas. Mujeres. Un breve vistazo le bastó para comprender que debía evitar a una de ellas. Esa mujer era la voz de la ley, juzgó Alice, que detectó en ella una cierta satisfacción personal por su eficiencia. Cara y labios delgados, pelo rubio cuidadosamente ondulado, una sonrisa de la que Alice no tenía ninguna intención de hacerse merecedora. Pero la otra mujer, sí, esa serviría, aunque a primera vista... Era gruesa y su ajustado vestido de recia tela la mantenía firme y segura, cumpliendo una función de corsé, pero de ese vestido-fortaleza emergía una amplia cara dulce, algo infantil, y grandes manos

suaves. Alice ajustó la posición de su asiento y a su debido tiempo se encontró sentada ante esa mujer maternal que, Alice estaba segura, varias veces al día forzaba un poco las cosas porque se compadecía de la gente.

Alice expuso su caso y describió —perfectamente consciente de lo que hacía— la casa grande y sólida, que inexplicablemente iba a ser derruida para que pudieran construir otro horrible bloque de pisos. Luego extrajo el sobre del Ayuntamiento, con su apariencia oficial, y la carta en su interior.

La funcionaria, la señora Whitfield, después de echar apenas una mirada a la carta, dijo:

—Sí, pero la casa está en estudio, eso es todo, todavía no se ha tomado una decisión. —Sacó una tarjeta del fichero que tenía a su lado y dijo—: ¿El número cuarenta y tres? La conozco. El cuarenta y tres y el cuarenta y cinco. Cada día paso por delante camino del metro. Me ponen enferma. —Miró avergonzada a Alice e incluso se ruborizó.

—Ya hemos empezado a limpiar el cuarenta y tres. Y mañana vendrán los basureros a llevárselo todo.

—¿Quiere que haga conectar la electricidad ahora, sin conocer la decisión del Ayuntamiento?

—Estoy segura de que todo irá bien —dijo Alice con una sonrisa. Lo estaba, y la señora Whitfield lo advirtió, lo percibió, y asintió—. No —dijo Alice—, en este momento no. —Y empezó a hablar pausada, seriamente de las casas que habían salvado en Manchester, en Halifax, en Birmingham, donde la electricidad había fluido obedientemente por los cables, tras una larga abstinencia. La señora Whitfield la escuchaba, firmemente aposentada en su silla, mientras su ancha mano blanca mantenía en suspenso un bolígrafo sobre un impreso: Sí. No.

—Para dar orden de conectar la electricidad, primero

necesito un avalista —dijo.

—Pero, ¿sabe que esto solo sucede en este distrito? Bueno, y en uno o dos más. En Lampton, por ejemplo, tendría que suministrarnos electricidad. Si la gente pide el suministro, debe ofrecérsele.

—¡Vaya, parece que conoce usted la situación tan bien como yo! —exclamó suavemente la señora Whitfield—. Yo no marco las directrices. Solo las aplico. Y en este distrito, las directrices dicen que se necesita un avalista.

Pero sus ojos, grandes, tiernos y azules, permanecían fijos en el rostro de Alice, y su mirada no era combativa ni hostil, nada de eso; parecía estarle suplicando que le ofreciera alguna salida.

—Mi padre me avalará —dijo Alice—. Estoy segura de que lo hará.

La señora Whitfield ya había empezado a rellenar el impreso.

—Entonces no hay problema —dijo—. ¿Su nombre? ¿Dirección? ¿Número de teléfono? Y tendrá que dejarnos un depósito.

Alice sacó diez libras y las dejó sobre la mesa. Sabía que no era suficiente. La señora Whitfield observó el dinero con cautela y suspiró. No miró a Alice. Mala señal. No cogió el billete. Luego, por fin levantó la vista hasta la cara de Alice y pareció sorprendida por lo que descubrió allí.

—¿Cuántas personas son? —preguntó precipitadamente, como intentando ganar tiempo, mirando de reojo el billete, para volver a mirar, con gran esfuerzo de voluntad, la cara de Alice, esa cara a la que no podía negarse. ¡Eso no estaba bien!, parecía estar pensando la señora Whitfield. Esas emociones que Alice había introducido en el ordenado y sensato despacho estaban fuera de lugar y no eran correctas. Probablemente, la señora Whitfield debería decirle simplemente que se marchara y volviera otro día provista de mejores pruebas de su condición

de ciudadana. Y eso era algo que no podía hacer la señora Whitfield. No podía. Alice comprendió, por la agitación del ancho, suave, confinado pecho, por el blando rostro ruboroso y escandalizado, que ella, Alice, estaba a punto de salirse con la suya—. De acuerdo —dijo por fin la señora Whitfield, y aguardó un instante, no tanto porque dudase, ahora que ya había tomado una decisión, sino más bien preocupada. Por Alice—. Esas casas son grandes —comentó, y quería decir: consumen mucha electricidad.

—Todo irá bien —dijo Alice, segura de que así sería—. ¿Puede conectarla esta tarde? Tenemos un electricista trabajando allí. Eso le ayudaría...

La señora Whitfield asintió con la cabeza. Alice salió, consciente de que la funcionaria observaba su partida, inquieta, probablemente preguntándose por qué había cedido.

En vez de volver directamente a la casa, Alice se metió en la cabina de la esquina y marcó el número de su madre. Respondió una voz que en un primer momento no reconoció; pero era su madre. Esa terrible voz sin inflexiones... Alice estuvo a punto de decir: Hola, soy Alice, pero no pudo. Colgó suavemente el auricular y marcó el número de su padre. Pero se puso su socio.

Compró un termo grande, que siempre resultaría útil, en las manifestaciones o los piquetes, por ejemplo; le pidió a la mujer de Fred que se lo llenara de té bien cargado y se fue a su casa.

La polvorienta nube blanca de la cocina se había asentado.

—Ten cuidado —le dijo Alice a Philip, que ahora estaba agachado en el suelo con la mitad de las tablas levantadas—, pueden darla en cualquier momento.

—Ya la han dado, acabo de comprobarlo —respondió Philip, y le ofreció una sonrisa que le hizo comprender que todo había valido la pena.

Se sentaron a la gran mesa, bebieron el oscuro té bien

cargado y se sintieron felices y llenos de compañerismo. La habitación era amplia. Una familia había tenido antaño su centro allí, cálido y seguro y siempre fiel. Se habían sentado todos juntos alrededor de esa mesa. Pero Alice sabía que para que todo eso pudiera volver a empezar, primero necesitaban dinero.

Dejó a Philip y se fue a la sala, donde encontró a Pat, esta vez no tumbada abandonadamente y expuesta a la ansiosa curiosidad de Alice. Estaba leyendo. Una novela. De un ruso. Alice conocía el nombre del autor como conocía todos los nombres de autores, es decir, como objetos dispuestos sobre una estantería, redondos, duros y refulgentes, dotados de vida y luz propias. Como canicas, que por mucho que una las hiciera girar entre los dedos jamás cederían, no revelarían sus secretos, no se doblegarían.

Alice nunca leía nada, aparte de periódicos.

De niña le tomaban el pelo: Alice tiene un bloqueo contra los libros. Aprendió a leer tarde, un hecho que no podía pasar inadvertido en esa casa de devoradores de libros. Sus padres, sobre todo su madre, todas las visitas, todas las personas que había conocido, lo habían leído todo. Nunca paraban de leer. Los libros entraban y salían en avalancha de la casa. «Crían en las estanterías», solían bromear alegremente sus padres y luego también su hermano. Pero Alice cultivaba su bloqueo. Ese era un mundo en el que podía escoger no entrar. Era posible negarse educadamente. Persistió, educada pero firmemente, en su actitud, poniendo secretamente a prueba su capacidad de inquietar a sus padres. «No le veo el sentido a tanta lectura», decía; y continuó diciéndolo, incluso en la universidad, donde estudió política y economía, sobre todo porque los libros que tendría que leer no poseían la inaccesible cualidad burlona de esos otros. «Solo me interesan los hechos», solía decir en esa época en que no tuvo escapatoria: era preciso leer un mínimo

de libros.

Pero más adelante descubrió que no podía decir eso. En las casas ocupadas y comunas había siempre todo tipo de libros. Alice solía preguntarse cómo era posible que un camarada con una visión adecuada, clara y correcta de la vida estuviera dispuesto a ponerla en peligro leyendo todas esas cosas equívocas y peligrosas a las que ella se asomaba breve, presurosamente, a veces, para luego retroceder como si se hubiera escaldado. Incluso había llegado a leer secretamente casi hasta el final una novela recomendada como un útil instrumento en la lucha, pero había tenido la misma sensación que de niña: si continuaba por ese camino, permitiendo que un libro la llevara a otro, podría encontrarse perdida y sin mapas.

Pero sabía hacer el comentario apropiado. Ahora dijo, a propósito del libro que estaba leyendo Pat:

—Es un gran autor humanista.

Pat cerró *Risa en la oscuridad* y se quedó mirando pensativamente a Alice.

—¿Nabokov, humanista? —preguntó, y Alice advirtió un grave peligro de lo que más le horrorizaba en el mundo: una conversación sobre literatura.

—Bueno, yo así lo creo —insistió con una modesta sonrisa y el aire de una persona dispuesta a defender una posición poco popular adoptada tras una larga reflexión—. Muestra verdadero interés por las personas.

Alguien, algún camarada, en algún momento, en una de las casas ocupadas, había comentado en broma: «En la duda, clasifícalos como humanistas».

La intensa, interesada, pensativa mirada de Pat le recordaba algo a Alice. Alguna persona. Sí, Zoë Devlin. Así miraba ella a Alice cuando salía a relucir el tema de la literatura y Alice no tenía más remedio que intervenir en la conversación.

De pronto, Alice recordó una cosa. Zoë Devlin. Sí.

Una pelea, o al menos una discusión entre Dorothy Mellings y Zoë Devlin. Hacía poco. No mucho antes de marcharse Alice. Se concentró con tanta fuerza en su recuerdo que se sentó lentamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, y olvidándose de Pat.

Su madre quería que Zoë leyera algún libro y Zoë había dicho que no, que consideraba reaccionaria su perspectiva política.

«¿Cómo lo sabes si ni siquiera lo has leído?», preguntó riendo Dorothy.

«Hay montones de libros de ese tipo, ¿no crees? —le había dicho Zoë—. Y probablemente escritos por la CIA.»

«Zoë —había dicho Dorothy, sin reírse ya—, ¿esa eres tú? ¿Es Zoë Devlin quien así me habla? ¿Mi amiga, la temeraria, la librepensadora, la incorruptible Zoë Devlin?»

«Eso espero», respondió riendo Zoë.

«Yo también lo espero —dijo Dorothy sin reírse—. ¿Crees que todavía podemos tener algo en común?»

«Oh, vamos, Dorothy, déjalo, por favor. No tengo ganas de pelearme contigo aunque tú lo desees.»

«¿No estás dispuesta a pelearte por nada tan poco importante como puede ser un libro? ¿Una concepción de la vida?»

Zoë se lo había tomado a broma y poco después se había despedido. ¿Había vuelto otra vez por la casa? Seguro que sí, tenía que haber vuelto, había estado entrando y saliendo de esa casa durante... desde antes de nacer Alice.

Zoë era otra de las «tías» de Alice, como Theresa.

¿Cómo no se le había ocurrido ir a pedirle dinero a ella? Un momento, ahí había algo raro, una cosa olvidada en las profundidades de su mente, pero qué. Sí, una pelea escondida, terrible, entre Dorothy y Zoë. Sí, hacía muy poco, cielo santo, no más de una o dos semanas atrás. ¿Solo una pelea? No, más. Muchas.

Dorothy había dicho que Zoë era blanda por dentro, como un bombón de chocolate.

Se habían insultado a gritos. Zoë había huido corriendo. Ella, Alice, le había gritado a su madre: «Te quedarás sin ninguna amiga si sigues así».

Alice sintió náuseas. Muy fuertes. Si no tenía cuidado, vomitaría. Se sentó, muy quieta, con los ojos apretados, concentrándose en contener las náuseas. Oyó la voz de Pat.

—Alice. Alice. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió apresuradamente con voz ronca, todavía concentrada—, no es nada.

Pasados un par de minutos, abrió los ojos y dijo, con normalidad y como si no hubiese ocurrido absolutamente nada:

—Me preocupa que la policía pueda presentarse de improviso. —Era lo que había entrado a decirle.

—¿La policía? ¿Por qué, qué quieres decir?

—Tenemos que decidir. Tenemos que tomar una decisión. Por si se presentan y entran.

—Hemos sobrevivido otras veces a eso.

—No, me refiero a los cubos, todos esos cubos. No podemos arriesgarnos a vaciarlos por el váter. No todos de golpe. No podemos. Sabe Dios cómo deben de estar las tuberías ahí abajo, donde no podemos verlas. Si los vamos vaciando poco a poco, uno al día, por ejemplo, tardaremos una eternidad. Pero si cavásemos una fosa...

—Los vecinos —dijo en el acto Pat.

—Hablaré con la mujer de al lado.

—No creo que Joan Robbins dé brincos de alegría.

—Pero así se acabará de una vez, ¿no crees? Y eso ha de gustarles a todos.

—Tendríamos que hacerlo tú, Jim y yo.

—Sí, ya lo sé. Iré a hablar con esa tal Robbins. Tú se lo dices a Jim.

Una pausa. Pat bostezó, cambió de posición en su sillón, cogió el libro, volvió a dejarlo, y dijo:

—Supongo que puedo hacerlo.

En el jardín vecino, que era ancho y estaba dividido por un crujiente sendero de grava, Joan Robbins estaba trabajando un arriate con una horca. Al otro lado, sentada debajo de un árbol, había una mujer muy vieja, sentada mirando al cielo.

Joan Robbins se incorporó, a la defensiva y con aire acorralado, al ver aparecer a Alice. Pero esta no le dio tiempo para sentirse agraviada.

—Señora Robbins —dijo—, ¿puede prestarnos un poco más las herramientas? Queremos cavar una fosa. Bien grande. Para los desechos.

Joan Robbins, que había soportado durante tanto tiempo las molestias de ese espantoso número 43, pareció a punto de decir que no, que ya estaba harta de todo. Sus agradables facciones mostraban irritación y estaban encendidas.

Pero entonces la vieja se incorporó en su silla debajo del árbol y alargó la cabeza, curiosa. Tenía la cara muy chupada y amoratada, enmarcada por unas mechas de blanco pelo lanoso.

—Sois unos cochinos —dijo con voz ronca, vieja, temblorosa.

—No —respondió con firmeza Alice—, no lo somos. Lo estamos limpiando todo.

—Gente sucia y mala —insistió la vieja, ya no tan segura de sí misma, después de observar a Alice, una chica tan simpática, allí sobre el césped verde con un fondo de narcisos a sus espaldas.

—¿Su madre? —preguntó Alice.

—Está hospedada. En el piso de arriba —respondió la señora Robbins sin moderar su tono, y Alice comprendió en el acto la situación.

Se acercó a la vieja y le dijo:

—Buenos días, ¿cómo está? Soy Alice Mellings. Acabo de

mudarme al cuarenta y tres y estamos arreglando la casa, y sacando toda la porquería.

La vieja se dejó caer contra el respaldo y su mirada pareció volverse vidriosa por el esfuerzo que todo eso le suponía.

—Adiós —dijo Alice—. Hasta pronto. —Y volvió junto a la señora Robbins, que le preguntó malhumorada:

—¿Qué piensan enterrar? —mientras le indicaba las hileras e hileras de relucientes bolsas negras ya llenas.

¡Lo sabía!

—Así nos libraremos de una vez de toda esa peste —dijo Alice—. Hemos pensado que si cavamos la fosa esta tarde y lo vaciamos todo esta noche... Acabaremos con todo de una vez.

—Es espantoso —exclamó llorosa la señora Robbins—. Es una calle tan agradable...

—Mañana por la mañana a esta hora se habrán llevado toda la basura. Y habrá desaparecido el olor.

—Y qué me dice de la otra casa. ¿Qué me dice del cuarenta y cinco? ¡En verano, con las moscas! No deberían permitirlo. La policía los echó una vez... pero ya han vuelto.

Podría haber dicho «habéis»; y Alice insistió:

—Si empezamos a cavar enseguida...

—Bueno, supongo que si el hoyo es hondo... —dijo Joan Robbins.

Alice volvió a su casa como una exhalación. Jim estaba golpeando sus tambores en el cuarto donde lo había visto el primer día. De entrada no sonrió y luego lo hizo, porque formaba parte de su manera de ser, pero dijo:

—Sí, y después me dirán: Jim, tienes que irte —en tono acusador.

—No, no lo dirán —dijo Alice haciendo otra promesa.

Jim se levantó y la siguió; en el vestíbulo encontraron a Pat. En la parte del jardín más alejada de la calle principal, y oculta de esta por la casa, había un espacio debajo de un árbol donde

antaño había habido una pila de estiércol. Allí empezaron a cavar, mientras la señora Robbins se afanaba en su macizo al otro lado del seto, sin mirarlos. Pero constituía para ellos una barrera contra el resto de los entrometidos de la calle, que naturalmente se habían asomado a mirarlos desde las ventanas, chismorreando y diciéndose incluso que había llegado el momento de volver a avisar a la policía.

La tierra estaba blanda. Descubrieron el esqueleto de un perro grande; dos viejas monedas de un penique; un cuchillo roto, una horca de jardinero, oxidada, que les sería muy útil una vez limpia; y a continuación una botella... y otra. Pronto empezaron a desenterrar botellas y más botellas. De whisky, de coñac y de ginebra, botellas de todos los tamaños, centenares de ellas, y se encontraron metidos hasta la cintura en una fosa de olorosa tierra, rodeados de metros de botellas tumbadas y de pie, años de resacas y de olvido para alguien.

La gente que regresaba del trabajo se detenía a mirarlos y a hacer comentarios.

—¿Enterrando un cadáver? —dijo en tono desagradable un hombre.

—Pronto vendrá la bofia —dijo amargado Jim, experto en esas lides.

—Oh, cuántas botellas —se lamentó Pat, y Alice dijo:

—El vertedero. Si tuviésemos un coche... ¿quién tiene un coche?

—Los de al lado tienen uno.

—¿En el cuarenta y cinco? ¿Nos lo prestarían? Como sea, hemos de deshacernos de estas botellas.

—Oh, cielos, Alice —exclamó Pat, pero apoyó la pala contra la pared de la casa, detrás de la cual estaba la sala de estar donde sabían que se encontraban Jasper y Bert, charlando, y salió al callejón y luego a la calle principal. Instantes después volvía en un viejo Toyota. Cubrieron los asientos con bolsas de

plástico vacías y llenaron el coche de botellas; hasta el techo en la parte trasera, el maletero, el espacio a los pies junto al conductor, dejando libre solo el asiento delantero, sobre el que se instaló Alice en cuclillas, mientras Pat conducía el coche hasta los grandes vertederos de cemento donde estuvieron trabajando durante tres cuartos de hora, estrellando las botellas contra las paredes.

—Bueno, ya basta por hoy —dijo Pat muy seria cuando aparcó el coche frente al 45 y bajaron las dos. Alice contempló consternada el jardín.

—¡No irás a meterte también con esta! —dijo Pat, dejando constancia una vez más de un hecho.

Entró en la casa, sin mirar, y subió al baño del primer piso.

No hizo ningún comentario sobre la nueva bombilla eléctrica, que proyectaba un pozo de luz en el vestíbulo.

Alice pensó: ¿Cuántas habitaciones hay en la casa? A ver, ¿si ponemos una bombilla en cada una? Pero eso sumará varias libras, al menos diez. Tengo que conseguir dinero...

Afuera había oscurecido. Una noche húmeda y ventosa.

Entró en la sala. Bert y Jasper no estaban allí. Entonces Jim y yo..., pensó Alice.

Jim estaba dándole a los tambores otra vez. Alice fue a verlo y dijo:

—Yo bajaré los cubos. Tú te quedarás junto a la fosa e irás cubriéndola de tierra. Deprisa. Antes de que toda la calle empiece a protestar.

Jim vaciló, parecía a punto de protestar, pero la siguió.

Alice jamás había tenido que hacer nada tan repugnante en toda su historia de casas ocupadas, comunas, casas abandonadas. El cuarto que solo contenía unos pocos cubos ya resultó bastante desagradable, pero el otro más grande, repleto de cubos borboteantes, le dio ganas de vomitar antes de abrir siquiera la puerta. Estuvo trabajando sin parar, bajando los

cubos de dos en dos, mientras intentaba controlar las contracciones de su estómago, envuelta en un vaho maloliente, que no parecía disminuir, sino que más bien fue extendiéndose por la casa y el jardín y hasta la calle. Ella vaciaba los cubos en la fosa, a la que Jim iba echando rápidas paladas de tierra. Una expresión de desconsuelo contraía sus facciones. Desde el jardín de enfrente se escucharon gritos de «¡Cerdos!». Alice salió al callejón y se detuvo junto al seto, que era alto, y a través de las ramas le dijo a una persona, un hombre, que los observaba desde allí:

—Lo estamos limpiando todo. A partir de esta noche desaparecerá el olor.

—Debería denunciarlos al Ayuntamiento.

—El Ayuntamiento está enterado —respondió Alice—. Están al corriente de todo. —Habló con voz serena, confiada; como de propietario a propietario. Regresó a su propio jardín bajo la luz de las farolas, con paso calmado, despreocupado casi. Y reanudó la tarea de bajar los cubos.

Hacia las once quedó llena y cubierta la fosa, y el olor ya empezaba a desvanecerse.

Alice y Jim estaban juntos en la oscuridad, rodeados de consoladores matorrales. Él sacó un cigarrillo y lo encendió, y aunque Alice nunca fumaba, aceptó el que él le ofreció, y juntos se quedaron ahí fumando, inhalando las dulces nubes de humo y exhalándolas con deliberación, intentando impregnar de su olor el aire del jardín.

—Toda esa mierda era mía —dijo Jim con una risita asustada —. Bueno, casi toda. También había un poco de Faye y de Roberta.

—Sí, lo sé. Bueno, ahora ya ha pasado.

—Alice, ¿has pensado... has pensado alguna vez... cuánta mierda producimos en nuestra vida? Quiero decir que si se pusiera en un contenedor, o en un gran depósito, toda la

mierda que producimos en nuestra vida, se necesitaría para cada persona un depósito del tamaño de la central eléctrica de Battersea. —Se rió, pero parecía asustado—. Todo desaparece por las cloacas, ahí debajo, pero ¿y si de pronto se llenaran las cloacas?

—Eso no ocurrirá —aseguró Alice y escudriñó su rostro moreno en la oscuridad para averiguar qué temía en realidad.

—¿Por qué no? ¿No dicen que nuestras cloacas están viejas y todas podridas? ¿Y si reventaran, sencillamente? ¿Una explosión de gas de alcantarilla? —Volvió a reírse.

Alice no sabía qué decirle.

—Quiero decir que seguimos viviendo en esta ciudad —continuó lleno de desesperación él—. Seguimos viviendo tranquilamente...

No se parecía en nada al Jim de costumbre, ahora. La cara simpática, de suaves mejillas, había desaparecido. Su rostro era amargo, airado y temeroso.

—Entremos, Jim —dijo Alice—, tomaremos una taza de té y lo olvidaremos, ahora ya está.

—Eso es justo lo que quiero decir —replicó enfurruñado él—. Vamos a tomar una taza de té, me dices, y con eso se ha acabado todo. Pero nada ha terminado, ni lo sueñes.

Y arrojó lejos la pala y fue a encerrarse en su habitación.

Alice lo siguió al interior de la casa. Por tercera vez aquel día se metió en la sucia bañera y luchó con el agua fría para poder limpiarse.

Luego subió al piso de arriba. Todas las ventanas estaban abiertas y dejaban entrar un refrescante olor. Llovía con insistencia. Las bolsas de basura tendrían mucha agua y acaso los basureros se pondrían de mal humor.

Medianoche. Alice bajó la escalera arrastrando los pies y bostezando, mientras acariciaba en su memoria la imagen de la casa, la distribución de las habitaciones, todo lo que era preciso

hacer. ¿Dónde estaba Jasper? Lo necesitaba. A veces le sobrecogía así, de pronto, la necesidad de Jasper. Solo necesitaba saber que se encontraba allí cerca, en alguna parte, o si no estaba allí, que pronto volvería. Su corazón latió desconsolado, añorando a Jasper. Pero al pisar el último peldaño, se oyeron unos golpes en la puerta como si la aporrearan con un ariete. La policía. Su cerebro se puso a trabajar vertiginosamente: ¿Jasper? ¿Se mantendría apartado si estaba en casa? A los polis les bastaba con echarle una mirada a Jasper para lanzarse contra él. Los dos habían comentado bromeando más de una vez que si la policía divisaba un día a Jasper a cien metros de distancia y en la oscuridad, al instante se arrojarían sobre él a matar; despertaba en ellos sentimientos que no podían soportar. ¿Y Roberta y Faye? Gracias a Dios todavía estaban en el piquete. Bastaría que la policía las viera para que también se encabritara. ¿Philip? Según qué policía se sentiría irresistiblemente atraído por ese aire de súplica infantil. Pero con Pat no habría problema, ni tampoco con Bert... Y Jim, ¿dónde estaba?

Mientras Alice iba pensando en todo esto, apareció Pat en la puerta de la sala y la cerró de una manera que le indicó a Alice que los dos hombres se encontraban allí; y Philip se asomó a la puerta de la cocina, con una gran linterna, encendida, y un par de alicates en la mano.

Alice corrió hacia la puerta de entrada y se apresuró a abrirla, con lo cual los hombres que la estaban aporreando se precipitaron dentro, aplastándola casi.

—Pasen —dijo calmada, después de calibrar de un vistazo su estado de ánimo. Lucían su expresión de aves de presa, que Alice conocía tan bien, pero la situación no era demasiado grave, no estaban realmente excitados, excepto uno tal vez, cuya cara le era conocida. No como persona, sino de tipo. Una cara pulcra, fría, bien cuidada, con un bigotito; una cara de

bebé, con fríos y duros ojos grises. Disfruta con esto, pensó Alice; y al captar su rápida mirada a su alrededor, ansioso de atacar, como si estuviera sujeto por una correa, sintió unas breves y agudas punzadas a lo largo de los muslos. Evitó con cuidado que el otro descubriera su mirada y en cambio se adelantó hacia un hombre alto y grueso, que debía de pesar más de cien kilos. Un sargento. Alice también conocía ese tipo. No tan malo. Tuvo que levantar la cara para mirarlo y él la contempló desde las alturas, juzgándola.

—Ya os dijimos que os largaseis —dijo este hombre, con el mismo sonsonete que los basureros en la voz, un firme desdén, pero hizo una señal a dos hombres que se disponían a hacer a un lado a Pat para entrar en la sala de estar. Los otros desistieron.

Alice exhibió el papel amarillo y dijo:

—Esta es una ocupación concertada.

—No, todavía no lo es —declaró el sargento, yendo directamente al grano.

—No, pero faltan solo dos días. Verá, ya lo he hecho otras veces —le explicó razonablemente ella—. No hay problema si uno paga las facturas y mantiene limpio el lugar.

—Limpio —dijo el sargento y se inclinó sobre ella con las manos en las caderas como un sargento de comedia, Mister Plod, el Policía—. Está hecho un asco.

—Ya ha visto esa basura ahí fuera —dijo Alice—. Los del Ayuntamiento vendrán a llevársela mañana. Yo lo he arreglado con ellos.

—¿Tú, tú lo has arreglado? Y entonces, ¿por qué nos han estado llamando para decirnos que estabais cavando una fosa en el jardín y llenándola de inmundicias?

—Esa es la palabra —dijo Alice—. Los obreros del Ayuntamiento llenaron de cemento los lavabos y arriba había unos cubos. Teníamos que deshacernos de ellos. Por eso

cavamos una fosa.

Una pausa. El hombre continuaba allí plantado, un poco inclinado hacia delante, con una expresión de mesurada incredulidad en su ancha cara.

—Habéis cavado una fosa —dijo.

—Sí, eso hemos hecho.

—En pleno corazón de Londres. Habéis cavado una fosa.

—Así es —respondió educadamente Alice.

—Y después de cavar la fosa, la llenáis de... —titubeó.

—De mierda —dijo serenamente Alice.

Los otros cinco policías se rieron, sonrieron mordazmente, contuvieron el aliento, según su carácter, pero el joven bruto a quien Alice había estado vigilando de reojo lanzó una brusca patada contra la puerta del armario al pie de la escalera y la hundió.

Philip soltó una exclamación y en un abrir y cerrar de ojos lo tuvo encima.

—¿Has dicho algo? —preguntó, y miró amenazadoramente a Philip, inmóvil en su delicado mono blanco. Una patada y lo dejaría hecho trizas.

—Déjalo —dijo con autoridad el sargento. Quería concentrarse en la ofensa principal. El perverso dio un paso atrás y apretó los puños mientras recorría ahora con la mirada a Pat, que permaneció relajada, observando a Alice. Al ver esa mirada, Alice comprendió que si Pat se topaba con ese tipo en una manifestación, podría temer lo peor. Volvió a sentir un leve estremecimiento frío.

—Te quedas ahí tan tranquila y me dices que habéis cavado una fosa en un jardín, que habéis abierto un pozo negro, sin permiso, ¡sin autorización!

—Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? —dijo Alice en tono bien modulado, razonable—. No podíamos tirar docenas de cubos de mierda al alcantarillado de una vez. No en una casa

que ha estado desocupada. Entonces sí que hubieran tenido verdaderos motivos de queja, ¿no cree?

Una pausa.

—No pueden hacerse esas cosas —dijo al sargento tras un momento de silencio. En retirada. Ojalá, pensó Alice, Pat o Philip no digan: ¡Pero lo hemos hecho!

—Era una fosa muy grande —dijo—. Encontramos por casualidad el escondrijo de botellas de algún borracho. Tendría un metro y medio de profundidad. Se lo mostraríamos, pero está lloviendo. Si vuelve mañana, podríamos mostrárselo.

Silencio. La balanza podía inclinarse en cualquier sentido. Por favor, por favor, Señor, que no ocurra nada, pensó Alice, que no entren las dos chicas, eso realmente sería el fin, o que a Jasper no se le meta de pronto en la cabeza la idea... Porque Jasper, según su estado de ánimo, podría muy bien asomarse y divertirse provocando un enfrentamiento.

Pero el equilibrio se mantuvo. Los cinco policías que se habían distribuido por todo el espacio del vestíbulo se agruparon alrededor de su jefe, como un somatén, y Alice dijo:

—Perdone, pero ¿podría devolverme eso? —El sargento todavía tenía el papel amarillo en la mano. Él volvió a leerlo con solemnidad, y se lo devolvió.

—Tendré que notificar la presencia de esa fosa a la compañía de aguas —dijo.

—No había tuberías en el lugar donde cavamos —afirmó Alice—, ni una sola.

—Solo un esqueleto —dijo despreocupadamente Pat. Los seis hombres se volvieron al unísono y la fulminaron con la mirada —. Un perro —añadió Pat—. Era la sepultura de un perro.

Los hombres se relajaron. Pero sin apartar los ojos de Pat. Les había tomado el pelo, pero con tanta elegancia... Ella continuó reposadamente en su sitio, bajo la pálida luz de la única bombilla, una guapa morena con una amable sonrisa.

—Volveremos —dijo el sargento, y giró la cabeza apuntando hacia la puerta. Todos salieron, el matón cerrando la marcha, con una fría mirada de frustración, en dirección al pequeño Philip, a Pat, pero sin prestarle demasiada atención a la vulgar, poco amenazadora Alice.

La puerta se cerró. Ninguno se movió. Todos permanecieron inmóviles con la mirada fija en esa puerta; los otros podían irrumpir de nuevo. ¿Una trampa? Pero pasaron los segundos. Escucharon el motor de un coche. Alice le hizo una señal con la cabeza a Philip, que parecía a punto de dar rienda suelta a una efusión de sentimientos. Y la puerta se abrió. Era el sargento.

—He estado echando un vistazo a esas bolsas —dijo—. ¿Dices que se las llevarán mañana? —Pero su mirada fue pasando revista a todo el vestíbulo y se detuvo un rato con un ligero fruncimiento del entrecejo sobre la puerta hundida del armario, al pie de la escalera.

—Mañana —dijo Alice, y luego, en tono pesaroso—: No ha estado demasiado bien eso de romper esa puertecita...

—Ponga una denuncia —respondió tajantemente él, casi con amabilidad, y desapareció.

—Cerdos fascistas —profirió Pat, como una explosión, y no se movió. Todos se quedaron donde estaban, como si estuvieran jugando a las «estatuas».

Dejaron pasar un par de minutos, luego volvieron a la vida al unísono, al mismo tiempo que Jim emergía de las sombras de su cuarto, con una ancha sonrisa, y los cuatro entraron en la sala donde encontraron cómodamente instalados a Jasper y Bert, bebiendo cerveza. Por la forma en que la miraban, Alice comprendió que Jasper le había estado contando, otra vez, a Bert qué bien hacía ella esas cosas... como reivindicando parte del mérito; y que Pat había quedado impresionada, y Jim parecía incrédulo ante la aparente simplicidad de todo el asunto. Sabía que en ese momento podría imponer su voluntad

a propósito de cualquier cosa, y en su mente, a la cabeza de la larga lista de dificultades por resolver, destacaba un punto: Philip y Jim.

Aceptó la botella de cerveza que le ofrecía Bert, al tiempo que levantaba el pulgar de la otra mano, y pronto todos formaron un cerrado grupo, sentados en el centro de la habitación de alto techo. A la luz de las velas; no habían tenido tiempo de poner una bombilla. Pero Philip se mantenía un poco apartado e indeciso.

—Primero, ¡brindemos por Alice! —dijo Pat.

Bebieron a su salud mientras ella sonreía callada, temerosa de echarse a llorar.

Ahora les hablaré de Philip, pensó. Les hablaré de Jim. Pondremos eso en claro.

Pero de pronto se escucharon voces y risas en la entrada e instantes después entraron las dos chicas, inflamadas con la exaltación de un día de satisfactorios piquetes y manifestaciones y marchas.

Roberta se acercó riendo a la caja de botellas, se llevó una a la boca y empezó a beber de pie, tragándose rápidamente la cerveza, luego le ofreció la botella a Faye, que hizo otro tanto.

—Vaya día —exclamó Roberta, y se acomodó sobre el brazo de un sillón, mientras Faye se instalaba en el otro. Una pareja al margen, se quedaron examinando a los demás, como miran los aventureros a los que se han quedado en casa, e iniciaron su relato. Roberta llevaba la voz cantante y Faye rellenaba los detalles.

Se trataba de que las dos o trescientas personas del piquete —su número había variado con las idas y venidas de la gente— impidieran que las camionetas con los periódicos pudieran salir del recinto para hacer el reparto. La policía estaba allí para proteger la salida de las camionetas.

—Doscientos policías —dijo con sorna Roberta—.

¡Doscientos cabrones de policías!

—Más policías que gente en el piquete —dijo riendo Faye, y Roberta la contempló con cariño. Faye, animada y llena de vida, era en verdad muy bonita. Su aire ausente, deprimido incluso, había desaparecido. Parecía refulgir en la penumbra del cuarto.

—Tuve que frenar a Faye para que no se dejara llevar por el entusiasmo —dijo Roberta—. De lo contrario, habría estado allí en medio de la refriega. Pero, claro, las dos tenemos que procurar no llamar la atención...

—¿Ha habido detenciones?

—Cinco —respondió Roberta—. Cogieron a Gerry. Aunque no se dejó llevar tranquilamente.

—Y que lo digas —sentenció con orgullo Faye.

—¿A quién más?

—A los demás no los conocía. Creo que eran de la Tendencia Militante.

Una pausa. Alice comprendió que había perdido su posición ventajosa y se descorazonó. Y, al ver la cara con que Jasper observaba a las dos agitadoras, se dijo: O me equivoco mucho, o mañana estará también allí.

—Mañana me llegaré hasta allí —anunció Jasper, y miró a Bert, que dijo:

—Muy bien.

Bert miró a Pat y esta declaró:

—Contad conmigo.

Silencio.

—Me gustaría atacar una de esas camionetas —dijo excitada Faye—. Ya me entendéis, cuando vi ese artefacto blindado allí parado, lleno de luces encendidas, con el parabrisas cubierto de malla de alambre, sentí una rabia tan grande... tenía un aspecto infernal.

—Sí —asintió Bert—. Simboliza todo cuanto odiamos.

—Quisiera... quisiera... —Al ver la mirada que le dirigía su amante, Faye comenzó a provocarla coquetamente y dijo con un fingido estremecimiento—: ¡Me gustaría clavarle los dientes! —Y Roberta le dio un golpecito amistoso en el hombro y después la abrazó brevemente.

—De todos modos —dijo—, tú y yo no deberíamos volver por allí. No podemos dejarnos coger.

—Oh —gimoteó Faye—, por qué no, solo tenemos que tener cuidado.

—Lo fotografiarán todo, claro, ahora tendrán vuestras fotos —dijo excitadamente Jim.

—Sí, pero no hemos hecho nada —replicó Faye—, perra suerte, teníamos que procurar no meternos en líos...

—Yo también iré —anunció Jim—. Tengo ganas de estar allí. Malditos cerdos.

Lo dijo en un tono de sincero lamento, que hizo que Faye y Roberta lo miraran con curiosidad, e impulsó a Bert a anunciar:

—La policía ha estado aquí esta noche.

—Suerte que no estábamos en casa —dijo Roberta.

—Alice les paró los pies. Es una maravilla —dijo Pat, pero con menos simpatía de la que habría puesto en sus palabras antes de la llegada de las dos chicas, que habían venido a dividir las simpatías del grupo.

Lo han estropeado todo, pensó con resentimiento Alice, y ella misma se sorprendió. Solo un instante antes había pensado: Mientras yo estaba aquí preocupándome tontamente por una casa, ellas han estado haciendo algo serio.

—Bueno —dijo Faye, desdeñando el asunto de la visita de la policía como algo sin importancia en comparación con los temas verdaderamente trascendentes—, yo voy a acostarme, si mañana pensamos levantarnos temprano.

Las dos mujeres se levantaron. Roberta se quedó mirando a Philip, que continuaba sentado en su sitio, algo apartado, como

a la espera.

—¿Te quedarás aquí esta noche? —le preguntó, y Philip miró a Alice.

—Le he dicho a Philip que puede vivir aquí —dijo esta. Advirtió el tono de súplica con que había hablado, consciente de que lucía «su expresión», consciente de que sería capaz de desmoronarse y echarse simplemente a llorar en cualquier momento.

El cuerpo de Roberta experimentó un cambio sutil, se endureció, adquirió un aire ofendido, aunque se cuidó de mantener una expresión imparcial en la cara. Philip parecía estar recibiendo invisibles golpes.

Roberta miró a Bert, arqueando las cejas. Este le devolvió la mirada sin pronunciarse. No quería tomar partido. ¡No vale gran cosa!, volvió a pensar Alice. No vale nada.

Alice miró a Pat y en su rostro descubrió algo que podría salvar la situación. Pat estaba esperando que Bert se pronunciara; sí, habían estado comentando, discutiendo algo en su ausencia. ¿Habrían tomado una decisión?

—Philip, Alice no puede tomar decisiones individualmente —dijo Pat al ver que Bert no lo hacía—. ¡Tú lo sabes, Alice! Tenemos que debatirlo seriamente. —Y miró a Jim, que enseguida protestó.

—Yo llegué antes que vosotros, esta casa era mía. —Habló con voz frenética, estaba frenético, su actitud era amenazadora, toda su sonriente amabilidad había desaparecido—. Y yo os dije: Entrad, éste es el Local de la Libertad, eso dije. —Ahí entraba en juego una cuestión de principios. Alice lo advirtió. ¡Jim salvará a Philip!, pensó. Mientras Jim seguía diciendo—: Y qué oigo entonces: «Tienes que largarte, ¡esta casa no es tuya!». ¿Cómo se explica? No lo entiendo.

Roberta y Faye se levantaron.

—Deberíamos convocar una reunión de verdad y discutirlo

como es debido —dijo Roberta.

Philip se puso de pie.

—Llevo dos días trabajando aquí —dijo—. Cincuenta libras no me llegarían ni para pagar el cable eléctrico que he usado.

Alice miró desesperada a Jasper, quien esperaba que se manifestase Bert, el cual se limitaba a sonreír con calma, los blancos dientes y los rojos labios entre la negra barba.

Pat se levantó y declaró lacónicamente, decepcionada por la actitud de Bert:

—No veo absolutamente ninguna razón para que Philip no pueda quedarse. ¿Por qué no podría hacerlo? Y Jim estaba aquí antes que ninguno de nosotros. Bueno, voy a acostarme. Si vamos a tomar parte en ese piquete mañana, deberíamos estar levantados a las ocho lo más tarde.

—Yo también iré al piquete —anunció Philip.

Alice contuvo la respiración y ahogó un gemido.

—Conseguiré el dinero —dijo—. Mañana por la noche lo tendré.

Philip se rió entre dientes, decepcionado.

—Es posible —dijo—. Y no se trata de eso. Si me preocupara el dinero, entonces sencillamente no estaría aquí.

—Claro que no —dijo Pat—. Bueno, mañana podríamos ir todos. —Bostezó y se desperezó enérgica y sensualmente, lanzando una mirada a Bert, que respondió a ella levantándose y enlazándola con el brazo.

Oh, no, pensó Alice, otra vez no.

Roberta y Faye se fueron cogidas de la mano. Buenas noches. Buenas noches.

Bert y Pat también se fueron, abrazados.

Jasper salió tras ellos y Alice le oyó subir ruidosamente la escalera.

—Todo irá bien —les dijo Alice a Philip y a Jim.

—Pero tú no puedes asegurarlo, no a título individual —

replicó Philip.

—No —dijo Jim. Su feroz indignación había desaparecido. Volvía a ser el sensato, sonriente Jim de siempre. Pero Alice se dijo: Si lo echamos, volverá una noche y destrozará este sitio. O algo parecido. Le asombraba que los demás no lo hubieran comprendido, no lo hubieran notado.

—Mañana no trabajaré aquí —le dijo Philip a Alice, poniéndose firme en una cuestión en la que, ella lo sabía, había tenido que hacer un esfuerzo para imponerse en otras ocasiones —, iré con los demás. Después de todo, la lucha contra los capitalistas es más importante que nuestro bienestar. Si no cobro, ¡no trabajo! —Salió del cuarto y se oyeron sus fuertes pisadas sobre la escalera.

Jim salió sin desearle las buenas noches y fue a refugiarse en su habitación. Desde allí empezó a escucharse el sonido de sus tambores, quedo, emotivo, como una amenaza.

Alice se había quedado sola. Recorrió la habitación, apagando las velas, y luego esperó a que se aposentara la oscuridad hasta que consiguió distinguir, entre la penumbra desigual, la silueta del respaldo de una silla, el duro canto de una mesa. Mientras pensaba: Lo que haré ahora enseguida será...

Cuando salió del cuarto empezó a preocuparse: ¿se habría llevado Jasper sus cosas a otra habitación...? Y el corazón pareció hundírsele. Porque si él le cerraba la puerta de su cuarto, entonces, con Bert en la casa, sabía que le sería difícil mantener ese contacto con él que daba sentido y una finalidad a su vida. Jasper no la dejaría, de eso estaba segura; pero podía llegar a parecerle muy distante.

Salió al vestíbulo, ahora tan vacío y tan amplio sin nadie en él, y apagó la luz. Subió a oscuras las escaleras, la gastada alfombra resbaladiza al contacto de sus pies, y llegó al descansillo donde se abrían las puertas, tras las cuales se

habían distribuido los demás; también Philip, en el cuartito contiguo al dormitorio grande ocupado por Roberta y Faye. Jim siempre dormía abajo, con sus instrumentos... y desde donde además sería fácil saltar por una ventana y huir corriendo, en caso de necesidad.

Alice abrió la puerta del cuarto, donde descubrió, con un alivio que le hizo flaquear las rodillas, a Jasper acurrucado contra la pared, como una larva en la semioscuridad. El saco de dormir de Alice estaba junto a la misma pared; en el pasado, lo había retirado más de una vez. Alice se metió dentro, totalmente vestida.

—¿Jasper? —dijo.

—¿Qué hay?

—Buenas noches.

Él no respondió. Los dos permanecieron muy quietos, a la escucha del momento en que Pat y Bert empezarían de nuevo. Y lo hicieron. Pero Alice estaba exhausta. Se durmió y cuando despertó ya era de día. Jasper no estaba y Alice comprendió que todos se habían ido y estaba sola en la casa, con la excepción, tal vez, de Philip. Fue a comprobarlo. Ni rastro de Philip; y sus herramientas estaban tiradas junto al hueco del parquet donde había estado cambiando los cables.

Tenía que conseguir dinero. Tenía que conseguirlo como fuera.

Eran las nueve de la mañana.

Empezó a pensar: Si hablo con mamá, si le explico... Pero el proyecto se perdió en un pozo de desaliento. No recordaba qué le había dicho en realidad su madre, pero sí recordaba su voz vacía, como si le hubieran chupado toda la vida. Pero ¿qué le pasa?, pensó indignada, ¿qué le ha cogido?

Su padre. Pero él tiene que dármelo. ¡Tiene que hacerlo! También esta idea fue desvaneciéndose, incapaz de mantenerse por su propio pie... Alice se encontró pensando en la casa

nueva de su padre. Bueno, no tan nueva; hacía ya más de cinco años que vivía allí, pues cuando ella y Jasper habían ido a vivir con su madre hacía ya un año largo que él se había ido. Una nueva esposa. Dos nuevos hijos. Alice imaginó la casa, como lo había hecho ya varias veces. El jardín. Jane. Jane Mellings con sus dos lindas criaturas en el gran jardín verde, que ahora estaría lleno de flores de primavera y de forsitias.

Alice volvió a la vida, bajó corriendo la escalera, cogió su chaqueta al vuelo y salió de la casa y a la calle donde la gente estaba calentando los motores para irse al trabajo. Mientras corría, recordó: ¡Los basureros dijeron que vendrían hoy! Pero solo estaría una hora fuera, no vendrían tan temprano... Pero ¿cómo puedo estar segura? Si vienen y no encuentran a nadie aquí... Siguió corriendo de todos modos, mientras se decía: Pero no vendrán todavía, simplemente lo sé.

Bajó jadeante a la estación del metro, arrancó precipitadamente un billete de la máquina, se lanzó escaleras abajo y allí encontró casualmente un tren. Alice no se sorprendió, segura de que las cosas jugaban a su favor esa mañana. De pie en el vagón atiborrado iba tamborileando con los dedos, subió corriendo las escaleras al final del trayecto y siguió corriendo y corriendo por las arboladas avenidas, y se paró por fin frente a la casa de su padre, que no distaba más de un kilómetro de la de su madre.

En el jardín descubrió, sin ninguna sorpresa, a Jane, la nueva mujer de su padre, sentada en el césped sobre una enorme manta a rayas rojas y verdes, con dos pequeñajos, sobre cuyas rubias cabezas refulgía el sol.

Alice apartó los ojos de la escena, como si su mirada pudiera obligar a Jane a volverse hacia ella. Se adentró con paso firme por el sendero que conducía hasta la puerta principal, encontró el cerrojo echado, dio la vuelta hasta la puerta trasera. Estaría a plena vista de Jane si a esta se le ocurría volver la cabeza.

Entró en la cocina, y sintió una punzada en el corazón, tan amplia era, y con esa gran mesa de madera con cuencos de fruta y jarrones de flores, que para Alice constituían el símbolo de la felicidad.

Corrió hacia el vestíbulo y escaleras arriba, mientras se decía que si aquel día su padre se había retrasado en ir al trabajo —solo que eso nunca ocurría—, le diría: ¡Oh, hola papá, conque estás aquí! Serena, abrió la puerta de su dormitorio y descubrió, como esperaba, la gran cama de matrimonio, con el edredón levantado, y el camisón de Jane (de seda encarnada, como observó, con severidad, Alice), el pijama de su padre, una pelota de niño de lana listada y un osito de peluche.

Se fue directa hacia las puertas correderas detrás de las cuales se hallaban colgadas las ropas de su padre. Meticulosamente dobladas. Su padre era un hombre metódico. Registró sus bolsillos, segura de encontrar algo, pues solían tomarle el pelo, en casa de ella, a causa del dinero que Dorothy Mellings encontraba en sus bolsillos y que insistía en gastar en caprichos. Él, el padre de Alice, decía: «Vamos, confiesa, ¿en qué te lo has gastado?». Y la madre de Alice respondía: «En melocotones al brandy». O en *marrons glacés,* o en whisky Glenfiddich.

Las manos de Alice recorrieron veloces los bolsillos, mientras rezaba: Dios mío, que haya algún dinero, que haya algo, que haya mucho. Sus dedos palparon un bulto blando y grueso y lo sacó, sin poder dar crédito a su suerte. Un grueso, blando fajo de billetes. Billetes de diez libras. Se los metió en el bolsillo de arriba, sobre el pecho, y salió del cuarto, bajó la escalera y atravesó la cocina para salir al jardín trasero. Apenas se detuvo a comprobar que Jane estuviera mirando inocuamente hacia el otro lado. Sabía que sería así.

En un instante se encontró fuera de la casa y en la calle y luego fuera de su campo visual. Allí se detuvo, de espaldas a la

calle, mirando hacia un alto seto, y contó los billetes. No podía creerlo. Era verdad. Trescientas libras.

Bueno, seguro que encontraría a faltar esa cantidad, eso no era solo un frasco de maldito jengibre, o de melocotones. Trescientas libras: pensaría que la otra las había robado, que había sido Jane. Adelante. Un frío y amargo placer inundó a Alice mientras se guardaba otra vez los billetes y echó a correr. ¡Los basureros!

A los tres cuartos de hora de marcharse, volvía a la casa, y vio aparecer el camión de la basura doblando la esquina de la calle principal.

Lo sabía, sabía que todo saldría bien, y los aguardó sonriente, mientras su corazón palpitante hacía zumbar la sangre en sus oídos.

Del camión saltaron los mismos tres hombres, los cuales, después de indicar que la habían reconocido, empezaron a cargar las relucientes bolsas negras. Ni una palabra de protesta por la lluvia que chapoteaba en las bolsas con la basura.

Tardaron unos veinte minutos y mientras tanto Joan Robbins ya había salido a su puerta y los observaba con los brazos cruzados. ¿Quién más los estaría observando? Alice no lo comprobó, pero se acercó deliberadamente al seto para hablarle y sonreírle a Joan Robbins: dos vecinas y una charla intrascendente, eso verían los fisgones; luego se dirigió a la puerta de la que habían retirado ya hasta la última bolsa negra y deslizó las quince libras en la mano de Alan, el conductor, con una sonrisa de ama de casa. Y entró en la casa. Eran las diez y pocos minutos de la mañana. Y tenía el día por delante, y lo ocuparía hasta el último minuto en actividades útiles. Cuando se pusiera en marcha. Porque de momento se había quedado sin fuerzas. Empezó a pensar en ellos, sus amigos, su familia, que a esas horas estarían frente a los talleres de Melstead, confundidos con los demás, tomándole la medida a la

policía, paseándose con confiada seguridad, intercambiando comentarios que la policía estaría obligada a escuchar y fingir ignorar... hasta que se tomaran su revancha más tarde.

Bert y Jasper y Pat, Jim y Philip, Roberta y Faye —ojalá tuvieran cuidado esas dos—. Bueno, todos eran políticamente maduros, sabían hasta dónde podían llegar. ¿Jasper? Hacía mucho tiempo que Jasper no estaba en un enfrentamiento de ese tipo; en primer lugar, porque hacía poco que había dejado de estar en libertad condicional. No era que Alice quisiera verlo a salvo, pero le gustaba que se hicieran bien las cosas. Jasper era un exaltado, una vez había estado en libertad vigilada durante dos años, y por nada útil, según el criterio de Alice, sino por imprudencia.

Alice se quedó sentada a solas, envuelta en el confort de la amplia, desvencijada sala de estar, y se dio cuenta de que tenía hambre. No tenía energías para volver a salir. Junto a la pared encontró una bolsa de papel arrugada y, en su interior, una barra de pan y un pedazo de salchichón. Sabía Dios cuánto tiempo llevarían allí, pero a Alice no le importó. Se sentó a comer despacio, procurando no tirar migas. Para arreglar ese cuarto necesitaría ayuda, era muy grande y los techos muy altos. Pero la cocina... Necesitó alrededor de una hora para ponerse en movimiento; estaba francamente cansada. Además, le divertía gastarse mentalmente el dinero, cuyo grueso bulto blando notaba justo debajo del corazón. Después, por fin se levantó y se fue a la cocina. Llenó varios cubos de agua fría —desgraciadamente— y se puso manos a la obra. Fregoteó el techo, las paredes, maniobrando la escalera plegable alrededor de la cocina, que seguía tirada sobre un costado en el suelo. Hubo un momento en que tuvo conciencia de que le corrían las lágrimas por las mejillas; había estado pensando en los demás, todos juntos, gritando a coro: «¡Thatcher fuera, fuera, fuera!», y «¡Esquiroles fuera, fuera, fuera!».

Podía escuchar sus gritos: «¡Obreros unidos, jamás serán vencidos!».

Pensó que uno de ellos, Philip, sí, pensó, sería Philip, se acercaría hasta un pub y compraría bocadillos y cerveza para todos. Era posible que a esas alturas incluso hubiera una cantina móvil; debería haberla, ya hacía algún tiempo que duraban los piquetes.

Pensó en cómo iría cargándose y electrizándose el ambiente y, cuando empezaran a moverse los coches blindados —el símbolo de todo cuanto más detestaban ellos—, la multitud se agruparía hasta formar un muro contra el cual la policía...

Alice lloró un poco, ruidosamente, sorbeteando y boqueando mientras fregaba el suelo. Si ellos decidían que Philip no podía quedarse, entonces... esas tejas que faltaban, esas tejas...

Hacia las cuatro de la tarde quedó limpia la cocina, sin rastro de polvo ni de cascajos. La gran mesa ocupaba el lugar que le correspondía, rodeada de sus sólidas sillas de madera y con un frasco de vidrio de los de mermelada encima, con algunos junquillos del jardín. Solo la pobre cocina continuaba tumbada, como reminiscencia del desorden. Alice se dijo que tomaría un tren e iría a reunirse con los demás; estaba en su derecho, era veterana de un centenar de batallas; pero se sentó a descansar en la sala y se quedó dormida, y cuando se despertó los demás ya entraban ruidosamente, riendo y parloteando, exultantes y satisfechos por la misión cumplida.

Alice, adormilada en el gran sillón, se levantó trabajosamente a darles la bienvenida, humilde, compungida incluso. Cuando depositaron la comida y las bebidas en el suelo y la invitaron a compartirlas, se sintió sin derecho a ello.

Entonces se acordó. Extrajo su grueso fajo de billetes y, riendo, le entregó ciento cincuenta libras a Philip.

—A cuenta —le dijo.

Hubo un silencio. Los demás la miraron fijamente. Luego se rieron y empezaron a abrazarla y a abrazarse entre sí. Hasta Jasper la rodeó brevemente con el brazo, riendo, y parecía que la estuviera exhibiendo ante los demás.

—Mejor no preguntar de dónde han salido —dijo Roberta—, pero te felicito.

—Obtenidos honradamente, espero —dijo Faye con expresión severa, y empezaron otra vez los abrazos y las risas, pero Alice sabía que eso se debía a los exuberantes excesos emocionales de aquella jornada de enérgicos enfrentamientos con la Autoridad tanto como a una manifestación de simpatía hacia ella.

—De todos modos —anunció Faye—, tenemos que tomar una decisión colectiva...

Y Roberta dijo:

—Oh, qué más da, Faye, déjalo. No pasa nada...

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y Alice comprendió que lo habían estado discutiendo allí y no se habían puesto de acuerdo. Bert declaró brevemente, como si en realidad no tuviera importancia y en ningún momento la hubiera tenido:

—Sí, por mí no hay problema.

—Sí, yo estoy de acuerdo —repitió Jasper.

—Naturalmente que no hay problema —dijo Pat.

Philip no podía hablar, pues se habría echado a llorar; estaba radiante de alivio, de alegría. Y Jim... bueno, este se lo tomaba como una prórroga; Alice lo notó, sabía que a Jim nada podría parecerle nunca más que un transitorio golpe de suerte. Pero se le veía bastante satisfecho.

Un cálido sentimiento de concordia llenó la habitación. Una familia...

El bienestar perduró hasta el final de la comida y se mantuvo mientras Alice los conducía a la cocina para mostrarles su pulcritud.

—Esta chica es una maravilla —canturreó Faye—. Alicia la Maravilla, la maravillosa Alicia... —Estaba un poco bebida y exaltada, y todos la contemplaban con agrado.

Sin que Alice se lo pidiera, Bert y Jasper levantaron la cocina y la pusieron en su sitio, pegada a la pared.

—Mañana la repararé —dijo Philip con satisfacción.

Subieron las escaleras todos juntos, reacios a separarse para pasar la noche, tan intenso era el sentimiento de grupo en ese instante.

Tumbada junto a la pared, en la oscuridad, sus pies a un metro de los de Jasper, Alice preguntó soñolienta:

—Entonces, ¿qué habéis decidido tú y Bert?

Un rápido movimiento de Jasper, del que ella tomó nota mientras pensaba: Yo no sabía que iba a decir eso.

Él se había quedado muy rígido, desenmascarado; así se había sentido ante las palabras de ella.

—Oh, no es algo que me preocupe, Jasper —dijo Alice, impaciente pero conciliadora—. Pero lo habéis hablado, ¿verdad?

Tras una pausa:

—Sí, así es.

—Bueno, es algo que nos afecta a todos.

Otra pausa. De mala gana:

—Hemos pensado que tal vez no sea mala cosa tener a otras personas aquí. Pero tienen que pertenecer a la UCC. Jim tendrá que afiliarse.

—Quieres decir que Philip y Jim servirán de cobertura.

Él no dijo nada. Quien calla, otorga.

—Sí —dijo Alice—, y evidentemente vendrán otros, y...

—No puedes dejar que se instale aquí cualquiera —dijo Jasper quisquilloso—, no podemos aceptar a cualquier persona.

—Yo no he dicho cualquier persona. Pero los demás no tienen por qué enterarse nunca de que estamos con el IRA.

—Exactamente —dijo él.

Y entonces ella comentó con su voz ensimismada y para su propia sorpresa:

—En cuanto a los camaradas del cuarenta y cinco, me pregunto... —Se interrumpió. Interesada por lo que acababa de decir. Considerándolo con respeto.

Pero él se había incorporado velozmente sobre un codo y la fulminó con la mirada en la semioscuridad, en medio de la cual los faros de la calle paseaban sus luces por el techo, las paredes, el suelo, iluminándoles irregularmente a ambos. Se quedó callado. No preguntó: «¿Cómo te has enterado de lo de

la otra casa?»; ni dijo: «¿Cómo te atreves a espiarme?», como había dicho con mucha frecuencia en el pasado, hasta que comprendió que ella era capaz de eso: de saber sin que nadie le dijera nada.

Alice empezó a pensar rápidamente, mientras escuchaba lo que acababa de decir. De modo que Bert y Jasper habían ido a ver a los vecinos del 45, ¿sería eso? ¿Y allí vivían unos camaradas? ¡Sí, eso era!

—¿Solo fuisteis a probar suerte? —preguntó—. ¿O... qué pasó?

—Se pusieron en contacto con nosotros —respondió envaradamente él tras una pausa—. Mandaron un recado.

—¿Para vosotros? ¿Para Bert y para ti?

Por su vacilación, Alice comprendió que también ella figuraba entre los destinatarios, pero no tenía intención de hacer un problema de eso.

—Llegó un mensaje —dijo él, y se tumbó.

—Y tú y Bert y... los camaradas de al lado decidisteis que debíamos tener más gente alojada en la casa, como cobertura.

Silencio. Pero Alice sabía que no dormía. Dejó transcurrir algunos instantes mientras reflexionaba. Luego cambió de tema y dijo:

—Muy pronto todos tendrán que empezar a compartir gastos. Hasta el momento lo he pagado todo yo.

—¿De dónde has sacado ese dinero? —preguntó en el acto él, recordando su existencia, tal como ella pretendía.

Alice ya se lo tenía preparado; se inclinó hacia él en la oscuridad y le dio algunos billetes.

—¿Cuánto? —preguntó él.

—Cincuenta.

—¿Cuánto conseguiste?

—No hagas preguntas —replicó Alice, aunque, de haber insistido, se lo hubiese dicho, pero Jasper solo comentó:

—Así me gusta, hay que chuparles hasta la última gota de sangre.

—Mañana tengo que ocuparme del Ayuntamiento —dijo ella —. ¿Puedes ir a cobrarme el paro?

—De acuerdo.

Los dos estaban al acecho de los sonidos del amor en el cuarto contiguo, pero Bert y Pat debían de haber caído rendidos. Jasper y Alice, que habían estado tumbados en tensión, se relajaron y permanecieron en afable silencio, mientras Alice pensaba: Estamos juntos... Somos como un matrimonio, hablando juntos antes de dormirnos. Ojalá empiece a contarme lo que ha sucedido hoy.

No quería pedírselo, pero sabía que él sabía que ella se moría de ganas de saberlo todo. Y pronto tuvo la gentileza y empezó el relato. Alice lo adoraba cuando se portaba así. Se lo contó todo, desde el principio; el viaje de los siete en el tren: habían comprado bocadillos y café en la estación, y se apiñaron todos juntos en dos asientos encarados y compartieron el desayuno. Luego, el trayecto en taxi hasta los talleres de impresión. El taxista estaba de su parte y les dijo: «Buena suerte», antes de alejarse.

—Qué simpático —dijo quedamente Alice, y sonrió en la oscuridad.

Y continuaron charlando de esta guisa, muy bajito, mientras Jasper se lo contaba todo, pues lo hacía muy bien, sabía pintar con palabras el cuadro de un suceso, de un acontecimiento. Debería ser periodista, pensó Alice, ¡es tan listo!

Por ella, podrían haberse quedado charlando toda la noche, porque naturalmente había dormido mucho. Pero Jasper pronto se durmió y Alice se dio por satisfecha de estar allí acostada, en medio de esa quietud, mientras organizaba sus planes para el día siguiente, que, como sabía, no sería una jornada fácil.

Cuando se despertó, Jasper ya no estaba allí. Corrió al último piso de la casa y se asomó a las cuatro habitaciones, donde había dejado abiertas todas las ventanas. Los dos cuartos antes ocupados por los horribles cubos eran ya solo un par de habitaciones como las demás en las que pronto vivirían otras personas. Pero no había subido a comprobar eso. En dos de los cielos rasos se veían húmedas manchas parduscas, y Alice, una vez localizada la trampilla de la buhardilla en el descansillo, se subió al antepecho de una ventana para alcanzarla. Lo consiguió a duras penas y la sintió levantarse bajo la presión de sus dedos. ¡Ningún problema por ese lado!

Corrió escaleras abajo hacia la cocina, de donde salía un rumor de voces. Lo que allí vio le llenó de lágrimas los ojos. Los encontró sentados alrededor de la mesa: Bert y Pat, muy juntos los dos; Jasper; Jim, sonriente y feliz, y Philip, que ya había empezado a reparar la cocina, inclinado sobre la parte posterior, con una taza de café apoyada encima. Bert había ido a casa de la amiga de su amigo Philip, Felicity, a llenar el termo y había comprado cruasanes, mantequilla y mermelada. Una comida de verdad. Alice se instaló en su sitio, a la cabecera de la mesa, frente a Bert, y dijo:

—Si este cuarto tuviera cortinas...

Todos rieron.

—Antes de hablar de cortinas, mejor será que arregles las cosas con el Ayuntamiento —dijo Jasper, dándose bastante importancia, pero solo porque se sentía celoso de Pat, que dijo:

—Oh, yo apoyo a Alice. La apoyaría en cualquier cosa.

Ante ella apareció un café con cruasanes y Alice dijo:

—¿Alguno de vosotros se ha fijado en los techos de arriba?

—Yo sí —respondió Pat.

—No puedo hacerlo todo a la vez —protestó Philip. Parecía ofendido y Pat le dijo:

—No te preocupes. No es difícil reponer las tejas. Yo lo hice

una vez, en otra casa ocupada.

—Yo te ayudaré, cuando acabe con esto —dijo Philip.

—Si alguien pudiera sacar las tejas caídas de esa canal —le dijo Pat a Bert.

—Mi cabeza no resiste las alturas —respondió él sin inmutarse.

—Yo lo haré —se ofreció Alice. Luego le dijo a Jasper, no a Bert—: Si pidierais prestado el coche a los del cuarenta y cinco, podríais mirar en los contenedores a ver si encontráis algún mueble. Vi cuatro en la calle de mi padre con todo tipo de cosas en buen estado. —Y añadió con rabia—: Despilfarro. Todo este despilfarro. —Sabía que «su expresión» estaba a punto de apoderarse de su cara cuando dijo—: Esta casa, todas estas habitaciones... la gente que no para de tirar cosas que no tienen nada malo. —Y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, pues sabía que Pat la estaba examinando, haciendo su diagnóstico.

—Muy bien, Bert —le dijo Pat a este—, ya tienes trabajo para hoy. Para ti y para Jasper. —Y cuando él se quedó sentado riéndose de alguna vieja broma sobre su pereza, añadió irritada —: Oh, vete a la mierda, Alice lo ha hecho todo hasta ahora.

—Y ha conseguido todo el dinero —dijo Philip junto a la cocina.

—Dicho así... —dijo Bert.

—Dicho así —repitió Jasper, contento y ya impaciente por ponerse en marcha, porque tenía ganas de salir a recorrer las calles con Bert, husmeando en busca del botín...

Los dos se marcharon en el momento en que entraban Roberta y Faye, las cuales descubrieron los restos de los cruasanes y se sentaron a consumirlos.

Alice arrastró la pesada escalera de Philip hasta la fachada delantera de la casa y trepó por ella. Por suerte, era una casa baja y ancha, bien asentada sobre el suelo, no alta y aterradora.

Cuando llegó arriba, Pat ya estaba en el tejado, sentada junto a la chimenea, cogida a ella con un brazo. Había subido a través de la buhardilla y la claraboya. El techo se veía corroído y agrietado alrededor de la base de la chimenea. Muchas tejas se habían desprendido y ahora yacían tiradas en la canal. Toda esa agua que había entrado filtrándose hasta... ¿dónde? Todavía no había examinado a fondo las buhardillas.

Alice alargaba el brazo para coger las tejas caídas, que iba alineando frente a ella sobre el tejado. Pat no parecía tener prisa por ponerse a trabajar; le gustaba estar allí sentada, contemplando los tejados y las ventanas de las plantas superiores. Y, naturalmente, también a los vecinos que las observaban: dos mujeres trabajando en un tejado. ¿Y dónde están los hombres?, pensaba sin duda aquella gente... Joan Robbins, la vieja sentada debajo de su árbol, el hombre que las miraba refunfuñando desde una ventana del último piso.

—Cógela —gritó Alice, lista para lanzar una teja, pero Pat dijo—: Aguarda. —Reptó sobre el vientre y husmeó bajo la techumbre.

—Hay un nido sobre la viga aquí dentro —dijo con un susurro, como si temiera molestar a los pájaros.

—¡Oh, no! —exclamó Alice—. ¡Oh, qué espanto! —De pronto su voz sonó histérica y Pat la miró de reojo, indiferente, por encima del brazo que había introducido bajo el tejado—. Oh, por el amor de Dios —suplicó Alice, y se echó a llorar.

—Es un pájaro —dijo Pat—. Un pájaro, no una persona. —Extrajo varios puñados de paja y otros materiales y los lanzó al vacío, donde cayeron flotando lentamente. Después algo se estrelló contra las tejas: un huevo. El minúsculo embrión de un pajarito se quedó allí despatarrado. Se movía.

Alice siguió llorando, con breves ráfagas de jadeantes sollozos, la mirada fija en el tejado frente a ella. Otro huevo fue a estrellarse contra él.

Un par de frenéticos ojos casi infantiles miraron implorantes a Pat, que continuaba hurgando con el brazo a través del agujero debajo de ella. Pero Pat mantenía la mirada deliberadamente apartada de Alice, que sorbía y hacía muecas más abajo.

Un tercer huevo describió un arco y fue a estrellarse húmedamente en el jardín.

—Ya está terminado —dijo Pat, y miró a Alice—. ¡Para de llorar!

Alice lloriqueó todavía un poco hasta calmarse y, a una señal de Pat, empezó a tirarle las tejas, que la otra iba cogiendo al vuelo una tras otra, con mucho cuidado.

Roberta y Faye aparecieron a sus pies y se alejaron, saludándolas con la mano.

—Que lo paséis bien —dijo Pat, lacónica y mordaz, pero con una sonrisa que indicaba que, al igual que Alice, no esperaba otra cosa.

Poco después, Philip se unió a Pat, y a Alice, que ya había limpiado la canal hasta donde alcanzaba con la mano, bajó a desplazar unos cuantos pasos la pesada escalera. Continuó trabajando de esta guisa alrededor de toda la casa, retirando montoncillos de hojas empapadas y tejas caídas, mientras, más arriba, Philip y Pat iban colocando las tejas en su sitio.

Alice se sentía deprimida y traicionada. Por alguien. Los dos minúsculos pajarillos abortados yacían allí con los cuellecitos estirados y los velados ojillos cerrados y sin que nadie los mirara. Los pájaros padres revoloteaban sobre las ramas más altas, no lejos de allí, y se quejaban.

Alice intentó concentrar sus pensamientos en la tarea que tenía por delante: la limpieza. ¡La limpieza! Los cristales y los suelos y las paredes y los techos, y luego la pintura, tanta pintura, costaría...

A media tarde se fue a telefonear al Ayuntamiento, como si

fuese una cosa sin importancia, como si todo estuviera arreglado.

Al oír que Mary Williams no estaba allí, su corazón se ensombreció.

Bob Hood, como buen funcionario importunado en mitad de su importante trabajo, le dijo en tono cortante que el caso de los números 43 y 45 había quedado aplazado hasta el día siguiente.

—Entonces todo está en orden, ¿verdad? —dijo Alice.

—No, en absoluto —respondió Bob Hood—. No se ha aceptado que vosotros ni ninguna otra persona podáis ocupar esos edificios.

Alice replicó en un tono tan perentorio, tan tajante como el de él:

—Debería venir a ver este sitio. Es una vergüenza que en algún momento haya podido llegar a considerarse conveniente su demolición. Alguna cabeza debería rodar por ello. Y estoy segura de que rodarán varias cabezas. Son dos casas perfectamente sólidas, en buen estado.

Una pausa. El otro respondió altivo... pero iniciando la retirada:

—Y ha habido más quejas. No podemos permitir que las cosas sigan así.

—Pero hemos limpiado el cuarenta y tres... el que nosotros ocupamos. La policía puede confirmarle que ha quedado limpio.

Alice aguardó confiada. Oh, conocía ese tipo de personajes, sabía cómo funcionaban sus mezquinos, cobardes cerebros, sabía que lo tenía atrapado. Alcanzaba a escuchar su respiración, podía oír claramente los chasquidos de sus mecanismos mentales.

—De acuerdo —dijo él—. Me pasaré por allí. Hace tiempo que tenía intención de echar un vistazo a esas dos propiedades.

—¿Podría decirme aproximadamente a qué hora vendrá? —preguntó Alice.

—No será necesario, tenemos las llaves.

—Sí, pero no podemos permitir que cualquiera entre así como así, ¿no le parece? Preferiría que nos dijera la hora aproximada de su visita.

Ella misma se asombró ante tamaño descaro. Sin embargo, sabía que no se había pasado, gracias a su actitud: tan firme como la de él. Y no se sorprendió cuando él dijo:

—Iré ahora mismo.

—Muy bien —dijo Alice—. Lo estaremos esperando. —Y le colgó el teléfono.

Corrió a la casa. Les gritó a Philip y a Pat que vendrían los del Ayuntamiento y que sobre todo no dejaran de trabajar, pues sería favorable que los vieran ocupados ahí arriba. Recorrió rápidamente el interior de la casa, pasando revista a la sala de estar, la cocina. Subió a los dormitorios y se quedó admirada al comprobar que el de Roberta y Faye era un auténtico reducto de feminidad, con un tocador, almohadones, una colcha encima del saco de dormir de dos plazas, fotografías... todo un poco cochambroso, pero causaría buena impresión. Se enfundó rápidamente una falda. Su pelo, sus uñas. Oyó llamar a la puerta antes de lo que esperaba y bajó precipitadamente con una indiferente sonrisa en la cara para abrirle educadamente la puerta a...

—¿Bob Hood? Yo soy Alice Mellings.

—Espero que esos dos sabrán lo que están haciendo ahí en el tejado.

—Deberían saberlo. Él es constructor. Y ella hace de ayudante. No es profesional, pero lo ha hecho otras veces.

Le había tapado la boca. Oh, desagradable hombrecillo, pensó Alice detrás de su sonrisa de chica buena. Desagradable, mezquino burócrata.

—¿Querrá que le muestre primero la planta baja? Claro que ahora no podrá hacerse una idea de cómo estaba todo hace solo tres días. Para empezar, los obreros del Ayuntamiento habían llenado de cemento las tazas de los váteres y habían arrancado los cables de la instalación eléctrica... los dejaron de cualquier modo, con peligro de incendio.

—No tengo la menor duda de que procedieron de acuerdo con sus instrucciones —replicó él.

—¿Quiere decir que tenían instrucciones de dejar los cables colgando peligrosamente y de tapar con cemento la llave de paso del agua? Me gustaría saber si en la compañía de aguas están al corriente de ello.

El otro se había puesto rojo y furioso. Sin mirarlo, Alice fue abriendo una tras otra todas las puertas de la planta baja y se detuvo junto a la de la cocina.

—El electricista lo ha dejado todo seguro, pero ha tenido suerte de que no se incendiara la casa. Mary Williams dijo que usted la había revisado. ¿Cómo es posible que no se fijara en esos cables?

En el piso de arriba, consciente de que para ese hombre cualquier cosa fuera de lugar, aunque solo fuese un colchón en el suelo en vez de encima de una cama, constituiría una permanente afrenta, le dijo:

—Evidentemente tendrá que confiar en mi palabra, ¡pero le aseguro que el estado de estas habitaciones era indescriptiblemente espantoso cuando llegamos, y solo acabamos de empezar!

—Sigue siendo indescriptiblemente espantoso —dijo él con tono desdeñoso, mientras examinaba la habitación donde dormían ella y Jasper, con los dos sacos de dormir tirados junto a la pared como las pieles desechadas de dos serpientes.

—Todo es relativo. Creo que se sorprenderá cuando vuelva a verlas dentro de un mes.

Él se apresuró a aprovechar su ventaja:

—Ya le he dicho que no cuente con nada.

—Si esta casa vuelve a quedar desocupada, en menos de una semana se habrá llenado hasta los topes de gamberros y maleantes, usted lo sabe. Han tenido suerte de que llegásemos nosotros. La estamos reparando, sin ningún coste para el contribuyente.

El otro no respondió nada a eso. En silencio recorrieron las habitaciones de la última planta, que ahora olían agradablemente, con el aire que entraba por todas las ventanas. Él las fue cerrando instintivamente una tras otra, con una expresión hacendosa, virtuosa, irritada. Como una maldita ama de casa, pensó la sonriente Alice.

Volvieron abajo.

—Bueno —dijo él—, tengo que coincidir con usted en una cosa: no hay motivo alguno para que se derriben estas casas, eso está claro. Tendré que revisar este asunto.

—A menos que alguien pensara ganar algo con ello —dijo, amable y distante, Alice—. ¿Leyó el artículo del *Guardian*? ¿El escándalo de las viviendas municipales?

—Pues, de hecho sí, lo leí. Pero no es relevante para este caso.

—Comprendo.

Llegaron a la puerta.

Alice permaneció a la espera. Se merecía una capitulación, y la obtuvo. Sin sonreír, pero expresando una involuntaria complicidad con todo su cuerpo, el funcionario anunció:

—Mañana mediaré favorablemente en su caso. Pero no le prometo nada. Y no se trata solo de esta casa, también está la del cuarenta y cinco. Iré a verla ahora.

Una vez más, Alice se había olvidado de la casa vecina.

Cuando Bob Hood se hubo ido, subió corriendo hasta una ventanita desde la cual se divisaba la casa contigua y observó,

con furiosa frustración, al pulcro joven, bien peinado y bien vestido, que contemplaba los montones de basura del otro jardín, observó que su cara exhibía la misma expresión que las de los basureros: de exasperada e incrédula repulsión.

Incapaz de soportar los latidos de su corazón, los retortijones de su estómago, bajó despacio, repentinamente vacía de energías, y se desplomó en la sala en el mismo momento en que entraba Pat, seguida de Philip.

—¿Y bien? —preguntó Pat; y la cara de Philip estaba rígida de anhelo, toda su mirada era un ruego.

—Todo pende de un hilo —dijo Alice, y se echó a llorar, con lo cual se puso furiosa consigo misma—. Oh, Dios —se lamentó —. Oh, cielos. Oh, mierda. Oh, no.

Pat, sentada muy cerca de ella, sobre el brazo del sillón en el que se había refugiado, le echó el brazo sobre los abatidos hombros y dijo:

—Estás cansada. ¡Qué sorpresa!, estás cansada.

—Todo saldrá bien —sollozó Alice—. Sé que saldrá bien, seguro, siento que será así.

Por el silencio que siguió, comprendió que Philip y Pat habían intercambiado una mirada de soslayo para decirse que ella, Alice, necesitaba que le llevasen la corriente, que la acariciasen, le palmeasen la cabeza, le dieran café del termo y después coñac de una botella de reserva. Pero Alice sabía que aunque el interés de Pat era sincero, no era como el de Philip o el suyo propio. El corazón de Pat nunca palpitaría, ni su estómago se contraería... Por eso no aceptó la envolvente seriedad de Pat y permaneció sola, triste y aislada, mientras se bebía su café y su coñac. Philip estaba a su cargo, bajo su responsabilidad; era su familia, Alice así lo sentía, porque era como ella. Pero se alegraba de tener a Pat como aliada.

Y en ese momento llegaron Jasper y Bert cargados de tesoros espigados por todo Londres, ese inmenso barril de la suerte, y

Alice se precipitó hacia el vestíbulo, para recibir el cargamento, que sería preciso clasificar, y que transfirió sus emociones a otro circuito.

—¡Qué espantoso despilfarro! —despotricó al ver las bolsas de plástico llenas de cortinas, que estaban allí porque alguien se había hartado de ellas; una nevera, taburetes, sillas, mesas... todas aprovechables, aunque algunas necesitaran algunos minutos de trabajo para recomponerlas.

Bert y Jasper salieron otra vez, exultantes y gozosos. Una pareja, una verdadera pareja, un equipo; unidos en esa empresa de amueblar la casa. Y podían disponer del coche durante todo el día y tenían que aprovecharlo al máximo.

Philip y Pat dejaron el tejado para ayudar a Alice a distribuir los muebles, corrieron a comprar ganchos para las cortinas, para lo cual Alice sacó dinero de su reserva.

Estuvieron correteando de acá para allá, subiendo y bajando, arrastrando muebles, colgando cortinas, cubriendo el suelo del vestíbulo con una amplia alfombra que solo necesitaba una pequeña limpieza para quedar perfecta.

Bert y Jasper regresaron entrada la tarde con otro cargamento, tras una incursión por Mayfair y St. John's Wood, y anunciaron que con eso habían terminado por aquel día, y los responsables del trabajo doméstico se sentaron en la cocina a tomar un té y a comer huevos con beicon cocinados en los fogones como es debido, con el ronroneo de la nevera a modo de acompañamiento.

A mitad de ese festín, que era el resultado de un delicadísimo equilibrio de intereses, de cuidadosos y calculados esfuerzos de buena voluntad, alguien llamó a la puerta. Sin embargo, fue una llamada vacilante, no una intimidación perentoria. Todos se volvieron al unísono; desde la cocina se veía la puerta de la calle y esta se estaba abriendo. En el umbral apareció una mujer joven y, mientras los demás se la quedaban mirando

preguntándose de quién sería amiga, el corazón de Alice se puso a latir con fuerza. Ya lo estaba anticipando todo; por la mirada que dirigió la visitante alrededor del vestíbulo, alfombrado, acogedor, adecuado aunque débilmente iluminado, y luego hacia lo alto de la sólida escalera, y después a todos ellos reunidos ahí dentro. La joven mujer irradiaba una anhelante determinación y resolución.

—El Ayuntamiento —los tranquilizó Alice—. Es Mary Williams. La colega de ese pequeño fascista que ha estado aquí hoy. Pero es una buena persona... —Sabía que estas últimas palabras en realidad eran el comienzo de una discusión que tendría lugar más tarde, esa misma noche tal vez. Quizá no una discusión, no un rencoroso enfrentamiento, sino solo una amigable conversación. Oh, rezó Alice, que todo salga bien, y se separó de los demás diciéndoles—: No pasa nada, solo salgo un momento...

Cerró la puerta de la cocina, y tras ella quedó una carcajada que decía que era una mandona, pero no tanto como para resultar insoportable. Oh, por favor, por favor, por favor, iba rogando Alice para sus adentros —al destino, tal vez—, mientras avanzaba sonriente al encuentro de Mary. La cual le sonreía suplicante.

Según lo había esperado Alice con toda certeza, Mary empezó diciendo:

—Me he acercado hasta el despacho, hoy estaba en un cursillo, esos cursillos que nos hacen hacer, ya sabes, el mío es de relaciones sociales, y he visto a Bob que salía en ese momento. Me ha dicho que había estado aquí...

Alice había abierto la puerta de la sala de estar, que tenía el mismo aspecto acogedor de una casa cualquiera, aunque un poquitín desvencijada, y observó cómo se suavizaba el rostro anhelante de Mary y la oyó suspirar.

Se sentaron. Ahora la solicitante era Mary, y Alice, la juez.

—Es una bonita casa, ¿no cree? —dijo Alice para ayudarla—. Sería una locura derribarla.

—Bueno, ellos están locos —estalló Mary (Alice tomó nota de ese «ellos» con familiar y seca, incluso resignada, ironía)—. Cuando escogí trabajar en Viviendas, lo hice pensando: Bueno, allí proporcionaré casas a la gente, ayudaré a las personas sin hogar, pero de haber sabido... en fin, ahora estoy muy decepcionada, y si supieras las cosas que ocurren allí...

—Pero si lo sé.

—Entonces...

Mary se había ruborizado, sus ojos la miraban implorantes.

—Iré al grano. ¿Crees que yo podría venirme a vivir aquí? Lo necesito. No se trata solo de mí. Queremos casarnos, mi novio Reggie y yo. Él es químico industrial. —Lo de químico industrial tenía por objeto tranquilizarla, se dijo Alice, no sin un atisbo de sarcasmo, que sin embargo tuvo que contener y reprimir—. Habíamos empezado a ahorrar para comprar un piso cuando él se quedó sin trabajo. Su empresa cerró. Y tuvimos que renunciar al piso. Podríamos irnos a vivir con mi madre o con sus padres, pero... si viviésemos aquí podríamos ahorrar un poco... —Había tenido que hacer un esfuerzo para soltarlo todo, pues detestaba su papel de suplicante; y el resultado de ese esfuerzo era una alegre determinación, como si diera una orden.

Pero mientras tanto Alice estaba pensando: Oh, mierda, no, es peor de lo que suponía. ¿Qué dirán los demás?

—¿Quieres ver la casa? —dijo para ganar tiempo.

—Oh, cielos —exclamó Mary, y se echó a llorar—. Bob me ha dicho que arriba hay habitaciones y más habitaciones, todas vacías.

—¡Él no se instalará aquí! —dijo Alice, sin saber que iba a decirlo, en un tono de tan glacial desagrado que Mary dejó de llorar y se la quedó mirando.

—No es mala persona en el fondo —dijo—. Son solo sus modales.

—No —dijo Alice—, no son solo sus modales.

—Supongo que no...

Ante este reconocimiento de lo espantoso que era Bob, Alice sintió aumentar su simpatía hacia ella y le preguntó con amabilidad:

—¿Has vivido alguna vez en una casa ocupada? ¡No, claro que no! Pues yo sí, en muchas. Y verás, es un poco difícil, la gente tiene que congeniar.

Los brillantes ojos anhelantes de Mary —igualitos a los del pobre gato, pensó Alice— devoraban su cara, irradiando sus ansias de ser lo que Alice quisiera que fuera.

—Nadie me ha dicho nunca que fuera difícil llevarse bien conmigo —dijo Mary, en un intento de tomárselo a broma, y suspiró.

—La mayoría de las personas que viven aquí tienen intereses políticos —declaró Alice con severa formalidad.

—¿Y quién no? Todo el mundo tiene el deber de interesarse por la política, con los tiempos que corren.

—Somos socialistas.

—Naturalmente, claro.

—Unión del Centro Comunista —murmuró Alice.

—¿Comunista?

Alice pensó: Si mañana se presenta en esa reunión y dice: «Son comunistas...». Es muy capaz de hacerlo, ¡y con una amplia sonrisa democrática!

—No comunistas en el sentido del Partido Comunista de Gran Bretaña —dijo, mientras mantenía la mirada fija sobre el rostro de Mary, pues sabía que lo que la otra vería la tranquilizaría... a menos que ella, Alice, luciera en ese momento «su expresión», y estaba bastante segura de que no era así; y añadió con firmeza—: Los camaradas de Rusia se han

extraviado. Hace mucho tiempo que se extraviaron.

—Nadie puede discutir eso —dijo Mary con un duro, enérgico, breve desdén, mientras se secaba los ojos con un pañuelito de papel. Ya recuperada, tenía la apariencia de una agradable muchacha corriente, de relucientes rizos castaños y lozana piel. Como un anuncio de jabón de tocador de mediana calidad. Pero al día siguiente podría decidir el destino de todos ellos, se dijo Alice, examinándola con curiosidad. Si al día siguiente por la mañana, mientras compartían una taza de café antes de la reunión, le decía a Bob: Anoche estuve en esa casa, en el 43 de Old Mill Road, ya sabes, y cielo santo, ¡vaya montaje!..., entonces él podría cambiar de opinión en un abrir y cerrar de ojos, sobre todo a la vista del deplorable estado del 45.

—¿Bob Hood ha dicho algo sobre la casa de al lado? —preguntó.

—Ha dicho que no presenta ningún problema de estructura.

—Entonces, ¿por qué, por qué, por qué, por qué? —estalló Alice, incapaz de contenerse.

—El proyecto era construir dos bloques de pisos en el terreno que ocupan ahora estas casas. No, no pisos horribles, bastante decentes en realidad, pero no encajarían bien aquí, no con todas estas casas alrededor. —Y añadió con resentimiento, olvidando su posición—: Pero algún contratista de obras se sacará una buena tajada. —Y luego, para empeorar aún más las cosas—: Trabajo para los amiguetes. —Desconcertada ante sus propias palabras, le lanzó a Alice una mirada cohibida, a la que enseguida añadió una sociable sonrisa.

—No podemos permitir que se salgan con la suya —dijo Alice.

—Estoy de acuerdo. Bueno, lo que cuenta es lo que diga Bob y él está furioso, de verdad que lo está. Está realmente decidido a presentar batalla. Dice que es un crimen que quieran derribar

estas casas. —Tras una vacilación, decidió zambullirse en lo que consideraba claramente como la peor de las indiscreciones cometidas hasta el momento y dijo—: Estuve en la Tendencia Militante durante algún tiempo, pero no me gustan sus métodos, de modo que lo dejé.

Alice se quedó muda de asombro. ¡Mary, en la Tendencia Militante! Bueno, claro que no podían gustarle sus métodos. Y tampoco le gustarían los métodos de Alice, Jasper, Pat, Roberta o Faye. Ni, por cierto, tampoco los de Jim. (Así lo sospechaba Alice.) ¡Pero que Mary se hubiera acercado siquiera a la Tendencia Militante rayaba en lo imposible!

Alice inquirió con cautela:

—¿Y Reggie?

—Hizo una prueba con los militantes, por los mismos motivos que yo. Estaba escandalizado ante lo que veía que ocurría en mi trabajo, trabajos para los amiguetes, como ya he dicho... —Una vez más la breve sonrisa sociable, como un gesto prefijado de disculpa—. En el acto comprendimos que la Tendencia Militante no era para nosotros. Y nos inscribimos en Greenpeace.

—Sí, claro —dijo esperanzada Alice—, pero si sois trotskistas... —Con un poco de suerte, Mary diría que sí, que se incluía entre los trotskistas y entonces, evidentemente, esa casa sería imposible para ella... Pero le oyó responder:

—En estos momentos no somos nada, solo de Greenpeace. Hemos estado pensando en afiliarnos al Partido Laborista, pero necesitamos algo más...

—Dinámico —dijo Alice, escogiendo una palabra halagadoramente enérgica, pero no ideológica—. Creo que tal vez os convendría la UCC. Vamos a ver la casa, de todos modos.

Se levantó y Mary la imitó; parecían estar poniendo fin a una entrevista. Alice había decidido que Mary le gustaba de verdad. Con ella no habría problema. Pero ¿y Reggie? El recuerdo de

Reggie acompañó a las dos mujeres mientras recorrían rápidamente las plantas superiores. Alice fue abriendo las puertas de las habitaciones desocupadas y escuchó los suspiros de anhelo de Mary y no le sorprendió en absoluto oírla decir mientras bajaban la escalera:

—La verdad es que Reggie está en el pub de la esquina.

Alice se echó a reír con una sonora carcajada juvenil y Mary se le unió, tras una pausa, con una jadeante risita tintineante.

—El caso es que tenemos que discutirlo —dijo Alice—. Todos juntos. Una decisión de grupo, ya sabes.

—¿Qué tal si volvemos dentro de media hora?

—Será un poco más largo —dijo Alice, y añadió, ante la mirada implorante de Mary—: Haré lo que pueda.

Se metió en la cocina, donde los encontró a todos envueltos en un ambiente cargado de confort (creado por ella), se sentó y les expuso la situación.

Hubo un estallido de risas, a causa de toda la comida y la charla y la sensación de bienestar y compañerismo. Se revolcaron literalmente de risa. Pero sus carcajadas tenían algo de teatral que a Alice no le gustó demasiado.

Por fin se hizo un silencio y Pat dijo:

—Alice, ¿intentas decirnos que si no les dejamos instalarse aquí no obtendremos esta casa?

Alice no respondió de inmediato. Por fin dijo:

—No haría nada vengativo a propósito, de eso estoy segura. Pero si estuviera a punto de venir a vivir aquí, mediría sus palabras. Es natural y humano —concluyó en tono apocado, con una frase tópica a todas luces absolutamente fuera de lugar.

—¿Qué podría decir que pudiera cambiar tanto las cosas? —insistió Pat.

—Si dijera: Son una banda de rojos, a Bob Hood no le costaría mucho encontrar algún motivo para echarnos. A ella

no le importa, porque también lo es.

—¿Esa chica es una revolucionaria? —preguntó riendo Bert.

—Es trotskista. En cierto modo. O lo ha sido.

—Entonces, ¿cómo pueden venir a vivir aquí, Alice? —replicó, con firmeza pero amablemente, Bert.

—No creo que sea gran cosa en particular, en estos momentos. Desde el punto de vista ideológico. Y además —insistió valerosamente Alice, a sabiendas del precio que en el pasado había tenido que pagar por ese argumento, que le había valido todo tipo de acusaciones—, ¿acaso no lo somos también nosotros en cierto sentido? Después de todo, ¡no negamos la existencia de Trotsky! ¿Acaso no reconocemos plenamente sus méritos? Decimos que el verdadero dirigente del movimiento obrero fue Lenin y que después los camaradas de allí siguieron una línea equivocada con Stalin. Si decir que Trotsky era un buen camarada que equivocó el camino lo convierte a uno en trotskista, entonces no comprendo por qué no lo somos nosotros. Además, no recuerdo que hayamos llegado a definir nuestra línea respecto a Trotsky. No en la UCC, por lo menos.

—Oh, Alice —declaró Jasper con la rotundidad de quien se sabe superior—, la ideología no es precisamente tu fuerte.

—Bueno —intervino Pat después de intercambiar unas eficientes miradas con Bert—, yo al menos no creo que este sea el momento de definir nuestra postura respecto al camarada Trotsky. Hay algo de cierto en lo que dice Alice. Pero eso no es lo que importa ahora. Lo que yo veo es que ese asunto de tener una casa limpia y agradable y un techo sobre nuestras cabezas está empezando a definir lo que somos. Eso es ahora lo que hacemos.

—Han sido cuatro días —dijo Alice pidiendo justicia—, cuatro días.

—Sí, pero ahora parece que tendremos que aceptar a otras dos personas aquí, solo para conservar la casa.

—¿Por qué no los invitamos a afiliarse a la UCC? —dijo Jim —. Yo lo voy a hacer.

—Bueno, ¿por qué no?—dijo Bert tras una considerable pausa.

Alice le vio intercambiar una larga mirada pensativa con Jasper. Sabía que estaban pensando que también deberían ir a consultar con alguien —¿con quién?— en la casa vecina. Para pedirle consejo, o instrucciones.

—Tenemos que tomar una decisión esta noche —dijo—. La reunión está fijada para mañana. —Y ahora sí había adoptado «su expresión». Su voz así se lo indicó, y también a los demás, que se volvieron a mirar su cara hinchada y sufriente.

Bert y Jasper continuaban mirándose con ojos abstraídos. En realidad, estaban pasando revista mentalmente a las palabras de alguien de la casa vecina, y se preguntaban cómo debían aplicarlas a esa situación.

Bert dijo:

—No veo por qué no podríamos invitarlos a afiliarse. Siempre estamos diciendo que queremos reclutar más gente. Me parece que estos dos podrían estar maduros. Con un poco de instrucción política... —Y con estas palabras, él y Jasper se levantaron al unísono y salieron.

—Volvemos enseguida —comentó Jasper al pasar.

—Y yo me marcho —dijo Pat—. Voy a visitar a alguien.

—Pero ¿no quieres conocer a Mary y Reggie?

Pat se encogió de hombros, sonrió y salió. Alice recordó —como sin duda era la intención de Pat— que a la otra en realidad le daba igual, que pensaba marcharse de todos modos.

En la cocina quedaron Alice, Jim y Philip.

Pronto llegó Mary, con un hombre de quien Alice pensó, nada más verlo, ¡Pero, claro!, con lo cual quería decir que él y Mary formaban una pareja perfecta. No en cuanto al físico, pues era un hombre alto y huesudo, con la piel muy blanca,

pequeños ojos negros bajo unas densas cejas negras y una espesa cabellera de pelo negro muy fino. No tardaría en quedarse calvo. En lo que se parecía a Mary era en su aire de comedimiento, de sentido común regulado por la actitud debida. Esto es, debida en su medio, entre sus semejantes, en la sociedad. Alice tenía ante sí, y así lo comprendió, la imagen de la respetabilidad. No era que no valorase ese tipo de sentido común; pero no sería el más apropiado allí, en esa casa. Con un sentimiento de infinita tolerancia, reconocía que otras personas podían necesitar de esos apoyos y muletas. Cielo santo, se dijo, los dos nacieron para ser dos agradables pequeños burgueses en una bonita casita. Pronto empezarán a preocuparse por sus pensiones.

Al verlos así juntos, Alice tuvo la impresión de que simplemente había un error. Esos dos no deberían estar allí. A solas con Mary, la muchacha le gustaba. Vista al lado de su compañero Reggie, Alice sentía un distanciamiento, con atisbos de una fuerte hostilidad.

—Sentaos —los invitó con una sonrisa. Y puso la olla al fuego y conectó la electricidad. Lástima, una cocina de gas habría resultado mucho más útil. Bueno, ya encontrarían alguna en un contenedor o incluso podrían conseguir una de segunda mano por unas diez libras.

Se volvió y vio que Reggie estaba examinando a Jim. Con un poquitín de suerte, pensó, tendrá prejuicios de color y no querrá quedarse. Pero no hubo suerte, Jim parecía gustarle. O si no le gustaban los negros, nada en su actitud lo indicó. Claro que con esta gente, con la maldita clase media, se dijo Alice, es imposible descubrir nada a través de su actitud; buenos modales y nada más. Pero no, era sincero, Alice estaba prácticamente segura; el lenguaje del cuerpo —un conocimiento que Alice dominaba instintivamente mucho antes de que recibiera ese nombre— le indicó que Reggie era una

persona como es debido, en cuanto al color de la piel cuando menos. Se quedó escuchando la charla de los demás, fácil y desenvuelta, Reggie con Jim, Mary con Philip. Preparó tazas de café y les ofreció un plato de bizcocho.

Una charla intrascendente. Cómo ella, Alice, había llegado a un arreglo con la compañía eléctrica, y haría lo mismo con la del gas. Evidentemente también tendrían que hablar con la compañía de aguas. Alice no dijo que la compañía de aguas tardaría meses en seguirles la pista y que no tenía intención de hacer nada capaz de atraer su atención. Esos dos eran personas que pagaban sus facturas y llevaban ordenadamente sus cuentas. En señal de advertencia, les dijo:

—He vivido en muchas casas ocupadas y no hay más remedio que aceptarlo, hay personas que no colaboran. Simplemente se resisten.

Al oír esto, Jim replicó ofendido:

—Hasta que tú viniste aquí no había facturas que pagar.

Y ella respondió:

—No, no hablaba de ti, hablaba de la situación en general. Estos dos no pueden mudarse aquí pensando que todo funcionará como un reloj.

—Pero con tantas personas y sin pagar alquiler, de todos modos resultará más barato que cualquier otra casa que podamos conseguir —dijo Mary.

—Exactamente —dijo Reggie. Y fue directo al grano—: Háblanos de la UCC. Nunca habíamos oído hablar de ella, ¿sabes? Mary y yo lo hemos estado comentando en el pub. No nos suena en absoluto a ninguno de los dos.

—Bueno, en realidad no es un partido demasiado grande —dijo Alice—. Pero está creciendo. Cuando empezamos, en ningún momento tuvimos la intención de que llegara a ser un partido de masas; no queremos que lo sea. Los partidos de masas pierden el contacto con el pueblo.

—Sí, es muy cierto —dijo Reggie, pero lo dijo con cautela, como si también hubiera podido decir otras cosas, y Alice pensó: Ahora él y Mary se mirarán... No lo hicieron, pero solo merced a un esfuerzo tan visible que Alice pensó con desdén: La gente es sorprendente. Intercambian miradas como si nadie pudiera verlos y no se dan cuenta de que se delatan... cualquiera puede leer los pensamientos de los demás.

Reggie:

—¿La UCC... Unión del Centro Comunista?

—Centro porque queríamos dejar claro que no somos desviacionistas de izquierdas ni revisionistas.

—¿Unión... de dos partidos, de dos grupos?

—No, unión de puntos de vista, ¿comprendes? Nada de discusiones por cuestiones de detalle. No queríamos que ocurriera nada de eso.

—¿Y vosotros fundasteis la UCC?

—Yo fui una de las fundadoras. Y Jasper Willis. ¿Habéis oído hablar de él? —Cuando Reggie y Mary negaron con la cabeza, Alice pensó: Pero ya oiréis cosas de él—. Y varios más. Fue en Birmingham. Tenemos una sección local allí. Y un camarada nos escribió la semana pasada para comunicarnos que había fundado otra en Liverpool. Tiene cuatro nuevos afiliados. Y hay otra aquí, en Londres.

Al oír esto, Mary y Reggie por fin no pudieron impedir que se cruzaran unas miradas. Alice sintió una oleada de auténtico desdén, casi de odio.

—Todos los partidos políticos tienen que empezar alguna vez, ¿no? —dijo—. Y empiezan con solo unos pocos afiliados. Nosotros solo hace un año que existimos y tenemos treinta afiliados aquí en Londres. Contando a los camaradas de esta casa. —Resistió la tentación de añadir: Y naturalmente hay otros en la casa de al lado.

—¿Y vuestra línea política? —preguntó Reggie, siempre con

la misma actitud cautelosa, indicativa de que alguien no está dispuesto a permitir que se inicie un verdadero debate porque quiere mantener reservada su opinión.

¡Muy bien!, volvió a decirse Alice, esperad un poco y ya oiréis hablar de la UCC. Además, os afiliaréis de todos modos porque queréis vivir aquí. ¡Oportunistas! Al mismo tiempo que pensaba: Ya os educaremos. La materia bruta es materia bruta. Lo importante es lo que seréis dentro de un año. Si para entonces no habéis ahorrado lo suficiente para marcharos antes. Bueno, al menos vosotros dos no tendréis ninguna prisa por ver desaparecer esta casa.

—Tenemos una declaración de principios políticos —dijo—. Os daré una copia. Pero el mes que viene celebraremos un congreso como es debido y perfilaremos los detalles.

Pero notó que los otros no la escuchaban. Estaban preguntándose cuán rápidamente podrían mudarse.

Preguntaron si podían traer algunos muebles y ofrecieron ollas y sartenes y una tetera eléctrica.

—Las aceptaremos con mucho gusto —dijo Alice, y continuaron charlando en esa línea hasta que Jasper y Bert regresaron de la casa vecina, y Alice comprendió que no había inconveniente en que esos dos se quedaran. Al menos no por ese lado, fuera cual fuese. Pero con Roberta y Faye sería otra cosa.

Reggie permaneció callado, recostado en su silla, mientras examinaba a Jasper y luego a Bert. Alice advirtió que Bert le inspiraba simpatía. Bueno, estaban cortados por el mismo patrón. Jasper no le gustó demasiado. Oh, Alice conocía esa expresión de la gente cuando veían por primera vez a Jasper. Recordó que también ella al conocerlo, tantos años atrás, había sentido un instintivo reparo o un cierto temor. Y ahora comprendía cuán equivocada estaba.

Mary y Reggie se marcharon a las once; temían perder el

último metro de regreso a Muswell Hill y a Fulham donde vivían respectivamente, tan lejos uno de otro.

Philip dijo que estaba cansado y se fue a acostar.

Jim se fue a su habitación y oyeron sonar quedamente la música de su tocadiscos con el acompañamiento de sus tambores más suaves.

—¿Qué se ha hecho de Faye y Roberta? —preguntó Alice, y Bert respondió:

—Hay una comuna de mujeres en Paddington, van mucho por allí.

—¿Por qué no se mudan allí?

—Les gusta estar aquí —dijo Bert con una mueca que decía: No hagas preguntas y...

Bert subió a acostarse. Jasper y Alice se quedaron solos en la cocina.

—De acuerdo —dijo Jasper—. Te lo contaré, dame tiempo.

Subieron a su habitación —Jasper no le había dicho que se fuera a otro cuarto ni que pensara hacerlo él— y Alice se deslizó dentro de su saco de dormir como un perro se escabulle, desviando la mirada, hasta su rincón favorito, con la esperanza de que nadie se fije en él.

Desde allí se oían los movimientos de Bert en la habitación contigua. Jasper dijo:

—Bert y Pat se van a pasar el fin de semana fuera. —Daba pena escuchar el tono de su voz.

—Solo el fin de semana —dijo Alice para consolarlo por la pérdida de Bert. Por su parte, la tristeza de su corazón le decía cuánto echaría de menos a Pat, aunque solo fuera durante el fin de semana—. ¿Adónde van?

—No me lo han dicho y no se lo he preguntado.

Se tumbaron amistosamente junto a la pared, con los pies a escasa distancia unos de otros. Todavía no habían encontrado cortinas para ese cuarto y las luces del tráfico seguían

correteando por el techo y toda la casa retumbaba quedamente al paso de los pesados camiones que se dirigían rumbo al norte, todo lo cual le proporcionaba a Alice un consolador sentimiento de familiaridad, como si llevaran meses, y no días, viviendo allí; le parecía haber vivido durante toda su vida en casas que se estremecían al paso del intenso tránsito.

—¿Te gustaría ir a los piquetes mañana?

—La verdad es que tengo que quedarme aquí —se lamentó Alice.

—Bueno, el sábado por la noche podríamos salir a hacer unas cuantas pintadas.

Alice controló su voz para impedir que traicionara la alegría, la gratitud, que la inundó.

—Me gustaría mucho, Jasper.

—Sí. Consigue unos cuantos sprays.

—Y se volvió contra la pared. No le contaría nada sobre la casa vecina esa noche. Pero al día siguiente, al día siguiente por la noche... tal vez sabría algo. Y el sábado...

Se despertó al mismo tiempo que Jasper, a las siete, pero se quedó acostada mirándolo con los ojos casi cerrados. Su cuerpo enjuto rebosaba de expectante energía. Todo él, desde su pelo color jengibre (que ella consideraba en privado color de canela) hasta sus pies, pequeños y diestros, que Alice adoraba por su blancura y finura, rebosaba vitalidad. Pareció meterse bailando en sus ropas y su cara pálida tenía una expresión dulce e inocente cuando se detuvo un instante ante la ventana para comprobar si el tiempo sería favorable para la jornada de piquetes. De él emanaba un aire de exaltado ensueño cuando pasó junto a la aparentemente dormida Alice, camino de la puerta, sin mirarla.

Alice se relajó, se puso boca arriba y escuchó. Jasper llamó a

la puerta de al lado y Alice oyó la respuesta reticente de Bert y el rápido «Ahora mismo, ya estamos despiertos» de Pat. Después un golpe en la puerta de Roberta y de Faye. ¿Philip? Oh, no, Philip no, ¡lo necesitaba en casa! Pero no se escuchó ninguna llamada más y entonces Alice comenzó a preocuparse: Espero que Philip no se sienta excluido, menospreciado. Una llamada en la puerta de la habitación situada justo debajo de la suya; Jim ocupaba la gran habitación, aunque en realidad se trataba de una sala de estar y tal vez deberían utilizarla como tal... No, no sería justo. Un grito sobresaltado de Jim; pero Alice no pudo determinar si se alegraba de que lo despertaran o no.

Los sonidos de la casa que volvía a la vida. Si quería podría bajar y sentarse con el animado grupo y despedirlos con una sonrisa, pero tenía la boca seca y le escocían los ojos. Por algún motivo —¿un sueño quizá?—, tenía ganas de llorar, de dormirse otra vez. De abandonarlo todo. Desconfiaba de ese sentimiento, puesto que la acompañaba desde que tenía memoria; el sentimiento de exclusión, de marginación. De que no la querían. Y era absurdo, porque no tenía más que decir que ella también los acompañaría. Pero cómo podía hacerlo cuando su destino, el destino de todos ellos, quedaría decidido esa mañana en el Ayuntamiento y no era en modo alguno seguro que la casa fuera suya. Cuando Mary se había despedido diciendo: «Haré lo que pueda», no quería decir más que eso. Alice revivió mentalmente la figura de Bob Hood y, mirando fijamente al joven correcto y juicioso, le ordenó actuar como ella quería. «Expón nuestro caso —le dijo—. Haz que nos la concedan. Es nuestra casa.» Insistió durante unos instantes, mientras escuchaba el ajetreo de los demás en la cocina. Pero casi en el acto ya habían salido. Tomarían el desayuno en un café. Era absurdo, se enfureció Alice, ¡tanto dinero despilfarrado! Tendrían que aprender a comer en casa. Se lo

diría, tendría unas palabras con ellos.

Oh, qué triste y deprimida se sentía.

Por algún motivo se acordó de su hermano Humphrey y la habitual rabia incrédula se apoderó de ella. ¿Cómo podía conformarse con seguirles la corriente? Un agradable trabajito seguro... ¡controlador aéreo, era increíble que alguien optara libremente por pasarse toda la vida haciendo eso! Y su madre dijo que había escrito para anunciar el nacimiento de un hijo. El primero, había dicho. De pronto, Alice pensó: Lo cual significa que ahora soy tía. No había caído en la cuenta de ello hasta entonces. Su rabia se desvaneció y se dijo: Bueno, tal vez vaya a ver al bebé. Se quedó acostada un rato con una sonrisa, en una casa en silencio, aunque envuelta en el murmullo del tránsito. Luego, con un esfuerzo consciente, con una expresión de determinación en la cara, se deslizó fuera del saco de dormir, se enfundó los tejanos y bajó a la planta baja. Sobre la mesa de la cocina encontró cinco tazas por lavar; se habían quedado a tomar café, lo cual significaba que no habían ido a un café; comerían otra vez algo en el tren; no, no pienses en ello. Lavó las tazas mientras iba pensando: Tengo que organizar alguna forma de tener agua caliente; antes salía del grifo, pero naturalmente los obreros del Ayuntamiento robaron el calentador. No tenemos dinero para comprar uno nuevo. ¿Y uno de segunda mano? Philip sabrá dónde y cómo encontrarlo... Hoy arreglará las ventanas, si consigo cristales. Dijo que necesitaría otra mañana para terminar con el tejado. Siete ventanas... ¡lo que costarán esos cristales!

Sacó el dinero que le quedaba: menos de cien libras. Y todavía con todo por comprar, por pagar... Jasper había dicho que le cobraría el paro, pero naturalmente no podía quejarse, había trabajado realmente duro el día anterior para conseguir todas esas cosas interesantes de los contenedores. Entonces descubrió sobre el antepecho de la ventana un sobre con su

nombre «Alice» escrito a mano y debajo: «¡Que lo pases bien!». Y más abajo: «Te quiero, Jasper». Dentro estaba su dinero. Se apresuró a contarlo; no era raro que él se quedara la mitad diciendo: «Tenemos que sacrificarnos por nuestro futuro». Pero había cuatro billetes de diez libras.

Alice se sentó junto a la mesa, enternecida de amor y gratitud. Él la quería. De verdad. Y tenía esos maravillosos gestos tan cariñosos.

Relajada, permaneció sentada a la cabecera de la gran mesa de madera. Si quisieran venderla, podrían obtener cincuenta libras o más por ella. La cocina era alargada y no demasiado ancha. La mesa estaba situada junto a una ventana con un ancho antepecho. Desde la mesa, Alice divisaba el árbol, el sitio donde ella y Jim habían enterrado la mierda, convertido ahora en una saludable franja de tierra oscura, y la verja detrás de la cual se alzaba la casa de Joan Robbins. Era una alta verja de madera y por encima asomaban algunos arbustos en flor. Una mancha amarilla de forsitias. Pájaros. El gato avanzó reptando a lo largo de la verja y abrió la boca en un mudo maullido mirándola. Alice abrió la ventana, reluciente bajo el sol, y el gato saltó al alféizar, bebió un poco de leche, se comió unos restos y se quedó sentado allí un rato, con sus ojos experimentados fijos en Alice. Después comenzó a lamerse.

Estaba en un lamentable estado y habría que llevarlo al veterinario.

Tantas cosas por hacer. Alice sabía que no haría ninguna de ellas hasta recibir noticias de Mary. Se quedaría allí sentada, sola, sin hacer nada. Era gracioso, la describían como desempleada, nunca había tenido un empleo, y siempre estaba atareada. Quedarse allí sentada tranquilamente, dedicada solo a pensar, era todo un lujo. Resultaba agradable... estar a solas. Un sentimiento de culpa amenazó con invadir este pensamiento: eso era una deslealtad hacia sus amigos. No

quería ser como su madre que era una egoísta. Solía protestar y dar la lata para poder quedarse sola una tarde; los niños tenían que aguantarse. Privacidad, intimidad. Daban tanta importancia a eso; cuando el 99 por ciento de la población mundial ni sabía qué significaban esas palabras, suponiendo que las hubieran oído alguna vez. No, era mejor así, más sano, un grupo de camaradas. Que compartían las cosas. Pero ante ese pensamiento empezó a sentir el mordisqueo de una preocupación y se dijo: Por eso estoy tan trastornada esta mañana. Mary, Reggie. Simplemente no son como nosotros. Nunca se abandonarán de verdad hasta confundirse con los demás, seguirán siendo una pareja. Tendrán sus opiniones privadas sobre todos los demás. Aunque naturalmente eso también sucedía con Roberta y Faye; formaban una pareja, habían dejado claro que tenían sus propias actitudes y opiniones. No les gustaba lo que estaba ocurriendo en esos momentos con la casa. ¿Y Bert y Pat? No, ellos no tenían su pequeña opinión privada enfrentada a las de los demás; pero Pat solo estaba allí porque le gustaba de verdad que se la follaran (¡esa es la palabra!). ¿Y Jim? ¿Y Philip? ¿Y ella y Jasper? Puestos a hilar fino, ella y Jasper eran los únicos auténticos revolucionarios de la casa. Anonadada ante esta idea, sin embargo procedió a analizarla. ¿Y Bert? Jasper lo aprobaba. Los vínculos que Jasper establecía con otros hombres que hacían el papel de hermanos mayores no tenían nada que ver con sus posturas políticas, sino que dependían del carácter de aquellos; todos eran siempre del mismo tipo, de carácter fácil. Amables. Eso era. Bert era una buena persona. Pero ¿era un revolucionario? Sería injusto decir que Faye y Roberta no son verdaderas revolucionarias solo porque no me gustan, pensó Alice... ¿Adónde la llevarían esos pensamientos? ¿De qué le servían? El grupo, su familia, aparecía desmenuzado, disminuido, criticado hasta la aniquilación. Alice continuó allí

sola y hasta llegó a decirse: Bueno, si no conseguimos esta casa, nos iremos al *squat* de Brixton.

Un sonido en el piso de arriba, directamente encima de su cabeza. Faye y Roberta; no se habían ido con los demás. Alice las oyó despertarse y levantarse: remover de cuerpos y el rasguido de los sacos de dormir sobre las maderas desnudas del suelo; una risa, una risita de verdad. Silencio. Luego unos pasos y entraron en la cocina.

Alice se levantó a poner el cazo a calentar y se sentó. Las dos despedían un olor dulzón; sudoroso y femenino. No se lavarían con agua fría, ¡esas dos no!

Con una sonrisa para Alice, las dos mujeres se sentaron juntas, de espaldas a los fogones, en un lugar desde donde podían mirar por la ventana y ver el sol de la mañana.

Consciente de que tendría que hacerlo, Alice se forzó a contarles lo ocurrido la noche anterior con Mary y Reggie. No lo suavizó en absoluto. Las otras dos permanecieron sentadas una junto a otra, esperando su café, sin mirarse, cosa que Alice agradeció. Vio aparecer en sus rostros la ironía que escuchaba en su propia voz.

—¿De modo que la UCC tiene dos nuevos reclutas? —dijo Roberta, y soltó una carcajada.

—Son buenas personas —protestó Alice en tono reprobatorio. Pero también ella se rió.

Faye no rió, pero unos pequeños dientes blancos se apoyaron sobre el rosado labio inferior, sus brillantes cejas castañas se arrugaron y toda su persona anunció su desaprobación. Roberta dejó de reír.

Ep, se dijo Alice, no es la primera vez que veo esto: cualquiera diría que la más fuerte es Roberta; tiene una pinta tan hombrunamente maternal, parece una gallina con un solo polluelo, pero no, la que lleva la voz cantante es Faye, a pesar de todas sus bonitas argucias solapadas. Y observó atentamente

y con respeto a Faye, que se disponía a pronunciarse. Y Roberta también aguardó sus palabras.

—Mira, Alice, ahora vas a escucharme y presta atención, porque voy a soltarte mi discurso... —Y Alice comprendió que le resultaba difícil imponerse, que por eso empleaba tantas triquiñuelas y poses, melindres y titubeos y breves miradas recelosas y pequeñas sonrisitas dirigidas a Roberta y a sí misma, pero que por debajo era de hierro, era imponente—. De una vez por todas, que quede claro que no me interesa toda esta felicidad doméstica, todo el cuento de la casita y el jardín... —Llegada a este punto, hizo una pausa de cortesía para que primero Roberta y luego Alice (al ver que Roberta lo hacía) pudieran reír—. Bueno, para mí todo eso resulta bastante clasista —continuó Faye—; esta casa me habría parecido un palacio en otro tiempo. He vivido en al menos mil casas ocupadas, cuchitriles, pocilgas, rincones, habitaciones, tugurios y residencias, y este es el mejor sitio en el que he estado hasta ahora. Y me da igual. —Y apuntó malhumorada, burlonamente, con el dedo a Alice.

Roberta tenía la mirada fija en el rostro de su amante, exactamente igual que una hermana mayor; ¿no irá demasiado lejos? Demasiado lejos, Alice comprendió, con esa exhibición, los gestos, los medios que le permitían recitar su discurso. Roberta no quería que Alice la tomara por una chica frívola o tonta. Bueno, desde luego no lo hacía.

—En cualquier momento vamos a tener agua caliente del grifo y cristales dobles, no me extrañaría nada. Y a mí todo eso me importa una mierda, ¿me oyes? ¡Una mierda!

Alice se levantó, vertió el agua hirviendo en los tres tazones que ya contenían café en polvo, llevó los tazones a la mesa, le acercó la botella de la leche y el azúcar a Faye. Lo hizo un poco como para probar algo y cuando Faye alargó la mano para coger el café, que se disponía a beber solo y amargo, Alice

advirtió que lo había notado y que incluso había apreciado el gesto, a juzgar por su rápida sonrisita astuta. Pero estaba decidida a mantenerse firme en sus trece. También había abandonado su personalidad de cockney y la voz que la acompañaba. Siguió hablando en el inglés estándar de la BBC:

—Esas cosas no me interesan, Alice. ¿No te das cuenta? Si quieres servirme, allá tú. Y si no quieres, no lo hagas. A mí me da lo mismo lo uno que lo otro.

Roberta se apresuró a explicar, protectora:

—Faye ha tenido una vida espantosa, una vida terrible, horrible... —Y se le quebró la voz, y volvió la cara.

—Sí, es verdad —dijo Faye—, pero no le des tanta importancia. Yo no se la doy. —Roberta sacudió la cabeza, sin poder hablar, y apoyó tímidamente una mano en el brazo de Faye, preparada para recibir una muestra de rechazo. Faye dijo —: Si quieres contarle a Alice mi horrible niñez, cuéntasela, pero cuando yo no esté delante.

Bebió a grandes sorbos el café amargo, hizo una mueca, alargó la mano para coger una galleta, cogió un bocado con un limpio, afilado mordisco y lo masticó como si fuera una dosis de medicina. Otro trago de cafeína. Roberta mantenía apartada la cara. Alice comprendió que estaba infinitamente apenada por algo; si no por el pasado de Faye, entonces por su presente; su mano, que Faye ignoró, se había desprendido del brazo de Faye para arrastrarse otra vez hasta su propio regazo, donde permaneció abandonada, lastimeramente temblorosa, y su cabeza gacha con su mata de negros rizos con hebras de plata le recordó a Alice la de un perro humilde y cariñoso. Roberta irradiaba amor y anhelo. En ese momento, al menos, Faye no necesitaba a Roberta, pero Roberta se moría de tanto como necesitaba a Faye.

Probablemente, Faye tiene momentos en que quisiera librarse de Roberta, en que todo le resulta demasiado... sí, eso es.

Bueno, ¡apuesto a que Roberta nunca desea librarse de Faye! Oh, cielos, todas estas cuestiones personales que continuamente están interfiriéndose en todo. Bueno, al menos Jasper y yo lo tenemos todo muy claro.

Faye seguía hablando. Dios mío, cómo habla, podría conseguir un empleo en la BBC, pensó Alice. ¿Dónde habrá aprendido a hacerlo tan bien? ¿Y con qué fin?

—He conocido otras personas como tú, Alice. En el curso de mi larga carrera. Sois incapaces de dejar que las cosas sigan su curso. Siempre estáis ocupándoos de todo y haciendo que las cosas funcionen. Os aterráis en cuanto veis un poquitín de polvo en un rincón. —Al oír esto, Roberta soltó una risa ronca y Alice sonrió decorosamente, estaba pensando en todos esos cubos—. Oh, reíd. Reíd cuanto queráis. —Pareció que podría haber terminado ahí, pues tuvo una vacilación y la bonita cockney estuvo a punto de apoderarse otra vez de ella, con una pizpireta sonrisa coquetona. Pero Faye se desembarazó de ella y se puso muy tensa en su asiento, en fría, feroz soledad, autosuficiente, ante lo cual la mano solícita e implorante de Roberta volvió a caer—. Solo una cosa me importa, Alice. Y tú escúchame, Roberta, que continuamente te olvidas de quién soy, de lo que soy, de cómo soy de verdad. Quiero acabar con este cochino asqueroso embustero cruel hipócrita sistema de mierda. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes, Roberta?

No estaba en absoluto bonita ni atractiva en ese momento, sino pálida y furiosa, y tenía la boca apretada y la mirada dura, y esto —su aspecto en aquel momento— despojó de sentimentalismo las palabras que pronunció a continuación.

—Quiero acabar con todo esto para que los niños no sufran como sufrí yo.

Roberta permaneció allí aislada, repudiada, sin poder hablar.

Alice dijo:

—Pero, Faye, ¿crees que yo no soy revolucionaria? Estoy de

acuerdo con cada una de tus palabras.

—Yo no sé nada de ti, camarada Alice. Excepto que eres una maravilla llevando la casa. Y con la policía. Eso me gusta. Pero antes de que tú llegaras habíamos tomado una decisión, una decisión colectiva. Decidimos que trabajaríamos con el IRA. ¿Lo has olvidado?

Alice se quedó callada. Mientras pensaba: Pero Jasper y Bert seguro que lo han estado consultando todo con los vecinos.

—Tenía entendido que un camarada del cuarenta y cinco indicó que... —dijo con cautela.

—¿Qué camarada? —preguntó Roberta volviendo nuevamente a la vida—. Nosotras no sabemos nada de eso.

—Oh —dijo Alice—. Creí que...

—Es pura bazofia de aficionados —dijo Faye—. De pronto una autoridad desconocida en la casa de al lado dice esto y lo otro.

—No había caído en la cuenta —dijo Alice. No podía decir nada. Mientras tanto iba pensando: ¿Ha sido Bert quien ha inducido a Jasper a...? ¿Ha sido Jasper quien...? No recuerdo que Jasper haya hecho nunca nada parecido...

Al cabo de un rato, en el que ninguna dijo nada y cada cual permaneció sentada por su lado, absorta en sus pensamientos, Alice dijo:

—Bueno, estoy de acuerdo. Ya es hora de que nos reunamos todos y lo discutamos. Como es debido.

—¿Incluidos los dos nuevos camaradas? —preguntó con resentimiento Faye.

—No, no, solo nosotros. Solo tú y Roberta y Bert y Jasper y Pat y yo.

—Sin Philip y sin Jim —dijo Roberta.

—Entonces los seis podríamos ir a un café o a alguna parte para discutirlo —dijo Alice.

—Bien dicho —dijo Faye. No podemos celebrar una reunión

aquí; hay demasiados elementos foráneos.

—Bueno, tal vez podamos pedir prestado un cuarto en el cuarenta y cinco —sugirió Alice.

—Y podríamos salir y hacer un picnic encantador en el parque, ¿por qué no? —replicó violentamente Faye.

—¿Por qué no? —se rió Roberta. Se notaba que estaba recuperando su ascendente, mantenía una postura firme y confiada en su silla, y le dirigía miraditas a Faye que no tardarían en ser correspondidas.

Otro silencio, amistoso, sin rencores.

—Tengo que haceros esta pregunta —dijo Alice—, es preciso plantearlo. ¿Vosotras dos estáis dispuestas a aportar algo para los gastos?

Como esperaba, Faye se rió. Pero Roberta, en un gesto de reprobación hacia Faye que se lo dijo todo a Alice sobre las discusiones mantenidas en torno a ese mismo tema, se apresuró a decir:

—Pagaremos la comida y otras cosas por el estilo. Ya nos dirás por cuánto sale.

—Muy barato, siendo tantos.

—Sí —dijo Faye-—. Me parece justo. Pero podéis excluirme de toda la vida amena. Roberta que haga lo que quiera. —Y se levantó, les sonrió amablemente a las dos, y salió. Roberta hizo un ademán instintivo de seguirla, pero se contuvo.

—Yo colaboraré, Alice —dijo—. No soy como Faye... no soy indiferente a lo que me rodea. Ella realmente lo es, ¿sabes? —dijo apremiantemente con una sonrisa, intentando hacerle comprender a Alice la diferencia, la singularidad, la valía de Faye.

—Sí, lo sé.

Roberta le dio dos billetes de diez libras, que Alice aceptó sin ninguna expresión en el rostro, segura de que eso sería todo, y le dio las gracias a Roberta, que dejó pasar un rato impaciente

y luego, incapaz de soportarlo más, se levantó y salió en busca de Faye.

Todavía no eran las diez. Mary había dicho que la llamara a la una. Persuadida por los aromas que habían dejado Faye y Roberta en el aire de la cocina, Alice subió al cuarto de baño y se forzó a meterse en una bañera de agua fría, donde permaneció en cuclillas, incapaz de hundir el trasero en ella, y así se restregó y se enjabonó. Con la piel encendida se vistió con ropas limpias, hizo un hatillo con las que se había quitado y las ropas de Jasper que necesitaban un lavado —cosa que determinó olfateándolas— y se disponía a salir rumbo a la lavandería automática cuando vio a la vieja sentada debajo del árbol en el jardín vecino, toda afilados miembros prominentes, como un montón de palos desordenadamente enfundados en una falda y un suéter. La vieja gesticulaba desesperadamente en dirección a Alice, que salió a la calle para cruzar de inmediato la pulcra puerta blanca de la verja, con una sonrisa. Ojalá la estuvieran observando los vecinos.

—Ha salido y me ha dejado —dijo la vieja, mientras forcejeaba para incorporarse de la postura en que se había desplomado—. No les importo, ninguno de ellos se preocupa por mí.

Mientras continuaba despotricando con voz ronca e indignada contra las maldades de Joan Robbins, Alice incorporó diestramente a la pobre vieja, diciéndose que no pesaba más que su hatillo de ropa sucia, y la acomodó en una posición decorosa para tomar el aire.

La escuchó con una sonrisa hasta que se hartó y se agachó para gritar en un oído posiblemente sordo:

—Pero es muy amable por su parte bajarla aquí al jardín; no está obligada a hacerlo, ¿no cree? —Luego, mientras el anciano rostro parecía debatirse a punto de estallar en una erupción de imprecaciones, añadió—: No se preocupe, le traeré una buena

taza de café.

—Té, té —insistió la vieja.

—Tendrá que ser café. No tenemos tetera. Ahora quédese aquí sentadita y espere.

Alice volvió a la casa, preparó un café dulce y se lo llevó a la anciana.

—¿Cómo se llama?

—Señora Jackson, Jackson, ese es mi nombre.

—Yo me llamo Alice y vivo en el cuarenta y tres.

—Ha echado de allí a todos esos cochinos, bravo por usted —dijo la señora Jackson, que ya había empezado a escurrirse otra vez en su silla, como una vieja muñeca borracha, con el tazón ladeado en la mano.

—Volveré dentro de un momento —dijo Alice, y salió corriendo.

Se entretuvo tres cuartos de hora en la lavandería. Recogió el tazón de la señora Jackson y luego se quedó escuchando a Joan Robbins, que salió de la cocina para decirle que no debía creer lo que le dijera la vieja, que desvariaba; no había ninguna razón en el mundo que la obligara a ella, Joan Robbins, a hacer nada por la mujer y mucho menos a ayudarla a bajar las escaleras hasta el jardín y a volverlas a subir, y a prepararle tazas de café y... las quejas continuaron mientras la señora Jackson gesticulaba para indicarles que su versión era la correcta. Varias personas presenciaron esta escena desde los jardines y las ventanas y Alice les dejó gozar plenamente de ella.

Saludando con la mano, volvió a entrar en su propia casa.

Eran las once y una frágil aparición se asomó tambaleante a la escalera. Era Philip, que dijo:

—Alice, no me siento bien, no me siento...

Llegó con dificultad hasta ella y le presentó su cara de ángel triste pero cohibido, para que emitiera su diagnóstico y

veredicto, con perfecta confianza en la justicia del mismo. Y ella se lo dio:

—No me extraña, después de trabajar tanto rato en el tejado. Bueno, olvídalo por hoy, y yo que tú procuraría descansar.

—Habría ido con los demás, pero...

—Vete a la sala y relájate. Te llevaré un poco de café.

Alice sabía que esa enfermedad solo requería afecto y cuando tuvo a Philip instalado en un gran sillón, le sirvió un café y se sentó a su lado, diciéndose: No tengo nada mejor que hacer.

Ya sabía que llegado cierto momento tendría que escuchar una retahíla de agravios; el momento había llegado. A Philip le habían prometido trabajos que no le habían dado; lo habían despedido sin previo aviso; no le habían pagado trabajos ya terminados; y todo esto se lo contó en el tono acalorado y ofendido de una persona víctima de una inexplicable, y de hecho malévola, mala suerte, sin mencionar la causa de todo ello: que él era tan frágil como una marioneta; una causa que Alice tenía la certeza de que jamás podría llegar a mencionar.

—Y sabes, Alice, va y me dice: «Sí, tú preséntate aquí el lunes y te daré un trabajo»; ¿y sabes cuál era el trabajo? ¡Quería que cargara grandes cajones de pintura y otras cosas en los camiones! ¡Yo soy constructor y decorador, Alice! Bueno, lo hice, lo hice durante cuatro días y se me cascó la espalda. Estuve dos semanas en el hospital y luego me pasé un mes yendo al fisioterapeuta. Cuando fui a verlo y le dije que me debía los cuatro días dijo que el responsable era yo y... —Alice lo escuchaba y sonreía y su corazón sufría por él. Sentía que a su corazón le habían exigido un gran esfuerzo esa mañana, una pobre víctima tras otra. Bueno, no tenía importancia, llegaría un día en que la vida no sería así; la culpa era del capitalismo, tan duro y doloroso, y tan indiferente ante el sufrimiento de sus víctimas.

A las doce y media, justo cuando empezaba a pensar que ya

podría ir a telefonear desde la cabina, oyó entrar a alguien y se precipitó a cerrarle el paso a la policía, a los del Ayuntamiento... ¿quién sería esa vez?

Era Reggie, que, con una sonrisa, iba depositando cajas en el vestíbulo. Dijo que Mary se había escabullido un momento de la reunión para telefonearle sobre la buena nueva. Y estaría allí a la hora de comer con otro cargamento. A Alice le daba vueltas la cabeza de alivio; después se echó a llorar. Recostada contra la pared, junto a la puerta de la sala de estar, se tapó la boca con ambas manos como si sufriera un gran dolor y de sus ojos fuertemente apretados manaban las lágrimas.

—¿Por qué, Alice? —preguntó Reggie, que se había acercado a escrutar su trágica cara, y Alice tuvo que rechazar las palmaditas amistosas, los golpecitos y un brazo alrededor de sus hombros.

—Es la reacción —murmuró mientras se precipitaba hacia el lavabo para vomitar. Cuando salió, encontró a Philip y a Reggie que la miraban fijamente listos para sonreír y con la esperanza de que ella les permitiría hacerlo.

Y, finalmente, ella sonrió, luego se echó a reír y ya no pudo parar.

Philip se acercó a ayudarla y Reggie, incómodo, se quedó observándolos.

Alice se sentía cohibida: ¿Qué me pasa, estaré enferma también?

Pero Philip ya no se sentía enfermo. Se fue a medir los cristales rotos para comprar otros nuevos y Reggie subió a examinar las habitaciones. Alice se quedó en la cocina.

Allí acudió a su encuentro Mary con una caja de sartenes y ollas, vajilla y una tetera eléctrica. Se sentó en el otro extremo de la mesa. Estaba exultante y encendida. Alice la había oído reírse con Reggie de la misma manera que se reían Faye y Roberta y, a veces, Bert y Pat. Una pareja ante el mundo.

Intimidad.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó enseguida Alice.

—Solo por un año.

Alice sonrió, y al ver la cara de Mary explicó:

—Eso es toda una vida.

—Pero evidentemente pueden conceder una prórroga. Si no deciden derribarla después de todo.

—No la derribarán —afirmó con confianza Alice.

—Oh, no estés tan segura. —Ahora Mary estaba resentida en nombre de su segunda personalidad, el Ayuntamiento.

Alice se encogió de hombros. Aguardó con los ojos fijos en Mary, que, sin embargo, de verdad no parecía saber exactamente por qué la miraba. Por fin Alice dijo:

—Pero ¿qué han decidido en cuanto al pago?

—Oh —dijo despreocupadamente Mary—, una insignificancia. Todavía no han fijado la cantidad exacta, pero no será nada, de verdad. Una suma simbólica.

—Sí —replicó pacientemente Alice—. Pero la forma de pago. ¿Una cantidad global para toda la casa?

—Oh, no —dijo Mary, como si se tratase de una sugerencia inimaginablemente descabellada (tal es el poder de una decisión oficial sobre la mente de una funcionaria)—. Oh, no. La tarifa se ajustará individualmente para cada uno de los habitantes de la casa. ¿Dijiste que ninguno tiene empleo?

—No se trata de eso, Mary —dijo Alice, con la esperanza de que la otra comprendería de qué se trataba. Pero no lo captó. Claro que no; ¿qué experiencia vital podía haberla preparado para ello?

—Bueno, supongo que sería más sencillo si fijaran una cantidad global y cada uno aportara lo que pudiera. Sobre todo teniendo en cuenta que es una suma tan baja. Lo necesario para cubrir la contribución, no más de diez o quince libras a la semana. Pero nosotros no procedemos así. —Volvía a hablar la

funcionaria, en el tono decidido de la persona que sabe que las cosas se hacen de la mejor manera posible.

—¿Estás segura de que realmente no sería posible modificar esa decisión? —preguntó cautelosamente Alice tras una pausa.

—En absoluto —respondió Mary. Y, de hecho, estaba diciendo: No vale la pena perder ni un segundo por un detalle tan insignificante.

Y tan poco importante lo consideraba que empezó a pasearse por la cocina, examinándola con una sonrisita de felicidad, como si estuviera desempaquetando un regalo.

Mientras tanto, Alice intentaba adaptar sus pensamientos a la idea. Faye y Roberta no estarían de acuerdo, se marcharían en el acto. Y también Jim. A Jasper no le gustaría; exigiría que él y Alice se marcharan. Muy bien, de acuerdo, pues se irían todos. ¿Por qué no? ¡Lo había hecho ya a menudo! Había una casa vacía en Stockwell... Jasper y ella habían estado hablando durante meses de instalarse allí. A Faye y a Roberta les convendría, ya que su comuna de mujeres estaba por allí cerca. Solo Dios sabía qué otros sitios, refugios, escondrijos utilizaban. Alice tenía la impresión de que eran varios.

Era una lástima por la casa. Y ante la idea de dejarla, la pena le atenazó la garganta y cerró los ojos, llena de sufrimiento.

—Bueno, no hay nada que hacer —dijo con una voz que sonó fría y tajante, porque tenía agarrotada la garganta—. Lo siento, pero es imposible.

—¿Qué quieres decir? —Mary se había vuelto bruscamente y la miraba, con pose de actriz trágica, con una mano en el cuello —. No sé de qué me estás hablando —preguntó, quisquillosa y amenazadora.

—Bueno, para vosotros no tiene importancia, ¿no? Tú y Reggie podéis quedaros aquí los dos solos. Seguro que no os costará encontrar amigos que quieran venir a vivir con vosotros.

Mary se desplomó en una silla. De ser la muchacha más feliz del mundo había pasado a convertirse en una pobre criatura insignificante, pálida y frágil, una mendigante.

—¡No lo entiendo! ¿Qué importancia tiene? Y Reggie y yo desde luego no nos quedaríamos aquí solos.

—¿Por qué no?

Mary se ruborizó y tartamudeó:

—Bueno, claro... es evidente... ellos no pueden saber que estoy viviendo aquí. Bob Hood y los demás no pueden saber que estoy viviendo en una casa ocupada.

—Oh, entonces no hay solución —dijo Alice distraída, porque ya estaba pensando en los problemas del nuevo traslado.

—No lo entiendo —suplicó Mary—. Dime cuál es el problema.

Alice suspiró y explicó rutinariamente que había razones por las cuales algunos de ellos no querían proclamar su presencia allí.

—¿Por qué? —preguntó Mary—. ¿Son delincuentes? —Se había puesto muy roja y su voz sonó indignada.

Alice comprendió que ya había llegado en otra ocasión a ese punto, con la Tendencia Militante. ¡Los métodos!

—Es una cuestión política, Mary. Política, ¿no te das cuenta? —dijo Alice en tono sarcástico, debido al esfuerzo necesario para conservar la paciencia. Pensó que en el caso de Jim probablemente sería un motivo de tipo criminal, pero lo pasó por alto. Y probablemente también habría algo criminal en el caso de Faye y Roberta, por cierto—. ¿No te das cuenta? La gente cobra el paro en un distrito, pero vive en otra parte. A veces en varios sitios distintos.

—Oh. Oh, ya comprendo.

Mary examinó esa perspectiva: hábiles y peligrosos revolucionarios huyendo de la justicia, clandestinos. Pero

pareció incapaz de hacerse cargo de su significado.

—Bueno —dijo altivamente—, tal vez sea posible modificar la decisión. ¡Y desde luego creo que es una suerte que el Ayuntamiento no esté al corriente de esto!

—Oh, ¿quieres decir que podrías conseguir que cambiasen la decisión? —Alice, aplazada su condena, recuperada la casa, sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Oh, qué bien, entonces no hay problema.

Mary se la quedó mirando. Alice, cohibida por la intensidad de su emoción, le sonrió. Ese era el momento en que Mary, impulsada por su repugnancia hacia cualquier cosa que no se ajustase a esa invisible medida de lo que era correcto, aceptable y decente que compartía con Reggie, podría haberse levantado para marcharse, después de balbucear un par de secas, resentidas disculpas. Para irse a decirle a Bob Hood que el Ayuntamiento había cometido un error, que esa gente del 43... Pero sonrió y dijo:

—Hablaré con Bob y confío en que todo saldrá bien. Entonces, ¿todo el mundo aportará lo que pueda? Les diré que hagan recibos mensuales, no trimestrales. Será más fácil mantenerse al día con los pagos. —Continuó parloteando un rato, para restablecer su imagen y la autoridad del Ayuntamiento, y a continuación comentó que sería preciso hacer algo con el número 45. Se recibían quejas continuamente.

—Iré a hablar con ellos —dijo Alice.

La funcionaria volvió a reaccionar con un:

—No es asunto tuyo, ¿no crees? ¿Por qué habrías de ocuparte de eso? —Y al ver que Alice se encogía de hombros con aparente indiferencia, se apresuró a añadir—: Bueno, tal vez será mejor que lo hagas...

Se fue al piso de arriba, con una expresión tan irritada como la de Alice. Las dos estaban pensando que no sería fácil vivir

con esa combinación de personas en la casa.

Mary no tardó en marcharse con Reggie. Él la dejaría en el trabajo y los dos volverían más tarde con otro cargamento. También traerían algunos muebles si a nadie le molestaba. Una cama, por ejemplo.

Alice se quedó sentada donde estaba, sola. Más tarde entró Philip a pedirle el dinero para los cristales y se fue a comprarlos.

Alice pasó revista a su actuación de los cuatro últimos días, y se preguntó: ¿He estado un poco desquiciada? Después de todo, solo es una casa... ¿y qué he hecho ahora? Esos dos, Reggie y Mary... ¿revolucionarios ellos? ¿Y ellos estuvieron en la Tendencia Militante? ¡Qué locura!

Lentamente se fue recuperando. La energía volvió a fluir. Se acordó de los demás, en el frente de batalla, allá en Melstead. Estaban trabajando por la causa; ¡y ella también debería hacerlo! Poco después salía sigilosamente de la casa, procurando no advertir si la vieja señora la saludaba o no, y se dirigía a la calle principal, donde avanzó siguiendo el seto que separaba primero su casa y luego el número 45 de la calle. Entró en la callejuela gemela de la suya y luego se paró en el mismo lugar donde había visto detenerse el día anterior a Bob Hood, frente al jardín lleno de desperdicios.

Se adentró por el sendero con paso firme, preparada para someterse al examen de quienquiera que estuviese allí y tuviera interés en observarla. Llamó a la puerta. Esperó un buen rato a que le abrieran. Desde allí pudo atisbar el vestíbulo, gemelo del suyo, pero este estaba repleto de cajas de cartón y de madera. Había una solitaria bombilla eléctrica. De modo que tenían electricidad.

Frente a ella apareció un hombre que de inmediato le produjo la impresión de ser extranjero. No por ningún aspecto concreto de su apariencia; solo por cierto aire que emanaba de

él. Alice supo que era ruso, lo cual le provocó un leve *frisson* de satisfacción. Lo que la excitaba era el poder, la idea del poder. El hombre en sí no era nada fuera de lo corriente, con su ancha figura, ni gorda, aunque podría llegar a serlo con facilidad, ni tampoco alta, de hecho no mucho más alto que ella. Tenía una cara ancha y angulosa, y pequeños y astutos ojos grises. Llevaba unos pantalones de sarga gris de apariencia cara y nueva, y una camisa campestre gris, pulcra y bien abotonada.

Podría tomársele por un soldado.

—Soy Alice Mellings. De la casa de al lado.

Él asintió con la cabeza, sin sonreír, y dijo:

—Claro. Pasa. —La condujo entre las pilas de cajas hasta la habitación que en la casa de ellos era la sala de estar. Aquí tenía el aspecto de un despacho o un estudio. Junto a la ventana del mirador había una mesa; tenía la silla de espaldas a la ventana y Alice comprendió que ello se debía a que quería saber quién entraba y salía del cuarto; no quería estar de espaldas a la puerta.

El hombre se sentó en esa silla y le indicó otra, al otro lado de la mesa. Alice se sentó.

Este es auténtico, pensó impresionada.

El otro estaba esperando que ella dijera algo.

Había una cosa que tenía muy claro que no podía preguntarle y era: ¿Les has estado diciendo a Jasper y a Bert lo que deben hacer? Que era justo lo que quería saber.

Dijo:

—Acabamos de recibir el permiso del Ayuntamiento, nos han concedido la vivienda por un plazo limitado, ¿sabes? —El otro asintió con la cabeza—. En fin, hemos pensado que deberíais hacer lo mismo. Simplifica muchísimo las cosas, ¿sabes? Y la policía te deja en paz.

El otro pareció relajarse, se recostó en su silla, empujó un paquete de cigarrillos hacia ella, él mismo encendió uno

cuando Alice declinó con la cabeza, retuvo una bocanada de humo en los pulmones que luego expulsó en una sola y rápida exhalación y dijo:

—Eso es cosa de los demás. Yo no vivo aquí.

¿No pensaba decir nada más? Eso parecía. En fin, de hecho ya había dicho cuanto era necesario. Confundida, Alice se apresuró a añadir:

—Está el asunto de la basura. Tendréis que pagarles a los basureros... —le falló el aliento.

Él mantenía la mirada concentrada sobre ella. Alice comprendió que lo veía todo. Era una disección fría y desapasionada, no exenta de simpatía, ¿o no? Alice exclamó:

—Nos han concedido un año. Eso significa que una vez que tengamos arreglado el lugar podremos dedicar toda nuestra atención a... —censuró «la revolución» y la sustituyó por «la acción política».

Él no pareció haberla oído. ¿Esperaba algo más? ¿Que se marchara? Alice continuó forcejeando torpemente con las palabras:

—Claro que en el *squat* no todos... por ejemplo, Roberta y Faye creen que no... pero por qué habrías de saber quiénes son. Te lo explicaré...

Él la interrumpió:

—Lo sé todo sobre Roberta y Faye. Y dime, ¿cómo son esos dos nuevos?

—Pertenecieron a la Tendencia Militante —respondió Alice, reconociendo debidamente los méritos de Reggie y Mary—, pero no les gustaban sus métodos. —Y se atrevió a ofrecerle una sonrisa, con la esperanza de que él se la devolvería, pero el otro dijo:

—¿Ella trabaja en el Ayuntamiento? ¿Cuál es su categoría?

—No toma decisiones.

El otro asintió.

—¿Y él? Tengo entendido que es químico.

—Químico industrial. Perdió su empleo.

—¿Dónde?

—No se lo he preguntado. —Y añadió—: Ya te lo comunicaré.

El otro asintió. Continuó fumando, sentado perpendicularmente a la mesa, con los dos brazos apoyados sobre ella, frente a él una hoja de papel sobre la que parecían ir tomando notas sus ojos. ¡Se parecía a Lenin!

Alice se dijo: Su voz. Norteamericano. Sí, pero con algo curioso para un norteamericano. No era su voz, no era el acento sino otra cosa, algo en él.

Él no dijo nada. El interrogante, la ansiedad que empezaban a configurarse dentro de Alice afloraron a la superficie.

—Jasper y Bert han ido a Melstead. Se fueron temprano.

El otro asintió. Alargó la mano para coger un diario pulcramente doblado, lo desplegó y empezó a pasar las páginas.

—¿Has visto el *Times* de hoy?

—No leo la prensa capitalista.

—Pues tal vez sea una lástima —comentó el otro tras una pausa. Y le acercó el diario, indicándole un párrafo:

> Al preguntarle si agradecían esos refuerzos de los piquetes, Gabit, el representante de los huelguistas, dijo que preferiría que los rotskistas y toda la chusma de organizadores de piquetes se mantuvieran alejados de allí. No los necesitaban. Los obreros sabían resolver solos las cosas.

Alice sintió que le costaría muy poco echarse a llorar de nuevo.

—Pero este es un diario capitalista —dijo—. Solo intentan dividir las fuerzas democráticas, quieren romper nuestra unión. —Quería añadir: ¿No lo comprendes?, pero no consiguió que le

salieran las palabras.

El otro cogió otra vez el diario y lo dejó donde estaba antes. Había dejado de mirarla.

—Camarada Alice —dijo—, hay formas más eficientes de hacer las cosas, ¿sabes?

Se levantó.

—Tengo trabajo.

La estaba despidiendo. Salió de detrás de la mesa y la acompañó hasta la puerta y a través del vestíbulo hasta la puerta principal.

—Gracias por venir a verme —dijo.

—¿Podríamos usar una habitación de esta casa para una... discusión? —tartamudeó ella—. Verás, algunos de nosotros no estamos seguros respecto a... algunos de los otros.

—Lo consultaré —respondió él. No había reaccionado como ella temía. Su explicación había sonado tan poco convincente...

El otro asintió con la cabeza y, por fin, le ofreció una sonrisa. Alice se marchó deslumbrada, mientras iba diciéndose: Pero él es auténtico, lo es.

El otro no le había dicho su nombre.

Recorrió despacio el breve trecho de la calle principal porque delante de ella, en medio de la acera, había una chica con un niño pequeño en un cochecito. La criatura parecía un grueso paquete de plástico, con una cara pálida, regordeta y cubierta de manchas, que asomaba en la parte superior. Lloriqueaba en un tono agudo e insistente que le dio dentera a Alice. La muchacha parecía cansada y desesperada. Tenía un pelo lacio de color pálido que parecía no haber sido lavado. Alice comprendió por la rígida postura de sus hombros que hubiera querido pegarle al niño. Su intención era acelerar el paso cuando pudiera doblar por su calle, pero la chica también dobló, sin moverse del medio de la acera. Y allí se detuvo, examinando las casas y, muy especialmente, la del 43. Alice la

pasó de largo y cruzó la puerta de su jardín.

—¿Vives aquí? ¿En esta casa? —le oyó decir a la chica.

—Sí, vivo aquí —respondió secamente ella, sin volverse. Sabía lo que seguiría. Continuó avanzando por el sendero. Oyó el crujido de las ruedas del cochecito detrás de ella.

—Perdona —oyó, y la obstinada vocecilla le indicó que no podría escapar. Se volvió bruscamente, cerrándole el paso hacia la puerta principal. Se encaró directamente con la muchacha, con un «No» escrito en toda su persona. Naturalmente, no era la primera vez que se encontraba en esa situación. Su reacción fue: Es injusto que me vea obligada a hacer frente a esto.

Esa chica era una pobre desgraciada. Probablemente tendría unos veinte años. Ya abrumada bajo el peso de todo y con la sola energía que le daba la irritación contenida, por culpa de su llorona criatura.

—Me han dicho que esta casa es ahora una vivienda de ocupación temporal —dijo sin apartar los ojos de la cara de Alice. Unos ojos grandes, grises, bastante bonitos; Alice no quería sufrir su presión. Se volvió hacia la puerta y la abrió.

—¿Quién te lo ha dicho?

La chica no respondió a esta pregunta.

—Me estoy volviendo loca —dijo—. Necesito una casa. Tengo que encontrar algún sitio. No puedo más.

Alice entró en el vestíbulo, dispuesta a cerrar la puerta, pero el pie de la chica se lo impidió. Se quedó sorprendida, pues no esperaba tanta iniciativa. Sin embargo, su propia determinación quedó reforzada por la impresión de que si a la chica le quedaban tantos arrestos, entonces su situación después de todo no era tan mala.

La puerta permaneció abierta. El niño lloraba ahora ruidosamente a moco tendido bajo su envoltorio transparente, salpicando el plástico con las lágrimas que brotaban de sus ojos azules muy abiertos. La chica se encaró con Alice, que advirtió

que la otra temblaba de rabia.

—Tengo tanto derecho como tú a estar aquí —dijo—. Si hay un cuarto me quedaré. Y tenéis un cuarto, ¿verdad que sí? Mira qué grande es este sitio, ¡fíjate! —Paseó la mirada por el amplio vestíbulo con su reluciente alfombra que confería un aire de discreto lujo al lugar, y las distintas puertas que comunicaban con habitaciones y habitaciones, todo un tesoro de habitaciones. Y luego contempló la ancha escalera que subía hasta otra planta. Más puertas, más espacio. Alice, angustiada, miraba con ella—. Estoy en uno de esos hoteles, ¿los conoces? Bueno, por qué no vas a verlos, todo el mundo debería verlos. El Ayuntamiento nos metió allí, a mi marido y a Bobby y a mí. En un solo cuarto. Llevamos siete meses allí. —Alice percibió por su tono, que sonaba incrédulo ante el horror de todo ello, lo que debían de haber sido esos siete meses—. Es propiedad de unos asquerosos extranjeros. Es indignante que ellos tengan un hotel y puedan decirnos lo que tenemos que hacer. No nos dejan cocinar. ¿Te das cuenta, con un niño pequeño? En una sola habitación. El suelo está tan asqueroso que no puedo dejarlo gatear. —Esta información fue ofrecida a Alice en una voz temblorosa, sin entonación, mientras el niño lloraba firme y ruidosamente.

—No puedes venirte aquí —dijo Alice—. No está en condiciones. Para empezar, no tenemos calefacción. Ni siquiera hay agua caliente.

—Agua caliente —repitió la chica temblando de rabia—. ¡Agua caliente! Hace tres días que no tenemos agua caliente y que no funciona la calefacción. Si llamas al Ayuntamiento para quejarte, te dicen que ya están en ello. Necesito un poco de sitio. Un poco de espacio. Puedo calentar agua en una olla para lavarlo. Tenéis cocina, ¿no? Ni siquiera puedo darle de comer como es debido. Solo porquerías envasadas.

Alice no respondió. Estaba pensando: Bueno, ¿por qué no?

¿Qué derecho tengo yo a decirle que no? Y, mientras pensaba esto, oyó un ruido en el piso de arriba y cuando se volvió vio a Faye, mirando hacia abajo desde el rellano. En ella había algo que llamó la atención a Alice; una firme determinación, o una actitud inamovible. Faye, la bonita, menuda, frágil criatura, había desaparecido una vez más y en su lugar había una mujer malévola, de cara pálida y fría mirada hiriente, que bajó precipitadamente la escalera como si quisiera arrollar a la chica, la cual primero resistió el ataque y luego, desconcertada, dio un paso atrás con Faye pegada a su cuerpo, inclinada sobre ella mientras susurraba:

—Largo de aquí. Fuera. Fuera. Fuera.

—Quién eres, qué... —balbuceó la chica, mientras Faye la obligaba a retroceder, con la fuerza de su presencia, de su odio, paso a paso, hasta la puerta. Ahora la criatura lloraba a gritos.

—Cómo te atreves —decía Faye—. Cómo te atreves a meterte aquí sin permiso de nadie. Sé muy bien cómo sois. Una vez dentro, cogerías cuanto pudieses, sé que eres así.

Esta insensatez hizo enmudecer a Alice y dejó a la chica boquiabierta mirando con ojos de asombro a esa cruel perseguidora mientras retrocedía hacia la puerta. Ya allí, Faye le dio efectivamente un fuerte empujón que la hizo tropezar con el cochecito y casi volcarlo.

Faye cerró dando un portazo. Luego abrió la puerta y dio otro portazo. Parecía dispuesta a continuar repitiendo el mismo proceso, pero Roberta había entrado en escena. Ni siquiera ella se atrevía a tocar a Faye en ese momento, pero empezó a hablarle sin interrupción, en voz baja, insistente, persuasiva:

—Faye, Faye, cariño, Faye querida, no lo hagas más, no, no debes hacer eso. ¿Me oyes, Faye? Faye, no sigas...

Faye la había oído, como quedó patente por la forma en que mantuvo abierta la puerta, vacilando antes de dar otro portazo. Allá se veía a la chica, que se alejaba despacio por el sendero,

con su chillona criatura. Se volvió a tiempo para ver a Faye cogida entre los brazos de Roberta, prisionera. Ahora Faye había empezado a gritar en voz ronca, jadeante:

—Suéltame.

La chica se detuvo boquiabierta, con ojos de pánico. Oh no, parecían decir esos ojos y se volvió y echó a correr torpemente, huyendo de esa horrible casa.

Alice cerró la puerta y cesaron los gritos del niño.

Roberta canturreaba como si fuera una nana:

—Faye, Faye, cariño, no, mi amor, ya ha pasado.

Y Faye lloriqueaba, igual que una niña, boqueando para tomar aliento, desplomada sobre Roberta. Suavemente, Roberta la condujo escaleras arriba, paso a paso, sin parar de hablarle cariñosamente:

—Por favor, no llores, Faye, todo ha pasado.

La puerta de su habitación se cerró tras ellas y el vestíbulo quedó vacío. Alice permaneció allí, pasmada, durante un rato; después se fue a la cocina y se sentó temblando.

Sus pensamientos estaban puestos en la muchacha de la acera. No se sentía culpable, sino identificada con ella. Se imaginó a sí misma caminando hasta la parada del autobús con la pesada e incómoda criatura, con una cara de piedra que indicaba claramente a las demás personas de la cola que no le importaba lo que pudieran pensar de su crío gritón. Después las dificultades para conseguir un asiento en el autobús, en el que se instalaba con el niño, que, si había dejado de llorar, estaría hecho un triste guiñapo agotado. Luego bajar del autobús, instalar otra vez al niño en el cochecito y seguir andando hasta el hotel. Sí, Alice conocía esos hoteles, sabía lo que sucedía ahí dentro.

Pasado un rato, se preparó un té bien cargado y se sentó a beberlo, como si fuera coñac. Arriba reinaba el silencio. Seguramente, Roberta habría conseguido que Faye se durmiera.

Al cabo de un rato bajó Roberta y se sentó. Alice comprendió cuál debía de ser su aspecto por la forma en que la otra la examinó. En realidad es sólo una de esas grandes lesbianas maternales, toda simpatía y enormes tetas, pensó; quiere dárselas de marimacho y de dura, pero, por desgracia para ella, es una mamá.

No quería tener que prestar atención a lo que seguiría a continuación.

—Mira, Alice, ya sé lo que debe de haberte parecido esto, pero... —dijo Roberta.

—No tiene ninguna importancia. A mí no me preocupa —la interrumpió Alice.

Roberta vaciló un instante, luego se forzó a continuar:

—Faye a veces se pone así, pero está mejor y hacía mucho tiempo que no le ocurría esto. Más de un año.

—Muy bien.

—Y desde luego no podemos tener niños aquí.

Alice no dijo nada.

Roberta, con la necesidad de obtener algún tipo de reacción que no estaba recibiendo, se levantó para poder ocupar las manos con las bolsitas del té y una taza y dijo en voz baja, rápida, vibrante:

—Si supieras cómo fue su infancia, si supieras las cosas que le han pasado...

—Me importa un carajo su jodida infancia —señaló Alice.

—No, tengo que contártelo, por ella, por Faye... Fue una niña maltratada, te das cuenta...

—No me importa —chilló de pronto Alice—. Eres tú la que no entiendes nada. Ya me han contado todas las malditas infancias desgraciadas que estoy dispuesta a escuchar. La gente no para nunca... Personalmente, pienso que las infancias desgraciadas son el gran engaño, la gran excusa.

—Un bebé maltratado... y los bebés maltratados crecen y se

convierten en personas adultas —dijo escandalizada Roberta. Había vuelto a ocupar su silla y se inclinó hacia delante, mirado fijamente a Alice, decidida a obligarla a reaccionar.

—Yo solo sé una cosa —dijo Alice—. Las comunas. Los *squats*. Si uno no se anda con cuidado, acaban convirtiéndose en esto: un grupo de personas que se pasan el rato hablando de sus terribles infancias. Nunca más. No estamos aquí para eso. ¿O acaso es eso lo que buscas? Una especie de grupo de encuentro permanente. Todo acaba convirtiéndose en lo mismo, si uno no está atento.

Roberta, persuadida de que Alice no la escucharía, guardó silencio. Sorbió ruidosamente el té y Alice sintió un repelús.

Había algo basto y vulgar en Roberta, pensó Alice, demasiado alterada e irritada para censurar sus pensamientos. Aún no se había lavado, a pesar de que el agua corriente manaba de los grifos. En sus proximidades se percibía el penetrante olor metálico de la sangre. O ella, o Faye, o las dos, tenían la menstruación.

Alice cerró los ojos y se replegó a un rincón interior que había descubierto muchos años atrás, no sabía cuándo, pero siendo muy pequeña. Ahí dentro se sentía a salvo y no le importaba que el mundo aullara, gritara y diera tantos golpes como quisiera.

—Bueno, supongo que Faye morirá cualquier día por esa causa —se oyó decir, en su voz soñadora y abstraída—. Ha intentado suicidarse, ¿verdad?

Silencio. Cuando abrió los ojos vio a Roberta bañada en lágrimas.

—Sí, pero no desde que yo...

—Todas esas pulseras —murmuró Alice—. Cicatrices debajo de las pulseras.

—Tiene una minúscula cicatriz —imploró Roberta—. En la muñeca izquierda.

Alice había vuelto a cerrar los ojos e iba bebiendo su té a pequeños sorbos, sintiendo que sus nervios pronto volverían a estar en condiciones de enfrentarse a la vida.

—Un día de estos —dijo—, te contaré la infancia desgraciada de mi madre. Su mamá estaba loca y su papá era un tipo raro. Raro, esa es la palabra. ¡Si yo te contara! —No había sido su intención mencionar a su madre—. Oh, para qué preocuparse por ella —dijo, y se echó a reír; una risa sana, alegre incluso, capaz de apreciar las incertidumbres y la riqueza de la vida—. En cambio, mi padre... su caso es totalmente distinto. De niño era feliz a todas horas, eso dice, fue la época más feliz de su vida. Pero ¿debemos creerlo? Pues sí, yo me inclino a pensar que sí. Es tan condenadamente duro de mollera y estúpido y horrible que aunque fuera desgraciado no se habría dado cuenta. Podrían haberle pegado tanto como quisieran y él ni siquiera lo habría notado.

Abrió los ojos. Roberta la estaba examinando con una sonrisita sagaz. Contra su voluntad, Alice le respondió con otra sonrisa.

—Bueno —dijo Alice—, por mí, no vale la pena decir nada más. ¿Tienes coñac? ¿O algo por el estilo?

—¿Qué tal un porro?

—No, no me hace ningún efecto. No me gusta.

Roberta salió y volvió con una botella de whisky. Las dos se quedaron bebiendo en la cocina, una en cada extremo de la gran mesa de madera. Cuando llegó Philip tambaleándose bajo el peso de los cristales, dispuesto a empezar su trabajo, rehusó una copa alegando que se encontraba mal y subió a meterse otra vez en su saco de dormir. Con lo cual en realidad estaba diciendo que Alice debería estar trabajando con él y no allí sentada perdiendo el tiempo.

Roberta, que había bebido mucho, subió a ver a Faye y arriba todo quedó en silencio.

Alice decidió echar una siesta. En la entrada encontró un sobre tirado, que creyó que sería propaganda. Lo cogió para tirarlo, vio que era de la compañía eléctrica y sintió un sudor frío y náuseas; decidió concederse un instante para recuperarse antes de abrirlo. Se fue a la cocina. *En mano*. La señora Whitfield había dicho que pasaba por allí al ir y volver del trabajo. Ella misma lo había dejado de camino a su casa. Muy amable por su parte... Alice abrió enérgicamente la carta, que decía:

> Estimada señorita Alice:
>
> Me he puesto en contacto con su padre en relación con el aval del pago de las facturas del n.° 43, Old Mill Road, tal como habíamos acordado. Lamento comunicarle que su respuesta ha sido negativa. ¿Podría pasarse por aquí para hablar de este asunto dentro de los dos próximos días?
>
> Atentamente,
>
> D. WHITFIELD

Ante esta agradable y humana cartita, Alice primero se sintió apoyada, después la rabia se apoderó de ella. Por suerte, no había nadie que pudiera verla cuando estalló por dentro, rechinando los dientes, los ojos desorbitados, los puños apretados como si sostuvieran puñales. Empezó a pasearse furiosamente por la cocina, como un moscón atrapado en un cuarto en una tarde calurosa, golpeándose contra las paredes y los ángulos de la mesa y de la cocina, sin saber lo que hacía, y emitiendo gruñidos, lamentos, bufidos, que pronto ella misma empezó a oír. Comprendió que procedían de ella y, asustada, se sentó junto a la mesa, perfectamente quieta, conteniendo sus emociones. En absoluta inmovilidad, después de tanta violencia, durante algunos instantes. Después se puso en movimiento y en un arrebato abandonó la cocina y subió a llamar imperiosamente a la puerta de Philip. Rumores,

movimientos, pero no hubo respuesta.

—Philip, soy yo, Alice —lo llamó.

Entró en cuanto él dijo: «Pasa», y lo vio salir precipitadamente de su saco de dormir para ponerse el mono.

—Oh, lo siento —dijo quitando importancia a su irrelevante azoramiento para ir directa al grano—. Philip, ¿querrás avalarnos la factura de la electricidad? —Y cuando él se la quedó mirando sin comprender—: Ya sabes, la factura de esta casa. Mi madre no quiere hacerlo, mi padre tampoco, la maldita Theresa y el maldito Anthony tampoco...

Philip estaba de pie frente a ella, con la intensa luz amarilla del atardecer a sus espaldas, una pequeña figurita oscura en una postura rígida e incómoda. Alice no podía verle la cara; se trasladó hacia un costado de la habitación para que él tuviera que volverse hacia ella y vio cómo le plantaba cara, menudo y pálido, pero obstinado. Ante esa expresión, comprendió que fracasaría, pero sin embargo dijo bruscamente:

—Tienes un negocio, tienes papel de cartas con tu nombre, podrías avalarnos las facturas.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso, Alice? No puedo pagar ese dinero, tú sabes que no puedo. —Como si pensara que tendría que pagarlo, pensó Alice, furiosa otra vez. ¿Aunque tal vez la había oído bromear que la primera factura sería la última?

—Oh, Philip, no seas tonto —le dijo en tono autoritario—. No tendrías que pagar nada, ¿no lo ves? Es solo para que no nos corten la luz.

—Pero tal vez tuviera que hacerlo, Alice —replicó él intentando hablar en son de broma.

—¡No, claro que no!

Estaba dispuesto a echarse a reír con ella, Alice lo notó, pero ella fue incapaz de hacerlo.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó—. ¡No sé qué hacer!

—Me parece que no lo creo, Alice —respondió el otro, que

ahora se reía de verdad, pero amablemente.

—Philip, necesitamos un avalista —dijo ella en tono normal —. Tú eres el único posible, ¿no te das cuenta?

Él se mantuvo firme, ese Petruchka, ese enanito:

—No, Alice, no. Para empezar, la dirección del papel de cartas es la del lugar donde vivía antes de estar con Felicity; lo han echado abajo, derruido. Ya ni siquiera existe.

Los dos se miraron entonces con expresiones de idéntico desconcierto, como si de repente el suelo hubiera cedido bajo sus pies; porque ambos se habían sentido poseídos, al unísono, por una visión de transitoriedad: casas, edificios, calles, zonas enteras de calles, suprimidas, en vías de desaparición, desaparecidas, convertidas en una ilusión. Ambos suspiraron al mismo tiempo y, en un impulso, se abrazaron dulcemente para consolarse.

—El caso es que ella no quiere cortarla —dijo Alice—. Quiere que la ayudemos, solo necesita una excusa, eso es todo... A ver... espera un segundo, creo que ya lo tengo...

—Sabía que se te ocurriría algo —dijo él, y ella asintió.

—Sí —anunció excitada—. Mi hermano. Les diré a los de la electricidad que él nos avalará, pero que está fuera de viaje de negocios... en Bahrein, lo de menos es dónde. Ella mantendrá conectada la luz, sé que lo hará...

Y levantando el pulgar en señal de triunfo, salió corriendo, riendo exultante.

Ya era demasiado tarde para telefonear a la señora Whitfield, pero lo haría al día siguiente y todo quedaría arreglado.

No valía la pena decirles nada a Mary y a Reggie. Evidentemente, si Mary valiera para algo, se ofrecería a avalarles las facturas; era la única de ellos que tenía trabajo. Pero no lo haría, Alice lo sabía.

Ya empezaba a oscurecer cuando Alice se despertó. Oyó la risa de Bert, un profundo jo, jo, jo, que llegaba desde la cocina. Esa no es su verdadera risa, pensó Alice. ¿Cómo será la auténtica? Más bien ji, ji, ji. No, se había inventado esa risa. Cómoda y digna de confianza. Varonil. Nos inventamos voces y risas... La voz impostada de Roberta, cómoda. Y esa era la voz rápida y suave de Pat y su risa. ¿Su verdadera risa? Quizá. De modo que los dos habían vuelto, lo cual significaba que Jasper también estaba allí. Alice ya había salido de su saco de dormir y se estaba enfundando un jersey, con una sonrisa en la cara en consonancia con los sentimientos que le inspiraba Jasper: admiración y amor nostálgico.

Pero Jasper no estaba en la cocina con los otros dos, a quienes encontró relucientes, felices, colmados, y comiendo pescado y patatas fritas.

—No pasa nada, Alice —dijo Pat ofreciéndole una silla—. Lo han detenido, pero no es grave. Mañana por la mañana lo llevarán al juzgado de Enfield. A la hora de comer ya estará aquí.

—A menos que esté en libertad condicional —matizó Bert.

—Estuvo dos años en libertad condicional en Leeds, pero el plazo se cumplió el mes pasado.

—¿El mes pasado? —dijo Pat. Su mirada se cruzó con la de Bert, sin encontrar en ella ningún reflejo de lo que estaba pensando (probablemente contra su voluntad, en opinión de Alice), y para no toparse con los ojos de Alice, bajó la vista y la concentró en la tarea de ir comiendo una dorada, crujiente, grasienta patata frita tras otra. No era la primera vez que Alice se topaba con insinuaciones de que a Jasper le gustaba estar en libertad condicional, que necesitaba el matiz de riesgo que eso introducía en su vida.

—Bueno, ha tenido que andar con cuidado durante tanto tiempo —dijo en son de disculpa—, vigilando cada cosita que

hacía, que supongo... —Mientras tanto examinaba a Bert, el cual estaba segura de que podría decirle cuanto necesitaba saber sobre la detención. Jasper estaba detenido y Bert no; eso por sí solo...

Pat le acercó unas cuantas patatas fritas y Alice se comió remilgadamente una o dos, pensando en el colesterol.

—¿A cuántos más han detenido?

—Siete. A tres no los conocíamos. Pero los otros fueron John, Clarissa y Charlie. Y Jasper.

—¿A ninguno de los camaradas del sindicato?

—No.

Silencio. Luego habló Bert:

—Han estado poniendo multas de veinticinco libras.

—Entonces a Jasper probablemente le pondrán cincuenta —dijo automáticamente Alice.

—Él pensaba que serían veinticinco. Le he dado veinte para que tuviera bastante.

Alice, que estaba a punto de levantarse, dispuesta a partir, preguntó rápidamente:

—¿No quiere que yo vaya? ¿Por qué no? ¿Qué ha dicho?

—Me pidió que te dijera que no fueses —dijo cautelosamente Pat.

—Pero siempre he estado a su lado cuando lo han detenido. Siempre. Todas las veces he ido al juzgado.

—Es lo que ha dicho —dijo Bert—. Decidle a Alice que no se moleste en venir.

Alice se concentró tan intensamente en sus pensamientos que la cocina, Bert y Pat, hasta la casa que la rodeaba, se esfumaron. Se encontró en el escenario de los piquetes. La furgoneta cargada de diarios apareció en la puerta de la verja, despertando el odio general con su siniestra, reluciente apariencia; los piquetes avanzaron dando voces; y allí estaba Jasper, tal como lo había visto tantas veces, su pálida cara

distorsionada con una expresión de ensimismado y concentrado odio, su rojiza mata de brillante pelo: Siempre lo detienen el primero, pensó Alice con orgullo, tal era su dedicación, tan evidente —hasta para la policía— su autosacrificio. Tan puro.

Pero había algo que no encajaba.

—¿Decidisteis no dejaros detener por algún motivo, Bert? —preguntó.

Porque en ese caso lo lógico habría sido que Jasper también hubiese vuelto a casa.

—Jasper encontró a alguien allí —dijo Bert—, una persona que podría sernos muy útil.

En el acto todo encajó en la cabeza de Alice.

—¿Era uno de los tres que no conocíais?

—Así es —respondió Bert—. Así es, exactamente. —Bostezó —. Me molesta pedírtelo —dijo—, pero ¿podrías devolverme las veinte libras? Jasper dijo que te las pidiera.

Alice contó el dinero, sin levantar la vista de la tarea.

—Ese paquetito no te durará mucho a este paso —dijo con simpatía Pat.

—No.

Alice empezó a rogar: Que se vaya Bert. Que se vaya arriba. Quiero hablar con Pat. Se concentró con tanta fuerza en este pensamiento que no se sorprendió cuando él se levantó y anunció:

—Me voy hasta casa de Felicity a darme un baño de verdad.

—Iré enseguida —dijo Pat.

Bert se marchó y las dos mujeres se quedaron allí sentadas.

—¿Cómo se llama el hombre de la casa de al lado? —preguntó Alice.

—¿Lenin? —dijo Pat. Alice se unió agradecida a su carcajada, con una sensación de privilegio y excepcionalidad por esa intimidad con Pat que le daba acceso a las conspiraciones importantes—. Dice que se llama Andrew —

continuó Pat.

—¿De dónde crees que es?

—Buena pregunta.

—Un acento norteamericano donde los haya —afirmó Alice.

—La lengua del nuevo mundo.

—Sí.

Intercambiaron una mirada.

Dicho ya todo cuanto necesitaban decirse sobre este tema, lo dejaron, y Alice comentó tras una pausa:

—He estado allí esta tarde. Para pedirles que hicieran algo con esa porquería.

—Buena idea.

—¿Qué hay en todos esos paquetes?

—Octavillas. Libros. Eso dicen.

—Pero ¿con la policía continuamente por allí?

—Los paquetes no estaban allí anteayer. Y mañana habrán desaparecido. Si no han desaparecido ya.

—¿Llegaste a ver las octavillas?

—No, pero pregunté. Y eso dijo él... Andrew. Que era material de propaganda.

Otro tema abandonado por tácito acuerdo.

—Supongo que Bert piensa que ese camarada, el que estuvo hablando con Jasper en Melstead, podría tener algunas pistas útiles —dijo Pat.

—¿Para conectar con el IRA quieres decir?

—Sí, eso creo.

—¿Oíste algo de lo que dijeron?

—No. Pero Bert estuvo con ellos parte del tiempo. Al oír esto, Alice podría haber preguntado: ¿Qué opina Bert de él?, pero no le interesaba la opinión de Bert. La valoración de Pat, sí.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó—. Puede que lo conozca. ¿No era uno de los habituales?

—Yo no lo había visto nunca, estoy segura. Nada particular

que señalar.

—¿Te dijo... el camarada Andrew que fueses a los piquetes? ¿No te ha dicho nada sobre Melstead? ¿Cuántas veces has estado en la casa de al lado?

Pat sonrió y le contestó, aunque indicándole con su actitud que nada la obligaba a hacerlo:

—He estado dos veces aquí al lado. Bert y Jasper han ido mucho más a menudo. En cuanto a Melstead, tengo la impresión de que al camarada Andrew... —Y subrayó ligeramente la palabra «camarada», como para indicarle a Alice que no estaría de más que lo tuviera en cuenta—, al camarada Andrew no le entusiasma demasiado que cuadros externos se unan a los piquetes.

—Sí, pero también es nuestra lucha —replicó acaloradamente Alice—. Es una lucha de todas las fuerzas progresistas del país. Melstead constituye un punto focal para el fascismo imperialista y no es de la exclusiva incumbencia de los sindicalistas de Melstead.

—Tú me has preguntado —dijo Pat. Y añadió—: A mi modo de ver, el camarada Andrew tiene preocupaciones más importantes.

Un estremecimiento recorrió a Alice, como si una persona que se ha pasado la vida hablando de los unicornios de pronto atisbara uno. Miró con vacilante entusiasmo a Pat, que no parecía saber qué había dicho. Si no quería dar a entender que ellos, los camaradas del 43 de Old Mill Road, se habían aproximado sin saberlo a los grandes acontecimientos, entonces, ¿a qué se refería? Pero Pat se disponía a levantarse, poniendo punto final a la conversación. Alice quería que se quedase. No podía comprender que Pat quisiera marcharse entonces, en ese excitante momento en que fabulosos sucesos parecían inminentes. Pero Pat había empezado a desperezarse y a bostezar. Sonrió con exuberancia y cuando sus ojos se

posaron brevemente en los de Alice realmente parecía quererla tentar y seducir. Es tan sensual, pensó indignada Alice. Pero dijo:

—Le he preguntado... al camarada Andrew si podríamos usar una habitación de esa casa para reunirnos. Quiero decir para las reuniones del grupo reducido.

—Nosotros también se lo pedimos. Dijo que sí.

Pat sonrió, bajó los brazos y después se quedó mirando a Alice, sin sonreír, indicándole con su cuerpo que ya se había cansado de ella y que quería irse.

—¿Dónde están los nuevos camaradas? —Ya iba camino de la puerta.

—Arriba.

—Dudo que los veamos muy a menudo. De todos modos, son buena gente. —Bostezó rebuscadamente y dijo—: Demasiado esfuerzo salir para intentar darme un baño. Bert tendrá que aceptarme tal como estoy.

Salió y Alice no se movió de la silla hasta que oyó sus pisadas en la escalera y el ruido de la puerta al cerrarse.

Entonces salió rápidamente de la casa. Era demasiado temprano para lo que se proponía hacer. En la calle, aunque estaba oscura, se respiraba el ambiente del final de la jornada, con coches que se adentraban hacia el parque, otros que salían rumbo a las diversiones nocturnas, un inquieto ajetreo de luces. Pero en la avenida principal el tráfico retumbaba con la intensidad de pleno día. Demoró el paso para dar una mirada al jardín del 45. Le pareció que habían empezado a hacer algo con la basura; sí, así era, y junto al seto había unos cuantos sacos llenos, el plástico negro resplandecía. Vio dos figuras inclinadas sobre un parterre en el fondo; no lejos de la fosa que habían cavado con Pat y Jim, aunque un alto seto se interponía entre ambas. ¿Estaban cavando también una fosa? Allí atrás estaba muy oscuro. Las luces de las ventanas superiores de

Joan Robbins iluminaban las partes más altas del número 45, pero no llegaban hasta la espesura de las hierbas que invadían el jardín. Alice estuvo husmeando un rato y nadie entró ni salió, y no pudo divisar al camarada Andrew a través de las ventanas de la planta baja, pues las cortinas estaban corridas.

Se dirigió hasta el metro; sentada en el vagón, planeó lo que se proponía hacer y luego avanzó por la ancha, rica calle flanqueada de árboles donde tenían su casa Theresa y Anthony. Se detuvo en la acera y levantó la mirada hacia las ventanas de su cocina, en el tercer piso. Los imaginó allí sentados uno frente a otro junto a la mesita que utilizaban cuando estaban solos. Una comida deliciosa. Se le hizo realmente la boca agua al pensar en los platos que cocinaba Theresa. Si tocaba el timbre, oiría la voz de Theresa: Alice, cariño, ¿eres tú? Pasa por favor. Subiría y compartiría su larga, confortable velada, su comida. Era posible que incluso apareciera por allí su madre. Pero esta idea la llenó de ira y se echó a temblar con las manos ardientes, se le nubló la vista y se encontró caminando rápidamente calle arriba, y luego por otra calle, y por otra, como si fuera a explotar si se detenía. Estuvo andando largo rato, mientras el ambiente de las calles se trocaba por el de la noche. Se dirigió a la calle de su padre. Se adentró despreocupadamente por ella. Las luces de la planta baja estaban encendidas, por todas las ventanas se derramaba la luz. Arriba se veía un leve resplandor en el cuarto donde dormían los pequeños. Demasiado temprano. Estuvo andando un rato más, dio la vuelta y volvió atrás, pasó por delante de la casa de Theresa y Anthony, donde las ventanas de la cocina estaban ahora a oscuras, subió hasta lo alto de la colina, bajó, dio la vuelta y se adentró por la calle de su padre. Ahora las luces de abajo estaban apagadas, pero las del dormitorio se habían encendido. Aproximadamente una hora antes había visto una piedra del tamaño y forma adecuadas tirada al borde de un

jardín y se la había metido en el bolsillo. Miró hacia arriba y hacia abajo de la silenciosa calle, cuyas farolas creaban dorados espacios de follaje sobre los árboles. Una pareja, cogida del brazo, subía lentamente por el lado del metro. Viejos. Una pareja de viejos. Estaban absortos en el esfuerzo de caminar y no vieron a Alice, quien de todos modos caminó hasta el final de la calle y regresó a paso vivo bajo el impulso de su necesidad, de su decisión. Ahora no había ni un alma en la calle. Al llegar a la casa de su padre cruzó directamente la puerta del jardín, sin apenas molestarse en abrirla con sigilo, y lanzó la piedra con todas sus fuerzas contra el cristal de la ventana del dormitorio. Ese movimiento, el firme, preciso, acertado gesto del lanzamiento, acompañado por todo su cuerpo, y luego la vuelta en redondo al impulso del lanzamiento, y un salto hasta la acera... la velocidad y fuerza del movimiento, la pericia, jamás habrían podido deducirse por la apariencia de Alice en cualquier otro momento del día o de la noche, Alice la buena chica, la digna hija de su madre... Oyó el ruido del cristal al astillarse, un chillido, el grito de su padre. Pero ya estaba lejos, había huido corriendo al amparo de las densas sombras de los árboles hasta una calle transversal, siguió bajando por ella y sesenta segundos después de lanzar la piedra salía a la bulliciosa avenida principal.

Su respiración era demasiado acelerada, demasiado ruidosa... se detuvo a mirar un escaparate para dejar que se calmara. Advirtió que estaba lleno hasta los topes de televisores y continuó pausadamente hasta el siguiente, donde se quedó examinando unos vestidos, hasta que pudo entrar en el supermercado sin que nadie se fijara en su jadeo. Permaneció allí unos veinte minutos largos, seleccionando y rechazando. Llevó la cesta de alambre cargada hasta la salida, pagó, llenó las bolsas que le dieron y cogió el metro en dirección a su casa. Desde que la piedra había abandonado su mano apenas había

pensado en lo que podía estar sucediendo en casa de su padre.

Al ver el sobrio destello azul de la comisaría de policía, entró. En la recepción no había nadie, pero podía oír voces en una parte del cuarto situada fuera del alcance de su vista. Hizo sonar el timbre. Nadie acudió. Volvió a llamar, perentoriamente. Apareció una joven mujer policía que la observó detenidamente, decidió enojarse y le volvió la espalda. Alice volvió a llamar. La mujer joven, tan pulcra y acicalada en su uniforme oscuro como Alice en el suyo —tejanos y cazadora — se acercó ahora lentamente a ella, mientras en su carita disgustada y decidida se traslucía que estaba escogiendo las palabras adecuadas para poner a Alice en su sitio.

Alice dijo:

—Podría haber sido un caso urgente, ¿cómo podía saberlo usted? De hecho, no lo es. Así que ha tenido suerte.

La cara de la mujer policía se encendió de pronto sofocada, se quedó boquiabierta, con grandes ojos de asombro.

—He venido a hacer una declaración, a propósito de una ocupación concertada —dijo Alice—, ya sabe, viviendas de ocupación temporal... seguro que está al corriente...

—¿A estas horas de la noche? —preguntó sarcásticamente la policía, en un intento de recuperar el dominio de la situación.

—No pueden ser mucho más de las once —replicó Alice—. Y no sabía que tuvieran un horario fijo para los asuntos de viviendas.

—Puesto que ya está aquí, adelante —dijo la policía—. ¿Qué quiere declarar?

Alice lo expuso detalladamente.

—Ustedes estuvieron allí... haciendo un registro, hace tres noches. No les había quedado claro que se trataba de una ocupación concertada... con el Ayuntamiento. Yo les expliqué la situación. Ahora he venido a confirmarlo. Ha quedado aprobado hoy, en la reunión habitual del Ayuntamiento.

—La dirección.

—Cuarenta y tres, Old Mill Road.

Un leve destello de algo asomó a la cara de la policía.

—Un momento —dijo, y desapareció. Alice oyó voces, masculinas y femeninas.

La mujer policía volvió con un hombre; Alice reconoció en él a uno de los de la otra noche. Le decepcionó ver que no era el que le había dado la patada a la puerta.

—Ah, buenas noches —lo saludó amablemente—. ¿Me recuerda?, usted estuvo en el cuarenta y tres de Old Mill Road la otra noche.

—Sí, lo recuerdo —respondió él. Sobre su cara palpitaban los ecos de las risitas que había estado compartiendo con sus compinches—. Vosotros sois los que enterrasteis... los que cavasteis una fosa...

—Sí. Enterramos los excrementos que habían dejado arriba los anteriores ocupantes. En unos cubos.

Examinó las caras asqueadas, envaradas, molestas que tenía delante. Un hombre y una mujer. Tal para cual.

—Francamente, no comprendo por qué reaccionan de este modo —dijo—. La gente ha enterrado sus excrementos en fosas durante milenios. Todavía lo hacen, en la mayor parte del mundo... —Y como esto no parecía calar adecuadamente en ellos—: En este país hace solo cosa de un siglo que se introdujo el sistema de alcantarillas. Más recientemente en algunas zonas.

—Sí, muy bien, pero ahora lo tenemos —saltó la mujer.

—Así es —dijo el policía.

—Yo diría que obramos de la forma más responsable e higiénica. La naturaleza ya se encargará del resto.

—Bueno, pero no vuelvan a hacerlo —les advirtió el policía.

—No será necesario, ¿no cree? —replicó gentilmente Alice—. Lo que he venido a decirles es que si se ponen en contacto con

el Ayuntamiento les darán la confirmación: el número cuarenta y tres es ahora una casa de ocupación concertada. Una vivienda temporal concertada.

La mujer policía buscó un formulario. Su colega volvió a reunirse con sus compañeros. Pronto se oyó un estallido de ruidosas carcajadas escandalizadas. Luego otro. La mujer policía apretó los labios, mientras iba llenando diligentemente el formulario. Alice no logró averiguar si lo hacía en señal de crítica o no.

—Las mentes mezquinas se divierten con mezquindades —dijo.

La mujer policía le lanzó una mirada que decía que no le correspondía a ella decirlo, aunque ella, ella misma, también lo hubiera pensado.

Alice le sonrió, de mujer a mujer.

—Y ahora —dijo—, ya está. El número cuarenta y tres está en situación legal y todo está en orden. Otro registro y se habrán excedido con creces.

—Yo diría que somos nosotros quienes debemos decidirlo —dijo la policía con una tensa sonrisita.

—No —replicó Alice—. El caso es que no es así. Eso creo yo. Y desde luego no habrá más quejas de los vecinos.

—En fin, confiemos que no. —Y la mujer policía se retiró a reunirse con los suyos en la trastienda.

Alice, satisfecha, salió y se fue hacia su casa, dirigiendo sus pasos de manera que tuviera que pasar por delante del 45. Ya no había nadie en el jardín. Pero en la espesa penumbra, en el ángulo de los setos, alcanzó a vislumbrar que habían cavado una fosa. No pudo resistirse. Por segunda vez aquella noche se escabulló silenciosamente por la puerta de un jardín. La casa del 45 parecía vacía; todas las ventanas estaban a oscuras. La fosa tenía poco más de un metro de profundidad. Los montículos de tierra que la bordeaban desprendían un

penetrante olor. El fondo parecía muy liso: ¿agua? Se agachó para comprobarlo. Un cajón o una caja de cartón, o algo parecido, ocupaba el fondo de la fosa. Alice se incorporó rápidamente, miró a su alrededor. Disfrutando conscientemente de su situación, de la sensación de riesgo, de peligro, pensó: Estarán al acecho detrás de esas cortinas de la segunda planta; yo lo haría en su lugar. Pero qué cosa más arriesgada; volvió a examinar la estrategia de la operación. No, tal vez no hubiera problema. Mientras que al cavar la fosa de ellos, al otro lado del seto, podían ser observados por los ocupantes de tres casas y por quienquiera que se encontrase en la casa de Joan Robbins, aquí, en dos de los lados había un alto seto, en el tercero, la casa. Entre ese punto y la verja crecían arbustos y matorrales. Las ventanas superiores de Joan Robbins estaban a oscuras. Al otro lado de la calle, retirada en el interior de su propio jardín, había una casa; y desde luego cualquiera podía ver cuanto quisiera desde las ventanas de la planta alta, que todavía estaban a oscuras; la gente aún no había subido a acostarse. Ya había visto lo que necesitaba ver. Le habría gustado quedarse, los dulces olores de la tierra y el acicate del riesgo le inflamaban la sangre, pero se alejó, veloz como una sombra, en dirección a la puerta de entrada y llamó suavemente. Le abrieron enseguida. Era Andrew.

—Sabía que debías de estar observando —dijo—. Pero he venido a deciros que he comunicado a la comisaría de policía que el cuarenta y tres es un *squat* concertado. De modo que cuando les digáis que también lo sois estarán dispuestos a aceptarlo.

Le latían las sienes, su corazón corría desbocado, cada célula de su cuerpo se agitaba inquieta y alerta. Sabía que estaba sonriendo; oh, eso era todo lo contrario de «su expresión», cuando se sentía así era como si hubiese bebido la purísima y destilada esencia del peligro y se sentía capaz de plantarse de

un salto entre las estrellas o de correr unos cincuenta kilómetros.

Vio emerger la baja, poderosa figura de la oscuridad del vestíbulo hasta situarse donde ella pudiera examinar su cara a la luz de las farolas. Estaba seria, con una expresión de firme determinación y al verla Alice tuvo una agradable sensación de sumisión a unos poderes superiores.

—He enterrado algo... una emergencia —dijo él—. Dentro de uno o dos días ya no estará aquí. ¿Comprendes?

—Perfectamente —sonrió Alice.

Él vaciló. Salió un poco más afuera. Alice sintió el contacto de sus poderosas manos sobre sus brazos. ¿Olor a alcohol? ¿Vodka? Whisky.

—Te pido que guardes el secreto.

Ella asintió.

—Naturalmente.

—Quiero decir que no se lo digas a nadie más.

Ella asintió, mientras pensaba que aunque solo una persona lo supiera en el 43, sin embargo varias debían de saberlo en esa otra casa. Él dijo:

—Voy a confiar plenamente en ti, Alice. —Le concedió su breve sonrisa apretada—. Porque no me queda más remedio. Nadie lo sabe en esta casa excepto yo. Todos han salido. He aprovechado la oportunidad para... utilizar un escondrijo muy adecuado. Un escondrijo temporal. Pensaba cubrirlo con otra capa de tierra y luego poner un poco de basura.

Alice lo miró sonriendo, decepcionada por él, aunque no por su propio estado; continuaba flotando. Pensó que era probable que lo que el otro acababa de decirle fuese parcial o totalmente falso, pero eso no era asunto de su incumbencia. Él todavía la tenía cogida por los brazos, los cuales, sin embargo, estaban a punto de rechazar esa insistente, amonestadora presión masculina. Él pareció intuirlo, pues dejó caer las manos.

—Debo decirte que me mereces una opinión distinta que algunas otras personas de tu casa. Confío en ti.

Alice no dijo nada. Se limitó a asentir.

Él entró en la casa, saludándola con la cabeza, pero sin sonreír.

Tendría que pensar en todo eso. Mejor aún, lo consultaría con la almohada.

Su exaltación empezaba a desvanecerse rápidamente. Se dijo: Pero mañana Jasper y yo saldremos juntos y entonces... gozaría de toda una noche de esa sutil, acelerada, vibrante excitación.

Pero no, el pobre Jasper probablemente no tendría ganas, si había pasado la noche en los calabozos. ¿Cómo era la comisaría de Enfield? No pudo recordar ningún relato sobre la misma.

Desde la avenida principal divisó una menuda figura agachada frente a la puerta del 43. En una extraña posición, inclinada... era la chica de la tarde y se disponía a lanzar algo contra las ventanas de la sala de estar. ¡Una piedra! Alice pensó: Lanza desde abajo, ¡lamentable!, y este desdén le devolvió los ánimos. Chispeante y llena de vida, se plantó junto a la muchacha, la cual se volvió lastimosamente a mirarla con un «Oh».

—Será mejor que dejes eso —le aconsejó Alice, y la chica así lo hizo.

Bajo esa luz tenía un aspecto deslavazado: el pelo y la cara descoloridos, hasta los labios y los ojos, de enormes pupilas, como pudo ver Alice.

—¿Dónde está tu niño? —la intimidó Alice.

—Mi marido está allí. Está borracho —dijo ella, y empezó a lloriquear; luego se contuvo. Estaba temblando.

—¿Por qué no vas a ver a los de las viviendas provisionales? —le dijo Alice—. Ya sabes que hay personas que dan información sobre las casas ocupadas.

—Ya lo he hecho. —Se echó a llorar con un llanto impotente,

acelerado, entrecortado, como una criatura que ya lleva horas llorando.

—Mira —dijo Alice, que empezaba a sentir el inicio de un peso y una responsabilidad ya demasiado familiares—. Tú misma tienes que hacer algo, ¿sabes? No puedes quedarte esperando que otros te ayuden. Tienes que encontrarte tú misma una casa desocupada. Instalarte dentro. Ocuparla. Y luego te presentas en el Ayuntamiento... Basta ya. —Se enfureció al ver que la chica seguía sollozando—. ¿De qué te sirve eso?

La muchacha controló su llanto y permaneció frente a Alice con la cabeza inclinada, aguardando su veredicto o su sentencia.

Oh, Dios, pensó Alice. ¿De qué serviría? ¡Me la conozco como un guante! Es exactamente igual que Sarah, la de Liverpool, y que esa pobre desgraciada de Betty. A un funcionario le basta con echarle un vistazo para saber que cederá enseguida.

Un funcionario... pero si tenían una allí, en la casa. Allí estaba Mary Williams. Alice se quedó maravillada ante esa idea: pensar que solo un par de días atrás Mary Williams parecía tener su propio destino —el destino de Alice— en sus manos, y ahora a Alice le costaba recordar su condición. Mary le inspiraba, de hecho, el sutil desdén que inspira una persona o una institución que ha cedido con demasiada facilidad. Pero podía interceder ante ella por esa... chiquilla. Alice volvió a tomar nota de su aspecto hundido, de su pasividad, y se dijo: Para qué; es una de esas que...

Su energía procedía ahora de la exasperación.

—¿Cómo te llamas?

La cabeza gacha se levantó, la mirada húmeda se ofreció, horrorizada, ante Alice.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó esta—. ¿Ir a

contarle a la policía que querías tirarnos una piedra contra la ventana? —Y de pronto se echó a reír, bajo la mirada asombrada de la chica, que involuntariamente dio un paso atrás para apartarse de esa lunática—. Acaba de ocurrírseme una cosa. Conozco a una persona del Ayuntamiento que tal vez podría, sólo tal vez...

La chica había vuelto a la vida, se inclinó y su mano temblorosa se cerró con fuerza sobre el antebrazo de Alice.

—Me llamo Monica —susurró.

—Monica no basta —dijo Alice, conteniéndose para no volverle simplemente la espalda con impaciencia—. Tengo que saber tu nombre completo, y tu dirección, ¿no te parece?

La chica dejó caer la mano e inició una triste búsqueda en su falda. De un bolsillo extrajo un monedero y empezó a hurgar en él.

—Oh, no te molestes —dijo Alice—. Dímelo. Ya me acordaré.

La chica dijo que se llamaba Monica Winters y que el hotel —que Alice conocía perfectamente— era tal y tal, y su número, el 556. Esta cifra evocó una imagen de reconcentrada desgracia, centenares de parejas con niños pequeños, cada familia en un cuarto, sin instalaciones adecuadas, la sordidez de todo ello. Alice, desaparecido todo su entusiasmo, toda su exaltación, la miraba solemnemente anonadada.

—Le pediré a esa persona que te escriba —dijo—. Mientras tanto, yo que tú me daría una vuelta y echaría un vistazo a las casas vacías que encuentres. Obsérvalas detenidamente. Ya sabes. Métete dentro, examina las instalaciones, las tuberías y... —Desalentada, se interrumpió, consciente de que Monica no sería capaz de levantar la ventana de una casa desocupada y saltar dentro para echar un vistazo, y que, muy probablemente, su marido sería igual que ella.

—Nos veremos —dijo Alice, y le volvió la espalda a la chica para entrar en la casa, sintiéndose responsable de las, al menos,

556 jóvenes parejas con sus frustradas criaturas llenas de pupas, un regalo del destino.

—Oh, Dios —murmuró mientras se preparaba un té en la cocina vacía—. Oh, Dios mío, ¿qué voy a hacer? —No le habría costado mucho echarse a llorar tan desordenada e inútilmente como Monica. ¡Jasper no estaba allí!

Se arrastró escaleras arriba y vio un destello de luz en el rellano superior. Subió. Una luz se filtraba por debajo de la puerta de la habitación que ocupaban Mary y Reggie. Alice se olvidó de que era medianoche y esa era una pareja respetable. Llamó a la puerta. Tras un rumor de movimiento y voces, se oyó:

—Adelante.

Una escena de confort se ofreció a Alice. Muebles, bonitas cortinas y una gran cama de matrimonio donde estaban instalados Mary y Reggie, leyendo. Levantaron los ojos de sus respectivos libros con idénticas expresiones de recelo que decían: «¡Hasta aquí podíamos llegar!». Una oleada de incrédula hilaridad amenazó a Alice. La contuvo, mientras se decía: A estos dos no les veremos el pelo, se marcharán...

—Mary —dijo—, acaba de presentarse una chica, está desesperada; está viviendo en el hotel Shaftwood, ya sabes...

—No está en nuestro distrito —replicó en el acto Mary.

—No, pero ella...

—Sé cómo es Shaftwood —dijo Mary.

Reggie estaba examinando su mano, el dorso y la palma, con aparente interés. Alice comprendió que lo que examinaba era la situación; no estaba acostumbrado a esa informalidad, a la vida de grupo, pero le estaba ofreciendo su consideración.

—Todos lo sabemos. Pero esta chica... se llama Monica... me parece que tiene tendencias suicidas, sería capaz de cualquier cosa.

Mary respondió tras una pausa:

—Alice, ya veré qué puedo hacer, mañana, pero ya sabes que hay cientos, miles en la misma situación.

—Oh, claro que lo sé —dijo Alice, y añadió—: Buenas noches. —Y se fue abajo mientras iba pensando: Me estoy poniendo tonta. Y no es que no conozca a las de su tipo. Si le consiguiese un sitio, encontraría la forma de estropearlo todo. ¿Recuerdas a Sarah? Tuve que encontrarle un piso e instalarla allí, hablar con la compañía eléctrica, y después con su marido... Monica es una de esas que necesitan una madre, alguien que se haga cargo de ella... A Alice le vino a la mente una idea de una tan hermosa y adecuada simplicidad que se echó a reír quedamente para sus adentros.

Ya estaba en su dormitorio, el de Jasper y el suyo. Sola. El saco de dormir de él estaba hecho un descolorido ovillo azul y lo estiró. Ha sido estupendo compartir la habitación con Jasper, pensó. Luego se dijo: Pero solo está aquí porque Bert se encuentra justo al otro lado de esa pared. Aguzó el oído: silencio. Pat y Bert dormían. Este pensamiento, sobre las razones por las que Jasper le permitía dormir aquí, en vez de irse a otro cuarto en el piso de arriba o de pedirle que se fuera ella, le hizo dar vueltas la cabeza, como si su cerebro tuviera náuseas. Se sentó encima del saco de dormir, se quitó el jersey, los tejanos, se puso un anticuado camisón de dormir de villella encarnada que había sido de su madre. Con él se sentía cómoda y consolada.

Se echó a reír de nuevo: ¡a su madre le gustaba cuidar de la gente!

Ya estaba dentro del saco de dormir. Las luces de los coches surcaban veloces el techo. Pensó con envidia en Jasper en su celda. Estaría con ese misterioso nuevo contacto suyo... bueno, ya se enteraría de todo al día siguiente. Él estaría de regreso a la hora de comer.

Alice durmió hasta tarde. Cuando bajó a la cocina, ocho tazones en la escurridera le indicaron que alguien había lavado los platos; era la última. Encima de la mesa, una nota para ella: «Nos hemos ido a pasar el fin de semana fuera. Volveremos el domingo por la noche. Jasper ya lo sabe». Pat había firmado: «Pat y Bert».

Philip estaba trabajando en la instalación eléctrica del tercer piso con el ritmo pausado y contemplativo de un obrero. Alice, agachada a su lado dispuesta a ayudarle, se dijo: Este nunca serviría para jefe; es un empleado; no puede trabajar sin tener una persona al lado que le dé apoyo. Philip se mostraba complaciente, consciente de que el día anterior no lo había sido. Habló de todo cuanto quedaba por hacer, dijo que lo haría todo, poquito a poco; dijo que en primer lugar deberían examinar la buhardilla, porque tanta lluvia filtrada debía de haber dañado las vigas. Alice dijo que subiría con él, pero que primero tenía que hacer una rápida llamada a la compañía eléctrica. ¿Y dónde estaba Jim? Podría ayudarles con la buhardilla. Alice pensó: Jim es alto y fuerte, y Philip no; trabajando juntos lo harían en la mitad de tiempo. Pero Philip dijo que ya le había pedido ayuda a Jim, esa misma mañana. Jim era un tipo de humor inestable, ¿no le parecía?; no le había gustado que se lo pidiera; en opinión de Philip, Jim no era solo lo que aparentaba. Dichas estas palabras, Alice y Philip se comunicaron con la mirada sus impresiones sobre Jim; exactamente del mismo modo que la gente expresaba con los ojos, pero no manifestaba verbalmente sus aprensiones respecto a Faye, como si allí hubiera algo demasiado peligroso para decirlo en palabras, o al menos, un elemento volátil, susceptible de estallar, como un inseguro artilugio electrónico, detonado por una imprudente combinación de sonidos.

—Tal vez entre a charlar un rato con él —dijo Alice, y bajó a inspeccionar su territorio antes de salir a telefonear.

Mary, evidentemente, estaba en el trabajo. ¿Y Reggie? Mientras se hacía esta pregunta, apareció este con más cajas de trastos. Se le veía exultante, como corresponde a un hombre que ha conquistado un territorio, pero también avergonzado por todas esas muestras de interés por lo material. En resumidas cuentas, habría preferido no toparse con Alice. Pero ahora dijo que aunque él y Mary ya habían empezado a llenar otro cuarto con sus muebles y cosas, naturalmente lo retirarían todo en el acto si otra persona tenía que ocupar esa habitación.

—Tenemos la buhardilla —dijo Alice—. O la tendremos. Habrá que limpiarla. —Esperaba que ofreciera su ayuda para limpiarla, pero a él ni se le ocurrió. Partió enseguida en busca de otro cargamento.

Alice decidió dejar solventada de una vez la llamada a la compañía eléctrica. Le molestaba tener que salir a la cabina en medio de ese útil ajetreo, para perder el tiempo con un asunto de mero trámite.

Pero en cuanto escuchó la voz de la señora Whitfield comprendió que tendría que dedicar más tiempo y atención de lo que pensaba a la situación. La señora Whitfield le respondió, si no con hostilidad, al menos con rígido reproche. Le dijo que, en su opinión, sería deseable que Alice se presentara allí cuanto antes mejor. Alice respondió que iría enseguida, estaba solo a dos pasos, en un tono alegre y parlanchín destinado a subrayar que no había ningún problema serio, que no pasaba nada. Y colgó suavemente, con un gesto en consonancia con su tono. Pero había sido presa de una de sus furias. ¡Su padre! ¿Qué había dicho? Debía de ser algo bastante grave para que la señora Whitfield cambiara así.

Estaba demasiado indignada para correr de inmediato a la compañía y tuvo que calmarse caminando a paso rápido por las calles, mientras aplazaba para más tarde todo pensamiento sobre su padre. Pero ya le demostraría quién era, que no se

creyera que no lo haría.

En la sala de espera de la compañía eléctrica sonrió y saludó con la mano a la señora Whitfield: ¡Aquí estoy, una buena chica!, pero la otra desvió la mirada. Cuatro personas le pasaron delante. Qué manera de perder el tiempo.

Se sentó ante la funcionaria, en el amplio y luminoso despacho, y comprendió que la señora Whitfield no les cortaría la electricidad. Al menos, no quería hacerlo. Todo dependía de Alice. La cual empezó a hablar de su padre. Era rico, era propietario de una empresa de artes gráficas. Evidentemente podría pagar las facturas sin problemas llegado el caso. Pero en esos momentos estaba pasando una mala racha, reconoció Alice.

—Ha tenido muchos problemas —susurró, con la expresión de una persona que contempla con compasión la desgracia humana, absolviéndola de toda culpa. Y así se sentía en ese momento—. La ruptura con mi madre... luego todo tipo de dificultades... su nueva esposa, es simpática, somos buenas amigas, pero no es de las que saben salir adelante, ya me entiende. Él tiene que cargar con muchas responsabilidades. —Y continuó farfullando en pro de su causa, mientras la señora Whitfield mantenía la vista baja y punteaba un dibujito con el bolígrafo en el ángulo superior izquierdo del formulario de Alice.

—Su padre dejó muy claro que no estaba dispuesto a avalar el pago —señaló por fin.

No quería mirar a Alice, la cual intentaba obligarla a levantar la vista, a reconocer su presencia. ¿Qué podía haberle dicho Cedric Mellings?

—Ahora somos diez personas en la casa —dijo—. Eso significa que entra mucho dinero cada semana.

—Sí, pero ¿llegará una parte hasta aquí? —La señora Whitfield estaba demasiado resentida para ceder aún—.

¿Ninguno de vosotros tiene empleo?

—Una. —Y añadió al impulso de una inspiración—: Pero es funcionaria del Ayuntamiento. Trabaja en Belstrode Road y no quiere que se sepa que vive en una casa ocupada. No podía encontrar piso, estaba desesperada.

La señora Whitfield suspiró.

—Sí —dijo—, ya sé que las cosas pueden resultar muy difíciles. —Pero ahora levantó la vista y miró, de un modo distinto, a Alice, una chica que compartía la misma casa con una funcionaria del Ayuntamiento que trabajaba en la oficina principal de esa zona—. Bueno, ¿qué podemos hacer? —dijo.

¡Ya estaba, había ganado! Alice contuvo a duras penas una manifestación de júbilo.

—Tengo un hermano —dijo humildemente—. Trabaja en Ace Airways. Le pediré el aval. —La señora Whitfield asintió, aceptando al hermano—. Pero ahora mismo está en Bahrein.

La señora Whitfield suspiró. No de irritación, sino porque sabía que era mentira y lo sentía por Alice. Había bajado otra vez la vista. Un segundo, complicado dibujito empezaba a tomar forma al lado del primero sobre el formulario de Alice.

—¿Y su hermano estaría dispuesto a avalar las facturas de electricidad de diez personas? —preguntó dulcemente.

—Pero él sabe que no tendrá que pagarlas, ¿no? —replicó Alice, y siguió hablando precipitadamente por si la señora Whitfield se sentía obligada a responder a esa pregunta—. Aunque estoy segura de que dirá que sí.

—¿Cuándo regresará de Bahrein?

—Dentro de un mes, aproximadamente. Iré a verlo y le hablaré del asunto, le contaré todo y se lo explicaré. Ese fue mi error con mi padre. Debí haber ido a verlo y explicárselo en vez de dar simplemente por seguro... —Le tembló la voz. Sonaba patética, pero ardientes oleadas de ansias asesinas bullían en su interior. Haré saltar por los aires esa casa suya, estaba

pensando, los mataré.

—Sí, creo que sería una buena idea —dijo la señora Whitfield.

Una larga pausa. No porque estuviera indecisa; la decisión ya estaba tomada. Quería que Alice dijera algo más que arreglara la situación o aparentara arreglarla. Pero Alice se limitó a permanecer sentada, esperando.

—Bueno —dijo al fin la señora Whitfield, muy tiesa, encorsetada en su rígido vestido marrón de manga corta, con los gruesos brazos y los gruesos antebrazos morenos, las gruesas manos con los pequeños anillitos tintineantes, metódicamente dispuestos todos a ambos lados de su cuerpo y los pies, sin lugar a dudas, aunque Alice no podía verlos, bien juntos—. Bueno, le concederé cinco semanas. Con eso debería tener tiempo más que sobrado para hablar con su hermano. —No la miró—. Y necesitaré un depósito más importante.

Alice sacó un billete de diez libras... demasiado poco, lo sabía, y lo depositó frente a la señora Whitfield, la cual lo cogió, lo alisó, lo guardó en una anticuada caja en un cajón y rellenó un recibo. Luego dijo:

—La veré dentro de cinco semanas. —Y volvió a suspirar—. Adiós —dijo la amable y decente mujer, con el desánimo ante los procederes de ese perverso mundo claramente escrito en toda su persona. Casi con seguridad también en sus ojos, pero no miró, no quería mirar, a Alice; solo dijo—: Haga pasar al siguiente.

—Gracias —dijo despreocupadamente Alice, para que no pareciera que le daba demasiada importancia, aunque se sentía enternecida de gratitud y de alivio—. Entonces, adiós.

Y salió. Cinco semanas eran toda una vida, cualquier cosa podría haber sucedido, habría sucedido, entretanto. Pero tenía un momento afortunado, una racha de suerte; se acercaría a la compañía del gas para arreglar las cosas.

Allí les dijo que el número 43 de Old Mill Road era una casa de ocupación concertada, que Mary Williams de Belstrode Road podía confirmarlo; que tenían conectada la electricidad, la señora Whitfield de la compañía eléctrica podía confirmarlo; y que su hermano, que en esos momentos se encontraba en Bahrein, avalaría el pago. Había aguardado a que quedara libre ese hombre de aspecto comprensivo, ya mayor, paternal, y ahora le suplicó:

—Podrían conectarnos el gas enseguida, por favor, hace tanto frío... sin agua caliente... es espantoso... —Puso cara de horror. A ese hombre no le resultaba fácil imaginar una vida sin agua caliente, al menos no para personas como él y como Alice.

¿Un depósito?

Alice le entregó veinte libras y fijó en él una mirada de niña, amistosa.

El otro cogió el dinero. Lo aceptó. Pero la situación le molestaba. Igual que la señora Whitfield en la primera entrevista, no acababa de saber por qué se sentía presionado por Alice.

—Necesitamos un avalista —comentó casi para sus adentros, y añadió—: De acuerdo, ¿ha dicho que su hermano volverá dentro de un mes? Muy bien.

Ya estaba. Alice salió, modosa y agradecida. Tendría que conseguir algún dinero. Era preciso. ¿De dónde?

Ya serena, volvió a la casa, le dijo a Philip que conectarían el gas. Si lograban hacerse con un calentador de segunda mano, ¿sabría arreglarlo?

Estaban en cuclillas uno frente al otro en el descansillo del tercer piso, bajo la viva luz de abril que penetraba, ligeramente amortiguada por el polvo, a través de la claraboya de la escalera. Él le sonreía, satisfecho con ella, con esa casa, con el lugar que en ella ocupaba, dispuesto a seguir trabajando. Pero

Alice sabía que la tristeza y el resentimiento continuaban allí, apenas amortiguados, y que tenía que encontrar sin tardanza más dinero para él. Para el calentador. Para cambiar las tablas del parquet en un rincón del vestíbulo donde había goteado agua de una tubería que perdía. Para...

—Philip —dijo—, sé que si te hubieran encargado este trabajo en plan comercial habrías tenido que cobrar varios cientos de libras. Bueno, no te preocupes... pero espera un poco. Yo lo conseguiré.

Él asintió, sonrió, volvió a su trabajo, sentado sobre una maraña de negros cables nuevos como un gnomo entre raíces urbanas. Frágil... sería posible derribarlo de un soplo, pensó Alice.

¿Y dónde estaba Jasper? ¿No lo habían llevado al juzgado esa mañana después de todo? ¿o había estado allí, se había puesto tonto y lo habían puesto en libertad condicional otra vez?

Preocupaciones, preocupaciones, preocupaciones; Alice se sentía acosada.

Se desplomó en una silla junto a la mesa de la cocina. ¡Ya me parece lo más normal!, pensó mientras contemplaba la agradable estancia.

Con un esfuerzo de voluntad, estuvo trabajando durante una o dos horas con el gran montón de material recogido de los contenedores que había quedado tirado en un rincón de la entrada; fue colgando una cortina aquí, poniendo una alfombra allá. ¡Todo necesitaba una buena limpieza! Bueno, cuando tuviera tiempo descolgaría todas esas cortinas y las llevaría a la lavandería, pero mientras tanto.... Encontró un bonito, sólido taburete, desechado solo porque tenía una pata floja. La volvió a encolar, puso el taburete en un rincón de la cocina, salió al jardín y cortó algunas ramas de forsitia. La vieja se había dormido en su silla, debajo del árbol. Joan Robbins estaba a

solo un metro de ella, al otro lado de la verja. Se alegró de ver a Alice, empezó a hablarle con voz cansada de la vieja que la obligaba a subir y a bajar continuamente la escalera, incluso la hacía levantarse a mitad de la noche. ¿Qué podía hacer? Estaba harta y cansada de todo.

Alice, familiarizada con esa situación por alguna experiencia de su bien provisto pasado, sabía que poca cosa se podía hacer; de hecho, la situación iría a peor. Le preguntó a la señora Robbins si estaba al corriente de los servicios disponibles para los ancianos. Sí, pero no le gustaba la idea de tener a toda esa gente entrando y saliendo todo el día: ¿quiénes eran? No tendría ningún control sobre ellos.

Y continuó lamentándose y lamentándose, mientras cavaba con furia en su parterre. Durante años, la vida en la casa había sido civilizada y ordenada; ella y su marido abajo, la señora Jackson, una viuda, que se conformaba con su propia compañía, en el piso de arriba. ¡Pero ahora era como si viviera con la señora Jackson! ¡Ni que hubiese sido su hija! La vieja desde luego parecía creer que lo era.

Alice, con todo el tiempo del mundo y nada mejor que hacer, permaneció inmóvil con el reluciente amarillo de las ramas de forsitia entre los brazos, escuchándola y dándole consejos. Seguro que sería preferible contar con asistentes domésticos, comidas sobre ruedas, todos esos servicios sociales, y el asesoramiento de una asistenta social que se responsabilizara del asunto, en vez de tener que cargar con todo ella sola.

Joan Robbins accedió a pensarlo, a lo mejor lo haría... Con una sonrisa de verdadero agradecimiento para Alice, de entendimiento entre vecinas, le dijo que se alegraba de que estuviera allí, se alegraba de que por fin unas personas decentes ocupasen esa pobre casa del 43.

Alice entró en la casa, acomodó las forsitias en un jarrón encima del taburete en el rincón de la cocina y se sentó.

¿Dónde estaba Jasper?

Aquella noche tenían previsto salir a hacer pintadas. Alice ya tenía preparada la pintura, dos botes, rojo y negro, en un rincón del vestíbulo.

Sentada a la mesa de la cocina, empezó a garabatear frases en un sobre.

Cuál era el mensaje que querían transmitir; el mensaje completo, preciso, por ahí tenía que empezar.

«El uso de infiltrados[3] revela el verdadero carácter de la democracia británica. Una ley para Inglaterra; otra para Irlanda del Norte, colonia de Inglaterra.»

Eso era. Tal vez encontrarían un lugar adecuado, como un puente o un largo muro bajo, donde les cupiera todo.

Tenía que idear algo más conciso.

«¡Los infiltrados, una amenaza para la democracia!»

No, demasiado abstracto.

«¡Los infiltrados, una injusticia!»

«¡Infiltrados, una mancha deshonrosa para Gran Bretaña!»

«¡Infiltrados, una vergüenza!»

Permaneció quieta y callada, con la vista puesta en el fulgor de las forsitias. Cerró los ojos y el amarillo se difuminó y fue pasando a negro. Sonrió al recordar la última vez que Jasper y ella habían salido juntos. Hacía solo dos semanas. Habían escrito en rojo y negro: «Apoyemos a las mujeres de Greenham Common», sobre la mortecina pintura gris verdosa de un puente a doscientos metros de una comisaría de policía. Alice pintaba con el spray y Jasper montaba guardia desde el otro lado de la comisaría. Ya había terminado cuando oyó su señal, un grito que había perfeccionado hasta lograr que sonase como una bocina. Ella se guardó los sprays en la bolsa y, sin mirar atrás, echó a andar por la acera, pensando que Jasper estaría pasando tranquilamente por delante de la comisaría. Entre los dos, probablemente habría dos policías. Pero los pasos que se le

acercaron eran los de Jasper, ligeros y apremiantes. Eso significaba que los policías habían ido en la otra dirección... pero podrían verlos si se daban la vuelta. Jasper y ella se detuvieron y se miraron, llenos de vida, chispeantes y felices, seguros de que cualquiera que los mirase lo adivinaría, simplemente por las ondas de energía que emanaban de ellos. Los ojos de Jasper dijeron: «¿Quieres que...?».

Alice corrió hasta la lisa superficie de pintura verde regularmente iluminada por una farola situada a diez metros de distancia. Los policías, un hombre y una mujer, se alejaban reposadamente en sentido contrario. Jasper se quedó donde estaba. Ella sacó el spray rojo, y en letras de treinta centímetros de altura empezó a escribir: «Las mujeres de Greenham Common...».

Mientras tanto mantenía repartida su atención, mitad concentrada en lo que estaba haciendo, mitad pendiente de Jasper, que de pronto levantó los brazos. Sin volverse a mirar atrás, Alice se precipitó hacia él, con el pesado rumor de pisadas corriendo tras ella. Empezó a escupirles insultos: «¡Bestias asquerosas, fascistas, cerdos, cerdos, cerdos...!». Había alcanzado a Jasper, que le cogió la muñeca con su mano huesuda y juntos corrieron hacia el metro. Pero antes de llegar, doblaron por una calle transversal y luego, antes de que los policías llegasen a esa calle, o eso esperaban, se metieron por otra. Conocían a alguien que vivía en una casa de esa calle. Pero su sangre galopaba veloz, se sentían inspirados y Alice no se sorprendió cuando Jasper dijo: «Arriesguémonos...». Corrieron calle abajo y se adentraron en la avenida principal que estaba repleta de gente, con puestos de pescado y patatas fritas, casas de comidas preparadas, una discoteca, un supermercado, todavía abierto. Una vez más, podrían haber entrado en el supermercado, pero estaban convencidos de que los policías los podían ver claramente y continuaron a la

carrera entre la multitud, que les hizo tan poco caso como esperaban, y cruzaron la calle justo después de cambiar las luces, de modo que los coches que empezaban a moverse tocaron la bocina. Desaparecieron por la escalera del metro. No se habían vuelto a mirar si los policías habían llegado a la avenida principal a tiempo para verlos. Los ojos de Jasper le dijeron una vez más que probarían suerte; subieron tranquilamente por la otra salida del metro y descubrieron a dos policías —otros dos— que se acercaban en su dirección. Tranquilos e indiferentes, Alice y Jasper pasaron de largo. Luego volvieron a bajar al metro y se apearon dos estaciones más allá, donde Alice había visto un puente bajo que cruzaba unas vías de tren junto a una avenida. Mientras tanto ya eran las diez y estaba lloviznando un poco. Esa vez la comisaría de policía estaba bastante alejada. En cambio, continuamente estaban pasando coches. Sobre el puente ya podía leerse, en letras blancas con la pintura corrida y manchada: «Las mujeres estamos hartas».

Se detuvieron cogidos del brazo, de espaldas al tráfico, como si miraran al otro lado de la vía, y Alice, dirigiendo el spray hacia abajo, escribió: «Todos estamos...», y no pudo continuar sin moverse. Se desplazaron un par de pasos, volvieron a detenerse los dos juntos, y escribieron «Hartos. Hartos de...». Otro paso. «Irlanda. Del Sexismo. De...» Se desplazaron. Entonces sus oídos, atentos al menor cambio en el zumbido del tráfico, oyeron que un coche aminoraba la marcha justo a sus espaldas. Los dos se apresuraron a mirar por encima del hombro; no era un coche patrulla. Pero en el asiento delantero había dos hombres que los miraban fijamente.

«... los Trident», acabó de escribir Alice. Y continuaron andando, despacio, muy pegados, conscientes de que el coche los seguía a marcha lenta. ¡Qué embriaguez, qué entusiasmo, qué placer! ¡No había nada igual!

Al recordarlo, Alice sintió un anhelo voraz. Oh, deseaba tanto que Jasper no volviera tarde, que no estuviera cansado, que quisiera salir. Se lo había prometido...

... Habían caminado unos ciento cincuenta metros tal vez. ¡Suerte! ¡Una calle de sentido único! El coche evidentemente no los siguió. Al llegar al final de la calle, regresaron hasta la parada del autobús y continuaron rumbo a Kilburn, donde habían trabajado otras veces.

«¡No a los misiles de crucero! ¡No a los Trident!» Nadie se había fijado en ellos.

Defraudados, drenada su exaltación, decidieron dejarlo y regresaron en taxi a casa de la madre de Alice, donde ella preparó un café y unos huevos revueltos para los dos.

Ya eran las seis y media.

Mary entró, se sentó un momento con Alice, dijo que ella y Reggie se iban al cine. Había comentado el caso de esa chica, Monica; realmente no había ningún sitio, nada en absoluto. Había hecho lo que estaba en su mano, Alice debía comprenderlo.

—No te preocupes —dijo Alice—, se me ha ocurrido algo.

Mary vio el sobre escrito, sonrió y dijo:

—Reggie y yo iremos a la mani de Greenpeace mañana por la tarde.

—Buena suerte —dijo Alice.

—Pero es espantoso, es terrible, la expoliación de nuestros campos...

—Lo sé —dijo Alice—. He ido a algunas de sus manifestaciones.

—¡Has ido! —Alice notó que Mary se sentía aliviada de que tuvieran eso en común; pero Reggie dijo «hola» desde la entrada y Mary desapareció con una sonrisa.

¿Dónde estaban Roberta y Faye? En su rincón de la comuna de mujeres probablemente. ¿Y dónde estaba Philip? Aunque su

novia lo hubiera echado seguía yendo por allí a comer y bañarse, había dicho Bert. ¿Jim? Eso ya era más serio, ¿dónde estaba? La cara sonriente, la voz melosa y burlona... pero ¿qué ocurría en realidad por debajo?

Aparte de que se hubieran apropiado así de su casa, de su hogar.

Preocupaciones y más preocupaciones, pensaba preocupada Alice.

Entonces entró Jasper, sonriente, saltarín, caminando como si bailase y enseguida dijo:

—Oh, qué bonito... —Al ver las forsitias.

Para que vieran; la gente podía decir esto y lo otro de él, pero nadie sabía cuán sensible, cuán amable era. Se agachó y le besó la mejilla; fue un beso tenue como de papel, pero Alice comprendía; como también comprendía el instintivo retraimiento cuando —en muy raras ocasiones— ella simplemente tenía que abrazarlo en un exuberante impulso de cariño, como si sostuviera entre sus brazos a un aparecido, algo frío y gimoteante, un niño perdido. Y él intentaba estar a la altura del repentino estallido de cariño de ella; Alice captaba una valerosa tímida determinación de tolerarlo e incluso la intención de corresponderle. Cosa naturalmente imposible para él... en el aspecto físico; Alice sabía que él experimentaba lo que en ella era cálido afecto como una petición de «eso».

Jasper se quedó pegado a ella, resplandeciente, dando verdaderos brincos, rebosante de orgullo, satisfacción y alegría.

—Veo que todo ha ido bien.

—Treinta libras.

—Mucho, ¿no?

—Me conocían —dijo él con orgullo.

—¿Cómo has estado en la celda?

—Oh, no demasiado mal. Nos dieron de comer... no estuvo mal. Pero he estado con Jack... aunque es un apodo,

¿comprendes?

—Sí, claro. —Alice correspondió a su entusiasmo—. Lo que no sepas... no te perjudicará.

Él se restregó las manos e inició un ligero, ágil, rápido paso de baile alrededor de la cocina hacia las forsitias, que tocó con delicadeza, hacia la ventana, y de vuelta a su lado. Ella puso agua a calentar, echó café en un tazón y se quedó junto a la cocina, para estar de pie y no sentada, mientras él bailoteaba tan electrizada y refinadamente a su alrededor.

—Bert tampoco lo sabe. ¿Dónde está? ¿Y Bert? —preguntó él.

—Pero ya te lo ha dicho, se ha ido a pasar el fin de semana fuera con Pat.

—Oh, claro... el fin de semana... ¿hasta cuándo? —Ahora se había quedado quieto, amenazado, con el ceño fruncido.

—El domingo por la noche.

—Porque vamos a hacer un viaje —explicó Jasper—. Él sabía que nos iríamos, pero no tan pronto. Jack dice...

—Un bonito nombre irlandés —dijo Alice.

Él ahogó una risita, contento de que ella le tirara de la lengua.

—Bueno, Jacks hay en Irlanda. —Y añadió—: ¿Y tú cómo lo has sabido...? Aunque siempre lo sabes todo, ¿no? —dijo, con un dejo de acidez.

—Pero ¿a qué otro sitio podíais ir? —protestó ella, bromeando como hacía siempre que él se quedaba sorprendido ante lo que para ella era obvio—. ¿Tú y Bert os vais a Irlanda, porque Jack es del IRA?

—Tiene conexiones. Está en contacto. Puede organizar un encuentro.

—¡Muy bien entonces! —dijo Alice, y volvió a sentarse después de ofrecerle un tazón de café solo.

Él permaneció callado, quieto un instante. Luego dijo:

—Alice, necesitaré algún dinero.

Alice pensó: Bueno, ya está... con lo cual quería decir que se había acabado esa deliciosa amabilidad. Se hizo fuerte para afrontar una pelea.

—Le devolví a Bert el dinero que te dio para la multa —dijo.

—Tengo que pagar el billete hasta Dublín.

—¡Pero no es posible que te hayas gastado todo el dinero del paro!

Él tuvo un instante de vacilación. ¿Se lo había gastado? ¿Cómo? Alice jamás había logrado comprender qué hacía con el dinero, adónde iba a parar; no había tenido tiempo para... esa segunda vida suya, había estado con Bert, ¡con Jack!

—Le dije a Jack que le pagaría el viaje; la multa lo dejó sin blanca.

—¿También le pusieron treinta libras?

—No, quince.

—He tenido gastos y más gastos —dijo Alice—. Nadie colabora... solo alguna cosilla de vez en cuando. —Al menos Mary y Reggie pagarán, pensó, al menos nadie puede reprocharles eso a los de su clase... Pagarán la cantidad exacta, nada más, ni nada menos.

—No es posible que hayas gastado tanto —dijo Jasper. Por su expresión diríase que ella lo estaba reprimiendo deliberadamente—. Lo vi. Cientos de libras.

—¿Y cuánto crees que está costando todo esto?

Al oír estas palabras, tal como ella esperaba, su mano se cerró sobre su muñeca, firme y lacerante.

—Mientras tú juegas a las casitas y jardines, tirando el dinero en porquerías, la Causa tiene que sufrir, pasar sin dinero —dijo.

Sus ojitos azules hundidos en las profundas depresiones de piel muy blanca y brillante la miraron fijamente, sin parpadear, mientras aumentaba la presión de la mano. Pero ella había quedado inmunizada tiempo atrás contra esta acusación

concreta. Sin ofrecer resistencia, dejó la muñeca muerta dentro de su círculo de hueso, le devolvió firmemente la mirada y respondió:

—No veo ninguna razón para que tengas que pagar el viaje del camarada Jack. Ni sus gastos. ¿Qué habría hecho para pagarse el viaje si no se hubiera encontrado contigo?

—Pero solo irá hasta allá por nosotros... para que podamos establecer contacto.

Ella se forzó a presentar batalla.

—Esta semana has cobrado el dinero de tres semanas. Tenías ciento veinte libras y pico. Y, además, yo te he pagado la multa. Como máximo puedes haberte gastado veinte libras en billetes de tren y comida.

Él la detestaba absolutamente, y lo demostraba, cuando hacía eso, cuando le daba a entender que llevaba esa callada cuenta minuciosa de sus gastos, de lo que debía de haber estado haciendo. Se puso blanco de odio. Sus finos labios rosados, que ella generalmente adoraba por su delicadeza y sensibilidad, se tensaron en una línea incolora y entre ellos asomaron unos afilados dientes descoloridos. Parecía una rata, pensó serenamente Alice, consciente de que por eso no menguaba ni un ápice su amor por él.

—Por qué no vas y le sacas algo más a tu condenada madre, sácaselo a ella. O a tu padre.

Alice no le había dicho exactamente de dónde había conseguido todo el dinero que había gastado tan generosamente en la casa, pero él lógicamente lo había adivinado.

—Lo haré —respondió ella sin alterarse—. Cuando lo considere posible. Pero ahora mismo no puedo.

Él le soltó la muñeca y se levantó.

Ahora me castigará, cogerá sus cosas y se irá a dormir a otro cuarto.

Un largo silencio, mientras él jugueteaba desconsoladamente con sus manos.

—Salgamos a comer algo —sugirió afligido.

—Sí, vamos.

Alice sintió remontar nuevamente su ánimo, aunque él no había mencionado para nada las pintadas, y eso que había visto las frases garabateadas en el sobre encima de la mesa.

—Lo siento, Alice —dijo amablemente él—, pero no saldremos a hacer pintadas esta noche. No tendría sentido; no quiero llamar la atención justo antes de un momento tan importante.

—Claro, tienes toda la razón —dijo ella, mientras pensaba que en muchos años de hacer pintadas, de revolotear cerca de la policía y de azuzarla con su proximidad, solo los habían cogido cuando ellos lo habían querido. Esa era la pura verdad.

Jasper quería hablar de los dos días pasados en Melstead, de los piquetes, de la excitación de todo el asunto, la detención, la noche en la celda... y de Jack. Fueron a un restaurante indio, donde él charló y charló, mientras ella lo escuchaba con gran atención, uniendo a sus palabras las imágenes que se había formado de todo ello. Alice pagó la comida. Fueron a un pub y él bebió su acostumbrado vino blanco y ella zumo de tomate.

De vuelta en la casa, ella aguardó, tensa, a ver si él se llevaba sus cosas a otro cuarto, pero Jasper no dijo nada y se deslizó simplemente en su saco con un suspiro que la tranquilizó; el suspiro de un niño que ha encontrado un lugar seguro.

No había dicho nada más sobre el dinero, pero ahora volvió a la carga. Por eso no se había llevado sus cosas.

Estuvieron discutiendo tenazmente en el cuarto a oscuras, mientras las luces correteaban por el techo. Por fin, ella accedió a darle el dinero para el billete de Jack. Sabía que, por algún motivo, para Jasper era importante obtenerlo de ella. Esencial. Entre ellos siempre se habían planteado esas

ocasiones en que ella tenía que ceder, contra toda razón, contra el sentido común: él, simplemente, tenía que ganar. Sabía que él tenía cien libras, probablemente más. Tal vez incluso muchísimo más. Una vez le había dicho, en uno de esos arranques de provocadora crueldad que le cogían a veces, que había estado ahorrando secretamente todos esos años, para tener dinero suficiente «para librarme de ti de una vez».

Cuando lo pensaba, esto carecía de todo sentido para ella, pero Alice sentía la fuerza de la amenaza.

La madre de él... Bueno, Alice no quería ni pensar en todo ese rollo psicológico, pero no era raro que Jasper tuviera problemas con las mujeres.

Por la mañana, después del café del desayuno, Jasper permaneció callado y abominablemente pegado a ella hasta que le dio el dinero para el viaje a Dublín. Después dijo que iría a ver a Jack para hablar de lo que harían. Si no volvía esa noche, regresaría al día siguiente y si se retrasaba, ella debía decirle a Bert que partirían para Irlanda el martes temprano.

Se marchó. Alice pensó: Entonces es una de sus salidas... se va de ligue, de pesca... No lo creía. No correría ese riesgo, no con todo el corazón puesto en el viaje a Irlanda. Entonces, ¿Jack era como él...? No, seguro que no. Había hablado de Jack como hablaba de Bert, como hablaba de todos los hombres con quienes mantenía esa relación particular: de admiración, de dependencia, pasiva diríase..., pero ¿quién llevaba ahora la voz cantante, quién hacía ir a Bert a Irlanda e inducía a Jack a acompañarlos? No, no era nada sencilla esa historia del hermano menor.

Alice tenía todo el día por delante. Se había quedado prácticamente sola.

Philip había subido al desván; tendría que ir a ayudarle, a

hacerle compañía, o empezaría a sentirse mal otra vez. Jim... ¿dónde estaba Jim, qué le pasaba? No había estado en la casa desde el día anterior.

¿Faye y Roberta? Las había oído regresar muy tarde. Pat había dicho que iban al cine a la sesión de medianoche y luego empalmaban con alguna fiesta. Su otra vida: las mujeres. El mundo cerrado, dulzón, chismorreante —en opinión de Alice —, pegajoso, claustrofóbico, de las mujeres. ¡Eso no era para ella! Pero allá ellas si les gustaba. Que florezcan cien flores y todo eso... Las diez de la mañana, y Mary y Reggie seguían en la cama. Mary había bajado, había preparado dos tazas de café, se las había llevado arriba y allí estaban acostados, sin duda, uno junto a otro, en esa sorprendente cama de matrimonio, con un cabezal como es debido y pequeñas mesillas de noche incorporadas. Solo de pensar en esa cama, en la vida que implicaba, Alice ya se sentía amenazada. Condenados a pasar toda una vida los dos juntos en esa cama, bebiendo tazas de café y mirando a las personas que no eran como ellos con esa expresión de cauteloso rechazo.

De dónde podría sacar el dinero. De dónde. Tenía que conseguirlo. Tenía que encontrar dinero. Era preciso.

Domingo.

Cielo santo, solo era domingo, habían pasado seis días desde su partida con Jasper de casa de su madre, de su hogar. En tan corto tiempo había conseguido todo eso. Rebosante de energía, subió al desván a ver a Philip en su mono blanco, un valeroso maniquí moviéndose bajo las vigas. Se notaba un terrible olor a podredumbre.

—Habría que cambiar dos de estas vigas —dijo él—. Podredumbre seca. Toda la casa se vendrá abajo.

Dinero. Tenía que encontrar dinero.

Era demasiado pronto para pedírselo a Mary y Reggie. En algún momento tendría lugar una negociación. Ya podía ver sus

caras, las caras de la maldita clase media cuando tocaba hablar de dinero. Cielos, cómo odiaba a las clases medias, escatimando el céntimo, soltando el dinero con cuentagotas, siempre pendientes de ahorrar y acumular, ahorrar... pensó Alice, con la bilis en la boca, mientras contemplaba una viga de unos treinta centímetros de ancho de aspecto gris y escamoso, surcada de fibras amarillentas: la podredumbre seca en persona, que si la dejaban extendería sus tentáculos por toda la madera, luego descendería por las paredes hasta el piso de abajo, propagándose como una enfermedad...

Alice pensó: Llevo años viviendo así. ¿Cuántos? ¿Son doce, ya? No, catorce... no, más... Todo el trabajo que he hecho para otros, organizando las cosas, haciéndolas realidad, cobijando a los que no tienen hogar, dándoles de comer... y casi siempre, pagando los gastos. ¿Qué tendría ahora si hubiese apartado una parte, aunque solo fuera un poquito, de ese dinero para mí? Aunque solo tuviera algunos cientos de libras, quinientas o seiscientas, ya no me vería así, enferma de angustia...

—¿Cuánto costará cambiar estas dos vigas? —preguntó Alice preocupada.

—La madera, unas cincuenta... de segunda mano. Aunque probablemente podría encontrar la que necesito en un contenedor, si pudieran prestarnos otra vez el coche. En cuanto al trabajo... —añadió con una risita de desafío.

—No te preocupes —dijo Alice. Estaba pensando: Y necesitará ayuda. Es imposible que pueda colocar en su sitio esas gruesas vigas, que se ponga a levantar vigas a pulso; necesitará un andamio o algo así. Eso representa dinero.

Bajaría a pedírselo a Mary y a Reggie.

Encima de la mesa, una nota: «Hemos ido a la mani de Greenpeace. Cariños, Reggie y Mary». La letra era de él. ¡Cariños! Alice se sentó a la mesa y contó cuánto le quedaba. Tenía treinta y cinco libras.

Subió otra vez y estuvo trabajando con Philip, retirando los trastos de la buhardilla. De dónde salía todo eso, siempre basura y más basura, sacos llenos otra vez, ropas viejas, la mayoría hechas harapos, y una alfombra vieja, perfectamente aprovechable, más ropas viejas. Trastos. ¿Trastos? En el fondo de un viejo baúl metálico, debajo de varios zapatos agrietados y rotos, había varias capas de tela fina y suave, vestidos envueltos en papel de seda negro. Trajes de noche. Alice los tiró por la trampilla y saltó detrás para echarles una ojeada. ¡Vaya, vaya! Tres trajes de noche realmente hermosos, cada uno envuelto por separado en el papel de seda negro. De principios de los años treinta. Uno era negro y naranja, con encajes amarillos ribeteados de oro. Tenía un corpiño liso y recto hasta las caderas y después se ensanchaba en multitud de pequeñas puntas, como pétalos. El olor metálico del encaje dorado le provocó un cosquilleo en la nariz.

Alice se apartó de la trampilla de la buhardilla para situarse lejos de la vista de Philip y se quitó la camiseta. Se deslizó el elegante vestido por encima de la cabeza. No le pasaba por las caderas y se le quedó atascado en un grueso rollo en la cintura. En la casa no había ningún espejo y no pudo comprobar el aspecto de sus brazos y sus hombros, pero observó sus rudas manos pecosas tirando del rollo de tela y sintió que el vestido empezaba a imponerse sobre ella, como un impostor que exigiera su aceptación. Se lo quitó molesta y se puso otra vez la camiseta, con un sentimiento de propiedad y hasta de virtud, como si se hubiese dejado tentar fugazmente por lo prohibido. No se probó el *chiffon* color albaricoque, con cuadros de cuentas plateadas en el delantero y la espalda, algunas sueltas, otras desaparecidas como si un insecto devorador de cuentas hubiese hecho de las suyas. Sostuvo junto a su cuerpo el vestido de encaje verde salvia con la falda ondulante. El corpiño era muy estrecho, con una «uve» rosa pálido para

preservar la modestia en el frente y la espalda escotada hasta el cóccix, con otra pequeña «uve» también allí. Y también había vestidos de tarde, estilo New Look, bastante nuevos y en buen estado. ¿Quién los habría dejado allí, sintiéndose incapaz de tirarlos? ¿Quién los había olvidado y se había marchado olvidando todos esos baúles allí arriba? Le mostró los vestidos a Philip, que se rió de ellos, pero cuando le dijo que obtendría algo, bastante, por ellos, se encogió de hombros, con involuntario respeto.

Alice los metió en una maleta y cogió el autobús hasta Bell Street, para llevarlos a una tienda donde su madre, en un apuro, había vendido algunos de sus vestidos. Había obtenido más de cien libras.

Domingo. Los mercados estaban a tope. La mujer de la tienda de ropas antiguas ya estaba ocupada con una clienta que quería llevarse un vestido de *crêpe* de China blanco de los años veinte con gruesas rosas costrosas de lentejuelas doradas alrededor de las caderas. Pagó noventa libras por él. Y tenía una mancha en el hombro, la cual dijo que disimularía con una rosa dorada.

Alice se adelantó con su maleta, vio entrecerrarse de codicia los ojos de la mujer al ver su contenido. Alice estaba decidida a sacarle hasta el último penique que pudiera conseguir. Regateó con firmeza por cada prenda, sin perder de vista los ojos de la mujer, que la delataban. Unos ojos astutos, bizqueantes, acostumbrados a escudriñar en busca de pequeñas puntadas, un minúsculo desgarrón, la colocación de un parche bordado. Cuando Alice sacó el vestido de *chiffon* naranja con las cuentas de plata, a la mujer se le escapó un suspiro y su lengua, ancha y pálida, asomó entre sus labios.

Alice consiguió sesenta libras por él, a pesar de que la mujer no cesaba de repetir que una modista experimentada tendría que reemplazar las cuentas que faltaban y eso costaría... Alice no tenía idea de cuánto costaría. Alice sonrió educadamente,

asintió con la cabeza, y no cedió.

Regresó a casa con doscientas cincuenta libras, segura de que la mujer vendería esas ropas por cuatro veces más. Pero estaba satisfecha.

No le diría nada a Jasper. Lo cual significaba que, por lealtad, no podía decirle nada a Philip, quien de todos modos tampoco le habría creído. Le dijo que había obtenido ciento cincuenta libras, le dio cien, y le oyó soltar un leve suspiro; distinto de la brusca emisión de aliento de la mujer de la tienda. Como una criatura, como Jasper al meterse en su saco de dormir la noche pasada, de vuelta al hogar, a un lugar seguro.

Bueno, eso les permitiría ir tirando pero no durante mucho tiempo. Philip y ella gastaron sesenta libras esa misma tarde en un calentador de gas de segunda mano. Y cinco libras para el transporte. A finales de semana tendrían agua caliente. Calefacción incluso, si los radiadores que no habían sido robados no se habían estropeado con el abandono.

Aunque la calefacción no le preocupaba a Alice, ni siquiera después de vivir cuatro años en la calefaccionada casa de su madre. Había aprendido a adaptarse a temperaturas distintas. Antes de irse a casa de su madre había pasado un invierno en una casa ocupada que no tenía ningún tipo de calefacción. Simplemente se ponía mucha ropa y se movía todo el rato. Jasper se quejaba, le habían salido sabañones, pero hasta él lo había soportado; sin embargo, ese era uno de los motivos por los cuales se había alegrado de vivir con la calefacción de su madre, después de pasar un frío invierno.

Alice estuvo trabajando con Philip hasta entrada la tarde, haciéndole de ayudante, ofreciéndole las herramientas, apuntando firmemente la luz de una potente linterna. Observando sus diestras manos finas blanqueadas por la luz, comprendió que ese hombre podría haber sido, debería haber

sido, algún tipo de delicado y minucioso artesano, que no debía haber tenido que forcejear nunca con tuberías, tablas de parquet, vigas que parecían pesar más que él. El despilfarro que eso representaba encendió en ella la indignación que la mantenía en funcionamiento, llenó su mente de pensamientos que justificaban todas sus acciones: un día sería imposible que personas estupendas como Philip vieran malbaratadas sus capacidades, se vieran aplastadas, insultadas por las circunstancias; un día —y gracias a ella, Alice, y a sus camaradas— las cosas cambiarían.

A medianoche supo que Jasper no regresaría. Su corazón inició un quedo lamento privado que reprimió avergonzada. Cocinó unos huevos con tocino para Philip y cuando él subió a acostarse se quedó esperando, no solo a Jasper sino también a Jim. ¡Problemas! Los palpaba en el aire.

Mary y Reggie entraron sonrientes y resplandecientes, con esa particular expresión del manifestante satisfecho. Se sentaron con Alice y, mientras tomaban café, le contaron que centenares de personas habían desfilado en Londres contra la polución de un determinado tramo de costa. Dejaron a Alice con una pequeña pila de folletos y octavillas y, ante la noticia de que el agua caliente pronto formaría parte de las comodidades de la casa, Reggie comentó que tenían que hablar de cuestiones económicas. Subieron muy juntos los dos. Alice comprendió que iban a hacer el amor. Bueno, entonces se quedaría ahí abajo un ratito más.

Mary y Reggie bajaron de nuevo, todo sonrisas, para interesarse por las ropas, los trastos viejos, que llenaban el descansillo del tercer piso. Alice había olvidado su intención de recogerlo todo, dijo que lo haría al día siguiente. Más sonrisas y los dos volvieron a subir.

¿Y si yo no lo recojo?, pensó Alice. ¡Ellos naturalmente no lo harán! ¡Ni se les ocurriría! Yo he creado el desorden y, por

tanto, yo tengo que arreglarlo. Oh, sí, ya los conozco, me conozco a esos dos, conozco a las clases medias... que los zurzan a todos.

Pero mientras permanecía allí sentada, pensando en todos esos desechos que sería preciso empaquetar y transportar hasta abajo para depositarlos en el jardín y que luego se los llevaran los basureros, a quienes habría que pagar, una nueva idea sacudió sus pensamientos. Al ver esos exquisitos trajes de noche, los había tirado por la trampilla y había saltado tras ellos. Pero no había terminado de examinar lo que había en la buhardilla. Ahí arriba quedaban otras cajas, baúles, hatillos. Tal vez hubiera muchas más ropas antiguas, mucho más dinero.

Subió corriendo, sin acordarse para nada de Mary y Reggie en su habitación, situada debajo de una parte de la buhardilla, y trepó a toda prisa por la escalera plegable, que seguía en su sitio, pues Philip no había terminado. Encendió la linterna. De hecho, ya habían abierto la mayoría de las cajas. Pero en el fondo de la buhardilla, en la parte donde el techo era más bajo, había tres anticuados baúles, de los que la gente llevaba antes en los cruceros, «para el uso durante la travesía». Estaban hechos de alguna fibra, pintada de un brillante color castaño, ahora deslucido y apagado, reforzada con tiras de madera. Alice los abrió bruscamente, uno, dos, tres, con el corazón palpitante. En el primero había periódicos. ¿Periódicos? Se arrodilló junto al baúl y empezó a apartar violentamente los papeles, hurgando más y más hondo, registrando los rincones. Pilas de diarios amarillos y nada más. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué lunático...? En el segundo había diarios y debajo libros. Ningún libro especial, ningún tesoro, solo la colección reunida al azar por alguna familia. Libros viejos, descoloridos. *El talismán,* con la cubierta de cartón marrón roída. *Pequeñas joyas de la Biblia.* Henty. *Ella amó, y perdió... El tesoro de Sierra Madre... El ganchillo fácil.* Una colección de Dickens.

Podría conseguir una o dos libras por el lote. Pero había otro baúl. Lo abrió anhelante, vio que estaba vacío, con solo media docena de viejos frascos de mermelada rodando en su interior.

Un acceso de rabia la estremeció. En un instante estuvo de pie, dando patadas a los baúles, luego empezó a arrojar y desparramar los libros, diarios y frascos por toda la buhardilla, gritando insultos contra las personas que habían dejado esas porquerías ahí arriba.

—Cochinos de mierda —gritaba—. Mierda de fascistas. Os mataré, os machacaré... hasta... haceros pedazos...

La furia continuó y entonces oyó que la llamaban:

—Alice, Alice, ¿qué pasa?

—Malditos asquerosos acumuladores de clase media... —Y los diarios, frascos, botas, harapos fueron precipitándose por la trampilla para ir a caer alrededor de Mary y Reggie.

—¿Qué ocurre, podemos ayudarte?

Alice vio las dos caras agitadas, preocupadas, vueltas hacia arriba, una junto a otra, iluminadas por su frenética, ondulante linterna, y de pronto se echó a reír. Ahí encima de sus cabezas, empezó a desternillarse de risa.

—Oh, Alice —exclamó Mary.

—Oh, Alice —chilló Reggie en tono amonestador, airado, reprensivo. Y Alice se echó al suelo, se dejó rodar hasta la trampilla, se agarró a los bordes con sus fuertes manos y se dejó caer para aterrizar junto a Mary, junto a Reggie, riendo y señalándolos con el dedo.

—Si pudierais veros, si solo pudierais ver...

Y empezó a pasearse carcajeando entre los sórdidos montones, dando puntapiés a zapatos y ropas. Hubo un desparramamiento de vidrios rotos.

Mary y Reggie se miraron, la miraron a ella, y se metieron apresuradamente en su dormitorio. El sonido de esa puerta al cerrarse, educado y contenido a pesar de todo, la hizo reír otra

vez. Se dejó caer al suelo, entre todos los trastos, y rió hasta no poder más. Y entonces, al mirar hacia la buhardilla, descubrió la luz de la linterna, que iluminaba las vigas inclinadas del techo y permitía ver las dos vigas podridas, que incluso desde ahí abajo y bajo esa luz tenían un aspecto pútrido.

Volvió a subir y, resistiéndose a mirar las peligrosas vigas, comenzó a cerrar pausadamente los baúles y a ordenar un poco. ¿Lo retiraría realmente todo? ¿Para qué? ¿Para quién?

Apagó la linterna y la dejó exactamente donde la había encontrado, para Philip. Abandonó la buhardilla, esta vez por la escalera, y luego apiló a puntapiés todos los trastos en un gran montón junto a la barandilla. Estaba haciendo un ruido espantoso, pero y qué. Les irá bien, pensó. Un día Mary y Reggie dirán: Sí, intentamos vivir en una comuna, lo probamos de buena fe, pero tenemos que...

Volvió a desternillarse de risa. Bajó dando aullidos, sollozando de gozo. Si podía hablarse de gozo; al escuchar esos tristes gemidos, se dijo: Estaré riendo por el lado equivocado de la boca...

A las tres de la madrugada se acostó sola y se prometió dejar pintada al menos una habitación el día siguiente. Esa misma tal vez. Sabía que Jasper se alegraría, aunque pareciera burlarse. Durmió a rachas, con el pensamiento puesto en Jasper, en lo que estaría haciendo, con quién, se levantó muchas horas antes de que probablemente lo hiciera ninguno de los demás, retiró del cuarto lo poco que en él había, subió los caballetes y las pinturas y los rodillos de Philip, frotó el techo y las paredes con un trapo atado a la punta de una escoba, barrió la película de polvo que quedó en el suelo. No eran más que las siete.

Sentada a solas en la cocina con su café mientras contemplaba las doradas forsitias, Alice se sintió rebosante de salud, de energía, de éxito. Si Jasper hubiese estado allí, no habría podido hacer eso, habría tenido que adaptar su ritmo al

suyo... a veces, muy raras veces, le pasaba por la cabeza este pensamiento: Si estuviera sola, si no tuviera que preocuparme por Jasper... Raras veces, y esa era una de aquellas ocasiones, era consciente de estar atada a él por lo que parecía una tensa cuerda de ansiedad que vibraba al compás de las necesidades de él y nunca de las suyas propias; cómo la afligía él, cómo la deprimía. ¿Y si lo dejara? (¡Porque él jamás la dejaría!) Si encontrase un lugar para ella sola, con otros camaradas naturalmente... Bueno, se había mudado tantas veces que no representaría nada, podría hacerlo fácilmente. Sin Jasper. Se quedó sentada en silencio, su pecosa mano de chiquilla apenas cerrada en torno al gran tazón marrón, como si este hubiese aterrizado allí, los ojos prendados de las benditas, benefactoras forsitias que llenaban toda la cocina de energía, de placer. Sin Jasper. Empezó a agitarse con incómodos, inquietos movimientos pequeños y su respiración se hizo más acelerada, luego se redujo a un suspiro. ¿Cómo podría vivir sin Jasper? Era verdad lo que decía la gente; eran como hermanos. Pero suponiendo... la idea de otro hombre la obligó a sacudir con incredulidad la cabeza. Y no porque no se le hubiesen acercado muchísimos a preguntar: «¿Por qué Jasper, por qué no yo?». A decirle: «Pero él no te da nada».

Pero sí se lo daba; ¡se lo daba! ¿Cómo podría dejarle?

Despacio, se levantó de la mesa, lavó la taza y se quedó un rato absolutamente inmóvil, con la mirada perdida. Siempre se me olvida que va pasando el tiempo, pensó. Ya tenía más de treinta años. Bastantes más, ya había mediado la treintena... Treinta y seis años, para ser exacta. Si quería tener una criatura algún día... no, no; los revolucionarios de verdad, los revolucionarios responsables no debían tener hijos. (¡Pero los tenían!)

Rechazó toda esa maraña de pensamientos y subió la escalera a toda prisa como si en la habitación la aguardase algún deleite

o placer y no la dura tarea de pintar.

Estuvo trabajando sin parar hasta dejar terminada la primera capa. Una nueva blancura cubría los techos y las paredes antes cubiertos de mugre y polvo. Algunas personas se conformarían con eso, pero no Alice; daría una segunda capa. Iba y venía por encima de los diarios que cubrían todo el suelo, algunos con fechas de los años treinta, incluso de la guerra. «¡Segundo Frente!» en grandes negritas desapareció debajo de otra hoja, y «Attlee promete...». No le interesaba lo que hubiera prometido Attlee o ningún otro. De vuelta en la cocina, se tomó un descanso y pensó: A mediodía tendré acabado nuestro cuarto, podría hacer otro. A ver, para la sala de estar necesitaré ayuda. El que está peor es el de las chicas, el dormitorio de Faye y Roberta. Voy a echar una mirada rápida ahora mismo...

Estaba segura de que no habían vuelto, pero de todos modos llamó a la puerta para cerciorarse. Silencio. Entró, y como tenía la mirada puesta en el techo y las paredes no advirtió enseguida que, después de todo, ellas estaban allí, dos pequeños bultos agazapados bajo las mantas, chales y todo tipo de retales y trozos de tela, la mayoría floreados. Roberta, importunada en su sueño pero sin saber por qué, había sacado los brazos para desperezarse, después se sentó, sus pechos de mujer hecha bamboleándose, y miró con desagrado a Alice, quien dijo:

—Lo siento, creí que no estabais.

—¡Y estamos! —Pero la mirada de desagrado, en la que Alice temió ver la expresión de lo que Roberta sentía por ella, fue reemplazada por su expresión más amistosa y se incorporó, buscando a tientas los cigarrillos.

Por la tensa actitud del bulto de Faye, Alice comprendió que estaba despierta.

—Estoy pintando nuestro cuarto —explicó en tono razonable —. Dentro de un par de horas habré terminado y he pensado

que podría hacer también el vuestro, si queréis.

Al oír esto, Faye se incorporó, apartó bruscamente las mantas, en un mismo gesto, como una nadadora que aflora a la superficie, y fulminó a Alice con la mirada como había hecho con la pobre Monica.

—No —dijo con voz fría y seca—. No pintarás este cuarto, Alice. No lo harás. Nos dejarás en paz.

—Faye —dijo quedamente Roberta—. No pasa nada.

—¡No, sí que pasa! —chilló Faye—. Vete a pintar tu maldita habitación, Alice. Y mantén tus manitas de mierda lejos de nosotras, ¿me oyes?

Alice, muy acostumbrada a esas situaciones, se mantuvo firme sin darse por aludida, no se mostró dolida ni ofendida, ni ninguna de las cosas que Faye quería que sintiera. Un diez para Roberta, pensó. Imagínate, tener que soportar a Faye a todas horas.

—No te preocupes, Faye —dijo—. Naturalmente, no lo haré si no queréis. Pero este cuarto está en bastante mal estado, ¿no os parece?

Y examinó con interés las paredes que, bajo la intensa luz matutina —el sol acababa de abandonar una de ellas—, parecían a punto de echar hongos.

Faye y Roberta, sentadas una junto a otra, se quedaron mirando a Alice, tan distintas de Mary y Reggie que a Alice incluso le hizo gracia —por dentro, naturalmente; no dejó que se notara—. Y su corazón suspiró por las chicas. Mary y Reggie —esos amitos de casa, como les llamaba despectivamente Alice para sus adentros—, sentados muy tiesos en su cama de matrimonio, examinándola, sabían que nada podría amenazarles realmente, jamás. Pero Roberta, pese a toda su hermosa, morena solidez, pese a su actitud maternal, y Faye, acurrucada como un frágil polluelo o un pequeño pajarillo junto al amplio hombro de Roberta, eran vulnerables. Sabían

que cualquier cosa y cualquiera, incluso Alice, podía abalanzarse sobre ellas como una pala excavadora y aplastarlas haciéndolas pedazos.

—No hay problema —dijo suavemente Alice, con infinita compasión—. No os preocupéis. Lo siento. —Y salió. Cuando se cerró la puerta oyó los chillidos de la voz de Faye y los sonidos consoladores y apaciguadores de la voz de Roberta.

Alice volvió a dar la segunda capa y a sus equilibrios encima de los caballetes, y por primera vez se dijo: Soy tonta. A ellas les gusta. A Roberta y desde luego a Faye les gusta vivir en medio de la mugre. Estuvo examinando un rato esa idea, mientras iba extendiendo una nueva capa de blanco para reforzar el blanco ya existente sobre su cabeza, apoyando levemente un nudillo en el techo para mantener el equilibrio. Les gusta. Les hace falta. Si no les gustara, ya habrían hecho algo para remediarlo hace tiempo. No es difícil tener las cosas limpias y arregladas, así que si no lo han hecho es porque no han querido.

Le concedió abundante tiempo y margen de acción a este pensamiento. Pero Jim, no, a él no le gustaba, bastaba ver su alegría cuando empecé a poner orden. No le gustaban esos horribles cubos allí arriba, sencillamente no sabe cómo hacerlo... Jim carece de la experiencia de la gente de clase media (cuán a menudo había oído decir esto en casa de su madre); se siente impotente, no sabe cómo funcionan las cosas. Pero Faye y Roberta... Bueno, no son de clase media, para no decir algo más fuerte, pero sin duda... Sí, ya habían adquirido los conocimientos, la experiencia necesarios, de modo que si no habían arreglado las cosas era porque no habían querido.

Imagínate, querer vivir en ese cuarto, en ese horrible cuarto, con las paredes como estercoleros, ¿qué ha ocurrido ahí dentro, qué han estado haciendo en ese cuarto? Bueno, probablemente no había sido Roberta. Faye. Cualquier cosa que no funcionara,

cualquier cosa lamentable y espantosa, tenía que ser obra de Faye, jamás de Roberta. Probablemente durante uno de esos cambios de humor de Faye... todo tipo de cosas espantosas habían ocurrido y entonces, Roberta, allí, intentando solucionarlo: Faye, cariño, no es nada, no hagas eso, Faye, Faye, por favor, tranquilízate, cariño...

Alice terminó de dar la segunda capa a mediodía, lavó el rodillo, tapó los botes de pintura, los trasladó a un cuarto del piso de arriba. Mientras Philip dormía, mientras Mary y Reggie dormían, mientras Roberta y Faye dormían (no habían salido de su cuarto), ella había pintado toda una habitación. Y lo había hecho bien, sin chorretes ni rincones olvidados, y todos los diarios ya estaban recogidos, listos para tirarlos a los cubos de basura, que no tardarían en llenarse otra vez.

Alice se preparó unos huevos, bebió un té y se lavó con agua fría, de pie dentro de la bañera. Luego, bien limpia y acicalada y con su bonita blusa con el estampado de pequeñas florecitas rosas y el pulcro cuello redondo, salió de la casa y se dirigió a la casa vecina, al número 45, como si hubiera estado planeándolo durante todo el día.

Estaba segura de que el camarada Andrew no estaría todavía en la cama, aunque los demás lo estuvieran.

Aproximadamente, dos terceras partes de las bolsas de desechos habían desaparecido y la fosa que ella había visto parecía no haber existido nunca, oculta bajo un lecho de hojas secas entre las que hurgaban un par de mirlos.

La puerta se abrió y dejó ver a una mujer joven, a la vez alta y delgada, y fofa y voluminosa, pues llevaba un traje de combate verde caqui, parecido a uno que había visto no hacía mucho Alice en una tienda de excedentes del ejército.

—Soy Alice —confirmó cuando la otra declaró:

—Tú eres Alice. —Para añadir a continuación—: Yo me llamo Muriel.

Con una amable sonrisa, Muriel se hizo a un lado para que Alice pudiera entrar en el vestíbulo, donde no quedaba ni rastro de los paquetes de octavillas o de lo que fuera. En el número 45 no había ninguna alfombra, por lo demás los dos vestíbulos eran idénticos. Hasta había una escoba apoyada en un rincón.

—¿Puedo ver al camarada Andrew?

—Creo que está durmiendo —respondió decepcionantemente Muriel, y al ver la explícita cara de Alice se apresuró a añadir —: No regresó hasta las tres de la madrugada y esos barcos del Canal...

Después de ofrecerle esta información, a la que Alice no creía tener derecho, Muriel dijo, con cara de irritada culpabilidad a causa de la mirada crítica de Alice, que iría a comprobarlo. Se dirigió a la puerta de la habitación en la que había estado Alice y levantó la mano como para llamar. Rascó delicada, por no decir íntimamente, la puerta con el dedo índice. El frío y terrible dolor que ella nunca se confesaba que fueran celos asaeteó a Alice. Creyó que se desmayaba. Ciertamente, le daba vueltas la cabeza y cuando se sintió más despejada, Muriel seguía allí, con una sonrisa satisfecha, y continuaba rascando con el índice levantado, como el pico de un pájaro. Sí, parecía un ganso, o, mejor aún, una cría de ganso, abultada y deforme; como un príncipe alemán, con una suave, compacta, abultada caída del pecho y una nariz prominente y labios voraces en la cara. Una cara que se volvió hacia Alice con una sonrisa complacida.

—Ahora lo oigo, se ha movido. —Como si el mero hecho de que el camarada Andrew se hubiera movido ya constituyese una prueba de su superioridad, la cual ella estaba dispuesta a compartir generosamente con Alice.

La puerta se abrió y el camarada Andrew apareció ante ellas, parpadeante y con los labios enrojecidos. Llevaba unos

pantalones arrugados y una camiseta blanca que necesitaba un lavado. Alice volvió a oler a alcohol y reprimió su desaprobación; debía de estar cansado, después de regresar tan tarde. Él le sonrió a Muriel de una forma que Alice no tuvo ganas de analizar, después la vio a ella y la saludó con una familiar inclinación de cabeza, indicándole que pasara.

Alice entró en el cuarto y el hombre cerró la puerta, con una sonrisa para Muriel, a quien dejó fuera.

Todos los grandes paquetes excepto dos habían sido retirados de esa habitación. Adosada a una pared había una cama plegable baja cubierta solo con una manta roja. Estaba deshecha; claro que él se había levantado deprisa para responder al arañazo en la puerta. Encima había una almohada sin funda y el anticuado forro de cutí listado tenía un aspecto grasiento. El pequeño cuadro de la cama difería de la impersonalidad del resto del cuarto y sugería una vocinglera e incluso brutal masculinidad.

Sin disimular sus bostezos, el hombre se sentó en una antigua poltrona a un lado de la chimenea apagada. Ella ocupó otra en el lado contrario.

—He estado en Francia —anunció con desenvoltura él—. Solo un viaje rápido.

Ella se descubrió observando a hurtadillas la cama, que tenía todo el aire de proceder de un país extranjero. O tal vez de un clima moral distinto, como el de una guerra, o de una revolución. Él la vio examinar la cama. Todavía estaba despertándose. De pronto se levantó, se dirigió hacia la cama, alisó la manta roja, escondiendo debajo la fea almohada. Volvió a sentarse.

—Me he deshecho de lo que viste en ese hoyo de ahí fuera —señaló—. Se lo han llevado a donde pueda ser de utilidad.

—Oh, qué bien —respondió con indiferencia Alice. Lo cierto era que él podía haberlo hecho sacar o no de allí, habérselo

llevado o no; pero ¿qué más daba? Alice no quería saberlo.

—Debes de estarte preguntando qué era. Bueno, cuanto puedo decirte es que es algo que con muy poca cantidad permite conseguir grandes cosas.

Un sutil desdén empezó a crecer dentro de Alice, a causa de su torpeza.

—En mi opinión —dijo muy seria—, cuanto menos enterada esté la gente de estas cosas, mejor. —Con lo cual quería decir, cuanto menos enterada estuviera ella.

Los ojos de él se achicaron y su mirada se endureció, después esbozó una envarada sonrisa.

—Tienes razón, camarada. Creo que me has encontrado con la guardia baja. Soy un hombre que necesita dormir. Siete horas de cada veinticuatro o no funciono a pleno rendimiento.

Alice asintió, pero lo examinaba con ojos críticos. Empezaba a no encontrarlo nada impresionante. Un hombre bajo y grueso, con una barba de un día. El pelo, muy corto, aparecía aplastado en algunos puntos, como el pelaje de un animal cuando está indispuesto. De él emanaba un aliento rancio, agrio, desordenado, que quizá no se debiera solo a que había bebido de más. Debería vigilar su peso.

—Me alegra que hayas venido, camarada Alice. Empezaba a tener ganas de comentar algunas cosas contigo. —Con estas palabras se levantó y fue a buscar los cigarrillos de su mesa y permaneció de espaldas a ella mientras completaba la tarea de llevarse uno a la boca y encenderlo. Este procedimiento, durante el cual pareció recuperar su compostura, una rápida, eficiente, bien pensada serie de movimientos, apaciguó el espíritu crítico de Alice. Bueno, a pesar de todo, es auténtico, se dijo, y se permitió confiar en él.

Entonces se inició una extraordinaria conversación que se prolongaría bastante rato; ya eran casi las cinco cuando Alice se marchó. Sabía que él le estaba sonsacando lo que necesitaba

saber, que la estaba probando, y que debía de saber sin duda que ella lo dejaba hacer, que comprendía lo que estaba ocurriendo. Se encontraba en un estado ensimismado, meditativo, pasiva y sin embargo alerta, mientras iba almacenando todo tipo de impresiones e ideas que ya examinaría más tarde.

Él quería que se apartase de «toda esa pandilla; estás hecha de mucha mejor pasta que todos ellos»; y que iniciase una carrera de... respetabilidad. Debía solicitar un empleo en determinada empresa, de alcance nacional. La contratarían porque él, Andrew, se ocuparía de que así fuese, mediante contactos ya establecidos allí. Se refirió varias veces a «nuestra red». Alice trabajaría con ordenadores; él, Andrew, se encargaría de hacerla seguir un breve cursillo de aprendizaje, que le proporcionaría una base suficiente, que una mujer inteligente como ella podría ir ampliando después. Mientras tanto viviría en un piso, no en una casa ocupada, llevaría una vida corriente y aguardaría.

Alice lo escuchaba todo modosamente, con los ojos bajos.

Mientras tanto iba pensando: ¿Y quién es él? ¿Para quién trabajaría yo? Tenía una idea bastante aproximada, pero ¿acaso tenía importancia? Lo fundamental era si creía o no en la necesidad de derribar y suprimir toda la horrible superestructura, desde las raíces hasta las ramas, de una vez para siempre. Una limpieza a fondo era lo que hacía falta. Y Alice vio un panorama arrasado, desnudo y desolado, tal vez con algún que otro resto de cenizas arrastradas por el viento. Sí. Eliminar la superestructura podrida para abrir paso a algo mejor. A algo nuevo. ¿Acaso tenía mayor importancia quién se encargase de la limpieza, de la tarea de derribo? Rusia, Cuba, China, el viejo Cobbley y compañía, todos serían bienvenidos por su parte.

Sin embargo, al cabo de un rato, aprovechando una pausa

creada para que ella la llenase, dijo:

—No puedo, Andrew. —Y de pronto, desde lo más profundo de su ser, exclamó—: ¿Una vida burguesa? Quieres que lleve una vida de clase media. —Y empezó a reírse de él, a burlarse con sorna de hecho, reanimada por la energía del sarcasmo, del desdén.

Él la miraba cara a cara, sin cansancio ya, ni transido de sueño, vigilándola atentamente. Le sonrió con gentileza y simpatía.

—Camarada Alice, no hay nada de malo en llevar una vida cómoda... todo depende de cuál sea el objetivo final. No vivirías de ese modo en busca de la comodidad, de la seguridad —parecía estar haciendo un esfuerzo para despreciar esas palabras tanto como ella—, sino en aras de tu objetivo. De nuestro objetivo.

Se miraron fijamente. Por encima de una ancha brecha. No ideológica, sino de temperamento, de experiencia. Ella comprendió, por la forma en que él había dicho: «No hay nada de malo en llevar una vida cómoda», que no sentía en absoluto la misma repulsión que ella. Al contrario, le gustaría llevar una vida así. Estaba segura de ello; ¿cómo lo sabía? No sabía cómo sabía lo que sabía sobre los demás. Simplemente, lo sabía. Ese hombre volaría una ciudad sin ni cinco segundos de compunción —y Alice no lo criticaba por ello—, pero insistiría en beber buen whisky, comer en buenos restaurantes, viajar en primera clase. Era de origen obrero, pensó Alice; las cosas habían sido duras para él. Esa era la razón. Y no le correspondía a ella criticarlo.

—Es inútil, camarada Andrew —dijo en tono definitivo—. No podría hacerlo. No me refiero a esperar... órdenes. Por mucho que tardaran en llegar.

—Te creo —dijo él, y asintió con la cabeza.

—No me importaría cuán peligroso fuera. Pero no podría

vivir de ese modo. Me volvería loca.

Él asintió y guardó silencio durante un rato. Luego dijo, por primera vez en un tono de humor, hasta de sorna:

—Pero, camarada Alice, si he estado recibiendo informes diarios y a veces hasta cada hora sobre la transformación que has efectuado en esa pocilga. —El disgusto con que pronunció esa palabra fue tan intenso como el que podrían haber sentido sus padres. Se inclinó hacia delante, le cogió la mano con una sonrisa y la puso, con el dorso hacia arriba, en su fuerte y cuadrada mano. La mano de Alice se encogió un poco, pero ella la obligó a permanecer quieta. No le gustaba que la tocasen, ¡por ningún motivo! Sin embargo, no era tan desagradable su contacto. Su firmeza... fue lo que le permitió aceptarlo. Una costra de pintura blanca cubría los nudillos de Alice.

—Pero no lo comprendes. No pensamos vivir en esa casa como lo hacen ellos. No empezaremos a consumir y a gastar y a reblandecernos y a pasarnos las noches en vela preocupados por nuestras pensiones. No somos como ellos; ellos son repugnantes. —El desprecio casi le ahogaba la voz. Tenía la cara contraída de odio.

Siguió un largo silencio, durante el cual él decidió dejar ese tema nada prometedor. (¡Pero no por mucho tiempo!, pensó Alice.) Le ofreció un café. En una bandeja en el suelo había una cafetera y tazas y azúcar y leche. Rápida, eficientemente, preparó el café.

Después empezó a hablar de todas las personas del número 43. Alice observó que su juicio sobre ellas coincidía con el suyo. Esto la complació y la halagó, la reafirmó en su confianza en sí misma. Él tuvo palabras amables para Jim, para Philip; pero no se entretuvo haciéndose preguntas. No parecía concederle mayor importancia a Bert. Y quería saber más cosas de Pat, dónde había trabajado, su formación profesional. Alice dijo que no lo sabía, que no se lo había preguntado.

—Pero, camarada Alice —la amonestó él con suma gentileza —, eso es importante. Muy importante.

—¿Por qué? Yo no he tenido un empleo desde que salí de la universidad. Y me las he compuesto muy bien.

Esto provocó un frenazo o un sobresalto en el flujo de su conversación; él estaba reprimiendo una necesidad de recriminarla. Hay mucho de burgués en él, pensó Alice, aunque con actitud solo moderadamente crítica a causa del respeto ya bien establecido que el otro le inspiraba.

Jasper... pero simplemente se negó a hablar de Jasper. A causa de su relación con él, pensó Alice. Sin embargo, no era necesario hacer preguntas: al camarada Andrew no le gustaba demasiado Jasper. Bueno, ¡ya lo vería!

Roberta y Faye. Hizo muchas preguntas sobre ellas, pero lo que le interesaba era su lesbianismo. No por un interés morboso, ni por nada que pudiera desagradar a Alice; en su caso se trataba de una total incomprensión. Simplemente, no tenía ni idea de lo que era. No había tenido ninguna experiencia en ese sentido, jamás, intuyó Alice. Quería saber cómo era la comuna de mujeres que frecuentaban Roberta y Faye. Cuál era la conexión entre las lesbianas y las formulaciones revolucionarias de las feministas políticas. Alice se ofreció a conseguirle folletos y libros. Él asintió, pero continuó insistiendo: ¿cómo concebían mujeres como Faye y Roberta las relaciones entre hombres y mujeres después de la revolución? Alice reprimió un impulso de decir: Con la liquidación de todos los hombres. Había recordado las largas y acaloradas discusiones con Molly y Helen en Liverpool, cuando ella, Alice, decía que su actitud suponía un desprecio tan total por los hombres que de hecho les impedía reflexionar seriamente sobre ellos.

La respuesta de Alice fue:

—El Movimiento de Mujeres tiene muy diversos

planteamientos. Yo diría que Faye y Roberta representan una postura extrema.

Después les tocó el turno a Mary y Reggie y, tal como esperaba Alice, el camarada Andrew se resistió a desecharlos como ella hubiera querido. Le interesaba precisamente lo que a ella más le molestaba de ellos; Alice comprendió que él se preguntaba si sería posible convencerlos para que se convirtieran en compañeros de viaje de la revolución; ella empleó esa expresión, que él aprobó con una seca sonrisa y una inclinación de cabeza.

Alice no lo sabía. Lo dudaba. Eran conservadores por naturaleza. (Y no era que tuviese nada en contra de Greenpeace. Al contrario.) En pocas palabras, eran... burgueses. En su opinión, Andrew debería hablarles directamente. Ella no podía responder por ellos.

Sabía que con esto se estaba saltando la premisa implícita de su conversación, esto es, que ella actuaría como su asesora voluntaria en el examen de posibles reclutas. Para alguna cosa. No expresada. Tácitamente aceptada.

¿Tenían previsto aceptar más miembros en su *squat* o comuna, en el número 43?

—¿Por qué no? Hay lugar de sobra.

—Estoy de acuerdo, cuantos más, mejor.

Y así prosiguió la conversación hasta remontarse, durante algunos instantes bastante tensos, a la infancia de Alice. Su madre en realidad no le interesaba al camarada Andrew, pero Cedric Mellings ya era otra cosa. ¿Qué dimensiones tenía su empresa? ¿A cuántas personas empleaba? ¿Cómo eran?

El hermano de Alice: ella decidió no decirle que su hermano trabajaba en una de las principales compañías de aviación.

—Oh, no perdamos el tiempo con él —dijo.

Más tazas de café y una charla bastante satisfactoria sobre la situación en Gran Bretaña. Podrida como una manzana en mal

estado, lista para las apisonadoras de la historia.

Cuando Alice anunció que tenía que irse, porque esperaba que llegara Jasper, y se levantó, Andrew la imitó y pareció titubear un instante. Luego dijo rápidamente, en un tono que por primera vez pareció cohibido:

—Llevas mucho tiempo con Jasper, ¿verdad?

—Quince años. —Sabiendo lo que seguiría, identificándolo por muchos momentos análogos vividos en el pasado, Alice se volvió para marcharse.

Él se plantó a su lado y ella sintió el leve contacto de su brazo sobre sus hombros.

—Camarada Alice —le dijo—. No resulta fácil comprender... por qué has escogido una... relación como esa.

Ella sintió su dosis habitual de ofensa, resentimiento e incluso indignación. Pero el que así hablaba era el camarada Andrew y había decidido que cuanto procediera de él era, tenía que ser, distinto.

—Tú no lo entiendes —dijo—. No, no entiendes a Jasper.

Su brazo permaneció inmóvil donde estaba, tan suave que ella no notó ninguna presión.

—Pero, Alice —dijo dulcemente él—, seguro que tú podrías... —Encontrar algo mejor, habría querido decir.

Ella se volvió a mirarlo, con una alegre y firme sonrisa.

—Todo va bien —dijo, como una colegiala—. Verás, yo le amo.

La incredulidad confirió un aire irónico, paciente, a la sonrisa de él.

—Muy bien, camarada Alice... —Dejó que sus palabras se perdieran, tomándoselo con buen humor—: Ven a verme cuando quieras —añadió.

—¿Por qué no vienes tú y así verás nuestro palacio?

—Gracias, así lo haré.

Y ella regresó de ese modo a su casa, con una maraña de

interrogantes en la cabeza.

Se disponía a subir a admirar su habitación recién pintada, pero algo la hizo acercarse a la puerta de Jim. Llamó y al no oír nada, entró. Jim estaba tumbado encima de su saco de dormir, de cara a ella, con una expresión extraña en los ojos.

—¿Te encuentras bien, Jim?

No hubo respuesta. Su aspecto era tan espantoso... Alice se le acercó, se arrodilló, apoyó una mano sobre la de él. La tenía seca y muy caliente.

—¡Jim! ¿Qué te ocurre?

—Ah, coño, ¿qué más da? —declaró él en un sollozo ahogado, y se tapó la cara con el brazo.

Debajo de la manga abierta se veía una herida roja que se extendía desde el codo hasta la muñeca. Ancha. Fea. Parecía llena de una gelatina roja.

—Jim, ¿qué ha ocurrido?

—Me lié a pelear. —Sus palabras salieron envueltas en un sollozo apagado, lleno de frustración y de rabia—. No, déjala, se curará, no pasará nada, está limpia.

Parecía estar luchando consigo mismo, ahí tumbado, mientras se golpeaba la cabeza con el puño, apretando las piernas para luego levantarlas sin doblarlas.

—Pero la policía no te ha cogido.

—No. Pero a estas horas ya deben de saber que estuve allí. ¡Había alguien que se encargará de hacérselo saber! Es inútil. No hay forma de no meterse en líos, es imposible no estar metido dentro, de qué sirve intentarlo.

—¿Has intentado conseguir un empleo?

—Sí, ¿y de qué me ha servido? —Y se volvió y se quedó tumbado boca arriba, con los brazos colgando a ambos lados.

Alice lo sabía. Había cierto tipo de rabia empecinada que acompañaba el hecho de estar sin empleo y seguir perseverando y verse rechazado, distinta de la simple carencia

de empleo.

—¿Dónde lo intentaste?

—En una imprenta de Southwark. Pero no conozco toda esta nueva tecnología, yo aprendí el oficio a la antigua. Hice un curso de un año, creí que me serviría para algo.

—¡Tipógrafo! No lo habías dicho. Pero en el país debe de haber centenares de empresas pequeñas que todavía usan la tipografía para trabajos especiales.

—Entonces debo haber pedido trabajo al menos en la mitad de ellas en los últimos cuatro años.

—Mi padre tiene una imprenta. Es pequeña. Pero hacen todo tipo de cosas. Folletos e impresos y catálogos.

—No seguirá usando el viejo sistema durante mucho tiempo.

—Le escribiré. ¿Por qué no? Se supone que es un jodido socialista.

—Será inútil, soy negro.

—Espera, estoy pensando.

Él seguía estando tenso, irritado y hundido, pero a Alice le pareció que se sentía mejor. Como una monja, o como su hermana, permaneció sentada a su lado cogiéndole la mano y sonriéndole dulcemente.

—Sí —dijo por fin—. Le escribiré a mi padre. Eso haré. Le obligaré a practicar lo que predica. Además, ya ha tenido negros contratados en otras ocasiones.

Advirtió que, a pesar suyo, Jim empezaba a abrigar nuevas esperanzas.

—Le escribiré ahora mismo —dijo.

Hurgó en la mochila donde parecía tener guardada la mitad de su vida y extrajo un bolígrafo y un bloc.

Querido papá:
Este es Jim

—¿Cuál es tu apellido, Jim?

—Mackenzie.

—Tengo una prima casada con un Mackenzie.

—Mi abuelo era Mackenzie. En Trinidad.

—Entonces tal vez seamos parientes.

Una breve ráfaga de risa recorrió su cuerpo y lo dejó sonriente. Suspiró, se relajó, se volvió a mirarla, recostó la mejilla sobre una mano. No tardaría en dormirse.

Alice escribió:

> Este es Jim Mackenzie. No puede conseguir trabajo. Es tipógrafo. ¿Por qué no le das un empleo? ¿Acaso no eres un maldito progresista? Lleva cuatro años sin trabajo. En nombre de la Revolución
>
> ALICE

Dobló con cuidado la carta, la metió en un sobre azul, que escogió de preferencia a uno crema por algún motivo, y escribió la dirección.

A Jim empezaban a pesarle los párpados.

—¿Por qué no se la llevas mañana? No se te notará la herida.

Le levantó suavemente la manga. Él no opuso resistencia. Era un corte realmente feo que le dejaría una gruesa cicatriz. Necesitaba unos puntos. Mejor no preocuparse.

—Me gustas, Alice —declaró él—. Eres una persona verdaderamente sincera, ¿sabes a qué me refiero? —No añadió: «A diferencia de los demás».

Alice podría haber llorado, consciente de que le había dicho la verdad, sintiéndose ratificada y apoyada. Se quedó a su lado hasta que se durmió, luego salió al vestíbulo a oscuras y encendió la luz con orgullo y consciente del significado de ese pequeño gesto, cuánto había costado, cuánto costaría; pulsaba un minúsculo interruptor en la pared y los electrones empezaban a fluir obedientemente por los cables, porque la

mujer de la compañía eléctrica así lo había ordenado.

Dinero. ¿De dónde sacarlo?

Desde el lugar donde estaba examinando el vestíbulo, tan agradable ahora (aunque sabía que en realidad tendría que comprar espuma para limpiar a fondo la alfombra, que después de todo había permanecido doblada entre el polvo del contenedor), observó que Philip había arreglado el pequeño armario de debajo de la escalera que el policía había hundido de un puntapié.

En ese momento llamaron a la puerta y, con una premonición, Alice fue a abrir luciendo ya una expresión de autoridad en la cara.

Era la mujer policía que había visto en la comisaría. Junto a la puerta del jardín aguardaba su compañero, un joven al que Alice no había visto nunca.

—Buenas noches —dijo Alice—, ¿qué desea?

Dejó la puerta bien abierta a sus espaldas, para que se viera perfectamente el orden del vestíbulo; observó que la mujer policía tomaba nota de ello. El joven policía estaba intentando localizar con la mirada, cosa que no sorprendió a Alice, el lugar del jardín donde esos locos habían enterrado...

—¿Vive aquí un tal James Mackenzie?

—Sí, aquí vive —respondió en el acto Alice.

—¿Puedo hablar con él?

—Podría, pero no está en casa.

—¿Cuándo volverá?

—Es posible que no regrese esta noche. Ha ido a visitar a unos amigos en Highgate.

—Entonces, ¿no ha pasado el fin de semana aquí?

—Estuvo aquí anoche.

—¿Estuvo aquí toda la noche de ayer?

Alice dijo:

—Sí. ¿Por qué?

—¿Estuvo aquí toda la noche?

—Sí, cenó aquí y después estuvimos jugando a las cartas.

Un ligero temblor había vibrado en la voz de Alice; había estado a punto de decir: «Todos estuvimos jugando», pero recordó que tal vez no «todos» estarían dispuestos a dar la cara por Jim, suponiendo que pudiera localizarlos y avisarles a «todos» a tiempo.

—¿Usted y él estuvieron aquí?

—Y un amigo suyo. Un chico blanco. William no sé qué. —Alice sabía que el breve corte en la fluidez de su discurso había sido captado por la mujer policía, aunque solo fuese de modo subliminal. Pero no había pasado nada, pensó; lo notaba por la indecisión en la actitud de la mujer.

Alice bostezó, se tapó la boca con una mano y dijo:

—Perdón, estuvimos levantados hasta tarde... —Y volvió a bostezar, ofreciéndole la sonrisa adecuada a la mujer policía, quien le respondió con una breve sonrisa, mientras volvía a examinar atentamente el tranquilizador vestíbulo.

—Gracias —dijo, y se dirigió a la puerta de la verja, desde donde ella y su compañero reanudaron su paseo con ojo avizor por las calles culpables.

Alice se asomó calladamente al cuarto de Jim. Estaba dormido.

Después se fue a la cocina y escribió una carta dirigida a su madre, que tendría preparada para la pobre Monica Winters, la cual sin duda se presentaría dentro de uno o dos días.

Mientras la escribía llegaron, con escasos minutos de diferencia, Jasper, luego Pat y Bert, después Roberta y Faye. Los seis se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, con un surtido de comidas preparadas, que habían comprado por separado y que ahora consumirían todos juntos: pizzas y pescado y patatas fritas y pasteles de carne. Alice hizo café, distribuyó las tazas y se sentó a la cabecera de la mesa. La

felicidad que sintió al ver esa escena era tan intensa que cerró los ojos para impedir que se proyectara a través de ellos en grandes chorros de ternura que la traicionarían ante la fría seriedad de los demás.

Bert quería tener noticias de Jack. Jasper le informó. Las miradas que intercambiaron Faye y Roberta le indicaron a Alice que se avecinaba un altercado.

Así fue. Faye preguntó, en su tono travieso y coqueto que no la ayudaba en absoluto a disimular su seriedad, por qué se habían elaborado todos esos planes sin una reunión para que todos pudieran aprobarlos. Pat dijo que estaba de acuerdo: Jasper no tenía ningún derecho a actuar por su cuenta...

Alice comprendió que este reproche iba dirigido en parte a Bert, que había sido cómplice de Jasper.

Jasper, y luego también Bert, dijeron que nadie quedaba comprometido a nada. Solo estaba previsto realizar un rápido viaje de sondeo a Irlanda, hablar con un representante del IRA y ofrecerle la cooperación de un grupo de ahí.

—¿Un grupo de qué? —preguntó Faye, enseñando sus bonitos dientecillos.

—Eso —dijo Pat, aunque con un leve dejo de humor que le indicó a Alice que no pasaría nada—, ¿seguimos comprometiendo todos los vastos recursos de la UCC o el compromiso solo nos atañe a nosotros mismos?

Alice observó que Roberta se habría reído al oír esto, si el estado de ánimo de Faye lo hubiese permitido.

Bert, que quería reafirmarse frente a Pat, tomó la voz cantante y, enseñando los blancos dientes entre la espesura de su barba y exhibiendo una firme, responsable, enérgica sonrisa, dijo:

—Comprendo las reservas de las camaradas. Pero por la misma naturaleza de las cosas... —y torció los rojos labios para indicarles y compartir con ellas las perspectivas de la operación

— es preciso que algunos contactos sean provisionales e incluso, aparentemente, improvisados. Después de todo, el encuentro con Jack fue casual. Fue producto del azar y resultó productivo gracias al camarada Jasper. Fue él quien estableció los primeros contactos... —Alice advirtió que a ninguno de ellos les resultaría fácil admitir una deuda de gratitud con Jasper, a pesar de que este se mostraba correctamente impersonal, mientras permanecía sentado algo apartado de la escena a la espera de la aprobación de ellos, la perfecta imagen de un cuadro responsable.

Pero justo entonces se oyó un ruido en la entrada, la puerta de la calle se cerró y Jasper, que se había precipitado a averiguar qué pasaba, les comunicó que era Philip, que se alejaba calle abajo. El hecho de que no hubiera entrado en la cocina significaba que se había sentido rechazado, lo cual le hizo decir a Faye:

—Y en esta casa ya no queda ningún sitio donde poder hablar. Alice ha conseguido que sea así.

Pat se apresuró a intervenir:

—Bueno, podemos ir al cuarenta y cinco. Pero seguro que no pasará nada porque hablemos unos minutos aquí.

—Y entonces entrará Jim. ¿Por qué no? —preguntó dulcemente Faye—. «Oh, Jim», podemos decirle, «solo estábamos comentando unas cositas sobre el IRA.»

—O Mary y Reggie —dijo Roberta, aliándose con Faye por amor. En realidad, como bien sabían los demás, estaba de acuerdo con ellos, no necesitaba las furiosas condenas a que tenía que recurrir Faye como un combustible para mantenerse en la brecha.

—Por qué no nos ponemos rápidamente de acuerdo, ahora mismo, sobre una o dos cuestiones esenciales —dijo Pat—. No hay demasiado que discutir, ¿no os parece?

—No —dijo Faye—. Yo hablo en serio, aunque nadie más

piense igual. —Y los desafió con leves e irritados gestos de los labios y de los ojos; después cogió un cigarrillo, lo encendió y exhaló irritada una densa humareda.

Y, para corroborar su opinión, se oyeron ruidos en el vestíbulo: eran Mary y Reggie que, desbordantes de charla y de risas, abrieron la puerta de la cocina y se quedaron mudos. Sin ningún motivo que les impidiera entrar —pues formaba parte del estilo de la casa que la gente se sentara a charlar alrededor de la mesa de la cocina— parecieron captar una unidad, comprendieron que no eran bien recibidos. Con una educada sonrisa, dijeron:

—Oh, solo... —Y a pesar de las ruidosas invitaciones, de Alice, de Pat, para que se quedaran, desaparecieron escaleras arriba.

—Magnífico —dijo Faye.

—Estoy de acuerdo —dijo Pat—. Ha sido una mala idea. En fin, yo sugiero que alguien se acerque a la casa de al lado a ver si pueden prestarnos una habitación... es decir, si pensáis que realmente es necesario discutir algo más.

—Yo necesito discutir muchas cosas —dijo Faye.

Jasper salió, pareció estar solo un minuto fuera, y volvió para decir que no habría problema.

Se fue enseguida al 45. Luego lo siguieron Alice, y Bert y Pat. Después, Faye y Roberta.

La chica-ganso les abrió la puerta, les indicó una habitación en lo alto de la escalera, la misma que en su casa ocupaban Jasper y Alice. Había sido un cuarto de juegos y en él había corderitos, patos, ratones Mickey, graciosos dinosaurios, coquetones robots, brujas montadas sobre sus escobas y los demás implementos de un dormitorio de niños de clase media.

—Señor —exclamó violentamente Faye—, qué mierda más espantosa. —E incluso alargó sus bonitas manos, dobladas en forma de garras exhibiendo unas finas uñas pintadas de rojo

brillante, como si se dispusiera a arrancar los dibujos de las paredes. Pero sonreía, si a eso se le podía llamar sonrisa.

Resultó que, a fin de cuentas, no tenían gran cosa más que decirse.

Lo que resultaba evidente era que todos esperaban que el camarada Andrew se reuniera con ellos; hasta Alice, que sabía que él estaba en contra. ¿De qué, exactamente?, se preguntó ahora. ¿Del IRA? No, claro que no. ¿De trabajar con el IRA? ¿Cómo podía estar en contra de eso? Entonces debía de ser contrario a que ellos, ese grupo, se pusiera en contacto con los camaradas irlandeses de esa forma. O en contra de ese grupo, y punto.

Pero no de ella, Alice. A ella la aprobaba. Secretamente reconfortada, sostenida por esta idea que no podía compartir absolutamente con nadie, Alice mantuvo una actitud reticente y se dedicó a observar el desarrollo de la «reunión», mientras adivinaba en las caras de Jasper y de Bert cuánto deseaban oír pasos, oír que llamaban a la puerta, oír un «¿Puedo unirme a la reunión, camaradas?».

Pero nada.

Se insistió en que el viaje de Bert y Jasper sería exclusivamente de reconocimiento. Podría averiguar qué clase de apoyo estarían dispuestos a aceptar los camaradas de Irlanda. Esto les pareció un poco tibio, poco satisfactorio, tanto para ellos como para los otros, y enmendaron la formulación que pasó a ser: que los presentes autorizaban a Bert y a Jasper a ofrecer apoyo a los revolucionarios irlandeses y a pedir que les asignaran misiones concretas.

No se entretuvieron más de lo necesario. Ninguno se sentía cómodo en ese antiguo cuarto de juegos, con la fuerte presencia de los fantasmas de unos niños privilegiados, ¿unos niños queridos?

Terminaron deprisa y se fueron; varios regresaron al 43.

Roberta y Faye se fueron al cine. Les gustaban las películas violentas, pornográficas incluso, y ponían una en el cine del barrio. Los cuatro encontraron a Mary y a Reggie en la cocina, comiendo en platos de verdad. El desorden de trozos de pizza, restos de patatas fritas, latas de cerveza y papeles había desaparecido en el cubo de la basura.

—Sentaos a comer algo con nosotros —dijeron Mary y Reggie, pero del mismo modo que los seis los habían ahuyentado a ellos, también Mary y Reggie parecían estar rodeados ahora por una corriente invisible que decía: No os acerquéis. Bueno, pensó Alice, probablemente todavía están molestos por lo de anoche. Me pasé un poco, supongo. En fin, allá ellos.

Con muchas sonrisas y buenas noches, los cuatro se fueron arriba y tuvo lugar otra reunión en la habitación recién pintada, donde se sentaron en el suelo y discutieron el nuevo problema planteado por Faye y Roberta, a quienes no les gustaba la intervención del camarada Andrew en sus asuntos. Por eso tenían la esperanza de que entrase en su reunión en la casa de al lado. Querían saber quién era el camarada Andrew. Cuando los cuatro terminaron de examinar críticamente a las dos mujeres ya se habían convertido en una cálida unidad cerrada, camaradas hasta la muerte. Y, sin embargo, Alice seguía pensando que Pat, por muy comprometida que pareciera en aquel momento, en realidad no apoyaba a Bert. La atractiva y animada muchacha, afectuosa y desenvuelta con Bert tras su fin de semana juntos, probablemente los dos solos, no convencía a Alice. Los relucientes labios de cereza y las brillantes mejillas se apretarían contra los sensuales labios rojos de Bert y después, sin duda, todos esos blancos dientes se cerrarían y mordisquearían la mata de enmarañado pelo negro de Bert... Pero no obstante, pensaba Alice, no obstante... Y a Pat no le gustaba nada que Bert viajara a Irlanda con Jasper.

No le gustaba Jasper. No constituían en absoluto una unidad, solo lo aparentaban, y Alice en su fuero interno se mantenía separada del resto y pensaba que Pat probablemente se sentía igual.

El olor a pintura era muy intenso. Jasper no tardó en decir que no podía dormir con él y se fue al piso de arriba. Habló en un tono tal que Alice no se atrevió a seguirlo. Bajó a pasar la noche en la sala de estar.

Durmió mal y se despertó a menudo a aguzar el oído para no dejar de verlo antes de que se marchara por la mañana. Oyó bajar las escaleras a los dos hombres, que se dirigieron a la cocina. Los siguió, sintiéndose ya excluida, no aceptada. Eran solo las seis de una fría y soleada mañana de finales de primavera.

A Alice le pareció que Jasper casi no la veía cuando se marchó. Él la saludó con la mano desde la puerta de la verja, mientras ella permanecía ahí inmóvil como una ama de casa cualquiera despidiendo a su hombre.

Volvió a su saco de dormir, con la sensación de que tendría que pasar mucho tiempo antes de que Jasper regresara a su lado.

Pero los días transcurrieron agradablemente. Pat estuvo infinitamente a su disposición, la ayudó a pintar y limpiar; entre las dos mujeres lograron milagros, las sórdidas covachas quedaron transformadas una tras otra en habitaciones renovadas y alegres. Pat era divertida y cariñosa, agradable, entretenida. Alice se abrió y se expandió en ese ambiente de normalidad, de simplicidad, y volvió a pensar que pasaba una parte muy importante de su tiempo con el corazón encogido y llena de negras expectativas a causa de uno u otro desaire de Jasper. Sin embargo, al mismo tiempo que disfrutaba con todo eso, apreciaba a Pat y sentía que jamás había sido tan feliz, seguía pensando: Sí, pero así actúan las personas cuando han decidido marcharse; en cierto sentido, ella ya se ha ido.

Philip, con el afectuoso apoyo de las dos mujeres, consiguió poner en funcionamiento el circuito de agua caliente. Todos se dieron un baño para celebrarlo. Hasta Faye, cuando Roberta la alentó a hacerlo. Philip volvió a subirse al tejado y terminó de

cambiar las tejas. Reparó los suelos, los desconchados de las paredes, arregló los mecanismos de las cisternas de los váteres y pidió prestado el coche de los vecinos para ir a buscar nuevas tuberías para reemplazar las viejas. Encontró uno o dos paneles de calefacción central que alguien había tirado y tuvieron calefacción de verdad. Localizó dos grandes vigas de buena madera tiradas en un descampado a un kilómetro de allí, pero no pudo levantarlas. Tendrían que aguardar hasta el regreso de Jasper y Bert para que ellos les ayudaran.

La sesión de contabilidad que debía asegurar una aportación regular a los gastos de la casa tuvo lugar entre Alice y Mary y Reggie. Mary, que evidentemente ya sabía exactamente cuánto habría que pagar, ya había calculado las partes que les correspondían a ella y a Reggie. Era muy poco. ¿La electricidad, el gas? Con diez personas en la casa, ¿cuánto podían representar? Hicieron una estimación. ¿El agua? La compañía de aguas todavía no les había seguido la pista. La pareja no parecía haber pensado en nada más; como si eso fuera todo. Alice señaló secamente que en la casa había ahora tal y tal y tal cosa.

—Sí, pero sacadas de los contenedores —dijo bruscamente Mary, revelando así que no le había pasado inadvertido lo que entraba en la casa.

Esto sucedía alrededor de la mesa de la cocina. Reggie y Mary sentados uno frente a otro, tan amables y seguros de sí mismos; Alice en la cabecera de la mesa, a la espera de lo que quisieran darle. Ya lo sabía. En los ojos de Mary podía ver un destello que indicaba que estaba calculando, no lo que podía deberle a Alice, sino lo que estaba acumulando, de momento naturalmente solo en su imaginación, para la compra de su piso, o de su casa. Alice dijo:

—Hemos pagado el calentador de gas, un montón de metros de cable, las herramientas, la madera, los cristales.

No esperaba obtener gran cosa. No se equivocaba. Reggie y Mary intercambiaron velozmente varias miradas y ofrecieron un total de veinte libras, que fue aceptado.

Nadie mencionó el trabajo de Philip. Alice les oyó pensar nítidamente: Pero desde luego no lo haría si no fuese a vivir aquí.

Sonriente, tímida incluso, Alice aceptó el té que Mary se ofreció a preparar —porque se sentía culpable, naturalmente— y mirando a los dos, pensó: Cielos, cómo detesto a la gente como vosotros. Cómo detesto vuestras mezquinas, escatimadoras, acaparadoras, voraces entrañas. Porque sabía que había empezado a abotargarse y a palidecer, bajo el influjo de «su expresión», sonrió todavía más y luego los invitó a hablar de sus planes para su futuro hogar, cosa que hicieron de inmediato y así dejaron de prestarle atención.

Jim se fue a ver a Cedric Mellings con la carta y volvió reblandecido y lloroso de alegría. Podía empezar al día siguiente. Por un azar alguien se marchaba. Por un azar Jim le iría muy bien a Cedric Mellings. Y también podía contar con recibir una formación en las nuevas técnicas.

—Mala conciencia —dijo bruscamente Alice—. Con esa gente... todo es mala conciencia.

—Es muy buena persona, Alice —dijo Jim—. A mí me ha tratado muy bien.

Estaban en la cocina. Jim sentado, o posado en su silla, incapaz de estarse quieto, se levantaba y daba vueltas, riéndose sin poder parar, o se sentaba y apoyaba la cabeza en la mesa y se reía, con un sonido como de llanto, luego desbordante de alegría y gratitud, se golpeaba la cabeza con los puños, en un golpeteo que se transformaba en un penetrante ritmo de júbilo. Después se incorporaba en la silla y abría los brazos en el mismo movimiento, poniendo los ojos en blanco, con una ancha sonrisa en su negra cara, exhibiendo los blancos dientes.

Uno de sus brazos parecía muy grueso a causa del vendaje cubierto por la manga del jersey.

Alice, que podría haber dicho mil cosas espantosas de su padre, se las calló, porque quería a Jim, le gustaba su desamparo, su vulnerabilidad, y su propia intervención en la mitigación de esas heridas; porque sabía que ese hombre o ese muchacho —tenía veintidós años— era realmente encantador, poseía una dulce y amable calidez; y sabía que un período de felicidad, de éxito, lo transformaría. Podía imaginar cómo sería cuando ganase dinero, cuando cogiera en sus manos las riendas de su vida. Lo veía claramente: Jim tal como era ahora, pero rebosante de confianza y de nuevas capacidades. Por eso no dijo ni una palabra más sobre su cochino padre y se limitó a escuchar, compartiendo un momento de su vida que sabía sería inolvidable para él.

Después lo invitó a cenar para celebrarlo; Philip y Pat los acompañaron y la velada se convirtió en una de esas ocasiones en que los participantes tienen que detenerse para decirse: Sí, este soy yo, realmente soy yo... La felicidad se sentó a su mesa en el Seashell Fish'n'Chips; no podían parar de sonreír y Jim de reír y suspirar. Cuando dijo: «No puedo creer que este sea yo, tío», todos se miraron; se les hacía insoportable su incapacidad de expresar lo que sentían por él, pero podían reír y —Pat, que estaba sentada a su lado— acariciarlo o darle palmadas, o abrazarlo. Las otras personas presentes en el restaurante, que en otros momentos tal vez mantenían opiniones restrictivas en materia racial o en cuanto a la conveniencia de que las mujeres blancas abrazasen en público a los negros (o al menos no con esa total naturalidad) se plegaron a las exigencias de la ocasión —se les notaba en las caras, que revelaban una tendencia a echarse también a reír sin motivo—, la cual requería un abandono total y sin reparos a la alegría.

Los cuatro regresaron al número 43 en un íntimo y afectuoso

grupo, Jim en calidad de rey, de vencedor; y reacios a dejar terminar tan pronto la velada, se sentaron en torno a la mesa de la cocina, con las forsitias amarillas montando guardia, sin poder soportar la idea de separarse.

Alice ya había empezado a pensar: Sí, esta noche diríase que seremos amigos toda la vida, que jamás podríamos hacernos daño, pero todo puede cambiar, ¡en un abrir y cerrar de ojos! Oh, ella lo sabía, lo había visto ocurrir en otras ocasiones. Su corazón estuvo a punto de empezar a sufrir, a entristecerla, pero no se lo permitió, mantuvo controlado a ese pesado corazón como un perro peligroso sujeto con una correa cruelmente corta.

Llegó una postal de Jasper con un paisaje de los Montes Wicklow, con este mensaje: «¡Quisiera que estuvieras aquí!». Perfectamente consciente del estado de ánimo irritable en que se encontraba, en el rostro de Alice apareció la sonrisa que tan a menudo le provocaba el recuerdo de Jasper: modesta, melancólica y llena de admiración, como si los caprichos de su genio estuviesen destinados a escapar permanentemente a su comprensión. Se guardó la postal para ella sola, pues sabía que los demás no lo comprenderían. La había encontrado tirada en el suelo junto a la puerta, por dentro, cuando bajó temprano, muchísimo antes de que todos los demás se hubieran levantado.

Jim partió para iniciar su primera jornada de trabajo en un estado de tierna incredulidad, todavía incapaz de dejar de sonreír.

Pat, en vez de ayudar a Alice con la limpieza y la pintura, se fue a ver a «un amigo» y volvió para decir que Bert había telefoneado y había dejado un recado. Todo iba bien y volverían pronto.

¿Cómo se las habrán arreglado para conseguir dinero?, pensó Alice, pero no lo dijo. También pensó: Cuando Bert regrese, Pat

no estará aquí. Podía leérselo en la cara. Pero tampoco dijo nada.

Esa noche, una llamada en la puerta —furtiva y presurosa, lo cual le indicó a Alice quién era— la hizo salir para encontrarse a Monica en el sendero junto a la verja, no delante de la puerta, pues la chica temía que abriera Faye.

Pero al ver a Alice se acercó rápidamente, con una mirada ávida fija en el rostro de esta.

Faye estaba en la cocina con Roberta, de modo que Alice cerró quedamente la puerta y salió a la calle con Monica y echó a andar hasta un lugar donde los saludables arbustos del jardín de Joan Robbins las ocultaban de las miradas de las dos mujeres.

—¿Has sabido algo? —preguntó Monica, ya cabizbaja y desesperanzada, como si le hubiera notado a Alice en la cara que no había novedades. Se la veía pálida y abotargada. El pelo en desordenadas mechas grasientas. De ella emanaba tal olor a derrota que Alice tuvo que hacer un esfuerzo para soportarlo.

—Por parte del Ayuntamiento no hay ninguna esperanza —dijo Alice y, detectando un bufido o un gruñido de desdén, un «¡Bueno, claro!», insistió—: Pero se me ha ocurrido otra cosa.

Le pidió que no se moviera de allí y volvió a entrar sigilosamente en la casa como si hubiera hecho algo malo, para volver a salir con la carta que había escrito para su madre. Monica había empezado a alejarse lentamente en dirección a la avenida principal, como si esperase que Alice no volviera a aparecer.

—¿Creías que no volvería? —la regañó ella—. Francamente, si siempre esperas lo peor, acabará ocurriéndote.

Una débil sonrisa forzada.

—Lleva esto a esta dirección. Y lleva al bebé contigo.

—Pero es demasiado tarde. Dios sabe lo que me cuesta lograr que se duerma en ese sitio y ahora está dormido.

—Ve mañana. Es mi madre. Le gustan los bebés. Le gusta cuidar de la gente.

Las dudas en el rostro de Monica no mermaron en absoluto la total confianza de Alice. ¡Bastaba ver lo que había conseguido con Jim! No, estaba en la cresta de una ola de eficacia y buena suerte y no podía cometer ningún error. Sentía que su madre trataría bien a la pobre Monica.

—Todo saldrá bien, Monica —dijo con energía—. Además, vale la pena intentarlo, ¿no te parece?

Examinando el sobre con desconfianza, Monica se alejó hacia la parada del autobús en la avenida principal y Alice entró para volver a la mesa junto a los demás. Había preparado un gran cocido, o una sopa espesa, su especialidad, perfeccionada a lo largo de años de vida en comunidad. ¡Cuántas personas habían comentado bromeando que Alice sería capaz de alimentar a una multitud con ella! Como los panes y los peces de la Biblia.

Cuántos se habían presentado en una u otra casa ocupada para preguntarle: «¿Te queda un poco de sopa, Alice?», y luego se habían sentado a mojar el pan en la sopa, alargando los platos para repetir. ¡Las personas que vivían a base de su sopa no sufrían ninguna carencia alimenticia! Y en las épocas en que tenían muy poco dinero, les había permitido sobrevivir, a ella y a Jasper, durante meses.

Alice volvió calladamente a su sitio y, ante sus miradas inquisidoras de personas preparadas para cualquier emergencia, explicó:

—Tranquilos, no ha sido nada.

Roberta y Faye, Mary y Reggie, Philip y Jim, Pat y Alice, se quedaron sentados juntos hasta tarde, forzados a constituir una familia por la magia de esa sopa, y del vino tinto que había aportado Reggie, y el buen pan, de saludable harina integral, y el frívolo pan blanco que había insistido en comprar Faye.

Fue otra placentera velada y Jim rebosaba de cosas que

contar sobre el padre de Alice y las demás personas que trabajaban con él, doce o más, y la suerte que tenía Alice de tener un padre como ese, ante lo cual Alice sonrió y sujetó la lengua.

A la mañana siguiente, Alice estaba sola en casa cuando se oyó un tumulto de ruidosas llamadas en la puerta y una voz que gritaba:

—¡Abre, sal de ahí, ven aquí fuera!

Salió al encuentro de Monica, que estaba transformada por la rabia, dispuesta a matar a alguien, como pudo ver Alice. El niño, pobrecita y fea criatura, gimoteaba sin parar en el cochecito.

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué me enviaste allí? ¿Qué te he hecho yo? —Y Monica empezó a lanzar puntapiés contra las piernas de Alice y a dar manotazos en el aire.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿No te ha abierto la puerta?

—Allí no había nadie —chilló Monica—. ¿Por qué me mandaste a esa casa?

—Bueno, habrá salido de compras, ¿no? Ya volverá.

Monica paró de chillar, sus brazos y piernas dejaron de agitarse y se quedó mirando desconcertada a Alice.

—La casa está vacía —dijo—. Allí no hay nadie. Tiene puesto un letrero de «Se vende».

—Te has equivocado de casa —dijo Alice distraída. De hecho, acababa de venirle algo a la memoria, una idea o un recuerdo: unas cajas encima de la mesa de una cocina, llenas de vajilla envuelta en papel de periódico. Se quedó mirando fijamente a Monica, que también la miraba.

—Ha habido un error —dijo Alice, que en esos momentos ya estaba tan pálida y tan jadeante como Monica—. Algo falla.

—La que no está bien eres tú —dijo Monica con una brusca, desagradable risotada. Seguía mirando a Alice, como si no

pudiera dar crédito a sus ojos—. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Para qué? Supongo que te divierte. Eres malvada —declaró—. Todos sois unos locos malvados en esta casa. —Y estalló en sollozos, y echó a correr, empujando y sacudiendo el cochecito, con lo cual también el niño rompió a llorar. Los dos se dirigieron ruidosamente a la parada del autobús y Alice se quedó pasmada en la puerta, contemplando sin verla la carta que le había escrito a su madre y que Monica le había puesto en la mano.

> Querida mamá:
>
> Esta es Monica. Está viviendo con su bebé en uno de esos espantosos hoteles, ya sabes. Bueno, y si no lo sabes, deberías saberlo. ¿Por qué no la dejas vivir contigo? Es lo mínimo que puedes hacer. Ahora tienes tres habitaciones desocupadas. Monica y su bebé viven en un cuartucho de mierda, sin sitio para cocinar ni nada.
>
> Tu hija, ALICE
>
> P.D.: También tiene un marido.

Entró en la casa y se sentó en el primer peldaño de la escalera, donde permaneció largo rato, con la mente en blanco. Después inició un curioso movimiento, pasándose la mano por la cara, como si buscara o quisiera encontrar algo. Era un movimiento bastante brusco, que aplastaba la piel en una y otra dirección, y lo continuó un buen rato, diez minutos tal vez. Como una tarea que tuviera que realizar, una necesidad; un observador podría haber pensado que le habían ordenado hacer eso, que le habían mandado sentarse en ese escalón y aplastarse de un lado a otro la piel de la cara con los dedos.

Luego, metódicamente, fue a buscar su bolso y salió a coger el metro, recorrió las calles hasta la casa de su madre y se detuvo frente a ella a contemplar el cartel de «Se vende», incapaz de captar su significado. Entró decidida en la casa, que abrió con su llave. Pero una vez dentro, le pareció como si algo

hubiese aspirado los muebles, dejando intacto el espíritu de la casa. Los fogones seguían en la cocina, pero la nevera había desaparecido. Las cortinas cubrían agradablemente las ventanas y tuvo la impresión de que si volvía un momento la cabeza y luego miraba otra vez, reaparecería la mesa junto a la cual se sentaba, donde había servido su sopa a su madre y a veces también a los invitados de su padre. Lo mismo ocurría en el resto de la casa. En los dormitorios colgaban las cortinas que conocía de toda la vida, y la moqueta seguía en el suelo, pero las camas y los armarios se habían esfumado. Alice subió a su habitación y se puso en cuclillas en el rincón que antes ocupaba su cama, la estrecha cama blanca donde había dormido desde los diez años. En la ventana había un pavo real azul y rojo pintado allí por ella una tarde húmeda en que la lluvia gris no dejaba ver el jardín. Un calendario de 1980 colgaba de una de las paredes; lo había conservado porque le gustaba la ilustración: *El bar del Folies Bergère* de Manet. Se identificaba con la muchacha de mirada perdida, aprisionada por las botellas, mandarinas, espejos, el mostrador, un muro de personas de feos rostros.

En el jardín lucía el sol y había gatos sobre un césped que necesitaba que lo cortaran.

Bajó como una sonámbula. Después, en un frenesí, ya despierta, sintiéndose furiosa, traicionada, con ansias asesinas, fue arrancando las cortinas de una habitación tras otra, hizo un hatillo con ellas y salió tambaleándose de la casa, olvidando echar el cerrojo a la puerta, casi sin poder caminar bajo ese fardo. Vio que una mujer la miraba desde una ventana y pensó: Bueno, y qué, son mías, ¿no? Consiguió llegar hasta la esquina dando traspiés. Paró un taxi, regresó a la casa, lo hizo esperar mientras entraba a quitar las cortinas que aún quedaban. Luego el coche la transportó hasta el *squat,* donde pasó toda la tarde colgando sus cortinas donde no las había o sustituyendo otras

que solo le inspiraban indiferencia. En cualquier caso, esas cortinas eran mil veces mejores que las de los contenedores; encantadoras, de puro lino o seda o grueso terciopelo, con forro y entretela, festoneadas y con borlas.

¿Cómo se atrevía a regalarlas su madre sin ni siquiera consultarlo con ella?

Cuando entró en la cocina, encontró a Philip allí, y por su actitud comprendió que quería decirle algo.

Se trataba de que había hecho imprimir un volante, el cual había empezado a repartir por los hoteles, restaurantes y tiendas, para dar a conocer su negocio: «Philip Fowler, Constructor y Decorador»; que tenía que conseguir trabajo de verdad, y pronto; que consideraba haber aportado más de lo que le correspondía al mantenimiento de la casa, la cual se encontraba ahora en buen estado de funcionamiento. Que si «ellos» querían que hiciera algo más, entonces tendrían que pagarle; no, naturalmente, a precios de mercado, pero sí lo suficiente para que le compensara.

Las cosas que todavía quedaban por hacer eran las siguientes: tenían que cambiarse los canalones del tejado. También una parte del desagüe exterior. (Recomendaba que esto se hiciera pronto, porque la pared estaba muy húmeda y era toda una invitación para la podredumbre seca.) El depósito de agua fría de la buhardilla estaba oxidado y a punto de perforarse. En su opinión, podía romperse e inundar la casa en cualquier momento. Los marcos de las ventanas del último piso estaban podridos y dejaban entrar la lluvia. Y, evidentemente, quedaba el asunto de las dos vigas podridas de la buhardilla.

Depositó ante Alice una lista de estas urgencias en orden de prioridad, empezando por el depósito de agua.

Dinero. Tendría que conseguir algún dinero.

Alice permaneció largo rato sentada a solas, contemplando las forsitias. Empezaban a marchitarse. Varios llamativos

pétalos amarillos yacían en el suelo. Alice salió, cortó otras ramas, tiró las ya moribundas y se quedó sentada el resto de la tarde, pensando.

Para empezar, ¿dónde estaba su madre? ¿Se creía acaso que podía huir de Alice, así sin más? ¿Estaba loca? Bueno, tenía que estarlo para no decirles a Alice y a Jasper... al llegar a este punto una idea empezó a cosquillearle e importunarla en las profundidades de su mente, el recuerdo de que su madre se lo había dicho. Bueno, en ese caso, no de forma que Alice pudiera comprenderla.

¿Podría sacarle algún dinero a su madre? No si acababa de mudarse. Con tantos gastos. Además, probablemente aún no se le habría pasado el enfado; necesitaba tiempo para calmarse.

¿Y a Theresa y a Anthony?

Alice estuvo meditando larga y reconcentradamente esta posibilidad. Theresa le pasaría otras cincuenta libras. Pero con eso no tendría bastante. ¿Para qué servían cincuenta libras? Había cobrado las cuarenta y pico de la Seguridad Social esa semana y se habían esfumado en la adquisición de cosas que necesitaba Philip. Pensó que si iba a su casa cuando la muchacha estuviera limpiando, mientras Theresa y Anthony estaban en el trabajo, podría coger los *netsukes* si obraba con astucia y rapidez, y que la chica no lo notaría. Pero la idea no cuajó; el afecto la disipó. Theresa había sido siempre muy buena con ella. No podía hacerle eso a Theresa. Anthony era otra cosa. Si solo se tratase de Anthony, ¡le quitaría cuanto pudiera!

¿Zoë Devlin? Pero, por algún motivo, Alice se resistía a seguir esa línea de pensamiento. Sintió náuseas, como si Zoë se hubiera peleado horriblemente con ella, y no solo con su madre.

¿Quizá podría encontrar una casa adecuada y saquearla? Era evidente que no carecía de talento en esa dirección. Tenía

plena confianza en sus posibilidades de éxito.

Pero convertirse en ladrona, en ladrona de verdad... era salirse de su personaje. ¿Cómo podría describirse como una revolucionaria, una persona seria, siendo una ladrona? Además, si la cogían, sería perjudicial para la Causa. No. Por otra parte, siempre había sido una persona honrada, nunca había robado nada, ni siquiera de niña. No había pasado por esa etapa de hurtar cosas del bolso de su madre, de los bolsillos de su padre. Jamás.

Podía imaginarse muy bien escogiendo una posible casa, vigilando la salida de sus ocupantes, deslizándose dentro y apropiándose de los objetos de valor; después de todo, ella sabía qué cosas tenían valor y cuáles no. No era una de esas pobres criaturas privadas de todo que se deslizaban por una ventana abierta y una puerta inadecuadamente cerrada y luego solo se les ocurría robar un televisor o un vídeo. Pero no conseguía verse seriamente con lo que fuera —un jarrón, o una alfombra, o un collar— en las manos e intentando venderlo.

No, eso quedaba excluido.

Tenía que conseguir dinero. Y ahí estaba toda esa gente, cogiendo y cogiendo... aunque Jim había dicho con orgullo la noche anterior que ahora pagaría como era debido; pagaría sus gastos, que Alice no pensara que no lo haría.

El único otro sitio que se le ocurría era en lo de su padre. No en su casa, era demasiado pronto para intentarlo otra vez. El negocio. Cerró los ojos y visualizó el interior del edificio donde tenía su local C. Mellings, Imprenta y Papelería. En la caja fuerte del despacho de su padre en la segunda planta había cheques, pero Alice no quería cheques. Abajo, en la pequeña papelería de la trastienda que su padre había puesto en marcha modestamente como una prueba y que había tenido tanto éxito que a veces decía bromeando que con eso financiaba todo lo demás, había una caja fuerte llena de dinero en metálico. Pero

solo durante el día, cuando la tienda estaba llena de gente. Cada noche trasladaban el dinero arriba a la otra caja. A la mañana siguiente lo llevaban al banco. ¿Cómo podría apropiarse de ese dinero? No conocía la combinación de la caja y no tenía intención de actuar de forma profesional, con explosivos o lo que fuera que usasen.

No, necesitaría otra cosa; necesitaría cara dura. Era viernes. El viernes era el día que más vendían abajo. La tienda cerraba a las cinco y entonces subían el dinero arriba para contarlo. Quedaba guardado en la caja fuerte hasta el lunes por la mañana. Los viernes por la tarde su padre muchas veces regresaba temprano a su casa, porque le gustaba irse en el coche con Jane y las criaturas a Kent, donde tenían unos amigos. Un trato auténtica y típicamente burgués: Cedric y Jane pasaban los fines de semana con los Boult; los Boult utilizaban la casa de Cedric y Jane cuando viajaban a Londres. ¡Nada parecido había ocurrido jamás mientras Cedric aún vivía con Dorothy! Desde luego que no. Su madre estaba demasiado impregnada de míos y tuyos, era imposible imaginar a alguien como ella compartiendo su casa con otra familia. Por algún motivo, ese asunto de los fines de semana, las visitas de los Boult, siempre hacía flaquear de ira a Alice.

Pero, con un poco de suerte, su padre se habría marchado a las tres.

Para ir hasta el local de su padre, tenía que bajar dos estaciones de metro más allá de la de casa de su padre o de su madre... bueno, del lugar donde tenía antes la casa su madre. Deliberadamente, entró sin pensárselo demasiado en la papelería, donde la saludaron como a la hija del dueño. Atravesó la tienda, diciendo que quería ver a su padre, y después subió a las oficinas. La gente estaba ordenando sus mesas antes de cerrar para el fin de semana. Alice dijo: «Hola, ¿Cómo está?» y entró en el despacho de su padre, donde

encontró a la secretaria, Jill, sentada en el sillón de su padre, contando el dinero de la caja de abajo.

—Oh, entonces ya se ha ido —dijo Alice, y se sentó. Jill siguió contando, sonrió, hizo un movimiento de cabeza, mientras iba pasando los billetes de diez libras, gesticulando con la boca para indicarle que no podía interrumpirse. Alice sonrió y asintió con la cabeza y fue a instalarse junto a la ventana, mirando hacia fuera. La hija de la casa, indolente y privilegiada, se recostó en el antepecho y se puso a observar los trasiegos de la calle, mientras oía el roce del papel sobre el papel.

¿Debía decirle que su padre había quedado en darle algún dinero? Si lo hacía, Jill no podría negarse y cuando se lo dijera a su padre, el lunes por la mañana, este no la delataría, no diría: Mi hija es una ladrona. Estaba a punto de decir: Él me dijo que podía coger quinientas libras. Pero entonces sucedió el increíble, milagroso golpe de suerte que Alice ahora ya empezaba a esperar, puesto que le ocurría con tanta facilidad y tan a menudo: en el cuarto contiguo sonó el teléfono. Jill siguió contando. El teléfono sonaba y sonaba.

—Oh, mecachis —murmuró discretamente Jill, pues pertenecía al tipo de buenas chicas que su padre prefería como secretarias, y corrió a contestar el teléfono en el despacho de al lado.

Alice vio que encima de la mesa había una bolsa de lona blanca que ya contenía varios fajos de billetes. Deslizó la mano dentro, sacó un grueso paquete, luego otro, se los metió debajo de la chaqueta y volvió a asomarse a la ventana, de espaldas a la habitación. Jill volvió diciendo que era la señora Mellings, para su padre, y Alice tardó unos segundos en comprender que debía de ser su madre, no la nueva señora Mellings, que en esos momentos ya estaría camino de los placeres de un fin de semana en Kent.

No quería preguntar: ¿Sabes su dirección?, con lo cual se delataría; pero en cambio preguntó con aire de indiferencia:

—¿De dónde llamaba?

Una vez más, Jill no respondió, pues estaba contando, pero por fin dijo:

—De su casa. Bueno, supongo.

No había notado nada. Alice aguardó a que se levantara con las tres bolsas de tela blanca, para los billetes, los cheques y las monedas, por separado, y las guardara en la caja fuerte.

—Bueno, me marcho —dijo Alice.

—Le diré a su padre que ha estado aquí —dijo Jill.

Al llegar a su casa, Alice contó cuánto tenía. Había mil libras. De inmediato pensó: Podría haber cogido dos o tres mil... sería lo mismo. De todos modos, cuando descubran que el dinero ha desaparecido, cuando recuerden que estuve allí, sabrán que he sido yo. Mejor que te cuelguen por una oveja que por un cordero.

En fin, tendría que conformarse con eso.

Alice estuvo pensando bastante rato dónde lo guardaría. No pensaba decirle nada a Jasper. Por fin, abrió la cremallera de su saco de dormir, metió los dos fajos de billetes dentro y se dijo que solo la más desagradable mala suerte llevaría a alguien a tocarlo y a descubrir lo que tenía allí.

Viernes por la noche. Jasper y Bert llevaban diez días fuera. Habían dicho que regresarían durante el fin de semana.

Pensó: Pat, ¿dónde está Pat?, y bajó a la cocina y allí encontró a Pat, con la chaqueta puesta, con un pañuelo, y con su bolsa de lona rojo brillante en la mano. Estaba escribiendo una nota, pero al ver a Alice se interrumpió, con una sonrisa severa y débil a la vez que le indicó a Alice que no quería afrontar la despedida y que ahora la liquidaría a toda prisa.

—Me marcho, Alice —anunció rápidamente, casi sin dejar que sus ojos se encontrasen con los de ella.

—¿Has terminado con Bert?

A Pat se le llenaron los ojos de lágrimas. Volvió la cabeza.

—En un momento u otro tengo que romper. Tengo que hacerlo.

—Bueno, no es posible opinar sobre estas cosas desde fuera —comentó Alice. Estaba acongojada, con un sentimiento de pérdida que la sorprendió. Al parecer, le había cogido cariño a Pat.

—Tengo que hacerlo, Alice. Compréndelo, por favor. No es por Bert. Quiero decir que lo quiero. Pero es un asunto político.

—¿Quieres decir que no estás de acuerdo con nuestra postura respecto al IRA?

—No, no es eso. No tengo confianza en Bert.

Al menos no dijo, también, «ni en Jasper».

—Aquí tienes mi dirección —dijo—. No desapareceré. Quiero decir que no deseo una ruptura dramática y esas cosas. Trabajaré a mi manera... en lo mismo, pero de una forma que yo considero más... seria.

—Seria —dijo Alice.

—Sí —insistió Pat—. Seria, Alice. No veo claro este viaje a Irlanda, fiándose de la palabra de una persona llamada Jack. —Parecía molesta e impaciente y pronunció la palabra «Jack» escupiéndola con un bufido—. Todo es tan condenadamente *amateur*. A mí esto no me va.

—Suponía que te marcharías.

Pat le volvió rápidamente la espalda. Porque estaba llorando.

—Llevábamos mucho tiempo juntos... —Su voz se volvió densa e inarticulada.

—No te preocupes —dijo tristemente Alice.

—Sí que me preocupa. Y siento tener que separarme de ti, Alice.

Las dos mujeres se abrazaron llorando.

—Volveré —dijo Pat—. Hablaste de celebrar un congreso de

la UCC. Volveré para eso. Y si me conozco bien, seré incapaz de soportar la ruptura con Bert. Ya lo intenté una vez.

Se fue corriendo, para dejar atrás su emoción.

Los dos hombres regresaron el domingo por la noche. Alice advirtió en el acto que habían fracasado en su misión. Jasper tenía un aire desinflado y Bert estaba taciturno incluso antes de leer la carta que le había dejado Pat.

Le hizo la cena a Jasper, que enseguida subió a acostarse en su saco de dormir en el último piso. Bert dijo que estaba cansado, pero ella lo siguió y lo encontró de pie, solitario, en la habitación que antes compartía con Pat. Entró y, aunque el otro no estaba pensando en Irlanda, le dijo:

—Quiero preguntarte unas cuantas cosas. Jasper a veces se pone un poco raro cuando ha tenido una decepción.

—Yo también —replicó Bert, pero se ablandó y, sin moverse de donde estaba, con los brazos caídos, dijo—: No conseguimos nada.

—Sí, pero ¿por qué?

Pensó que el abandono había sacado a relucir lo mejor de Bert. Sin su desenvuelta afabilidad, sin el constante refulgir de sus blancos dientes entre los rojos labios y la barba oscura, parecía una persona sensata y responsable.

Él sacudió la cabeza y dijo:

—¿Cómo puedo saberlo? Simplemente nos dijeron que no.

Alice estaba decidida a no marcharse hasta que él se lo contara todo y por fin se puso a hablar, mientras lo escuchaba atentamente, a fin de formarse ella misma una imagen a la que pudiera dar crédito.

En Dublín, Jack había visitado bares y lugares de reunión, había hecho averiguaciones, había hablado con un hombre tras otro, mientras iba transmitiendo mensajes a Bert y a Jasper en

el sentido de que todo marchaba como era debido. Después Bert y Jasper —pero no Jack, un hecho que tenía que darle que pensar a Alice— se habían reunido con un camarada en una casa particular de un barrio de las afueras. Allí los había estado interrogando durante largo rato, de una forma que —como advirtió Alice al ver la cara que puso Bert al contarlo— no solo les impresionó, sino que también les hizo bajar de las nubes a los dos. Los asustó, dictaminó Alice, satisfecha de que así hubiera sucedido, pues consideraba que Jasper se tomaba a veces las cosas demasiado a la ligera.

Hacia el final del encuentro o de la entrevista, entró otro hombre y se sentó a escuchar sin decir palabra.

—Era un personaje un poco raro, ese —dijo Bert con una breve carcajada y un movimiento de la cabeza—. No me gustaría tener un encontronazo con él.

Por fin el hombre que había hablado todo el rato dijo que aunque él, en nombre del IRA, les agradecía el apoyo que les ofrecían, tenían que comprender —Bert y Jasper— que el IRA no actuaba como una organización política cualquiera y que el reclutamiento era muy cuidadoso y en base a ciertos requisitos específicos.

Jasper había intervenido para decir que naturalmente lo entendían; que «todos lo entendían».

Tras lo cual, el camarada había vuelto a repetir, palabra por palabra, lo que ya acababa de decir. Continuó diciendo que era útil para la causa republicana contar con aliados y defensores en el propio país opresor y que Jasper, Bert «y vuestros amigos» podían cumplir un útil cometido ayudando a modificar la opinión pública, ofreciendo información. Podrían proporcionarles folletos y octavillas, por ejemplo.

Al parecer, Jasper se excitó y quiso protestar y pronunció un largo discurso sobre el imperialismo fascista. Los dos hombres, el que había hablado y el que había guardado silencio,

escucharon el discurso sin hacer comentarios y sin ninguna expresión en la cara.

Luego el hombre silencioso salió simplemente del cuarto, con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Aquella sonrisa al parecer había impresionado a Bert y a Jasper.

—Al final nos sonrió —repitió Bert, con el desconsuelo que constituía la nota, o el tono, de su relato. Hasta podría decirse que Bert se sentía avergonzado. ¿Por él y por Jasper? ¿Por Jasper? Alice confiaba que no fuese a causa de Jasper, aunque era evidente que pronunciar ese discurso emotivo no había sido demasiado inteligente por su parte.

A Alice le habría gustado seguir hablando, pero Bert dijo:

—Mira, ya ha sido bastante por hoy. Este asunto con Pat...

—Lo siento —dijo Alice—. Y sé que ella también lo siente.

—Gracias —dijo secamente él—, ¡oh, muchas gracias! —Y empezó a quitarse el jersey como si ella ya se hubiera ido.

Alice decidió dormir nuevamente en la sala de estar, porque buscarse una habitación supondría una separación definitiva. Cuando se disponía a acostarse, apareció Jim. Había pasado el fin de semana de fiesta con algunos amigos. Amigos que no había visto en mucho tiempo y que ahora había visitado porque había algo que celebrar. Advirtió que Jim ya empezaba a adquirir, al cabo de solo tres días, una actitud alerta y competente; el paro lo había tenido embotado y apagado. ¡Naturalmente!, todo el mundo lo sabía, pero descubrir tan pronto los resultados...

Encantada con Jim, aprensiva por Jasper, Alice permaneció despierta largo rato en el silencio de la sala. En ese lado de la casa no se oía el tráfico de la avenida principal.

Sabía que ni Jasper ni Bert se despertarían temprano, pero hizo un esfuerzo para levantarse a tiempo para compartir con Jim el té y los cornflakes. Se dijo que su actitud era bastante parecida a la de una madre que se asegura de que su hijo haya

comido lo suficiente antes de irse a la escuela y no tuvo escrúpulos en preguntar:

—¿Seguro que no quieres más? Ya sabes que allí no hay cantina. Será mejor que te lleves unos bocadillos.

Y él, como un hijo con una madre consentida:

—No te preocupes, Alice. No necesito nada.

Después entró Philip y trataron el tema del nuevo depósito de agua. Preferiblemente uno de segunda mano en buen estado. ¿Tenía idea Alice de lo que costaría uno nuevo? ¡No, pero se lo imaginaba! Philip acudiría esa mañana al lugar donde se abastecía de esas cosas y lo comentaría; si había uno disponible, ¿quería que lo comprara?, y en ese caso, ¿tenía dinero para pagarlo? Alice le autorizó a adquirir el depósito, el trozo de tubo para el desagüe y los canalones En una rápida entrada y salida de la sala de estar extrajo trescientas libras de su saco de dormir, pues no quería que Philip supiera cuánto tenía allí... pero solo porque no quería que nadie lo supiese. Una idea desconcertante, vergonzosa incluso, se había apoderado de ella. Que una vez adquirida esa última lista de artículos de primera necesidad, debería meter algún dinero en la caja postal. Para su uso particular. Un dinero cuya existencia nadie conocería. ¿Sin duda debería tener unos ahorros? Sí, abriría una nueva cuenta en la caja postal y no se lo diría a Jasper.

Philip y Jim se habían ido. Roberta y Faye estaban durmiendo o en su comuna de mujeres. Mary y Reggie habían ido a pasar el fin de semana fuera y no regresarían hasta la tarde. Bert y Jasper dormían, o estaban muy callados, en sus respectivas habitaciones. Alice se quedó sentada en la cabecera de la mesa, en la cocina silenciosa. El gato, ausente durante días, reapareció en el alféizar de la ventana, fue admitido dentro, aceptó unos cornflakes con leche, lamió hasta la última gotita del plato, maulló y volvió a salir.

Alice se sentía llena de pesar. El asunto del IRA había sido la fuerza impulsora de Jasper durante meses. Mucho antes de la dramática partida de casa de su madre, solo hablaba del IRA... el IRA... un día y otro día. Al principio, Alice no se lo tomaba en serio. Pero después tuvo que hacerlo. Ahora todo se había derrumbado. Jasper no se conformaría con repartir folletos y octavillas. Ni tampoco, con toda seguridad, Bert, a quien había visto por primera vez el día anterior como un camarada potencialmente responsable. A Jasper o a Bert no se les había pasado jamás por la cabeza que pudieran rechazarlos, que no los considerasen lo bastante buenos. ¿El IRA no se había tomado en serio a Jasper y a Bert? Después de obligarse a examinar esta idea, a revisarla lenta y atentamente en su mente, recreando la escena, que podía visualizar tan claramente, de Jasper y Bert con los dos hombres del IRA, tuvo que reconocer que Jasper y Bert habían causado una mala impresión. ¡Bueno, era algo que podía pasar! Ocurría continuamente con Jasper.

Otra posibilidad era que pensaran ponerlos a prueba, a Jasper y a Bert y a los demás, incluida ella misma. Sí, tal vez fuera eso. Los vigilarían sin que ellos lo supieran. (El camarada Andrew apareció con fuerza ante los ojos de Alice, que le sonrió a su imagen.) Pero a Jasper y a Bert desde luego no se les había ocurrido; y los camaradas irlandeses no les habían confiado ninguna tarea concreta.

Lo cual significaba —Alice se enfrentó a la realidad— unos cuantos días malos con Jasper. Lo vería muy poco. Desaparecería de allí, para volver tal vez brevemente por las noches a comer algo y luego marcharse de nuevo. Una vez, durante una etapa muy mala, Jasper había estado de ese modo durante varias semanas, más de un mes, y Alice había vivido aterrorizada aguardando la llamada de la policía en la puerta y noticias de Jasper de las que había estado temiendo recibir desde que lo había conocido. Cuando estaba de ese modo no

tenía demasiado cuidado.

La única esperanza residía en su vínculo con Bert. Estabilizador. Bert podría salvar la situación sin haberse enterado siquiera de su existencia.

Pasaron un par de horas. Alice estaba cada vez más alicaída cuando llegó Philip, satisfecho, para anunciar que su compañero con contactos en los lugares donde se realizaban trabajos de derribo tenía todo cuanto necesitaban en el número 43 y que estaba en una camioneta delante de la puerta. Pero Philip se había gastado las trescientas libras y necesitaba dinero para pagar el transporte. Justo cuando le estaba diciendo todo esto, mientras los dos cruzaban el vestíbulo, apareció Jasper, que bajaba corriendo las escaleras con pisadas ligeras. Alice se detuvo a contemplarlo, sintiendo que se levantaba un peso de su corazón. Cuando llevaba un tiempo sin verlo, siempre olvidaba el impacto que ejercía sobre ella. Esa ligereza, ¡como si estuviera a punto de echarse a volar a cada paso!, y luego, su manera de detenerse, al pie de la escalera, esbelto y erguido; diríase una persona de otro mundo, tan pálido y tan refinado, con su corto pelo reluciente... pero la miraba con expresión horriblemente amenazadora. Bajo esa mirada, Alice tuvo que entrar en la sala de estar donde había dormido, mientras él sabía qué había ido a hacer, y arrodillarse junto al saco de dormir, que quedaba justo fuera de su campo visual. Corría el riesgo de que él entrase y tenía esa sensación inconexa de jadeante pérdida de control que resultaba fatal con Jasper. Él comprendería que había entrado a buscar dinero. ¿Qué podía hacer? Rápidamente se guardó lo que quedaba de un paquete, junto con el otro grueso fajo, debajo de la blusa, donde resultaba visible. Se puso una chaqueta, aunque él comprendería por qué la llevaba, y salió, bajo su fría, furiosa, viviseccionante mirada. Bert había aparecido en lo alto de la escalera, con aspecto cansado y desmoralizado. Qué contraste

entre Jasper y Bert: uno, como un ángel vengador —la idea se impuso compulsivamente en su mente—, el otro tan abatido y debilitado.

—¿Podéis echarme una mano? —les dijo alegremente Philip a los dos hombres. Jasper no se movió. Bert tampoco.

Avergonzada por ellos, Alice dijo:

—Ya voy yo. —Y salió corriendo con Philip.

El chófer, Philip y ella forcejearon con el depósito. Era grande y pesado —«¡Como un pequeño contenedor!», bromeó Alice— y tuvieron que bajarlo de la camioneta y transportarlo por el sendero hasta la casa. El chófer dijo que su responsabilidad acababa allí. Philip se fue a buscar los canalones y el tubo para el desagüe y volvió a entrar. Bert y Jasper estaban en la cocina y le habían cerrado la puerta a Alice. Ella entró sin llamar y les dijo:

—¡Qué diablos!, ¿es que no podéis ayudarnos a subir esas cosas arriba?

Habían estado comunicándose su desaprobación, su indignación, detrás de esa puerta cerrada. Ahora Jasper dijo:

—Te has vuelto loca, Alice, ¿no te das cuenta? ¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Qué es toda esa chatarra?

Alice se forzó a plantarle cara:

—El depósito de agua de arriba está podrido, está oxidado. ¿Quieres que nos lluevan encima sabe Dios cuántos litros de agua?

—Me da igual —dijo Jasper—. Si eso sucede, simplemente nos iremos a otra parte, como siempre hemos hecho.

Esa cruel, despiadada traición le llegó a las entrañas, le nubló los ojos. Cuando se recuperó, se encontró apoyada en el canto de la mesa para mantener el equilibrio. Lo miró, haciendo caso omiso de Bert, que estaba poniendo la tetera a calentar y cortando el pan.

—Sabes que te gusta vivir en un lugar decente, en un sitio

agradable. Claro que sí...

—Oh, mierda —exclamó él melodramático, porque ella estaba destruyendo la imagen que le gustaba presentar ante Bert—. En fin, no pienso tener nada que ver con eso. ¿Y cuánto te está costando? ¿Cuánto hemos gastado esta vez? —Sus brillantes ojitos azules, redondos y duros, que esa mañana se veían prominentes y saltones sobre los poco profundos y cremosos lagos que los rodeaban, aparecían llenos de odio hacia ella. Alice comprendió lo que la esperaba en cuanto se encontrasen a solas.

Pidió ayuda a Bert:

—Ayúdanos, por favor. Philip y yo no podemos solos. Bueno, ¡fíjate en Philip!

Bert untó con mantequilla el pan, muy despacio, sin cambiar para nada de expresión, y luego se sentó. Entonces, al levantar la mirada y ver la cara de Alice, se levantó inesperadamente, tan rápido y lleno de energía como letárgico había aparecido hasta un momento antes (pero era la energía de la ira) y salió con ella al vestíbulo, donde encontraron a Philip, frágil como una hoja, junto al enorme depósito gris oscuro. Sin decir palabra, Bert se agachó y lo levantó, dejando que Alice y Philip buscaran ellos mismos un lugar para ayudarlo y, entre golpes y topetazos, porque estaba tan furioso que los blancos dientes asomaban ahora entre los tensos labios rojos en una mueca de esfuerzo, arrastraron velozmente el depósito escaleras arriba, con gran deterioro de la barandilla. Al llegar al tercer piso, Bert simplemente dejó caer el depósito y volvió a bajar a la carrera. Philip y Alice oyeron un nuevo portazo en la puerta de la cocina, que los relegaba fuera a los dos. Alice miró compungida a Philip, que no la miraba. Era preciso trasladar el depósito hasta el fondo del pequeño descansillo de la escalera. El depósito existente se encontraba en la buhardilla. Era absolutamente imposible que ese depósito pudiera pasar por la

trampilla. ¡Misterio! ¿Cómo creían los constructores iniciales que podría llegar hasta allí un depósito nuevo cuando al originario, presumiblemente instalado antes de colocar el cielo raso, le llegara el momento de su muerte natural? Solo cabía pensar que creían en la vida eterna de los depósitos.

Pero la distancia entre el lugar donde el depósito bloqueaba ahora el comienzo de la escalera y el lugar que debía ocupar, en el fondo del descansillo, era demasiado grande para que ellos pudieran trasladarlo.

Alice vio a Philip desolado, avergonzado, vulnerable.

—Espera —le dijo. Bajó al trote la escalera y vio salir a Jasper de la sala de estar, donde, evidentemente, había estado hurgando en busca de su dinero. Desde el último peldaño le dijo, sin saber que iba a hacerlo:

—Ya estoy harta, Jasper. Si no puedes ayudar con una insignificancia como esta, cuando yo hago tantas cosas, yo me largo.

Exactamente como si no hubiera tenido la intención de pasar de largo frente a ella sin mirarla para meterse en la cocina, Jasper dio media vuelta y subió ruidosamente la escalera por delante de ella. Cuando Alice llegó arriba, ya estaba trasladando con Philip el depósito hasta el lugar que tenía que ocupar. Ese era el otro Jasper, rápido, inteligente, ingenioso. En efecto, Philip dijo que deberían poner un cartón o papeles gruesos, alguna cosa, debajo del depósito para levantarlo, a causa de unas incómodas tuberías salientes, y Jasper, viendo las pilas de diarios procedentes del desván, se apresuró a recogerlos y a apilarlos, allí arrodillado, hasta formar una plataforma de medio metro de altura. Alice observó que aunque iba deslizando rápidamente los diarios en su sitio, al mismo tiempo iba apartando, como si fuesen cartas de una baraja, aquellos con titulares interesantes: «La marcha de Jarrow…», «Hitler invade…», «La batalla de El Alamein…».

¡Si los camaradas irlandeses pudiesen verlo ahora!, pensó Alice, mientras contemplaba su diestro, rápido, bien ejecutado trabajo; y cómo después levantó, con ayuda de Philip y de ella, el enorme depósito como si no pesara nada y lo instaló encima de los periódicos...

No la había mirado ni una vez. Alice se sentía a punto de desfallecer bajo el impacto de los latidos de su corazón. Oh, era peligroso amenazar a Jasper. ¿Y si la dejaba? Oh, no, no lo haría, de eso estaba absolutamente segura. No podía hacerlo.

Él huyó escaleras abajo, sin dirigirle una sonrisa ni una mirada, y Alice se quedó otra vez a solas con Philip. Que estaba apesadumbrado. Por el ambiente en que había estado metido, que era puro veneno, Alice lo sabía.

Sabía que él estaba pensando: Si no hubiese puesto tanto esfuerzo en esta casa, tal vez me marcharía. Además, estaba triste por la partida de Pat.

Alice dejó a Philip ocupado en sus tareas, mientras se decía que esta vez le había dado dinero para los materiales, pero ninguno por su trabajo. Estuvo a punto de volver a subir para darle lo que le quedaba... Bajó un par de peldaños... Estuvo a punto de subir otra vez, dudó un poco y luego —puesto que tenía la suerte de su parte— lo hizo. Le dio lo que quedaba del paquete ya esquilmado: solo doscientas libras, en realidad, y ni por asomo lo que debería haberle dado. Y después bajó a la cocina y abrió con atrevimiento la puerta, sin preocuparse de si la habían cerrado para dejarla fuera o no.

Bert se había ido.

Jasper la estaba esperando.

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—El dinero no es tuyo, así que cállate —replicó ella.

—Todos empezamos a estar hartos de ti —dijo él—. Todos pensamos que te has estropeado. Lo único que te preocupa es tu comodidad.

—Mala suerte —dijo ella, y se sentó. Allí de pie bajo la intensa luz de media mañana él tenía un aspecto bastante vulgar y hasta feo, pensó Alice, que instantes antes había estado fundiéndose en un familiar éxtasis de admiración hacia él.

Él le observaba fijamente el estómago. La chaqueta, que se había puesto apresuradamente, estaba abierta y por delante, bajo la gruesa camisa de algodón, asomaba la lisa protuberancia del paquete.

Por un instante temió que él simplemente se le acercara, la cogiera por la muñeca y se apropiara del dinero. No lo hizo y, por el contrario, se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia fuera.

—No debes creer que voy a darme por vencido así como así —dijo él—, que me conformaré con lo que ellos me digan.

Alice tardó un momento en captar el significado de sus palabras: Jasper estaba hablando del rechazo de los camaradas irlandeses.

—No, claro que no —dijo amigablemente ella.

Creyó —y con cuánto alivio y descanso para su pobre corazón— que ahora podrían iniciar la verdadera discusión responsable que tanto le gustaba mantener con Jasper. Pero se abrió la puerta y cuando levantó los ojos vio a Jim. Que en un primer momento le pareció que no era Jim. La reluciente piel morena tenía una apariencia áspera y cenicienta y sus ojos miraban fijamente al vacío.

—¿Qué te pasa, qué ha sucedido? —Y se le acercó.

Él la apartó bruscamente.

—Me han echado a la calle.

—Oh, no —exclamó firmemente ella en el acto—. Oh, no, no puede haber hecho esto.

Él permaneció inmóvil, inspirando y espirando ruidosamente el aire, inspirando otra vez. Un intenso sonido angustioso.

—Dicen que he robado dinero.

—Oh, no —exclamó Alice. Y luego otra vez, pero en un tono distinto—: Oh, no.

Mientras tanto, Jasper iba absorbiendo toda esa información.

—¿De qué sirve? —inquirió Jim, dirigiendo su pregunta al cielo, no a ella, y su tono sonó histriónico, pero no lo era; porque detrás de esa pregunta se escondía su vida entera. Después miró de verdad a Alice, la vio y dijo:

—Bueno, gracias, Alice, sé que lo has intentado. Pero no sirve de nada. —Y salió dando traspiés, llorando.

Alice lo siguió.

—Espera. Espera un momento. Ahora mismo voy allí. Yo lo arreglaré, ya verás.

Él sacudió la cabeza, se metió en su cuarto y cerró la puerta.

Alice se quedó fuera, pensando. Jasper llegó de la cocina. Le sonreía con complicidad, felicitándola incluso. Evidentemente, no había deducido toda la verdad, pues quién podría llegar a imaginar su suerte, que había hecho sonar el teléfono en el momento preciso. Pero, con su rápida inteligencia, había captado las líneas generales del asunto.

Alice dijo:

—Voy a ver a mi padre.

—Será mejor que no vayas con eso encima —dijo él, mirándole el estómago. Lo dijo amablemente, como un camarada en un momento de apuro. Sin pensar, como si no pudiera hacer otra cosa, Alice deslizó la mano bajo la gruesa camisa. El fajo de billetes había quedado cogido debajo de la cinturilla de los tejanos y tuvo que hurgar con los dedos. Sus dedos se deslizaron sobre la calidez satinada de su piel y, en un dulce destello íntimo de reminiscencia, o en una advertencia, su cuerpo (ese cuerpo que respiraba en secreto y que ella ignoraba casi todo el tiempo, procurando olvidarlo) cobró vida y le habló. La cálida suavidad le hizo cosquillear los dedos y se

detuvo con expresión desconcertada o indecisa, con el fajo de billetes suelto en la mano abierta. Parecía estar intentando recordar algo. Jasper le cogió limpiamente el paquete y lo hizo desaparecer en el bolsillo interior de su cazadora.

—Voy a ver a mi padre —repitió ella despacio, todavía desconcertada por ese mensaje de su yo sepultado, que canturreaba en las yemas de sus dedos y le subía hormigueante por el brazo.

Se alejó lentamente por el sendero hasta la puerta de la verja, enfiló por la avenida principal en dirección al metro, todavía caminando como sonámbula, envuelta aún en una red de insinuaciones, recuerdos, advertencias. Incluso se llevó los seducidos dedos a la nariz y los olfateó, lo cual aparentemente la dejó todavía más intrigada y desalentada. Sabía que se había quedado plantada en medio de la acera entre la gente que pasaba por su lado, el tráfico que corría veloz arriba y abajo... que llevaba allí, quieta como un poste, ¿cuánto rato? No pudo evitar una furtiva mirada atrás, al número 43, por si Jasper la estaba observando. Así era. Descubrió un leve fulgor de su palidez en la ventana del baño del segundo piso. Pero enseguida desapareció.

En un santiamén recuperó las energías, al pensar que ahora, con todo ese dinero, Jasper se largaría a alguna parte y que si quería encontrarlo aún, tendría que darse prisa y regresar pronto.

En C. Mellings, Imprenta y Papelería atravesó directamente la tienda, subió al segundo piso y entró en el despacho de su padre. Lo encontró sentado detrás del gran escritorio y Jill, la secretaria, estaba sentada de cara a él en su mesa, al otro lado de la habitación. Alice se detuvo delante de su padre y dijo:

—¿Por qué has despedido a Jim? ¿Por qué? Ha sido una maldita actitud fascista de mierda. Solo lo has hecho porque es negro, eso es todo.

Al ver aparecer a su hija, Cedric Mellings se había puesto rojo, se había puesto pálido. Ahora se inclinó hacia delante, dejando reposar el peso de su cuerpo sobre sus antebrazos, con los puños cerrados.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—¿Cómo? Estoy aquí porque has puesto a Jim en la calle, ¿cómo te atreves? ¡Es una injusticia! —Y Alice lanzó un puntapié contra el escritorio, con fuerza, varias veces seguidas.

—Le di un empleo a Jim Mackenzie porque nuestra política ha sido siempre contratar a negros, hindúes, a quien sea. Siempre hemos mantenido una política no racial. Como tú sabes muy bien. Pero debería haber sabido que no era prudente aceptar a ninguna persona recomendada por ti.

Ahora hablaba en voz baja y resentida, y parecía encontrarse mal.

—Vete, Alice. Simplemente vete de aquí, ¿quieres?, ya he soportado todo lo que puedo aguantar de ti.

—¿Quieres escucharme? —chilló ella—. Jim no cogió ese dinero. Yo lo cogí. ¿Cómo se puede ser tan estúpida? —Esto último iba dirigido a Jill—. Estuve aquí en el despacho, ¿no? ¿Eres ciega, o imbécil, o qué?

Jill se levantó y papeles y bolígrafos rodaron al suelo. Se quedó mirando al vacío, tan pálida como su patrón, y muda.

—No le hables a Jill de ese modo —dijo Cedric Mellings—. ¿Cómo te atreves a entrar tranquilamente aquí y... qué estás diciendo, que tú cogiste el dinero, cómo pudiste...? —Hundió la cabeza entre las manos y gimoteó.

Jill emitió un sonido angustiado y salió precipitadamente hacia el lavabo.

Alice se sentó en una silla frente a su padre y aguardó a que este se recuperara.

—¿Tú cogiste el dinero? —preguntó él por fin.

—Pues claro que sí. Estuve aquí, ¿no? ¿Acaso no te lo ha

dicho Jill?

—Ni se me pasó por la cabeza. Ni tampoco a ella. ¿Por qué había de pensarlo?

Se recostó en el asiento, con los ojos cerrados, intentando recuperar la compostura. Las manos, apoyadas encima de la mesa, le temblaban.

Al verlo, Alice sintió un pequeño estremecimiento de triunfo y luego de compasión. Se alegró de tener esa oportunidad de observarlo sin ser vista.

Siempre había considerado atractivo y hasta apuesto a su padre, aunque sabía que no todo el mundo opinaba igual. Su madre, por ejemplo, era aficionada a llamarlo Sandman[4] cuando estaba de un humor crítico.

Cedric era un hombre robusto, con tendencia a la obesidad, de tez pálida, ligeramente pecosa, y pelo corto y rubio que parecía rojizo según la luz. Tenía los ojos azules. Alice, en realidad, estaba bastante orgullosa de su historia, de su carrera.

Cedric Mellings era el menor de varios hermanos. Su familia procedía de los alrededores de Newcastle. Tenían alguna ascendencia escocesa. El abuelo de Cedric era clérigo. Su padre era periodista y nada rico. Todos los hermanos tuvieron que trabajar mucho para estudiar y dar un empujón a sus vidas. Cedric había sido todavía demasiado joven para ir a la guerra y jamás se lo había perdonado al destino.

A diferencia de sus hermanos, no parecía lograr abrirse camino; perdió el tiempo en la universidad, se casó muy joven, se fue a vivir a Londres, tuvo alguno que otro empleo; escribió un libro que llamó la atención pero que no le ayudó a ganar dinero, luego otro, una desenfadada e irreverente descripción de la carrera de un periodista de provincias. El relato estaba basado en la vida de su padre y tuvo el éxito suficiente para hacerle ganar cinco mil libras. Eso era mucho dinero a mediados de los cincuenta. Comprendió —aconsejado y

apoyado por Dorothy— que ese era un golpe de suerte que tal vez no se repetiría. Compró una pequeña imprenta que había quebrado y, gracias a sus contactos con el Partido Laborista y con todo tipo de grupos políticos de izquierda, pronto tuvo una base para irse manteniendo con la impresión de panfletos, hojas de propaganda, folletos, octavillas, y más adelante también contó con un par de pequeños diarios. En los años sesenta, la empresa floreció al compás de los buenos tiempos y Cedric abrió la papelería como una aventura, pero enseguida empezó a irle bien. La familia abandonó agradecida el pequeño piso desvencijado de Stockwell y adquirió una cómoda casa en Hampstead. ¡Los buenos tiempos...!, así recordaban todos los años sesenta, la época dorada en que todo resultaba tan fácil. Tiempos fáciles para hacer amistades, encontrar trabajo, hallar oportunidades, ganar dinero; gente que entraba y salía, largas comidas familiares alrededor de una enorme mesa en la cocina, éxitos en la escuela, fiestas, vacaciones en Europa.

Cedric Mellings tuvo un par de aventuras y luego Dorothy Mellings también. Sobresaltos, altercados, furias, acusaciones; largas discusiones familiares, los niños muy involucrados, componendas e intentos de suavizar las cosas, la familia unida. Pero para entonces los niños habían empezado a crecer, a hacerse mayores, ya eran mayores, empezaban a marcharse, se iban, se habían ido... Alice al norte, de vuelta al territorio de su padre, aunque en un primer momento no se dio cuenta.

Y entonces, Cedric Mellings y Dorothy Mellings se encontraron solos en una casa demasiado grande. Que no había dejado de estar llena de visitas que entraban y salían, comían y bebían con ellos. Cedric se enamoró de Jane. Se fue a vivir con ella. Dorothy se quedó en la casona.

Todo había quedado atrás. Se habían esfumado los buenos tiempos, los empleos fáciles de encontrar, hasta el éxito, los amigos, el afecto y el dinero parecían haber desaparecido.

Cedric y Dorothy parecían constituir un centro, un centro esencial incluso; tantas personas conocidas habían entrado y salido de su casa con sus ideas políticas, libros, causas, marchas por tal y cual cosa, manifestaciones. Cedric y Dorothy parecían emitir un brillo o un resplandor, los rodeaba una aureola o una atmósfera de éxito, de confianza. Pero luego... ¿qué se hizo de todo aquello? ¡Cedric con Jane era un asunto muy distinto! Para empezar, la casa era mucho más pequeña, porque a fin de cuentas, C. Mellings, Imprenta y Papelería tenía que mantener dos establecimientos; la casa de Cedric y Jane no poseía esa atmósfera indefinible pero inconfundible de desahogo, de triunfo. Dorothy, que se había quedado en la casa más grande, sola durante un tiempo y luego, más adelante, con Alice y Jasper, parecía tener menos amigos. Desde luego, quienes iban a comer con Dorothy Mellings —mientras Alice estaba allí, con Jasper— tendían a acudir de uno en uno o de dos en dos, la mayoría mujeres, que quizá necesitaban los consejos de Dorothy o incluso pedirle dinero; amigas divorciadas; tantas parejas que habían visitado la casa de los Mellings en los buenos tiempos se habían deshecho... O una pareja, que hablaban mucho de cómo eran antes las cosas y de cómo habían cambiado. Si Dorothy daba una fiesta, y solo eran pequeñas fiestas, eso le representaba un esfuerzo y parecía estar cansada de todo, haber olvidado cómo, en los años sesenta y setenta, las fiestas se producían espontáneamente. Se apropiaban de la casa y atraían a gente de todas partes y los teléfonos empezaban a sonar para transmitir despreocupadas invitaciones y pedidos a los mayoristas de vino y tiendas de comestibles.

Mientras que, durante un tiempo, Cedric Mellings había sido el patito feo de la familia transformado en cisne —pues ¿cuál de sus hermanos llevaba una vida tan chispeante y llena de éxitos—, ahora había vuelto a adquirir unas características de

pobre patito. Aunque al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía todo eso?, pensaba con mofa Alice, mientras examinaba triunfante esa cara demasiado pálida, ansiosa, tensa, con perlas de sudor en la frente... ¿imprimir jodidas porquerías para tal o cual asquerosa facción del asqueroso y fascista Partido Laborista, imprimir diarios pasados por agua para los malditos liberales y revisionistas, hacerles la rosca a políticos de mierda en ciernes y basuras burguesas condenados irremisiblemente a quedar arrinconados de todos modos en los basureros de la historia?

Todo había sido una porquería, todo. Lo que Alice no podía perdonarse era haberse dejado embaucar por todo eso... Bueno, al menos había sido lo bastante sensata como para abandonarlo a tiempo y conocer a personas capaces de conducirla por el buen camino...

Por fin, Cedric Mellings suspiró, abrió los ojos y, meditada ya su posición, se inclinó hacia delante y, sin mirar a Alice, con los ojos bajos, dijo:

—Muy bien, tú cogiste el dinero, si tú lo dices. Siento lo de ese joven. Dile que vuelva y... estoy seguro de que podremos arreglarlo. En cuanto a ti, Alice, supongo que te sorprenderá, vives en un mundo tan lleno de fantasías, pero mil libras no es una cantidad que esta empresa pueda permitirse perder. Nosotros también sufrimos con la recesión, ¿sabes? La cosa se aguanta por los pelos; es posible que tengamos que plegar velas. La imprenta, no la papelería. —Soltó la incrédula risita con un bufido de admiración que solía emitir cuando mencionaba la papelería: «¡Las tarjetas de felicitación! Ahí está el negocio. Y, naturalmente, los dulces y chocolates y otras tontadas por el estilo».

Ahora miró a Alice y pudo sostener su mirada, aunque saltaba a la vista que le costaba un gran esfuerzo mantener los ojos fijos en los de su hija; simplemente, no entendía lo que veía en ellos.

—Supongo que no servirá de nada pedirte que devuelvas el dinero —dijo casi suplicando.

Al oír esto, Alice se rió. Esa risa era un reconocimiento, lleno de admiración incluso, de un tipo de necesidad que Cedric, pobre necio, no podía ni empezar a vislumbrar. Sin embargo, él asintió; había comprendido.

—Supongo que ese Jasper tuyo ya lo tiene en sus manos —dijo—. Bueno, ya sé que no sirve de nada hablarte de él. Pareces tener como una venda en los ojos. Pero tienes que entender una cosa: no obtendrás más dinero de mí. No veo ninguna razón para que yo deba mantener a ese... bueno, dejémoslo. Voy muy justo de dinero, Alice, ¿lo entiendes? Y no son solo estas mil. Hace unos días, algún gamberro se metió en nuestro dormitorio, el dormitorio de Jane y mío, y se llevó... — De pronto, cayendo en la cuenta, dio una brusca sacudida en su silla, como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica y se quedó mirando a Alice, con la boca literalmente abierta. Hasta ese momento, no había relacionado ese robo con Alice. Ella se limitó a sonreír, sin reconocer nada, pero consciente de que no valía la pena molestarse en negarlo.

Él había quedado otra vez profundamente trastornado; incapaz de hablar, estaba luchando para poner en orden sus pensamientos. Su respiración era superficial, en acelerados jadeos. Después buscó un cigarrillo, lo encendió con manos torpes e inhaló el humo como si fuese un narcótico. Por fin dijo:

—Alice, no sé... ¿Ahora te has convertido en una ladrona? ¿Se trata de eso? ¿Así es como vives? No lo entiendo. —Apagó el cigarrillo, como si con la colilla aplastara a Alice borrando su existencia, y añadió—: Pensé que sería algún gamberro, uno de esos críos que se meten en una casa llevados por un impulso... —En ese momento cayó en la cuenta del segundo hecho y nuevamente se quedó con la mirada perdida en el vacío—.

¿También fuiste tú? —preguntó con voz apagada—. ¿Tú lanzaste esa piedra? —Sabía que así era; no era una pregunta —. Esa piedra cayó a veinte centímetros de la pequeña Deborah —dijo—. Había cristales rotos por todas partes... a Jane se le clavó una astilla en la pierna...

Sacudió la cabeza como un perro con dolor de oídos.

—Claro que no te has equivocado en tus cálculos —dijo—. Lo tenías todo bien calculado. Llegaste a la conclusión de que no lo denunciaría a la policía porque eres mi hija. Y esta vez no lo haré. Pero la próxima, te denunciaré. En mi opinión, te has convertido en una especie de animal salvaje. Quedas al margen de las consideraciones habituales.

Alice se levantó. No se sintió apenada por ese repudio; sentía que había sido repudiada, abandonada, hacía ya mucho tiempo.

—¿Cuál es la dirección de mi madre? —preguntó.

Cedric tardó un rato en asimilar esa pregunta. Tuvo que tomarse un tiempo para dejar penetrar la idea.

—Entonces, ¿has perdido su dirección? —dijo.

—Nunca me la dio. Desapareció sin decir nada, ¿no? Simplemente se marchó de casa, la abandonó de pronto. —La voz de Alice era toda ella una furiosa acusación.

—¿Qué estás diciendo? Hacía meses que pensaba mudarse.

—¡Porque tú te niegas a ayudarla! —chilló ella.

—Porque no estoy dispuesto a mantener a vagos como tú y Jasper.

—Bueno, ¿cuál es su dirección?

—Averíguala tú misma. Supongo que ahora empezarás a robarle a Dorothy y a lanzar piedras contra sus ventanas.

Pero lo dijo con voz áspera, balbuceante; todavía le costaba creer todo lo ocurrido.

Alice salió de su despacho y se alejó por un pasillo hasta la oficina general del fondo. Allí le dijo a la chica encargada de

los ficheros:

—¿Cuál es la dirección de mi madre? Dorothy Mellings, ¿cuál es su dirección?

Evidentemente, la chica no estaba al corriente del escándalo causado por la hija del dueño y se dirigió de buen grado al alto archivo, extrajo la ficha y se la leyó a Alice, que la memorizó y salió corriendo. Pasó junto a Jill, que se quedó mirándola casi con ojos de súplica, como si fuese una asesina o una maleante que pudiera atacarla.

Alice atravesó corriendo la papelería donde los imbéciles compraban revistas sobre la vida de sociedad, novelas románticas o de aventuras y bonitas tarjetas que decían: «Para un amigo muy especial», «Besos en el día de tu cumpleaños», o «Estoy pensando en TI». O cajitas de papel de cartas con narcisos o rosas estampadas. O... pura bazofia.

Alice entró en un café de Finchley Road y se quedó allí sentada un largo rato a solas, con un café muy cargado. Tenía necesidad de pensar.

Decidió que era poco probable que la relación con Bert pudiera impedir que Jasper se entregara a una de sus escapadas; que tendría que aguantarse y esperar que se le pasara; que Bert casi con toda seguridad partiría en busca de Pat; que lo mejor que podía hacer era organizar un congreso de la UCC lo más pronto posible. El trabajo de organización haría fermentar en la casa el ambiente, la atmósfera adecuada para disipar los rencores del último par de días. Había conseguido salvar por los pelos la situación con Jim. Pero Philip, un espíritu amable e incluso tímido, se marcharía si no hacían algo.

Cuando volvió a la casa, la puerta del cuarto de Jim estaba abierta y todas sus cosas habían desaparecido.

Esto la afectó de verdad, profundamente. Empezó a lamentarse a gritos, contemplando desde el umbral esa

habitación en la que no quedaba ni rastro de él. Ni sus instrumentos: los tambores, la guitarra, el acordeón. Ni su saco de dormir, ni sus ropas, ni su tocadiscos... nada. Jim se había esfumado de ese cuarto como si nunca hubiera estado allí.

Alice no tenía ninguna dirección de amigos o familiares.

Inmóvil junto a la puerta, Alice se llevó los puños a las sienes y empezó a golpearse la cabeza, con fuerza, mientras gimoteaba.

—No, no, no, oh, no...

Rumor de pisadas que bajaban corriendo la escalera; Faye se plantó ante ella, indignada, ofendida:

—¡Qué demonios pasa! —gritó.

—Jim... se ha ido, se ha ido.

—Ah, ¿sí?, tanto mejor —dijo burlonamente Faye, y se rió—. Tampoco nos gustaba tenerlo aquí de todos modos.

Alice levantó la vista y pudo ver, por encima de Faye, a Philip, con una cara que indicaba que lo había oído, tal como, sin duda, era la intención de Faye. Pero también vio a Roberta, que se acercó rápidamente a Faye, la cogió por los dos brazos y la hizo desaparecer de su vista.

Tenía una expresión grave y horrorizada, dolida a causa de Faye.

La voz baja apremiante de Roberta, la tintineante risita aguda de Faye. Se oyó un fuerte portazo. Roberta bajó corriendo, cogió a Alice, empezó a mecer a la muchacha sollozante:

—Vamos, vamos, vamos...

—Ha sido por mi culpa —gimoteó Alice—. Yo tengo la culpa. Yo. Ha sido por mí.

—Vamos, vamos, vamos. Tranquila. No te preocupes.

Se llevó a Alice a la sala de estar y la hizo meter dentro del saco de dormir. Le llevó un vasito de whisky, la instó a beber, a dormirse, a olvidarlo.

La histérica Alice, como la tan a menudo histérica Faye, fue drogada hasta la inocuidad.

Durmió hasta el atardecer. Entonces encontró a Roberta y a Faye, a Mary y a Reggie en la cocina. Jasper no estaba en casa. Bert se había ido a ver si podía convencer a Pat para que comiera con él.

Alice se sentó y dijo:

—Creo que deberíamos organizar un congreso de la UCC.

—¿Otra decisión democrática? —comentó riendo Faye.

—Es una sugerencia que propongo para que se discuta —respondió Alice.

—Yo estoy a favor —dijo Roberta—. Hay muchos nuevos miembros que todavía no conocemos. Una nueva sección local, nuevos grupos... deberíamos conocernos.

—Parece una buena idea —dijo Reggie en un tono juicioso, de persona que siempre acogería con agrado los congresos y debates, cualquier manifestación de un proceder democrático.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Mary—. He estado pensando que tal vez sea justo el tipo de partido político que estaba buscando. Los partidos burocráticos desde luego no me interesan.

—¿Cuándo? —preguntó Faye.

—Pronto —dijo Alice—. Cuanto antes mejor. El partido ha crecido muy deprisa. Ahora es necesario consolidarlo y formular las directrices políticas.

Aprobación general, aunque Faye solo accedió porque Roberta lo hizo.

Pasaron cinco días y cinco noches, sin Jasper. Bert regresó, insatisfecho, y con un aire de sombría amargura que Alice continuaba considerando como una mejora.

Preguntó dónde estaba Jasper; Alice, encubriéndolo como de

costumbre, dijo que había decidido ir a visitar a un hermano suyo. Bert, que después de todo había pasado bastante tiempo con Jasper, se extrañó de que nunca hubiese mencionado a su hermano. Alice dijo que Jasper se veía con ese hermano, que era su único «pariente potable». Esta frase le hizo poner una cara rara a Bert, pero ella le explicó que su familia era espantosa y que el hermano era la única persona decente de la misma.

Las visitas de Jasper a su hermano de hecho se producían, aunque muy de tarde en tarde.

A Alice le alegró comprobar que Bert echaba de menos a Jasper, que tendía a sentirse un poco perdido sin él. Pero se encontraban en una fase de intensa actividad, pues el congreso debía tener lugar dentro de dos fines de semana, en esa casa, en el número 43. La tarea de enviar mensajes y escribir cartas continuaba en marcha y se pasaban el día haciendo viajes a las cabinas telefónicas de la estación.

Alice se encargó de la mayor parte de ese trabajo, aunque Bert visitó la sección local del sur de Londres para asegurarse de que todos tuvieran interés en asistir. Les preguntaron a los del 45 si querían asistir, si no como miembros o posibles futuros miembros, al menos como delegados u observadores. Alice sabía que observadores desde luego los habría y no se extrañó cuando Muriel, la chica-ganso, dijo que acudiría. El camarada Andrew dijo que le habría gustado estar presente, pero que se encontraría fuera.

Ambas casas podrían utilizarse como dormitorios si el 45 resultase insuficiente.

Alice quedó encargada de ofrecer comida abundante pero barata. Por una vez tenía asegurada alguna aportación a sus finanzas, pues los delegados pagarían una pequeña cuota en concepto de comida y alojamiento. Tras una discusión, se estableció una cuota de dos libras por persona para todo el fin

de semana.

Alice también dijo que sería conveniente deshacerse de toda la basura que aún quedaba en el 45, pues causaba muy mala impresión. Como nadie hizo nada, pidió prestado el coche y realizó varios viajes a los vertederos, con Philip como ayudante.

El congreso y el alegre ambiente de los días precedentes habían calmado las reticencias de Philip, su malestar por lo de Jim.

Bert visitó repetidas veces el 45 durante esos cinco días. Iba a ver al camarada Andrew, Alice lo sabía, pues ella también visitaba al camarada, el cual parecía tener deseos de hablar de Bert, sin ocultar sus proyectos para él, consistentes en encauzarlo por la vía de un trabajo, un piso, seguridad y respetabilidad. Y una «preparación especial», no concretada pero sobrentendida. A Alice más bien le extrañaba que hubiera escogido a Bert; ¿qué había hecho cambiar de opinión a Andrew respecto a él? Ella misma no habría confiado demasiado en Bert. ¡Se dejaba llevar con demasiada facilidad, por ejemplo! ¿Hablaría Bert de otras cosas con Andrew? Alice deseaba ansiosamente saberlo, pues si el IRA no quería tener nada que ver con Bert y Jasper (y, por extensión, con el resto de ellos, incluida Alice), entonces seguro que se plantearía alguna otra cosa dentro de la misma línea. ¡Todos querían ser útiles, servir a la Causa! Alice sondeó a Andrew, pero este, o no quería soltar prenda, o desconocía los proyectos alternativos de Bert y de Jasper. Alice sondeó a Bert, pero, al parecer, este estaba a la espera de que Jasper formulase «un compromiso acorde con nuestros recursos». Una vez más, Alice pensó: ¡Como para fiarse de las impresiones superficiales!, en ese caso, y sabía que mucha gente pensaba de ese modo, que Jasper era el acólito de Bert, su discípulo.

Jasper había mencionado varias veces a Muriel, y esto podría

haberle dado una pista a Alice, si su antipatía por Muriel no aflorara siempre en el acto, impidiéndole escuchar sus posibles hazañas. Muriel, había dicho Jasper, dejaría el 45. Iba a empezar a trabajar. «A trabajar en serio», insistió él, con una orgullosa pero discreta sonrisa, invitando a Alice con la mirada y con su actitud a entender lo que quería decir. Pero lo que ella necesitaba era oírle decir que encontraba a Muriel tan desagradable como ella; que no le gustaba era evidente, Alice lo sabía. «El camarada Andrew lo ha arreglado todo, ¿sabes?, la preparación y todo lo demás.» Era evidente que el respeto que le inspiraba Andrew reducía a la insignificancia lo que pudiera sentir por Muriel.

Alice incluso intentó averiguar a través de Muriel cuáles podían ser los proyectos de Jasper; pero en cuanto oyó el nombre de Jasper, la otra dijo rápidamente que, en su opinión, Andrew era un cuadro «básicamente» sensato y útil. A Alice esto le pareció absolutamente irrelevante. ¿Lo habría dicho, se preguntó, a causa de sus ocasionales dudas —de Alice— en cuanto a Andrew?

Estas dudas difíciles de concretar, pues la razón las refutaba todas con facilidad, se centraban en torno al hecho de que el camarada Andrew olía con demasiada frecuencia a alcohol; Alice era incapaz de criticarlo por su debilidad por la chica-ganso, ya que había aprendido mucho tiempo atrás, y había asimilado plenamente esta actitud, a desconectar simplemente en ese terreno. Sabía que la gente necesitaba todas esas relaciones sexuales; tenían que tenerlas con personas sorprendentes y de maneras a veces asombrosas. El mero hecho de que el camarada Andrew fuese... lo que era, no significaba que hubiese hecho un voto de castidad. ¡No! Pero a pesar de todo... En la repisa de la chimenea de su cuarto había botellas de whisky y de vodka, que eran reemplazadas a menudo.

Había otra chica, Caroline, que al parecer vivía en el 45,

aunque no se la veía demasiado. A Alice le habría gustado hablar con ella, pues le inspiraba una simpatía basada en cierto tipo de parecido; pero, por lo visto, Caroline no sentía lo mismo. En cualquier caso, se mantenía distante. Era una mujer, o una muchacha, pues tenía algo más de veinte años, bajita, más bien llena, morena, no sin atractivo, que daba la impresión de sonreír mucho. Tal vez lo que atraía a Alice era esa sonrisa fácil, aunque sus ojos, jamás desprevenidos, eran como duros botoncitos marrones. Sin embargo, la impresión general era de una persona de buen carácter, deseosa de agradar. Caroline, dijo secamente la chica-ganso, no estaba dispuesta a seguir las indicaciones del camarada Andrew para convertirse en un cuadro realmente útil, sino que tendía (en opinión de Muriel y, por tanto, seguramente también de Andrew) al idealismo liberal.

Caroline tenía una amiga llamada Jocelin, que hacía visitas al 45 y que al parecer posiblemente decidiría irse a vivir allí. Al contrario de Caroline, no resultaba simpática. Era una mujer gruesa, pesada incluso, con una lisa cabellera rubia peinada con la raya en medio y por lo demás descuidada; caminaba con paso firme, deliberado, sin mirar demasiado a nadie, sin la fácil sonrisa de Caroline, saludando solo con un indiferente movimiento de cabeza cuando Alice la vislumbraba al otro lado de una puerta o mientras atravesaba el vestíbulo con gestos de eficiencia.

En el número 45 también vivían dos hombres jóvenes, a quienes Alice no había llegado a ver nunca. La chica-ganso decía que Andrew estaba «trabajándoselos», aparentemente sin éxito. Eran del norte de Inglaterra, de clase obrera, estaban en paro, aunque se suponía que solo temporalmente. Estos cuatro, Caroline, Jocelin, Paul y Edward, se negaron a asistir al congreso de la UCC, aunque acudirían a la fiesta que se celebraría después, el sábado por la noche. En resumen, ese fin

de semana habría muchos observadores por allí; y en lo que concernía a Alice, ¿por qué no?

Jasper regresó a casa la noche del domingo. Como siempre después de esas escapadas, tenía mal aspecto. Había perdido peso y estaba más delgado que de costumbre. Su piel cremosa tenía una apariencia mortecina, manchada, tenía los ojos inyectados en sangre y un aspecto gastado, debilitado, como si la esencia de su ser hubiera sido atacada o expoliada. Enseguida acudió en busca de Alice, que lo alimentó con su sopa, pan bueno y vasos y vasos de leche fría, que se había cuidado de tener preparada para él en la nevera. No mencionaron para nada el dinero.

Ante la noticia del congreso, primero se mostró indiferente y luego no tardó en querer ver a Bert, el cual se burló de su aspecto y dijo que su hermano no debía de haberle dado nada de comer. Jasper respondió bromeando que su hermano, a diferencia de Alice, no era buen cocinero. Aunque era evidente que debía acostarse, se empeñó en subir con Bert a lo alto de la casa para charlar. Había estado madurando algún plan o alguna decisión, incluso mientras iba en pos de los excitantes atractivos del ambiente homosexual. Tenía que hablar de inmediato de ello.

Cuando al fin decidió acostarse, volvió a la habitación del tercer piso, tal como esperaba Alice.

Ella, por su parte, volvía a dormir en el cuarto que antes compartía con Jasper, junto al de Bert. Para empezar, sabía que si Pat volvía, Jasper también volvería.

Aquel lunes Philip dijo que había recibido una respuesta seria a toda su promoción. Pero necesitaba ayuda. El problema estaba en que acudía una y otra vez a ofrecer sus servicios y, solo con mirarlo, la gente le daba alguna excusa. Sin embargo,

era perfectamente capaz de hacer el trabajo, como todos podían verificar en la casa. Quería que Bert lo acompañase como si trabajaran juntos; podía quedarse callado si quería. Era solo para la primera entrevista. Una vez hecho el trato, a los clientes no les sería fácil rechazarlo aunque llegase a trabajar sin Bert. Este plan suscitó muy buen humor en la mesa de la cena. Bert accedió y el plan tuvo éxito. Los trabajos en el 43 se consideraron finalizados, aunque en la buhardilla quedaban dos vigas podridas que estaban contagiando la infección a toda la casa. Philip dijo que se ocuparía de ellas cuando hubiese terminado ese trabajo, por el que le pagarían como era debido. Se había negado a empezar sin el previo pago de un buen adelanto y no terminaría el trabajo si no le iban pagando a medida que fuera avanzando. Se trataba de un nuevo restaurante de comidas para llevar, a menos de un kilómetro de allí.

Las primeras delegadas llegaron a mediados de semana: Molly y Helen, de la sección local de Liverpool. Eran militantes del movimiento de mujeres y habían escrito ofreciéndose para organizar un servicio de guardería. Si no había guardería, las madres con criaturas pequeñas no podrían asistir; era una cuestión de principios. Pero debía quedar claro que solo se ocuparían de las niñas; eso también era un principio, aplicado, al parecer con éxito, en todas las guarderías que organizaban.

Alice había dado más o menos por supuesto que algunas criaturas acudirían con sus padres; pero ahora, recordando las púas y laberintos del bosque de los principios y pensando, también, en las probables reacciones de Faye, envió una segunda tanda de mensajes y cartas en todas direcciones para decir que las criaturas no podrían asistir. Molly y Helen tenían mucho que decir al respecto cuando llegaron; y Alice se sintió aliviada cuando decidieron sacar el máximo partido de su estancia en la capital y partieron en el acto a pasar una jornada

con los piquetes de Melstead. Dedicaron otro día a una visita a la comuna de mujeres de Faye y Roberta, con las que fueron a ver luego una película pornográfica en sesión de medianoche de la que regresaron riendo, rebosantes de impaciente vitalidad —mejor no preguntar de qué tipo— y con mucha hambre. Después de hacer entrega de sus dos libras por cabeza, dijeron que no acompañarían a Alice a hacer la compra al día siguiente porque tenían que recorrer algunos negocios en busca de ropa, pero que la ayudarían a cocinar después.

Mientras tanto habían llegado cuatro camaradas de Birmingham: dos hombres y dos mujeres que, como la cosa más natural, pasaron un día con los piquetes y una noche en la cárcel. Puesto que se habían gastado en las multas hasta el último penique que llevaban consigo, no pudieron contribuir a sufragar los gastos del fin de semana. Además, el viernes llegarían otros dos camaradas de Liverpool; estaban trabajando y no podían llegar antes. De Birmingham llegarían otros seis, también el viernes, también porque trabajaban. Además, el viernes estarían allí cuatro personas de Halifax que tenían el proyecto de poner en marcha una sección local en su distrito.

Los treinta y pico miembros de Londres llegarían el sábado por la mañana y dormirían donde pudiesen, en el 43 o el 45, la noche del sábado.

Alice estaba elaborando su sopa. Pero necesitaba, y no quería comprar, una olla de tamaño extragrande. Su madre tenía una olla de esas características. Dejando a sus ayudantes la tarea de cortar las verduras y poner en remojo las lentejas, cogió el metro y luego echó a andar hasta que se encontró ante el letrero de «Se vende». Había olvidado que su madre se había mudado. Esto la impacientó y la indignó; volvía a estar furiosa con su madre. La nueva dirección, competentemente archivada en su memoria, le provocó un sentimiento de vergüenza, de lástima. Una zona no demasiado agradable; una persona

caritativa podría considerarla con dificultad —suponía Alice— parte de Hampstead. Pronto se encontró delante de un bloque de viviendas de cuatro plantas con un pequeño jardincito sucio enfrente. Sin duda, su madre no vivía allí... Pues, sí, su nombre figuraba sobre un trozo de papel introducido bajo una chapa junto al número 8: Mellings. Un interfono. Alice, presa de un pánico inexplicable, no lograba decidirse a tocar el timbre. Pero a su lado apareció una vieja que introdujo una llave en la cerradura.

—Perdone —improvisó Alice—, estoy buscando a la señora Forrester. En el número dos.

—No encontrará a ninguna señora Forrester en el número dos, guapa. Yo vivo en el número dos. Y soy la señora Wood.

—Qué raro —dijo Alice, rebosante de alegría y ganas de charlar, el sueño de cualquier abuelita—. ¿Sabe si vive una señora Forrester en este edificio?

—No, seguro que no, no hay ningún Forrester aquí. —Y la viejecita se rió de su chiste.[5] Alice también rió. Luego, como Alice estaba rogando que hiciera, la invitó—: Iba a poner a hervir la tetera. ¿Quiere tomar una taza de té conmigo?

Oh, sí, por qué no, y Alice entró, empujó el carrito de la compra, abrió la puerta número dos y pasó a la cocina, donde le ayudó a guardar las cosas de la compra. Mientras parte de su mente regañaba a la vieja: Pero, qué hace, mira que dejar entrar así a cualquiera, podría ser una atracadora. Otra parte clamaba: No puede ser que mi madre viva aquí, no es posible. Y otra todavía decía: Pondré una bomba en este sitio, lo haré, no deberían permitir la existencia de lugares así.

El piso de la señora Wood, y por tanto el de Dorothy Mellings, comprendía dos habitaciones no demasiado grandes, con una cocina de tamaño apenas suficiente para albergar una pequeña mesita, junto a la cual se sentaron, muy pegadas, Alice y la señora Wood, una al lado de otra, de cara a una sucia

pared amarilla, con una taza de té y dos galletas para cada una. La señora Wood vivía de una pensión. Era de clase obrera. Tenía un hijo en Barnet que la visitaba los domingos. Su nuera no le gustaba, que Dios la perdonase. Tenía un nieto de cinco años.

Dorothy Mellings no tenía ningún familiar que la visitase los fines de semana; esta idea rozó superficialmente los pensamientos de Alice, pero fue rechazada con un estallido emocional: ¡su madre debía de haberse vuelto loca para decidir venirse a vivir a un sitio como ese!

Cuando se marchó, Alice conocía hasta el último milímetro de los armarios que debía de tener su madre, tres pisos más arriba; y desde luego no tendría lugar para una enorme olla de aluminio.

Alice estuvo una hora larga o más con la mujer y se despidió prometiendo que volvería. Fue a la ferretería y compró la olla que necesitaba, diciéndose que se celebrarían otros muchos congresos y reuniones en el número 43 y que si tenía que mudarse, la olla la acompañaría.

Pero había recibido un golpe; su corazón gimoteaba y le dolía; ya no tenía un verdadero hogar. No quedaba ningún lugar que la conociera; ningún lugar capaz de reconocerla y admitirla. Todo un ejército de recuerdos la invadió de pronto.

Se quedó plantada en medio de la acera a la hora punta, abrazada a una olla de aluminio de tamaño suficiente para cocer un pequeño arbusto, con la mirada perdida y aparentemente en un estado de shock.

Había recordado las fiestas que daba su madre. Estas habían jalonado toda su niñez y su adolescencia. Y habían continuado después de irse ella a la universidad, para volver raras veces a su casa; alguien, probablemente Theresa, le enviaba noticias de ellas. «Una de las fiestas de tu madre, ya sabes; fue estupenda.» Siempre se desarrollaban del mismo modo. Su madre

comentaba, con expresión impaciente, desbordada: «Ya va siendo hora de que celebremos otra fiesta; oh, no, no me siento con fuerzas». Y luego empezaba a invitar a esta persona y a aquella, para una fecha a un mes vista. Sus reticencias ante la fiesta se esfumaban y empezaba a resplandecer de energía. Invitaba a los compañeros políticos de Cedric, a todas las personas empleadas en C. Mellings, Imprenta y Papelería, a las innumerables personas que conocía, que parecían estar entrando y saliendo continuamente de la casa de todos modos. Conocía a todas las personas de la calle y las invitaba. Invitaba a una mujer con quien había entablado conversación en la tienda, al hombre que acudía a reparar el tejado, a una *au pair* finlandesa recién llegada (conocida en un autobús) que debía de sentirse sola. Pero el día de la fiesta, que empezaba al mediodía, hasta un centenar de personas se daban codazos por toda la casa y la mitad probablemente continuarían aún allí a las doce de la noche, recibiendo la comida de la olla de Dorothy, del tamaño de una tina. Eran fiestas magníficas. Todo el mundo lo decía. Alice también lo decía: «Oh, qué bien —exclamaba—, daremos otra fiesta», y enseguida se desvivía por ayudar. Cuando fue mayor, a partir de los diez años poco más o menos, comprendió que era útil, pero de pequeña su presencia era tolerada (a duras penas, lo sabía) por ese torbellino de eficacia en que se convertía su madre mientras organizaba una fiesta. Pero ella insistía en disponer las frutas en una fuente o en distribuir los ceniceros por la casa, mientras su madre frenaba su ritmo para adaptarlo al suyo. Al menos mientras «ayudaba» Alice no se sentía tanto como una minúscula criatura de tamaño reducido sobre la cresta de una enorme ola, haciendo frenéticas y desesperadas señales en dirección a su madre, la cual permanecía indiferente en la orilla, sin hacerle caso.

Cuando se celebraban fiestas, cuando había gente en la casa,

Alice parecía volverse invisible para su madre y no tener cabida en su propia casa.

Siempre había gente que se quedaba a pasar la noche después de las fiestas: borrachos, o aquellos que no querían conducir bebidos, o algunos que habían acudido desde otras ciudades. Y entonces Dorothy le decía despreocupadamente a Alice, con la voz sonora, confiada, que le confería haber logrado mantener bajo control a esa amplia reunión de personas que había hecho retumbar toda la casa —sin hablar de la calle— de ruido y de música durante horas y horas: «Alice, tendrás que ceder tu habitación. ¿No podrías irte a dormir a casa de Anne?» (la mejor amiga de Alice durante su infancia). «¿No? ¿Por qué no? Oh, vamos, Alice, no te pongas difícil. Entonces coge tu saco de dormir y vete a nuestro dormitorio.»

Alice siempre protestaba, se quejaba, ponía mala cara, armaba una escena; manifestaciones que desde luego pasaban prácticamente inadvertidas, tantas otras cosas empezaban a suceder a esas alturas de la fiesta: invitadas que lavaban los platos en la cocina, conversaciones íntimas entre parejas al pie y en lo alto de la escalera, los últimos bailarines achispados describiendo círculos en la entrada. ¿Quién iba a preocuparse porque Alice estuviera enfurruñada otra vez? Dormir en la habitación de sus padres le provocaba violentas emociones y no podía soportarlo.

Las cuatro de la mañana, y ella acostada en su saco de dormir sobre una colchoneta de gomaespuma pegada a la pared, debajo de la ventana. Cedric Mellings en su deslumbrante pijama, rojo oscuro, azul oscuro, borracho o algo bebido, en cualquier caso de un humor efusivo. Le encantaban las fiestas de su mujer y estaba orgulloso de ella. Él siempre se ocupaba de las bebidas, alquilaba las copas... se hacía cargo de todas esas cosas. Dorothy Mellings llevaba una de las bonitas

prendas que se ponía para dormir, un largo camisón suelto, o un quimono, o un *kanga* de Kenya con el que se envolvía el cuerpo en una de las innumerables formas posibles. Estaba bebida, no mucho, pero no le hacía falta, pues estaba en las nubes, exaltada, se sentía flotar, no podía parar de sonreír mientras se deslizaba en la cama al lado de Cedric y se tumbaba gimoteando en tono teatral: «Cielos, mis pies».

Él la rodeaba con el brazo, ella se arrebujaba contra él —una breve mirada, una rápida indicación de uno u otro recordando que Alice estaba en la habitación—, un par de besos soñolientos y quedaban dormidos, desconectados. Pero Alice no dormía. Yacía allí tensa, en la casa silenciosa —por fin—, en ese cuarto que distaba mucho de hallarse en silencio porque... ¡cuánto ruido hacen dos personas dormidas! Y no era solo su respiración, profunda y caprichosa, regular a ratos, para trocarse de pronto en un gorgoteo o un ronquido. Cedric tenía tendencia a roncar y luego, como si él mismo lo notara, se tumbaba sobre un costado y dormía con mayor compostura. Pero no en silencio.

Esa respiración de los dos resonando en la oscuridad; Alice no podía dejar de escucharla, con la sensación de que le estaba diciendo algo que ella debería comprender... pero que no alcanzaba a percibir, a captar claramente. Las dos respiraciones distintas, inhalando y exhalando, inhalando y exhalando, continuaban y continuaban, sin parar, tenían que continuar; pero a veces se interrumpían sin previo aviso durante lo que a ella le parecían minutos, aunque Alice, naturalmente, sabía que eso era absurdo, que solo se lo parecía, porque al forzar el oído con tan frenética concentración el tiempo se alargaba. Mientras uno de ellos, Dorothy o Cedric, se encontraba en un momento de respiración suspendida, el otro seguía respirando, inhalando y exhalando, manteniendo el ritmo de la vida, y el que estaba callado daba un suspiro y se reincorporaba al diálogo que

parecía tener lugar entre los dos. Una conversación, eso le parecía a la niña que permanecía allí a la escucha, como si sus padres continuasen hablando, no ya con palabras, sino en un lenguaje que Alice desconocía. Inhalando y exhalando, inhalando y exhalando, con muchas pequeñas interrupciones y titubeos y cambios de tono, como si se estuvieran interrogando entre sí... y luego (y Alice esperaba ese momento) la fase en que la respiración se hacía regular, profunda y distante, alejándose por segundos.

Esas dos personas allí acostadas, esas dos personas grandes y poderosas en la enorme cama que constituía el otro foco de la casa (el primero era la gran mesa de la cocina)... bueno, era como dormir en el mismo cuarto con dos criaturas apenas humanas, tan distintas y secretamente peligrosas le parecían a Alice, de niña y luego cuando empezó a hacerse mayor, a los once o doce años, y después cuando era aún mayor, sobre los quince años. Ella cambiaba, crecía, o al menos se hacía mayor; pero ellos, al parecer, no. Nada cambiaba. Todo se mantenía siempre igual, esa escena al final de la fiesta, ellos dos, sus padres, acostándose en su cama, abrazados, y luego abandonándose gustosamente al sueño que los llevaba tan lejos de Alice que ella continuamente se incorporaba sobre el codo e intentaba penetrar la oscuridad del cuarto para contemplar los dos montículos, largos, pesados, que eran sus padres. Pero en ese momento no eran sus padres, se habían vuelto impersonales, se habían alejado de ella. No podía alcanzarlos. A menos que abandonara sigilosamente el saco de dormir y se acercara a tocar a uno de ellos hasta despertarlo. Ante lo cual, Cedric o Dorothy realmente se despertaban, volvían a ser la misma, el mismo de siempre; como si unos impostores, oscuros y amenazadores y misteriosos, hubiesen habitado los cuerpos dormidos y el contacto de la mano de Alice los hubiese espantado. Pero, entonces, Dorothy o Cedric decían,

adormilados y sobresaltados: «¿Qué ocurre, Alice? Duérmete». Y ya le volvían la espalda, ya regresaban presurosos a ese otro país, y los impostores volvían a estar allí, no Dorothy, ni Cedric. Y, entonces, Alice se quedaba acostada despierta y escuchaba la respiración, los bufidos, los densos murmullos inarticulados que brotaban de ese sueño que se desarrollaba por encima de ella, sobre la plataforma de la cama, y oía el fluir y bombear de su propia sangre a través de su cuerpo, y pensaba en los litros de sangre que circulaban por esos dos cuerpos... No podía dormir; o se dormía, y luego se despertaba angustiada y en cuanto empezaba a clarear detrás de las cortinas calladas, acechantes, allí colgadas durante toda la noche, testigos con ella de la ausencia de Dorothy y Cedric lejos de su cama, de su cuarto, de su casa, de sus hijos, salía sigilosamente de la habitación. La casa naturalmente era un caos. Por todas partes había aún personas dormidas y apenas se atrevía a abrir las puertas por temor a lo que vería. Pero en la cocina estaba a salvo y allí se ponía a trabajar. Le habría gustado tener a alguien que la ayudase, su hermano Humphrey, por ejemplo. Pero él estaba más que satisfecho de aceptar la invitación de sus padres a buscarse otro techo bajo el cual pasar la noche y raras veces se encontraba allí.

A partir de los doce años aproximadamente, Humphrey estaba cada vez menos en casa y no solo se iba a dormir una noche a casa de unos vecinos, sino que visitaba a amigos en todas partes del país, a veces durante semanas seguidas. A Alice le parecía que el desencadenante de este proceso habían sido las fiestas. Él se sentía igual que ella (aunque nunca lo habían comentado, pero Alice simplemente lo sabía), como una pequeña criatura marina aferrada a una roca como si en ello le fuera la vida, para ser zarandeada y golpeada por grandes olas y arrastrada lejos de allí al fin, y poco a poco se había ido dejando llevar a la deriva. Como también había hecho ella,

después. Pero cada uno por separado; apenas se veían. Cuando le preguntaban si tenía hermanos o hermanas, Alice siempre tenía que hacer un esfuerzo para recordar que tenía un hermano.

Hacía años que Alice no pensaba en todo eso; el gesto de rodear con los brazos la enorme olla plateada se lo había devuelto todo a la memoria. Y podría haber continuado allí parada si alguien no le hubiera dado un golpecito en el hombro: un hombre, un obrero, pues vestía un mono blanco y llevaba una bolsa de herramientas —sí, estaban haciendo reformas en la tienda frente a la cual se había detenido—, que le dijo:

—¿Te encuentras bien, guapa?

—Sí —dijo Alice—, sí. —Como diciendo: «¿Por qué habría de suponer que no me encuentro bien?».

—Bueno, ya empezábamos a extrañarnos —dijo él—. ¡Cualquiera habría dicho que habías echado raíces aquí! —Se rió, con la esperanza de que ella lo imitase; su cara amable, casi con seguridad el rostro de un padre y ciertamente de un marido, manifestaba preocupación por ella. Y Alice se rió y continuó su camino hasta el número 43, donde entró con su olla, entre aplausos por su magnificencia y capacidad y potencial, y ella sonreía mientras preparaba en la cocina su sopa entre los camaradas que entraban a probarla o a hacer bocadillos o a sentarse a comer un plato preparado. Se había disuelto, pura y simplemente, en el dolor por la pérdida de su verdadero, su único hogar, y por lo que había estado recordando cuando se detuvo allí en la acera. Dios santo, pensaba, mientras permanecía allí sonriente (la Alice que todos conocían, cumplidora, útil, un encanto), ¿cómo pudieron hacerme eso? Me quitaban mi habitación, así sin más, como si no fuera en absoluto mi habitación, como si solo me la hubieran prestado. «Alice, tendrás que ceder tu cuarto otra

vez.» Así durante años. ¿Qué demonios se creían que estaban haciendo? La verdad era que cada vez ella se sentía como si en realidad esa no fuese su casa, como si no tuviese derecho a ocupar un lugar en ella, como si en cualquier momento sus padres pudieran echarla definitivamente sin más...

Pero todo esto es absurdo, pensaba Alice, mientras picaba, rebanaba, mezclaba, sonreía. La mayor parte de las personas del mundo no tienen ni la mitad de lo que yo tuve y en cuanto a sus habitaciones...

En fin, para qué preocuparse, el congreso le daría tanto trabajo que tendría que dejar de pensar en todo eso, a Dios gracias.

El viernes por la noche, cuando todos hubieron llegado y en la casa se apiñaban veinticuatro personas, el sorprendente caldero de sopa los alimentó a todos y fue rellenado de nuevo, a la una de la madrugada, para tenerlo a punto para el día siguiente.

A las nueve y media de la mañana ya habían llegado todos los camaradas de Londres. Recorrieron la casa de arriba abajo, exclamándose, y no sin razón, ante su tamaño, su comodidad, sus instalaciones. Más de uno, procedente de *squats* menos equipados, tomó un baño en el acto. Las pilas de pan de la cocina se acabaron en un santiamén y Alice salió corriendo a comprar más. Ese fin de semana les costaría... no quería ni pensarlo.

Todos alabaron también la decoración de la sala de estar.

Encima de la chimenea había una enorme bandera roja, con el emblema de la UCC en un ángulo, bordado la noche anterior por dos de las chicas de Birmingham. Sobre el suave rojo vivo destacaban, en una punta, una hoz y un martillo dorados, y en la otra, un gallo y una rosa, en verde.

Un retrato de Lenin colgaba de la pared contraria a la bandera. Junto a Lenin, y de tamaño varias veces más grande,

había un cartel de una ballena: «¡Salvemos las ballenas!». En las otras paredes había carteles que decían: «¡Salvemos Gran Bretaña de la contaminación!», «¡Salvemos nuestros campos!», «¡Recordad a las mujeres de Greenham Common!», y un cartel del IRA con una foto de un soldado británico golpeando a un muchacho joven que tenía los brazos atados. En la entrada, encima de una mesa había panfletos: «Las razones del IRA», todos los folletos de Greenpeace, varios libros sobre Lenin, un largo poema en verso libre sobre Greenham Common, un amplio surtido de publicaciones del movimiento de mujeres y sobre la vivisección, el vegetarianismo, el uso de productos químicos en los cultivos alimentarios, los misiles de crucero, los Trident, el vertido de residuos radiactivos en el mar, los malos tratos sufridos por las terneras y gallinas y las condiciones infrahumanas dentro de las cárceles británicas.

En el ambiente familiar, fogoso pero reconfortante que acompaña la apertura de estos actos, cincuenta y pico personas se aglomeraron en la sala de estar, sentándose en los asientos que encontraron, en el suelo o en los antepechos de las ventanas. Afuera lucía un día esporádicamente soleado. En el interior, la calefacción recién estrenada resultó excesiva para algunos y tuvieron que abrir las ventanas.

Casi todos tenían menos de treinta años. A Alice le pareció que ella era con mucho la mayor. Sin contar, claro está, a Roberta, que se limitaba a reír cuando le preguntaban la edad.

Todos miraban hacia Bert y Jasper, a pesar de que habían convenido que si Pat, efectivamente, acudía, pronunciaría ella el discurso inaugural.

Bert había estado a la escucha y al acecho de noticias suyas durante días, como sabían todos los residentes del 43.

Ahora, Bert se situó con desenvoltura junto a la chimenea, en cuyo interior había un gran jarrón lleno de narcisos y ranúnculos, y con un codo apoyado sobre la repisa en señal de

informalidad, dijo:

—Este es el primer congreso nacional de la Unión del Centro Comunista. De las pequeñas semillas brotan grandes árboles. — Enérgicos aplausos. Sonrisas, risas complacidas. Mary Williams y Reggie aplaudían, serenamente pero con énfasis. Muriel estaba sentada en el suelo en un rincón. Alice se repitió que se encontraba aquí como espía

Bert no se rió. Ni tampoco sonrió. Su problema con Pat lo había refinado, confiriéndole un aire de sufrimiento atenuado por la reflexión. Su desenvuelta afabilidad había desaparecido. Agradeció los aplausos con una breve inclinación de cabeza y continuó diciendo que la UCC se proponía ser un partido no sectario, capaz de aprender de sus propios errores y fracasos. Tenían la firme determinación de basarse en las grandes tradiciones de la clase obrera británica y de trabajar en favor de un cambio social radical hasta llegar a una revolución «si es necesario, y a diario comprobamos que la clase que controla nuestro país no está dispuesta a dejarse desalojar sin hacer uso de la fuerza...». Aplausos y risas y vítores. Una revolución que recogería las experiencias de la revolución rusa, de la revolución china y, si fuera necesario, de la revolución francesa, pues no era exagerado decir que las lecciones de la revolución francesa no se habían agotado ni mucho menos. El congreso de ese fin de semana no se había convocado con el propósito de formular una política detallada, para lo cual sería preciso trabajar mucho todavía, sino para establecer algunos principios generales. Y ahora él, Bert Barnes, cedería la palabra a un revolucionario mucho más avezado y experimentado, el camarada Willis.

Jasper ocupó el lugar de Bert. Sin apoyarse en la repisa de la chimenea, permaneció erguido como una flecha, los brazos caídos a ambos lados, con su reluciente cresta de pelo rojo dorado y la mirada fija en el retrato de Lenin. Inició su

intervención en un tono más alto del que era habitual en él, lo cual le sonó bastante forzado a Alice. Pero, por otra parte, estaba acostumbrada a su estilo de tarima y lo juzgó en base a otros criterios; por ejemplo, sabía que casi no había dormido la noche anterior, pues había estado enzarzado en una apasionada y efusiva discusión, y no aguantaba bien la falta de sueño.

Su estilo consistía en emplear las expresiones habituales del léxico socialista, pero como si acabara de descubrirlas en aquel mismo instante, de modo que cuando empezaba a hablar a menudo se producían unos instantes en que la gente manifestaba una tendencia a reír. Muy pronto esta cesaba bajo el influjo de su desesperada, casi extasiada, seriedad.

—¡Camaradas! Os doy la bienvenida a todos, camaradas. Este es un momento histórico para todos nosotros. Hoy somos muy pocos los reunidos en esta habitación, pero somos una minoría elegida: elegida por los tiempos en que vivimos, ¡por la historia misma!, y no hay nada que no podamos conseguir si nos lo proponemos. —En ese momento, si el orador hubiese sido Bert o cualquier otro, se habría producido un aplauso. Ahora hubo un tenso silencio. Lo cierto era que los camaradas no esperaban ese tono de grave seriedad o, al menos, no apenas iniciadas las sesiones—. Todos conocemos el terrible, criminal estado en que se encuentra Gran Bretaña. ¡Todos sabemos que es preciso derribar por la fuerza al gobierno fascista imperialista! ¡Es la única forma de avanzar! Las fuerzas que nos liberarán a todos ya se están forjando. Estamos en la vanguardia de esas fuerzas y la responsabilidad de un glorioso futuro reside en nosotros, está en nuestras manos.

Continuó hablando en esa línea durante unos veinte minutos. Alice escuchó cada una de sus palabras con una tierna, confiada, hasta hermosa sonrisa; ese era el Jasper que más apreciaba, y para ella era una delicia contemplar las reacciones de otras personas ante él. Incluso personas de quienes sabía que

mantenían una actitud crítica hacia él lo admiraban en momentos como ese. O, al menos, reconocían hallarse en presencia de algo extraordinario y que trascendía con mucho ese fenómeno a fin de cuentas no exactamente raro, el orador natural. No, se encontraban ante un líder. Un ejemplar auténtico. Alice estaba de pie junto a la puerta, lista para salir a toda prisa cuando llegara el momento de empezar a ocuparse de los preparativos para el té. Lo escuchaba y observaba las caras de los demás: sus reacciones, la elevación de sus niveles de atención por obra de él, de Jasper. Esa actitud que se producía con frecuencia cuando Jasper comenzaba a hablar, un nerviosismo, una tendencia a reírse disimuladamente incluso o tal vez a intercalar algún que otro comentario sardónico y desalentador, se debía a que su estilo no era el habitual estilo británico de estar por casa, un poquitín doméstico, de preferencia humorístico, a ras de tierra. Y, evidentemente, en circunstancias normales Alice habría sido la primera en admirar esa britanidad. ¡Era nuestra! Las características nacionales eran preciosas. Pero Jasper constituía un caso especial. Tenía que imponer desde el principio su propia exaltación a los demás; y aquel día no hubo risitas instantáneamente reprimidas por otros situados a un nivel más digno, superior. Las expresiones tensas que veía Alice no eran críticas; muy al contrario, más bien se debían a que no se atrevían a creer en ese hermoso mensaje o ese don que Jasper les ofrecía, a que no se consideraban dignos de él. Alice había descubierto tiempo atrás que cuando Jasper hablaba, la gente no aplaudía ni daba voces de aprobación. Permanecía absolutamente callada... esto es, tras los primeros instantes peliagudos; y cuando terminaba de hablar, se producía un silencio, que a veces duraba hasta quince segundos o más. Luego seguía un aplauso, repentino, fervoroso, violento incluso; los presentes se levantaban y gritaban y vitoreaban. Los

aplausos continuaban así un rato y luego cesaban en seco.

Y así ocurrió aquel día. Fue como si con el aplauso final se liberara algo dentro de ellos. Algunas mujeres tenían lágrimas en los ojos. Todos parecían profundamente conmovidos. (No, todos no; Alice observó que la chica-ganso permanecía sentada como si formara parte de otro público, no de aquel, y no aplaudió en absoluto. Sus ojos se encontraron con los de Alice, pero pasaron de largo como si no la hubieran visto, como si no quisieran ser llamados a rendir cuentas por esa falta de auténtica sensibilidad y también de simples buenos modales.) Después, todos los que no estaban ya de pie se levantaron, con la necesidad de aplaudir con mayor apasionamiento aún, tanto les había inspirado e inflamado Jasper, ese emisario de lo que él mismo había invocado como «el futuro, nuestro glorioso futuro». De hecho, les resultaba intolerable tener que volver a sentarse y, a pesar de que no estaba previsto un descanso para tomar el té hasta dentro de otra hora, en el acto se iniciaron los preparativos.

El descanso duró largo rato porque la mayoría de las personas estaban ocupadas conversando. Estas conversaciones no se referían, de hecho, a la UCC ni tampoco a nada de cuanto había dicho Jasper; casi nadie mencionó su discurso inaugural. Cuando se disponían a dar por terminado el descanso —los camaradas Alice, Roberta y Bert tuvieron que gritar por encima del bullicio profiriendo todo tipo de serias advertencias y amenazas, todas en broma, naturalmente, para conseguir hacer volver a la gente a la sala—, apareció Pat. Sinceramente, su aspecto era espantoso. Exactamente igual que el de Bert, a decir verdad. Estaba pálida y delgada y había perdido su resplandor de cereza. Bert y ella se abrazaron brevemente, en un gesto convulsivo y hasta culpable; pero ella se negó a mirarlo y esto le indicó a Alice que Pat se quedaría poco rato.

Estaba programado que Pat, y no Jasper, pronunciase el

discurso de apertura. Había sido una decisión sensata. Su estilo era muy distinto del de Jasper, moderado incluso, humorístico, informativo. Evidentemente, no estaba al corriente del inspirador parlamento de aquel. Expuso cómo se había creado la UCC, no en términos emotivos, sino explicando que había sido debido a la insatisfacción con los partidos socialistas existentes, que a continuación pasó a analizar. De hecho, ofreció un breve pero bastante competente análisis de la situación económica existente en Gran Bretaña. Los presentes la escuchaban con atención, pero sin mantener en absoluto la misma actitud que con Jasper. Intervenían ofreciendo datos y cifras, se reían sarcásticamente ante ciertos detalles particularmente reveladores y la interrumpían con breves rachas de aplausos. Fue una tragedia. Alice sabía que Pat no había llegado a tiempo para pronunciar el discurso de apertura, de modo que Jasper pudiera realizar su intervención al final del día, tal como estaba proyectado. Tal como habían ido las cosas, era casi como si Jasper no hubiera hablado en absoluto; todo su discurso se había desperdiciado; nada parecía haber resultado de él.

Cuando el congreso se interrumpió temprano para tomar una sopa y unos bocadillos y las otras cosas de comer que habían traído los camaradas de Londres, las conversaciones que tuvieron lugar durante el largo descanso, cuando trataban de política, tenían su origen en los comentarios de Pat. Aunque, de hecho, la mayor parte de la charla no era en absoluto política. Se estaban produciendo encuentros entre personas que no se habían visto desde hacía algún tiempo, años tal vez. Personas de ideas afines se conocían por primera vez en lo que sería el inicio de una amistad o una relación amorosa. Se pedían noticias de los camaradas que aún no habían llegado de Birmingham, Liverpool, Halifax, de los que no habían podido asistir. Y también había encuentros entre ex amantes; la

relación interrumpida entre Pat y Bert no era la única. Cuando volvieron a reunirse eran casi las tres, y Bert, Roberta y Pat tuvieron que recorrer una vez más la casa dando voces para interrumpir las múltiples conversaciones en curso, a fin de que pudiera proseguir el congreso.

La chica-ganso no acudió a la sesión de la tarde; de hecho, había desaparecido antes de la comida. Saltaba a la vista que aprobaba la intervención de Pat tanto como había desaprobado la de Jasper, y Alice se entristeció en secreto por ello. Muriel habría reaccionado de modo muy distinto, estaba segura, de haber podido oír hablar a Jasper en el momento que le correspondía, al final, cuando habría podido erigirse como muestra, como compendio, de las emociones de todos los presentes.

Después de comer (aunque era casi la hora del té) se debatió el primer punto del orden del día. ¿Qué tendencias de la situación británica presente marcaban el camino a seguir en el futuro? Las tendencias seleccionadas fueron: primera, la insatisfacción por el paro, «que era preciso explotar»; segunda, «el disgusto masivo del pueblo británico con la política del gobierno en materia de armamento nuclear», y tercera, «el incipiente y todavía inexpresado rechazo del pueblo británico contra la política conservadora en Irlanda del Norte».

Después del té, que no tomaron hasta las cinco, se discutieron las posibles formas de acentuar y aprovechar esas tendencias. Pero apenas habían tenido tiempo de instalarse cuando llegaron más personas de diversas zonas de Londres que habían tenido noticia del congreso y estaban interesadas, y que también estaban enteradas de que después habría una fiesta. Llegaron camaradas de Liverpool y Birmingham y Manchester que, por uno u otro motivo, no habían podido acudir antes. Y se presentó un grupo del 45. (Pero no el camarada Andrew.) Más de sesenta personas se encontraron

reunidas de pronto en la habitación, y la situación se hizo incómoda. Algunas se retiraron a la entrada, donde se sentaron a charlar, entre muchas risas y ruido. El congreso se clausuró temprano, antes de las siete, y sin haber entrado en el segundo punto del orden del día, que era: «El futuro de Gran Bretaña: el socialismo pleno».

Comenzó la fiesta de la noche. Como una explosión. Ya antes de que oscureciera, el estrépito era asombroso. Llegaron «paracaidistas» no invitados que impedían hablar seriamente de política. Alice y Jasper y Pat y Bert tenían que salir continuamente en busca de más suministros de comida y bebida. Reggie y Mary aportaron un garrafón de sidra de Devon. La policía se presentó a las once, no encontró pruebas de actividad delictiva y fue despachada eficiente y serenamente por Alice; entre ellos se encontraba la mujer policía que a esas alturas le pareció casi una vieja amiga. Algunos vecinos aporrearon la puerta a la una de la madrugada y se quejaron de que no podían dormir. Alice dijo que lo sentían, pero que había setenta personas en la casa y con tanta gente era imposible no hacer ruido. ¿Por qué no entraban y se unían a la fiesta?

Los exhaustos camaradas no empezaron a meterse en los sacos de dormir distribuidos por las dos casas hasta las cuatro de la mañana y ninguno se levantó antes de mediodía, cuando al menos algunos ya tenían que partir en dirección a las ciudades del norte. Es decir, nadie se levantó excepto Alice, que se decidió a limpiar y ordenar.

Alice estuvo ocupada sirviendo sopa y bocadillos y té y café durante toda la tarde y la noche. Algunos juerguistas se quedaron a pasar allí la noche del domingo y se marcharon el lunes a primera hora.

Pat también se marchó entonces. Lloraba. Y Bert también.

—Oh, por qué demonios no cedéis y ya está —exclamó irritada Alice, y luego se sintió obligada a disculparse. Pero no besó a Pat antes de irse esta; exclamó—: Oh, Dios, ¡estoy tan harta de todo! —Y rompió a llorar. Dejó que otros se ocuparan de lavar los platos y fue a acostarse, sin importarle si tenía cerca a Jasper o no.

Pero cuando se despertó, él estaba allí, ligeramente agachado a su lado, con una taza de café en la mano. Resplandeciente de satisfacción, como un chiquillo consciente de haberse portado bien.

—Oh, ¿qué hay, Jasper?

—Sabes mucho, Alice —dijo tiernamente él—. Ha sido magnífico, todo lo que has hecho.

Pero ella se quedó tumbada muy rígida en su saco de dormir, con los brazos a ambos lados del cuerpo, las piernas estiradas. No pensaba en Jasper, ni en el congreso, ni en el fin de semana de jolgorio y diversión. Dentro de ella había un vacío, una fosa, una tumba; comprendió que había estado soñando en la casa, ahora con las ventanas claveteadas, con el cartel de «Se vende» colgado. Y supo que debía de estar toda reluciente de pálidas lágrimas no derramadas.

—Alice —dijo Jasper—, quiero decirte una cosa.

—Te escucho —respondió ella, severa y distante, y lo vio vacilar y encogerse. Se sentía rechazado. Alice debería haberlo sentido, pero no podía.

—Bert y yo... nos vamos a la UNIÓN SOVIÉTICA.

Asimilado esto, ella dijo:

—Los camaradas irlandeses no os aceptan, pero los camaradas soviéticos sí lo harán. —No lo dijo en absoluto en tono de burla; solo estaba formulando la situación, pero se granjeó una mirada de odio. Él se incorporó de un salto y se inclinó sobre ella cual ángel furioso, dispuesto a fulminarla con vengativos rayos.

—Mira, no quiero actitudes negativas y destructivas por tu parte, Alice.

Una pausa. Ella no se movió ni habló.

Indeciso, Jasper volvió a agacharse, dispuesto a conquistársela.

—¿Cómo es que os vais tan pronto? No es posible viajar así como así a la Unión Soviética.

—El sábado por la noche uno de los camaradas de Manchester dijo que sabía de un grupo de turistas que viajará a Moscú esta semana. Quedan algunas plazas libres, porque algunas personas han fallado, por la gripe. Pero podemos conseguir los visados a través del organizador del viaje. Ya hemos enviado los pasaportes y nos los devolverán a tiempo para partir.

—Muy bien.

Una pausa.

—Alice... —empezó a decir vacilando él, y se interrumpió. Iba a pedirle dinero, pero tuvo que comprender que sería inútil.

—Ya me has sacado hasta el último penique —dijo ella—. Me he gastado el dinero del paro de la semana pasada en la fiesta. No te servirá de nada intentar sacarme más. —Al ver que su cara empezaba a contraerse en una ávida y cruel expresión, añadió con indiferencia—: Y no puedo obtener dinero de Dorothy, ni de mi padre.

Él se quedó como estaba, apenas en cuclillas, con una mano apoyada en el suelo, escudriñando su cara. Luego, con la misma levedad de movimientos, se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando ya salía, ella dijo:

—Si Pat vuelve antes de que os marchéis, Bert no irá contigo.

Él dio un portazo; ella no volvió la cabeza para verlo salir, sino que permaneció inmóvil, como una piedra o un cadáver, sin vida en el cuerpo, con la mirada fija en la ventana, enmarcada ahora por las bonitas cortinas de brocado verde y

oro que antes estaban colgadas en la sala de estar de la casa de su madre.

Durmió. Entrada la tarde se despertó en una casa vacía, se bañó, se puso una falda que había sido de su madre, de lana suave con grandes rosas rosadas sobre un fondo marrón, con un jersey rosa que le había dado Pat.

Salió de la casa y se fue directamente al 45, donde entró sin llamar; el fin de semana había fundido las dos casas en una. De la cocina —un horrible agujero, no bonita y luminosa y decorada con flores como la del 43— salió Muriel-ganso, que le ofreció unas sonrisas posfiesta rigurosamente racionadas.

—Quiero ver a Andrew, si está aquí.

Para evitar nuevos arañazos coquetones en la puerta, Alice se acercó a ella junto con Muriel y golpeó.

—Adelante —oyó, y entró, cerrándole la puerta en las narices a Muriel.

El camarada Andrew estaba acostado en su cama baja, tieso como un soldado, igual que Alice hasta hacía un momento, pero con los brazos cruzados sobre el pecho.

Levantó las piernas y las dejó caer, se sentó, le hizo sitio a Alice para que se sentara a su lado. Y así lo hizo ella, a una distancia apropiada.

—Tengo que saber unas cuantas cosas —anunció.

—Muy bien.

Pero ella se quedó encorvada y apática allí sentada, y no siguió hablando.

Él la estuvo observando un rato, francamente, sin disimulo, después volvió a echarse, pero más apartado hacia un lado de la estrecha cama, pegado a la pared. La cogió por el brazo y, sin resistirse, Alice se tendió a su lado. Quedaban unos buenos centímetros entre los dos. Él no la tocó.

—¿Sabes que Bert y Jasper se van a Moscú?

—Sí.

Una pausa. Alice estaba pensando. Como siempre lo hacía: una lenta, minuciosa deducción de las posibilidades latentes en cada cosa.

—Pero tú no se lo has sugerido.

—No, desde luego que no.

—No.

El silencio se prolongó. Andrew incluso empezó a preguntarse si ella se habría quedado dormida; se la veía tan pálida y exhausta. La examinó, ladeando un poco la cabeza, después le cogió suavemente la muñeca derecha con la mano izquierda. Ella se puso tensa y luego se relajó; era un contacto muy distinto del doloroso apretón que solía emplear Jasper.

—Alice, realmente deberías intentar liberarte de esa chusma.

—¡Chusma! —protestó ella con toda la energía que le quedaba—. Son personas.

—Chusma —repitió deliberadamente él.

Alice inspiró profundamente, pero volvió a espirar quedamente.

—¿Qué te ha contado Muriel, entonces?

—¿Qué crees que me ha contado? No eres tonta, Alice.

Ella sintió que se hinchaba y empezaba a rezumar. Supuso que le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Y qué me dices de la fiesta... No viniste.

Él guardó silencio.

Luego, suavemente, le deslizó el brazo bajo la nuca y posó la mano izquierda sobre el brazo izquierdo de ella, en el lado más alejado. Parecía sostenerla ligeramente, a la vez que la sujetaba para asegurarse de que no se deslizara lejos de él.

—Alice, tienes que separarte de ellos.

—De Jasper, quieres decir.

—De Jasper, de Bert y de los demás. Lo único que hacen es

jugar.

—Ellos no lo creen así.

—No, pero tú sí, creo yo.

Otro silencio. Ella por fin ya casi se había relajado en su abrazo y él alargó la mano derecha para posarla sobre su cintura, debajo de sus pechos. Pero Alice no quería, no podía, tolerar eso y lo rechazó irritada.

—Están jugando, Alice, como niños con explosivos. Son gente muy peligrosa. Peligrosos para ellos mismos y para los demás.

—Y tú no eres peligroso.

—No.

Ella soltó una risita burlona pero llena de admiración.

—No, Alice. Si se hacen las cosas con cuidado y como es debido, entonces solo sufren daño las personas que deben sufrirlo.

Alice lo estuvo meditando un largo rato y él no la interrumpió. Ella dijo:

—¿De quién recibes órdenes?

—Las recibo. Y las doy.

Ella se quedó pensando.

—¿Te instruyeron en la Unión Soviética?

—Sí.

—Eres ruso —declaró Alice.

—Mitad ruso. Mi padre era irlandés. Y no, no pienso aburrirte con mi interesante historia.

Esta vez transcurrió un largo rato, unos diez minutos. Ella podría muy bien haberse dormido, pues respiraba lenta y profundamente, pero tenía los ojos abiertos.

Él se volvió ligeramente hacia ella y en el acto Alice se crispó y se apartó de él, aunque continuó tendida sobre su brazo.

—Eres una mujer muy pura y buena —dijo suavemente el camarada Andrew—. Es lo que me gusta de ti.

Ella pareció dispuesta a considerar esto durante más tiempo aún que sus anteriores comentarios. En su rostro él veía una expresión de abstraída reflexión provocada por el agotamiento, pero también había un recato que casi lo incitó a realizar nuevos esfuerzos. Casi. Algo lo detuvo. Quizá el hecho de que el recato encubría una reacción sorprendentemente violenta ante la palabra «pura». Ella, Alice, ¿era pura? ¿Eso era lo que había sido todo ese tiempo sin saberlo? ¡Bueno, tal vez! Tendría que pensarlo; si era pura, entonces tendría que aceptarlo. ¡Era la palabra! En Inglaterra no podía usarse en esos momentos la palabra pura de ese modo, simplemente no se hacía, resultaba sencillamente ridículo. Si él no sabía eso, entonces... ¿Cómo preparaban a las personas como Andrew? Tal vez no tenía importancia que fuese tan extranjero, tan diferente, después de todo Gran Bretaña estaba llena de extranjeros. ¿Había tenido importancia allí, en los números 43 y 45? Bueno, dependía de lo que quisiera conseguir. Sus aires de Lenin no habían molestado a nadie (excepto a Faye y a Roberta), pero, por otro lado, ella, Alice, solo conocía una parte de la situación. ¿En qué otras cosas andaba metido?

Por fin él rompió el silencio con un:

—Alice, creo que deberías tomarte unas vacaciones.

Esto le asombró tanto que intentó incorporarse y él la retuvo.

Ahora yacía muy cerca de él y el cuerpo fuerte y caliente del hombre empezaba a proyectar ondas de sensación que le recorrían todo el cuerpo. Alice estaba fascinada y asqueada. Mantuvo los ojos fijos en el techo, pues sabía lo que vería si bajaba la mirada hacia el cuerpo de él. ¡«Pura» o no, no pensaba tener nada que ver con eso!

—No comprendo por qué siempre insistes en que haga cosas tan de clase media —dijo.

—¿Qué tienen que ver unas vacaciones con ser de clase media? Todo el mundo tiene que hacer vacaciones. La vida

moderna es muy perjudicial para todos. —Ella creyó que le tomaba el pelo, pero cuando lo miró de reojo vio que hablaba en serio.

—Además, ¿adónde podría ir? Desprecias a todas las personas que conozco.

—No he dicho que fueran todas. Naturalmente que no.

—No tienes nada contra Pat, si no recuerdo mal. ¿Sabías que ha dejado a Bert porque ella tampoco lo considera serio?

—Sí, lo sabía. Ella sí es una persona seria. Como tú, Alice.

—Bueno, pero tú mismo querías que Bert hiciera no sé qué.

—He cambiado de opinión sobre él —dijo con severidad—. Fue un juicio equivocado por mi parte.

—Bueno, no sé —dijo por fin ella con voz cansada. Inició un quedo resuello infantil.

—Yo sí lo sé. Estás cansada, camarada Alice. Trabajas y trabajas, y la mayor parte de esta gente no se lo merece.

Al oír esto, ella emitió un auténtico gemido, como una criatura; se volvió hacia él y Andrew la estrechó contra su cuerpo, como a una criatura, mientras emitía sonidos consoladores, apaciguadores. Entonces Alice dio rienda suelta a su llanto.

—Pobre Alice —dijo por fin él—. Pero de nada sirve llorar. Tendrás que tomar una decisión. Mira, esos dos Errol Flynn se van a Moscú. ¿Por qué no te marchas antes de que regresen?

—¡Errol Flynn!

—¿No te gusta Errol Flynn? A mí siempre me han gustado mucho sus películas.

—Existe una gran diferencia entre nuestras dos culturas —dijo ella con voz soñadora, hablando contra su pecho. Estaban acostados de manera que su dura protuberancia se mantenía apartada de ella, de modo que a Alice no le importaba.

—Es muy cierto. Pero a la gente tiene que gustarle Errol Flynn, seguro. ¿Cómo se explica que sea una estrella famosa si

no?

—Bueno —dijo ella—, tendré que pensar en todo esto.

—Sí, debes hacerlo.

—¿Y cuándo volverás?

—¿Cómo has sabido que me marcho?

—Oh, solo se me ha ocurrido que era posible.

Él vaciló.

—Lo cierto es que tienes razón. Estaré fuera, algunas semanas probablemente... —Notó que ella parecía encogerse angustiada y añadió—: O tal vez solo una semana o dos. —Otra pausa—. Y, Alice —dijo él—, tienes, tienes que separarte. Créeme, Alice, no carezco de experiencia sobre... este tipo de personas. Donde estén ellos, siempre habrá problemas.

Pasados unos minutos, ella se incorporó, después de apartarle las manos con un cuidadoso gesto de ama de casa.

—Gracias, camarada Andrew —dijo—. Meditaré atentamente todo cuanto me has dicho.

—Gracias a ti, camarada Alice. Tengo la certeza de que lo harás.

Ella se volvió desde la puerta para ofrecerle una torpe sonrisa y se marchó deprisa para no tener que hablar con Muriel, la cual, aunque fuese una persona seria, era de las que Alice no estaba dispuesta a mirar con buenos ojos ni siquiera a instancias del camarada Andrew.

Los días que siguieron fueron los más felices que Alice había vivido.

Por lo general, cuando Jasper «se enganchaba» —una expresión empleada por otras personas, no por ella— a un hombre en quien veía la figura de un hermano, como Bert, Alice lo veía muy poco. Pero ahora la invitaban a acompañarlos en todas sus actividades. Al cine, más de una vez.

Al National Theatre; Bert dijo que Shakespeare contenía muchas enseñanzas para la lucha y que debían aprender a

utilizar todas las armas que les ofrecía la vida si no querían ser marxistas primarios. Pasaron la velada en un pub, y Alice sabía que Jasper lo había seleccionado cuidadosamente para no dejarle entrever ni una brizna de esa otra vida suya. Y no dejársela vislumbrar tampoco a Bert...

Pero lo mejor de todo, ya que no salieron a hacer pintadas, que era el pasatiempo preferido de Alice, fue que Jasper sugirió ir un día a una manifestación. Ella comprendió que lo hacía para complacerla y para hacerse perdonar su escapada.

Las discusiones sobre dónde y contra quién se manifestarían fueron tan agradables como la expedición en sí. Evidentemente, en esa etapa fascista de la historia de Gran Bretaña, no podían faltarles motivos contra los cuales protestar; pero dio la coincidencia de que se avecinaba un fin de semana rico en alternativas. El ministro de Defensa daría una charla en Liverpool; la primera ministra, en Milchester, y un profesor norteamericano fascista, en Londres. Su «postulado» —que las diferencias entre los seres humanos estaban determinadas genética y no culturalmente— había indignado, como cabía esperar, al movimiento de mujeres y la sola mención de su nombre ponía histérica a Faye.

El viernes por la noche, tras una buena cena a base de sopa de Alice y pizza, se quedaron sentados comentando sus planes para el día siguiente.

La cocina aparecía acogedora, llena de vida. En el frasco de vidrio, sobre el pequeño taburete, había un ramo de tulipanes y lilas. Reggie y Mary habían traído dos botellas de vino tinto, del que Reggie habló en tono de entendido.

Aunque al día siguiente ya entrarían en el mes de mayo, una incesante lluvia fría parecía tenerlos prisioneros y esto hacía que resultase todavía más agradable esa escena, esa compañía. Así pensaba Alice, sonriente y agradecida, aunque su corazón suspiraba. Su pobre corazón parecía llevar una vida propia

aquellos días, se resistía a dejarse llamar al orden por los dictados de sus pensamientos. Sin embargo, era un placer dejar pasar así las horas durante toda la velada, en compañía de buenos amigos. En efecto, desde la fiesta que los había fundido en una unidad, muchas de las tensiones parecían haber desaparecido.

Hasta Philip, que estaría trabajando todo el fin de semana y no podría ir a manifestarse con ellos, aportó útiles comentarios. Por ejemplo, que él habría optado por la manifestación de Greenpeace; gracias a los esfuerzos de Greenpeace, el gobierno se había visto obligado a reconocer el alcance de la contaminación radiactiva; de lo contrario, sin duda habría continuado mintiendo sobre el tema. Esto les gustó a Mary y a Reggie, que al día siguiente saldrían para Cumberland; Philip había expresado lo que ellos sentían. Porque ellos —no pudieron impedir que se trasluciera su opinión— consideraban que manifestarse por cuestiones concretas, como la destrucción de un tramo de costa, era más eficaz que una protesta general, como «gritar y abuchear a Maggie Thatcher».

Al manifestar de este modo la opinión que le merecían buena parte de sus posturas políticas o, al menos, de sus métodos, Reggie ensombreció ligeramente el buen humor general, el cual, sin embargo, resultó lo bastante sólido para permitirles burlarse de la pareja de Greenpeace con un sonoro coro de «ohes» y lamentos.

—Tienes razón —dijo Mary, y deslizó una mano en la de Reggie en busca de apoyo—; unos cuantos abucheos no cambiarán las ideas de esos. Pero los hechos concretos pueden desbancarlas.

—Estoy de acuerdo —dijo Philip. Le costó un esfuerzo actuar así... desafiar a quienes ostentaban el poder real dentro de la comuna (ahora la llamaban así, en vez de *squat*). Pero lo hizo. Se le veía todavía más frágil y canijo que antes de empezar ese

nuevo trabajo. Tenía una apariencia enfermiza, escuálida. Sus ojos estaban enrojecidos. Pero en él había también una pequeña nota tenaz, airada; estaba pasando un mal rato con el trabajo, el cual, según decía su empleador, el griego, avanzaba con excesiva lentitud.

Oh, sí, todo ese cariño y armonía eran bastante precarios, se dijo Alice mientras sonreía en su silla; bastaría cualquier cosita para que, ¡puf!, todo desapareciera. Pero mientras tanto, rodeando con ambas manos el tazón de café, dejándose penetrar por su calor, pensó: Es como una familia, lo es.

Faye enseñó los dientes y declaró con su característica excitación desapasionada:

—¡Abucheos! ¡Gritos! ¡Lo mataré! ¿Qué derecho tiene a venir aquí a soltarnos toda su asquerosa ponzoña sobre las mujeres? ¡Ya tenemos nuestros propios reaccionarios!

—Todos empiezan a salir de sus madrigueras y a exhibir su auténtico pelaje —dijo Roberta—. ¿Nos acompañaréis? ¿Jasper? ¿Bert? ¿Os solidarizaréis con las mujeres?

Una pausa. Alice deseaba ansiosamente ir a Milchester. Con la señora Thatcher. Pero había un viaje organizado a Liverpool que no les costaría nada. Jasper sabía que ella quería ir a Milchester. También lo sabía Bert. Ella les había dicho que no tenía dinero. Lo cual era cierto; solo tenía el del paro. Estaba dispuesta a ir a Liverpool. Detestaba al ministro de Defensa y no solo a causa de su línea política; había algo en esa astuta y malévola cara de tory...

En cuanto al profesor fascista norteamericano, no comprendía qué indignaba tanto a Roberta y a Faye y a todos los demás. Nunca había logrado entender por qué la palabra «genética» provocaba tanta furia. Consideraba absurda, incluso frívola, la actitud de ellos. Si así eran las cosas, entonces... así eran. Era preciso construir a partir de ahí.

Una vez, tiempo atrás, en su época de estudiante, había

dicho —interrogándose sinceramente (en un verdadero intento de llegar a la armonía a través del intercambio de pareceres)— que las mujeres tenían pechos «y todas esas cosas» y los hombres, en cambio, estaban «equipados de otro modo», y que eso, ¿sin duda debía de ser de origen genético? Y que en tal caso, ¿entonces sus glándulas y hormonas debían de ser distintas? ¿Por causas genéticas? La comuna había tardado días en recuperarse de la convulsión de resentimientos que esto provocó. Todos esos asuntos del sexo, pensó Alice, eran así. ¡Cualquier cuestión relacionada con el sexo! Simplemente hacía perder la cordura a la gente. Dejaban de ser ellos mismos. ¡No quedaba más remedio que aprender a quedarse callado y dejarles seguir con ello! Con tal de que no la metieran a ella en el asunto...

Veinte años atrás, o más, su madre le había anunciado, en su estilo atolondrado, amistoso, vocinglero, de madre-naturaleza, que pronto empezaría a menstruar, aunque de todos modos seguro que ya debía de estar al corriente de todo. Evidentemente, Alice estaba enterada del asunto por la escuela, pero el hecho de que su madre lo mencionara lo introdujo en cierto modo en su agenda, lo hizo real. Se sintió furiosa, no contra la naturaleza, sino contra su madre. En adelante, Alice mantendría hacia «la regla», «la maldición»[6] —su madre insistía en designarla con esa simpática palabra que consideraba exacta—, una actitud de distante eficiencia. No estaba dispuesta a permitir que una cosa tan fastidiosa se interpusiese en su vida.

Cuando la gente intentaba sondear sus actitudes respecto al feminismo, a la política sexual, mentalmente siempre se remontaba a ese comienzo (así lo veía ella). «Claro que todas las personas deberían ser iguales —decía en un tono ya ligeramente irritado—. Eso se sobrentiende.» En resumen, siempre se encontraba en una posición falsa.

Ahora permaneció silenciosa, acariciando la taza de café que empezaba a enfriarse rápidamente y luciendo una sonrisa, mientras esperaba que quedara atrás el tema del profesor fascista.

Así sucedió y Bert comentó entonces:

—Siempre me ha gustado Milchester.

A varios de los presentes esto les pareció absolutamente irrelevante. ¿Estaría borracho? Desde luego, estaba bebiendo más de lo habitual. Todo el mundo le llevaba la corriente esos días, a causa de Pat. De un modo inconsciente, probablemente. Su aspecto, su estado, exigían esa actitud de los demás. Demacrado, taciturno, distraído incluso, como si otros pensamientos discurrieran paralelamente a los que manifestaba.

—Siempre ha sido una plaza militar —siguió diciendo.

Exclamaciones de incredulidad. Faye declaró:

—Cielos, estás loco, ¿te gusta eso? ¿La guerra, los soldados?

—Pero es interesante —dijo Bert—. ¿Cómo se explica que las ciudades sigan siendo lo que fueron, durante siglos y siglos? Milchester ya era una plaza militar bajo el dominio romano.

Silencio. Desconcertados por esta nota que se apartaba tanto de su discurso habitual, los demás recordaron que Bert había estudiado historia en la universidad.

—Y también los países, por cierto —dijo Bert—. Gran Bretaña sigue siendo lo que era. Rusia sigue siendo lo que era. Alemania...

—Dentro de poco nos saldrás con las peculiaridades nacionales, como otra maldición genética —le interrumpió furiosa Faye.

Bert, llamado al orden por el tono en que ella le habló, se encogió de hombros y guardó silencio.

—Iremos a Milchester —dijo Jasper y, al captar la mirada de Alice, sonrió, luego le guiñó un ojo. Satisfecho: se complacía en

tratarla con amabilidad. Lo cual significaba que él le pagaría sus gastos, el billete del tren. Ida y vuelta en fin de semana. Once libras. Treinta y tres libras para los tres. Con eso podrían comprar... Pero era absurdo pensar así; todo el mundo necesitaba un descanso. Unas vacaciones. El camarada Andrew lo había dicho.

Alice le ofreció una sonrisa íntima, mientras sentía inminentes las lágrimas de gratitud, pero Jasper desvió la mirada para escapar de la presión de la emoción de ella.

—¡Parece que tendremos que ir solas tú y yo! —le dijo Faye con violencia a Roberta.

—Yo no diría que solas, cariño. Habrá una buena asistencia, estoy segura.

Faye se rió entre dientes mientras lanzaba una mirada acusadora a sus camaradas, y luego anunció:

—Entonces voy a acostarme.

Y salió sin darles las buenas noches. Roberta les dirigió una sonrisa general, con la que pedía tolerancia para Faye, y la siguió. Pudieron oír cómo Faye comentaba en la escalera que todos eran unos fascistas y sexistas. Los demás intercambiaron una sonrisa.

A continuación, Reggie y Mary anunciaron que pasarían a recogerlos a las cinco la mañana siguiente, para poder llegar a Cumberland a tiempo para la manifestación, y que querían acostarse temprano.

Philip también se fue; tenía que empezar a trabajar a las ocho de la mañana.

Jasper, Bert y Alice se quedaron discutiendo la jornada que se avecinaba. Alice advirtió que Jasper no quería que tirase huevos o frutas contra la señora Thatcher. No lo dijo, pero era evidente. Lo cual significaba que quería tenerla allí a su lado, no en la cárcel. Esto la hizo sentirse terriblemente feliz y agradecida. Cariñosos impulsos atacaban continuamente sus

brazos, que anhelaban abrazar a Jasper. Fraternales besos habitaban sus sonrisas. Él lo notó y, aunque exponía sus proyectos para que los oyera ella, hablaba dirigiéndose a Bert. No quería correr el riesgo de que lo detuvieran porque él y Bert estaban a punto de partir para la Unión Soviética. Los visados podían llegar cualquier día, pero si no los recibían a tiempo para ese viaje, había plazas libres en otro, una semana más tarde.

Alice tuvo una decepción al pensar que tendría que permanecer dentro del sector ordenado de la manifestación, pero no tenía importancia, otra vez sería.

Bert anunció que se iba a la cama. En el acto Jasper se levantó y dijo que él también. Alice comprendió que no quería estar a solas con ella, aunque sabía que no le molestaba tenerla a su lado mientras Bert estuviera presente. Subió al cuarto que antes compartía con él, contiguo al de Bert. Sin Pat, Bert evidentemente hacía menos ruido; pero Alice podía oír que dormía mal. Y esa noche, incluso con la puerta bien cerrada, pudo oír que Faye tenía uno de sus desvaríos.

«Faye tuvo uno de sus desvaríos anoche», decía Roberta, y la anticuada expresión —¿victoriana?—, empleada una vez en son de broma por Faye («Tuve uno de mis desvaríos, querida»), olvidando su antiguo propósito burlón, pasaba a formar parte del lenguaje cotidiano. Cuando Roberta la empleaba, adquiría un aire trasnochado, de estar por casa, como una criada o una persona de clase baja en una comedia de la tele. Teatral. ¿Cuándo se presentaban Faye y Roberta tales como eran? Solo cuando habían sido golpeadas, o humilladas, por una persona o una situación, hasta quedar reducidas a ese estado de personas con esas torpes, balbuceantes, trabajosas, gruesas voces que causaban la impresión de que unas despreciables desconocidas, de quienes no cabía esperar que conocieran a Faye o a Roberta, habían tomado posesión de sus cuerpos.

Alice durmió mal. Cuando se despertó oyó a Reggie y a Mary que bajaban; charlaban animadamente en voz alta, como si estuviesen solos en la casa y esta les perteneciese. Oyó bajar a Roberta y a Faye, silenciosamente, sin hablar. Hasta las nueve no se despertó Bert en la habitación contigua; empezó a encender un cigarrillo tras otro. Alice pensó: Tal vez no llegaremos a ver a la reina bruja Thatcher hoy. Y bajó a la cocina vacía, decidida a no dejar traslucir su decepción. Bert bajó por fin. Enseguida se fue a despertar a Jasper, al cual, Alice lo notó, no le habría costado mucho cancelar todo el asunto. Llovía copiosamente.

Pero salieron de la casa y subieron al tren; y contemplaron, a través de las sucias ventanillas del vagón y de grises cortinas de lluvia, cómo Londres iba dando paso al campo. Bert permanecía callado, absorto en sus pensamientos, los cuales —Alice sospechaba— habría compartido con Jasper de no haber estado ella presente. Jasper la trataba con gentileza.

En la estación cogieron un autobús hasta la universidad. Los enormes, fríos, lunáticos edificios los contemplaban a través del chaparrón, y Alice sintió que se le llenaba de impulsos asesinos el corazón. Conocía la mayor parte de las nuevas universidades; las había visitado y se había manifestado ante ellas. Ante la visión de una de ellas, se sentía confrontada con la materialización visible del mal, con un ente deseoso de aplastarla y rebajarla. El enemigo. Si pudiera poner una bomba aquí debajo, pensaba, si pudiera... bueno, uno de estos días...

Llegaban tarde. Frente a la entrada principal, unos sesenta manifestantes se protegían de la lluvia con chubasqueros de plástico y paraguas, vigilados por ochenta y pico policías. Al verlo Jasper entró en acción y se adelantó gritando:

—Cerdos fascistas, cerdos, cerdos. ¡Cobardes! ¿Cuántos tenéis que ser por cada manifestante?

Alice corrió para darle alcance y situarse a su lado,

preparada para calmarlo. Bert los siguió caminando despacio, sin correr. Los vehículos oficiales ya se acercaban veloces y, antes de que Alice, Jasper y Bert pudieran unirse al grupo, la señora Thatcher ya había bajado y era conducida rápidamente al interior del edificio. Frutas y —como esperaba ansiosamente Alice— huevos surcaron el aire y reventaron con un chasquido sordo. La señora Thatcher había desaparecido dentro.

Los manifestantes iniciaron su incesante coro de: «¡Misiles nucleares fuera! ¡Fuera, fuera, fuera! ¡Misiles nucleares fuera, fuera, fuera!».

Continuaron repitiéndolo valerosamente. La señora Thatcher permanecería, al menos, dos horas dentro.

Los policías estaban aburridos y resentidos por verse obligados a permanecer allí bajo la lluvia. Parecían más que dispuestos a dejarse provocar. Cerca de Alice, una chica cogió una gran naranja del suelo y la arrojó contra un policía. Su casco se tambaleó. Encantados, dos policías se abalanzaron sobre ella. La chica los esquivó un rato escabulléndose entre la multitud, después le dieron alcance y ella aflojó los músculos y fue arrastrada hasta el furgón, con su largo pelo castaño flotando húmedamente detrás. Los dos policías regresaron bajo un coro de silbidos y abucheos. Alice sintió que Jasper palpitaba de frustrada excitación a su lado. Se moría de ganas de mantener un verdadero enfrentamiento. Y ella también. Y también los policías, que sonreían desafiantes a los manifestantes. Recordando cuál era su papel, Alice le dijo a Jasper:

—Cuidado con ese de allí, es un bruto y solo espera el momento de echarte las manos encima.

Y cuando Jasper parecía a punto de lanzarse a la acción:

—Recuerda que hoy es sábado. No queremos pasar el fin de semana encerrados. Además, está tu viaje, no lo olvides.

Otros, menos constreñidos por las circunstancias, lanzaban

frutas y huevos contra la policía y eran trasladados prestamente a los furgones.

—¡Estado policial de mierda! —gritó Jasper, perdido casi el control con la excitación. Empezó a abrirse paso haciendo eses entre la multitud, como si lo persiguieran.

El grupo recogió el grito.

«¡Estado policial, estado policial!», coreaban,

Alice advirtió que los policías se hacían una señal con los ojos; comprendió que los detendrían a todos a la menor provocación. Ansiaba que así ocurriera, anticipaba anhelantemente el momento en que sentiría la brutal violencia de las manos del policía sobre sus hombros, aflojaría el cuerpo, sería arrastrada hasta el furgón... Sin embargo, le dijo a Jasper:

—Ven, corramos. —Y lo cogió por la mano y echaron a correr.

Bert, que se había mantenido bastante apartado, al borde del grupo, dio un paso atrás cuando comenzaron las detenciones. Se quedó allí mirando. Pero dentro de poco también lo detendrían a él. Alice, con la sangre encendida, la cara distorsionada de excitación, se abalanzó corriendo, se abrió paso zigzagueando entre los policías, admirada de su propia destreza, cogió a Bert y le dijo:

—Vamos.

Bert volvió en sí y respondió:

—Oh, sí. Sí, Alice, tienes razón. —Y la siguió.

—Cogedlos —gritó un policía, mientras los tres huían a la carrera.

Cinco o seis policías salieron en su persecución, pero uno resbaló en un charco, cayó al suelo y se deslizó en el barro, y cuando intentó levantarse, volvió a caer. Parecía haberse hecho daño. Los otros se agruparon a su alrededor. Mientras tanto, decepcionados por la brevedad del acoso, los tres consiguieron llegar hasta la parada del autobús. Llovía a cántaros, una lluvia

fría y penetrante.

Sus ánimos se hundieron una vez desaparecido el desafío de la policía. No había sido demasiado satisfactorio. Los tres se dijeron que habían gastado un montón de dinero por muy poca cosa.

Entraron en un café. Los hombres comieron salchichas con patatas fritas; Alice, una saludable sopa de verduras.

Debatieron la posibilidad de volver a la universidad para la salida de la señora Thatcher hasta los coches. Alice estaba a favor, aunque temía el efecto que tendría sobre Jasper esa arrogante, presuntuosa, rosada y blanca cara de tory. Si lo encerraban durante el fin de semana, el billete de ida y vuelta ya no sería válido y tendrían que pagar doble tarifa para regresar el lunes.

Pero, sin embargo, tenía la sensación de no haberle sacado el jugo al dinero gastado.

Decidieron volver como muestra de solidaridad con los demás, suponiendo que aún quedara algún manifestante. Pero empezó a llover todavía más fuerte. Un verdadero diluvio tropical, si una lluvia tan fría podía merecer el calificativo de tropical.

Volvieron a la estación y, desanimados, regresaron a Londres. Una vez allí, se fueron al cine y después intercambiaron las impresiones de la jornada con Faye y Roberta, a quienes encontraron en la cocina. A todas luces, habrían salido ganando —Jasper y Alice y Bert— si hubiesen ido a la manifestación contra el profesor, la cual había sido todo un éxito. Alrededor de mil personas, dijo Faye (Alice rectificó automáticamente esta cifra a «seiscientas»). La mayoría mujeres, pero también bastantes hombres. Habían zarandeado duramente al profesor, casi lo tiraron al suelo, lo dejaron bien asustado.

—Bueno, quizá ahora se pare a pensar un poco por lo menos

—comentó alegremente Roberta, mientras recordaba cómo le había llamado a gritos escoria sexista a sueldo de los fascistas.

En retrospectiva, hasta la manifestación contra la Thatcher parecía haber dado buenos resultados. Después de todo, habían detenido a un buen puñado. Reggie y Mary tenían —¡evidentemente!— un televisor en su habitación. Todos subieron y se instalaron allí, riéndose al ver la ancha cama, los muebles bien ordenados, las alfombras. Sentados encima de la cama, vieron las noticias. No hubo ningún comentario sobre el profesor fascista, pero pasaron unas breves imágenes del enfrentamiento entre estudiantes y policía en la universidad. Los tres tuvieron una decepción al ver que no aparecían en pantalla. El locutor dijo que en cierto momento la policía había temido el lanzamiento de una bomba.

—Era una naranja —chilló Alice, y todos se rieron y aplaudieron y bajaron para continuar charlando en la cocina, llevándose consigo cuatro botellas de vino de una caja que Reggie y Mary tenían debajo del tocador.

—No les importará —dijo riendo Faye, pero en un tono que indicaba que todos sabían que les importaría mucho.

Philip entró un momento, pero estaba cansado y se fue a la cama.

Los cinco se quedaron bebiendo y charlando hasta muy tarde.

Las manifestaciones sonaban cada vez mejor a medida que avanzaba la noche. Bebieron a la salud de los camaradas encerrados en los calabozos de la comisaría. Alice lamentaba no encontrarse también allí; lo cierto era que hacía bastante tiempo que no la detenían, empezaba a sentir que no estaba aportando lo que debía a la Lucha.

Pero finalmente fue una suerte, pues el lunes Jasper y Bert supieron que ya tenían el visado y podían hacer el viaje. Partieron esa tarde.

Cuando se marchaban, Alice dijo:

—Hasta dentro de diez días.

Les vio intercambiar una mirada; una vez más esa ridícula, insultante, perfectamente evidente mirada «secreta» que empleaba continuamente la gente. Pasmada, cayó en la cuenta de que no pensaban estar de vuelta dentro de diez días.

Después de reflexionar detenidamente sobre todo ello y de consultarlo con la almohada por la noche, Alice escribió una carta a la dirección que le había dejado Pat.

«Bert y Jasper se han ido —escribió—. ¿Por qué no te vienes a pasar uno o dos días aquí? O si no puedes venir, escríbeme por favor. ¿Sabes algo sobre este viaje? ¿Te comentó Bert que no pensaba volver dentro de diez días?»

Como respuesta a esta carta, llegó una tarjeta:

«Llámame el jueves o el viernes a las nueve. Te quiero mucho, Pat». Este «te quiero mucho» le dolió a Alice y lloró un poco.

Cuando oyó la alegre, firme, agradable voz de Pat, Alice le suplicó:

—Ven a verme, Pat, ven, te lo pido.

—Pero estoy mal de dinero.

—Yo te pagaré el billete. Ven, por favor.

Pat dijo que iría y, ante la alegría que esto le causó, Alice comprendió cuán poco cómoda se sentía con Faye y Roberta, cuán poco tenía en común con los respetables Reggie y Mary.

Pat llegó al día siguiente, y las dos mujeres ocuparon la sala de estar y allí se quedaron, intercambiando chismorreos y novedades. En la comuna donde ahora vivía, Pat había conocido a personas que Alice también conocía. Alice tenía que contarle lo de la manifestación contra la Thatcher. También comentó discretamente lo del profesor fascista, con la esperanza de recibir de ella algún respaldo a sus propias opiniones privadas. Pero en su rostro apareció la expresión de

resentida impotencia que Alice ya medio esperaba y Pat cogió un cigarrillo y empezó a fumar con furia.

—¡No creas que es casualidad que justo ahora empiecen a salir con todo este asunto de las diferencias genéticas! —dijo.

—¿Por qué? —preguntó, tímida pero obstinada, Alice—. ¿Quieres decir que alguien les paga? ¿Quién? ¿La CIA?

Pat sacudió molesta la cabeza, exhaló resentidas nubes de humo y dijo vagamente:

—Bueno, ¿y por qué no?

Alice decidió dejarlo; no valía la pena insistir. Cambiando de tema, le preguntó a Pat por qué ella, Alice, tenía esa impresión de que Bert y Jasper no tenían previsto regresar de inmediato.

Pat suspiró y miró con inconfundible conmiseración a su amiga.

—Volverán, Alice —dijo dulcemente—. El día previsto. Pero ellos creen que no lo harán, ¿comprendes?

Alice lo comprendió. De hecho, lo había comprendido la primera vez que Jasper mencionó el tema. Pero entonces lo rechazó, porque todo resultaba tan tristemente ridículo.

—Mira, es la repetición de lo de Irlanda otra vez. Lo tenían todo pensado. Le dirán al guía de la Intourist: «Camarada, queremos hablar con una persona de autoridad».

—Oh, Dios mío —murmuró avergonzada Alice—. ¡Oh, no!

—¡Oh, sí! ¡Sí y sí! El guía de la Intourist naturalmente les responderá en el acto: «¿Con quién os gustaría hablar, camaradas? ¿Con el camarada Andropov?», «Oh, no, no es necesario», responderán modestamente Jasper y Bert. «Nos conformaremos con alguien menos importante.»

Pat se reía, pero sin alegría, pues su burla iba dirigida contra Bert; y Alice sufría por Jasper.

—En el acto aparecerá algún camarada muy importante y les dirá: «Camarada Willis, camarada Barnes, ¡a su servicio!». Jasper y Bert le explicarán que han decidido entrenarse para

espías, a ser posible en Checoslovaquia o en Lituania, donde se encuentran las mejores escuelas para espías. El ruso dirá: «¡Naturalmente, qué buena idea! Pero necesitaré un par de horas para arreglar las cosas. Enseguida vuelvo, camaradas».

Alice se rió indecisa, luego se interrumpió y comentó:

—Sí, está muy bien, pero ¿qué me dices del camarada Andrew?

—¿Qué pasa con él?

—Su actitud es bastante despreocupada, ¿no crees? Quiero decir que va ofreciendo un cursillo de formación casi a todas las personas que le caen bien.

—Hasta ahora no ha escogido demasiado mal.

—¿A Bert?

—Bert dijo que no. Pero imagínate a Bert en un lugar donde haya disciplina. En una situación estructurada. Tiene muchas cualidades, Bert.

—¿Y yo? —inquirió Alice—. ¿Vas a decirme que también necesito una situación estructurada?

—¡No! Claro que no. Lo que tú necesitas es...

—Oh, está bien, ya lo sé. Librarme de Jasper.

—Pobre Alice —dijo dulcemente Pat.

—¡Entonces, pobre Pat!

—¡Sí, eso también!

Alice recostó la cabeza en el brazo del sillón, desaparecida toda su energía, como le ocurría en los momentos en que veía con claridad a Jasper tal como era.

Las dos mujeres permanecieron unos instantes inmóviles, en silencio. Alice no se movía; Pat fumaba inquieta.

—Hay otra cosa —dijo Alice—, esto de que lo sepan tantas personas. ¿Qué garantía hay de que alguien no lo delatará?

—¿A la policía, quieres decir?

—Sí.

—Bueno, ¿quién de nosotros lo haría?

Alice hizo desfilar ante sí las caras de las personas que estaban al corriente. Muy erguida en su asiento, con los ojos cerrados, observó esos retratos mentales. Faye. Roberta. Bert. Jasper. Pat. Ella misma. Muriel. ¿Caroline? ¿Jocelin?

—Supongo que no —dijo.

Pero continuó inmóvil, muy tiesa, mirando. Ahora contemplaba la escena entre ella y Andrew, después de que ella viera los... lo-que-fuera en el fondo de la fosa del jardín del 45. Pat no sabía nada de eso. Solo ella, Alice, estaba al corriente... Solo ella, Alice, lo sabía, porque no se lo había dicho, jamás se lo diría, a nadie más. Era digna de confianza, ella sí. Porque así era y porque confiaba en su propia absoluta discreción, sintió que también confiaba en el camarada Andrew.

—Sí, creo que estoy de acuerdo contigo —dijo. Habló con modestia, con un cierto dejo de discreción, de análisis.

Pat sonrió con afecto, porque eso era muy propio de Alice. Luego dijo, cambiando deliberadamente de tema y de tono:

—Y ahora vamos a pasarlo bien. ¡Para eso he venido!

Y empezó a sugerir toda suerte de pequeños extras que a Alice sola nunca se le hubieran ocurrido.

Para empezar, fueron a tomar té al Savoy. Pat invitó a Alice. Pat llevaba un vestido de lana negra muy elegante bordado con lanas de vivos colores, que había comprado en una subasta, y estaba más llamativa, más a la moda, que cualquiera de las demás mujeres presentes en el amplio, dorado, romántico salón de columnas del Savoy. Alice vestía una falda, pero por lo demás lucía su aspecto habitual. Comieron muchísimo y Pat sirvió el té con mucha ceremonia. Salieron triunfantes como piratas de la aventura.

Pasaron la mañana en Harrods, comprando con la imaginación; o mejor dicho, Pat lo hizo. A Alice no le interesaba el lujo, pero disfrutó viendo disfrutar a Pat. Esta vestía de nuevo su traje de gala, el espectacular vestido de lana

negra que le daba un aire exótico, no inglés, combinado con los vivos, relucientes colores de su cara. Al día siguiente amainó la lluvia y fueron a Regent's Park y estuvieron paseando entre los charcos y las lilas y los cerezos en flor.

Después Pat dijo que tenía que volver a casa. Alice tomó nota de que había dicho «a casa».

—¿Vendrás a verme otra vez? ¿Pronto? —le preguntó.

Pat puso cara de circunstancias, se rió y dijo:

—Alice, no creo que volvamos a vernos. Bueno, tal vez sí. Y, sin embargo, también puede que no... —A su manera, intentaba tomárselo a broma, pero sus ojos transmitían mensajes de pesar.

—¿Por qué? —preguntó Alice—. Pero ¿por qué, por qué, por qué?

Pat se puso seria y dijo:

—Alice, te lo he dicho muchas veces, soy una persona seria, a diferencia de esos dos malditos lunáticos nuestros.

Y dicho esto, besó a Alice con lágrimas en los ojos y se alejó, corriendo, en dirección al metro. Para desaparecer de su vida; Alice así lo comprendió.

Alice dejó pasar otra vez una noche para consultarlo con la almohada, pero cuando se despertó por la mañana no veía más clara la situación. Puede que no quisiera verla.

Parecía haber perdido ímpetu, no tenía ganas de hacer nada. Joan Robbins estaba en su jardín. Alice se detuvo a charlar con ella un rato. Entre otras cosas, averiguó que las dos casas habían estado desocupadas durante seis años.

—Bueno, no exactamente desocupadas —aclaró cohibida Joan Robbins, y pasó a hablar de las personas que vivían allí antes de que el Ayuntamiento las expropiara, familias con niños, abuelos, muchas visitas. Cuidaban las plantas con

dedicación, los dos jardines eran magníficos.

Al poco rato llegó una asistenta social de uno u otro nivel y bajó a la anciana y la sentó en el jardín. Alice también habló con ella. Como le ocurría siempre que abandonaba su propia vida para adentrarse en el mundo de las personas corrientes, se sentía dividida, desorientada. Así se había sentido todo el tiempo cuando vivía con Jasper en casa de su madre; por eso no quería quedarse allí y presionaba continuamente a Jasper para que se marchasen. Ahora, tras varias semanas entre personas como ella, camaradas de uno u otro tipo, se había reforzado su convicción de que el tipo de vida que llevaba era el único posible (de momento para ella, más adelante para todo el mundo). Joan Robbins le resultaba patética, desviviéndose por su clemátide, que cuidaba a base de fungicidas y sprays; la vieja estaba medio loca y tenía desesperada a Joan Robbins con sus continuas exigencias.

Alice —diciéndose con firmeza que la vida simplemente no debería ser así— volvió al 43 y en la puerta encontró a Caroline, del 45. Tenía un paquete para Alice. Se lo entregó, dijo que no, que no quería entrar, y se alejó rumbo a la parada del autobús. Alice miró el contenido del paquete. Era dinero. Lo contó rápidamente en el vestíbulo. Quinientas. Con una nota de Muriel que decía: «El camarada Andrew ha dicho que esto es para ti».

Alice deslizó el paquete dentro de su saco de dormir y se fue a la casa vecina. Cuando llegó, Muriel salía, con una maleta. Pero en un primer momento, Alice no la reconoció.

Después advirtió que Muriel no se alegraba de verla, que probablemente contaba con poder marcharse antes de su llegada.

—Tengo que hablar contigo —dijo Alice.

—No creo que tenga nada que decirte —respondió Muriel.

Entraron rápidamente en el cuarto que utilizaba el camarada

Andrew, ahora transformado en dormitorio, puesto que había cuatro sacos de dormir alineados junto a la pared.

Muriel se quedó plantada en el centro de la habitación, esperando que Alice fuera al grano. Tenía la maleta en el suelo, a su lado.

Aquel día no vestía ropas de combate ni nada por el estilo, sino un traje sastre de lino azul muy bien cortado. De Harrods. Alice lo había visto allí dos días antes.

Muriel llevaba un corte de pelo con el flequillo recto a lo princesa Diana.

Alice comprendió que Muriel era una niña bien y que por eso le disgustaba tanto. Como todas las de su clase, tenía esa firme actitud despectiva implícita en cada una de sus palabras o miradas. La primera semana de asistir a su colegio democrático progresista que estaba lleno de chicas como ella, Alice ya había decidido que las detestaba y siempre las detestaría.

Otra idea que se le ocurrió casi de inmediato fue que el camarada Andrew había tenido un asunto con Muriel debido a la atracción que sentían estas chicas por los hombres de clase obrera que decían despreciarlas.

—¿Por qué me dejó este dinero el camarada Andrew?

—Yo no tengo nada que ver con eso. Nada en absoluto —dijo Muriel, tan cortante y expeditiva como esperaba Alice.

—Debe de haber dicho algo.

Las dos jóvenes estaban de pie cara a cara en la amplia habitación llena de luz y también de ruido del tráfico de la avenida principal.

—Maldito tráfico —dijo Muriel, y se acercó a las ventanas y fue cerrándolas, una, dos, tres, con un fuerte golpe.

Volvió a situarse frente a Alice, habiendo decidido ya entretanto (y por eso se había acercado a las ventanas) qué le diría. Alice le salió al paso con una pregunta:

—¿Qué se espera que haga a cambio?

La camarada Muriel la acogió con irritación educadamente controlada.

—Esto tendrías que hablarlo con el camarada Andrew, ¿no te parece?

—Pero no está aquí. ¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Y si él no vuelve, vendrá otro. —Y al ver que Alice continuaba mirándola con obstinado desafío, le expuso la situación tal como ella la veía—: Alice, o estás con nosotros o contra nosotros.

—Habría estado también con vosotros, con el camarada Andrew, sin el dinero, ¿no crees?

—¿O acaso quieres seguir siendo simplemente uno de los tontos útiles?

Alice no reaccionó ante esto, se limitó a mantener su actitud de infinitamente paciente, obstinada interrogación.

—Lenin —declaró Muriel—. Tontos útiles, con un entusiasmo indefinido y no canalizado por el comunismo. Por la Unión Soviética. Compañeros de viaje. Ya sabes.

En realidad, Alice casi no había leído a Lenin. Ante él sentía una suerte de reverencia por toda su persona, como una genuflexión, como ante el Hombre Perfecto. ¡Que pueda haber existido semejante gigante!, ese era su sentimiento, y con eso le bastaba. Claro que tampoco había leído gran cosa de Marx, aparte del *Manifiesto comunista*. Siempre se había dicho: «¡Bueno, no soy una intelectual!», con un sentimiento de superioridad.

Ahora tuvo la impresión de que lo que le decía la chicaganso era irrelevante, además de ofensivo.

—No creo que el camarada Lenin despreciase a las personas con una sincera admiración por los logros de la clase obrera en los países comunistas —dijo Alice en un tono ni un ápice menos firme, menos autoritario, que el de la camarada Muriel. La cual guardaba silencio, mientras observaba a Alice a través

de sus ojos azul pálido, ligeramente saltones.

Después comentó:

—El camarada Andrew tiene un gran concepto de tu potencial.

El destello de satisfacción que recorrió a Alice la hizo impermeable a cualquier cosa que pudiese pensar Muriel.

—Me alegro —dijo con humildad.

—Bueno, eso es todo, creo —declaró Muriel, y cogió su maleta.

—¿Vas a empezar tu carrera criminal, pues? —dijo Alice, y se rió ruidosamente de sus propias palabras. Muriel sonrió educadamente, pero estaba furiosa.

—Supongo que será en la BBC —dijo Alice pensativa—. O algo parecido —se apresuró a añadir.

Al oír esto, Muriel se detuvo un instante con la maleta en la mano, después la dejó en el suelo, se acercó un paso más a Alice y dijo en tono estudiado:

—Alice, estas cosas no se preguntan. Estas-cosas-no-sepreguntan. ¿Entiendes?

Alice se sintió llevada por el estado de ensoñadora certidumbre por el que se había dejado guiar toda su vida.

—Pero primero supongo que irás a una de esas escuelas de espías de Checoslovaquia o Lituania —comentó.

Muriel se quedó boquiabierta y se puso roja.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie me lo ha dicho. Si te vas a alguna parte, con esa pinta, entonces supongo... supongo que debe de ser eso —concluyó torpemente, admirada de sí misma.

Muriel la examinaba con mucha atención, con ojos como puñales.

—Si tienes inspiraciones tan luminosas, deberías guardártelas para ti.

—No entiendo a qué viene tanto alboroto; todo el mundo

sabe dónde están las escuelas de espías soviéticas. Es de dominio público.

—Sí, pero... —La chica-ganso parecía frenética de exasperación. Miraba a Alice de una forma en la que esta se veía observada a menudo. ¡Como si fuese pura y simplemente un fenómeno increíble, imposible!

Igual que hacía con Jasper en momentos como ese, Alice insistió testaruda:

—No lo entiendo. Sucede algo perfectamente evidente, yo digo una cosa y la gente se molesta. Lo encuentro infantil.

—Entonces, supongo que Andrew te lo dijo —concluyó Muriel—. No debió hacerlo. —Se quedó pensando un instante y luego comentó—: Es un gran alivio dejar de depender de él. Me sentiré mejor con una persona con mayor autoridad.

—¿Él no tiene autoridad?

—Si la tuviera, no trataría con personas como nosotros —dijo Muriel con repentino, inesperado, intenso sentimentalismo.

Alice se rió asombrada de que Muriel fuese capaz de admitir, aunque fuera en un momento de sensiblería, que ella podía estar por debajo de cualquier otra persona.

—No —dijo Muriel—, él también ha ido a completar su formación. Y, en mi opinión, no le irá mal. Su criterio, en algunas cosas, a veces falla bastante.

Dicho esto, volvió a coger la maleta, la levantó y se dirigió a la puerta diciendo:

—Bueno, hasta luego. No creo que volvamos a vernos. A menos que tú también decidas hacer un cursillo. El camarada Andrew te lo sugerirá. —Por su tono, quedó bien clara la opinión que le merecía el proyecto del camarada Andrew.

Pero Alice de pronto había comprendido otra cosa.

—Cielo santo —exclamó excitada—, acabo de entenderlo... Pat también se va, ella también se va, ¿verdad?

—Si te lo ha dicho, no debió hacerlo —dijo Muriel.

—No me lo dijo, no, no me dijo nada. Acabo de...

—Se me está haciendo tarde —dijo Muriel, y se alejó de Alice con paso firme, dando muestras de un alivio tan intenso que esta pensó: Bueno, necesitará que la eduquen mucho para aprender a no dejar traslucir hasta la última nimiedad que le pasa por la cabeza.

Regresó despacio al 43 y se sentó a solas en la cocina, junto a la mesa, para pensar.

Su pensamiento más imperioso, más bien como una sensación o un dolor, fue que Jasper no le había dicho que pensaba estar varios meses fuera. Sí, había estado «amable», para compensarlo. ¡Pero no se lo había dicho! Jamás la había traicionado de ese modo hasta entonces. Sí, naturalmente siempre había existido esa parte de su vida de la cual no le hablaba, y ella lo aceptaba. Pero, tratándose de política, en ese campo lo comentaban todo.

Había llegado a ser capaz de desaparecer durante seis meses o un año y no decirle ni media palabra. ¿Bert? ¿Sería por la influencia de Bert?

Sí, evidentemente existía el problema de la seguridad, ya lo comprendía. Pero eso no modificaba en absoluto sus sentimientos.

Algo se había roto entre ellos dos; él se había distanciado de ella.

Estaba decidida a reaccionar de alguna forma ante ese hecho: se marcharía, se iría a otra comuna, lo dejaría (pero ante esa idea se quedó helada y toda ella se entristeció), le diría que... le diría alguna cosa, pero no estaba dispuesta a continuar de ese modo. La gente tenía razón, Jasper se aprovechaba de ella.

Después de lo cual, sacó el paquete con el dinero del camarada Andrew de su escondrijo en el saco de dormir y se fue a la oficina de correos.

Después volvió a instalarse junto a la mesa de la cocina y

estuvo ahí sentada hasta entrada la tarde, mientras contemplaba cómo se iba apagando la luz en el cielo y sentía oscurecerse la casa a su alrededor. No quería verse obligada a hablar con nadie, y cuando oyó a Reggie y a Mary salió a pasear sola por las calles. Se detuvo un buen rato frente a los pisos donde vivía su madre. Ninguna de las luces que veía en la fachada del edificio era la suya, pues su piso estaba en la parte trasera. Se acercó a examinar el pequeño resplandor sobre el que destacaba el nombre Mellings escrito a mano en una tarjeta. Después volvió andando a la casa, con la esperanza de no encontrar a nadie en la cocina. Eran las once.

No se veía a nadie en la casa. Echaría un buen sueño y por la mañana decidiría qué haría. Probablemente visitaría alguna de las comunas o *squats* donde tenía amigos. O quizá fuera al Festival Marxista de Verano en Holanda. Seguro que encontraría a personas conocidas allí; y si no, pronto haría nuevas amistades.

Ya tenía firmemente decidida una cosa: no se encontraría allí cuando regresaran Jasper y Bert dentro de diez días... no, menos de una semana ya.

Habría querido sumergirse en el acto en un profundo sueño y escapar a sus pensamientos, pero nadie durmió mucho en el número 43 esa noche, pues Faye estuvo gritando y aullando y aporreando las paredes.

Alice pensó, por primera vez, que el motivo de que Faye viviera allí y no en la comuna de mujeres, donde las dos pasaban tanto tiempo, era que no la querían allí, que de hecho la habían echado. No estaban dispuestas a soportar a esa loca. Ya estaban hartas. Parecía evidente cuando una se paraba a pensarlo; podía pasar el día allí, pero no la noche, cuando no dejaba dormir a las demás. Pero ¡pobre Roberta! Su voz, baja, insistente, gentil, no calló en casi toda la noche, consoladora y apaciguante.

Tumbada despierta, mientras escuchaba el malestar de Faye, su sufrimiento, Alice pensó, como hacía a menudo, que pronto llegaría un día en que ya no habría personas como Faye. Gracias a personas como Alice. Como Muriel incluso. Ya no habría personas destruidas para toda la vida.

También pensó, serenamente, abriendo su mente a una posibilidad tras otra, en las implicaciones de cuanto había descubierto desde su llegada allí. ¡Antes simplemente lo ignoraba por completo! En todas partes del país había personas así... redes, como las llamaba el camarada Andrew. Personas amables, preparadas, que observaban y esperaban, y decidían el momento en que otras personas (personas como ella, como Pat) podían considerarse ya maduras y podían ser útiles de verdad. Sin que los pequeñoburgueses presos en la superestructura mental de la Gran Bretaña fascista imperialista, pobres esclavos de la propaganda, sospecharan nada, ahí estaban los vigilantes, los observadores, las personas que manejaban todos los hilos. En las fábricas, en las grandes industrias —donde el camarada Andrew quería que trabajara ella, Alice—, en la administración pública (¡justo el lugar idóneo para la camarada Muriel!), en la BBC, en los grandes periódicos... por todas partes se extendía de hecho esa red, que incluso alcanzaba pequeños rincones sin importancia como esas dos casas, en los números 43 y 45, simples *squats* y comunas corrientes. Ningún lugar era demasiado insignificante para ser desechado, toda persona con cualquier tipo de potencial era detectada, observada, valorada... Eso le dio una agradable sensación de seguridad.

Por fin, cuando Faye se calló, Alice se durmió, y habría dormido toda la mañana, pero Roberta llamó a su puerta y a continuación le anunció desde el otro lado que tenía algo

importante que decirle.

Alice se incorporó en el acto, preparada para recibir una mala noticia.

Roberta tenía un aspecto espantoso, cosa bastante comprensible. Tenía los ojos enrojecidos y la cara descompuesta de agotamiento. Peor aún, se había derrumbado o había hecho una regresión hasta convertirse en la otra Roberta. Su apariencia era ordinaria, como de mujer de los barrios bajos en una película de los años treinta, sobre todo cuando se llevó un cigarrillo a la boca y lo dejó colgar del labio mientras hablaba, en cuclillas junto al saco de dormir de Alice. Iba cubierta con una bata manchada.

—He recibido una mala noticia, Alice. Mi madre está en el hospital en Bradford. Tengo que ir a verla. ¿Lo comprendes? Tengo que ir.

Alice advirtió que Roberta seguía razonando mentalmente con Faye y le preguntó:

—¿Qué tiene?

—Cáncer —dijo secamente Roberta—. Ya hace mucho tiempo que está enferma. Debería haber ido a visitarla antes.

En su voz también se notaba una regresión, con mayor preponderancia de las entonaciones del norte. ¿Procedía de algún horrible suburbio de una ciudad industrial del norte?

Alice ya vio venir todo lo que seguiría. Roberta le pediría que «vigilara un poco» a Faye, a quien no podía dejar en la comuna de mujeres; sin Roberta no querrían aceptarla ni siquiera durante el día. Durante un número indefinido de días, ella, Alice, tendría que...

Alice dijo:

—La verdad es que acababa de decidir marcharme de aquí. —Su voz sonó seca y dura, como la de Roberta.

Pero al oír esto la otra se echó a llorar ruidosamente. Se aferró a la mano de Alice y la retuvo con fuerza, mientras la

miraba a los ojos y suplicaba:

—Oh, Alice, por favor, por favor, por favor, no puedo dejar a Faye con nadie, ¿qué puedo hacer?

Roberta temblaba. Alice sintió que su desánimo comenzaba a penetrarla a través de la mano que se aferraba a ella con fuerza.

—Y no tienes la menor idea de cuánto tiempo estarás fuera ni nada —dijo Alice.

Roberta le soltó la mano y se quedó mirando al vacío por encima de sus rodillas levantadas, con el cigarrillo suspendido del labio, la mirada perdida. El último obstáculo.

—Oh, Dios mío —dijo Alice—. Supongo que tendré que hacerlo. Pero yo no soy tú, Roberta. No mimaré a Faye ni le llevaré la corriente como haces tú...

Roberta de pronto se desmoronó. Hundió la cabeza entre las rodillas y el cigarrillo fue a caer encima del saco de dormir. Alice lo recogió pulcramente y se quedó observando a Roberta, sentada en una posición fetal, abrazándose las rodillas.

—Alice —le oyó decir—, no sabes lo que esto significa para mí. No puedes...

—Claro que lo sé —dijo Alice—. Faye no podría salir adelante sin ti. Estaría en un manicomio. Dedicas todo tu tiempo a procurar que no caiga en manos de ellos.

Roberta irguió el cuerpo y se incorporó, derramando lágrimas por doquier.

—Alice... —dijo en tono de súplica.

—Pero también existe otra cara del asunto. Ella se porta peor contigo que con todos los demás. Tú se lo permites.

Al ver que Roberta protestaba, Alice siguió explicando razonablemente:

—Oh, no, no digo que no esté chalada, lo está, pero ya he observado otras veces que personas así tienen un comportamiento muy normal con todo el mundo, se manejan

bien en todas las situaciones, nadie diría que están locas, pero existe una persona concreta con la cual pierden el control. Es como para pensarlo.

Roberta la observaba atentamente. Había empezado a encender otro cigarrillo, pero mientras se desarrollaba esta operación, sus ojos no dejaron de mirar la cara de Alice. Esta advirtió que había vuelto a aparecer la Roberta del número 43 y la pobre Roberta de un terrible pasado había quedado enterrada una vez más.

—Sí —dijo Roberta, para nada molesta—, yo también lo he pensado. Es raro, ¿verdad? Faye se porta normalmente con todos los demás... bueno, casi siempre... —E invitó a Alice, con una pequeña sonrisa pesarosa, a recordar el incidente de Faye dando voces mientras bajaba corriendo la escalera para expulsar a Monica. Y otras cosas—. Probablemente se portará bien contigo.

—Si no intenta suicidarse.

Una mirada penetrante, de rechazo. Un rápido movimiento de la cabeza, que Alice comprendió que significaba: No estoy dispuesta a pensar ni siquiera en eso.

—Bueno, es preciso considerarlo.

—Mira, Alice, tengo que vestirme y salir corriendo. Me queda una hora antes de coger el tren.

Roberta salió corriendo y volvió, como Alice esperaba, con varios frascos de pastillas.

—Si vigilas que tome esto por las mañanas y esto antes de acostarse...

Alice cogió los frascos con una mirada que decía: Sabes muy bien que no puedo obligarla a hacer nada. Roberta dijo:

—No serviría de nada darte las gracias, de qué sirve decir gracias. Pero si un día puedo hacer algo por ti...

Salió, y cinco minutos después Alice la oyó bajar corriendo la escalera y salir de la casa.

Faye no se despertaría hasta el mediodía, o más tarde.

Alice se bañó y se vistió con calma y estaba tomando café en la cocina cuando entró Caroline.

Antes había deseado hacerse amiga de Caroline, pero en ese momento tuvo la impresión de que su aparición sería la última gota.

Caroline se acercó a coger la tetera y el frasco de café como si ya viviera allí y dijo:

—Alice, he venido a preguntarte si no te importaría que me viniera a vivir aquí.

Alice se limitó a encogerse de hombros, pero le alargó su taza para que se la llenara otra vez.

Después de pasar rápidamente revista a Alice con esos penetrantes ojos suyos, Caroline llenó las dos tazas y se sentó con la suya en el otro extremo de la mesa.

—¿Qué ocurre?

Alice se lo contó.

—Solo es un problema a corto plazo —decretó Caroline, quitándole importancia.

Alice se rió.

—Muy bien —dijo—, entonces dime qué ha pasado en la casa de al lado.

Caroline estaba removiendo enérgicamente el azúcar en su taza, de por sí un gesto que anunciaba seguridad en sí misma y decisión en estos tiempos en que la gente confiesa que le gusta el azúcar como antaño habrían confesado un problema de afición a la bebida. Una, dos, tres grandes cucharadas se incorporaron a la taza, y Caroline la levantó para beber con sincero y goloso placer.

Alice volvió a reírse, en otro tono. No se había equivocado: ella y Caroline ya habían iniciado ese misterioso proceso que se conoce como «entenderse».

—La policía nos hizo otro registro anoche.

—¿Todavía no habéis llegado a un acuerdo con el Ayuntamiento?

—Siempre teníamos intención de hacerlo, pero nunca llegamos a ir. De todos modos, eso no habría cambiado nada.

—¿Qué buscaban entonces?

—Lo que es seguro es que buscaban algo. Removieron la casa de arriba abajo.

—Pero ¿no encontraron nada?

—Nada.

Caroline esperaba las preguntas que iban configurándose en la mente de Alice.

—Entonces, ¿alguien dio un chivatazo?

—No lo creemos. En realidad, yo pienso que buscaban droga.

—Pero nadie la consume allí, ¿no?

—Hierba sí, claro. Heroína no. No, creo que suponían que el cuarenta y cinco era un escondrijo. Ya sabes, uno o dos paquetes de heroína de la mejor calidad escondida bajo una de las tablas del suelo.

Alice estaba reflexionando intensamente, con la cara contraída, como una perra angustiada.

—Eh, tranquilízate —dijo Caroline—, no ha pasado nada.

—¿Cuánto tiempo estuvieron entrando y saliendo... «cosas» de esa casa?

—No mucho. Algunas semanas. Y generalmente solo por un día o poco más. A veces por una o dos horas.

—¿Siempre para el camarada Andrew?

—Bueno, él lo organizaba todo.

—¿Cómo llegó el camarada Andrew al número cuarenta y cinco, para empezar?

—Conoció a Muriel en alguna parte. Muriel le gusta.

—¿Estás diciendo que se fue a vivir al cuarenta y cinco porque Muriel estaba allí?

—Nunca ha vivido allí. Él entraba y salía. No creo que nunca

haya estado más de dos o tres días seguidos en la casa.

—Y a la camarada Muriel le gusta Andrew.

—En realidad, creo que es ella quien lo aguanta a él.

—Oh, bueno, esas cosas no me interesan —dijo Alice, molesta y entristecida como de costumbre—. En cualquier caso, todo parece muy aventurado.

—¿Por qué? La prueba está en el pastel. La policía de hecho se ha presentado tres veces desde que yo estoy allí. Nunca encontraron nada. Una vez, la mitad de las bolsas de basura contenían apenas una capa suficiente de basura para tapar su verdadero contenido.

—Que era...

—Oh —dijo despreocupadamente Caroline mientras recogía con la cucharilla la gruesa capa húmeda de azúcar amarillento del fondo de la taza y la lamía despacio con una gruesa lengua sonrosada—, cosas, ya sabes.

Alice se quedó callada. Estaba absorbiendo cuanto podía de esa gruesa, saludable criatura que tenía sentada delante, rezumante de satisfacción física, en un intento de comprender su secreto. Pero Alice tomó nota de que aunque pareciera una foca reluciente, mientras sonreía y hablaba con total tranquilidad —presumiblemente— de explosivos, sus pupilas permanecían implacablemente apretadas. Le dirigieron una mirada astuta, fría incluso, y Alice se sintió aliviada al verla. Sintió que podía confiar en Caroline.

—Bueno, supongo que eran explosivos —comentó con indiferencia—. Es lo que supuse desde el principio.

—Bueno, algo de ese tipo. Pero le dije al camarada Andrew, yo le dije: «¿Alguien nos ha pedido nuestra opinión sobre lo que entra y sale de aquí? No creo recordar que hayamos hecho una votación».

—¿Tú llegaste a la casa antes que él?

—Mucho antes. Me trasladé aquí hace un año. Estuve sola

varias semanas. Después llegó Muriel. Luego, de pronto, apareció Andrew. Nunca supimos cómo se había enterado Muriel de la existencia de esa casa. Pero yo diría que la camarada Muriel no es una de las personas que son *squatters* de natural.

—No.

—Pero se apropió de la casa. A continuación aparecieron Paul y Edward... ahora creo que los invitó a vivir allí porque Andrew se lo dijo. Después yo invité a unas amigas mías, tres chicas, que vivían en un *squat* muy malo en Camberwell. Pero Muriel pronto se deshizo de ellas.

—¿De qué manera?

—No tanto —dijo juiciosamente Caroline, sonriendo por la satisfacción de poder hablar, y con alguien que la entendiera—, no tanto por algo que hiciera, sino sobre todo por su manera de ser... —Esperó a que Alice se riera. Esta así lo hizo, y Caroline siguió hablando—. Simplemente no les gustó la manera en que Muriel se hacía dueña de todo, y cuando Andrew se instaló allí, se marcharon.

Alice se quedó pensando. Por la forma en que la miraba Caroline, comprendió que eso era lo que esperaba que hiciera.

—Muy bien —dijo por fin—, conque no te gusta el camarada Andrew...

—¿Quién es el camarada Andrew? —preguntó Caroline—. ¿Quién es él para dar órdenes y decir lo que hay o no hay que hacer?

—No tenemos que hacer lo que él dice. Está en nuestras manos decirle que no o que sí.

—Pero resulta difícil decir no cuando simplemente llega un coche con cinco cajas de octavillas. O de alguna cosa.

Más café. Más azúcar. Alice no pudo dejar de pensar: Pero tus dientes...

—Y —declaró Caroline, sonriente, complaciente, sociable,

pero con sus ojillos castaños firmes y controlados—, ¿sabes una cosa? Me importa un cuerno la maldita Unión Soviética. O el maldito KGB. O cualquiera de esas cosas.

«KGB», dicho así, le causó cierto sobresalto a Alice; nunca se había dicho claramente: Tengo tratos con el KGB. Además, las palabras tenían un matiz despiadado que resultaba difícil asociar con el camarada Andrew. Se quedó callada, luego dijo:

—Pero es una manera útil de recibir entrenamiento. Para algunas personas, quiero decir.

—Para algunas personas. Y si deseas ese tipo de entrenamiento.

—En todo esto hay algo que no encaja —dijo por fin, con dificultad, Alice. Le costaba criticar al camarada Andrew. Al menos en voz alta; en sus pensamientos, no podía evitar hacerlo.

—Exactamente. ¿Y sabes qué es? Cosa curiosa, he estado pensando muy seriamente en este asunto.

Alice se rió, tal como se esperaba que hiciera.

—Sí. Por mi experiencia, que no es enorme, pero sí suficiente, todo acaba resultando ser una chapuza de uno u otro tipo. Una imagina asombrosas, fantásticas, brillantes conjuras, organizadas hasta el último detalle fantásticamente eficiente, pero no, cuando se descubre la verdad sobre cualquier cosa, y no digamos ya sobre las operaciones del KGB, siempre resulta ser un estúpido embrollo absurdo. Siempre.

Esto alteró de verdad a Alice. Pues era algo que también decía su madre. Algo que había estado diciendo últimamente, como parte de esa nueva fase inquietante que estaba pasando. Una y otra vez en los últimos cuatro años, cuántas veces Alice había oído exclamar a Dorothy Mellings, y con una satisfacción ante el escándalo que todo ello deducía que ponía furiosa a Alice: «Otra maldita chapuza, eso es todo. ¡La han cagado! Lo han jodido todo. ¡Oh, no pierdas el tiempo intentando

entenderlo! Es solo otro pequeño desastre». En general se lo decía a Zoë Devlin. La cual intentaba razonar con ella, con Dorothy. En el tono en que solía razonar últimamente con ella, paciente, perseverantemente, cuando su madre decía esas cosas. «Dorothy, todo no puede ser un desastre, simplemente no se puede volver la espalda a todo de este modo. ¿Qué te ha cogido, Dorothy? Parece como si ya no quisieras tomarte la molestia de intentar comprender nada.» Y Dorothy Mellings le replicaba a Zoë Devlin: «¿Quién se vuelve de espaldas? Yo creo que eres tú. Vives en un mundo de rosadas fantasías, crees que todo funciona, muy sensatamente y como consecuencia de decisiones bien maduradas. ¡Pues no es así! Todo es solo un inmenso lamentable desastre».

Oír las palabras de su madre pronunciadas con tanta complacencia por la redonda cara sonriente de Caroline, ver confundirse de ese modo sus dos mundos, fue un golpe demasiado fuerte para Alice y se le escapó buena parte de lo que le estaba diciendo Caroline. Cuando volvió a escucharla, oyó:

—Creo que nuestro camarada Andrew no estaba a la altura de su tarea. Creo que Occidente se le subió a la cabeza. Las guapas de turno, ya sabes.

—Entonces que Dios le ayude —dijo Alice con repulsión.

—Exactamente. Y Muriel fue demasiado para él, una chica de los condados, Roedean College y todo eso.

—¿Estudió en el Roedean?

—En el Roedean y la escuela de señoritas y la escuela de alta cocina. ¿No es curioso el interés de las clases altas por el comunismo? ¿Crees que el camarada Marx llegó a preverlo con su bola de cristal?

—¡Mira quién habla! —dijo Alice, consciente de que no estaba bien hablar así de Marx.

—¿Yo? Yo no soy de clase alta. Solo de la vieja aburrida

clase media, como tú.

—Yo no soy de clase obrera solo por una generación. Por parte de mi madre.

—Te felicito —dijo riendo la camarada Caroline.

—Además —terció Alice—, estoy segura de que la camarada Muriel trabajará muy bien.

—¿Quién dice que no? Nació para ello. Ya puedo leer los titulares: «Topo rojo cogida con las manos en la masa en...», ¿dónde dirías tú?

—La BBC —dijo Alice sin poder evitarlo.

—Sí. O en el *Times.* El *Guardian,* ¿tú qué crees?

—No, el *Times,* no es el estilo adecuado para el *Guardian.* Aunque probablemente cuando la hayan entrenado... es muy lista, de eso estoy segura.

—Yo también, pero el camarada Andrew no se prendó de la camarada Muriel debido a su potencial para el espionaje. Casi no había momento en que no estuvieran en la cama. O para ser exacta, en el suelo.

Alice desconectó.

—Oh, bueno —dijo vagamente—, todo eso no me interesa. Y qué más da. Muriel se ha ido. Andrew se ha ido. Tú quieres venirte a vivir aquí. Solo quedan...

—Y Jocelin también quiere venirse aquí.

—Entonces, ¿en la casa de al lado solo quedarán Paul y Edward?

—Se mudan a un piso esta semana. Han encontrado trabajo. Más bien dicho, Andrew les encontró trabajo. En un lugar muy estratégico. Más vale no decir más.

—De modo que pronto habrá un grupo distinto de ocupantes en la casa vecina.

—Con tal de que yo no sea una de ellos. No hay agua caliente. Hace un frío siberiano. No es como esta casa.

Había una habitación desocupada en el último piso y otra

junto a la de Roberta y Faye.

—No veo por qué no —dijo Alice.

—Estoy impaciente por mudarme. Aparte de todo lo demás, los policías excavaron esa fosa del jardín y toda la porquería que enterramos está volando por todas partes.

Por algún motivo, a Alice esto le pareció la última gota que había estado esperando

—Oh, no —gimoteó—. Oh, Dios, no.

—Oh, sí. De vuelta al punto de partida. Cuando lo hubieron desenterrado todo les dijimos: «¿No piensan volver a dejar esa basura donde estaba?» «A callar», contestaron. Encantadores, esos maderos. Bueno, voy a buscar mis cosas. Enseguida vuelvo.

Alice la acompañó al 45 y se detuvo a observar la casa desde la verja. Basura por todas partes y un fuerte viento de primavera que la esparcía. La fosa donde había visto —pero ¿qué había visto?— convertida en una fea zanja, rodeada de desordenados montones de tierra descolorida.

Pero no podía dejar a Faye sola y regresó a la casa.

Faye no bajó hasta el atardecer, triste y descolorida, y a punto de echarse a llorar. Pero se estaba controlando todo lo que podía y llegaba dispuesta a compartir la comida comunitaria de la noche, con Caroline y Jocelin, Mary y Reggie, Philip y Alice.

Todo iba muy bien cuando, sobre las nueve, alguien llamó violentamente a la puerta.

—Oh, no, otra vez no —dijo Caroline. Alice ya se había levantado y estaba junto a la puerta de entrada, que abrió con una sonrisa.

Dos policías, uno de ellos el joven con cara de mala baba. Estaban de mal humor; los habían mandado a hacer algo que no tenían ganas de hacer.

—Nos han informado de que tenéis algo enterrado en el jardín —dijo el joven malcarado—. Vamos a desenterrarlo.

—Ya saben lo que hay allí. Ya se lo dijimos —dijo Alice. No tenía ningunas ganas de reírse. Sabía que bastaría una pequeña provocación para que esos dos empezaran a destrozar la casa.

—Sabemos lo que nos habéis dicho —dijo el otro policía, a quien Alice nunca había visto.

—Iré a buscar la pala —dijo Alice.

—Gracias, ya tenemos una.

Alice los condujo alrededor de la casa hasta el lugar donde habían cavado la fosa. La luz de la cocina se proyectaba hasta allí.

—Aquí es donde han estado removiendo la tierra —le dijo el joven sádico al otro.

Alice se retiró rápidamente al interior. Allí les recomendó a los demás, que estaban a punto de estallar en carcajadas:

—No, no, no os riáis, o nos lo harán pagar.

Y a Faye, que se balanceaba temblorosa, al borde de la histeria:

—Faye, no. —Alice sabía que si ese pequeño psicópata de ahí fuera recibía una provocación de Faye en uno de sus malos momentos, sería capaz de hacer cualquier cosa—. Ya nos reiremos después, pero ahora no.

—Tiene razón —dijo Caroline, y todos se quedaron quietos, con caras de piedra, conteniendo unas angustiosas ansias de reír.

Afuera, los dos hombres cavaban bajo la luz que se derramaba por la ventana. No estuvieron más de un par de minutos. Se incorporaron, se apoyaron en las palas, luego desaparecieron.

Alice había tenido buen cuidado de dejar abierta la puerta de entrada, para que pudieran verles sentados a la mesa; la confortable cocina, las flores, la comida.

Se acercó a la puerta, atenta y solícita.

El mala baba estaba a punto de estallar en un arranque de mal genio.

—¡Deberían llevaros a los tribunales! —gritó, mirando por encima de Alice al grupo de la cocina.

—Lo comunicamos todo cuando lo hicimos —dijo Alice—. Yo misma fui a presentar un informe. —Sabía que la frase «presentar un informe» era la adecuada.

Él la miró haciendo rechinar literalmente los dientes, dispuesto a irrumpir en la casa y empezar a romper y destruirlo todo. Pero Alice tuvo la precaución de mantener apartada la vista y de adoptar un aire pasivo y hasta indiferente.

El otro ya había subido al coche patrulla.

Un instante después ya se habían ido. Alice fue a buscar su propia pala y rápidamente volvió a cubrir lo que los policías habían destapado. No fue demasiado desagradable; la naturaleza, como era de esperar, estaba cumpliendo su tarea a la perfección.

Alice volvió a la cocina y su aparición fue la señal para una fiesta de risas y vítores. Parecían no poder parar de reír, sobre todo Caroline y Jocelin, para quienes todo el asunto constituía una novedad. Alice no tenía muchos deseos de reír. Sabía que la cosa no quedaría así; sus visitantes volverían.

También sabía, por el aspecto de Faye, que seguramente no dormiría mucho esa noche. En efecto, eran las tres pasadas cuando Faye volvió a subir. Aceptó dos mogadones que le dio Alice y le deseó las buenas noches con bastante gracia.

Pero poco después empezó a llorar. No con el ruidoso llanto furioso que empleaba en compañía de Roberta, sino con los desgarradores sollozos impotentes de una criatura. Alice entró y permaneció sentada a su lado con la mano entre las suyas. Faye no se durmió hasta las siete de la mañana y Alice durmió sentada junto a ella, sin moverse de allí.

Pasaron varios días. Faye hacía grandes esfuerzos y todos lo sabían y la ayudaban. Cuando oía a alguien en la cocina, bajaba y se sentaba a charlar con bastante gracia de cualquier cosa, como ella sabía hacer, representando su numerito cockney, pero tenía una tendencia a quedarse callada de pronto, con la mirada perdida; y entonces alguien intentaba hacerla volver en sí con dulzura para reincorporarla al grupo.

Se ofreció a enseñarle a Alice un caldo de verduras económico y le quedó muy bueno y todos lo saborearon con gusto. Alice se preguntaba cómo podía soportar —si era consciente de ello— la tensión de todas ellas, siempre pendientes de que tuviera un arranque, de que se desmoronara. Pero Faye no se desmoronaba ni lloraba. Parecía muy normal, corriente incluso, y Caroline y Jocelin llegaron a decir que no entendían por qué hablaba tanto la gente de Faye. Era muy agradable, era muy inteligente y sabía mucho de política. Resultó que Faye había leído mucho, más que ninguna de ellas, y estaba particularmente bien informada sobre Althusser. Había escrito parte de una tesis sobre Althusser en la universidad, donde sin embargo había estado solo dos semestres antes de derrumbarse.

Faye no se acostaba hasta muy tarde y cuando se iba a la cama le decía a Alice que estaría muy bien sola.

Alice se levantaba muy a menudo durante la noche y se quedaba escuchando junto a la puerta de Faye. Le parecía que Faye apenas dormía; muchas veces lloraba, quedamente, para no molestar a los demás. A veces Alice oía que se movía por la habitación, encendía cigarrillos, hasta canturreaba un poquito en voz baja.

Alice sabía que no estaba bien.

Roberta había escrito; tenían la dirección del hospital. Su madre estaba agonizando lentamente; Roberta regresaría en cuanto pudiera.

Jasper y Bert ya deberían de haber llegado. Entonces llegó una postal, escrita por Jasper y firmada por los dos, procedente de Amsterdam, que decía: «Me gustaría que estuvieras aquí. Volveremos pronto».

Caroline y Alice pasaban muchos ratos juntas. Alice, cansada y vacía de energías, necesitaba la vitalidad natural de Caroline, su buen humor. Caroline admiraba a Alice, no podía parar de hablar de la forma en que Alice había transformado esa casa.

Jocelin se pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto. Se había instalado en el último piso de la casa. Parecía tener poca cosa que decirles, a ellas y de hecho a todo el mundo. Era una chica callada, observadora y que, en opinión de Alice, daba miedo. ¿Qué hacía en su cuarto? Caroline decía que estudiaba manuales sobre cómo ser una buena terrorista. Lo decía riendo, de acuerdo con su estilo.

Estaba próximo el fin de semana.

El viernes, cuando Mary salió del trabajo, Reggie y Mary se fueron a Cumberland para otro sábado de manifestaciones. Jocelin se marchó con un simple: «Hasta el lunes».

Caroline dijo que se iba a pasar el fin de semana con un antiguo novio que se había casado con otra, ahora estaba separado y todavía quería casarse con Caroline. A veces ella creía que por fin lo haría; aunque en general pensaba que no lo haría. Sin embargo, le gustaba estar con él; lo pasaban bien juntos, dijo. Había invitado a Alice a acompañarla. Alice habría ido de no ser por Faye. Sentada a solas junto a la mesa de la cocina, pues Faye había subido a acostarse y Philip también estaba arriba, Alice se sintió resentida.

En las mismas circunstancias —es decir, sin Faye—, se habría ido sin dejarle una dirección a Jasper; lo de menos era adónde. Realmente tenía que ponerse seria, decirle que estaba harta. Quizá incluso lo dejaría.

Mientras se repetía cuánto mejor estaría sola, sintió que le

invadía una fría tristeza y se controló, diciéndose una vez más: Solo le daré una lección, eso es todo.

Pero ¿cómo podía darle una lección si estaba aquí esperándolo obedientemente cuando regresara? Lo cual ocurriría casi con toda seguridad dentro de uno o dos días.

No, ese asunto de la madre de Roberta era un desastre, para ella tanto como para Roberta y para Faye.

Continuó meditando de esta guisa, bebiendo café y más café, sentada a solas.

Todavía no eran las doce cuando subió arriba. Se detuvo a escuchar junto a la puerta de Faye: ni un sonido. Eso era poco frecuente. Faye no se dormía, nunca, antes de las dos o las tres.

Alice se vio ahí, en el oscuro pasillo con la oreja pegada a un panel de la puerta, y se enfureció consigo misma, con el mundo entero... desbordante de autocompasión. Se fue a su cuarto y se dijo que se iría a dormir enseguida. Pero no lo hizo. Una vez a salvo en su camisón victoriano rojo escarlata, se acercó a la ventana y se quedó observando el tráfico que circulaba velozmente frente a ella. Estaba extraordinariamente inquieta e intranquila. De vuelta junto a la puerta de Faye, se dijo: ¡Basta ya, vete a la cama y déjate de historias! Pero no hizo nada parecido. Abrió suavemente la puerta y se detuvo en el umbral como un fantasma, preparada para oír gritar a Faye que se fuera, que la dejara en paz, que dejara de espiarla... La luz estaba apagada y la habitación a oscuras. Apenas alcanzaba a distinguir a Faye, un bulto en un rincón. Se notaba un penetrante olor. Cuando Alice comprendió que olía a sangre, encendió la luz y dio un grito. Faye estaba tendida de espaldas, ligeramente incorporada sobre unos cojines bordados y ribeteados de encajes, espectralmente pálida, con la boca ligeramente abierta, y las muñecas abiertas apoyadas sobre los muslos. La sangre lo empapaba todo.

Alice se quedó paralizada, gritando.

Había previsto que eso ocurriría, lo había temido, estaba casi segura de que tenía que ocurrir. Siempre había sabido que no toleraba la sangre, que se desmoronaría si se encontraba en una situación como esa. Lo único que podía hacer era quedarse simplemente ahí parada y gritar.

Philip llegó a su lado. Su grito apagado y preocupado alcanzó sus oídos:

—Alice, Alice, ¿qué sucede?

Alice dejó de chillar. En su voluminoso camisón escarlata parecía un personaje femenino de un melodrama victoriano. Señaló el horripilante espectáculo con un dedo y se estremeció.

—Se ha cortado las venas —dijo Philip.

Luego pasó su brazo alrededor de Alice, mucho más alta que él, lo cual lo hizo trastabillar. Ambos perdieron el equilibrio y lo recuperaron asiéndose al marco de la puerta.

Alice había recobrado el buen sentido, el control.

Se acercó a Faye. La sangre todavía manaba en rojos borbotones.

—Tenemos que parar la hemorragia —dijo. Miró a su alrededor en busca de algo adecuado para una ligadura, encontró un pañuelo abandonado sobre una silla y lo ató alrededor de las muñecas de Faye, como unas esposas. La hemorragia se detuvo.

Philip, recuperado también el control, anunció:

—Llamaré a una ambulancia.

—¡No, no, no —chilló Alice—, no debes hacer nada de eso!

—¡Por qué no, se morirá!

—No, no, no lo hará. ¿No te das cuenta? No puede ir a un hospital.

—¿Por qué no?

—Roberta jamás nos lo perdonaría, ella no querría que lo hiciéramos. La policía, ¿no lo comprendes? La policía...

Philip se quedó mirándola como si estuviera loca.

—¿Tenemos alguna venda elástica en la casa?

—¿Para qué íbamos a tenerla? —preguntó angustiado él.

—Ya sé. Tu cinta aislante. La cinta que usas en las instalaciones eléctricas.

Él ya había salido a buscarla. Alice se arrodilló junto a Faye, que parecía tan ligera e inmaterial como una hoja seca. ¿Cómo tomarle el pulso a una mujer que tiene las muñecas destrozadas? ¿En qué otro sitio se percibe el pulso?, se preguntó desesperada Alice, mirando hacia varios puntos. Acercó la mejilla a la nariz de Faye y percibió un leve aliento. No estaba muerta. Pero había perdido tanta sangre, tanta... Todo estaba empapado en ella. Faye yacía en medio de un denso charco rojo.

Philip entró corriendo con un rollo de cinta aislante negra. Alice apretó una mano, como una pulsera, alrededor de una muñeca para impedir que manara la sangre mientras Philip cerraba la herida. A continuación hizo lo mismo con la otra muñeca y cortaron el pañuelo para quitárselo.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Alice.

—Deberían hacerle una transfusión —dijo Philip con obstinación. Su rostro era todo él una crítica contra Alice.

—Tenemos que darle líquido. No, espera.

Alice bajó corriendo a la cocina. Preparó una mezcla de agua caliente, sal y azúcar, a falta de glucosa. Volvió a subir corriendo con ella.

—Está inconsciente, Alice —dijo Philip, todavía con esa expresión de desagrado, de hostilidad—. ¿Cómo puede beber si está inconsciente?

Alice se arrodilló, deslizó un brazo bajo la cabeza bamboleante de Faye, para mantenerla bien levantada e intentó hacerle ingerir el líquido.

—Se le meterá en los pulmones, la estás ahogando —dijo Philip.

Y entonces, milagrosamente, Faye tragó un poco.

—Faye —le ordenó Alice—, bebe, Faye, tienes que beber.

Faye parecía querer sacudir la cabeza, pero tragó. Porque estaba acostumbrada a recibir órdenes, instrucciones de Roberta. Consciente de ello, Alice procuró hablar con voz suave y sonora y cariñosa, como la de Roberta, y dijo:

—Bebe, tienes que beber.

Lentamente, durante más de veinte minutos, Alice consiguió hacerle ingerir alrededor de medio litro de la mezcla a Faye.

Después se tomó un descanso. Estaba empapada de sudor. Sabía que era de terror.

Philip se había arrodillado a los pies de Faye y la observaba desde allí. Su expresión de desaprobación, de horror incluso, no había menguado. Quien le horrorizaba era Alice, y ella lo sabía y no podía darle importancia.

—No se morirá —dijo en voz bien alta, para que la oyera Faye además de Philip—. No te muevas, por favor, quédate aquí —dijo luego—. Hazle beber un poco más si puedes. Debió de hacerlo solo instantes antes de entrar nosotros. Voy a telefonear a Roberta.

Philip ocupó su lugar, con el brazo debajo de la cabeza de Faye. Cogió la jarra llena de líquido.

Al verlos así, la frágil blanca Faye, el frágil pálido Philip, Alice se dijo que los dos pertenecían a la misma categoría, víctimas, nacidas para ser aplastadas y destrozadas. En este pensamiento había un leve desquite, en lo concerniente a Philip, pues sabía que continuaba odiándola.

Corrió hasta la casa de su vecina Joan Robbins. La casa estaba a oscuras y Alice apoyó el dedo sobre el timbre y no lo movió de allí. Podía oír su agudo chirrido. Sobre su cabeza se abrió una ventana y oyó la voz cortante de Joan Robbins:

—¿Qué hay? ¿Quién llama?

—Déjeme entrar, déjeme entrar —suplicó Alice con voz de

niña, o como la de Faye—. Soy Alice —lloriqueó, al ver que Joan Robbins no se apartaba enseguida de la ventana—. Alice, su vecina.

Se encendieron las luces del vestíbulo y Joan Robbins apareció ante ella en una bata floreada y con pantuflas rojo brillante, con cara enfadada, desconcertada y asustada.

—Tengo que telefonear a una persona... es preciso, hay una enferma —balbuceó, y Joan Robbins se hizo a un lado.

Junto al teléfono, intentó coger torpemente los listines, que Joan sacó de una funda de plástico para ofrecérselos.

Encontró el teléfono de información, le dieron el número, llamó al hospital de Bradford y dejó un recado para Roberta.

—Dígale que su amiga está enferma, que vuelva enseguida.

Después empezó a pasar las páginas buscando otro número y hasta que no vio el de los Samaritanos, no comprendió qué estaba buscando.

—¿No quiere llamar al cero noventa y dos? —preguntó con curiosidad Joan Robbins.

Alice hizo que no con la cabeza y permaneció inmóvil con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente, como si estuviera a punto de desmayarse y Joan salió arrastrando los pies en dirección a la cocina para prepararle una buena tacita de té.

Alice marcó el número de los Samaritanos. Le respondió una voz agradable, serena. Alice no oyó las palabras, solo el tono. Permaneció en silencio, escuchando. Tendría que decir algo o esa voz callaría, desaparecería.

—Quiero un consejo —dijo—, solo eso, un consejo.

—¿Qué ocurre?

Alice no dijo nada y continuó escuchando la voz sensata, servicial, que continuaba hablando, diciéndole que no debía colgar, que nadie la presionaría a ella ni a nadie, que nadie la denunciaría, fuese lo que fuese lo que ella o cualquier otra persona hubiesen hecho.

Alice no habló hasta que oyó acercarse a Joan Robbins. Entonces dijo rápidamente:

—Alguien se ha cortado las venas.

No tuvo tiempo de decir más. Había llegado Joan con dos tazas de té caliente.

Alice cogió en el acto la suya, consciente de lo mucho que lo necesitaba. Intentó beber el líquido hirviente mientras escuchaba, y escuchaba.

—Tiene que llevar a su amiga a un hospital. Tan pronto como pueda. Llame a una ambulancia. Llame al cero noventa y dos. Es una cuestión de vida o muerte. Tiene que hacerlo, de verdad. Créame, tiene que hacerlo.

—¿Y si no lo hago? —dijo por fin Alice, escogiendo con cuidado sus palabras a causa de Joan, que permanecía impotente a su lado, animándola a beber con la mirada y con sus sonrisas.

—En ese caso, pero la verdad es que debería hacerlo, lo más importante es no dejar que su amiga se duerma y hacerle ingerir todo el líquido posible. ¿Puede beber?

—Sí —dijo Alice, y continuó escuchando como si a sus oídos llegara una música distante, imposible, que la cautivaba y consolaba, la tranquilizaba y le ofrecía infinito, inquebrantable apoyo.

Tras algunos instantes, simplemente colgó el auricular y dejó que la voz amable y sensata se perdiera en el reino de lo inalcanzable. Revistió su cara con su acostumbrada alegre sonrisa de niña buena y le dijo a Joan Robbins:

—Gracias. Muchísimas gracias. Eran los Samaritanos. ¿Sabe quiénes son?

—He oído hablar de ellos, sí.

—Lo hacen muy bien, en serio —dijo distraídamente Alice—. Bueno, será mejor que vuelva a casa. He dejado a otro a cargo de todo y no creo que esté acostumbrado a tratar con enfermos.

Joan la siguió hasta la puerta, con la expresión de una persona que considera que aún no está dicho todo y confía que todavía pueda llegar a saberlo.

—Gracias —dijo educadamente Alice. Luego repitió, excitada y llena de gratitud—: Gracias, gracias.

Y huyó a través de la oscuridad. Joan Robbins esperó hasta que la vio entrar en el número 43. Después volvió a la cocina, donde examinó las manchas de sangre que habían quedado encima de los listines telefónicos y de la mesa. Limpió la mesa y estuvo reflexionando unos instantes. Luego decidió no avisar a la policía y volvió silenciosamente a su cama.

Alice encontró a Philip y a Faye exactamente como los había dejado. Pero Faye tenía los ojos abiertos y miraba fijamente al techo, sin expresión en la cara.

—He llamado a Roberta —anunció Alice.

Después empezó a buscar una camisa de dormir limpia o alguna cosa, encontró un pijama, salió en busca de trapos y agua caliente. Ella y Philip desnudaron a Faye. Retiraron el saco de dormir empapado, levantaron las mantas y apartaron el colchón de gomaespuma que estaba embebido de sangre como una esponja. Después lavaron y vistieron a Faye. A lo largo de toda esta operación, ella se dejó hacer dócilmente. Pero Alice no se dejó engañar. Sabía que Faye estaba aguardando el momento en que ella o Philip le volvieran la espalda y entonces las cintas que le sujetaban las muñecas desaparecerían en un santiamén.

Trasladaron hasta allí el saco de dormir de Alice y más mantas. Localizaron una botella de agua caliente en un cajón. Les llevó mucho tiempo, pero dejaron a Faye limpia y bien tapada, cálida y cómodamente acostada.

Eran bastante más de las tres.

Alice pensó: Si Roberta estaba en el hospital, habrá recibido el recado y se habrá puesto en camino hacia aquí; es posible

que llegue por la mañana.

Mientras tanto, ella y Philip debían montar guardia, por si uno de los dos se dormía.

Nadie durmió. Faye cerró los ojos. No los miró. No dijo nada.

Philip se había arrodillado a los pies de Faye y Alice estaba sentada a su lado. De vez en cuando Alice le levantaba la cabeza y le acercaba la taza a los labios y Faye tragaba el líquido.

Philip se fue a preparar más cantidad de la mezcla de sal y azúcar y agua y a hacer té para él y para Alice. Pero no miró a Alice, se negó a enfrentarse a su mirada.

Estaba tan escandalizado por su actitud, por la situación, que simplemente intentaba separarse de todo ello.

Alice pensó desafiante, burlona incluso: ¡Con esto queda definido! ¡Así es Philip!

Pronto se hizo de día, puesto que ya estaban a mediados de mayo. Con la sensación de inquieta vaciedad que acompaña al agotamiento, Alice oyó el coro del amanecer, mientras pensaba que le gustaría oírlo más a menudo; intentó captar la mirada de Philip para compartir con él ese instante de renovación, de promesa, pero él continuó allí de rodillas, como un pequeño devoto, paciente, modesto, dispuesto a ser útil. Y absolutamente distanciado de ella. Por fin Alice dijo:

—Si tú te acuestas, Philip, yo ya me mantendré despierta. Y cuando no pueda más, te daré un grito. —Para indicarle que no podía dejarla sola, no podía dejarla, ni un instante. Él la escuchó, lo entendió, asintió con la cabeza y se fue.

Faye se quedó dormida o fingía dormir. Alice no sabía cuál de las dos cosas, pero no quería correr ningún riesgo. Continuó montando guardia, mojándose la cara de vez en cuando con agua, palmeándose las mejillas. Cuando lo hacía le parecía ver un destello de algo que podría ser ironía, o al menos un comentario, en la cara pasiva de Faye. Los rumores de una

mañana de sábado corriente: el lechero, niños que jugaban en la calle, voces en los jardines. Cuántos sonidos había a los que normalmente nunca prestaba oídos...

El montón de ropas manchadas de sangre del rincón empezaba a darle náuseas. Pero no podía, no debía moverse. Sabía que Faye no dormía.

Pasó un rato... y otro. Más de una vez se había descubierto a punto de caer dormida o incluso despertándose con un sobresalto. En una de esas ocasiones vio que Faye abría los ojos; intercambiaron una mirada; Alice: No te dejaré hacerlo; y Faye: No puedes impedírmelo, si yo quiero.

Luego, por fin, unos pasos resonaron en la escalera, se abrió la puerta y Roberta cayó de rodillas junto a Faye, que ahora había abierto los ojos.

—¡Faye, oh Faye, cariño, cómo has podido hacer esto, cómo has podido! —exclamó en un tono en el que se confundían el amor apasionado, la rabia, la exasperación, la incredulidad.

Alice se levantó y observó a Roberta que, suave, tiernamente, estrechaba a Faye contra su pecho, la besaba, la acunaba y luego se agachaba a besar las heridas de las muñecas, primero una, luego la otra.

Faye hundió la cara en el pecho de su amiga y se quedó así recostada, de vuelta en su hogar.

Roberta miró a Alice por encima de Faye. Le corrían las lágrimas por las mejillas.

Con razón, pensó Alice.

Roberta dijo:

—Mi madre está en coma, así que no pasa nada.

—Muy bien, entonces.

Alice recogió las ropas manchadas y, yendo a lo práctico, dijo:

—Philip ha dormido algunas horas, de modo que podrá ayudarte cuando lo necesites, pero yo ahora tengo que dormir.

Se fue a su habitación, donde no pudo dormirse, no hasta mucho después. En su cabeza iba reproduciendo mentalmente una y otra vez la escena de la infinita ternura de Roberta con Faye, la pasión del amor que había en su rostro cuando miró a Alice, la cara de Faye aplastada contra su pecho.

Cuando se despertó, estaba decidida a partir. Ya estaba harta, todo eso era demasiado para ella. Si Jasper quería tenerla a su lado, tendría que ir a buscarla. Y no, no dejaría ninguna dirección. Desayunaría y después se marcharía.

Pero, evidentemente, ya no era la mañana. Había dormido un día entero. Cuando bajó encontró a Philip dando cuenta de los restos de una olla de su sopa. Advirtió en él la hostilidad de la noche anterior, mitigada, modificada. Después de todo, Faye había sobrevivido. Sí, Alice sabía que Faye muy fácilmente habría podido no sobrevivir. Pero al menos la había mantenido lejos de las manos de la Autoridad.

Aguardó, indiferente, a que él le explicara algo que ya tenía pensado decir, que probablemente había estado elaborando mentalmente durante todo el día.

Le escuchaba a medias, con el pensamiento puesto en los trenes de esa noche, o del día siguiente, y con qué destino, cuando oyó su propio suspiro, y esto le hizo concentrar nuevamente toda la atención en Philip.

Sí, tenía un aspecto espantoso. Peor de lo que justificaba una noche en vela.

A pesar de trabajar desde las ocho de la mañana hasta entrada la noche y durante los fines de semana, sin embargo no había logrado cumplir lo prometido. La fecha que había dado para finalizar el trabajo había pasado y todavía le faltaba la pintura, varios días de pintar. El griego decía que Philip lo había engañado; que nunca habría contratado a una persona

sola para hacer ese inmenso trabajo de reforma y decoración, y mucho menos a un renacuajo como Philip. Si Philip no podía dejar terminado el trabajo en un par de días, él —el griego— lo consideraría un incumplimiento de contrato y Philip no cobraría la segunda mitad del dinero. (Sí, Philip se había visto anteriormente en la misma situación, pero no esperaba que le ocurriera también esa vez.)

Lo que quería Philip era que la comuna le ayudara. ¡Reggie no estaba trabajando! ¿Qué hacía Reggie durante todo el día?, le preguntó acaloradamente Philip a Alice. Ni siquiera intentaba encontrar trabajo. Se dedicaba a pasearse por los anticuarios y casas de subastas, buscando saldos. ¿Sabía Alice que la buhardilla se estaba llenando de muebles de Mary y Reggie, sin contar los que hubiera en la habitación contigua a su dormitorio? ¿Qué le costaría a Reggie ayudar a Philip durante un par de días?

—Pero ¿sabrá pintar como es debido? —preguntó casi mecánicamente Alice, y la mirada cohibida de Philip coincidió con la convicción que de pronto la abrumó; evidentemente, Philip quería que ella, Alice, fuera a ayudarle. Ella había pintado la mayor parte de esa enorme casa, y la había pintado deprisa y muy bien. Los comuneros habían comentado bromeando que un profesional no lo habría hecho mejor. Y la verdad era que en uno u otro momento de su pasado lo había hecho profesionalmente y no había recibido ninguna queja.

Su hostilidad contra ella, que Alice había sentido tan intensamente la noche anterior, se debía en parte a que ya hacía un tiempo que venía pensando en ello: Alice era la persona que podría resolver todas sus dificultades y, sin embargo, ella no parecía darse cuenta, se negaba a reconocer que él la necesitaba.

Alice se quedó muy callada, con la mirada baja, resguardándose de Philip mientras reflexionaba. ¿Por qué

esperaba él eso de ella? ¿Con qué derecho? La respuesta era bastante clara: él había hecho todo el trabajo en esa enorme casa, a cambio de una remuneración desorbitadamente inadecuada. Y era Alice quien quería que lo hiciera, a los demás en realidad no les importaba. Y ahora era Alice quien tenía que devolverle el favor. Oh, sí, veía claramente todo el razonamiento, comprendía la lógica, la justicia del asunto. Pero quería marcharse, quería largarse y desaparecer. Esa casa, por la cual había luchado, la vivía ahora como una trampa, dispuesta a entregarla otra vez a Jasper, de quien tenía que escapar. (Aunque solo fuera una corta temporada, se apresuró a añadir su pesaroso corazón.) Sin embargo, sabía que ayudaría a Philip, porque tenía que hacerlo. Era de justicia.

Dijo que lo haría, y vio convulsionarse todo el cuerpo de Philip, ese cuerpo de renacuajo, con unos breves sollozos. Tenía toda la cara iluminada, como si rezara.

Alice lo acompañó a dar un vistazo al local. Era enorme, no uno de esos pequeños cubículos abiertos a la calle con un mostrador por encima del cual se sirven unos cuantos pasteles o bocadillos. Una ancha barra, terminada pero sin pintar, ocupaba todo el centro de la sala y detrás había una amplia zona destinada a la cocina y la preparación de los platos. Los fogones, neveras, congeladores ya habían llegado y aguardaban el momento de ser instalados. Pero las paredes del fondo necesitaban un estucado. Las paredes de los otros tres lados no estaban mal, pero habría que limpiarlas antes de pintar. Por la cara que ponía Philip, Alice comprendió que había pensado hacer más en esas paredes de lo que ahora era su intención. Pondría la pintura antes de lo que, idealmente, debería hacerlo. Philip la observaba, aguardando su veredicto.

Pero, mientras ella vacilaba, consciente de que si un cliente buscaba una excusa para no pagar, o para pagar menos, ahí la tenía servida, notó la presencia de otra persona en el gran local

vacío y cuando se volvió vio al griego, el cliente de Philip. Nada más mirarlo, comprendió que Philip saldría estafado, hiciera lo que hiciese, y por mucho que ella le ayudase.

El tipo era una mala pieza, eso seguro. Sus ojillos negros refulgían llenos de la exagerada indignación propia de quien defiende una posición falsa, y en cuanto la vio, gritó:

—¡He dicho otro obrero, no tu amiguita!

Alice replicó en su mejor tono desapasionado:

—Está en un error. He hecho muchas veces esta clase de trabajo.

—Sí —bufó el griego con consciente teatralidad—, supongo que le has dado una mano de pintura a tu cocina.

—En cualquier caso —dijo Alice—, está pagando un precio muy por debajo de lo normal. Por lo que está pagando por este trabajo no está en situación de ponerse de ese modo.

No sabía cuánto había quedado en cobrar Philip, pero después de ver a ese hombre estaba segura de que no sería lo suficiente. Y sabía que con un tipo como ese había que ponerse tan flamenca como él.

Le volvió la espalda y se acercó a examinar una pared. Philip siguió su ejemplo y se puso a su lado. El griego fingió buscar algo en el mostrador, luego dijo:

—Os doy dos días de tiempo. —Y se marchó.

Pero Alice sabía que sería inútil. Sí, gracias a ella, Philip no perdería tanto; pero ese hombre no tenía la menor intención de pagar todo lo convenido.

En consecuencia, no le dijo a Philip que habría que rascar y limpiar a fondo esas paredes. Dijo que si Philip tenía un mono sobrante, empezaría enseguida; eran solo las diez. Él se dedicó a revocar y ella a pintar. Estuvieron trabajando toda la noche. En dos ocasiones pasó una pareja de policías, a ninguno de los cuales Alice conocía, y se asomaron a mirar. El griego pasó disimuladamente por delante del local una vez, creyendo que

no lo veían.

Al amanecer, Philip había terminado el revocado. Alice había dado una primera capa a las tres paredes y al techo.

Sabía que el griego entraría en cuanto se marchasen y encontraría defectos en todas partes.

Ella y Philip volvieron al 43 y allí encontraron a Jasper y Bert, comiendo huevos con beicon. Los dos tenían una expresión que a Alice no le gustó —esa fue su primera impresión, antes de que todos se deshicieran en sonrisas y abrazos—. Porque, evidentemente, al ver a Jasper todo cuanto había sentido hasta ese momento se esfumó; estaba contenta, se sentía completa, había sido solo media persona sin él. Y él estaba satisfecho; hasta la besó, rozándole ligeramente la mejilla con sus labios secos, sus brazos como un círculo de hueso, pero con una intención cálida, con una intención cariñosa.

Philip no se quedó con ellos, dijo que tenía que dormir dos horas. Miró implorante a Alice, pues ella había afirmado que eso era cuanto necesitaba antes de ponerse a trabajar de nuevo.

Pero ¡había llegado Jasper! Desde la puerta, Philip dirigió una última mirada a Jasper y en su rostro se dibujó la aceptación de lo inevitable, Jasper como una maldición, porque evidentemente ahora que él había regresado Alice no cumpliría su palabra...

Pero Alice la cumplió, aunque sabía que en ese momento, justo entonces, cuando Jasper acababa de llegar y todavía no habían empezado a configurarse las presiones procedentes de ella a las que él tenía que resistirse, era cuando podría tener ocasión de escuchar sus aventuras y que, pasada esa oportunidad, no conseguiría sonsacarle nada, solo secos síes y noes.

En los dos hombres se percibía algo: una fiebre en los ojos, una malsana excitación... ¿qué sería? Desde luego no se trataba

de nada relacionado con la vida sexual de Jasper, porque Bert no la compartía; pero Bert tenía la misma expresión. ¿Sería de rabia? De impaciencia, seguro. ¿Simple agotamiento? Tal vez. Dijeron que la travesía había sido mala y que llevaban varias noches sin dormir. Subirían a acostarse enseguida.

Alice les explicó lo que estaba haciendo y las convenciones de la vida en comuna o en una casa ocupada le aseguraron unas palabras de encomio por ayudar a un compañero.

No se ofrecieron para nada a echarles también una mano.

Los dos subieron juntos la escalera, una pareja, una unidad, cimentada por todas sus experiencias, de las que solo se habían prestado a decir que la gira no había estado mal, que el problema de la Unión Soviética era la burocracia; si los camaradas lograban resolver esa cuestión, incluso podría llegar a ser un placer viajar a su país.

¿Y después de la URSS? Se habían separado del grupo en Moscú para irse a Holanda. Había llovido sin parar.

Bert se metió en su saco de dormir al otro lado de la pared de Alice.

Jasper encontró su habitación del tercer piso ocupada con las cosas de Jocelin. Se escucharon fuertes golpes y un gran estrépito allí arriba: Jasper estaba arrojando al pasillo los muebles del cuarto contiguo al de Mary y Reggie. Alice comprendió que era eso, y por el ruido supo que Jasper era víctima de uno de sus arranques de furia, durante los cuales era capaz de levantar armarios y cajas de embalaje como si tuviera la fuerza de diez hombres juntos. Alice se durmió, con el despertador interno puesto para dentro de dos horas.

Y volvió a despertarse afligida, desesperada; no había manera de escapar a la necesidad de ayudar a Philip; y sin embargo, en el fondo tampoco podía ayudarlo. Y su único deseo era estar con Jasper.

El local del griego quedó terminado a medianoche. Dos capas

de pintura en todas partes. Hasta sobre el revocado; demasiado pronto. Todo demasiado rápido, precipitado. Correctamente terminado. Un trabajo realizado sin placer, al menos por parte de Alice.

A las doce de la noche, los tres se reunieron otra vez bajo los deslumbrantes focos de las lámparas de trabajo, ahora rodeados de paredes amarillo prímula, que el griego contempló una tras otra con desdén.

Todo sucedió tal como Alice había anticipado.

El trabajo no era lo bastante profesional, Alice era solo una aficionada y Philip un ladrón. Él, el griego, tendría que pagar a otra persona para que terminara el trabajo. (Evidentemente, los tres sabían que eso era mentira; los clientes solo verían una capa de reluciente y atractivo amarillo, que sin embargo pronto empezaría a descascarillarse.) Philip podía denunciarlo a la policía si quería, pero no le sacaría ni un penique más... y así continuó chillando, montando el número, señalando el techo, el revocado, con aspavientos despectivos, con encogimientos de hombros que expresaban su desespero con la raza humana, mientras ponía en blanco los ardientes y resentidos ojillos negros.

Alice le salió al paso con palabras frías y acaloradas. Se pelearon. Philip, blanco como una cáscara de huevo, intervino tartamudeando. Al final, Philip recibió dos tercios de lo convenido.

A la una de la madrugada, Alice y Philip cargaron las escaleras y caballetes para sacarlos de la tienda, conscientes de que se los confiscarían si los dejaban allí. Alice montó guardia mientras el pequeño Philip recorría trastabillando el kilómetro hasta su casa con una escalera tres veces más alta que él, para volver luego con Bert y Jasper, que habían acudido a ayudarle porque no les quedaba más remedio. Había sacado a Bert de su saco de dormir.

El material de Philip quedó almacenado a buen recaudo en el cuarto de abajo, el cuarto de Jim, y Philip se quedó allí con sus cosas, en un estado de indignada desesperación.

Bert volvió a acostarse. Sonriente y amable, como una recién casada, Alice le dijo a Jasper que le gustaría mucho que se sentara a acompañarla mientras comía. Casi no había comido en todo el día. Él dijo secamente que sí, que quería hablar con ella de algo. Pero que podía esperar hasta el día siguiente. Y desapareció escaleras arriba y se fue a dormir.

Alice lo imitó, sin comer; se sentía arrastrada a través de una cascada, o hacia el fondo de un abismo, pero no sabía por qué.

El hambre la despertó temprano, y estaba en la cocina comiendo cuando entró Philip, con los ojos enrojecidos y fuera de sí. Estaba furioso, dictaminó Alice. Se había transformado simplemente en otra persona.

Probablemente no había dormido, desvelado por los pensamientos que había estado alineando, listos para exponérselos en cuanto consiguiera encontrarse a solas con ella.

Se sentó, pero apenas, a punto de levantarse de un salto para subirse a la cresta de cualquier ola de la discusión. Sus puños cerrados reposaban uno junto a otro delante de ella.

Le habían hablado de otro trabajo, una tienda que acababa de inaugurarse. Podía conseguirlo, pero tendría que empezar dentro de uno o dos días. Sería inútil trabajar solo. Necesitaba un socio, seguro que Alice ya lo entendía, ¿no? ¡Alice debería asociarse con él! Formarían un equipo estupendo. ¡Ella pintaba tan bien, era tan cuidadosa y tan rápida! No habría trabajo que no pudieran afrontar entre los dos. Al fin y al cabo, ¡Alice no hacía nada en todo el día!

Se lo dijo gritando porque sabía que ella se negaría, y ya sentía el despecho del rechazo. Diríase que la estaba amenazando, en vez de sugerirle una asociación.

—Todos vosotros —chilló— nunca levantáis ni un dedo, nunca hacéis nada, parásitos, mientras las personas como yo se ocupan de que todo funcione... —Parecía a punto de echarse a llorar, su voz sonaba dolida por la traición—. Dicen que hay tantos parados, tanta gente que busca trabajo, pero ¿dónde están? Yo no encuentro a nadie que quiera trabajar conmigo. ¿Qué me dices, Alice? —preguntó agresivo, acusador.

Ella, evidentemente, le respondió que no.

Entonces él le gritó que solo se preocupaba por ella misma, «igual que todos los demás». Por su culpa habían despedido a Jim de su trabajo y no había vuelto a pensar en él desde entonces. ¿Dónde estaba Jim? Alice no lo sabía ni le importaba. Y Monica... oh, sí, sabía todo lo sucedido, lo había oído, había mandado a Monica en balde a una casa vacía, seguramente esa era su idea de una buena broma. Faye podría haber muerto, visto lo que estaba dispuesta a hacer por ella, ni siquiera había querido avisar a una ambulancia. Y tampoco le importaba qué pudiera ocurrirle a él, Philip, ahora que ya lo había exprimido al máximo, le había hecho trabajar noche y día por una miseria, y ahora que ya tenía su casa, le daba igual que él, Philip, estuviera en un aprieto.

Y continuó despotricando, casi llorando, y Alice comprendió que si se hubiese levantado y lo hubiese abrazado, se habría derrumbado en sus brazos como un montoncito de palillos, diciendo: «Lo siento, Alice, perdóname, no quería decir eso, por favor, ven a trabajar conmigo y seremos socios».

Pero no lo hizo; se limitó a permanecer ahí sentada pensando que las ventanas estaban abiertas y que si Joan Robbins estaba en el jardín, lo oiría todo.

La furia de Philip se disolvió en el silencio y la tristeza. Se quedó sentado con la mirada fija, no en ella, sino en cualquier cosa excepto ella. Después salió corriendo del cuarto y de la casa.

Alice se quedó esperando a que se despertara Jasper. Tenía la impresión de haberse pasado una buena parte de su vida haciendo lo mismo. Volvió a decirse: Pero me marcharé, simplemente desapareceré. Tengo que hacerlo. No, no de modo definitivo, pero necesito estar sola una temporada.

Sin darse cuenta, se encontró de pie abriendo la nevera, hurgando en los armarios. Prepararía una de sus sopas. Pero como había estado trabajando con Philip, en la casa había muy poca cosa. Fue a la tienda, compró comida, se entretuvo con los preparativos y se sentó junto a la mesa mientras iba desarrollándose su sopa. El gato apareció en el alféizar, maulló al otro lado del cristal; Alice lo hizo entrar, le ofreció algunos restos. Pero no, el gato no tenía hambre, probablemente Joan Robbins o alguna otra persona ya le había dado de comer. El animal buscaba compañía. No quiso sentarse en la falda de Alice, sino que prefirió tumbarse en el antepecho de la ventana y se desperezó. La contempló con sus ojos de vagabundo y emitió un leve sonido, un gruñido o maullido de saludo. Alice se echó a llorar en un apasionado arranque de gratitud.

Fue pasando la mañana. Cuando Jasper se despertase, se lo explicaría: unas cortas vacaciones, eso necesitaba.

A mediodía, Bert y Jasper bajaron juntos, riendo porque los había despertado el olor de la sopa de Alice. Su humor furibundo, o rebelde, o lo que fuera, parecía haberse evaporado con el cansancio.

Parlanchines, llenos de camaradería, le ofrecieron pequeñas anécdotas del viaje y alabaron su sopa. Alice los observaba distraída. Ellos no tardaron en captar su estado de ánimo y en cierto momento incluso intercambiaron una mirada que decía «mamá está enfadada», que les valió una sarcástica sonrisa de ella.

Renunciando a todo intento de apaciguarla, Bert anunció:

—Hemos decidido que va siendo hora de que tengamos una

discusión a fondo sobre la política que seguir, camarada Alice. Solo los auténticos revolucionarios, no la escoria.

Descubrió sus preciosos dientes blancos y sonrió burlón. Alice fingió que no lo notaba. Jasper también se inclinó sonriente hacia ella y dijo:

—Habíamos pensado que podría ser esta noche. O mañana por la noche a más tardar. Pero la cuestión es: ¿dónde? Mary y Reggie no deben enterarse. ¡Ni Philip tampoco! —También él sonrió con desdén.

Los dos parecían haber adquirido un nuevo estilo bastante efectista, pensó Alice tras un desapasionado examen.

—¿Y en qué categoría incluiréis a Faye? —preguntó con auténtico interés—. ¿Entre los serios o no?

Sus caras parecieron ensombrecerse; sí, estaban al corriente de la tentativa de suicidio, pero en realidad no se habían parado a pensar demasiado en ello.

—Bueno —respondió Bert dudoso—, supongo que tendrá fuerzas para participar, ¿o no?

Alice se rió. Con una risa que a ella misma le sorprendió, tan natural y hasta alegre sonó. Esos dos empezaban a resultarle graciosos, de tan estúpidos.

—Si queréis convocar una reunión, entonces por qué no la convocáis —dijo con indiferencia. Se levantó y fue a ocuparse del caldero de sopa, al que añadió más guisantes secos, sal y después agua. Había observado que el apetito de Jasper y Bert no había disminuido.

Cuando se volvió, los encontró sentados desconsolados, cara a cara, pero sin mirarse. Y sin mirarla tampoco a ella. Alice comprendió que estaban meditando que su enfado con ellos estaba justificado, que había sido tonto no tenerlo en cuenta. Y también que su rechazo venía a sumarse a una sucesión de rechazos.

Estuvo a punto de ablandársele el corazón.

—Lo siento —le dijo a Jasper—. Desapareces así sin más, con toda clase de mentiras. Y después te presentas tranquilamente... Lo siento.

Se dirigió a la puerta y Jasper se plantó a su lado. Alice sintió la frenética presión de su mano sobre su muñeca; era cuanto sabía hacer para recuperarla. Soltó la mano con bastante facilidad y repitió:

—Lo siento, Jasper. —Y salió.

Ya al otro lado de la puerta, aflojó un poco el paso y añadió:

—Avisadme cuando convoquéis la reunión.

Se disponía a subir, con la idea de dormir un rato y después telefonear quizá a su antigua comuna de Halifax. Unos días allí, y volvería a ser la de siempre.

Pero alguien llamó, con fuerza e insistentemente, a la puerta de entrada y Alice fue a abrir, preparada para encontrarse con la policía, pero era una mujer a quien no conocía y que dijo apresuradamente:

—Soy Felicity, vivo aquí cerca, ya sabes. La amiga de Philip. Han telefoneado del hospital. Philip ha tenido un accidente. Quieren que alguien le lleve algunas cosas.

Y se disponía a dar media vuelta con una sonrisa, cumplido ya su deber, pero Alice le preguntó:

—¿No irás tú? —Como diciendo: ¿No es responsabilidad tuya?

—Sí, iré a verlo —respondió Felicity en un tono bastante vago—. Pero no ahora mismo. Sus cosas están aquí, ¿verdad?

Durante todo ese tiempo, Felicity había funcionado como un anexo del 43, pero nadie lo habría dicho a juzgar por su actitud. Era una mujer bajita, enérgica, autoritaria, tan competente como Alice a la hora de no dejarse avasallar. Y le estaba indicando que no tenía intención de hacerse responsable de Philip.

Alice recordó a Philip esa mañana, furioso y lastimoso.

—Bueno —dijo—. ¿Está muy mal?

—No ha muerto. Podría haber ocurrido. Tuvo suerte. Unos cuantos huesos rotos. —Felicity sonrió y se apresuró a marcharse.

Alice subió al cuarto de Philip. Sobre unas estanterías bien pintadas estaban sus ropas, cuidadosamente ordenadas. Localizó tres pares de pijamas, verde, azul y marrón, uno encima de otro, una bata colgada de una percha detrás de la puerta, un cepillo de dientes y una toalla colgada a secar en la ventana; jabón, una maquinilla de afeitar eléctrica. Se puso en marcha; a Jasper y a Bert solo les anunció a través de la puerta de la cocina que se iba al hospital, sin mencionar a Philip. No quería oírles quitar importancia al accidente a ninguno de los dos, como habían hecho con las venas abiertas de Faye. Era inquietante, y Alice lo sabía. Significaba algún tipo de final para Philip. Era evidente que se había dejado atropellar, o lo que fuera que hubiese ocurrido, porque tenía necesidad de subrayar su situación. De quedar imposibilitado; de hacer visible su impotencia.

Pero en el hospital Alice descubrió que la cosa era más grave de lo que le había dicho Felicity. Un hombro fracturado. Una rótula fracturada. La muñeca izquierda fracturada. Magulladuras. Pero también tenía una fractura de cráneo. Dentro de unos instantes lo bajarían por segunda vez al quirófano. Sospechaban alguna lesión interna. Mientras tanto, estaba inconsciente. Puesto que Alice había declarado que, por lo que ella sabía, Philip no tenía familia, o si la tenía, ella no podía facilitarles su dirección, la enfermera de guardia inscribió su nombre en la ficha como pariente más próxima. ¿Su teléfono? Pero Alice, decidida a no dejar que Felicity se desentendiera del todo, dijo que en caso de urgencia debían telefonearle a ella. Además, en el 43 no había teléfono.

Después se asomó a la puerta, sin saber qué esperar, porque

no había visualizado nada, y vio un elevado artilugio inclinado en el centro de un cuarto, como una máquina, con poleas y palancas y ruedecitas y tubos, y encima, medio sentado, pero desplomado e inerte, estaba Philip, todo cubierto de vendajes y envolturas. En realidad, lo único que se le veía era la cara: blanca como la de un muerto, venas azules sobre los céreos párpados, labios blancos con una especie de tintura seca de color rosado en las comisuras. Parecía más que nunca un pequeño gnomo, una criatura inhumana, y Alice con la enfermera de guardia pegada a la espalda, se quedó allí paralizada e impotente, sin poder moverse. Se dijo que eso era lo que les ocurría a los marginados, a las personas que se aferraban solo a duras penas a la existencia. Cometían un desliz; ocurría cualquier cosa en apariencia muy insignificante, como lo del griego, pero el suceso formaba parte de una curva descendente de su vida y de pronto todo se acababa: perdían pie y se hundían. Philip había perdido pie.

Alice miró a la enfermera con cara tan alterada que la otra le preguntó:

—¿Se encuentra bien? —Con deliberada indiferencia, porque no quería tener que ocuparse de Alice—. Vaya abajo y pida una taza de té. Siéntese un rato —dijo la enfermera.

Su expresión indicaba que estaría dispuesta a preocuparse por ella si manifestaba síntomas que lo justificasen, pero Alice dijo:

—No es nada.

Observó cómo la enfermera se acercaba a Philip y se quedaba examinándolo atentamente durante casi un minuto. Por alguna razón, ante esta prolongada, detenida observación Alice lo comprendió todo. Dio media vuelta y huyó corriendo por los pasillos, se detuvo a esperar el ascensor y después bajó en él, pero sin saber por qué estaba haciendo todo eso. No paró de lloriquear todo el rato, con la mirada fija al frente... fija en

la cara moribunda de Philip.

Y entonces cayó en la cuenta: Philip ya había llegado a un punto muy bajo de esa curva antes de pedirnos si podía quedarse a vivir con nosotros. Creíamos estar ante una persona que había iniciado una curva ascendente, con un nuevo negocio, todo un futuro por delante, pero no era así en absoluto. Probablemente, lo que le dio el golpe de gracia ni siquiera fue el griego, no fue él quien le hizo perder pie; fue cuando Felicity lo echó de su casa. (Alice sabía ahora que había sucedido así, por la actitud de Felicity.) ¿Quizá mucho antes aún? De pronto Alice lo comprendió. Todo apareció perfectamente claro, como en un gráfico. No era que Philip hubiese «perdido pie». Nunca había conseguido pisar sobre terreno firme.

En algún momento no había ocurrido algo que debería haber ocurrido; un profesor o alguna otra persona debería haber dicho: Este Philip Fowler tiene que ser artesano, tiene que hacer un trabajo a pequeña escala, delicado y minucioso; tenemos que prepararle para eso. ¡Fijaos con cuánta perfección hace las cosas! Es incapaz de doblar una camisa o disponer unas patatas fritas y un trozo de pescado en un plato sin convertirlo en un cuadro.

No había ocurrido. Y Philip había empezado a trabajar para una empresa constructora, como todas las personas sin formación. Fue pintor en una empresa constructora, perdió un empleo tras otro hasta que se dijo: Me instalaré por mi cuenta.

La implacabilidad del proceso. El jodido asqueroso horror de todo ello…

Después Alice no recordaría cómo había vuelto a la casa desde el hospital.

En la cocina, Roberta nada más verla sacó su medicina: la atiborraron de coñac y Roberta la cogió por la cintura y ayudó a la pesada muchacha saturada de alcohol a subir la escalera, la

metió en el saco de dormir, corrió las cortinas.

Alice estuvo durmiendo mientras se producían los dos acontecimientos de la tarde.

El primero fue la aparición del policía sádico de la comisaría acompañado de una mujer policía por un asunto relacionado con un coche robado. Jasper y Bert estaban en casa y las cosas no fueron bien, sin duda todo habría acabado con violencias y detenciones, pero por fortuna aparecieron Mary y Reggie y se enfrentaron con los policías en su mismo lenguaje, en sus mismos términos. Pero después Mary y Reggie estuvieron distantes, los miraron con desaprobación y dijeron que en realidad no había ninguna necesidad de tener problemas con la policía si uno sabía cómo tratarlos. «Y si uno hace lo que debe, naturalmente», era el comentario implícito.

Se fueron arriba, pero Reggie volvió a bajar casi de inmediato para preguntar si Jasper y Bert en realidad sabían algo del coche robado.

—Somos revolucionarios —replicó furioso Bert—. No ladrones.

Luego, más tarde, pasadas las doce, compareció otra vez Felicity para avisar que habían telefoneado del hospital. Philip había muerto. Estaba muy alterada, según le contaron a Alice al día siguiente. Tuvieron que invitarla a entrar y hacerle tomar un poco de la sopa de Alice y del coñac de Roberta.

Alice no se enteró de nada de esto hasta el día siguiente. A media mañana. Estaban todos en la cocina, con el sol que entraba por la ventana y el gato sentado en el alféizar. Su primer comentario fue:

—Se hundió deprisa, ¿verdad? —Mientras contemplaba mentalmente a un pequeño ser destrozado, algo así como un pájaro o un insecto, que intentaba aferrarse a una brizna de

paja, a una ramita, y después se soltaba.

Los demás no lo entendieron, pero Faye dijo, con una fría sonrisa:

—Ha tenido suerte Philip.

Mary dijo que Philip le había parecido una persona inestable.

Alice comentó que, si la policía había escogido esa casa como un lugar donde ir a divertirse un rato, resultaría imposible vivir allí. Los demás naturalmente se quedaron mirándola con curiosidad; la indiferencia con que lo había dicho, ahí estaba la cosa.

Después Alice se levantó y se fue arriba, apoyó la escalera portátil de Philip contra la pared, subió a la buhardilla y se detuvo bajo las grandes vigas podridas, enfocándolas con la linterna. Mientras pensaba, o intentaba pensar, intentaba obligar a su mente, o a su comprensión, a aceptar ese hecho: que Philip había resuelto todos los demás problemas de la casa, todas las amenazas y peligros. Pero no había afrontado esa amenaza, la principal, no había podido hacerlo. Debido, sencillamente, a su tamaño. Porque él no era gran cosa, solo un puñado de frágiles huesos y una fina capa de carne. Alice contempló mentalmente al tipo de hombre capaz de retirar esas dos vigas podridas para reemplazarlas por otras. Un hombre alto y fornido (lo veía claramente), que levantaba a hombros las vigas para colocarlas en su sitio. Sin esfuerzo. Acatando sumisa la arbitrariedad, la frivolidad de la vida, pero sin comprenderla, volvió a bajar y anunció que si no se ocupaban de esas vigas, la casa empezaría a derrumbarse, comenzando por arriba. Se sentó en la silla que había ocupado antes de subir a examinar las vigas, a un lado de la mesa. A los dos extremos, como una madre y un padre, estaban Mary y Reggie, que irradiaban desaprobación. Sabían que era así, pero ignoraban que también estaban llenos de pánico.

—Es evidente que habrá que arreglar esas vigas —dijo Mary.

Jasper y Bert, Faye y Roberta, que la habían estado observando arreglar las cosas durante varias semanas, se volvieron todos al unísono a mirar a Alice, esperando posiblemente que dijera: «No hay problema, ya lo he solucionado». Jocelin y Caroline se mantuvieron al margen.

Alice comentó:

—Oh, ¿así que ya habéis encontrado un piso?

Desconcertada, ofendida incluso, Mary respondió:

—Sí, pero ¿cómo...?

Y Reggie:

—Pero no se lo hemos dicho a nadie aún, todavía no es definitivo.

—Y por tanto —dijo Alice—, esta casa vuelve a estar en la lista, ¿verdad?

—No para su demolición —dijo Mary—. Todos reconocieron que había habido un error. Las dos casas, esta y la del número cuarenta y cinco, serán reconvertidas. Pero de todos modos no es nada inmediato. En cualquier caso, tendréis tiempo de sobra para encontrar otro sitio.

—Para encontrar otro *squat* —dijo amablemente Reggie.

Una vez más, los otros miraron a Alice, que había invertido tanto en esa casa, y nuevamente parecieron sorprenderse de su indiferencia.

Alice estaba examinando muy abiertamente a Mary y a Reggie, pues necesitaba saber qué había ocurrido. Podía verlos a los dos, sentados uno al lado del otro en su cama de matrimonio, hablando de todos ellos, con idénticas expresiones escandalizadamente críticas. Jim. La tentativa de suicidio de Faye. Ahora Philip. Alice comprendió que debían de haberse sentido atrapados entre lunáticos. En fin, no tenía importancia, habían salvado esas dos buenas casas y un montón de personas habían hallado un refugio durante una temporada.

—¿Has encontrado un empleo? —preguntó Alice, segura de

que Reggie ya lo tenía.

Impaciencia, una vez más; porque evidentemente a las clases medias no les gusta ser tan transparentes.

—La verdad es que sí —respondió Reggie—. En una empresa nueva, en Guildford. Evidentemente, es arriesgado, con el índice de fracasos que presentan las nuevas empresas en estos momentos. Pero es un proyecto interesante, puede que tenga éxito.

El hecho de que no dijera de qué se trataba significaba, pensó Alice, que el «proyecto» era alguna cosa que ellos, los demás, criticarían. Productos químicos; Reggie era químico. Bueno, no tenía fuerzas para tomarse la molestia de interesarse por el asunto.

Reggie se levantó. Mary se levantó. Sonrisas generales. Pero lo que sentían era alivio: el lenguaje del cuerpo. Estaba escrito en toda su persona. Habían considerado, Mary y Reggie, que debían sentarse un rato con los demás, a causa de la muerte de Philip, y ahora pensaban que ya era suficiente y podían volver arriba y continuar con sus vidas de personas sensatas. Ellos sí que no perderían pie en la vida y no resbalarían hasta desaparecer, tragados por alguna cloaca.

Es curioso, pensó Alice. De habernos visto sentados alrededor de esta mesa, tres semanas atrás, pongamos por caso, a todos nosotros, nadie habría dicho que Philip iba a perder pie. ¿Jim?, sí. ¿Y Faye...? Alice procuró no mirar a Faye, pues sentía que una mirada en ese momento sería como una condena o una sentencia. Ella, Alice, veía el cuarto lleno de fantasmas. El pobre pequeño Philip, que se había esforzado tanto, había sido tan caballeroso... No era justo.

En fin, pronto, cuando Reggie y Mary se marcharan, quedarían muy pocas personas en la casa. Jasper y Bert y ella misma. Caroline y Jocelin. Faye y Roberta. Siete. Pat ya no estaba. Jim ya no estaba. Philip ya no estaba. El camarada

Andrew... desaparecido en alguna parte. En ese estado de ánimo, hasta la chica-ganso le pareció a Alice una buena y vieja amiga que le habían arrebatado. De acuerdo, podían quitarles esa casa; ¿por qué no?, ella no pensaba darle importancia. Sabía que había adoptado «su expresión»; notaba los ojos de Jasper fijos en ella. Para evitar su mirada, se levantó e inició los preparativos de otro caldero de sopa.

—Camarada Alice —dijo Bert en su tono político—, ahora estamos todos. Habíamos decidido celebrar una reunión cuando nos interrumpieron Reggie y Mary.

—Oh, ¿y pensabais molestaros en avisarme? —preguntó Alice. Pero volvió a sentarse, mientras tomaba nota de que Bert y Jasper se habían situado a los extremos de la mesa.

Media tarde. Lucía el sol. Joan Robbins podaba su seto con unas anticuadas tijeras. *Clac, clac, clac*, a intervalos regulares que mantenían en vilo los oídos. En el jarrón, encima del taburete, algunas rosas tempranas. Amarillas. El gato, tumbado en el alféizar de la ventana al otro lado del cristal, miraba hacia el interior. Bert comenzó a hablar:

—A la vista de las observaciones realizadas en Moscú y de posteriores discusiones, Jasper y yo hemos llegado a la conclusión de que deberíamos formular una nueva política. Evidentemente, será preciso discutir en detalle todas sus implicaciones. Sin embargo, y a modo de indicación de la .dirección en que apuntan nuestras conclusiones, hemos preparado una formulación provisional: que los camaradas presentes consideran que no hay motivo alguno que aconseje la aceptación de directrices procedentes de Moscú.

—O de cualquier otra fuente ajena a la organización —añadió Jasper.

Bert se inclinó hacia delante y les dirigió una mirada desafiante que abarcó a todas.

—Estoy de acuerdo —dijo Caroline. Estaba pelando una

naranja y se chupó el zumo de los. dedos—. Te apoyo totalmente.

—Yo también —repitió en el acto Jocelin.

—Sí, claro —dijo Roberta—, pero desde luego no fue idea nuestra, ¿no? Quiero decir, de Faye y mía.

—Muy bien dicho —intervino Faye—. ¿A quién se le ocurrió liarnos a todos con el repelente camarada Andrew y sus maquinaciones? Fuiste tú, camarada Bert, y tú, camarada Jasper. —Había hablado en su estilo BBC, y esto, como de costumbre, les causó un sobresalto después de sus habituales coqueteos con el lenguaje. Su voz sonaba fría y llena de odio.

Bert y Jasper se quedaron desconcertados. La violenta decepción sufrida en Moscú se había calmado a base de discusiones sobre la política que seguir, sobre «formulaciones», y teorizando habían perdido de vista la historia inmediata. Alice advirtió que en verdad tenían que hacer un esfuerzo para recordar.

Bert, que no estaba dispuesto a renunciar a los placeres de las «implicaciones», dijo:

—Pero es esencial analizar la situación. O, al menos, aconsejable —rectificó mansamente.

—¿Por qué? —dijo Jocelin.

—¿Por qué? —preguntó Faye.

Silencio.

Alice dijo diplomáticamente:

—Hay unas cuantas cosas que quisiera saber antes de que dejemos este tema.

Faye suspiró. Con exageración. Tenía que hacer un esfuerzo para permanecer allí sentada con todos los demás. Estaba muy pálida. Solo parecía conservar alguna vida en el pelo brillante que orlaba con sus bonitos ricitos y ondas su cara vacía de expresión.

—A mí me gustaría saber cómo llegó a liarse la casa de al

lado, el número cuarenta y cinco, con los malditos rusos —dijo Faye.

—Buena pregunta —dijo Caroline, mientras iba formando pequeñas pilas de piel de naranja con sus sólidos dedos blancos en los que brillaban varios anillos.

—¿Lo sabe alguien? —insistió Alice.

—Jocelin lo sabe —dijo Caroline.

Jocelin se encogió de hombros como si el asunto la irritara.

Todos la miraron. No resultaba fácil mirarla. Y no por su apariencia, que no llamaba en absoluto la atención. Era una rubia corriente, sobre todo en contraste con la bonita Faye, tan delicada y tan fina, siempre exhibiéndose de uno u otro modo. A Jocelin no le importaba ser admirada y ni siquiera deseaba ser vista. Sus fríos ojos verdes lo observaban todo y siempre estaba malhumorada, como si una indignación general se hubiera apoderado de ella en algún momento y hubiese llegado a creer que esa era la forma habitual de enfrentarse al mundo.

Esa hostilidad no resultaba fácil de soportar y la gente tendía a no mirarla a la cara, para concentrarse en sus manos, que eran finas, con largos dedos diestros, o en sus ropas, con la esperanza de encontrar algo de interés en ellas. Pero Jocelin siempre llevaba tejanos y un jersey.

—Ocurrió así —dijo Jocelin—. Por lo que yo sé. Había una casa en Neasden que funcionaba muy bien como centro de reparto, para algunas semanas. Nadie esperaba poder usar el mismo lugar durante más tiempo. Pero de pronto la policía dio con la pista. Hubo un chivatazo. O algo.

Jocelin encendió un cigarrillo y Alice comprendió que con eso intentaba ganar tiempo para poder decidir exactamente cuánto quería revelar.

—¿Reparto de qué exactamente? —insistió Alice.

—Lo mismo que pasaba por la casa de al lado, por el cuarenta y cinco. Folletos de propaganda sobre todo. Pero

también material.

Alice observó que esta palabra para enterados había provocado agradables estremecimientos a Bert y a Jasper, que se inclinaron al unísono, sin saber que lo hacían, para mirar intensamente a Jocelin. Y luego, al darse cuenta de lo que estaban haciendo, desviaron incómodos la mirada y disimularon.

—Era cuestión de encontrar algún otro sitio, y pronto. Muy pronto. Alguien dijo que el número cuarenta y cinco estaba desocupado. Solo necesitaban un lugar durante dos días. Eso parecía.

—¿Quién lo necesitaba? —preguntó torpemente Bert.

—El camarada Andrew, naturalmente —dijo Caroline en tono brusco y desaprobador.

—Sí —dijo Jocelin—. Se había estado encargando de organizar el envío de material de propaganda. En general, para el IRA. Impreso en Holanda, en general. Y también... otras cosas. Algunas peliagudas. Muy peliagudas. —Al decir esto, les dirigió una fría sonrisa, pero con los labios apretados, y todos se sonrieron incómodos y rehuyeron su mirada.

—Pero la casa no estaba desocupada —dijo Caroline—. Yo solo había ido a pasar un par de días fuera. Cuando volví, encontré dos cuartos llenos hasta los topes. Y después apareció la camarada Muriel y a continuación el camarada Andrew. —Caroline se rió, sinceramente. Todos la imitaron aliviados. Menos Jocelin, que los contempló uno tras otro con sus verdes ojos, mientras esperaba que la dejaran continuar.

—Al parecer, no resultaba fácil encontrar otra casa adecuada —dijo Jocelin—. No se encontraba ningún sitio verdaderamente seguro. Mientras tanto, continuaron usando el cuarenta y cinco. Tenían toda clase de trucos para ir saliendo del paso. En cierto momento hubo cuatro cubos llenos de octavillas tapadas con basura en el jardín. Más de una vez

trajeron bolsas de basura de plástico con material. Pero la cosa no podía continuar de ese modo. Entonces, de pronto, se marcharon la mayor parte de los camaradas de esa casa y la camarada Alice se instaló aquí. —Jocelin sonrió, pero sus ojos parecían compactas piedras verdes—. La combinación de extraordinarios talentos de la camarada Alice fue un regalo del cielo. Al parecer, la camarada Muriel y el camarada Andrew estaban a punto de seguir vuestro ejemplo intentando conseguir una ocupación concertada con el Ayuntamiento para el número cuarenta y cinco. Pero lo pensaron mejor; corrían el riesgo de recibir todo tipo de visitas del Ayuntamiento y los paquetes seguían llegando, a cualquier hora del día o de la noche, y también venían a recogerlos. No, decidieron que sería suficiente contar con una respetabilidad tan perfecta en la casa vecina. Y, por añadidura, con una funcionaria del Ayuntamiento en la casa. Mary Williams vino a vivir aquí. Y luego incluso se celebró un congreso de la UCC. —Se rió dejando bien claro lo que pensaba de la UCC, y tal vez de ellos también.

—Pero ¿y cómo te liaste tú con todo esto? —preguntó Faye —. El camarada Andrew te gustaba tan poco como a nosotros.

—Yo no he dicho que no me gustara —dijo Jocelin—. Gustarme... ¿a quién le importa eso? Y no tuve nada que ver con el camarada Andrew, ni con ninguno de sus manejos. Decidí venirme a vivir aquí porque Muriel me dijo que queríais trabajar con el IRA.

Y volvió a mirarlos, lentamente, uno tras otro, tomándose su tiempo.

—Eso es lo que a mí me interesa —dijo quedamente—. Pero en cuanto a Moscú, el KGB y todo eso, no me interesa... pero todo eso ya es historia pasada, ¿no?, ahora que Andrew se ha ido. Dondequiera que haya ido. Y no me gustaría estar en su pellejo.

—No —dijo Caroline—. No.

Alice se sintió dolida por el camarada Andrew. Algo parecía lamentarse quedamente dentro de ella, en su pecho. Conque ese sería el fin del camarada Andrew. ¡No les importaba lo que pudiera sucederle! ¡Ni si jamás volvían a verlo!

Jasper estaba diciendo:

—¿Por qué? ¿Cómo? No entiendo qué queréis decir.

Y Bert:

—¿Qué hizo?

Ninguna les respondió. No valía la pena. El camarada Andrew no merecía que se tomaran esa molestia. Había desaparecido. Se había esfumado.

—Bert y yo estuvimos en Irlanda —dijo acaloradamente Jasper (fue como un estallido)—. Vimos a los camaradas. No parecían demasiado interesados.

—Eso he oído —dijo pausadamente Jocelin—. Sí, estoy enterada de eso. Pero ¿y qué? ¿Quiénes son los del IRA para decirnos lo que tenemos que hacer en nuestro propio país?

Bert se rió quedamente y se le vieron los dientes blancos. Jasper también se rió; y Alice sufrió al oírlo, pues esa risa le daba la medida de cuán dolido se había sentido, cuán desconcertado por la negativa de Moscú a tomárselo en serio, después de la negativa de Irlanda. La risa de Jasper era burlona y orgullosa, estaba recuperando la confianza a toda velocidad y miró a su alrededor observándolos a todos, sintiéndose justificado.

—Espléndido —dijo Faye—. Por fin. Por mi parte, debo decir que todos acabáis de ver la luz. Nosotros tenemos que decir qué haremos y somos nosotros quienes nos encargaremos de hacerlo. No tenemos que pedir permiso a ningún extranjero. —Seguía hablando en su tono correcto y distante.

—Absolutamente de acuerdo —dijo Roberta.

—Entonces queda decidido —dijo Alice—. Ahora solo tenemos que acordar un plan.

En ese momento alguien llamó a la puerta de entrada. Alice fue a abrir y volvió en compañía de Felicity. Sucedía que, siendo Alice la «pariente más próxima» de Philip, tenía que ir al hospital a ocuparse de los trámites. Felicity no quiso sentarse; no quería, y todos lo notaron, verse obligada a hacerse cargo de las cosas de Philip.

—¿Por qué yo, Felicity? ¿Por qué no tú? —preguntó enfadada Alice.

—Mira —dijo Felicity—. Philip se vino a vivir a mi casa porque estaba en un aprieto. Desesperado. Por lo que a mí respecta, era solo una persona que no tenía dónde vivir.

—Pero debe de tener familia, o a alguien.

—Tiene una hermana en alguna parte.

—Pero ¿dónde?

—¿Cómo voy a saberlo? Nunca me lo dijo.

Las dos mujeres se miraron fijamente, como si estuvieran enzarzadas en una dura pelea. Dándose cuenta del aspecto que debían de tener, empezaron a buscar excusas. Felicity dijo:

—Cuando le dije a Philip que podía quedarse, creí que sería por un fin de semana, una semana. Estuvo más de un año en mi casa.

Alice comprendió que ella tendría que encargarse del asunto y dijo con resentimiento:

—Muy bien, de acuerdo.

Una vez conseguido lo que quería, Felicity empezó a estar «amable», declinó una taza de té con muchas disculpas precipitadas y salió de la casa con muchos aspavientos.

—Pobre Alice —comentó Roberta—. Yo te acompañaré. —Y Alice se echó a llorar.

Todos la miraron desconcertados.

—Naturalmente que llora —dijo Roberta—. Claro que sí. Está cansada. —La rodeó con el brazo y la condujo hacia la puerta —. No hagáis nada que nosotras no hubiésemos hecho mientras

estemos fuera —dijo bromeando dirigiéndose a todos en general, pero tenía los ojos puestos en Faye, la cual, sintiéndose traicionada, inclinó la cabeza hacia atrás y se negó a mirarla.

Las dos mujeres estuvieron varias horas en el hospital, firmando impresos, hablando con los funcionarios correspondientes. Alice aceptó ocuparse de solicitar un certificado de defunción. Quedó de acuerdo para revisar las pertenencias de Philip con un funcionario del Ayuntamiento que acudiría al día siguiente a la casa.

A medianoche, Roberta la metió en la cama con una taza de chocolate caliente y dejó bien claro que ella ya había cumplido; no se sentía obligada a hacer nada más por Philip, aunque lo habría hecho si Faye no la necesitara tanto.

Alice se pasó la mañana intentando conseguir el certificado de defunción y la tarde revisando las pertenencias de Philip, con el funcionario. Fue un asunto terriblemente doloroso. Philip tenía algo de ropa y unas quinientas libras en la caja postal, que servirían para pagar el funeral.

En cuanto a sus escaleras y herramientas, Alice no las mencionó, de modo que eso, al menos, no sería vendido a algún traficante por la décima parte de su valor. Ahora al menos eran propietarios, en el 43, de sus propias escaleras, caballetes y herramientas. Si eso les servía de algo; mientras les sirviera de algo.

Mientras Alice estaba ocupada con la tarea de disponer de Philip, toda la casa se quedó en suspenso. Más bien dicho, todos salvo Jocelin, que se había puesto a trabajar en una habitación del último piso en una serie de artilugios que confeccionaba siguiendo las instrucciones de unos libros que ella llamaba «recetarios», que ofrecían magníficas y concisas instrucciones para la fabricación de ingenios explosivos. Se

había apropiado de parte del material durante su estancia en el número 45. Alice y los demás, respondiendo a una invitación de Jocelin, fueron a ver esos artilugios. Estaban alineados sobre uno de los caballetes de Philip en una habitación cerrada con llave, esto último a causa de Mary y Reggie, quienes todavía no se habían ido, aunque pensaban mudarse dentro de pocos días. Lo que más le llamó la atención a Alice de los artefactos que había construido Jocelin fue que parecían muy poco importantes y hasta frágiles, meros ensamblajes de piezas sueltas. Esos dispositivos electrónicos de los que Jocelin estaba claramente orgullosa no resultaban más inquietantes que los fragmentos de minúsculos circuitos que quedan al descubierto cuando se desmiembran las entrañas de una radio a transistores.

También había clips para sujetar papeles, chinchetas, un par de relojes baratos, trozos de cable, productos químicos de uso doméstico, tubos de cobre de diversos tamaños, rodamientos de bolas, puntas de estaño, paquetes de explosivo plástico, dinamita anticuada, rollos de grueso hilo de algodón, cordeles.

Mientras Jocelin trabajaba con fruición (placer no era una palabra adecuada para Jocelin) en la confección de estos juguetitos y Alice lloraba por Philip —pues ahora tenía la impresión de haber perdido a un viejo amigo, a un hermano incluso—, Jasper y Bert fueron a unas manifestaciones, aleccionados por las demás para que no se dejaran detener por ningún motivo, puesto que tenían un trabajo importante entre manos, y Roberta se llevó a Faye a Brighton porque el aire de mar le haría bien. La madre de Roberta seguía en coma.

Lentamente fue pasando un día. La casa parecía vacía. Alice se descubrió pensando que Roberta y Faye probablemente regresarían esa noche. ¿Quizá les gustaría encontrar una comida de verdad, tal vez incluso un festín, para celebrar su regreso? Mientras estaba dándole vueltas a esa idea, sentada

con el gato en la cocina, entró Caroline con varias bolsas llenas de comida. Se relamía de gusto; dijo que se sentía con ganas de preparar una comida de verdad; no, Alice debía quedarse sentada donde estaba y permitir que por una vez la atendieran a ella.

Hasta entonces, solo Alice había comprado comida. Es decir, comida de verdad, no una pizza o unas raciones de patatas fritas. Solo Alice había llegado penosamente cargada de frutas, de verduras, había abastecido la nevera de mantequilla y leche, había llenado un armario de pastas y legumbres. Ahora se quedó contemplando agradecida a Caroline, que trabajaba con una sonrisa, rebosante de una rica satisfacción secreta que parecía proyectarse a su alrededor, como la luz de una vela. Alice se sintió mezquina, reseca; ella también hacía esas cosas, cocinaba y alimentaba y nutría, pero lo hacía por obligación, como un deber. Jamás en su vida había experimentado el sentimiento que veía desbordar a Caroline mientras chupaba una cuchara para probar una salsa, mirando a Alice por encima como invitándola a compartir un placer que solo los escogidos, los iniciados del mundo podían apenas sospechar. Y después le llevó una cucharada a Alice, con cuidado, protegiendo —así parecía— alguna esencia o destilado, y la observó con ojos brillantes mientras la otra lo probaba y decía:

—Sí, fantástico, maravilloso.

—Soy una gran cocinera —canturreó o ronroneó Caroline—. Debería dedicarme a esto... —Y al recordar lo que estaba haciendo, en qué empleaba su tiempo, por un instante la abrumó la congoja y se quedó callada.

Le contó su vida a Alice. Buena hija de las clases medias, así se describió, a los dieciocho años había visto la luz, es decir, había comprendido que el Sistema estaba podrido y necesitaba un cambio radical. Se había enamorado de un joven Che Guevara del LSE, pero este se había vuelto respetable y había

acabado conformándose con el Partido Laborista. Sin embargo, seguía siendo el amor de su vida. Cuando iba a verlo —«Una absoluta tortura, cariño, no sé por qué lo hago»—, se daba cuenta de que era el hombre que le convenía.

—Pero ¿cómo podría vivir de ese modo? ¡No podría! Con un fin de semana ya tengo bastante. Después lloramos, nos peleamos y nos separamos. Hasta la próxima vez.

Continuó parloteando de esa guisa, cada vez más encendida, como si se estuviera ablandando y desintegrando con el calor de la cocina, con una mancha de harina en la mejilla, la blusa arremangada, las grandes manos blancas controlándolo todo. Se la veía rolliza, blanda, satisfecha, llena de secretas e inescrupulosas satisfacciones.

Regresaron Jasper y Bert, con ganas de un baño caliente y de comer. Habían ido a Nottingham a unirse a los piquetes de una huelga de mineros. Había llovido y hacía frío. Roberta y Faye estaban muertas de hambre, según declararon al llegar. Faye había recuperado el color de las mejillas; se había reincorporado al mundo de los vivos y volvía a ser la divertida y animada cockney de siempre. Roberta, tan contenta de ver mejor a su amor, dejó traslucir un aspecto de su personalidad que no le conocían. Cantó, muy bien, en una llena, controlada voz de contralto, primero algunas canciones obreras, después toda una variedad de canciones traducidas del portugués, del castellano, del ruso. Descubrieron que había estudiado canto, pero luego había hecho su nido con la revolución.

Tenían bastante vino y todos se pusieron alegres. Mary y Reggie no aparecieron.

Todos se disponían a subir a acostarse, hacia las dos de la madrugada, cuando se oyó una queda llamada apresurada en la puerta de entrada.

—Dios mío, la policía —chilló Alice, y corrió a plantarles cara. Pero no era la policía. Dos hombres jóvenes cargados con

grandes paquetes aparecieron sonrientes ante ella, inclinados bajo el peso.

—¿Qué es eso...? No podéis dejar eso aquí —dijo Alice, comprendiendo lo que ocurría, esfumado todo el placer por la velada, con una sensación de helada aprensión.

—Vamos ya —dijo uno de ellos, irlandés como el que más—. Nos han dicho que lo dejemos aquí.

—Es una equivocación —dijo Alice.

Pero el hombre había dejado caer el paquete en el suelo del vestíbulo y ya se marchaba, mientras su compañero, con una tímida sonrisa, también dejaba caer su carga.

—¡Eh! Tenéis que llevaros esto —dijo Alice—. ¿Me oís?

Los dos habían desaparecido por el sendero y Alice los vio detenerse junto a una pequeña camioneta desvencijada. Estaban deliberando y se volvieron a comprobar el número de la casa con algo que llevaban escrito en un papel. Alice se plantó a su lado y dijo:

—No me habéis entendido. ¡Esto no puede quedarse aquí! Tenéis que llevároslo enseguida.

—Ah, vaya, eso se dice fácilmente —dijo el que había hablado antes. Parecía ofendido. Más aún. Incluso lanzó una mirada a los oscuros jardines que los rodeaban y luego hacia la avenida principal, donde el tráfico era menos denso pero seguía circulando: hacía una noche oscura y húmeda. Los tres se agruparon bajo la farola y empezaron a discutir.

Alice dijo que se habían equivocado de casa y que la que buscaban, el número 45, ya no era un lugar seguro para dejar nada.

Pero ellos dijeron que los habían mandado al número 43.

—Tenéis que llevároslo.

—¡No lo haremos!

A Alice le pareció oír que se abría una ventana a sus espaldas y se volvió a mirar el piso superior a oscuras de la casa situada

frente a la de Joan Robbins, y los dos hombres aprovecharon esa oportunidad para escabullirse dentro de la camioneta. Tuvo que apartarse rápidamente para evitar que la atropellaran.

—Oh, no —gimoteó en medio de la oscuridad, mientras veía correr la camioneta hasta la esquina, donde dobló y se perdió de vista—. No, simplemente no puede ser. No es justo.

Impotente, se quedó sin moverse, con la sensación de que las cosas se le habían ido de las manos. Después se le ocurrió que debería entrar, por si algún vecino fisgón estaba despierto e interesado en el asunto. Lentamente volvió a entrar en la casa. Encontró los dos paquetes en el vestíbulo, impenetrables e insignificantes como dos guijarros marrones, sin ninguna señal exterior que anunciase su contenido.

Jasper y Bert los miraban, desconsolados, desde la escalera. Estaban bastante borrachos. Más arriba, Jocelin. Roberta y Faye habían desaparecido en su habitación. Caroline todavía estaba ordenando la cocina.

—No podemos dejarlos aquí —dijo Alice pidiendo ayuda.

Se dirigía a los hombres, pero fue Jocelin quien bajó a toda prisa haciéndolos a un lado y solo dijo:

—Al desván.

Cuando las dos mujeres pasaron con su carga junto a los hombres, que se habían quedado en la escalera, estos volvieron en sí y las ayudaron. Una caja muy pesada y luego la otra quedaron guardadas en un rincón apartado del desván.

Jocelin dijo que por la mañana averiguaría qué había dentro. Puede que incluso lo hiciera esa misma noche, si no le entraba sueño.

—No nos hagas volar a todos —dijo Jasper, y ella no le contestó. No tenía en demasiado buen concepto a Jasper y lo demostraba. En cambio, Bert parecía gustarle. Este, por su parte, se sentía atraído por Caroline, la cual, o bien no se daba cuenta, o había decidido no hacer caso.

Alice volvió a la cocina y estuvo ordenando un poco, con el oído alerta, por si escuchaba algún ruido de algunos, o de todos los demás, que volvían para hablar del asunto. Pues había comprendido que algo grave acababa de ocurrir. ¡No se trataba solo de otra pequeña incomodidad, como podía ser una visita de la policía! Cuando comprendió que ninguno acudiría, lo cual significaba que no se habían dado cuenta de lo que a esas alturas ya debían de haber visto, se sentó a la cabecera de la mesa y se dejó caer en un estado de embotamiento. De las sensaciones, que no de las ideas, pues su mente continuaba activa.

Nadie les había dicho que el 43 fuera a convertirse en un centro de reparto. La camarada Muriel sin duda lo habría comentado de haberlo sabido. Caroline y Jocelin no contaban con ello. El camarada Andrew ni siquiera había mencionado el tema. (Aquí le vino a la mente el dinero, las quinientas libras, y consideró la realidad de ese hecho, sin prejuicios.) ¡No podían permitir que en el 43 empezaran a presentarse personas que simplemente abandonaban sus paquetes allí para que otras volvieran a llevárselos, a cualquier hora del día o de la noche! Simplemente ¡no era posible! Pero ¿con quién podía ponerse en contacto Alice para comunicárselo? Cayó en la cuenta de que no tenía forma de localizar a Pat, ni tampoco a Muriel, y menos aún al camarada Andrew. La irrealidad de ese hecho, la idea de que esas personas habían estado tan vivas, tan presentes, en esa casa y en la casa vecina, durante semanas —camaradas, amigos íntimos casi— y que luego ya no estuvieran y hubiesen desaparecido de forma tan absoluta, desvanecidos, borrados del mapa, hasta el punto de que ni siquiera podía mandarles una postal... esa idea acentuó su embotamiento, como una zona en blanco que fue extendiéndose lentamente hasta abarcarla toda entera.

Y había otra cosa. (Aunque esto desde luego no lo pensaba

por primera vez.) Ahí estaban, decididos a «hacer algo en serio al fin», bien dispuestos a ello —casi podría decirse que el 43 temblaba al borde del desenlace, como los pasajeros de un botecito al borde de una cascada— (al pensar en esto, Alice sacudió tristemente la cabeza, como una perra que quiere quitarse el agua de los oídos), pero en realidad no confiaban demasiado unos en otros. (Alice volvió a contemplar, como en una película, la expresión de la cara de Jocelin cuando vio que Jasper y Bert se quedaban pasmados en la escalera mientras ella, Jocelin, bajaba corriendo a ayudarla a subir los grandes paquetes.) ¡No, Jocelin no admiraba a Jasper! ¿Y qué debía pensar de Faye?; en fin, no resultaba difícil imaginarlo. Aunque casi con seguridad debía de ver con buenos ojos a Roberta. ¿Y a Caroline? Era casi imposible imaginar mayor contraste que el que ofrecían la mujer indolente y sensual y la fría y funcional Jocelin. ¿Y de ella, de Alice? ¿La despreciaba también Jocelin?

Cayó en la cuenta de que estaba utilizando a Jocelin como una piedra de toque, como un patrón de medida. Como si Jocelin fuera la clave de todo. Bueno, ella era la que estaba fabricando las bombas, o lo que fuese.

Alice subió al último piso de la casa, vio que se filtraba la luz por debajo de la puerta del taller de Jocelin, llamó y oyó un seco «Pasa».

Jocelin la miró desde detrás del caballete, donde estaba sentada con las manos intrincadamente ocupadas con un trozo de tubería de cobre. Muy cerca tenía varios paquetes de productos químicos de uso doméstico, con sus tranquilizadores envases de vivos colores.

Jocelin la siguió mirando, aguardando una explicación. Tenía un aspecto formidable e intimidante, pensó Alice. Sin embargo, ¿cabía imaginar una persona más vulgar que Jocelin? Un extraño vería a una rubia bastante desaliñada, con mechas de pelo claro sobre la cara y manchas de algún polvo blanco sobre

el viejo jersey gris. Pero era su concentración, la forma en que ponía todo su empeño en lo que hacía...

—Hola —dijo tímidamente Alice, y Jocelin no le respondió y continuó llenando un tubo de cobre con gránulos blancos que tenía en una vieja cacerola.

—No me ha gustado lo que ha pasado ahí abajo —dijo Alice en un tono que ella misma consideró poco eficiente.

Jocelin asintió con la cabeza.

—No, a mí tampoco —dijo—. Pero no creo que podamos hacer nada excepto continuar adelante. Tenemos que terminar el trabajo pronto y después nos dispersaremos.

En el cuarto no había dónde sentarse, solo el caballete y, detrás, el taburete que ocupaba Jocelin. Por las ventanas se vislumbraba un cielo que comenzaba a teñirse de gris. Pronto empezarían a oírse los pájaros. Alice se quedó de pie frente a Jocelin, como una colegiala delante de una profesora, y dijo:

—¿Has pensado ya qué haremos?

—Sí, claro. Lo que volemos dependerá de los medios de que dispongamos, ¿no? Tengo una idea bastante exacta de la capacidad de estos artefactos. Pero tendremos que discutirlo.

—¿Ya has...?, quiero decir... ¿has...?

—No, no lo he hecho nunca. Pero es cuestión de sentido común —dijo enérgicamente Jocelin.

Dejó a un lado un tubo de cobre, de unos veinticinco centímetros de largo y que presumiblemente ya había superado una cierta fase de los preparativos, y cogió otro. Le indicó con la cabeza el «recetario» que tenía abierto junto a ella. Este producto compartía algunas de las características de los artilugios fabricados según sus instrucciones. No estaba impreso, sino fotografiado, lo cual le confería una apariencia técnica, desagradable. El papel era malo. Llevaba una sobrecubierta de plástico amarillento, como un libro de cocina barato. Todos los objetos que había encima del caballete tenían

un aspecto barato, provisional, con aristas cortantes, y por algún motivo parecían inacabados. Es decir, todos excepto los bien estudiados envases de los productos químicos, que daban una impresión de lujo con la cantidad de reflexión y conocimientos técnicos empleados en su fabricación.

—Y no sería mala idea hacer una prueba —dijo Jocelin con una sonrisa. Como era de esperar, fue una sonrisa fría, intimidante.

—Claro —dijo Alice—. Naturalmente.

—Podríamos escoger alguna cosa que merezca ser destrozada.

Alice volvió a la vida con un:

—Sí. Algo absolutamente asqueroso... alguna cosa repugnante, sí.

Jocelin la miró con curiosidad ante aquella repentina animación.

—¿Estás pensando en alguna cosa en particular? Necesito algo bien definido, ya me entiendes. Algo bien definido, no demasiado grande, y sólido. Para poder comprobar las cantidades.

Alice pasó revista mentalmente a las cosas que le gustaría ver volar por los aires. Tuvo que desechar las altas vallas de chapa ondulada que rodeaban el antiguo mercado donde todos lo habían pasado tan bien, que durante toda la semana, y sobre todo los sábados y los domingos era como un festival. Una valla no era algo «bien definido». Se prolongaba sin acabar nunca.

—Una cabina telefónica no —dijo Jocelin—. Aquí dice exactamente cuánto se necesita para destruir una.

—¿Un coche?

—Sí, es posible que tengamos que usar un coche, debido a los problemas de acceso. De ser descubiertos. Pero ya sé lo que se necesita para un coche. Otra cosa.

Alice sonrió.

—Ya sé qué. —Un arrebato de aversión que la dejó temblorosa se había apoderado de ella—. Oh, cielos, sí —susurró—. Te lo voy a mostrar. No está lejos de aquí.

—En marcha.

Jocelin dejó su puesto y bajó en silencio las escaleras en compañía de Alice. El vestíbulo no estaba a oscuras, sino bañado en una luz gris. Amanecía. Pronto habría gente en las calles, las personas que entraban a trabajar temprano.

Solo tuvieron que andar un kilómetro, hasta un sector de pequeñas calles construidas antes de que se inventara el automóvil. Ahora los camiones rodaban por allí todo el día, haciendo chirriar la marcha atrás en las esquinas, adelantándose con apenas unos centímetros de separación. Las aceras, construidas para permitir el paso de dos personas al cruzarse, eran estrechas y en dos de esas callejuelas, que se cortaban perpendicularmente, habían ensanchado la acera de uno de los lados, disminuyendo casi en otro metro la amplitud de la calzada. Esa muestra del ingenio oficial ya resultaba bastante asombrosa de por sí, pero, además, para que todo acabara de resultar totalmente incomprensible para una mente corriente, una vez ganado ese metro o poco más de acera para la comodidad y satisfacción de los ciudadanos, el Ayuntamiento había procedido a levantar a todo lo largo de la franja recuperada unos postes o mojones de un color gris pardo particularmente feo, de casi un metro de altura y redondeados, como dientes. Esos abominables e inservibles y molestos objetos, aproximadamente una veintena alrededor de cada esquina, en los dos extremos de la calle afectada, que Alice veía cada vez que iba a coger el metro, desataban su demasiado habitual furia impotente, inútil, violenta, e imposible de calmar. Se quedaba paralizada observando esa escena, con la misma reacción que había tenido al comprobar que obreros del Ayuntamiento llenaban de cemento los váteres, destrozaban las

tuberías, destruían casas enteras, mientras pensaba para sus adentros: Esto lo han hecho unas personas. Para empezar, a una persona se le ocurría una idea, en algún despacho, y después trazaban un plan, y a continuación daban instrucciones a los obreros para que lo ejecutasen, y después los obreros iban y lo hacían. Era totalmente incomprensible. Resultaba inquietante, como si una invencible estupidez hubiera quedado al descubierto y se manifestara visiblemente. Como los edificios de las universidades modernas.

Alice y Jocelin se detuvieron en la acera, que debido a los dientes de cemento volvía a ser tan estrecha como antes de ensancharla, y contemplaron el panorama. Un camión había derribado uno de esos dientes al hacer marcha atrás o al doblar la esquina describiendo una curva demasiado cerrada. Las bases estaban manchadas de orina y caca de perro. Bajo el cerrado cielo gris del amanecer, las casas todavía dormidas albergaban a las personas que sufrían la afrenta de esas aceras, de esos dientes de cemento, cada vez que salían a la calle. Las casas se veían tiernas e inocentes, el cielo puro y triste. Después comenzó el coro del amanecer.

Alice lloraba de rabia.

Jocelin suspiró y dijo:

—Muy bien. Comprendo tu idea. Pero la localización no es sencilla. Debe de haber gente merodeando casi a todas horas del día y de la noche.

—Ahora no hay nadie.

—Siempre hay aves nocturnas asomadas a las ventanas o mujeres levantadas con sus bebés.

Esta manifestación de la vida corriente en boca de Jocelin fue un consuelo para Alice; sin embargo, replicó:

—Pero eso ocurre en todas partes, todo el tiempo, ¿no?

Jocelin no le contestó. Estaba examinando el diente ladeado por el golpe. Sin dirigir miradas culpables a su alrededor y sin

levantar la vista hacia las hileras de ventanas, se acercó rápidamente al poste e intentó levantarlo. Se movió un poco. Alice se acercó a ayudarla y las dos juntas, con dificultad, lo levantaron hasta dejarlo perpendicular y lo soltaron de nuevo.

Jocelin se apresuró a examinar la hendedura en la base de ese diente, por la que asomaban algunos finos cables metálicos, y dijo:

—Esto nos servirá. Meteré la carga debajo. Después lo enderezaremos. Solo quiero saber cuánta cantidad debo usar de algo. Mañana. Lo haremos mañana. Aproximadamente, una hora más temprano que hoy.

Pronto serían las cinco.

Llevaban unos diez minutos largos allí, pero no había aparecido ni un alma. Sin embargo, estaban rodeadas de ventanas y, posiblemente, de ojos. Una familiar sensación de osadía, de excitación, empezaba a embargar a Alice. Su espantosa letargia había desaparecido. La mortecina impresión de grisáceo embotamiento... ¡se había esfumado!

Y al doblar la esquina para entrar en su calle, Alice echó a correr y, por puro exceso de energía, no paró hasta la puerta de su jardín, que saltó de un brinco, y continuó su carrera por el sendero hasta que tuvo que detenerse en seco junto a la puerta, que no tuvo más remedio que abrir. Con una llave.

Jocelin, que llegó reposadamente tras ella, dijo:

—Hay que tener los nervios muy controlados, para este trabajo. Es preciso ser una persona calmada. No excitable. — Alice murmuró unas palabras de excusa.

Subieron a acostarse.

Alice no durmió gran cosa; estaba vibrante de excitación, de anticipación. Bajó a la planta baja de la casa dormida y se forzó a caminar reposadamente, pensando en lo que le había dicho Jocelin.

Se sentó en la cocina y se dijo: Bueno, aquí estoy otra vez,

esperando que alguien se despierte. Tomó un té, comió unas tostadas integrales con miel, y entonces se acordó de los paquetes del desván. En el acto, toda ella pareció quedar abrumada por el desconcierto, dividida. Lo que necesitaban era un coche... pero ahora no había ninguno en el 45... Pero ¿cómo podrían conseguir un coche? Después de comprobar que no era demasiado pronto —alrededor de las ocho, justo a tiempo para alcanzarla antes de que se fuera al trabajo—, Alice se echó a andar, tan deprisa como pudo, hasta la casa de Felicity.

Ella cruzaba en ese momento la puerta del jardín, y al ver a Alice dio muestras de desconfiado fastidio. Pero Alice no le dio tiempo a que creciera ese sentimiento. Se fue directa hacia ella y le dijo:

—Las cosas de Philip han quedado más o menos resueltas. Pero están buscando a su hermana. Si no la han encontrado dentro de un par de días, organizarán el funeral para el lunes o el martes de todos modos.

Felicity, como era de esperar y como le correspondía, pareció cohibida, aunque todavía impaciente, y dijo:

—Gracias, has sido muy amable ocupándote de todo.

—No me quedaba otra alternativa —le recordó secamente Alice.

Las dos mujeres se quedaron cara a cara, aunque Felicity parecía estar jugando a esquivarla sin dejarse tocar. Alice dijo:

—¿Podrías prestarme el coche por unas horas?

Al oír esto, Felicity suspiró y dijo:

—Pero esta mañana tengo que usarlo.

Felicity era asistenta social.

—Lo necesito —declaró simplemente Alice.

Felicity se quedó pensando y dijo:

—Podría dejártelo mañana por la mañana, hasta la hora de comer. —No podría haberle dicho más claramente: «¡Y esa es toda la compensación que vas a conseguir de mí!»

Alice respondió con un:

—Perfecto. Así estaremos en paz.

Al oírlo expresado en voz alta, Felicity se ruborizó, pero dijo:

—Tengo prisa. ¿Mañana a esta misma hora? —Y casi corrió hasta su coche, un Datsun, que estaba aparcado junto a la acera, obediente y sumiso como todos los demás coches.

Ya está resuelto, se dijo Alice, y apartó de su pensamiento todo recuerdo de los peligrosos paquetes. Al día siguiente los llevaría al vertedero municipal y asunto concluido. Y si aparecía alguno más, se desembarazarían de él.

Frente a la puerta de su casa había un hombre, con corbata y un pulcro traje gris, una figura tan perfecta del funcionario tipo que Alice pensó: Oh, no, el Ayuntamiento otra vez no, y puso su cara de competencia, de lo-tengo-todo-bajocontrol.

Pero la voz que dijo, o corroboró: «Alice Mellings», hablaba con acento norteamericano.

—Soy yo.

Y Alice comprendió que el encuentro que se iniciaba requeriría todo su ingenio. La agitación de su pulso así se lo indicó.

—¿Puedo entrar?

Ella le abrió la puerta sin decir palabra y lo condujo a la cocina, y allí le indicó que se sentara en la silla del extremo de la mesa. Puso a calentar la tetera y ocupó la cabecera de la mesa.

Él parecía más joven que ella. Pero era el tipo que se ve joven. Tenía una cara afable, atenta y educada, como un estudiante chapado a la antigua. Tenía unos ojos castaños, bastante agradables, que en ese momento se dedicaban a observar cada uno de sus movimientos, examinándola con tanto detenimiento como ella a él. Y tenía unas manos bien cuidadas. Pero su rasgo más notorio era su carencia de rasgos. En él no había nada, pero absolutamente nada, a lo cual

agarrarse. Un oficinista; una persona que vivía esencialmente de puertas adentro, curtido a lo sumo por el contacto con una corriente de aire o una brisa demasiado fría procedente de una ventana dejada abierta. ¡Podría haber pasado un examen sobre cómo parecer una persona corriente! Sin embargo, había algo exagerado en todo ello... Evidentemente, todas las circunstancias habían favorecido que ella, Alice, solo conociera a personas no conformistas o, como decía su madre, en su anticuado estilo, bohemios; y evidentemente en aquellos tiempos en Inglaterra, y sobre todo en Londres, a nadie le importaba un carajo, pero aun así...

Fue él quien rompió el silencio diciendo:

—Camarada Mellings, me han informado a primera hora de esta mañana que usted se mostró reacia a aceptar un cargamento de material.

Alice se lo quedó mirando. El uso de la palabra «material» en ese momento, en ese contexto, no le parecía nada excitante. En esa situación (una situación de la que querría desembarazarse y escapar), la palabra «material» resultaba demasiado siniestra.

—¿Es cierto, camarada Mellings? —preguntó él—. Quisiera que me diera una explicación.

Hablaba como en abstracto, sin involucrar a su propia personalidad, pero las palabras que empleó ya eran suficientes, y Alice, de pronto, se enfureció. Quién diantres se había creído...

—Es perfectamente cierto —le respondió serena y distante—. Era absolutamente improcedente traerlo aquí. Nunca se llegó a ningún acuerdo para el envío de ningún tipo de cosas aquí. —Usó deliberadamente la palabra «cosas», que sonaba a algo poco importante.

Él se humedeció los labios y entornó ligeramente los ojos para mirarla.

—No es posible —comentó al fin. Pero Alice advirtió que

estaba desconcertado, que intentaba encontrar algún hilo o cabo suelto que pudiera servirle de guía.

—Oh, sí, así es —reafirmó ella—. En la casa vecina dejaban todo tipo de cosas y luego volvían a llevárselas. Pero los que vivimos en esta casa no teníamos nada que ver con eso. La situación es totalmente distinta aquí.

La tetera emitió unos sonidos que le dieron pie para levantarse rápidamente y acudir a ocuparse de ella. De espaldas a él, removió el café en polvo en dos tazones. Lentamente. Algo en aquel hombre la incomodaba. Se parecía un poco a esos grandes, lisos, relucientes paquetes de ahí arriba, sin una señal encima y con Dios sabía qué en el interior.

¿Era norteamericano? En fin...

Alice se tomó su tiempo para volverse y para depositar el tazón frente a él. No le había preguntado qué quería tomar. Después se sorprendió a sí misma dando un bostezo, profundo, irresistible. Después de todo, apenas había dormido. Él la miró, disimuladamente, sorprendido. Esa mirada subrepticia no podía decirse que estuviera programada y Alice sintió que de pronto había recuperado el control.

Se sentó tranquilamente y cuando él miró a su alrededor como buscando la leche, o el azúcar, Alice empujó hacia él una botella de leche medio vacía y una vieja taza bastante bonita que contenía azúcar. Advirtió que esa manera doméstica de hacer las cosas no merecía su aprobación.

Alice se quedó esperando, mientras dedicaba sus pensamientos a intentar detectar qué era lo que la inquietaba de él.

—Los revolucionarios norteamericanos dependen de este punto de enlace para que su ayuda pueda llegar a manos de los revolucionarios irlandeses —dijo él.

—¿Qué revolucionarios norteamericanos?

—Como usted sabe, camarada Mellings, un gran número de

norteamericanos honrados desean ayudar a los irlandeses en su lucha contra el opresor británico.

—Sí, pero la mayoría son solo personas corrientes; no son revolucionarios. —Lo dijo con un considerable desdén hacia él, hacia su imprecisión.

Él se había quedado mirando el tazón, como si examinándola a ella no pudiera extraer la información que necesitaba y ahora intentara buscar inspiración en aquel.

—Aclaremos solo una cosa —dijo ella—. ¿Me está diciendo que usted es un norteamericano que se encarga de abastecer de material a los camaradas irlandeses? —No era su intención hablar en un tono tan brutal y mordaz.

—Sí, soy norteamericano —respondió él, con la mirada todavía fija en la taza—. Gordon O'Leary. Norteamericano de tercera generación. De una antigua familia irlando-norteamericana. Como los Kennedy. —Por primera vez se rió. Su risa le ofreció este chiste como un regalo y la miró abiertamente, con confianza.

—¿Y el camarada Andrew también es norteamericano? —inquirió ella con voz casi saturada de mofa.

—Sí, es norteamericano. Naturalmente. Pero creo que su familia era originaria de Alemania.

—Oh, mierda, por favor —protestó Alice—. El camarada Andrew es tan norteamericano como... —Lo miró directamente a la cara, con toda la fuerza de su intrínseca inocencia, de su candor, y dijo—: Y tú no eres norteamericano. Es imposible que seas norteamericano, ni en mil años podrías serlo.

Sus pálidas, obedientes mejillas se sonrojaron y se alteró el ritmo de su respiración, al tiempo que dejaba caer su mirada peligrosamente indignada.

—Pero le aseguro que lo soy —dijo recuperando el control—. ¿Por qué no había de serlo?

—Eres ruso. Como Andrew. Oh, hablas un norteamericano

perfecto, desde luego. —Alice se rió, de nervios. Pero la impulsaba la más sincera indignación. Nunca había podido soportar que la tratasen como si fuera tonta. Y así la estaba tratando él ahora.

Él efectuó algún tipo de ajuste interno, suspiró, se puso muy tieso en su silla, como si un monitor interno acabara de recordarle que no está bien sentarse descuidadamente, y la miró. En tono bastante suave, dijo:

—Camarada Mellings, se da el caso de que soy norteamericano. De Michigan. Soy ingeniero, y cuando haya concluido algunos pequeños encargos aquí, volveré a esa ocupación. ¿Entendido? —Se quedó esperando su respuesta, pero aunque Alice le escuchaba, con los ojos fijos en su rostro, tenía la mirada un poco turbia, porque su cerebro estaba trabajando intensamente. ¿Por qué no podría ser norteamericano? ¡Su acento era perfecto, mejor que el de Andrew! No, era su estilo. Era algo en su manera. ¿Cómo eran los norteamericanos, entonces? (Alice incluso cerró los ojos e hizo desfilar mentalmente a los norteamericanos que había conocido para pasarles revista.) Todos los que había visto, los cuales, se obligó a recordar, en general eran jóvenes y formaban parte del circuito de viajeros y exploradores internacionales, pero no obstante eran norteamericanos de verdad, eran muy distintos. Poseían una cualidad... ¿qué era? Sí, poseían una amplitud, una apertura, una soltura... una libertad, sí, esa era la palabra. Mientras que ese hombre que tenía delante... (y abrió los ojos para restablecer la comparación con lo que había estado observando en su pantalla interior, y se lo encontró mirándola con gran curiosidad)... era cerrado y controlado, y parecía incapaz de efectuar un movimiento incontrolado aunque quisiera. A pesar de estar sentado en actitud «relajada», en lo que seguramente pretendía ser una postura informal, parecía llevar una camisa

de fuerza invisible que no se hubiera quitado nunca, pero nunca, en toda su vida. Sus moléculas mismas habían adquirido el hábito de estar en guardia.

—No eres norteamericano —concluyó Alice—. Pero, de todos modos, me da igual. No puedes traer más cosas de esas aquí. No las aceptaremos.

—Haréis lo que os comprometisteis a hacer. Tal como quedó acordado —replicó muy suavemente, muy amenazadoramente, él. Alice tuvo la impresión de que esa forma de comunicar una amenaza le había sido enseñada: el Método 53 para intimidar al sujeto. El desprecio que le inspiraba su transparencia la estaba poniendo fuera del alcance de su amenaza.

—Ya te lo he dicho, no nos comprometimos a nada.

—¡Tú te comprometiste! ¡Tú, camarada Mellings!

—¿Cuándo fue eso? Ni siquiera se habló nunca de eso. No se mencionó ni una vez.

—¿Cómo no iba a mencionarse? ¿Aceptaste o no aceptaste dinero de nosotros, camarada Mellings?

Esto la hizo vacilar un poco y frunció el entrecejo, pero dijo:

—Yo no les pedí ese dinero. Simplemente me lo dieron.

—Simplemente te lo dieron —repitió él, educadamente burlón, suave, en consonancia con su estilo general.

—Sí. La única noticia que tuve al respecto fue cuando la camarada Muriel, ya sabes, esa mujer que parece un ganso, me entregó un paquete con quinientas libras, justo antes de partir para su cursillo de espionaje en Lituania, Checoslovaquia o donde sea.

Esta vez él se puso rojo de verdad, un apagado rojo carne de buey y la fulminó literalmente con la mirada, antes de recuperar el control. Volvió a erguirse en su silla, recordando, movido tal vez por la ira, que incluso cuando se está sentado en actitud relajada junto a una mesa, las rodillas, sin embargo, deben mantenerse juntas y debe apoyarse como máximo un

codo en ella.

—Si el camarada Andrew o cualquier otra persona dijo algo de unas escuelas de espías dondequiera que sea, se trata de una absoluta necedad.

Alice se tomó tiempo para pensarlo.

—No creo que fuese una necedad. ¿Adónde han ido Muriel y Pat? Se han ido a alguna parte a seguir un cursillo de formación. Bueno, de todas formas me da igual. No me interesa Norteamérica, ni Checoslovaquia, ni Rusia, ni Lituania. A ninguno de nosotros nos interesa eso. Somos revolucionarios ingleses y nosotros decidiremos nuestra propia línea política y actuaremos de acuerdo con la tradición inglesa. Siguiendo nuestra propia tradición.

Él respondió cautelosamente, tras un considerable intervalo:

—Es comprensible, desde luego, que ante todo queráis ser fieles a vuestra propia situación. Pero nos encontramos ante una lucha entre las fuerzas comunistas en ascenso en el mundo entero y el capitalismo en sus últimos coletazos. Es una situación internacional, lo cual significa que las líneas políticas deben formularse desde una perspectiva internacional. Es una lucha a escala mundial, camarada.

—Creo que no me has entendido bien —dijo Alice—. No estamos dispuestos a aceptar órdenes, tuyas ni de nadie. De nadie —añadió.

—Aquí no se trata de lo que hayáis o no hayáis decidido, camarada —dijo lentamente él, acentuando cada palabra—. No podéis renegar de un acuerdo ya tomado.

—Pero no por nosotros —repitió ella, completando el círculo de la argumentación.

Él se apresuró a bajar la vista para ocultarle la violenta hostilidad de sus ojos.

El silencio se prolongó durante un rato y Alice comentó, muy en su estilo de buena anfitriona preocupada por lograr que los

demás se sientan cómodos:

—Creo que vuestro camarada Andrew ha liado un poco las cosas. ¿Me equivoco? ¿Y tú has venido a aclararlo todo?

Escuchó su respiración, demasiado ruidosa. Y luego lenta y regular, cuando consiguió controlarla. Sus ojos no estaban al alcance de una inspección. Todo en él aparecía cerrado, apretado, hasta su mano, apoyada encima de la mesa.

—Bueno, no te pongas tan tenso por eso. Con tantas personas en el KGB... ¿Sois millones, verdad? Sí, ya sé que es para toda Rusia, aunque algunos habéis salido para vigilarnos un poco... En fin, es inevitable que alguno resulte poco eficiente. —La mirada que él levantó hacia ella la asustó por un instante, pero continuó hablando valerosamente, amablemente incluso, pues ahora tenía sinceros deseos de que se sintiera cómodo, si eso era posible, una vez que ya le había ganado la mano al conseguir que aceptase su punto de vista—: Estoy segura de que entre nosotros ocurre lo mismo. En fin, vaya desastre son, en realidad, si solo la mitad de lo que una lee en los diarios es cierto... —Esta última parte de la frase estaba tomada, directamente, de su madre; y Alice se extrañó de oír hablar a su madre con tanta autoridad y naturalidad por su boca. Y no era que le importase. En realidad, la voz de Dorothy Mellings sonaba muy apropiada en esa situación—. Dejándose atrapar continuamente de esa forma. Claro que supongo que difícilmente podríamos enterarnos de vuestros errores, simplemente debéis silenciarlos. Quiero decir que esa es una de las ventajas de tener libertad de prensa.

Él había cambiado de postura, en un aparente intento de relajarse, aunque tenía un puño apoyado en posición vertical en la mesa frente a él. La mirada que le dirigió era firme, su respiración normal; algún cambio de coordenadas había tenido lugar en la conversación, si a eso podía llamársele conversación. Probablemente había tomado una decisión. Muy

bien, perfecto. Enseguida se marcharía y todo habría terminado.

Pero él no hacía ademán de moverse todavía.

Bueno, que se quedara ahí sentado entonces. En lo que de verdad quería pensar ella no era en él, ni en por qué estaba ahí, sino en esa noche y en la aventura que la esperaba junto a Jocelin, con la cual se sentía unida, en ese momento, por un vínculo casi sororal, en contraste con el complicado y turbio sentimiento que le inspiraba ese ruso. Ese extranjero.

—Creo que parte de nuestro problema —comentó—, quiero decir, ahora, entre tú y yo, es lo que suele llamarse un choque cultural. —Y al decir esto, se rió, como lo habría hecho Dorothy Mellings—. Vuestras tradiciones son muy distintas de las nuestras. En este país, uno realmente no puede presentarse así sin más y decirle a la gente lo que debe hacer o pensar. Son cosas que no se hacen. Estamos en una democracia. Llevamos tanto tiempo viviendo con una tradición democrática que la tenemos metida en los huesos —concluyó amable y sonriente.

Ahora, lo que ocurría era que él estaba pensando (cosa después de todo no tan rara en el curso de una conversación): Pero ¡esta persona está loca! ¡Chalada! ¡Trastocada! ¡Enajenada! ¡Demente! ¡Perturbada! Completamente chiflada, pobrecita. ¿Cómo no me habré dado cuenta antes?

En tales momentos, es preciso efectuar rápidos y totales reajustes. Por ejemplo, es necesario revisar toda la conversación previa bajo esta nueva, desgraciada perspectiva, y deben formarse juicios, como por ejemplo que la persona en cuestión realmente no sabe lo que dice, o bien que tal vez solo está dando muestras de una excentricidad más bien estimulante, pero que, sin embargo, no resulta apropiada para esa situación concreta.

Alice no tenía la menor sospecha de que él estuviera abrigando ninguno de esos pensamientos; seguía flotando

alegremente a la deriva, echando mano de toda suerte de adecuadas y tranquilizadoras frases que iban presentándosele como surgidas de una cinta almacenada en su cerebro, cuya existencia ignoraba por completo. Aunque de haber podido verse la cara, su actitud habría cambiado, pues la mitad superior, la frente y el entrecejo, lucía una expresión preocupada e incluso ligeramente desesperada, como extrañada ante lo que estaba diciendo, mientras que su boca continuaba derramando palabras con una sonrisa.

—Y creo que probablemente ese era también el problema del camarada Andrew. —Al decir esto, le vino a la memoria la escena de la cama y llegó a sacudir realmente la cabeza con fuerza para desembarazarse de ella—. Parecía costarle bastante entender las pautas culturales occidentales. Espero que no lo tengas en demasiado mal concepto. Yo lo tenía en gran consideración.

—¿Sí, en serio? —comentó más que preguntó él, con bastante buen humor. Todo en su persona indicaba que se disponía a levantarse y despedirse.

—Sí. Me parecía una persona estupenda. Un ser humano bueno de verdad.

—Bueno, me alegra saberlo —dijo el camarada Gordon O'Leary de Michigan, o de Smolensk, o de donde fuera, que ahora efectivamente se levantó, pero en cámara lenta. O tal vez eso le pareció a Alice, porque ella, desde luego, no se sentía centrada. ¡La falta de sueño, esa era la razón!

—Alguien vendrá a recoger el material esta misma noche —dijo él.

—No está aquí —improvisó tranquilamente Alice. No podían permitir que ese ruso, ese extranjero, empezara a merodear por toda la casa. No con todas esas bombas y cosas ahí arriba. Antes de que pudieran reaccionar, ya estaría diciéndoles qué debían hacer con ellas. ¡Dándoles órdenes! En fin, jamás lo

entendería. Era ruso; con el historial de autoritarismo que tenían...

—¿Dónde están? —Se abalanzó bruscamente sobre ella, deteniéndose a muy poca distancia. Alice se había levantado y se apoyó en el respaldo de su silla. Ahora él no tenía un aspecto discreto ni oficinesco ni insignificante. Todo el terror que razonablemente habría podido sentir durante la última media hora se apoderó de Alice. Apenas podía tenerse en pie. El hombre le pareció enorme y oscuro y poderoso, ahí inclinado amenazadoramente sobre ella, con unos ojos que parecían pistolas.

—Está en el basurero de Barstone. Ya sabe, el vertedero del barrio, el vertedero municipal. —Sus rodillas parecían a punto de derretirse. Sintió frío y le entraron ganas de echarse a temblar. Había comprendido, pero muy de verdad, que se encontraba en una situación realmente seria y que en algún momento había cometido un error. Sin querer. ¡Ella no tenía la culpa! Pero la forma en que la miraba ese hombre... en su vida le había ocurrido nada igual. No tenía idea de que pudiera haber situaciones en las que una se sintiera tan impotente.

Él estaba realmente furioso. ¿Estaba justificada tanta rabia? Se había puesto, no rojo, sino blanco, de un blanco de plomo, con el esfuerzo por contenerse, supuso Alice, el esfuerzo por no pegarle. Por no matarla. Alice sabía que era eso.

No debería haber dicho con tanta despreocupación: el «basurero», que la cosa estaba en el vertedero de basuras. Sí, había sido una tontería. Se había precipitado. Tal vez incluso ahora debería decirle: No, era una broma, las cajas están arriba. Pero si lo hacía, él subiría y se encontraría a Jocelin trabajando, y entonces...

Le pareció que iba a desmayarse o incluso a echarse a llorar. Sintió que empezaba a llenarse de lágrimas, unas lágrimas que la oprimían y comenzaban a rezumar por todo su cuerpo.

Él dijo:

—Estoy solo. Tengo un coche. Necesito que una persona, o mejor dos, me acompañen a ese sitio para recoger los paquetes.

—Oh —dijo jadeante ella, en una voz que sonó débil y tonta —. Yo no haría eso. No a plena luz del día. Puede haber gente por allí. Camiones de basura vaciando su carga, para empezar. Sería peligroso.

—¿Sería peligroso? —repitió él. Alice volvió a sentir que sería capaz de matarla fácilmente, de hacer algo que no podría controlar.

—No podemos dejar eso tirado en un vertedero de basuras —dijo él.

—¿Por qué no? ¿Ha visto alguno alguna vez? Están llenos de toda clase de trastos. Muchos metros cuadrados de trastos. Un par de vulgares paquetes marrones no llamarán demasiado la atención. —Notó que empezaba a sentirse mejor.

—¿Dos grandes paquetes nuevos, sin abrir? —inquirió él, con el rostro pegado al suyo, los ojos desorbitados de ira.

—Aun así, yo esperaría hasta la noche.

—No pienso esperar hasta la noche. Haz que bajen dos personas. Hombres. Hay hombres en la casa, ¿no?

Ella replicó con frialdad, casi centrada ahora:

—Yo y otra chica llevamos las cajas... —iba a decir «arriba», pero se contuvo a tiempo— al coche.

—Entonces dos mujeres. No importa.

—Sí importa —le hizo saber ella—. No nos des órdenes. No lo entiendes, no puedes darnos órdenes, no somos rusas.

Había cerrado los ojos, no solo porque no se encontraba bien, aunque ya estaba mejor, sino también porque sentía que el odio de él empezaba a envolverla. Bueno, ya estaba, la mataría. Un movimiento, rumor de pasos; Alice abrió los ojos y lo vio alejarse. Pero al llegar junto a la puerta se detuvo y se volvió, y dijo muy pausadamente, con una intensidad extraordinaria,

cargada de desdén, de aversión personal:

—No creas que aquí ha acabado todo, camarada Mellings. Esto no se ha terminado, ni mucho menos. No puedes hacernos estas jugarretas a nosotros, ya lo verás, camarada Mellings. —Y su rostro se contrajo brevemente, en un movimiento de los carrillos y la lengua que, de haberlo continuado, habría culminado en la acción de escupir. Y se quedó mirándola fijamente, con los ojos entornados, decidido a dejarla marcada, a subyugarla, con la fuerza de su sentimiento.

Y entonces apareció el hombre tal como era, absolutamente tal como era. Alice lo notó, supo que lo estaba viendo a él. Ese no era el tipo desenvuelto, el espía obediente que había aprendido a controlar cada movimiento, cada gesto, cada mirada; sino algo que se escondía detrás. Era el poder. No fantasías sobre el poder, jueguecitos con el poder, envidia del poder, sino el poder mismo. Ese hombre era la materialización de la certidumbre de la fuerza, de la total y absoluta posesión de la razón. Se sabía superior, dominante, en control. Y sobre todo, con la razón de su parte.

El hombre salió y cerró la puerta, suavemente, como observó Alice. Nada de portazos ruidosos que podrían llamar la atención de los vecinos.

Alice corrió hacia el fregadero y vomitó.

Hizo correr el agua para que se llevara toda esa porquería, fregoteó y limpió el fregadero, aunque tenía que sujetarse con una mano, tan débiles tenía las rodillas. Se trasladó, tambaleándose de verdad, hasta el lavabo, porque el terror parecía habérsele instalado en la tripa. Volvió a la cocina sujetándose a los marcos y los tiradores de las puertas y una vez allí se derrumbó sobre la mesa, con la cara caída, los brazos extendidos, floja como un trapo.

Nunca hasta entonces había sentido nada parecido a esa debilidad física. Permaneció así desplomada durante media

hora tal vez, hasta que fue recuperando lentamente las fuerzas.

Entonces entró Jocelin, que apenas la miró —de modo que su estado no debía de ser tan visiblemente desastroso—, diciendo que necesitaba un café bien cargado; no dormir no le sentaba bien. Si empezaba enseguida, seguro que podría tener listo el dispositivo explosivo adecuado para el trabajo de esa noche. Lo dijo en tono abstraído, pero con la desapasionada fruición que era su manera de expresar esa misma excitación que, como sabía Alice, a ella pronto la ayudaría a restablecerse. Para acelerar el proceso de curación, subió con Jocelin a su taller, esta vez llevándose una silla, y se quedó observando el trabajo de las cuidadosas, inteligentes manos. Y pronto se sintió tan bien que casi se olvidó del camarada Gordon O'Leary. Tendremos que decidir si llevamos esos paquetes al vertedero de basuras o no, pensó distraída. Tal como están las cosas, él creerá que alguien ya los ha encontrado y se los ha llevado a alguna parte. Tan lejos parecía haber quedado su terror real, que incluso se dijo: Bueno, eso le hará pasar un mal rato. Le estará bien empleado. Le habló a Jocelin de él como de un vendedor inoportuno al que hubiera despedido con cajas destempladas.

—¿Quién diablos se creen que son? —corroboró Jocelin.

Su común exaltación empezó a llenar toda la casa, como los aromas de una de las sopas de Alice, y durante un rato todos se reunieron allí arriba a contemplar cómo trabajaba Jocelin, mientras comentaban bromeando el uso al que les gustaría destinar tal o cual bomba. Edificios de muchos pisos. Almacenes de datos computerizados de la policía. Cualquier sistema de almacenamiento de datos, en realidad. Ciertos barrios residenciales. Cualquier refugio nuclear construido en cualquier parte, pues solo los ricos se beneficiarían de ellos. Centrales nucleares.

El juego fue haciéndose cada vez más desenfrenado y

ruidoso, hasta que Caroline observó que Reggie y Mary debían de estar al llegar. Dejaron a Jocelin con su trabajo y los demás se dispersaron por la casa, aunque continuaron encontrándose en los pasillos o en la cocina, pues ese era un día en que resultaba difícil no estar juntos, para compartir esa marea de excitación, de poder.

Esa noche, que era jueves, todo salió bien. Reggie y Mary estuvieron en la casa solo el tiempo necesario para recoger unas cuantas cosas; se iban a pasar el fin de semana fuera. Un golpe de suerte: eso significaba que podrían pasar toda la velada juntos. Se reunieron en la cocina, riendo y bromeando como si estuvieran borrachos. Pero ninguno bebió. Y Jocelin estaba callada, reconcentrada, separada de los demás por las exigencias de su tarea.

Jocelin decidió que sería preferible que en total fueran tres, no dos, para poder levantar el pesado poste de cemento. Todos compitieron por ese honor y Jocelin escogió a Bert. Faye se quedó decepcionada, refunfuñando un poco. Roberta le dijo:

—No te preocupes, habrá otras ocasiones.

A las cuatro menos cuarto, Jocelin, Bert y Alice abandonaron calladamente la casa. Todas las ventanas de la pequeña calle estaban a oscuras. En la avenida principal, las farolas parecían absorber su propia luz, su amarillo iba espesándose a medida que un frío gris abstracto comenzaba a teñir el cielo. Entre farola y farola, las aceras estaban a oscuras. Esta oscuridad empezó a agitarse en un punto muy bajo frente a ellos y se transformó en un perrito blanco y negro, que iba trotando con aire modesto y pensativo de un lugar a otro. No encontraron a nadie en esa calle, ni tampoco en la callejuela donde debían realizar su trabajo. Todo el asunto les llevó un minuto, mientras Alice y Bert levantaban el poste y Jocelin colocaba la bomba debajo. El poste se mantuvo de pie. En vez de salir corriendo, se alejaron andando despacio hasta una esquina y

después caminaron rápido. Pocos minutos después de llegar a la casa, cuando estaban bebiendo chocolate en la cocina, escucharon el estallido de la bomba. Más ruidoso de lo que esperaban.

Se quedaron sentados, sin bromear ahora, sino tensos, irascibles incluso, ansiosos de levantarse y salir a verlo, pero Bert dijo que los criminales siempre intentaban visitar el escenario del crimen y que la policía contaba con eso.

Jocelin de hecho se fue a la cama. Y lo mismo hicieron Faye y Roberta. Los demás no pudieron. Alrededor de las nueve, Caroline salió a dar un paseo por las ajetreadas calles, encontró la zona cerrada con bandas rojas y amarillas, «como una feria callejera», dijo, y llena de policías por todas partes. Los daños parecían bastante importantes. Ventanas rotas, por ejemplo. Despertaron a Jocelin para decírselo. Esta se quedó molesta; su intención era fragmentar el poste y una determinada superficie de la acera. También ella se fue a verlo y regresó cabizbaja. Sus cálculos habían fallado. Volvió a su taller y dijo que quería pensar a solas.

Alice recordó que esa era la mañana en que dispondría del coche para deshacerse de los fardos, o paquetes. Estaba de mal humor y hasta resentida. ¡Tener que ocuparse de resolver ese asunto una mañana como esa, un día en que sin duda le permitirían estar con los demás, sin problemas!

Lo discutieron. ¿Debían salir ahora, a media mañana, e intentar encontrar un lugar donde tirar los paquetes? Caroline dijo que no valía la pena preocuparse, muy pronto todos habrían desaparecido de la casa de todos modos. Que el siguiente grupo de ocupantes se hiciera cargo del problema.

Bert y Jasper dijeron que no. Alice se plegó a regañadientes a su opinión.

Entre los cuatro bajaron los paquetes del desván, con dificultad y con muchos topetazos. El ruido hizo salir a Jocelin.

Dijo que quería ver qué había dentro; después de todo, quizá les fuera útil. Cortaron con facilidad las cintas de plástico. La envoltura era de grueso papel encerado. Debajo había un recio cartón. En su interior, gruesas capas de bastas hilachas de lana grasienta. En este nido yacían las piezas sueltas de varias armas. Los cinco conspiradores se inclinaron asombrados sobre el paquete abierto. Sus corazones latían con fuerza, sus ojos estaban deslumbrados. Lentamente, se incorporaron para respirar mejor. A Caroline le temblaba la mano apoyada en el borde del paquete y se apresuró a retirarla. Los cinco permanecieron inmóviles en torno a las piezas medio tapadas que resplandecían con un brillo apagado bajo la escasa luz. Su respiración era ronca y jadeante y se les oía tragar saliva. Bert comentó riendo:

—Cualquiera diría que estamos cagados de miedo, y creo que yo sí. De pronto, todo va en serio...

Todos se rieron, excepto Alice, que se tapaba la boca con ambos puños ligeramente cerrados. Sus ojos miraban trágicamente a Jocelin por encima de los nudillos; la otra le dirigió una mirada impaciente y dijo:

—Venga, moveos. —E hizo ademán de volver a cerrar el embalaje.

—¡No! —gritó Jasper, volviendo a la vida. Y en un arrebato de energía empezó a sacar las piezas y a montarlas tal como le parecía que debían ir, apoyándose en el resto de las piezas todavía semienterradas entre la borra.

—No —dijo Jocelin fría y serena... con gran alivio para Alice, que la secundó con un:

—No, Jasper, no.

Bert ya estaba intentando ayudar a Jasper, pero era lento y torpe en comparación con él.

Pero, aunque Jasper ensamblaba las partes con mucha pulcritud y competencia, para luego desmontarlas e intentar

otras formas de acoplamiento, no consiguió nada parecido a un arma completa.

—¿Son ametralladoras? —preguntó casi llorando Alice.

—Basta —le dijo Jocelin directamente a Jasper—. Si consiguieras montar una, ¿qué harías con ella?

—Oh, ya le encontraremos algún uso, seguro —dijo Bert, haciendo brillar todos sus blancos dientes, mientras ponía todo su empeño en mostrarse tan hábil como Jasper, que ya casi tenía montado un objeto negro, reluciente, de siniestra apariencia, que hacía pensar en las armas que se ven en las películas del espacio para niños.

—Ahora las ha llenado de huellas digitales —dijo Jocelin con tal desdén, que primero Bert y luego Jasper soltaron las armas y dieron un paso atrás.

—Imbécil —masculló Jocelin, pulverizando a Jasper con su fría mirada, que revelaba exactamente lo que en verdad pensaba de él—. Idiota. ¿Qué piensas hacer? ¿Tenerlas por aquí tiradas, supongo, por si alguna de pronto resulta útil para algún trabajito? —Se abrió paso con los codos entre los dos hombres y se puso manos a la obra ella misma. Primero desmontó rápida y hábilmente las armas medio ensambladas (demostrándoles así a todos que sabía exactamente lo que hacía, que estaba familiarizada con ellas) y luego cogió puñados de borra y limpió con ella las huellas digitales, mientras sostenía con cuidado las piezas entre los dedos cubiertos también de borra.

—Probablemente, solo frotar las marcas así no servirá de gran cosa... no con los métodos que usan ahora —comentó Caroline.

—Probablemente, no —dijo Jocelin—, pero es demasiado tarde para pensar en eso ahora, ¿no crees? Tenemos que deshacernos de estas cosas; simplemente tenemos que deshacernos de ellas.

—¿Por qué no las enterramos en el jardín? —sugirió Bert, hablando como un niñito desposeído, y ella replicó:

—En este jardín, ¿eso quieres decir?; ¡brillante idea! —Y a continuación, mientras volvía a acomodar las piezas de las armas en su nido, añadió—: Si tenéis pensado hacer cualquier trabajito que realmente sea necesario, algo concreto... es decir, dentro de un contexto adecuado, correctamente organizado, entonces es posible obtener armas. Sin duda ya debéis saberlo...

Bert la miró con resentimiento, pero también con una admiración que le concedía el derecho a tomar el mando. Le ardían los ojos de excitación y no podía dejar de sonreír; sus dientes, sus ojos, sus labios rojos, refulgían y brillaban.

Jasper se estaba conteniendo, con los ojos resguardados por las pestañas, para no mostrar la intensidad de su rabia; la rabia que Alice sabía que sentía. En ese momento veía a Jasper, a Bert, como no los había visto hasta entonces, como soldados, soldados de verdad, en una guerra. Pero sí les encantaría, pensó, sobre todo a Jasper. Disfrutaría cada instante... Esta idea la dejó todavía más alicaída y se retiró un par de pasos de la escena, con los nudillos de ambas manos nuevamente en la boca.

Jocelin había captado muy bien su estado, a pesar de su preocupación por cerrar el paquete.

—Alice, ¿no habías visto nunca un arma?

—No.

—Te estás pasando con tu reacción.

—Sí, así es —dijo enseguida Jasper, volviendo a la vida con una no disimulada furia contra Alice—. Miradla, cualquiera diría que acababa de ver un fantasma. —Y de pronto empezó a actuar como una criatura que intenta asustar a otra en un patio de juegos—. Uuu-u-u —ululó, agitando las manos frente a ella —, Alice ha visto un fantasma...

—Oh, por el amor de Dios —gritó Jocelin perdiendo los

estribos—. Tenemos un trabajo serio en perspectiva, ¿recordáis? Y yo me vuelvo a trabajar. Llevaos esas cajas a alguna parte y tiradlas y olvidaos de ellas. Solo nos traerán problemas. —Y con estas palabras empezó a subir, con su estilo lento y decidido, sin volverse a mirarlos. Estaba furiosa consigo misma, los demás lo sabían, por haber perdido el control.

—Vamos, en marcha —dijo Bert.

Indecisión. Ausente Jocelin, la verdadera jefa de la situación, por un instante ninguno pudo moverse. Después, Alice volvió a la vida y anunció:

—Iré a buscar el coche.

Se alejó corriendo. La vecina de abajo de Felicity tenía las llaves del coche porque —como dijo malhumorada, manifestando el enfado de Felicity en su lugar— esta esperaba que Alice llegara a la hora que habían quedado. Disculpas y sonrisas. Alice condujo el coche hasta el 43. Los cuatro llevaron los paquetes hasta el coche. No era raro que pesasen tanto.

Estuvieron deliberando un rato adónde los llevarían. ¿Al vertedero de basuras? No. No a esa hora del día. ¿Al río? No, alguien podría verlos. Mejor ir en el coche hasta algún barrio con mucho parque, como Wimbledon o Greenwich, y ver qué podían encontrar allí. Estaban atravesando Chiswick, a paso de tortuga entre el denso tráfico, cuando divisaron, en una calle transversal, unas grandes puertas de chapa ondulada y el rótulo: «Warwick e hijos, chatarreros». Salieron del tráfico y dieron la vuelta a la manzana y pasaron por delante de las puertas. El lugar parecía desierto. Alice aparcó en doble fila mientras Bert entraba, despreocupadamente, como si fuera un cliente, y aguardaba un rato. Pero no acudió nadie. Volvió atrás corriendo, con los ojos encendidos de excitación, los blancos dientes y los rojos labios relucientes entre su barba negra. La misma fiebre se le contagió enseguida a Jasper. Alice, llena de admiración hacia los dos, hizo marcha atrás entre las enormes

puertas y paró el coche. El patio era grande. En esa parte de Londres, amplios terrenos albergaban casas espaciosas y grandes jardines. Pero en ese sitio había en el fondo un par de desvencijados galpones de ladrillo y chapa ondulada, con pesados candados, y, por todas partes, pilas de tuberías metálicas, restos de coches, barras de hierro oxidadas, planchas de chapa ondulada torcidas y rotas. De vez en cuando se veía un fulgor de latón o de cobre, y varias pilas de cubiertas de plástico lechoso indicaban que esos comerciantes trataban en algo más que chatarra metálica. Cerca de las puertas estaban amontonadas varias vigas antiguas, de roble, a juzgar por su aspecto (dos de ellas serían justo lo que necesitaban para el techo de la pobre casa del 43), y alrededor de estas vigas se extendía una zona en la que había encontrado acomodo todo tipo de desechos, incluido un montón de cajas de cartón, en rápido proceso de desintegración, con más metal dentro, y botellas y recipientes de plástico. Eso era todo. Jasper y Caroline bajaron del coche al instante y ellos y Bert forcejearon para sacar los paquetes del coche y tirarlos junto a la pila de vigas. Alice sentía los ojos a punto de estallar, negras oleadas recorrían su cuerpo. Pero tenía que mantener el motor en marcha. A través de su fiebre de angustia vio que Bert ya se incorporaba y miraba a su alrededor, terminado el trabajo; que Caroline ya volvía al coche, se metía dentro; mientras Jasper, mortalmente serio, rápido, eficiente, restregaba con tierra las lisas, profesionales superficies de los paquetes y las rascaba con un trozo de hierro que había cogido del montón, afanándose en medio de un frenesí de precisa intencionalidad y de acierto. ¡Así era Jasper!, pensó Alice, enorgulleciéndose de él, todo su cuerpo vibrante de orgullo. ¡Nadie que no hubiera visto a Jasper así, en un momento como ese, podía tener la menor idea! Bert a su lado parecía un patán cuando, después de recuperar lentamente los nervios, y comprendiendo lo que

estaba haciendo Jasper, se unió a la tarea cuando el otro prácticamente ya la había terminado. Los dos paquetes ya no guardaban ninguna similitud con los dos relucientes monstruos marrones de instantes antes, tenían ya exactamente el mismo aspecto que el resto de los escombros tirados en el patio; pasarían fácilmente inadvertidos.

Jasper y Bert se zambulleron en el interior del coche y Alice arrancó. Que ellos supieran, nadie los había visto.

Volvieron hasta el centro de Londres y entraron en un pub de Shepherd's Bush. Eran alrededor de las doce y media. Se situaron en un lugar desde donde pudieran ver la televisión y se sentaron a beber y comer. Todos tenían un hambre devoradora. En las noticias no dijeron nada y, en cuanto terminaron, salieron del pub y se fueron a casa. Todos seguían teniendo hambre y se estaban cayendo de sueño. Compraron una buena cantidad de comida preparada y se la comieron en la mesa de la cocina en compañía de Faye, de Roberta, de Jocelin. Se palpaba un ambiente de desencanto. Pero no querían separarse; necesitaban su mutua compañía y encontrarse todos juntos. Empezaron a beber. Jasper y Bert, Alice y Caroline se fueron a dormir durante un par de horas, en distintos momentos, pero una vez a solas en sus habitaciones todos sentían una fuerte atracción de los demás, que los impulsaba a bajar otra vez. Estuvieron bebiendo sin parar durante toda la tarde y la noche, ya no exaltados, sino más bien deprimidos. Aunque ninguno lo confesaba; pero Faye se puso llorosa un par de veces.

En cuanto empezó a funcionar el metro, Jasper salió corriendo a comprar los diarios. Volvió con todos, desde el *Times* hasta el *Sun.* La cocina se llenó de pronto de un aleteo de hojas de papel impreso, que todos iban pasando cada vez a mayor velocidad.

¡Ninguno decía nada de su hazaña! Ni una palabra. Se

pusieron furiosos. Por fin, Faye localizó un pequeño párrafo en el *Guardian,* que decía que unos gamberros habían puesto un explosivo en una esquina en West Rowan Road, Bilstead.

—Gamberros —dijo Jocelin con voz fría y asesina y castigadora, fulgurantes los ojos. Y no añadió, y no fue necesario que lo dijera porque estaba presente en la mente de todos: Ya verán lo que es bueno.

Y así se fueron a la cama. El sábado de madrugada. A las seis.

Durmieron todo el día y se despertaron con esa sensación de agradable distanciamiento que uno tiene cuando ha estado un tiempo sin dormir y después ha gozado de un largo sueño reparador.

Estuvieron discutiendo cuál sería el escenario de su siguiente tentativa. Las posibilidades eran varias. Pero Jocelin dijo que necesitaba más tiempo para estar segura de los medios con que contaba. Además, dijo Alice, el entierro de Philip sería probablemente el lunes o el martes; tenían que dejar eso resuelto primero. Por el silencio que siguió, por su forma de no mirarla, al menos no de inmediato, comprendió que a ninguno se le había pasado por la cabeza asistir al funeral de Philip.

—Yo iré aunque no vaya nadie más —dijo en el tono educado, indiferente que empleaba cuando se sentía más dolida, más traicionada.

Jasper, que conocía ese tono, dijo que la acompañaría. Se mostró satisfecho y hasta cohibido, como un niño, ante la mirada agradecida que ella le dirigió. Faye dijo que detestaba los funerales, que nunca había estado en ninguno. Caroline y Jocelin dijeron que apenas conocían a Philip.

Alguien salió a comprar cigarrillos y volvió con el *Advertiser* del barrio —el boletín que repartían gratuitamente en las calles

o que introducían en los buzones y por debajo de las puertas—. Allí encontraron esta nota:

> Una bomba hizo explosión en la esquina de West Rowan Street a primera hora de la mañana del viernes. Un poste de cemento quedó destruido y otro sufrió daños. La onda expansiva afectó las paredes de ladrillo de las casas cercanas y destrozó los cristales de cuatro de ellas. La señora Murray, una viuda de 87 años, declaró que estaba sentada junto a la ventana de la planta alta y pudo ver a tres jóvenes junto al poste. Aún no era de día y no logró distinguirlos demasiado bien. Pensó que estarían planeando alguna travesura y volvió a acostarse, todavía vestida
>
> «Últimamente duermo mal», dijo. Oyó la explosión y su habitación se llenó de cristales rotos. «Por suerte, no me quedé sentada al lado de la ventana», le comentó a nuestro reportero. La señora Murray sufrió heridas de carácter leve provocadas por las esquirlas de vidrio y sufrió una crisis nerviosa que requirió atención médica.

—Oh, pobre viejecita —dijo Alice con voz trémula. No miró a Jocelin, pues sabía que encontraría una mirada de reproche en sus ojos.

—Vieja estúpida —dijo Faye—. Lástima que no la hayamos liquidado de verdad. Le habríamos hecho un favor; en serio. Estos vejestorios, su vida no merece ser vivida. Ya están medio muertos de aburrimiento años antes de irse al otro barrio.

Los demás decidieron reírse, para aplacarla. Faye estaba en uno de sus violentos humores evocadores; pero ¿qué lo había provocado? Nunca lo supieron. Ella se limitó a quedarse callada, temblando, con cierto aire de desafío, sin mirarlos, sin mirar ni siquiera a Roberta, que estaba sentada con la espalda bastante encorvada, la nuca plateada inclinada, la mirada baja, sufriendo por ella.

—Bueno —dijo Jocelin—, creo que ya sé lo que tengo que hacer. Esta vez me saldrá bien.

Parecía enojada, resentida incluso. Todos se sentían frustrados y resentidos. ¡Un párrafo en el boletín del barrio! Lo vivían como un desaire, uno más en una larga serie de menosprecios de su verdadera dimensión, de su verdadera capacidad, una cadena iniciada tanto tiempo atrás —como las violencias de Faye— que ya no recordaban el principio. Sentían una necesidad asesina de imponerse, de demostrar su poder.

Continuaron bebiendo. Alice estaba sobria, como de costumbre, y sintió aprensión. Después de todo, era sábado. Y a las once, tal como ya medio se esperaba, llamaron con fuerza a la puerta. Se levantó al instante, abandonó con presteza su asiento y ya estaba en la puerta de la cocina antes de que los demás empezaran a reaccionar.

—Que no te vean, ¿me oyes? —le dijo a Jasper—. No salgas, por nada...

Y a Bert:

—Retén a Jasper aquí. No lo dejes salir.

A Jocelin:

—¿Hay alguna cosa que puedan encontrar?

Jocelin pasó veloz a su lado y desapareció escaleras arriba.

—Es ese pequeño fascista. Sabía que volvería. Ha venido a vengarse. Sabía que lo haría.

Los golpes no cesaban. Alice abrió la puerta y dijo secamente, echando mano de todos sus recursos para controlar la situación, para presentarse como la señorita Mellings:

—Despertará a toda la calle.

Era él, el joven rubio mala baba, con sus fríos ojos de crío, la pelusilla en el bigote. Sonreía sádicamente. Sostenía algo detrás de la espalda y se notaba un olor repugnante.

Alice intuyó lo que iba a ocurrir, comprendió que nada podía hacer para impedirlo. Pero lo principal era que Jasper no saliera, no en el estado de ánimo en que se encontraba; habría una pelea, lo sabía.

Detrás del policía había otro. Los dos lucían sonrisitas de colegiales y ninguno miró a Alice; mala señal.

—¿Qué desean? —preguntó ella.

—Es lo que deseáis vosotros —dijo el matón, y él y su colega contuvieron una carcajada, llevándose de hecho las manos a la boca, como si estuvieran representando una comedia en un escenario.

—Es lo que os gusta —dijo el segundo policía, con un marcado acento escocés.

—Un poquito de lo que a uno le gusta es bueno para la salud —dijo el enemigo de Alice. ¡Oh, cómo lo odiaba, qué bien lo conocía, del derecho y del revés! Oh, sabía lo que ocurriría en los calabozos policiales cuando tenía a alguna persona impotente en sus manos. Pero esa persona no debía ser Jasper.

Para provocarlo, para desencadenar su furia, se permitió decir en una débil, temblorosa vocecilla de niña:

—Oh, por favor, por favor, váyanse...

Con eso bastó. Era justo lo que hacía falta.

—Esto es lo que os gusta, ¿verdad? —dijo con sorna el otro y, con un fuerte balanceo del brazo, lanzó una bolsa de plástico henchida al interior del vestíbulo.

—La mierda con la mierda —dijo el otro.

El hedor inundó el vestíbulo, invadió la casa entera, mientras los dos hombres huían riendo. Naturalmente, estaba por todas partes, lo había salpicado todo.

Pero lo principal era que Jasper se había quedado dentro.

Pisando con cuidado, Alice se acercó a la puerta de la cocina y dijo:

—Yo que vosotros me quedaría exactamente donde estáis.

Pero no le hicieron caso, salieron en un ruidoso, enfurecido grupo, llenos de imprecaciones y amenazas. Jasper se iría enseguida a la comisaría. Mataría a ese fascista. Quemaría la comisaría. Volaría todo el edificio.

Faye estaba vomitando en el fregadero de la cocina, sostenida por Roberta. Jocelin apareció en el descansillo de la escalera y se quedó mirándolos desde allí, como una figura del Juicio Final o algo parecido, pensó Alice, harta de todos ellos. Alice ya sabía quién tendría que limpiar.

—Callaos —les interrumpió—. No entendéis nada. Esto es bueno, no es malo. Estaba decidido a tomarse la revancha por haber quedado como un imbécil el otro día. Hemos tenido suerte de que haya hecho esto. Podría haber entrado y haberlo destrozado todo, ¿no? ¡Ya lo hemos visto otras veces!

—Tienes razón —dijo Jocelin. También ella sintió bascas y se controló. Volvió a meterse en su cuarto.

Alice ya había ido a buscar un cubo, agua y diarios. Se detuvo un instante a contemplar a los tres, Jasper, Caroline, Bert, que continuaban mirándola asombrados desde el umbral de la puerta.

Se arrodilló en el extremo más apartado del vestíbulo y comenzó la tarea de lavar lentamente la alfombra, centímetro a centímetro. Cuando hubiera terminado, mandaría a Bert y a Jasper a tirarla junto a los cubos de basura.

—¿Por qué pierdes el tiempo lavándola? —preguntó Caroline —. ¡Tírala!

Alice ya esperaba que alguno dijera precisamente eso.

—Si la dejamos en el jardín tal como está, apestará —dijo fríamente—y habrá quejas, y la policía tendrá una excusa para volver.

—Sí. Tienes razón —dijo Jasper.

Alice continuó con su tarea. Se sentía llena de una furia helada. Habría sido capaz de matar, no solo a los policías, sino también a Jasper, a Bert e incluso a la bondadosa Caroline, cuya cara horrorizada, asomada a la puerta, parecía estar diciendo que la estupidez y perversidad del mundo eran increíbles.

—No te vayas a la cama —le ordenó Alice a Jasper—. Cuando haya terminado con esto, tú y Bert podéis llevarla fuera.

Tardó una hora o más en completar la alfombra. La sacaron, cargada de agua y de detergente, olorosa de productos químicos ahora, para dejarla junto a los cubos de basura.

—Supongo que algún pajarraco nocturno se estará levantando y mirando, como de costumbre —dijo Alice, resentida y muy cansada, cuidadosamente parada en el centro mismo del vestíbulo.

Faye dijo que iba a acostarse. Roberta se la llevó arriba, después volvió a bajar, fue a buscar otro cubo y colaboró en el lavado de las maderas y las paredes. Todos los demás se fueron a dormir.

Mientras trabajaba, Roberta iba despotricando sin parar en su otra voz, la basta, torpe, trabajosa voz de su infancia, no la lenta, fluida, cómoda voz de la Roberta de todos los días que ellos conocían. No maldecía en voz alta, sino en un tono apenas audible: un incesante, quedo torrente de odio contra la policía, contra el mundo, contra Dios; por ella y por Faye.

Cuando terminaron, las dos mujeres tomaron un baño. Después Roberta salió a comprar los diarios del domingo. Pero la prensa dominical no decía nada, ni una palabra.

Alice y Roberta durmieron algunas horas. Faye, que se despertó a media mañana, estaba enfadada con Roberta porque se había «dejado liar». Como desquite, subió a charlar con Jocelin, que estaba trabajando en sus bombas. Empezó a ayudarla, primero como aprendiza; después, cuando resultó que tenía verdaderas aptitudes, intentó hacer un complicado pequeño experimento por su cuenta. Bajó a tomar una taza de té, con el manual de instrucciones en la mano. En ese mismo momento llegaron Reggie y Mary, que habían estado trabajando en su nuevo piso. Estaba hecho un desastre, dijeron;

pero después de ver trabajar a Alice, sabían el partido que se podía sacar del caos. Por la forma en que lo dijeron, los demás comprendieron que habían decidido estar «amables» durante el tiempo que les quedaba de estancia allí. Entonces Mary cogió *El uso de los explosivos en un medio urbano* de encima de la mesa y empezó a hojearlo, distraídamente primero, después despacio, tomándose su tiempo. Se lo pasó a Reggie con una mirada que distaba mucho de ser «amable». Para entonces, Caroline, Jasper, Bert y Faye estaban en la cocina y de pronto todos se pusieron muy tensos y, firmemente decididos a no mirarse, intentaron fingir indiferencia. Reggie examinó el manual y después lo depositó encima de la mesa y se quedó pensativo. No había mirado a los demás. Luego, él y Mary se consultaron largamente con la mirada y Reggie dijo que él y Mary habían decidido mudarse al nuevo piso enseguida, aunque no estuviera listo. Solo instantes antes, Mary había estado diciendo que no se marcharían de allí hasta que tuvieran al menos agua caliente en el piso.

La pareja se fue arriba, dejando las tazas de té a medio beber.

—Esto no ha sido demasiado inteligente, camarada —le dijo Bert a Faye, exhibiendo un buen número de sus blancos dientes.

Faye sacudió la cabeza hacia atrás. Respiraba aceleradamente, sonriente y con el ceño arrugado, y se mordisqueaba los labios.

—No tiene importancia —declaró—. En cuanto se libren de nosotros, no querrán volver a acordarse de que existimos. Solo somos una mierda para ellos, nada más.

—Aun así —dijo Bert, haciendo un esfuerzo para mostrar la severidad que requería la ocasión—, ¡ha sido estuúpido! —Y se rió como si fuese un chiste.

Ella se rió ruidosamente, mirándolo con resentimiento.

Después se levantó bruscamente de la silla y subió corriendo en busca de Roberta. Pudieron oír, sobre sus cabezas, la queda voz maternal de Roberta; la airada estridencia de Faye, que expresaba sus quejas contra Roberta en su «otra» voz, la de su niñez; Roberta le respondía en su voz de todos los días.

Los tres permanecieron incómodos en sus sillas. Después Jasper comentó riendo:

—No veo por qué Alice tiene que quedarse durmiendo todo el día. —Y subió a despertarla. Cosa que hizo aporreando la puerta de la habitación donde ella dormía, donde él había dormido pero ahora no quería dormir. No obtuvo respuesta. Entró con cuidado, vio el bulto acurrucado de Alice de cara a la pared; y, considerando poco de su agrado la oscuridad de la habitación, corrió bruscamente las cortinas. Alice se incorporó de un salto en su saco de dormir, con los ojos desorbitados, deslumbrada por el resplandor de la tarde. Vio una negra figura puntiaguda y amenazadora perfilada contra la luz y dio un grito.

—Joder —dijo él asqueado.

—Oh, eres tú. —Volvió a tumbarse como estaba antes, de espaldas a él.

Jasper no pudo soportarlo. Se arrodilló a su lado, pegado a su espalda, y vio temblar decididamente las pestañas color arena sobre su cremosa piel pecosa.

—Alice —dijo con bastante amabilidad, pero con firmeza—. Tienes que despertarte. Ha ocurrido algo.

Ella abrió los ojos. No preguntó «¿Qué?». Permanecieron bastante rato, más de un minuto, en esa misma posición. Era como si, para ella, el hecho de levantarse como él le ordenaba y de bajar pudiera comprometerla más de lo que deseaba, pudiera comprometerla otra vez, cuando ya había tomado una decisión.

Jasper estaba de rodillas, pegado a su espalda. Alice sentía su

calor sobre los hombros y en ese calor notaba la obstinación de su necesidad de ella.

—Está bien, enseguida bajo —murmuró en un tono indiferente.

Él aguardó todavía unos instantes, con la esperanza de que se volviera y le sonriera. Pero ella continuó mirando a la pared, esperando que se fuera. Jasper se incorporó y salió, cerrando quedamente la puerta.

—Oh, no, no puedo —dijo jadeante Alice.

Pero de pronto se levantó, se enfundó los tejanos y el jersey, y bajó.

En torno a la mesa estaban ahora Jasper y Bert, y Caroline.

Jocelin había sido también convocada.

Alice se preparó un té, en silencio, pausadamente. Se sentó. Escuchó el relato de lo ocurrido. Luego dijo, corroborando las palabras de Faye:

—No tiene importancia. No querrán volver a acordarse de nosotros una vez que se hayan ido. Además, no hay ningún motivo para conectar con nosotros nada de lo que ocurra. Montones de personas tienen estos manuales de Cómoser-un-terrorista. —No lo dijo entre comillas, como una broma, como había sido la tónica en esa casa hasta entonces. La broma había quedado rebajada al nivel de lo cotidiano.

—Pero son tan condenadamente amantes de la ley —dijo Caroline—. Probablemente considerarán que es su maldito deber denunciarlo cuando relacionen una cosa con otra.

Siguió un momento embarazoso, en el que todos se miraron, reconociendo que era cierto. Pero Bert le quitó importancia.

—¿Cuando relacionen qué con qué? —dijo riendo—. Ni siquiera lo hemos decidido todavía.

—Este es un momento tan bueno como cualquier otro para hablar de ello —dijo Jocelin.

—Entonces tendremos que llamar a Roberta y a Faye —dijo

Jasper incómodo. Involuntariamente, dirigió la mirada al techo, justo al otro lado del cual estaban acostadas, o sentadas, Roberta y Faye, presumiblemente reconciliadas. En silencio, al menos.

—Tal vez no sea el momento oportuno —dijo Bert. Por la mueca que hizo, Alice dedujo que Faye estaba en uno de sus humores raros.

—Quizá deberíamos hacerlo sin Faye —dijo vagamente Alice.

Todos la miraron, dispuestos a censurarla. Sin embargo, y ella lo advirtió, todos estaban pensando que había algo de verdad en lo que acababa de decir.

Fue Jocelin, que ese día había estado trabajando unas horas con Faye, quien comentó:

—Pero es muy lista. Y tiene algunas ideas interesantes sobre dónde hacerlo.

—¿Dónde? —preguntó Bert, riéndose otra vez—. Dínoslo. No tiene patentadas sus ideas sobre el asunto.

—Estoy de acuerdo con vosotros en que Faye es muy emotiva —dijo Jocelin con voz seria—. Pero esta mañana me ha dado la impresión de que sabría reaccionar bien en una emergencia.

—¿Quién va a subir a llamarlas? —preguntó Jasper burlón.

Todos miraron a Alice.

Ella no se movió y continuó removiendo su té.

—Bueno, ¿qué te pasa entonces? —preguntó Jasper impaciente.

—Estoy cansada —dijo ella. Y, con un movimiento que pareció a la vez impulsivo y mecánico, se levantó.

Ella misma parecía sorprendida de su gesto y de encontrarse caminando hacia la puerta. Jasper la siguió y la sujetó por la muñeca.

—¿Adónde vas?

—Voy a dar un paseo —dijo Alice.

—Pero estamos discutiendo si debemos celebrar una reunión formal o no. Una reunión para decidir el camino que seguir.

Volvía a repetirse la misma situación que se había dado cuando él se había arrodillado a sus espaldas, mientras ella estaba acostada en su saco de dormir. Tras una larga pausa, Alice volvió a su silla y continuó removiendo el té como si no se hubiera movido.

—Voy a avisar a Faye y a Roberta —dijo Jocelin, y subió muy decidida.

Pudieron escuchar un pequeño coro de voces, la de Faye aguda, la de Roberta llena y positiva, la de Jocelin en son de réplica. Jocelin tuvo la última palabra. Bajó a anunciar que estaban de acuerdo. Estuvieron esperando durante media hora, tomándoselo con buen humor.

Después se encontraron todos reunidos. La discusión duró horas. Debatieron las ventajas de las estaciones de ferrocarril, los restaurantes, los monumentos públicos. El Albert Memorial fue el favorito durante unos instantes y después Faye dijo que no, que le encantaba; que no querría dañar ni un pelo de su cabeza. Hoteles. El número 10 de Downing Street. El Home Office. El ordenador de datos del M15. El Ministerio de la Guerra.

La lista se fue alargando. Como sucede cuando un grupo de personas intentan escoger entre muchas posibilidades un nombre para algo, las sugerencias fueron haciéndose cada vez más descabelladas y más fantasiosas, más divertidas; todo acabó convirtiéndose en una comedia. De vez en cuando, uno de ellos decía que tenían que ponerse serios, pero la seriedad no parecía estar en el orden del día. Todos estaban hechos polvo de tanto reír cuando por fin decidieron el sitio. Y Faye les devolvió a la seriedad con su imperiosa exigencia de ser ella la encargada de colocar directamente los explosivos. Le tocaba a ella, dijo; Alice y Jocelin y Bert habían sido los únicos que se

habían divertido la vez anterior.

Quedó acordado que «la verdadera ejecución» quedaría a cargo de Faye, Jasper y Jocelin, como maestro de explosivos, con los demás como auxiliares. La sesión se levantó alrededor de las ocho. Lo celebraron yendo al restaurante indio. Después Faye y Roberta se fueron al cine. Bert y Jasper y Caroline —Bert quiso que ella los acompañara— se fueron a visitar el *squat* del sur de Londres. Jocelin dijo que tenía que hacer unos últimos retoques.

Alice dijo que no, que estaba bien sola, quería dar un paseo. Sí, quería caminar; no entendía por qué armaban tanto alboroto. Le gustaba pasear sola.

Era la primera vez que algunos de ellos tenían noticia de esa preferencia de Alice y hubo algunos comentarios burlones.

Alice echó a andar, malhumorada, por las calles a oscuras. Se detuvo después de unos cien metros poco más o menos y se quedó mirando el interior de un jardín en el que solo se distinguían las siluetas de las flores, y un arbusto, drenados de todo color. Volvió en sí con un suspiro y echó a andar en dirección al piso de su madre. Una vez allí, pulsó enérgicamente el timbre, casi de inmediato volvió a llamar y al oír la voz de su madre anunció:

—Soy Alice.

Una pausa.

—Soy Alice —repitió perentoria, insistentemente.

Otra pausa. Prolongada. Después se oyó un zumbido y Alice se apresuró a subir la fea escalera desnuda. Aparentemente, cuando su madre abrió la puerta, esperaba encontrarse con la agradable, amplia sala de la antigua casa de los Mellings, pues entró con gran ímpetu, como en una gran habitación, y tuvo que detenerse en seco delante de su madre, que se encontraba de pie frente al sillón que, a todas luces, acababa de abandonar. Era una salita bastante aceptable, pero Alice la

encontró estrecha y fea. Los dos sillones, uno a cada lado de la pequeña chimenea de gas, que antaño tenían tanto espacio a su alrededor, parecían dos andrajosos prisioneros demasiado grandes, obligados a permanecer cara a cara. Necesitaban un tapizado nuevo; Alice no lo había notado hasta entonces.

—¿Qué te crees que estás haciendo en un sitio como este? —exclamó con voz escandalizada, hostil.

Hacía frío en la habitación. A Alice eso no le molestaba, pero Dorothy llevaba un grueso jersey y medias de lana, ropas de invierno. Alice reconoció el deformado jersey amarillo y la ancha falda marrón. Eran viejos. El pelo de su madre, muy blanco ya, estaba recogido en un moño desaliñado. Su ajada, hermosa cara, miraba a Alice sin sonreír, con una expresión malhumorada que no daba muestras de querer suavizarse.

Como siempre que Alice se encontraba de verdad en compañía de su madre, agradables y cariñosas emociones desplazaron a los sentimientos airados que experimentaba cuando estaba lejos de ella.

El rostro sufriente y agresivo con que había entrado ya había desaparecido y ella sonreía. Con la sonrisa tímida, ansiosa de complacer de la buena hija. Echó una mirada para ver si podía sentarse. Junto al sillón que había estado ocupando su madre había una pila de libros que alcanzaba hasta la altura del brazo. Sobre la repisa, encima de la chimenea de gas, había una botella de whisky y un vaso, lleno hasta un tercio.

Alguien había estado ocupando el sillón situado frente a su madre. Alice incluso miró inquisidoramente a su alrededor para comprobar si esa persona estaba escondida en alguna parte. Los cojines del asiento estaban aplastados, con un aire de prolongada e íntima ocupación. En el suelo, junto a ese sillón, había una taza de té. Alice de pronto se imaginó a Zoë Devlin y a su madre sentadas una frente a otra y escuchó su firme, deleitada risa, que parecía excluir a todos los demás. Un agudo

dolor la atravesó y la mirada que le dirigió a su madre volvía a estar llena de resentimiento.

—¿Por qué vas tan abrigada? ¿Estás enferma?

Una pausa. Dorothy dijo cautelosamente, todavía malhumorada:

—Como sabes, el frío me afecta. A diferencia de lo que te ocurre a ti.

—Entonces, ¿por qué no enciendes la estufa?

Una pausa.

—Como podrías haber deducido por ti misma, tengo que controlar mis gastos.

Habló con cautela, casi susurrando, temerosa de la reacción que podría provocar según qué tono de voz, con un movimiento en falso. Un poco como una enfermera con una paciente intratable.

—¡No sé de qué me estás hablando! —gritó Alice—. No puedes estar tan mal como para no poder encender el fuego si tienes frío.

Dorothy Mellings suspiró. Le volvió la espalda. Para dirigirse, no a los dos sillones que ahora parecían la promesa de una larga charla amistosa pendiente con Alice, sino hacia una pequeña mesa alargada apoyada contra la pared, donde solía comer. Encima había un plato con una manzana y un plátano. Alice profirió una furiosa exclamación y se precipitó hacia la pequeña nevera situada en el rincón reservado para cocinar, con pretensiones de cocina. En la nevera había una botella de leche, un poco de queso, cuatro huevos, media barra de pan blanco.

Alice giró en redondo para enfrentarse con su madre, pero sin darle tiempo a decir nada, Dorothy dijo:

—Alice, ¿quieres tomar un té o alguna cosa? ¿Tienes hambre?

—No, no tengo hambre —dijo Alice en un tono que sonó

acusador.

Dorothy se sentó en una de las sillas junto a la pequeña mesa y le hizo una señal a Alice para que se sentara al otro lado, pero esta se sentía incapaz de reconocer las prerrogativas de esa mezquina mesita dentro de la vida de su madre y se sentó en el brazo del sillón que había estado ocupando la amiga de su madre.

—¿Ha venido a verte Zoë Devlin?

—No, no ha venido. Como sabes, Alice, en estos momentos no nos entendemos nada bien.

—Oh, no seas tan condenadamente absurda. La conoces de toda la vida.

—Como sabes muy bien, nos peleamos.

—Bueno, y Theresa, ¿ha venido?

—Todavía no.

—¿No me digas que te has peleado con Theresa?

—No tengo por qué decirte nada —dijo Dorothy. Se incorporó un poco en la silla, no tuvo necesidad de hacer nada más, alargó la mano para coger su vaso de whisky y se tomó una apreciable dosis, con la boca un poco torcida.

Grant's. Oh, sí, Dorothy podía ser pobre, pensó con resentimiento Alice, pero no bebería nada que no fuera su whisky de marca.

Alice contemplaba ansiosamente ese rostro severo que parecía definitivamente fijado en una expresión preocupada, con las cejas contraídas.

Sintió que no conocía a su madre. En los buenos viejos tiempos, los tiempos que podían ocupar los recuerdos de Alice durante horas seguidas, Dorothy Mellings era una mujer alta y guapa con el pelo rubio rojizo recogido con un moño, cremosa piel delicadamente salpicada de pecas, ojos azul verdoso. Bastante prerrafaelista, en realidad, solían comentar bromeando todos ellos. Pero como Dorothy nunca se reclinaba

con indolencia, ni ponía cara lánguida, ni entornaba los ojos, la comparación no llegaba demasiado lejos. Ahora era una mujer anciana, alta y fuerte, con una mata de desordenado pelo blanco. Sus ojos parecían macizos fragmentos de piedra verde. Cuando estaba con otras personas —con Zoë Devlin, por ejemplo— era toda vitalidad y risas.

—¿Quién ha venido a verte, entonces?

—La señora Wood, la vecina de abajo.

Alice se levantó, la fulminó con la mirada, volvió a sentarse.

—¡La señora Wood! ¡Cómo que la señora Wood! Pero si es...

—¿Intentas sugerir que no es lo bastante buena para mí?

—Pero... —Alice se había quedado literalmente sin habla. Todo ese esplendor de su hospitalidad, la enorme casa, las personas que entraban y salían, las...— la señora Wood — tartamudeó.

—No sabía que la conocieras.

—Pero no puedes...

—¿Quieres decir que es de clase trabajadora? ¿Seguro que no irás a reprocharle eso, Alice? En cuanto a mí, he vuelto al nivel que me corresponde. ¿Y quién es la que presume todo el tiempo de su abuelo obrero? —Dorothy, por primera vez esa noche, sonrió y miró de verdad a Alice, con esos ojos verdosos, fríos, enfadados—. ¿O acaso piensas que no es lo bastante inteligente para mí?

—Pero no tenéis nada en común... Para empezar, apuesto a que no ha leído nada en su vida.

—¿Una repentina reverencia por la literatura? —inquirió Dorothy. Y bebió otro trago de whisky—. Puedo asegurarte que la compañía de la señora Wood me resulta tan interesante como... la de muchas personas que podría citarte. No está llena de estupideces y pretensiones.

Esto hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas a Alice, al recordar el inexplicable cambio de su madre, que la había

llevado a una crítica salvaje de cosas que había tenido en gran estima durante toda su vida, y pensó: Todo esto ha sido demasiado para ella; oh, es espantoso, pobrecita.

—Simplemente, no deberías haber aceptado nunca marcharte de casa —exclamó—. Debiste decir que no te irías. Entonces no habrías tenido que venir a vivir aquí.

Lo pronunció como una súplica, como si su madre todavía pudiera decir: «Sí, todo fue un error», y volver a su propia casa.

Dorothy pareció sorprendida. Luego recuperó la expresión cautelosa, con el ceño fruncido.

—Pero, Alice, ya sabes lo que pasó.

—¡Qué importa lo que haya pasado! Lo importante es lo que ocurra en adelante.

—Bueno, la verdad es que casi me parece inútil hablarte de... la necesidad. No sirve de nada. Todos lo habéis tenido todo tan fácil durante toda la vida que simplemente no lo entendéis. Dais por sentado que si queréis algo podréis tenerlo... —Alice emitió un pequeño murmullo de protesta, como para decir que desde su punto de vista lo que estaba diciendo su madre no tenía nada que ver. Pero Dorothy siguió hablando—: Ya sé que no sirve de nada. He estado pensando mucho en ti, Alice. Y he llegado a una sencilla conclusión. Estás absolutamente malcriada. Estás mal acostumbrada. Y lo mismo les ocurre a los hijos de Zoë Devlin.

Lo dijo sin emoción. Con indiferencia casi. Agotada toda la pasión.

Alice lo dejó pasar, como parte de la nueva personalidad, o locura, de Dorothy. Era preferible hacer caso omiso. Probablemente se le pasaría, igual que esa tontería de vivir allí.

—Creo que deberías decirle a Cedric que no estás dispuesta a vivir aquí; tiene que darte más dinero.

Dorothy suspiró, se removió en su dura sillita, pareció a punto de desplomarse de puro cansancio, se contuvo, se irguió

en su asiento.

—Escúchame, Alice. Y es la última vez. No sé por qué pareces incapaz de asimilarlo. No es demasiado complicado. —Se inclinó hacia delante, con la mirada fija en la cara hinchada, patética, quejosa de Alice, y empezó a hablar despacio, modulando cada frase—. Cuando tu padre me dejó, me dijo que podía quedarme en la casa. Pensaba transformar el segundo piso en un apartamento independiente. Lo alquilaría y con eso pagaría los gastos. La contribución, la electricidad, el gas. —Alice asintió a todo eso, asociándolo con lo que le decía. Alentada, Dorothy continuó—: Pero en vez de eso, os acogí a Jasper y a ti. Me escribiste preguntándome si podías quedarte una temporada en casa.

—No recuerdo en absoluto que fuera así. Tú me escribiste y me dijiste que por qué no me iba a vivir una temporada contigo.

—Muy bien. De acuerdo, Alice. Como tú quieras. No pienso discutir. No vale la pena. Sea como fuere, viniste a vivir a casa. Yo os acogí, a Jasper y a ti. Le dije a tu padre que algunas personas necesitan mucho tiempo para crecer; hablaba de ti, naturalmente. Jasper no me preocupa.

Un escalofrío de rechazo sobrecogió a Alice. Con gran esfuerzo, como había hecho tantas veces, se preparó para soportarlo, en nombre de Jasper.

—Tu padre me repetía continuamente: «Échalos. Ya tienen edad para abrirse camino solos. No veo ningún motivo para seguir manteniendo a ese par de gorreros». Pero yo no podía hacerlo. No podía, Alice. —Dijo esto último en un tono distinto, el primer tono «simpático» que le oía Alice a su madre esa noche. Bajo, dolido, suplicante.

Alice se sintió más fuerte al oírlo y dijo:

—Bueno, claro, esa casa tan grande y tú allí sola, y tus amiguetes siempre entrando y saliendo.

Dorothy volvió a quedar sorprendida ante las palabras de su hija. Se quedó mirándola inquisidora, con las arrugas del entrecejo bien marcadas.

—Es curioso —dijo— que simplemente no parezcas capaz de entenderlo. —Si Alice parecía incapaz de comprender un detalle esencial de la situación, entonces Dorothy era incapaz de entender una faceta esencial de Alice—. ¿Por qué no puedes entenderlo? —preguntó, dirigiéndose, no a Alice, sino a la habitación en general, al aire, a alguna cosa—. Simplemente, no consigo hacerte comprender... El caso es que yo estaría allí ahora, en casa, de no haber sido por ti y por Jasper. No, Alice, no te culpo, me culpo a mí misma. —Otro buen trago de whisky. A ese paso pronto estaría borracha. ¡Entonces Alice se marcharía! Detestaba ver a su madre ebria; era cuando empezaba a hacer todos esos comentarios negativos—. Y así están las cosas, Alice. Aunque no sé por qué me molesto en repetírtelo todo otra vez. No eres mi persona preferida, Alice. No tengo particulares deseos de verte.

Alice estaba forcejeando con un pensamiento difícil. Tenía la cara contraída. Se mordisqueaba los rosados labios. Parecía ofendida, como si Dorothy le hubiera dicho: «No me gusta esa blusa que llevas».

—Pero cuando Jasper y yo nos marchamos, ¿por qué no reformaste entonces el piso y lo alquilaste?

—Porque —Dorothy fue pronunciando machaconamente las palabras— me había gastado el dinero que Cedric me dio para reformar el piso. Me lo había gastado en ti. Es decir, en Jasper, naturalmente. Aparte de que la única forma de librarme de vosotros parecía ser mudándome, ya lo tenía todo acordado con el administrador de fincas. Como ya sabes, puesto que tú te ocupaste de llamar por teléfono... —Se interrumpió y suspiró —. No, claro que no fue eso. Tu padre dijo que ya estaba harto. Ese fue el motivo. Cedric dijo: «¡Se acabó!». Y no se lo

reprocho.

—Un momento —dijo Alice—, ¿cómo has dicho? ¿Que yo llamé por teléfono?

—Pues claro que sí. Te hiciste cargo de todo, ¿no? Estuviste muy servicial. Como solo tú sabes hacerlo.

—¿Yo llamé por teléfono?

Alice no podía recordar nada de eso. Dorothy no podía creer que Alice no se acordara. Por milésima vez se repetía la situación en que Alice decía: «No, no me acuerdo, te equivocas», convencida de que su madre se inventaba maliciosamente las cosas, mientras Dorothy suspiraba y se embarcaba en interesantes reflexiones sobre la patología de la mentira.

—De todos modos, podías haber dicho que habías cambiado de opinión.

—En el mundo normal, Alice, aunque tú no debes de saberlo, existen unas cosas que se llaman contratos.

—Oh, mierda —exclamó Alice.

—Exactamente. Mierda. Pero había dos motivos por los que no habría cambiado de parecer, aunque Cedric lo hubiese hecho. Para empezar, quería deshacerme de todo eso. Me hiciste un gran favor, Alice. Hubo un momento en que habría sido capaz de estrangularte. Me sentía como una visita en mi propia casa; casi no podía ni entrar en mi propia cocina; entonces, de pronto, me dije: ¡Dios mío, qué alivio! Me he librado de todo eso. ¿Quién ha dicho que tengo que pasarme la vida comprando comida y cocinándola? Años, años enteros de mi vida me he pasado acarreando cantidades de comida y cocinándola y sirviéndosela a un hatajo de glotones que ya comían más de la cuenta en cualquier caso.

La protesta que emitió Alice al oír esto fue como un gemido y se quedó mirando a su madre con ojos aterrados: Calla, calla, por favor, antes de que lo destruyas todo, hasta los recuerdos

de nuestra preciosa casa.

Pero esa peligrosa fuerza destructiva en que se había convertido ahora su madre no la escuchó, o decidió no hacerle caso, pues continuó insistiendo, en un tono duro, frío, pero burlón, como si nada, pero nada, mereciera ser tomado en serio:

—Y el segundo motivo fue que surgió esa fantástica oportunidad, esos alemanes, ¿cómo se llamaban...?, tú lo sabes, tú hablaste con ellos, querían comprar la casa, tal cual, con las alfombras y las cortinas... todo. Pero tenía que mudarme deprisa para ajustarme a su calendario. Y tú y Jasper os negabais a iros, sin hacer caso de nada de lo que os decía. —Al llegar a este punto, Dorothy Mellings inclinó la cabeza hacia atrás y se rió, mientras Alice, con los ojos muy abiertos, los nudillos de la mano izquierda entre los dientes (le quedaría la señal de la mordedura ahí) parecía a punto de disolverse en un mar de lágrimas bajo los ojos de su madre—. Entonces Cedric telefoneó a Jasper y le dijo que si no se largaba avisaría a la policía. Entonces, gracias a Dios, os fuisteis y el administrador empezó a perseguirme para que dejara libre la casa. Y entonces, en cuanto la tuve vacía, un gracioso entró y robó hasta el último retal de cortina. —Se estremecía de risa. Ese era el tipo de risa que compartía con Zoë Devlin, desde luego, pero ahora no la estaba compartiendo con Alice—. No quedó ni una maldita cortina. Con los como-se-llamaban a punto de llegar dentro de cuatro días. Se quedaron lívidos. ¡En el contrato estaba establecido que habría cortinas y cortinas tendrían! ¡El trato quedó cancelado! —Aquí Dorothy se tomó otro buen trago de whisky—. Perdí el piso al que iba a mudarme, tuve que contarles lo que había ocurrido. Estuvieron amables, pero no podían esperar. Era un buen piso, pero en realidad estoy contenta. Era demasiado grande para mí. La verdad es que necesito algo de este tamaño. Quería cortar con todo eso.

Alice interpretó, correctamente, «Quería librarme de ti» y se le llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a correrle por las mejillas.

—Una gente de Yorkshire se quedó con la casa, sin cortinas. Por dos mil libras menos, pero a esas alturas ya me daba igual. Este piso estaba libre. Está muy bien. Cuanto más sencillo mejor. Cuando pienso en los años de mi vida que me he pasado preocupada por futilidades...

—Siento haberme llevado la alfombra —dijo Alice con una vocecilla afligida.

—Oh, sí, te la llevaste. Bueno, la verdad es que ahora ya no me importa. No tengo dónde ponerla, así que es preferible que la tengas tú.

Alice sorbió y se tragó las lágrimas y luego dijo:

—Siento haberte llamado fascista.

—¿ Có-o-mo? —Dorothy parecía incrédula—. ¿Fascista me llamaste? Vaya, vaya. ¿Y qué me dices de todo lo demás? Fascista. ¿A quién le importan tus pequeños insultos?

—¿Qué dije? Yo no... —En algún rincón, en lo más hondo de la mente de Alice, todavía reverberaba esa escena final cuando había insultado a gritos a su madre y lo mismo había hecho Jasper. Incandescente, estaba entonces. Al rojo vivo de ira.

—¿Todavía estás con Jasper? —le preguntó Dorothy.

Otra Alice, toda rectitud y firmeza, desplazó a la criatura lloricona.

—Claro que estoy con Jasper. Ya lo sabes.

—Oh, cielos, Alice —exclamó Dorothy Mellings, ofreciéndole de pronto a su hija la cálida, sencilla sinceridad que era el recuerdo que tenía Alice de su madre, sobre todo de los últimos cuatro años pasados en su casa, y de la que estaba hambrienta —. Oh, cielos, ¿por qué no te buscas un trabajo? ¿Por qué no haces algo?

—Pareces no tener en cuenta el hecho de que tenemos más

de tres millones de parados en el país —dijo Alice, sermoneándola.

—Oh, bobadas. Tienes mejores estudios que la mayoría de tus compañeros. Todos los hijos de mis amigas que tienen tu edad han conseguido empleo y tienen una carrera profesional. Tú también podrías haberlo hecho si hubieses querido. Ni siquiera lo intentaste. Bueno, podrías empezar ahora... tu padre podría ayudarte. ¿Has visto a Cedric?

—No, no quiero verlo —dijo Alice—. No pienso llevar ese tipo de vida. No pienso estar sentada de nueve a cinco en una oficina.

Repentinamente frenética de exasperación, de sentimiento de pérdida, de incomprensión, Dorothy exclamó:

—Oh, deseaba tanto algo decente para ti, Alice. Yo no tuve una verdadera educación, como sabes. Dios sabe que te lo repetí mil veces... Me casé a los diecinueve años. Debería haber una ley que lo prohibiera. Y a partir de entonces solo me ocupé de la casa y os cuidé a tu hermano y a ti, y cociné, y cociné, y cociné. No estoy capacitada para ningún empleo. Cuando tú y tu hermano erais críos, solía quedarme pensando en mis amigas, las cuales, todas, estaban haciendo algo con su vida. Y yo estaba embarrancada. ¿Te acuerdas de Rosemary Holmes? ¿Sabías que trabaja en el hospital de Saint Bartholomew? Es una especialista mundial, en algo relacionado con el hígado. Ya lo ves, soy tan ignorante que ni siquiera sé de qué se trata. Fuimos al colegio juntas. Pero ella siguió después en la universidad.

Esta emoción desbocada de su madre estaba poniendo tensa a Alice; la hacía sentirse modosa y desaprobadora. La visión de su madre embriagada, en las fiestas o en otras situaciones, era el principal motivo de que Alice bebiera muy raras veces. Siempre llegaba un momento, cuando Dorothy bebía, en que empezaba a derramar alguna espantosa malevolencia, que

quemaba cuanto tocaba, como un dañino producto químico. Pero el afán destructivo que antes solo brotaba de ella cuando estaba bebida, como si saliera de un recipiente mantenido a alta presión en un rincón recóndito de su persona, ahora parecía haberse apropiado de ella, de modo que nada quedaba a salvo de su sarcástica hostilidad: ni sus hijos, ni sus amigas, ni su ex marido, ni ninguna otra cosa de su pasado.

Alice pensó mientras observaba cómo Dorothy contemplaba con ojos cargados de pena alguna oportunidad perdida: Bueno, ¿y qué cree que debería haber sido entonces?

Dorothy dijo:

—Habría sido buena médica, lo sé. Una sabe para lo que habría servido. Y también habría sido buena agricultora. Y exploradora.

—¡Exploradora! —se burló débilmente Alice, y Dorothy dijo:

—Sí, exploradora.

Tenía el vaso vacío. Se levantó, se acercó a la repisa, se sirvió otra generosa dosis de whisky, se sentó. No miraba a Alice.

—No he hecho nada en la vida. —Incluso sonrió, desdeñosamente, mientras negaba a Alice con esas palabras—. Cuando erais pequeños solía miraros y me decía: Bueno, al menos me aseguraré de que Alice reciba una educación, de que esté bien equipada. No permitiré que Alice se encuentre embarrancada como yo, sin preparación profesional ni nada. Pero al final has acabado pasándote la vida haciendo lo mismo que yo. Cocinando y acunando a otras personas. Una criada para todo. —Se rió amargamente, arrasando con todos los años que Alice recordaba con tanta nostalgia, matando a la Dorothy Mellings de antes, que derramaba cariño a su alrededor, a la que acudía la gente para rodearla, deseosa de tener lo que ella tenía: el don de llenar de vida cuanto tenía a su alcance.

Alice se quedó muda, tan dolida estaba, y permaneció sentada en una posición encogida que la hacía más pequeña,

escuchando sin querer a su madre, que seguía hablando:

—En este mundo mandan las personas que saben hacer las cosas. Que saben cómo funcionan las cosas. Personas que están equipadas. Ahí arriba hay una capa de personas que lo dirigen todo. Nosotros, en cambio... solo somos patanes. No entendemos lo que sucede y no podemos hacer nada.

Alice sintió que empezaba a reaccionar.

—No seas absurda, nosotros podemos hacer lo que queramos.

—Oh, vosotros, correteando por ahí, creyéndoos importantes. Sois solo unos patanes, nunca haréis nada.

—No lo entiendes, madre —dijo Alice serena y confiada—. Vamos a echarlo todo abajo. Todo. Toda esta porquería de mierda entre la que vivimos. Todo se vendrá abajo. Y entonces ya verás.

Esto hizo recuperar la serenidad a Dorothy. Volvió a su seca actitud vigilante, marcó una distancia entre ella y su hija; sus ojos verdes parecieron piedras otra vez y dijo:

—¡Y entonces volveréis a reconstruirlo todo a vuestra propia imagen! ¡Vaya perspectiva! —Se rió. Y, al ver que Alice empezaba a enrojecer, a ponerse de pie, añadió—: Oh, no me interpretes mal, probablemente lo haréis. Sois tantos, y con una sola idea en la cabeza, haceros con el poder... —Se reía ruidosamente, con esa risa suya, medio ebria, que Alice tanto detestaba—. Sí, ya lo veo todo. Jasper probablemente será ministro de Cultura, es el tipo adecuado. Aborrece cualquier cosa decente y una vez escribió una novela espantosa que no consiguió ver publicada. Y tú serás su gustosa colaboradora.

Alice estaba a punto de estallar, tanta era su furia, mientras permanecía allí de pie con los puños apretados, la cara contraída y encendida.

—Oh, cielos, Alice —dijo Dorothy Mellings—, vete. Estoy sencillamente harta de ti, ¿no te das cuenta? Simplemente, ya no me interesas.

Alice chilló:

—¡Ya verás, vieja fascista de mierda! ¡Tú y los fascistas de tus amigos! ¡Solo pensáis en eso...! —Hablaba de un modo incoherente, jadeante, sudorosa—. Pero espera y verás. Todo está podrido. Todo está carcomido. Pero estás tan dormida y eres tan estúpida que ni siquiera te das cuenta. Lo echaremos todo abajo. —Y se acercó incluso a su madre y le dio un empujón en el hombro que la obligó a apoyarse en el canto de la mesa—. ¡Ya veréis! —gritó finalmente Alice, y salió corriendo de la habitación dando un portazo.

Impulsada por una rabia angustiosa, bajó a toda prisa las escaleras y continuó corriendo calle abajo, dobló una esquina y se incorporó al escaso personal retrasado que salía del metro. A una manzana de distancia divisó a dos policías que se acercaban paseando y en el acto se transformó en una buena ciudadana que regresaba a casa después de divertirse un rato. Reconoció a uno de los policías. Había participado en el primer registro de la casa. Él no la reconoció. Alice lo saludó con la cabeza y sonrió, como contribuyente que pagaba su sueldo. Él dijo:

—Buenas noches.

Bueno, tenían órdenes de confraternizar, pensó Alice, y una vez que lo hubo dejado atrás sin peligro, dejó que su cara, su cuerpo, manifestaran el desdén que le inspiraba. Pero su auténtica indignación se había disipado con la alocada carrera por la acera. Ahora empezó a pensar en su madre con una intensa compasión protectora. ¡Dos míseros cuartuchos! Dorothy se veía tan grande en esa salita; si se daba la vuelta demasiado deprisa, podría derribar una pared. ¡Y se pasaba allí las tardes charlando con Zoë Devlin y leyendo libros! Alice pasó revista, a través de la fotografía mental que había almacenado, a los títulos de las dos ordenadas estanterías adosadas a la pared, y de la pila de libros que había en el suelo,

junto al sillón grande. ¡Para qué querría leer ese tipo de libros! Diríase que había vuelto a la escuela. Cuando Zoë Devlin iba a pasar la tarde con ella, se sentaban una frente a otra y hablaban de la vida. No. De libros. No, claro que no, habían tenido esa pelea. Bueno, era absurdo; tendrían que hacer las paces; eran como hermanas; ellas mismas lo decían. Una estúpida, ridícula pelea... bueno, una buena cantidad de peleas, en realidad.

Alice se había quedado parada en la acera, como una niña jugando a las estatuas, aparentemente como si esperase un taxi o que alguien se ofreciera a llevarla. Estaba volviendo a ver —involuntariamente— la escena de esa espantosa pelea final entre su madre y Zoë. Estaban en la antigua sala de estar, en la planta baja, que se extendía desde la fachada hasta el fondo y de un lado al otro de la casa, con ventanas en tres de sus paredes y, al otro lado de las ventanas, un panorama de jardines y árboles. Dorothy Mellings y Zoë enfrentadas cara a cara, pálidas, demasiado serias para gritarse o insultarse, lo cual habían hecho otras veces, pero siempre acababan haciendo las paces riendo. Dos altas y atractivas mujeres de cierta edad, con la preciosa sala que se extendía a su alrededor hasta las ventanas, con los jardines detrás.

La visión de Alice pareció desplazarse. Dos mujeres viejas. Ancianas. Las dos se veían tan apaleadas y derrotadas... Alice sintió su vejez como una afrenta contra ella. ¿Cómo se habían vuelto así tan deprisa? ¿Por qué? ¿No se daban cuenta de lo ridículas que resultaban, tomándose tan en serio?

Tres días antes, esas dos mujeres habían interrumpido una discusión diciendo que si no lo hacían, acabarían pegándose.

En esa ocasión, Dorothy había dicho: «Tú y yo nos conocimos en las marchas de Aldermaston. Nos conocimos debido a nuestras posturas políticas. Eso es lo que teníamos en común».

Zoë había replicado: «¡Oh, todo lo demás no cuenta, claro!

¡Hemos sido amigas durante veinte años!».

«Zoë, ¿te das cuenta de que tengo que medir todo cuanto te digo ahora? ¿Que no te puedo hablar de nada de lo que realmente pienso?»

«Bueno, hay montones de cosas de las que hablar.»

«No, no es verdad. No pienso perder el tiempo chismorreando y hablando de si debemos comer mantequilla y beicon o no. O si deberíamos hacernos la pasta en casa. De eso es de lo que podemos hablar.»

«Te has vuelto condenadamente reaccionaria, ese es el problema.»

«No me pongas esas malditas etiquetas estúpidas. Habéis vuelto todos al siglo diecinueve. Llorando por los mártires de Tolpuddle y cantando "Bandera Roja". Como chiste, no tiene ninguna gracia.»

«Antes no te lo tomabas como un chiste.»

«No, pero ahora sí. ¿Te das cuenta de que tengo que pensármelo dos veces antes de invitarte a venir aquí? Es imposible invitarte junto con otra persona que tenga opiniones políticas o cualquier otra cosa distintas que tú, porque empiezas a llamarlos fascistas. Te niegas hasta a hablar con nadie que lea un diario de derechas. Te has convertido en una pesada fanática, Zoë, ¿lo sabías?»

«¡Y tú eres una fascista! O poco te falta. Leyendo libros sobre el KGB y viendo rojos escondidos debajo de cada cama.»

«Hay rojos debajo de cada cama —dijo Dorothy muy seria—. Cielos, cuando pienso que antes era un chiste, ¿te acuerdas? La gracia estaba en que nosotros éramos los rojos que estaban escondidos debajo de las camas.» Y Dorothy se había echado a reír. Zoë había seguido muy seria, ferozmente acusadora: «A la próxima de cambio estarás defendiendo la política exterior de Reagan y la Thatcher».

«Empiezo a preguntarme si no debería hacerlo. Después de

todo, cuarenta años atrás no se consideraba fascista luchar por lo malo contra lo peor. ¿Por qué ha de serlo ahora?»

«Dorothy, me voy. Creo que si no lo hiciera, acabaría pegándote.»

«Sí, creo que será lo mejor.»

Eso había ocurrido tres días antes. Ninguna de las dos había dado ningún paso para reconciliarse con la otra. Luego Zoë apareció una mañana. Jasper estaba en la cocina, comiendo el desayuno que le había preparado Alice. Dorothy Mellings estaba hablando por teléfono en la sala de estar, manteniéndose a buena distancia de Jasper, cosa que Alice le agradecía.

Zoë entró en la sala de estar, sin prestar la menor atención a Alice, que estaba arreglando las flores para su madre. Se detuvo en medio de la habitación y miró con expresión dramática a Dorothy. La cual se tomó su tiempo para poner fin a la conversación telefónica, con objeto —como comprendieron tanto Alice como Zoë— de prepararse para el enfrentamiento. Pues tendría que haber un enfrentamiento, la cara y el cuerpo de Zoë así lo indicaban. Para Alice, saltaba a la vista que Zoë había acudido para provocar una pelea. Quería tener algún tipo de ruidosa confrontación de fuerzas con Dorothy; había algo deliberadamente acusador en su actitud. Llevaba preparadas toda clase de cosas que pensaba decirle, y la manera en que las diría.

Dorothy se levantó lentamente y fue a situarse delante de Zoë, como si aceptara un desafío para un combate. Pero ahora, llegado el momento, las dos estaban muy pálidas y serias, y —mucho peor que los gritos, que de todos modos solían acabar en carcajadas— hablaban en voz baja, jadeantes por el horror de lo que estaba ocurriendo.

«Escúchame, Dorothy. Tengo que decirte esto y tendrás que escucharme. Aunque empieces a odiarme por ello. Todavía más

de lo que ya me odias, quiero decir.»

«Bobadas», dijo impaciente Dorothy.

«Bueno, el resultado es el mismo, ¿no? Si todo lo que hago o pienso te parece estúpido.»

«¿Quieres que hablemos de eso? En serio, quiero decir. ¿De que las personas con opiniones políticas distintas son estúpidas? Así pensaba yo antes, desde luego.»

«Dorothy, no te vayas por la tangente. Quiero decir lo siguiente: ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, Dorothy? Porque Cedric te ha dejado...»

«Han pasado cinco años ya.»

«Deja que te lo diga. Cedric te dejó, y tú tienes que dejar esta casa. Y todo es tan espantoso que simplemente tienes que quemar las naves, la política de tierra quemada, destruirlo todo antes de marcharte. Porque así no te dolerá tanto.»

Zoë se quedó a la expectativa, esperando, al parecer, que Dorothy aceptara agradecida su diagnóstico.

«¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Dorothy sin levantar la voz, aunque esta sonó rencorosamente despectiva—. ¿Has venido hasta aquí para decirme eso?»

«Sí, así es. Es importante. Te has vuelto tan especial...»

«Por raro que te parezca, la idea se me había ocurrido. Te has vuelto muy corta con esa psicoterapia tuya, ¿sabes, Zoë? Anuncias algo absolutamente evidente como si fuera toda una revelación.»

Zoë temblaba de indignación. Pero también ella estaba decidida a no levantar la voz. «¿Por qué continúas haciéndolo entonces, si es tan evidente?»

«Tal vez haya distintas maneras de verlo. ¿Eres capaz de imaginar que pueda haber distintas maneras de ver una cosa? Lo dudo, tal como eres... Ni siquiera eres capaz de hablar con una persona que lee un diario distinto... Mira. Mi vida tiene que cambiar. ¿De acuerdo? Por raro que te parezca, ya había

tenido en cuenta todo eso que me has dicho. Pero ahora estoy haciendo balance, ¿me entiendes? Estoy pensando, ¿te das cuenta? Estoy reflexionando sobre mi vida. Lo cual significa que estoy examinando muchas cosas.»

Dorothy y Zoë se quedaron plantadas una frente a la otra, muy erguidas, como soldados en posición de descanso, o como una pareja a punto de iniciar los pasos de un intrincado baile.

«Y todo lo que puedes ver en mí es que no tenemos nada en común —dijo Zoë—. ¿Eso es todo? Después de veinte años de ser amigas.»

«¿Qué tenemos en común ahora? Hemos estado preparando comidas y hablando de nuestras malditas criaturas y discutiendo sobre el colesterol y el culto al cuerpo, y yendo a manifestaciones.»

«No he observado que hayas ido a ninguna últimamente.»

«No, no desde que comprendí que las manis y todo eso son solo para pasarlo bien.»

«¿Para pasarlo bien, para eso son?»

«Sí, así es. La gente va a las manis porque les divierte. Como ir de excursión.»

«No es posible que hables en serio, Dorothy.»

«Claro que hablo en serio. Nadie se molesta ya en preguntarse si sirve de algo participar en marchas o manifestaciones. Hablan de cómo se sienten allí. Es lo único que les importa. Lo hacen para pasarlo bien. Para divertirse.»

«Dorothy, esto es simplemente una perversidad.»

«¿Por qué es una perversidad si es verdad? Solo tienes que usar tus ojos y observar... a la gente en los piquetes, o en las marchas o las manifestaciones. Se lo pasan en grande. Y si la policía les pega, tanto mejor.»

Silencio. Zoë se había quedado mirando a Dorothy, desconcertada. Realmente no podía creer que hablara en serio. Alice, por su parte, se había quedado paralizada con las flores

en la mano, mirándolas a las dos y rogando para sus adentros: Oh, no, no, por favor, no hagáis eso, por favor, por favor, basta...; para ella su madre había perdido el juicio y se abandonaba a la destrucción, y no valía la pena escucharla siquiera. Mejor no hacerle ni caso.

«Voy a decirte una cosa, Zoë. Todos vosotros, los que marcháis arriba y abajo y agitáis banderas y cantáis patéticas cancioncitas... lo único que necesitáis es cariño; sois solo un chiste. Para la gente que manda de verdad en este mundo, sois solo un chiste. Os contemplan haciendo eso y piensan: Perfecto, así están entretenidos.»

«Simplemente, no puedo creer que hables en serio.»

«No entiendo por qué no, no paro de repetirlo.»

«Quieres destrozarlo todo, quieres romper con todos tus amigos.»

«Bueno, la verdad es que ya no puedo hablar contigo. En cuanto digo cualquier cosa de las que pienso de verdad, empiezas a llorar y a lamentarte.»

«Bueno, a mí me duele que nuestra amistad se acabe, aunque a ti no te importe.»

«Ya no tengo energías para todas estas peleas y pequeños dramas», dijo Dorothy.

Entonces Zoë tuvo que salir corriendo de la habitación, mascullando algo furiosa, pero no en voz alta; ninguna de las dos mujeres había levantado ni por un momento la voz. Y Dorothy, con una cara pálida, indiferente, espantosa, volvió junto al teléfono y se sentó para hacer otra llamada. Pero no marcó enseguida. Se quedó sentada, con la cabeza apoyada en una mano, mirando a la pared.

«¿Te hago una taza de té?», se había ofrecido sonriente Alice.

«No, gracias, Alice bonita.»

Pero ella se fue a la cocina, preparó el té, le llevó una taza a su madre, la dejó a su lado en el mismo lugar donde

continuaba sentada, sin moverse, con la cabeza sobre la mano.

Alice (inmóvil junto al bordillo, aunque no sabía que estuviera ahí, todavía no) pensó: Necesita una persona que la cuide, ¡la necesita de verdad! Prácticamente sin comida en la nevera, bebiendo allí sola. No puede ser. No, será mejor que se venga a vivir con nosotros, al 43. Podría ocupar los dos cuartos grandes del último piso, cuando Reggie y Mary se vayan. Por la cabeza de Alice se deslizó el pensamiento, inmediatamente censurado: Así yo tendría a alguien con quien hablar.

Alice se vio sentada con su madre junto a la mesa de la gran cocina, con diarios y libros por todas partes. Dorothy hablaría de los libros y Alice escucharía las noticias de ese mundo en el que, por alguna razón, ella no lograba decidirse a entrar.

Esta idea tuvo una rápida muerte natural.

Alice volvió en sí junto al bordillo. Hacía fresco. Sobre su cabeza, un cielo lleno de estrellas borrosas. Frente a ella, una farola amarilla.

Debía de ser alrededor de medianoche. Jasper y Bert y Caroline no volverían a casa esa noche; Alice ya lo sabía cuando se marcharon. Y Bert y Caroline estarían retozando y revolcándose juntos; todas esas miraditas encendidas y esos aires no eran por nada. Y Jasper estaría (si podía) en la habitación contigua...

Alice borró esta última idea de sus pensamientos y entró silenciosamente en la casa, pues no tenía ganas de ver a Faye y a Roberta, ni a Reggie ni a Mary. Pero en la casa no había nadie, aparte de Jocelin, que seguía trabajando. Alice llamó educadamente a la puerta y entró después de oír un gruñido que presumiblemente significaba «Adelante». Sobre la mesa alargada, alineados delante de Jocelin, estaban cuatro feos pequeños artilugios, idénticos y con la apariencia de latas de sardina un poco más grandes y complicadas. Todo el caballete estaba lleno de piezas de bombas, ahora desmontadas, y

también había algunos cacharros de cocina con productos químicos de uso doméstico. ¿Probablemente listos para ser devueltos a sus correspondientes envases en la cocina? Jocelin estaba ordenando unas piezas en pequeñas pilas. Saludó a Alice con la cabeza, sin sonreír. Parecía una obrera de fábrica inclinada sobre un banco de montaje, pero a ninguna obrera se le permitiría llevar esas mechas sueltas de pelo desteñido y de aspecto grasiento caídas sobre la cara y el viejo jersey manchado con un roto en el codo.

—Voy a enterrar todo esto —dijo Jocelin—. Ya lo recuperaremos si volvemos a necesitarlo. —Le concedió una sonrisa—. Ningún policía vendrá a cavar en este jardín durante una temporada.

—¿Bastará con esas cuatro? —preguntó Alice, pero solo para demostrar que admiraba su intención de conseguir tanto con tan poco, y Jocelin asintió, contemplando los cuatro objetos con un satisfecho aire de propietaria.

Después se acercó a la ventana y se detuvo allí, de espaldas a Alice, con los brazos en jarras; luego se volvió y dijo:

—Está bastante oscuro. Vamos.

La colección de piezas fue introducida, descuidadamente, pues ahora no eran peligrosas, en una bolsa de plástico, que luego envolvieron en otra y en otra, y salieron sigilosamente a la oscuridad de la noche, sin hacer el menor ruido.

Se detuvieron un instante junto al sitio donde habían empezado a cavar los policías, las dos pensando que ese sería el lugar más seguro, pero no se sintieron con fuerzas. Junto a la verja de Joan Robbins había una mata de lilas todavía cargada de aroma, a pesar de que sus flores, negras bajo esa luz, estaban ajadas y manchadas. A su alrededor había un poco de tierra blanda. No se veía ninguna luz encendida en ninguna parte. Estaban rodeadas por todos lados de casas a oscuras, sin ojos por una vez. Sin hacer ruido, con una azada, Alice cavó un

hoyo de buen tamaño y Jocelin depositó el envoltorio en el fondo. Entre las dos lo taparon y en un instante estuvieron otra vez dentro de la casa, con un sentimiento de mutua simpatía, cómplices con la misión cumplida.

En la cocina, Jocelin dijo:

—Se me había olvidado decirte que tienes un recado. Dos, en realidad. Primero, volvieron esos irlandeses. —No parecía preocupada, pero Alice comprendió que algo realmente muy grave había ocurrido.

—¿Los que trajeron ese... material?

—Esos. Querían saber dónde está el vertedero de basuras donde quedaron las dos cajas.

—¿Qué les has dicho?

—Que no lo sabía.

Desde el punto de vista de Jocelin, con eso bastaba, al parecer; continuó removiendo el azúcar en su taza de café, con el pensamiento probablemente puesto en su obra de artesanía, todavía cuidadosamente alineada allí arriba, encima del caballete.

—¿Y luego?

—«Bueno, señora, eso no es suficiente, ¿no cree? ¡Usted misma puede verlo! ¡Hemos recibido órdenes, y eso es un hecho! La señora con quien hablamos la primera vez que vinimos tendrá que acompañarnos al vertedero y decirnos dónde dejaron las cosas.» —Jocelin pronunció todo esto con un acento irlandés, perfecto por lo que podía juzgar Alice; tan fiel, que Alice se dijo: ¿Irlandesa? ¿Lo es? Y si es así, ¿qué significa eso? ¿Tiene importancia? ¡Ya tenemos a otra con un acento fingido!

Jocelin continuó:

—Y yo les he dicho: «Entonces, ¿volverán?». Y me han contestado: «Ya lo creo. Mañana por la mañana con toda seguridad». —En su voz normal, y como si todo eso no tuviera

nada que ver con ella, añadió—: Así que supongo que volverán.

—Entonces yo no estaré aquí —dijo Alice en un tono sosegado, aunque se sentía enferma de terror. Había creído que la excursión para tirar los paquetes sería el fin del asunto.

—Y la otra cosa es que ha venido Felicity. Ha dicho que han localizado a la hermana de Philip y que el funeral será el miércoles.

—Entonces no podremos hacer lo que teníamos previsto el miércoles. —Habían decidido que el miércoles era el día más favorable para su hazaña de armas.

—Lo primero es lo primero —dijo Jocelin en un tono crítico.

—Pero alguien tiene que asistir a su funeral.

—Tú puedes ir. No eres especialmente esencial para el plan.

—Pero ¡quiero estar presente!

Jocelin se encogió de hombros. Cogió su taza, se levantó, dijo «Buenas noches» y se fue arriba. Probablemente para perfeccionar los cuatro artefactos explosivos.

Alice se disponía a acostarse cuando entraron Mary y Reggie para anunciarle que harían el traslado el miércoles; alquilarían un camión de mudanzas.

Alice estuvo a punto de reírse al oír lo del camión de mudanzas, pero recordó que tenían dos habitaciones y parte del desván y la mayor parte de su dormitorio atiborrados de muebles y se limitó a decir:

—Muy bien. ¿Necesitaréis ayuda?

—No la rechazaremos —dijo Reggie, y los dos desaparecieron escaleras arriba.

No podrá ser el miércoles, se dijo Alice. También ella se fue a la cama. Se despertó temprano y dejó una nota encima de la mesa que decía que si se presentaban los dos irlandeses, debían decirles que ella, Alice, estaba fuera y que nadie sabía en qué lugar del vertedero estaban los paquetes. Salió diciéndose que seguramente los había mandado ese ruso. Bueno, ella lo había

mandado al cuerno, ¿no? Pronto todos se cansarían de acudir a la casa; solo era cuestión de aguantar un poco. Contuvo su ansiedad y la apartó de su vista.

Hacía una mañana agradable, soleada, nada fría. Alice estuvo paseando por las calles, descubrió que solo eran las diez, permaneció sentada largo rato en un pequeño restaurante, tomando un desayuno que en realidad no le apetecía. Las once y media. Pensó que podría acercarse a ver a su madre otra vez, incluso llegó hasta su puerta y entonces, cuando comprendió que volvería a ver esa escuálida salita y a su madre encajonada dentro, con los dos desvencijados sillones, antaño espléndidos, se desanimó y se dirigió al otro extremo de Londres, a visitar una casa ocupada donde vivía una chica que había conocido en Birmingham. La chica había asistido al congreso de la UCC. Estuvieron hablando de organizar otro, tal vez para el mes siguiente. La casa era perfecta para un congreso. Alice pensó, con el corazón helado, que dentro de un mes todos habrían desaparecido de esa casa; habían dado por hecho que todos se dispersarían. ¿Quién sabía dónde estarían entonces?

Volvió a la casa a las cinco. Jasper y Bert y Caroline estaban en la cocina, comiendo una comida preparada. A Alice le bastó una mirada para comprender que no se había equivocado: Bert y Caroline serían considerados en adelante como una pareja. Pero Alice decidió no darle importancia. Los irlandeses, le dijeron, no habían vuelto. Faye y Roberta habían llegado y los seis —Jasper, Bert, Caroline con Jocelin y ellas dos— habían decidido que el trabajo seguía adelante, para el miércoles por la tarde. Por la mañana ayudarían a Mary y a Reggie a cargar el camión de mudanzas. Alice podría ir al funeral.

—Pero no sé si el funeral es por la mañana o por la tarde —protestó Alice.

Nadie le contestó. No era importante. Alice pensó que ocurriría exactamente lo mismo si dejaba la casa; jamás la mencionarían, la olvidarían, como a Jim, como a Pat. Como a Philip. No, Jasper la seguiría, lo sabía; los demás quizá la olvidaran, pero Jasper no podría.

El martes todos fueron a reconocer el escenario del crimen —así lo llamaban bromeando— y estuvieron dando vueltas alrededor del gran hotel, integrados en la multitud. Evidentemente, se tomaron la molestia de disfrazarse para representar el papel. Jocelin, al parecer, tenía algo más que unos tejanos y un jersey. Se había puesto un vestido de lino tirando a rosa que parecía comprado en Knightsbridge. Caroline, igualmente, había adoptado el camuflaje de una falda beige bien cortada y una camisa amarilla. Roberta, por principios, se había negado a cambiarse, pero pasaba inadvertida en su mono azul oscuro. Faye llevaba una vaporosa blusa blanca y tejanos y llamaba la atención no solo por ser tan guapa, sino porque estaba encendida con una secreta sensación de triunfo, que la inducía a parlotear y exhibirse. Chistosa y provocativa, mostraba la esencia de su estilo cockney, pero aunque los demás se reían, no paraban de repetirle: «Tranquila, cálmate», y así continuamente, mientras Roberta la escoltaba ansiosa. También Jasper estaba bastante bello con su aire de júbilo, pensó Alice. Se le veía moverse serenamente por encima de la multitud de compradores y turistas que avanzaban en tropel, superior a todo; envuelto en deslumbrantes fantasías de cómo —y dentro de tan poco— demostrarían quiénes eran, allí, en ese desvergonzado, lujoso escenario. Una vez completado con éxito el reconocimiento, todos fueron a tomar un té.

Después cogieron un taxi hasta Hammersmith, donde vieron *Diva,* una película que algunos del grupo habían visto ya más de una vez. Cenaron juntos en el restaurante indio próximo a la casa y estuvieron de acuerdo en que tenían que acostarse

temprano. A Reggie y a Mary les dijeron que era para prepararse para el pesado trabajo que les esperaba al día siguiente con el traslado de los muebles; observaron que esto le había parecido razonable a la pareja, para quienes la tarea de trasladar sus muebles, reacomodar sus muebles, ordenar sus muebles, era el único tema digno de ocupar sus pensamientos. Aunque Mary comentó, casi sin prestarle atención, que la casa figuraba en el orden del día de la semana siguiente y que Bob Hood había incluido una recomendación para que «se acelerara el caso». Era una vergüenza, comentó Mary, que no se aprovecharan esas casas tan preciosas.

Alice sintió de pronto una indignación tan grande que apenas pudo expresarla:

—Lástima que el Ayuntamiento haya estado dispuesto a dejarlas desocupadas durante seis años.

Mary estuvo a punto de estallar, igual que había hecho Alice. Se puso roja, mientras la funcionaria y el ser humano luchaban dentro de ella, y luego dijo con una risita a la vez llena de disculpas y ofendida:

—Sí, es verdad, fue espantoso que se dejara podrir el asunto durante tanto tiempo.

—Pero ahora todo se arreglará —replicó Alice, sin dejarse aplacar en absoluto—. Ahora vendrá gente a vivir en ellas.

Mary titubeó y después salió de la cocina, seguida de Reggie. Él llevaba escrito en toda su persona: «¡Gracias a Dios mañana ya no estaremos aquí!».

El funeral de Philip debía celebrarse el miércoles a las diez. A las nueve, Alice dejó a los demás cargando ruidosamente muebles en un camión que parecía ocupar toda la calle y se fue a casa de Felicity, donde encontró a otras dos personas que le habían tenido aprecio a Philip cuando vivía allí. Los cuatro se dirigieron al crematorio en el coche de Felicity. La hermana de Philip estaba allí con su marido. Al parecer, habían llegado de

Aberdeen. Philip era escocés, un hecho que no había salido a la luz hasta ese momento.

La hermana era una muchachita pálida y delgada, con un aire obstinado, como Philip; decidida a no dejarse arrastrar por los vientos hostiles de la vida. Su marido era un joven pálido y bajo con ojos azul desteñido y un ralo bigote. Los dos hablaban con un marcado acento escocés. Esta pareja parecía deseosa de rehuir a los cuatro amigos de Philip, o al menos hablaron el mínimo posible; después, cumplidos los requisitos de urbanidad, fueron a sentarse a solas en la «capilla». Fue un servicio religioso con todas las de la ley. Ni Felicity, ni Alice, ni los otros dos, un joven y una chica que una vez habían ayudado a Philip a pintar una sala de estar, sabían si Philip era creyente. Tal vez fuera solo parte del proceso burocrático. Y la hermana y su marido no se lo aclararon. El ataúd, grande, oscuro y reluciente, que forzosamente tenía que hacer pensar a cuantos hubiesen conocido a Philip en su frágil cuerpecillo tendido ahí dentro como una polilla muerta, reposaba en un lugar bien visible, mientras el sacerdote anglicano hacía lo posible por dar vida a aquellas palabras que pronunciaba con tanta frecuencia.

Y eso fue todo. La hermana de Philip se despidió apresuradamente. Tenía los ojos enrojecidos. Su marido solo los saludó con la cabeza desde lejos. Los cuatro regresaron en el coche. El camión estaba aparcado otra vez frente al número 43, completado ya el primer viaje de ida y vuelta.

—No teníamos ni idea de que hubiera tantas cosas —exclamó alegremente Mary, de pie en la parte trasera del camión cargada con una caja de porcelana que Reggie había comprado en una subasta particular.

—Nosotros sí lo sabíamos —dijo Bert, ruidoso y jovial y falso, y el antagonismo que respondía a sus verdaderos sentimientos (de Mary y Reggie hacia ellos, de ellos hacia Mary

y Reggie) afloró a la superficie y todos fueron conscientes de ello, y así lo manifestaron sus caras hostiles. Por breves instantes. Después volvieron a prevalecer las sonrisas y la buena voluntad.

—¡Uf! —exclamó Bert cuando llegó el momento de los adioses—. Voto por un baño y una siesta. Estoy hecho polvo.

—Yo también voto por un baño —dijo melindrosamente Faye, mirando a Roberta, que le restregaría la espalda y la secaría después.

—Bueno, adiós a todos —gritó Reggie, y gritó Mary, mientras se instalaban en la cabina del camión con muchas sonrisas y agitación de manos, y emprendieron la marcha, dejando a sus espaldas el cuadro tranquilizador del grupo que los despedía desde el jardín.

Naturalmente, antes de marcharse, Reggie y Mary habían pagado exactamente todo lo que debían, hasta el último grasiento penique.

Y luego, casi histéricos con la risa contenida, los demás se precipitaron hacia la cocina para tomar té, para comer bocadillos. Era la una. Justo a la hora adecuada. Precisa y exactamente correcta.

Todo estaba saliendo bien. Había ido todo tan bien; los sucesos se estaban organizando por sí solos, con la suerte casi ostentosamente de su parte: que el Ayuntamiento hubiese decidido enterrar a Philip esa mañana; que Mary y Reggie hubiesen escogido ese día para el traslado... los camaradas no habrían podido pedir más. Y después, el coche: en el otro *squat,* alguien había mencionado —sin que pudiera saber con cuánta oportunidad— que el vecino de al lado había salido de vacaciones con su familia y que el coche, un Escort, llevaba una semana aparcado delante de la casa y todavía faltaba otra semana para que regresaran. «Se lo está buscando», comentó la chica. Evidentemente, el coche estaba cerrado, pero para

Jasper —ese era uno de sus talentos— eso en ningún momento representaba el más mínimo obstáculo.

Ya avanzada la noche anterior, tras su regreso después de ver *Diva* y de la comida en el restaurante indio, Bert y Jasper y Jocelin habían salido sigilosamente del 43 y habían vuelto en metro al otro *squat.* Sin entrar en la casa. No querían involucrar a más personas en esa empresa. Evidentemente, corrían el riesgo de que sus amigos regresaran de alguna parte y los vieran. Pero tres de ellos estaban fuera de la ciudad; les habían dicho que no estarían. En un minuto, Jasper y Bert habían abierto el coche, lo habían puesto en marcha y se habían puesto en camino. Dieron una vuelta por Pimlico y Victoria, pero no encontraron nada que les gustase. Necesitaban un lugar seguro donde poder instalar los explosivos. Estaban atentos al nivel de la gasolina: menos de medio depósito y no querían tener que ir a una gasolinera. Al fin, más lejos del «escenario del crimen» de lo que hubieran deseado, encontraron una calle de casitas semiseparadas y en una de ellas estaban haciendo obras de modernización y reconstrucción; al menos, había carteles de «En venta» y material de construcción. Delante de cada casa había un jardín, cubierto de arbustos y con un corto camino de acceso para el coche, poco más que un espacio para aparcar. Los tres discutieron esa posibilidad, mientras daban vueltas por las calles. No era el lugar ideal, pero no habían visto nada mejor. La casa gemela de la que tenían pensada seguramente estaría ocupada y aunque ya eran las tres de la madrugada, como de costumbre estaba el problema de los insomnes y aves nocturnas. Sin hablar de las patrullas de policía. Pero pronto amanecería... Jocelin comentó que era una lástima que no pudieran esperar hasta el invierno; una larga noche fría era justo lo que necesitaban. Incluso tuvieron un momento de desánimo en que se dijeron que todo el proyecto estaba mal planeado, o al menos lo estaban ejecutando

demasiado precipitadamente. ¡Todo era tan improvisado! Pero esta característica precisamente parecía estarles ayudando, y era lo que les atraía, incrementaba su secreta, creciente excitación, les hacía entrar ganas de reírse sin ningún motivo concreto y de hacer bromas, cuanto más tontas mejor.

Al final acabó imponiéndose este estado de ánimo y volvieron a la calle y se metieron en el pequeño sendero de la casa desocupada. Jocelin necesitó unos veinte minutos para instalar los explosivos en el coche. Jasper corrió a montar guardia en un extremo de la calle, Bert en el otro, por si se acercaba algún policía. De hecho, los arbustos ocultaban a Jocelin de la calle, aunque no de las ventanas superiores de la casa habitada. Pero estas continuaban a oscuras; Jocelin no pudo ver a nadie ahí arriba. Con destreza y precisión, acopló los cuatro dispositivos en los lugares previstos. Estaba alerta a cualquier señal de Bert o de Jasper, pero no recibió ninguna. Mientras así trabajaba, la embargó un bondadoso desdén por todos esos despreocupados ciudadanos que se dejaban engañar y burlar con tanta facilidad.

Pasados veinte minutos, reaparecieron Jasper y Bert; no los había oído acercarse, a pesar de que jadeaban ruidosamente con el esfuerzo de la carrera. En un abrir y cerrar de ojos, el coche abandonó la protección de los arbustos y volvió a circular libremente por las calles. El tráfico no era denso a esa hora. El cielo empezaba a clarear. En ninguna parte parecía haber sitio para aparcar. Los coches ocupaban hasta el último centímetro de bordillo y, de nuevo, tuvieron que dar más vueltas de lo que habrían deseado. El marcador había descendido bastante por debajo de la línea media. ¿Cómo podían saber si funcionaba con exactitud? Bert comentó que una vez había tenido durante varios meses un coche con un marcador que indicaba que el depósito estaba casi lleno cuando estaba casi vacío. Por fin un hueco, otra vez más lejos de lo que

esperaban. Aparcaron y se detuvieron a contemplar unos instantes el ordinario coche que, de hecho, era una bomba en potencia.

Después se fueron a un café que permanecía abierto toda la noche y comieron juntos, aunque la prudencia debería habérselo desaconsejado: formaban un grupo ruidoso, que llamaba la atención. «Al diablo», había dicho Jocelin, y «Qué carajo», había añadido Bert.

Habían llegado a la casa a plena luz del día, alrededor de las cinco. No, Mary y Reggie todavía no estaban levantados, que era lo que les preocupaba. ¡Tenían la suerte de su parte, no podían fallar!

Alice se enteraba de todo eso ahora, mientras comían su sopa y unas sanas tostadas de harina integral, pues no se había despertado hasta las ocho, y entonces Reggie y Mary ya estaban levantados y en la cocina.

Se sintió como si en realidad no formara parte de esa gran empresa, como si no la consideraran participante de la misma. Pero no pudo decirlo o ni siquiera sugerirlo, porque no podía señalar ningún motivo de queja concreto. Sin embargo, notó que los demás apenas la miraban mientras se contaban las aventuras de la noche o de la madrugada pasada, los seis sentados alrededor de la mesa. Cada cual era objeto de atención en proporción exacta al papel que desempeñaría: Faye y Jasper, Jocelin y Bert. Finalmente, Roberta, casi tan marginada como ella, Alice.

Alice se enteró de que Jasper se encargaría de conducir el coche hasta el lugar fijado. Eso la asustó. Jasper no era buen conductor, tendía a perder la serenidad en situaciones de emergencia. Alice había dado por hecho, por algún motivo, que ella conduciría el coche. Era buena conductora, modesta y diestra. Al menos habría querido decir: «No, Jasper no, no debería hacerlo; ¿por qué no Faye? ¿Por qué no Roberta?». Las

dos conducían bien. Pero su situación, en la periferia de los acontecimientos, parecía vedárselo.

Al parecer, todo había quedado decidido esa mañana, cuando Mary y Reggie habían salido a por el camión y ella estaba en el funeral.

Jasper conduciría el coche. Faye le acompañaría porque —esa fue la impresión de Alice— lo había exigido como un derecho. Jocelin les acompañaría hasta el lugar donde estaba aparcado el coche, en la callejuela, y prepararía los dispositivos para que estallasen a la hora que concertaran en el momento de hacerlo, puesto que no sabían cuánto tardarían exactamente en llegar hasta allí, ni tampoco conocían, aún, el estado de la circulación. Hacia las cinco menos cuarto, suponían.

Alice se enteró entonces de que las bombas serían accionadas por un mecanismo de relojería y no mediante algún control electrónico. Se quedó de piedra. En todas las anteriores discusiones se había planteado que Jocelin permanecería en algún lugar próximo y —después de observar la situación en la calle— ella escogería el momento exacto.

—Pero si las bombas estallan solas no podremos saber quién estará ahí, ¿no? —preguntó casi con timidez Alice, que no obstante tuvo que interrumpir un animado intercambio de bromas entre Faye y Jasper.

Todos adoptaron en el acto una expresión de grave concentración. Alice comprendió que esa idea estaba en el pensamiento de todos, detrás de toda esa exaltación, pero que la mantenían reprimida, bajo control.

—«La moral tiene que subordinarse a las exigencias de la revolución.» V.I. Lenin —dijo Bert, exhibiendo una gran cantidad de dientes blancos. Todos se rieron, y Alice comprendió, por sus repentinos intercambios de miradas, que se sentían incómodos.

—De todos modos, se lo han ganado —dijo Faye.

Era uno de esos comentarios «suyos» que habitualmente todos procuraban disimular o ignorar o —como Roberta ahora — apaciguar.

—Faye, cariño —dijo Alice—. No está nada bien decir eso.

Faye se rió nerviosa y sacudió la cabeza. Tenía los ojos relucientes, las mejillas arreboladas.

—No creo que sea correcto —insistió testarudamente Alice —. No es lo que acordamos.

Jocelin le respondió con serenidad, tomándosela en serio:

—No estabas aquí cuando se discutió. El caso es que esos controles electrónicos no son del todo seguros. No los aparatos que tengo yo, al menos. Claro que los hay buenos, pero no olvides que solo he estado ensamblando elementos sueltos cogidos aquí y allá.

—Entonces, ¿por qué no las preparamos para que estallen en mitad de la noche, cuando no haya gente?

—Lo consideramos. Pero la idea es lograr el máximo impacto. Unos cuantos cristales rotos en mitad de la noche, ¿qué más da? Pero de esta forma mañana saldrá en la primera página de todos los periódicos y estará en las noticias de esta noche.

Dicho, o declarado, esto, Jocelin apartó la mirada de Alice; y ninguno de los demás volvió a mirarla. Ahora comprendió que se sentía excluida no solo por el hecho de no haber estado presente durante la discusión crucial, sino porque esta había tenido lugar «a espaldas suyas» —eso le pareció—, para que no tuviera oportunidad de decirles cosas que no querían escuchar. Sabían —intuitivamente, aunque no lo hubieran pensado— que ella protestaría, diría que no, diría que no estaba bien; entonces se habrían visto obligados a escuchar, a reflexionar. De modo que, sin que ninguno lo hubiera planificado realmente de ese modo, los cinco habían discutido el asunto cuando ella se encontraba bien lejos.

¿Y dónde estaba Caroline?

Resultó que Caroline, al saber que las bombas estarían preparadas para estallar a una hora determinada, sin preocuparse de las posibles víctimas, había dicho que no quería tener nada que ver en el asunto.

Jocelin se lo dijo a Alice en un tono no incriminatorio, pero helado de desaprobación. Helado, pensó Alice, por la necesidad de interponer una distancia entre ella y lo que había sentido cuando Caroline lo dijo. Oh, sí, Alice sabía qué había ocurrido; podía reconstruir el momento a partir de lo que se traslucía ahora en sus caras. Habían estado a punto de renunciar al plan, debido a la firmeza de Caroline. Ahora, al recordar la discusión —como estaban haciendo todos—, sus caras exhibían idénticas expresiones de fría incomodidad.

Si al menos yo hubiese estado presente, pensó Alice, habría podido hacer frente común con Caroline; entre las dos podríamos haber cambiado totalmente el curso de los acontecimientos.

Alice miró furtivamente —no se atrevió a más— a Bert, quien sabía que seguramente lo miraría. ¡Era una repetición de lo de Pat! Pat había dicho que Bert era un aficionado, durante esa reunión en que se había tomado por primera vez la decisión de «unirse al IRA», cuando una buena parte de los ocupantes de la casa simplemente se habían marchado. Desde entonces, de vez en cuando le llamaba, afectuosamente, «aficionado». Probablemente también Caroline lo había llamado así.

Alice pensó: Pat, Jim, Philip, y ahora Caroline. Era mi amiga, era una amiga de verdad.

Ya habían reanudado la conversación. A las dos, Jocelin, Faye y Jasper saldrían a coger el metro para dirigirse hacia el coche, el cual no había motivo para suponer que no estaría exactamente donde lo habían dejado por la mañana. Jocelin tardaría cinco minutos en activar los explosivos, con la ayuda

de los diestros dedos de Faye. Nadie tenía por qué fijarse en tres personas con el capó del coche levantado por breves momentos, efectuando un pequeño ajuste en algún lugar, ordenando el contenido del maletero, comprobando las tuercas de una rueda.

Jocelin estaba diciendo que no era necesario que los demás acudieran para nada al lugar de los hechos. No tendrían nada que hacer. Su presencia sería innecesaria. Solo aumentaría el peligro. Sugirió que Bert y Roberta y Alice se quedaran ahí y pusieran a calentar la tetera a las cinco y media. ¿Y qué tal si Alice preparaba un poco de sopa?; todos estarían muertos de hambre a esa hora.

—No —exclamó Faye con una sonrisa, exhibiendo todos sus afilados dientecillos—. Absolutamente no. —Seductora y mezquina, malcriada y caprichosa, posó la mirada sobre Roberta, después sobre los demás, y dijo—: Tengo que tener a mi Roberta conmigo. La necesito. ¡La necesito!

—De acuerdo —se hizo eco espontáneamente Bert—. Y Alice y yo también estaremos allí. ¡No hay discusión! ¡Acordado! Asunto resuelto, pues.

Risas, también de Alice, que volvía a sentirse parte de la familia.

Las dos. Jocelin y Faye y Jasper partieron.

Jasper no se acordó de dirigirle una sonrisa o una mirada a Alice. Estaba absorto en una animada conversación que parecía un flirteo... con Faye. Todos se reían ruidosamente cuando salieron.

Roberta se quedó encorvada en un rincón de la mesa, callada, apática. Ahora resultaba visible cuán poco le gustaba ese asunto, con cuánta intensidad deseaba no ver a Faye en ese peligro.

Con la partida de los tres, los tres restantes se quedaron inquietos, inmóviles, en absoluto exaltados. Tenían que

esperar.

Faye, Jasper y Jocelin tardarían diez minutos en llegar hasta el metro. Luego probablemente necesitarían media hora, según cómo circularan los trenes, para llegar hasta el coche. Tres cuartos de hora tal vez; tenían que hacer dos cambios. Diez minutos desde el metro hasta el coche. A partir de ahí resultaba difícil calcular cuánto tardarían exactamente en conducir el coche hasta el escenario del crimen. No habrían empezado los embotellamientos de la hora punta. Pero podía haber mucho tráfico; ¿cómo saberlo? Ese trayecto podía llevar quince minutos o, con mala suerte, cuarenta. En algún momento entre las tres y media y las cuatro, Jasper y Faye —no Jocelin, que se habría bajado por el camino— empezarían a buscar un aparcamiento frente al gran hotel. Era posible que tuvieran que dar vueltas durante algún rato. También estaba el problema de los guardias de tráfico. Si aparecían mientras Jasper y Faye todavía estaban dando vueltas, buscando aparcamiento, entonces se alejarían durante diez minutos y volverían cuando aquellos se hubieran ido. Si aparecían después de aparcar el coche, ya no tendría importancia; lo peor que podía ocurrir —había dicho Faye— era que estuviesen demasiado cerca en el momento de hacer explosión el coche.

Las bombas estarían preparadas para estallar a las cinco menos cuarto; más tarde, solo si la circulación parecía estar particularmente mal.

No tenía ningún sentido que Alice, Bert y Roberta salieran antes de las tres, se dijeron, pero a las dos y media ya no podían soportar ni un momento más de espera. Cuando se levantaban de la mesa, se oyó una llamada en la puerta de entrada. Una llamada civilizada; no era la policía.

—Yo iré —dijo Alice—. Probablemente debe de ser Felicity con una cosa de Philip que iba a darme. —En casa de Felicity había quedado una mesita de marquetería construida por Philip

y ella había dicho que la llevaría a la casa, para Alice. Este ofrecimiento estaba motivado en parte, y Alice lo sabía, por una necesidad de deshacerse de todo cuanto pudiera recordarle a Philip y las complejas emociones que su persona evocaba, y en parte, por un impulso generoso; dijo que creía que a Philip le habría gustado que la tuviera Alice.

En la puerta había un hombre a quien Alice no conocía. Alice, que solo esperaba encontrarse a Felicity y una mesa y un breve momento emotivo, que se sentía literalmente enferma de aprensión y excitación, no estaba dispuesta a invitarle a entrar o a ocuparse de él o de cualquier situación que hubiera acudido a plantearle.

—¿Está en casa la señorita Mellings? —preguntó él, y Alice automáticamente procedió a efectuar el examen rutinario de su acento: de clase media, británico, algún tipo de funcionario, probablemente.

—Yo soy Alice Mellings —dijo—, pero tendrá que perdonarme, tengo mucha prisa.

—Por favor, ¿tiene la amabilidad de concederme un minuto? —dijo él.

Oh, Dios, pensó Alice, oh, mierda, tenemos que irnos; pues ahora que estaba tomada la decisión le parecía que no debían perder ni un segundo más.

—¿No podría volver?

—Sí, puedo volver. Desde luego lo haré. Pero mientras tanto, usted podría ayudarme facilitándome unos datos.

Alice se dijo que tal vez tendría algo que ver con la decisión del Ayuntamiento de renovar las dos casas; puede que fuera alguien del Ayuntamiento. En realidad, no llegó a pensar nada. Una breve señal de identificación, o de advertencia, de que los modales de ese hombre, su estilo, su forma de hablar no correspondían al ámbito del Ayuntamiento, sino a otro completamente distinto, le pasó inadvertida.

—¿Qué es? —preguntó apresuradamente—. ¿De qué se trata?

—¿Tiene alguna información sobre un hombre llamado Andrew Connors?

Alice se lo quedó mirando, a punto de estallar en una incontrolada carcajada fuera de lugar. Con repentina ironía, como un sarcasmo, dijo:

—¿No me diga que es otro maldito norteamericano de mentirijillas? No... —se corrigió—, claro que no, el acento es inglés, en fin, ¿qué significa un acento?

Su visitante la miró asombrado, cosa nada sorprendente, y se tomó su tiempo antes de responderle. Por fin dijo en un cierto tono de serena autoridad, no muy distinto del de Gordon O'Leary:

—Estoy de acuerdo, señorita Mellings, en que los acentos no siempre son lo que parecen. Pero en cuanto a Andrew Connors... necesito alguna información sobre él.

En su estado normal, en ese momento Alice habría dicho: «¿En serio? ¿Y quién es usted...?», o algo por el estilo, pero en aquellas circunstancias la aguijoneaba el deseo de verle partir, para que ella y los demás pudieran marcharse. Estaba febril, rabiosa de impaciencia. Y dijo:

—Bueno, ¿qué clase de información? No sé gran cosa. Además, por qué no se lo pregunta a Gordon O'Leary, él parece saberlo todo.

Una pausa. Si hubiera tenido puestos sus cinco sentidos en el asunto, posiblemente no le habría gustado la forma en que ese hombre de pronto concentró la mirada sobre ella, entornando los ojos; una detenida, experta inspección.

—Bueno, puede que lo haga —comentó él.

—Sí, y él podrá contárselo todo. Mire, tengo que dejarlo, lo siento... —Se disponía a meterse dentro, a cerrarle la puerta, cuando la «buena educación», la persona hospitalaria que llevaba dentro, que era incapaz de decepcionar nunca a nadie,

o de mostrarse poco amable, la impulsó a añadir, con resultados desastrosos:

—Y cuando lo vea, dígale también de mi parte que si aparece otro envío de material o de lo que sea por aquí, lo devolveremos enseguida a la calle y ahí se quedará. —Lo dijo con gran afabilidad, casi sonriendo, como si hubiera dicho: «Cuando lo vea, salúdelo de mi parte».

Le había vuelto la espalda, dando por terminada la conversación, y se disponía a entrar en la casa.

—Un momento, señorita Mellings.

—Oh, Dios —exclamó ella—, por favor, tengo que irme.

—De acuerdo. Ya me lo ha dicho. Pero tengo que comentar una cosa con usted.

—Entonces hablemos de ello, pero no ahora. Además, ya está todo hablado. He repetido mil veces que no aceptaremos órdenes de los rusos ni de nadie. Ustedes no parecen entenderlo, camarada... No me ha dicho su nombre.

—Me llamo Peter Cecil —dijo él.

—¿Peter Cecil? —repitió Alice, y estuvo a punto de reírse otra vez—. Bueno, su acento es francamente perfecto. Absolutamente maravilloso. Le felicito. —Y soltó una risita, alegre e infantil, y aun sin hacerse cargo realmente de su persona, a causa de los latidos acelerados de su corazón, de su sobreexcitación general, se fijó en él lo suficiente para observar que en verdad parecía un inglés de pura cepa, en consonancia con su nombre.

—Gracias —dijo amablemente él—. ¿Quizá podríamos comer juntos?

—Sí. Pero lo que iba a decirle es que a ustedes parece que les cuesta aceptarlo, pero somos británicos, ¿comprende? Comunistas británicos. —Vaciló un instante, y luego añadió, puesto que la situación parecía exigir una clarificación—: Comunistas británicos libres por naturaleza.

—Ah —dijo él—. Bueno, ¿dónde podríamos vernos? ¿Mañana?

—¿Mañana? Bueno, ¿por qué no? Mañana me va bien. ¿Conoce el Taj Mahal? ¿Ese restaurante de High Street?

—De acuerdo. Mañana. A la una. Gracias por concederme su tiempo, señorita Mellings.

—No hay de qué —respondió ella, y lo olvidó por completo para correr al encuentro de los demás, que la estaban llamando.

—Por el amor de Dios, Alice, date prisa, ¿quieres? Tenemos que irnos. Muévete.

Eran las tres menos veinte. En la estación aguardaron diez minutos la llegada de un tren, mucho más de lo que esperaban. En Baker Street estuvieron otros siete minutos sentados en el vagón, con las puertas abiertas, mientras la gente iba subiendo lentamente, sin prisas. Comentaron bromeando que no recordaban haber tenido que esperar nunca tanto rato. En Green Park tuvieron que esperar otra vez. Estaban sobre ascuas con el suspenso; se sentían ellos mismos como bombas a punto de estallar. Cuando salieron del metro a las tres y media, Bert echó a correr y las dos corrieron tras él, para calmarlo.

—Para —le dijo irritada Roberta—. No tenemos que llamar la atención, recuérdalo.

Era poco probable que Roberta no llamara la atención a cualquiera que la viera.

Estaba muy pálida y sudorosa, con la cara trágica de tan seria.

Dieron rápidamente una vuelta alrededor del hotel, abriéndose paso entre la gente que circulaba por la acera. Los tres no se miraron ni tampoco miraron demasiado a las posibles víctimas. Alice iba pensando: Pero pueden morir personas... ¡Oh no, no era posible! Sin embargo, dentro de su pecho empezaba a acumularse una presión, dolorosa, como un grito;

¡pero no podía permitir que nadie lo oyera! Como el aullido de un animal desesperado, hasta el cual, sin embargo, no podía llegar para consolarlo.

¿Qué estarían pensando los demás? Roberta. Bueno, eso era fácil, solo pensaba en Faye. ¿Bert? Su habitual afabilidad no parecía haber cambiado demasiado; sin embargo, sin duda también debía de estarse preguntando, como Alice: ¿Morirá esta chica? ¿Esta anciana? ¿Tal vez esta persona, o esta otra?

No se veía rastro de Jasper y Faye. Después de dar algunas vueltas alrededor del hotel, Roberta dijo:

—Esto no tiene sentido. Y no deberíamos estar juntos. —Sin mirarlos siquiera, se alejó por su cuenta y se instaló en la acera opuesta, desde donde podía ver el lateral del hotel frente a ella y, a su izquierda, la calle por la que razonablemente cabía esperar que llegase el coche con Faye y Jasper.

Bert, sin mirar a Alice, fue a apostarse en la otra acera, frente a la entrada del hotel. Con lo cual, Alice, lógicamente, podría haberse colocado en el lado contrario al de Roberta, pero decidió que era preferible la de enfrente y se quedó cerca de Bert.

Eran las cuatro menos cuarto.

Ni rastro del coche.

Un autobús pasó muy despacio. Jocelin iba sentada en la parte de abajo y los estaba mirando. «Cinco-menos-cuarto», gesticuló con la boca. Luego levantó brevemente la mano izquierda con los cinco dedos extendidos, la bajó, volvió a levantarla, esta vez exhibiendo cuatro dedos, dobló el índice, volvió a hacer rápidamente con la boca: «Cinco-menos-cuarto», y después se quedó mirando fijamente al frente.

—Creo que será a las cinco menos cuarto —dijo Bert con sorna.

Las cuatro.

El gran hotel, con su apariencia reposadamente lujosa, se

alzaba enorme y pensativo entre la multitud que se arremolinaba a su alrededor. Alice pensó: Bueno, a lo mejor ha fallado algo y no vendrán. No pasará nada.

—¿Le decimos a Roberta que será a las cinco menos cuarto? —le preguntó a Bert.

—No, no podemos llamar la atención —respondió él. Luego cambió de opinión y atravesó corriendo la calle, zigzagueando entre los coches. Roberta estaba parada al borde mismo de la acera, absolutamente inmóvil. Alice observó cómo Bert se le acercaba, le decía algo y después la cogía del brazo, instándola aparentemente a colocarse en un lugar menos visible. Roberta apartó la mano de su brazo y se quedó exactamente donde estaba. Bert permaneció unos instantes a su lado y luego volvió lentamente a su sitio, esta vez esperando que cambiara el semáforo.

Alice pudo verle claramente la cara. Nunca lo había visto de ese modo, jamás. Tal vez no lo habría reconocido. Tenía un aire de aislamiento, de distanciamiento; como si nada pudiera salvar la distancia que lo separaba de las personas que atravesaron en tropel la calle con él, como si estuviera maldito o proscrito. Tenía un color plomizo, enfermizo, como de cadáver.

El aullido, o el grito, encerrado en el pecho de Alice se abrió paso a través de su boca en forma de chillido y se encontró alejándose a la carrera de Bert para entrar en el hotel. Estaba buscando un teléfono. Había dos cabinas que se daban la espalda; y una estaba libre. Alice pensó: ¡Oh, Dios mío, como no esté el listín que necesito!; pero allí estaba, y encontró el número de los Samaritanos y marcó, mientras los gritos sollozantes seguían brotando, incontrolablemente, de ella, como si alguien estuviera apaleando al animal que se le había metido dentro.

La voz amable, imparcial del samaritano. Alice habló:

—Oh, rápido, rápido, hay una bomba, va a estallar, vengan rápido, estará en un coche.

—¿Dónde está el coche? —preguntó el samaritano, en absoluto alterado. Y cuando Alice no le respondió de inmediato —: Tiene que decírnoslo. No podemos enviar a nadie si no nos lo dice.

Alice estaba pensando: Pero el coche ni siquiera ha llegado aún. ¿Cómo puedo saber si al final llegará? Y después pensó en esa gente, en toda esa pobre gente, y dijo desesperanzada:

—Bueno, puede que ya sea demasiado tarde, de todos modos.

—Pero ¿dónde? La dirección, díganos la dirección.

Alice no logró decidirse a dar la dirección.

—Está en Knightsbridge —dijo. Ya iba a colgar, y entonces añadió, como si acabara de ocurrírsele—: Es el IRA. ¡Libertad para Irlanda! ¡Por una Irlanda unida, y paz para toda la humanidad! —Colgó.

Alice echó a correr hasta el lugar que ocupaba antes, después pasó de largo a ritmo de paseo. Se fue directa hacia Bert para que él pudiera volver la cara hacia ella y así poder comprobar su normalidad. Pero cuando él la miró, Alice vio una cara muerta, espantosa; y entonces él le guiñó, lentamente, un ojo y el guiño desalojó la otra visión de él convertido en cadáver y volvió a ser el mismo de siempre, un poco pálido y tenso, pero nada más.

No es demasiado tarde para dejarlo, estaba pensando Alice. Todo ha sido un error. Deberíamos planearlo todo con más cuidado. A lo mejor Faye y Jasper han decidido dejarlo correr. Han desconectado las bombas. Por eso se retrasan.

Las cuatro y cuarto.

En todo ese rato, solo habían quedado tres espacios libres para aparcar.

Y entonces Alice advirtió que Bert estaba de espaldas a ella, muy quieto, con la mirada fija. Seguramente era el coche. Un

Escort blanco pasó por delante de Bert y después de Alice, con Jasper y Faye en el asiento delantero, Faye al volante. Parecían exaltados, pero asustados. El guardabarros trasero del lado más próximo a la acera estaba abollado. Por eso se habían retrasado. Alice se acercó a Bert y él estuvo de acuerdo con su diagnóstico.

No había ningún espacio libre para aparcar. El coche, aprisionado por el tráfico, giró lentamente a la derecha, y se alejó a paso de tortuga por la calle lateral, donde los coches estaban prácticamente inmovilizados, desapareció un rato detrás del hotel, volvió a aparecer y, acelerando un poco, pasó por delante de Roberta, la cual, incapaz de contenerse, levantó los brazos al ver pasar a Faye, pero volvió a dejarlos caer despacio, seguramente después de que la pareja del coche no le hiciera ningún caso. Que pudieran ser tan sensatos reconfortó a Alice. El Escort blanco volvió a pasar por delante de ella y de Bert. Eran las cuatro y veinticinco. Ningún guardia de tráfico; al menos, ya era algo.

No habían discutido qué harían en caso de que no hubiera aparcamiento. Seguramente cuando empezara a acabárseles el tiempo, los dos buscarían algún hueco donde dejar el coche y saldrían corriendo.

Esta vez Faye no dobló por la calle lateral del hotel, sino que continuó una manzana más y después giró. Inexplicablemente. Mientras el coche se encontraba fuera de su campo visual, dos coches salieron de esa calle transversal contigua al hotel y dejaron un buen trecho libre. ¿Lo advertiría Faye cuando volviera a situarse en el extremo más alejado del hotel?

Cuando Faye reapareció ya era más de la media.

Para entonces, Alice estaba enferma de tensión y de angustia. Sabía que estaba sorbeteando y tragándose las lágrimas, pero no podía evitarlo.

Faye volvió a pasar por delante de Roberta, que esta vez se

quedó perfectamente inmóvil, no hizo ningún gesto. Desesperación. La gente empezaba a fijarse en ella.

Cuando el coche pasó por delante de Bert, él les hizo una señal, indicándoles el espacio libre. Faye y Jasper parecían dos bloques de cera con dos pares de ojos incrustados. Primero no se fijaron en Bert, después Jasper lo miró de reojo y tiró del brazo a Faye.

Justo a tiempo, Faye giró para entrar en la calle lateral.

Mientras efectuaba la maniobra, un coche se deslizó en el espacio vacío al otro lado de la calle, aunque dejó suficiente sitio libre para que Faye pudiera aparcar. Ya tenía varios coches detrás. Para poder aparcar, tenía que detener el tráfico y abrirse paso hasta el lado contrario de la calle. El coche se detuvo, entre los bocinazos de otros vehículos, después se deslizó entre la marea de tráfico, en medio de un coro de bocinas y gritos. Faye introdujo el coche en diagonal en el espacio libre y, al parecer, estaba dispuesta a dejarlo allí, pues su puerta se abrió, pero volvió a cerrarla y subió violentamente el Escort encima de la acera. Una larga pausa, luego el coche hizo marcha atrás precipitadamente y quedó un poco mejor aparcado, pero no mucho.

Los otros vehículos seguían haciendo sonar las bocinas. Roberta, que había adivinado, por las posturas rígidas, atentas, de Bert y Alice y por sus miradas fijas, que Faye estaba aparcando, se apresuró a reunirse con ellos. Olvidando cualquier anterior decisión de no agruparse para no llamar demasiado la atención, los tres formaron un apretado grupo, concentrado en la contemplación del coche infractor. Aunque ahora cabría pensar que eran personas que miraban con ojos críticos un ejemplo de muy mal aparcamiento.

—Por el amor de Dios —decía Roberta con voz ronca, angustiada, ruidosa—, muévete, por el amor de Dios. Sal de ahí.

Jasper bajó del coche, abriendo la puerta contra la marea de tráfico y se quedó de pie con la puerta entreabierta mientras se inclinaba hacia el interior del coche y hacia Faye.

—Por el amor de Dios —suplicaba Roberta.

Entonces Jasper se incorporó, cerró la puerta y se alejó pegado al coche, con intención de dar la vuelta, subir a la acera, y acercarse a abrir la puerta de Faye. Al menos eso les pareció a los tres observadores. Pues no había absolutamente ningún motivo, a menos que la puerta estuviera trabada por algún motivo, para que Faye no la abriese y lo más deprisa posible. Se les estaba acabando el tiempo. Faltaban cinco minutos. Pero el tiempo se había acabado, pues entonces se produjo la explosión y los cristales del mundo entero parecieron romperse, mientras el coche volaba en pedazos.

—Faye, Faye —sollozó Roberta mientras cruzaba corriendo la calle, sin mirar si pasaban coches o no.

—Jasper —gimió Alice, corriendo tras ella.

Todo ese costado del hotel era una escena dantesca: cuerpos sobre la acera, algunos inmóviles, otros que intentaban sentarse o levantarse; fragmentos de metal, de cristal astillado, bolsos, cascotes de obra, sangre.

Cuando Alice llegó al escenario del suceso, Jasper no estaba allí. Después lo vio alejarse corriendo por la otra acera, con las manos en la cabeza. Estaba cubierto de sangre.

Idiota, pensó Alice. No huyas, es mucho mejor esperar aquí, hay muchas personas lastimadas; serías solo uno más de los heridos.

Roberta se había detenido entre los cuerpos con la mirada fija en los restos del coche, que parecía haberse desplomado, convertido en una pequeña maraña de metal. Gimoteando, le volvió la espalda y empezó a agacharse a mirar las caras de los heridos y —como Alice acababa de comprender— los muertos que yacían sobre la acera.

De pronto, Roberta dio un grito y se encontró sentada en la acera, acunando una masa sanguinolenta que, como razonó Alice, solo podía ser Faye. Sí, pudo distinguir un brazo, blanco, bonito, entero, con una maraña de pulseras de colores en la muñeca.

Alice se acercó a Roberta y le dijo:

—Basta. No puedes hacer nada, ya lo sabes. Tenemos que largarnos de aquí.

Roberta se quedó mirándola con unos ojos que no veían a Alice ni ninguna otra cosa, luego volvió a posar la vista sobre el rojo fardo. Sollozaba con un llanto seco, jadeante, aterrorizado.

—Roberta —volvió a decirle razonablemente Alice, e incluso consiguió esbozar una amistosa sonrisa persuasiva—. Levántate, por favor.

Y en ese instante, en medio de ese panorama de desorden, de destrucción, que se había mantenido más o menos inmutable durante los cinco minutos transcurridos desde la explosión, irrumpió la Sociedad, irrumpieron la Ley y el Orden, en forma de un ulular de sirenas de ambulancias y de coches patrulla que de pronto parecían estar por todas partes, a centenares, eso parecía. Las ambulancias, aparcadas en apretadas filas a lo largo de la calle, iniciaron su desapasionada, cuidadosa tarea de recoger a los heridos y cadáveres de la acera. Pero los policías se hallaban en un estado de pánico; sin ningún control, correteaban de aquí para allá, gritaban órdenes, empujaban a los mirones que a esas alturas evidentemente ya habían llegado y que contribuían a aumentar la confusión general.

—No está herida, no creo —le dijo Alice al camillero que se inclinó sobre Roberta—. Pero ella... —Por alguna razón, Alice no consiguió emplear el nombre de Faye para designar esa masa de sangre y carne—... ella se encontraba en el centro mismo de la explosión.

—¿Y usted dónde estaba? —preguntó el camillero, mientras

ayudaba amablemente a incorporarse a la pobre Roberta.

—Yo estaba allí, en esa acera —respondió verazmente Alice —. No, no estoy herida.

Dos de ellos ya se habían agachado junto a Faye, mientras Alice y Roberta permanecían de pie, Roberta sostenida por Alice.

—Está muerta —le dijo razonablemente Alice a Roberta.

—Sí, ya lo sé —respondió Roberta en un tono que parecía normal.

Entonces apareció tronando un policía y les ordenó:

—¿Qué hacen aquí, están heridas? Entonces, circulen.

Alice rodeó a Roberta con el brazo y se la llevó de allí. No quería que el policía recuperara la serenidad y empezara a interrogar a Roberta, la cual, inspeccionada sin demasiada atención, no tenía un aspecto anómalo, a pesar de estar empapada en sangre de la cintura para abajo.

Aún no había pensado qué haría con Roberta, empapada de sangre y hecha un manojo de nervios, cuando la tuviera lejos de la multitud y de la policía; pero otro policía, sereno esta vez, les cortó el paso y dijo que Roberta parecía necesitar cuidados.

—Sí, está en estado de shock —dijo Alice.

—Entonces, súbala a una ambulancia —dijo el policía y les volvió la espalda para unirse a los demás en la tarea de hacer retroceder a los curiosos.

No había otra salida. Alice se fue con Roberta en la ambulancia, junto con otras diez personas, todas en estado de shock o levemente heridas. Los heridos graves estaban siendo cargados en otras ambulancias.

La suya fue la primera que se puso en marcha. Alice y Roberta guardaron silencio mientras oían llorar, quejarse o contar excitadamente sus historias a los demás; cómo iban caminando tranquilamente por la calle, o estaban entrando o saliendo del hotel, y entonces...

Cortes en la cara y en los brazos, posibles fracturas, hematomas. A una mujer, la onda expansiva le había arrancado las ropas del cuerpo y estaba envuelta en una manta. Otra había sido arrojada directamente a través de una ventana, justo en el momento en que esta se astillaba por el impacto de la explosión. Estaba cubierta de pequeños cortes profundos y era la que parecía más malherida.

Estuvieron solo breves momentos en el hospital.

Allí examinaron a Roberta y decretaron que estaba ilesa.

Alice le explicó a un policía comprensivo que ella y Roberta se disponían a entrar en el hotel en el momento del suceso. Cogieron un taxi que las llevó a casa. El taxista dijo que era una cosa horrorosa; probablemente habrían sido otra vez esos árabes; no tenían ningún sentimiento del carácter sagrado de la vida, no eran como los occidentales, si estuviera en su mano, él impediría la entrada de los árabes al país.

Roberta y Alice no dijeron nada.

Cuando llegaron a casa eran las siete. En la cocina, Bert estaba curando a Jasper, que tenía muchísimos cortes en la cara y en la cabeza, aunque por lo demás se encontraba bien. Bert dijo que debería ir a que le cosieran las heridas; algunas eran profundas. Jasper se negó. Y Jasper tenía razón. Debería haberse quedado allí, en vez de salir huyendo, alegó Jocelin, y entonces podría haberse inventado alguna historia y haber ido a que le cosieran las heridas en un hospital con los demás. Ahora no debía acercarse por ningún motivo a un hospital y ni siquiera a un médico. Pero una de las mujeres del *squat* del sur de Londres había sido enfermera; podía ir tranquilamente allí sin problemas.

—Yo no opino que pueda ir tranquilamente —dijo Jasper—. Cuanto menos personas estén metidas en esto, mejor.

A Alice le pareció prudente e intentó examinar las heridas. Él la rechazó. No le parecieron demasiado graves; tal vez le

dejarían alguna cicatriz. Bueno, siempre podía hacerse la cirugía estética.

Finalmente, los cinco se sentaron en torno a la mesa.

Jasper les contó, en un tono eficiente, formal, que al hacer girar el coche para salir de la calle donde lo habían dejado, había calculado mal la distancia y había rozado el guardabarros delantero de un coche aparcado. Habría continuado sin detenerse, pero un coche le bloqueaba el paso directamente delante, y un hombre que había visto el incidente desde una ventana del primer piso bajó corriendo a anunciarle que no se creyera que escaparía tan fácilmente sin pagar por el daño causado. Jasper replicó que no tenía intención de hacer nada parecido. El hombre le llamó mentiroso. Habían tenido un buen altercado antes de llegar al intercambio de nombres de las compañías de seguros; Jasper, evidentemente, tuvo que decir que le comunicaría más tarde la dirección de la suya. Entonces resultó que el guardabarros abollado tenía comprimida la rueda trasera y tuvieron que bajar del coche y usar una pesada barra de hierro para golpearlo hasta soltarlo de la rueda. El hombre de la casa los observaba mientras tanto como si fuesen criminales a los que hubiera que vigilar. Para alcanzar la abolladura del guardabarros, Jasper tuvo que tenderse en el asfalto y golpearlo desde abajo con la barra inclinada. Era una posición incómoda y la tarea les llevó un rato, y mientras tanto tenían obstruido el tráfico.

Cuando por fin empezaron a circular, era tan tarde que habían estado a punto de cancelar todo el asunto. Faye podía desconectar las bombas con facilidad, pero el problema estaba en que esta vez tendrían que efectuar la operación a la vista de todos los ocupantes de los coches y de las personas que pasaban por la acera. Además, Faye había dicho: «O vencer o morir»; ella estaba dispuesta a correr el riesgo. Sería una lástima haberse tomado toda esa molestia para abandonar

entonces.

Cuando Faye había girado la segunda vez, no enseguida después de pasar el hotel, sino en la calle siguiente, habían decidido detener el coche donde pudieran y, sin preocuparse de si alguien los veía, Faye arrancaría los contactos de las bombas. Entonces solo les quedaban doce minutos. Pero no habían encontrado ningún aparcamiento en esa calle.

«No —había dicho gallardamente Faye—, no hay nada que hacer.» —Y había intentado acelerar la marcha, pero el tráfico se lo impedía.

Y cuando Jasper había bajado, ¿por qué no había hecho lo mismo Faye? ¿Estaba trabada su puerta? ¿Él se disponía a ayudarla a abrirla?

La que había hablado era Roberta y su tono era acusador.

Jasper vaciló. Alice comprendió que se debía a que estaba intentando encontrar la manera de no decir algo. Cuando tenía esa cara, muy pálida pero luminosa, con una cándida, sufrida expresión de impotencia, eso significaba que se disponía a mentir. O que deseaba hacerlo. Empezó a tartajear, se controló, y dijo simplemente:

—Cuando Faye se metió en ese hueco, se lanzó a demasiada velocidad contra la acera y entonces frenó. No llevaba puesto el cinturón de seguridad. Ninguno de los dos llevábamos el cinturón de seguridad, ¿sabes?

—Claro —dijo Roberta con severidad.

—Pero ella salió empujada hacia delante y el volante le golpeó el estómago. Se quedó sin respiración, ¿te das cuenta? —le dijo suavemente a Roberta. Y Alice pensó: Lo veis, es bueno, Jasper es bueno, no quería decirle nada de todo esto a Roberta...

Roberta tenía la mirada puesta en Jasper; respiraba con dificultad, con la boca entreabierta. Estaba pensando, y todos lo sabían, que su Faye había muerto por culpa de una absurda

bobada, de una nimiedad; Roberta se pasaría el resto de su vida pensando, incrédula, que Faye había muerto porque se había lanzado demasiado deprisa y con demasiada fuerza contra una acera.

—Me di cuenta de que no podía moverse —dijo Jasper—. Hice marcha atrás; alargué las piernas y lo hice. Entonces le dije que se bajase deprisa. Pero no se movió. Creo que se encontraba demasiado mal para moverse. Bajé para sacarla del coche por la puerta del conductor. Y entonces estalló la bomba.

—Cinco minutos antes de tiempo —dijo Roberta, esta vez dirigiendo su acusación contra Jocelin. La cual, al igual que Jasper, se había quedado callada, titubeando. Había alguna cosa que no quería decir.

—¿Quién ajustó la hora? ¿Faye? —se apresuró a preguntar Roberta.

—Sí.

Roberta sacudió la cabeza como diciendo «No, no, no» a todo, pero después se hundió en un denso silencio, del que solo salió para responder «sí» a un té, «sí, con azúcar», «sí» a una galleta. Pero no comió ni bebió nada.

En algún momento, todos lo sabían, de pronto saldría de ese estado de pasividad.

A Jasper empezaban a dolerle mucho las heridas. Bert corrió arriba en busca de analgésicos para Jasper, sedantes para Roberta y una radio.

Escucharon las noticias.

> Cinco personas han resultado muertas y otras veintitrés heridas, algunas de gravedad, a consecuencia de la explosión de un coche delante del hotel Kubla Khan esta tarde, explosión que rompió todos los cristales de aquel lado del edificio y causó daños en varios vehículos aparcados. Este monstruoso y despiadado crimen constituye una muestra más de la total falta de sensibilidad del IRA, el cual ha reivindicado la responsabilidad del crimen.

—Bueno, ¿qué os parece? —dijo Jocelin—. ¡Vaya cara!

—Desde luego —estuvo de acuerdo Alice, sin asociar su llamada telefónica con esa noticia.

Después, pasados algunos instantes, mientras escuchaba las expresiones de indignación, de frustración de los demás, estableció la relación y comprendió que jamás podría decirles lo que había hecho. Nunca. No volverían a confiar en ella jamás.

¿Y si Bert se acordaba de que ella se había alejado de su lado en la acera, para desaparecer durante lo que debieron de ser unos cinco minutos largos?

No parecía recordarlo.

Alrededor de las diez volvió Caroline. Se mostró distante, fría incluso. Dijo que no quería sentarse; estaba cansada y quería dormir.

Había escuchado las noticias, dijo cuando Jasper parecía dispuesto a iniciar el relato.

Se hizo un café y se lo tomó de pie, sin mirarlos.

—¿Dónde está Faye? —preguntó, y los demás cayeron en la cuenta de que era imposible que estuviera enterada.

—Faye ha muerto —respondió Roberta, y se echó a llorar. Con un llanto quedo, impotente, al principio y después con fuertes gemidos y sollozos.

—Bueno, tenía que pasar —se apresuró a decir Bert.

—¿Estaba en el coche, entonces? —preguntó Caroline, pero no quería mostrar interés.

Roberta comenzó a aullar, con un sonido como el que Alice parecía llevar encerrado dentro, en el pecho; un sonido áspero, desconsolado.

Se aseguraron de que las ventanas estuvieran cerradas. Le hicieron tomar otra pastilla sedante, y Jocelin y Alice la ayudaron a subir arriba. Tenía el cuerpo pesado, casi inerte. Tuvieron que empujarla, sostenerla, ordenándole incluso que

moviera las piernas. Alice se adelantó para entrar primero en el cuarto a asegurarse de que las ventanas estuvieran bien cerradas. Demasiado tarde, cuando ya tenían acostada a Roberta sobre el coquetón amontonamiento de telas floreadas y almohadones que había compartido con Faye, cayeron en la cuenta de que habría sido preferible llevarla a otra habitación. La dejaron allí, confiando que el sueño acallara pronto ese llanto.

Cuando volvieron a la cocina, las dos mujeres se reunieron con Bert y Jasper a la mesa. Caroline estaba sentada en el antepecho de la ventana, marcando las distancias. Permanecieron en silencio, intentando no dejarse afectar por ese ruido espantoso, justo encima de sus cabezas. Roberta ahora daba alaridos que no parecían humanos. Hubiérase dicho que había un animal ahí arriba; un animal herido o moribundo.

Todos estaban pálidos y tensos. Bert tenía la frente perlada de sudor. La cara de Jasper exhibía una fría sonrisa apenas esbozada. Caroline parecía enferma. Jocelin era la que estaba menos alterada.

Bert dirigía continuas miradas suplicantes a Caroline, la cual se negaba a mirarlo. De pronto se sacó del bolsillo superior de la chaqueta, donde lo llevaba abotonado encima del corazón, un trozo de papel blanco doblado muchas veces con unas palabras escritas a mano. Todos conocían esas palabras, pues Bert había tenido buen cuidado de hacerles partícipes de ellas en más de una ocasión. Ahora, después de mirarlos, detenidamente, uno a uno, para reclamar su atención —aunque Caroline continuó sin responder—, las leyó: «La ley no abolirá el terror; hacer esa promesa sería caer en el engaño o la ilusión; este quedará ratificado y legalizado claramente, como un principio, sin evasivas ni florituras. El párrafo sobre el terror deberá formularse en los términos más amplios posibles, pues solo la conciencia revolucionaria de la justicia y la conciencia

revolucionaria pueden determinar las condiciones de su aplicación en la práctica». Silencio. Los demás no lo miraron.

—Lenin —dijo Bert—. Lenin —insistió con confianza.

Alice lo había estado observando mientras leía, interesada en comprobar si reaparecería esa visión de él que había tenido delante del hotel: el Bert cadavérico con la cara plomiza; pero, por el contrario, la lectura pareció darle ánimos y sonreía mientras leía, exhibiendo los dientes blancos entre los saludables labios rojos.

—Gracias —dijo Jocelin por cumplir con las formas, pero estaba pendiente del ruido de Roberta. Encendió un cigarrillo y le temblaban las manos. Al ver que los demás lo habían notado, murmuró—: Es la reacción, nada más.

Jasper seguía sonriendo. Diríase que estaba escuchando una música distante. Alice comprendió que estaba controlando la necesidad de devolver. Se dijo que parecía un soldado herido, con las vendas manchadas de sangre.

Entonces Caroline bajó de la ventana y dijo:

—¿Qué nos importa el Código Criminal ruso? O Lenin, si me apuráis —añadió desafiante—. Son solo bobadas de aficionados, si queréis saber mi opinión —continuó enfadada, y dirigiéndose a Alice—: Han dejado un recado para ti. Un hombre ha venido esta tarde. Un norteamericano. Ha dicho que volvería mañana. Alrededor de las cuatro. Gordon O'Leary.

No miró a Bert, y salió sin despedirse.

—Gordon O'Leary otra vez —comentó Jocelin, como si no tuviera demasiada importancia.

—Vaya cara —dijo mecánicamente Alice, mientras pensaba que le esperaba un día ajetreado: el almuerzo con Peter Cecil y después, por la tarde, Gordon O'Leary.

Luego Bert anunció:

—Yo también me largo. No tiene sentido quedarse aquí.

—Y yo —dijo Jasper.

—¿Te vas? —le preguntó incrédula Alice.

—Pero quedamos en que nos iríamos en cuanto estuviera hecho —dijo Jasper sin mirarla.

Alice pensó: ¿No tendrá intención de irse con Bert, espero? En cuanto Bert encuentre otra mujer, se encontrará descolgado otra vez.

No dijo nada, y esto puso incómodo a Jasper.

—Bueno, ¿y tú qué, nos acompañas? —le preguntó insolente.

—Creo que no me iré —dijo vagamente ella.

—Pero tendrás que hacerlo. Mary dijo que el tema de esta casa sería examinado otra vez.

—Oh, siempre están diciendo lo mismo —replicó Alice.

—No seas tan condenadamente estúpida —insistió Jasper—. Si no es este mes, será el siguiente, o el otro.

—Bueno, entretanto me quedaré aquí. Y alguien tiene que quedarse con Roberta.

Ante la imposibilidad de discutir esto último, Jasper se quedó callado un rato, y luego, desbordado una vez más por la intransigencia de Alice, protestó, desconcertado, escandalizado por su actitud:

—Pero, Alice, acordamos dispersarnos. Lo decidimos por unanimidad. —E incluso la cogió por la muñeca con el antiguo apretón apremiante y se inclinó para mirarla a la cara.

Ese apretón le indicó a Alice que no estaría sin él durante demasiado tiempo. Sonrió con tranquilidad a esa cara, a esos ojos azules en medio de las cremosas hondonadas con las diminutas pecas rubias y dijo:

—Hazme saber dónde estás y estaremos en contacto. Por cierto, ¿sabe alguien dónde viven los familiares de Roberta? Tiene alguno, ¿verdad?

Solo sabía el nombre del hospital donde se estaba muriendo su madre.

—No se quedará aquí —dijo Jocelin, y Alice comprendió que

tenía razón.

Bert subió en busca de su bolsa de lona con sus ropas y algunos libros. Jasper recogió sus cosas. Todavía tenía menos que Bert.

Alice se quedó sentada apáticamente junto a la mesa, mientras pensaba en esa casa, en ese hogar que había creado, abandonada, vacía, y en la llegada de los albañiles del Ayuntamiento.

Jocelin dijo que se marcharía por la mañana. Comentó que creía que la bolsa llena de piezas de explosivo estaría suficientemente segura hasta que volvieran a necesitarlos. Se rió. Subió arriba.

Bert y Jasper se entretuvieron un rato en la cocina, perdido el deseo de marcharse en el último instante. ¿Sin querer dejarla, o sin querer dejar la comodidad que ella había creado para todos? Alice prefería no pensarlo. Comentó que Roberta parecía más tranquila.

Y, desde luego, los alaridos habían disminuido en el piso de arriba. Luego cesaron. La casa quedó en silencio.

Jasper se inclinó rápidamente y depositó un beso fugaz sobre la mejilla de Alice, como en un juego de «corre que te pillo».

—Hasta pronto —dijo, y salió, sin volverse a mirar si Bert le seguía. No le resultaba fácil dejarla, pensó Alice con gratitud.

Alice se quedó sola en la cocina.

Volvió a escuchar las noticias. Bueno, desde luego les estaban dando publicidad, habían causado un impacto, eso seguro.

Cinco muertos. Otra persona, una chica de quince años, probablemente también moriría. Había más de veinte heridos.

Las noticias de medianoche dedicaron más de cinco minutos al suceso.

Alice se durmió sentada junto a la mesa, con la cabeza entre los brazos.

Se despertó alrededor de las seis y vio a Roberta, temblorosa,

con aspecto enfermizo y espantoso, que se estaba preparando un té.

Roberta le anunció que iba a empaquetar sus cosas y se marcharía. Iría a ver a su madre. Debería haber ido antes, claro, pero Faye... Le tembló la voz, se mordió los labios, se controló y se bebió el té. Subió a hacer las maletas, bajó con varias direcciones donde Alice podría localizarla, pulcramente escritas a lápiz sobre una hoja de papel.

A diferencia de los demás, Roberta tenía muchas posesiones. Abandonaría los muebles propiamente dichos, pero conservaría las cortinas, tapices, cubrecamas, almohadones, espejos, mantas. Hizo dos grandes paquetes con todo ello y se los llevó en un taxi hasta la estación.

Alice escuchó las noticias de las ocho.

El IRA (en Irlanda) declaraba que no tenían nada que ver con las bombas del día anterior y que les destrozarían las articulaciones de las rodillas a quienes hubieran cometido esos actos en su nombre. Ellos no eran partidarios de asesinar a personas inocentes, declaraba el IRA (en Irlanda).

Bueno, pensó Alice, tiene gracia. Y hasta se rió un poco ante lo absurdo de la situación.

En fin, qué importaba lo que dijera el IRA; no eran nadie para decidir qué debían hacer los camaradas en este país.

Alice se quedó pensando si valdría la pena hacer un viaje a Irlanda para explicarles a los camaradas irlandeses la opinión de los camaradas ingleses.

Estas divagaciones fueron interrumpidas por Jocelin, que bajó con una mochila y una maleta. Ella también tomó un té y escuchó sin hacer comentarios que Roberta se había ido, sin preguntar siquiera si la otra había pedido que siguieran en contacto. No mencionó a Bert ni a Jasper. En cuanto a Caroline, Jocelin dijo que era una buena camarada pero que no comprendía que era preciso hacer sacrificios. Lo dijo de pie —

no se había sentado—, sosteniendo la taza de té entre ambas manos, mientras la miraba de soslayo con ojos ribeteados de rojo. Alice pensó que era muy posible que hubiese estado llorando.

Jocelin se marchó y Alice se quedó sola en la casa.

Volvió a escuchar las noticias y se dijo que saldría a comprar los periódicos. No, los compraría cuando saliera a comer con Peter Cecil. ¡Peter Cecil! Pobres rusos, ni siquiera tenían el buen sentido de no escoger un nombre tan obvio. Era casi como un chiste, como si quisieran delatarse. (Al pensar esto, en las profundidades de Alice se removió una pequeña inquietud, una duda, pero no consiguió asociarla a nada, de modo que la reprimió.)

Era demasiado temprano para dirigirse al restaurante.

Continuó sentada en silencio, a solas en la casa callada. La casa traicionada... Dejó pasear el pensamiento de una habitación a otra, mientras iba alabando sus logros, como si otra persona hubiese hecho todo eso pero su trabajo no hubiese recibido el debido reconocimiento y ahora ella le hiciera justicia. La casa era como un animal herido, cuyas numerosas lastimaduras ella había ido limpiando y vendando una a una, y ahora estaba sano y recuperado, y ella lo acariciaba, satisfecha con él y consigo misma... aunque todavía no estaba recuperado del todo; pero se negaba a pensar en lo que estaría ocurriendo en las vigas. Pobre casa, pensó llena de ternura Alice, espero que alguien la quiera y la cuide un día. Cuando me vaya... Era absurdo quedarse aquí, Jasper tenía razón, pero todavía no se iría, se quedaría un poquito más; tenía la sensación de que podría envolverse en las paredes de esa casa, su casa, como si fuese una manta, bajo la cual podría arrebujarse, sentirse segura.

La verdad era que se sentía muy rara, ¡no era la de siempre en absoluto! Bueno, era muy natural. Necesitaba dar un paseo

bien largo o tal vez acercarse a charlar un ratito con Joan Robbins. No, solo tendría que escuchar un montón de tontos comentarios sobre el IRA y las bombas. Las personas corrientes simplemente no lo entendían y era inútil esperar que lo hicieran... ahora la ternura que flotaba en el ambiente, dentro y fuera de ella, sin saber cuál era su sitio, se adhirió a esas personas corrientes y Alice se quedó sentada con lágrimas en los ojos, mientras pensaba: ¡Pobres, pobrecitos, simplemente no lo entienden!, como si tuviera entre sus brazos a todas las pobres tontas personas corrientes del mundo.

Luego empezó a pensar, pero muy cautelosamente, en sus padres. Su padre, primero; no, era demasiado horrible para perder el tiempo con él, no volvería a pensar nunca más en él. Su madre... ¿qué diría Dorothy si supiera que su hija había participado en el atentado? No era que Alice creyera que ella —Alice— tuviese verdaderos motivos para sentirse culpable; no había tomado realmente parte en el asunto. Alice suspiró, un largo suspiro tembloroso, como una niña de cuna. Eso era algo que nunca, jamás, podría contarle a Dorothy y al tomar conciencia de ese hecho se sintió separada de su madre como no se había sentido nunca hasta entonces; como si se hubiese despedido definitivamente de ella, en vez de haber tenido solo otra de sus tontas peleas.

Oh, no, todo eso era demasiado para ella, demasiado difícil... y Alice se levantó bruscamente; parecía dispuesta a salir sin pérdida de tiempo de la cocina, y después de la casa, pero después de permanecer unos instantes rígidamente en suspenso, volvió a sentarse, porque acababa de acordarse de Peter Cecil. (¡Peter Cecil, ja, ja!) No podía irse enseguida porque tenía esa comida. Pero a lo mejor se lo cuento todo, pensó, él es un profesional, podré hablarle de la bomba sin tener que entrar en todas las justificaciones y errores de todo el asunto, simplemente como un trabajo realizado, que resultó un

poco chapucero... Tenía gracia, hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que lo hubiesen hecho mal. ¿Y había sido así? Después de todo, si el objetivo era la publicidad, sin duda la habían conseguido. ¿Y Faye? Pero los camaradas sabían que arriesgaban sus vidas en cuanto emprendían ese tipo de acciones, en cuanto decidían convertirse en terroristas... No lograba recordar haberse dicho en ningún momento: Soy una terrorista, no me importa morir. (Una vez más tuvo el impulso de levantarse de la silla, en un gesto de acorralado pánico, pero nuevamente volvió a sentarse.) Todo el tiempo había estado aguardando que alguna cosa empezara, se dijo, y en su rostro apareció una pequeña sonrisa incrédula y asustada ante lo inapropiado del asunto. Entonces, ¿no creía que el atentado fuese algo serio? No, en el fondo no; había seguido el juego, siempre con la sensación de que no estaba bien, tras la cual permanecía latente la idea de que el trabajo serio (cualquiera que este resultase ser) llegaría después. Y bien, ¿qué pensarían ellos del atentado? (Refiriéndose a los rusos.) No hacía falta preguntarse qué diría Andrew. O Gordon. Podía imaginar, demasiado vívidamente, sus caras condenatorias.

¿Y Peter Cecil? Por alguna razón, este era distinto. Claro que no le revelaría ningún nombre, desde luego, pensó Alice; solo hablarían con mucha cautela, le contaría lo ocurrido. Le diría que lo sabía a través de una persona enterada y le pediría su opinión.

En ese momento estuvieron a punto de aflorar a la superficie varias pequeñas señales de advertencia que sus nervios habían registrado y mantenían archivadas a la espera de que pudiera ocuparse de ellas, pero volvieron a replegarse. Mientras tanto, Alice se decía que Peter Cecil tenía una cara agradable. Sí. (Lo contempló mentalmente tal como lo había visto el día anterior junto a la puerta, mientras ella estaba frenética de impaciencia por partir.) Una cara agradable. No como esos rusos, en

absoluto como ellos, él era muy distinto... y las advertencias volvieron a la carga en tropel, reclamando a voces su atención, y Alice ya no pudo acallarlas. Claro que Peter Cecil no era como esos rusos, porque no era ruso. Era... MI-6 o MI-5 o XYZ o cualquiera de esas malditas siglas, eso era lo de menos. Lo importante era que era inglés, inglés.

Ante esa idea, ante esa palabra, un dulce, tierno alivio comenzó a embargarla, tan intenso que no tuvo más remedio que identificarlo y avergonzarse de él. ¡Y qué más daba! Inglés o no, era el enemigo, era... peor que los rusos, era de clase alta (Cecil, ¡por favor!), era un reaccionario, era un fascista. Bueno, en realidad, no exactamente un fascista, eso era exagerar. Pero era inglés. Uno de los nuestros. Alice se quedó pensando en su anglicidad y en lo que esta significaba, los sentimientos que le inspiraba; hablar con él sería muy distinto de lo que ocurría con esos rusos, que simplemente lo confundían todo, porque no saben cómo somos en realidad, los ingleses. ¿Y por qué no iba a pensar así? ¿Acaso no habían decidido ellos (los camaradas) que no tendrían ningún trato con los rusos, con el IRA, con el tío Tom Cobbley y con quien fuera, solo con los nuestros?

Al imaginar su conversación con Peter Cecil comprendió que habría muchas cosas que ni siquiera tendría que decirle, como suele suceder entre las personas originarias de un mismo país, por muy divididas que estén sobre ciertos temas. (¡Como la política!)

Pero ¿qué querría saber él? Alice no lograba recordar de qué habían hablado el día anterior. Su memoria estaba en blanco a excepción del hecho de que él había preguntado por Andrew. (¿Andrew Connors? Bueno, por qué no, a lo mejor en verdad se llamaba Connors.) Pero ¿qué le había respondido ella? ¿Había dicho alguna cosa? No, seguro que no, todo había sido tan precipitado, ella estaba enfebrecida, lo único que deseaba era salir lo antes posible. ¿El material? No, acaso era probable que

mencionara algo así, ¡claro que no lo había mencionado!

Continuó sentada, fría, tensa, asustada, intentando recordar, mientras se agarraba simultáneamente a la idea salvadora: Es inglés. Se debatía intentando hacer obedecer a su memoria, a obligarla a revelarle lo que tenía el deber de decirle, mientras seguía pensando: Es inglés, lo comprenderá.

Oh, sí, Alice sabía que se le olvidaban las cosas, pero no hasta qué punto, o con cuánta frecuencia. La cabeza empezaba a darle vueltas, deslumbrada y desconcertada, mientras intentaba agarrarse frenéticamente a algo estable, y entonces siempre se dejaba deslizar casi en el acto —como hizo entonces — hasta la niñez, y una vez allí se detenía agradablemente en alguna u otra escena que había ido redondeando y puliendo y repintando una y otra vez, añadiéndole siempre nuevas capas de color hasta que era como si se adentrase en un cuento que empezaba diciendo: «Había una vez una niñita que se llamaba Alice, que vivía con su madre, Dorothy. Una mañana Alice estaba en la cocina con Dorothy, que estaba preparando su pastel favorito, de manzanas con canela y azúcar moreno y crema, y la pequeña Alice dijo: “Mamá, soy una niña buena, ¿verdad?”».

Pero aquel día su cerebro se negaba a detenerse en ese sueño, o en ese cuento, e insistía en volver al presente, alejándose de su madre, que por fin había repudiado a Alice a causa del atentado.

Alice continuó sentada muy quieta, mientras iba pasando el tiempo que la acercaba al almuerzo y a Peter Cecil. Estaba muy angustiada y le dolía la boca del estómago y su corazón latía dolorosamente.

No era necesario decirle nada del asunto a Peter Cecil. ¿Por qué había de decírselo? Quizá le hablaría un poquito de Andrew. Eso no le haría ningún daño, ni siquiera sabía dónde estaba. «¿Andrew Connors? —diría—. Sí, dijo que era

norteamericano. A veces visitaba la casa vecina, estaba enamorado de una chica que vivía allí entonces, he olvidado su nombre. Y esto es todo cuanto sé, de verdad.»

Sería una comida agradable. Puede que él incluso acabara siendo su amigo, como Andrew. Porque en definitiva consideraba a Andrew como un amigo, aunque ahora no lo tuviera en tan buen concepto como antes. Siempre se encontraban personas decentes, incluso entre los reaccionarios. Recordó que un camarada u otro había dicho una vez en algún sitio —¿había sido en Birmingham? ¿En el *squat* de Manchester?— que era de marxistas primarios pensar que todos los miembros de una clase dominante eran malas personas como individuos. Solo tendría que vigilar la lengua y todo saldría bien. Solo tendría que andarse con cuidado... y confiar en la inspiración; era absurdo estar ahí sentada sufriendo por saber qué le diría; llegado el momento, siempre se las arreglaba para salir del paso.

Y lo mismo valía también para el caso de Gordon O'Leary... pero, al pensar en él Alice sintió que la angustia en el estómago se transformaba en un agudo dolor casi intolerable. Oh, mierda, acababa de comprender que tenía que tener cuidado de no mencionar a Gordon delante de Peter Cecil, ni permitir que Peter Cecil se acercara para nada a la casa después de comer. En fin, estaba segura de que sabría arreglárselas para conseguirlo. Primero se ocuparía de Peter Cecil, y después se haría cargo de Gordon O'Leary. Pero pensó de pronto: ¿Por qué reunirse con Gordon? Después de comer, se iría simplemente a dar un paseo por algún sitio y no regresaría a casa hasta más tarde. No, eso solo supondría posponer el problema. Regresaría del restaurante con tiempo suficiente, se despediría de Peter Cecil allí y dejaría una nota en la puerta que dijera... no, no podía dejar una nota, los vecinos la verían y se acercarían a curiosear. Era mucho mejor dejar que todo el mundo creyera

que las cosas seguían su curso normal durante el mayor tiempo posible; y por eso era bueno que al menos la viesen entrar y salir a ella.

A su regreso del restaurante, echaría el cerrojo a las puertas y las ventanas —solo una ventana no cerraba y la clavaría, ahora, antes de salir— y subiría al último piso y de allí al desván, y pondría un peso encima de la trampilla para que nadie pudiera subir. Aunque Gordon O'Leary consiguiera entrar de algún modo en la casa —no era probable que quisiera ser visto entrando en una casa en pleno día—, no sabría que se podía subir al desván, ¿cómo iba a saberlo?

Estos detallados planes y disposiciones empezaban a hacer que se sintiese mejor. Era lo que sabía hacer mejor; sintió que volvía a tenerlo todo bajo control y el estómago dolorido empezaba a calmarse y su respiración se había vuelto más acompasada.

¡Hasta contemplaba con gusto la perspectiva de la comida con Peter Cecil!

Con una dulce sonrisa, una taza de té muy dulce cargado en la mano, con el aspecto, esa mañana, de una niñita de nueve años que posiblemente ha tenido una pesadilla, la pobre criatura se quedó esperando que llegara la hora de salir al encuentro de los profesionales.

Alice Mellings pertenece a un grupo marxista radical que se rebela contra el gobierno de Margaret Thatcher.

La buena terrorista sigue los pasos de Alice Mellings, una mujer que transforma su casa en el cuartel general de un grupo de radicales de izquierdas que desearían colaborar con el IRA. Mientras Alice lucha por conciliar su ideología con su educación burguesa, sus compañeros encuentran retos inesperados en su activismo por el cambio social y contra el capitalismo. La visión ricamente matizada que aporta Doris Lessing al conflicto entre lo personal y lo político hace de esta novela un retrato fascinante de la vida doméstica y la rebeldía.

Reseñas:
«Doris Lessing participó, a través de la palabra artística, en el quehacer colectivo, en la historia.»
Mario Vargas Llosa

Doris Lessing nació en 1919 en Kirmansha (hoy Irán), aunque su familia se trasladó poco después al sur de Rodesia (hoy Zimbabue). Abandonó los estudios a los trece años y comenzó así su formación autodidacta. En 1949 dejó África para instalarse en Londres, donde vivió y desarrolló toda su carrera literaria.Además de una indiscutible calidad literaria, en sus libros respira la fina y lúcida crítica a las desigualdades raciales, sociales y de género. En 1962 publicó su novela más conocida, *El cuaderno dorado*, con la que alcanzó un lugar en la cumbre de las letras inglesas que jamás ha abandonado y le valió el Premio Nobel de Literatura 2007. De entre la obra de esta prolífica autora cabe destacar también: *Canta la hierba* (1950), el ciclo narrativo Los hijos de la violencia (1952-1969), *Cuentos europeos* (1958-2002), *Made in England* (1960), *Cuentos africanos* (1962), *Instrucciones para un viaje al infierno* (1971), *Memorias de una superviviente* (1974), la serie de novelas de ciencia ficción Canopus en Argos (1979-1983), *La buena terrorista* (1985), *El quinto hijo* (1988), *Risa africana* (1992), *De nuevo, el amor* (1996), los dos volúmenes autobiográficos *Dentro de mí* (1994) y *Un paseo por la sombra* (1997), *La grieta* (2007) y *Alfred y Emily* (2008). Falleció en Londres en noviembre de 2013.

Título original: *The Good Terrorist*

Edición en fomato digital: mayo de 2020
© 1985, Doris Lessing
© 2008, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Mireia Bofill, por la traducción, cedida por Edhasa

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Imagen de portada: © Bob Skinner / Cover

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-5523-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

[1] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

[2] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

[3] Se refiere a los confidentes infiltrados en el IRA. *(N. de la T.)*

[4] Personaje que se pasea con un saco de arena, de la cual echa puñados a los ojos de los niños para que se duerman. *(N. de la T.)*

[5] Juego de palabras entre Forrester y *forester*, «leñador», y el apellido Wood, «bosque». (*N. de la T.)*

[6] *The curse.* Es la expresión coloquial empleada más habitualmente en inglés para designar la menstruación. *(N. de la T.)*

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

La buena terrorista

Sobre este libro

Sobre Doris Lessing

Créditos

Notas